

LA NAVAJA INGLESA

José de Cora



Lectulandia

Madrid prepara una de las obras más simbólicas del reinado de Carlos III (el Salón del Prado y sus fuentes) cuando un asesinato conmueve la ciudad: un muchacho de quince años aparece castrado y sus atributos masculinos arrojados en el entorno de uno de los monumentos principales del Paseo, el de Cibele.

El comisionado del intendente al que se le encarga la investigación llega al convencimiento de que el crimen guarda relación con la llegada de la diosa frigia, cuyos sacerdotes en su delirio le ofrecen su masculinidad. Los rumores salpican a la princesa de Asturias, María Luisa de Parma, por lo que el Rey ordena que sea espionada. Pero los crímenes no se detienen y la ciudad se agita entre sospechas y terrores.

Lectulandia

José de Cora

La Navaja Inglesa

ePub r1.0

Titivillus 21.08.17

Título original: *La Navaja Inglesa*

José de Cora, 2014

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A usted

I

ÚLTIMAS HORAS EN ROMA

(1775)

Roma / Caffé Greco

—Roma es una boñiga. El peor lugar del mundo.

Así opina el joven arquitecto español Lorenzo Chacón, señor de Puebla, durante la flamígera tertulia que comparte con colegas romanos a los que trata de impresionar con su desprecio por la ciudad de los Césares.

—Explíquese, *spagnoletto*, porque mucho me temo que se equivoca de medio a medio y voy a tener que romperle el labio.

—No, no. Me mantengo en lo dicho. Roma está repleta de razones para pensar que lo excelso ya fue construido. De modo que con algo de suerte y una pizca de divina intercesión, a las próximas generaciones solo nos resta la esperanza de igualarlo.

—¡Sublime objetivo para cuatro chisgarabís como nosotros!

—Nápoles, Florencia, Verona... la península entera es un inmenso pasillo de arte bañado por el mar y salpicado de cánones imposibles de ser superados. ¿Un lugar donde matar al monstruo de los celos? ¿Madrid? ¡Mejor sería un desierto sin más formas que las de sus dunas cambiantes! ¡Ay, Pippo; no desbarro! ¡Tenéis edificios tan bellos que enferman el espíritu al contemplarse!

—*Adesso* se entiende mejor la protesta. No serás tú el primer extranjero que sufra mareos ante las maravillas de Santa María della Croce.

—En efecto, me reafirmo en lo dicho; es mareante. ¡Ja, ja, ja!

Isabella di Fiammeta se ríe como uno más en el grupo de arquitectos reunidos en el Caffé Greco porque también ella lo es gracias a sus estudios y a su habilidad para enfundarse en ropa masculina sin parecer un adefesio. Todavía con la carcajada en los labios, Isabella desliza una mano bajo el velador del caffè para posarse en los muslos de Lorenzo, que se la atrapa cerrando con fuerza sus piernas.

—No las abriré en toda la noche —le susurra comiéndole la oreja.

—Peor para ti. No podré bajar... y besarte donde acostumbro —le advierte la joven sin rubor de que su hermano Pippo, sentado frente a ellos, escuche el guiño descarado de los amantes.

Durante el tiempo pasado en la península, Lorenzo se convence de que sería posible competir con Italia si el rey, los ingenieros, los arquitectos, los poetas, los escultores, la nobleza y el pueblo se afanan de común acuerdo en la tarea. Quizás ahora, acabada la guerra de los siete años, Carlos decida acometerla. Lo piensa, sin sospechar que en efecto, la vida está a punto de ponerle en bandeja uno de esos grandes proyectos que anhela. Una obra ambiciosa en la que tampoco faltará ninguno

de los ingredientes de la condición humana, ni los sublimes objetivos, ni los despreciables vicios, la codicia, la mezquindad, la traición, el asesinato...

Sucedirá como una tormenta repentina en un día caluroso y despejado, como un rayo en la cúpula del Vaticano. Lorenzo lo ensueña durante sus libaciones de las tabernas romanas, en compañía de aquella grey de arquitectos que fuman a destajo y que pese a su juventud, se muestran más interesados en presumir de las piedras de la ciudad eterna delante de las jovencitas que las visitan bajo la siempre vulnerable vigilancia paterna, que en dotarla de unas nuevas.

Y cuando esa chiquilla está fuera del control familiar, cualquier arquitecto de corta labia se ofrece para servirle de cicerone en el jardín del Esquilino que Nerón regala a su secretario, el liberto Epafrodito. Allí, en el Horti Epaphroditiani, la extranjera y él podrán mantener durante horas un *incontro piacevole* sin ser molestados.

Ellos no son culpables de que las faldas les atraigan más que los cartabones, pues lo único que estos arquitectos ven nacer en su ciudad son revoques, adecuaciones de fachadas, como la de Santa Maria Maggiore, enjalbegados o reparaciones de edificios; si exceptuamos las fuentes de Nicola Salvi y Ferdinando Fuga que tanta fama darán a la ciudad.

—Y pensar que los masones todavía reconocen a Dios como el Arquitecto — ironiza Pippo—. Al menos podrían haber dejado pendiente para nosotros la *vicina Scalinata della Trinità dei Monti*, que *l'abbiamo chiamata* la Española, ¿verdad Lorenzo?

—Ése no es nuestro problema. En Madrid sobran muchos espacios vacíos para escaleras pendientes, bóvedas rampantes, o lo que se nos ocurra proyectar. Una gran fuente, por ejemplo.

* * *

Roma / El Vaticano

Aquella tarde cae en Roma una lluvia terca y menuda que invita a recorrer los monumentos bajo cubierta. El académico don José de Hermosilla, su maestro, lo conduce a paso lento hasta la basílica del Vaticano.

—Ven, Lorenzo. Quiero que conozcas a una persona.

Para Hermosilla se trata de su segunda estancia en Roma. La primera se prolonga durante cinco años. Ahora, con el señor de Puebla como ayudante, él ya es un clásico más de la ciudad, casi como el empedrado de la Via della Conciliazione. Desde el principio sabe, o intuye, que no será un período tan dilatado como el anterior, entre otras razones porque él no quiere consumir sus últimos años de profesión siendo un

contemplativo al estilo de los indolentes arquitectos que charlan con Lorenzo, sino volver cuanto antes a la acción. Y la acción está en Madrid.

Los dos hombres cruzan el templo hasta la Cátedra de San Pedro y una vez allí, bordean el baldaquino en silencio.

Lorenzo espera que aparezca un arquitecto con unos planos en la mano, o que se encaminen a un imaginero trabajando en una tumba papal. Don José se lo presentará a modo de insigne maestro, de éstos que se mantienen reacios a participar en las tertulias tabernarias de los airados artistas de tabaco y alcohol. Quizá sea Francesco Milizia, por sus relaciones con España; o Bernardo Vittone, el heredero de Juvarra. Pero los escasos visitantes que allí se encuentran a esas horas son ingleses de viaje, viudas millonarias sujetas a promesas peregrinas, fieles anónimos llegados de los cinco continentes, clérigos con encomiendas en Roma, o los propios religiosos allí destinados, que van de tumba en tumba para ser vistos con las prisas de quien es acuciado por una urgencia, aunque en realidad solo trasladen una estampita de Santa Catalina de Siena de una capilla a otra. En el Vaticano, como en cualquier lugar de la Tierra, el relumbrón forma parte de la estrategia y el brillo que cada cual se dé, ayuda al oropel. Así pues, ninguno de los presentes responde a las características de la persona que imagina el asistente del académico.

Próximos ya a la Cátedra, Hermosilla se detiene en el ábside y señalándole las figuras que acompañan la tumba del papa Paulo III, pregunta al señor de Puebla.

—Observa a estos personajes. ¿Sabrías identificarlos?

Lorenzo se separa del conjunto para alzar la vista y en efecto, reconoce que se encuentran ante el monumento funerario de ese papa, obra de su admirado Guglielmo della Porta. De modo que así se lo contesta sin atisbo de duda.

—La tumba de Paulo III, la obra que enemista para siempre a los dos genios, Guglielmo della Porta y Miguel Ángel.

—Así es, el grupo que Della Porta pretende colocar en el centro del Vaticano, ¡ja! y que Miguel Ángel, como arquitecto de la Fábrica de San Pedro, impide. Alguna tarde habrás venido por aquí sin que yo te traiga.

—¿Quién puede resistirse al atractivo del Vaticano?

—Así es. Un espléndido grupo, por otra parte. Una tumba que hace honor a los méritos contraídos por Paulo III, como gran embellecedor de la basílica. Pero mi pregunta va algo más allá, Lorenzo. ¿Sabes quién es esa mujer de la izquierda?

—¿Acaso es la Justicia? Sobre su hombro reposa un hachón y parece agarrar una flor en la derecha. ¿O es una llama? Y ahora que me fijo, también mantiene las piernas con una extraña separación.

A Hermosilla no le causa ninguna gracia la apostilla de su discípulo y lo interrumpe.

—¿Qué? Ah, pues sí. Puede ser. Qué tontería. ¡Las piernas separadas! Te lo pregunto porque esa mujer, la modelo que le sirve a Della Porta para plasmar la Justicia, como muy bien dices, es Giulia Farnesio, hermana del propio Paulo III,

amante de su antecesor en la silla de Roma, Alejandro VI, y gran amiga de su hija, Lucrecia Borgia.

—Conozco por encima la historia de los Borgia y su afición a los incestos, pero no supuse que una mujer así estuviese aquí, tan presente, en pleno San Pedro, y tan cerca de quien fue su amante.

—Giulia apenas es una cándida paloma al lado de todo lo que se cuece bajo los trajes talaes del Vaticano a lo largo de los siglos. ¿Oíste hablar de la pornocracia, de Matoria y de su madre Teodora; o de Juan XIII y su adoración de Venus? Esos nombres dejan chiquita la lascivia de esta mujer, pero en fin, ahora es ella quien nos interesa.

Lorenzo no atisba cuál es el mensaje que quiere transmitirle en esta ocasión don José y aguza los sentidos.

—La escultura fue modelada directamente sobre el cuerpo desnudo de la Farnese y desnudo permanece en el decurso de los primeros años a la vista de todos, hasta que Trento impone que cubran a la mujer con este quitón de lino.

—Me gustaría haberla visto sin el quitón... ¡Entiéndalo, don José! Hablo con el ánimo de un arquitecto profesional, de un escultor aficionado; es decir, con el ánimo de averiguar qué le obliga a tener las piernas tan separadas.

—¡Y dale! ¿Qué curiosidad te atrae su abertura de piernas?

—¡Ja, ja, ja! ¡Don José! ¿No necesitará que se lo explique con mayor profundidad?

—Basta de pícaras risas, que estamos en un recinto sagrado y la divinidad, ni siquiera la pagana, no confraterniza el sexo con el templo... aunque si piensas en la pornocracia, más parece todo lo contrario. En realidad no vinimos a verla por lo que abre o deja de abrir sus piernas, sino por su familia.

—Ahora sí que no le alcanzo.

—Querido Lorenzo, Giulia Farnesio es también la tática tatarabuela de nuestro Rey.

—¿De Carlos? ¿De Carlo Terzo?

—¡Claro! ¡No seas badulaque! A ver cómo andas de historia española. ¿Quién fue la segunda esposa de Felipe V?

Lorenzo responde de corrido.

—Isabel de Farnesio, la madre de Carlos.

—Pregunta acertada. Su primer hijo.

—Tendría que haberlo supuesto. Lo reconozco, salí de caballo andaluz y llegué de burro manchego.

—Castellano, que tú eres de Villamanta.

—Y a mucha honra.

—Aquí en Roma te encontrarás con cronistas de la ciudad que también cuentan a los crédulos visitantes la historia de que Giulia Farnesio es la Virgen del Pinturichio. Desconozco si hablan con gas o con fundamento, si lo dicen porque así se certifica, o

para atraparlos con fantasías y conseguir mejores propinas. Da igual. Nosotros no debemos ir más allá en el juego de la modelo. Si te traigo hasta aquí es para anunciarte que nuestra estancia en Roma está a punto de finalizar.

La noticia no es recibida por Lorenzo con grandes muestras de satisfacción. Más bien, todo lo contrario, trata de oponerle impedimentos.

—¿Ya? ¿Así, de rondón? ¡Tan pronto!

—Nunca es pronto ni tarde cuando no somos dueños de los designios. Hoy quiere el tátara tataranieto de esta recostada y revestida señora que regresemos a Madrid y la engalanemos con fuentes, plazas y estatuas. Que el perfil de la ciudad se ilustre con edificios para la ciencia y el arte. Que en definitiva, Madrid deje de ser una porqueriza con aspiraciones de corte. Años ha que el señor conde de Aranda fue muy preciso en sus intenciones en cuanto a la magnitud de la obra. Por ello, y por otra razón que ahora conocerás, creí que éste sería un lugar apropiado para comunicártelo.

—¡Nobles propósitos! —exclama sonriente el señor de Puebla—. El de Aranda, de vestir así la villa y corte, y el suyo, de darme la noticia con tan cumplido ceremonial, delante de la abuela del Rey en paños menores.

—Sí, sí; sin titubeo. Si te ahorras las chacotas, lo demás es exacto. Los dos perseguimos altas miras, pero presiento en todo ello un velo de inquietud que me espanta. Ya sabes que no soy dado a las vanas supersticiones, sin embargo ahora...

Lorenzo abandona la chanza y se vuelve hacia su maestro con sincera preocupación.

—¿Un presentimiento?

—Algo más. Un hálito de certeza. Ya sabes, porque lo compartes conmigo, que en Roma o Parma, en el reino de Nápoles y Sicilia, en la Lombardía o en el ducado de Milán solo encuentro motivos de desesperación. Nunca admitiré que la contemplación de sus maravillas llenó mi espíritu de belleza, calma y plenitud, sino de desasosiego, tristeza y frustración. Nunca supe por qué me producían ese efecto, pero hoy, esta mañana, cuando en la embajada me transmiten los deseos del Rey reclamándonos en Madrid, tuve la clarividencia de que venían tiempos terribles. ¡No! ¡Calla! No digas nada. Por eso mismo vinimos ante Giulia Farnesio. Soberbia mujer. Su pariente Isabel heredó la habilidad en la alcoba para contentar a Felipe V dos veces al día y la maestría en la intriga para moverse bien en todas las cortes. Sexo y política que hoy vuelven a ser claves en la gobernación de España, aunque no tanto en el monarca como en el pueblo y la corte. De ella nos vamos a llevar la turbulencia que azotó su época y las fuerzas que domeñó para hacer grandes a los Farnese. Vamos a necesitarlas.

—Quizás a usted le corresponda ser un nuevo Miguel Ángel de esos acontecimientos. Y en ese riesgo no es menguada la compensación.

—¡Qué chiquillo eres! Te diré una noticia si prometes no preguntarme por ella cuando estemos en Madrid.

—Prometido, maestro. Ya sabe que en la boca del discreto, hasta lo público es

secreto.

—El Rey chochea. Da órdenes para que los cuadros de su colección que contengan desnudos sean quemados y que de ellos no queden más que las cenizas.

Lorenzo se sobresalta negándole a don José lo que acaba de escuchar y sus exclamaciones retumban a herejía entre las paredes del ábside vaticano...

—¡No puede ser! ¡El Rey es un ilustrado, un amante del arte, un conocedor de Italia y su cultura...! ¡No pudo asustarse por unos cuerpos que son belleza e historia! ¡La Venus de Tiziano! ¡Dios mío! ¡El Adán y la Eva de Durero! ¡Dígame que es incierto lo que acabo de escuchar! ¡No puede caer en esa bajeza!

—Sí pudo. Piensa, Lorenzo. Él se hace retratar como un cazador. A eso dedica gran parte de sus días y sus ilusiones. Es un ilustrado del zurrón, nada más. Consuélate pensando que no rechaza el proyecto iniciado por Aranda, pues ya que no cambia de ciudad la capital del Reino después del motín, quiere que su huella sea manifiesta.

—Pero ¿y los cuadros? ¿Qué ocurre con los Guido Reni, los Durero o los Rubens?

—Calma. No alces la voz. Pese a estar lejos de Madrid, no lo estamos del Rey. Ningún cuadro arde, al menos de momento. Mengs los esconde en la Casa de Rebeque, aneja a palacio, y su plan consiste en trasladarlos con mi colaboración hasta la Academia de San Fernando, bajo el pretexto de la utilidad pedagógica de algunos de ellos para el estudio de la luz y del color. No sé cómo se las arreglará con los restantes. Ignoro si le bastó la palabra para convencer al monarca de que sus órdenes fueron cumplidas, o si realizó a la carrera unas copias que él mismo quema ante los ojos de Su Majestad. Por el sibilino Ventura Rodríguez sé con certeza que ningún cuadro sufre daños y que Carlos está tranquilo con las medidas adoptadas. Fíate tú de Ventura, pero pienso que es buena su versión. El padre Eleta, que pasa por ser el inspirador de la medida, como barrunta toda la corte, también está sosegado y disfruta de su familiaridad con los pecados reales oficiando en el Transparente de El Paular. Que le dure muchos años el entretenimiento y lo mantenga alejado de la corte, objetivo harto difícil si Carlos se empeña en confiarle sus faltas desde el confesionario. Ventura no quiere imaginarse qué pasaría si Carlos se sabe engañado. Teme que despierte el Nerón que lleva dentro e incendie el palacio, o Madrid entero, según esté de humor el ínclito Eleta, que si logra de Manuel de Roda la expulsión de los jesuitas, nada contradice que consiga del Rey la expulsión de los restantes.

—Certifico mi promesa. Nada diré en Madrid de lo escuchado.

—No haré yo tanto. En España pienso despejar un intrínquilis que desde hace años me atormenta.

—Si puedo servirle de ayuda...

—Sí. Por eso te lo cuento, pues al citar cuadros apócrifos, me viene a la cabeza el caso de dos de ellos que Carlos ordena adquirir a Girolamo Sersale, duque de Cerisano. Cuando es rey de Nápoles y a través del padre Paolo-María Paciaudi, a

Carlo le llega la fama como impostor del artista Giuseppe Guerra, gran experto en dioses y diosas romanos. A la operación se dedican trescientos escudos y hasta donde yo sé, Guerra mantiene ante Cerisano que las dos pinturas son auténticas.

—¿Y dónde está el misterio?

—Tres son los misterios. Confirmar que el Rey acaba comprando los cuadros, averiguar si los incluye entre las obras de arte trasladadas de Nápoles a Madrid, y señalar con certeza cuáles son, antes de que cuelguen como auténticos en el Real Museo de Pinturas y Esculturas que se proyecta.

—Diosas y dioses romanos... —balbucea repitiéndolo el señor de Puebla.

—A raíz del descubrimiento de Pompeya y Herculano se registra un brote febril de interés por la mitología, que aún dura, y Giuseppe Guerra, como otros falsificadores, se aprovecha del tirón.

—Siembran Europa de dioses fraudulentos.

—Sí, o aparentes. Ven, sobre ese asunto te quiero explicar algo.

Hermosilla se encamina hacia la salida de la basílica y es seguido por Lorenzo.

Con las manos cogidas a la espalda, el arquitecto desgrana recuerdos y los engarza en el presente sin que su discípulo atisbe a dónde quiere llevarle.

—El padre de Carlos, el rey Felipe, llegó a perder el seso y creyéndose muerto, exige que lo entierren. ¿Qué hace un muerto como yo sin sepultura? les recrimina lleno de razón. Su hijo puede acercarse a éste u otros desvaríos semejantes. De ahí que el encargo no me agrade todo lo que su grandeza obliga. Hay que obedecer, no lo discuto; pero parte de mi cuerpo me persuade a permanecer aquí, en Roma, lejos de los gatuperios que amenazan al Borbón Farnesio, lejos de sus ilustrados, de sus confesores y de sus espías.

—¿Quedarse usted aquí? ¡Pero si le escucho mil veces la necesidad de moverse, de construir, de la acción!

Lorenzo lanza su vista en busca de espías embozados y no los ve.

—Tienes razón. Me contradigo como cualquier hombre. Quiero ir para levantar el Salón y para desenmascarar los cuadros de Giuseppe Guerra. Pero hemos de trabajar con Ventura, bien a su lado, bien uno encima del otro, y sabes que eso no es plato de mi gusto. Aun así te digo que no volverás a oír de mis labios otra queja de él, o de sus maneras.

—Lo entiendo.

—¡De irse o quedarse!

—Lo comparto.

—¡De contemplar, o de proyectar!

—Lo aplaudo.

—De hecho estamos aquí porque Ventura, o el Rey, o Aranda, quiere vincular la nueva ciudad a una figura que fue muy querida en Roma y que acabo de recordar casi sin quererlo, Cibeles. Como sabes, tuvo un templo o *metreon* en el Palatino que todavía existe, aunque ella, que fue prestigiosa diosa de vaticinios, está romanizada

en otros edificios ya desaparecidos; uno en el Esquilino y otro en el lugar donde nos hayamos, ¿coliges?

—¿En el Vaticano?

—Sí, ¿qué te sugiere?

Lorenzo medita durante un bostezo la respuesta y luego la arriesga.

—Vati Cano... ¿El canto de los vaticinios?

—¡Hum! No está mal, nada mal.

—He oído que el nombre del lugar proviene de una serpiente, más que de un canto.

—No sé. Todo es posible. Pero el caso es que aquí estamos, en la embajada de Dios en la tierra, con la intrigante Farnesio a nuestras espaldas, con Cibeles bajo nuestros pies, y con Madrid y Carlos al frente.

—Cuenta conmigo para caminar en la dirección que estime más oportuna.

—Gracias, Lorenzo. Desde hace tiempo confío en ti. Y ahora, una vez acabados los compunges, piensa en preparar los baúles. Dentro de dos días partiremos de Roma y es mucho el julepe que nos aguarda.

Maestro y alumno se asoman a la plaza de San Pedro y permanecen un buen rato bajo la balaustrada de Carlo Maderno, desde donde es posible contemplar en toda su extensión aquel ámbito sagrado.

—Aquí, bajo nuestros pies, antes de que fuese colocada toda esta piedra que hoy atrae a miles de peregrinos, estaba el Phrygianum, el templo de Atis y del taurobolio. También era el convento de las sacerdotisas consagradas a la Gran Madre, degolladas por los cristianos mientras duermen una noche de transición en los siglos oscuros. Para ellas el quinto tuvo que ser uno de los peores, quién lo duda; aunque si se trata de morir no hay siglos buenos ni malos; claros, ni oscuros. Todos son horribles. ¿No te parece? Sin embargo, escucha con atención. Estas sacerdotisas viven bajo las normas de un *reglamento* que años más tarde servirá para redactar la vigente Regla de San Benito y regir la antigua y regular disciplina de la vida monástica durante los siguientes siglos hasta hoy mismo. Morir para prolongarse eternamente. Tú, que eres más joven y tienes menos atorados los pliegues del cerebro, ¿entiendes algo?

—Entiendo que se dan muchas vueltas para estar en el mismo sitio.

—Ahí nos duele, Lorenzo. Ahí nos duele a toda la humanidad. Mira, más allá de este horizonte se intuye el Palatino y el otro templo de la Gran Madre, el único que hoy se conserva, si bien en ruinas. Como sabes, en el Esquilino se encuentra Santa Maria Maggiore. Pero quizá de ella se te escapen dos circunstancias que no comentamos estos meses por falta de tiempo, pero que hoy vienen al pelo.

—Le escucho.

—Lo primero a tener en cuenta es que fue levantada sobre un tercer templo romano de Cibeles. Repara en la importancia que llega a tener la diosa. Y la segunda, que el rey Carlos Terzo, nuestro señor, es su protocanónigo honorario, ya que la basílica está unida a la monarquía española desde hace un siglo.

—Motivo por el cual Carlos Terzo se la lleva a Madrid. Para que le auxilie en su reinado, como hizo en Roma contra Aníbal y las hambrunas.

—¡Yo no lo he dicho!

—No, no lo dijo. Me conduce de la mano para que salga de mis labios.

—Sí, eso pudo suceder.

Hermosilla guarda entonces silencio, absorto en ver cómo se apaga el día y se encienden al tiempo las luces de Roma. De las claraboyas en los tejados escapan los tenues resplandores de los candiles y de las chimeneas comienza a salir un humo espeso que anuncia pitanza.

Avanza unos pasos en paralelo a la balconada de San Pedro y antes de volverse hacia su joven edecán, le confiesa sin mirarle a los ojos sus pensamientos.

—Me llamarás descreído, pero lo que más me impresiona de este arambol no es saber del templo cibelino aquí enterrado, ni recordar la plaza iluminada con cuatro mil cuatrocientas linternas el día del santo portero; sino el hecho de imaginar a Miguel Ángel y a Juan Bautista de Toledo entrando y saliendo con planos bajo el brazo y la cabeza repleta de nuevas ideas.

—No debe flagelarse por pensarlo, don José. Al fin y al cabo, ni el Vaticano, ni el Phrygianum, son monumentos hechos por el demiurgo, sino por los hombres. Si acaso, de la mano de Dios sí son las siete colinas de la ciudad.

—¡Y el Pincio, Lorenzo, y el Pincio! Vamos, anda; cenemos en el Trastevere. Así llevaremos en el pico el recuerdo de los asados romanos.

Por primera vez desde que están juntos, José de Hermosilla y Sandoval toma a Lorenzo Chacón del brazo, como a un amigo, como a un igual, y de esa guisa enfilan la Via delle Fornaci hacia una reparadora colación.

* * *

Roma / Via delle Mantelatte

Lorenzo Chacón, el señor de Puebla, se lleva de Italia en sus pupilas todo cuanto Hermosilla le muestra de arquitectura civil y todo cuanto él mismo recoge de arquitectura religiosa, pero también el gusto por el *bel canto* y los *castrati*, aunque éstos ya escasean en España, pues se tiene por cierto que a Carlo Terzo le disgustan tanto los enanos y bufones, como los capones que no haya abatido él mismo con su escopeta. Aunque así son los nuevos gustos, no es propio de reyes dirigir su arma contra Carlo María Broschi Nicola, ni contra otros cantantes privados de masculinidad que tanto bien procuraron a su atormentado padre entonándole romanzas nocturnas durante veinticinco años, que casi siempre eran las mismas. Chacón aprende en Roma a distinguir un medio hombre, de un hombre entero, y pese

a que su sentido práctico le indica que nadie más debe echar mano del láudano para extirpar los compañoncitos a más niños; ya que Broschi, el *Farinelli*, existe y jamás volverá a tenerlos entre las piernas salvo que se los calceten de lana, ¿por qué no disfrutar de su voz y de su timbre afeminado que alcanza notas reservadas al primer coro de querubines? Aunque bien pensado, ¿cómo puede el Rey volver de caza con capones si la naturaleza no los da y cualquiera que desee perderlos ha de pasar por la barbería del hombre? ¿Le sueltan capones al Rey? No, qué barbaridad, chotea Chacón llevándose la mano a donde guarda sus almendras en la bolsa para recordar que permanecen allí y que nadie se las rebana en esa última noche tiberina; ni mujer despechada con tijeras de pescado, ni maestro cantor de gorgoritos, ni el Rey, de caza en los montes Simbruinos.

Él ansía dar a sus bolas en España el mismo o mayor trabajo que hasta ahora tuvieron entre los Césares. Y vaya si lo hará.

También vuelve Chacón con el gusto por la cocina de la Toscana y en especial, por la de Reggio Emilia, en feliz connivencia con la española, como el gusto que compartirán Fernández Várela y Rossini al amor de la lumbre en la plaza de Barajas. En su maleta lleva un juego de la cuestión romana, los dos clavos retorcidos y engarzados cuya separación parece imposible; en la cabeza, su gusto apuntalado por la soltería, el cortejo, el chichisbeo, el sexo, el amor galante y el nulo compromiso, como queda dicho. De todo ello, y en abundancia, quiere disfrutar en Madrid, una ciudad virgen en refinamientos, que todavía orina a la vista del vecino, acumula cagajones de las caballerías y ve pasear por sus callejas cerdos y lechones en guerra libertad, como las vacas indias, adorados por sus perniles, pero en su caso, para ser devorados así llegue el tiempo de matanzas y finalice entonces el privilegio de los hospitales mercedarios de San Antón Abad, que protege puercos a costa de embadurnar con su mierda los borceguíes de los burgueses, sean afrancesados, negros, golillas, manteístas, colegiales, garnachas, ilustrados, pisaverdes, horteras o nobles en ruinas e ilustrados, chulos y majos de los barrios más arraigados, que se disputan la ciencia de saber cómo ponerse ante la llegada de la nueva historia, de ese Madrid que se hace señor, que mata el cerdo y que le rapa los huevos al más pintado.

De arquitectura contemporánea, al compás de su maestro, Lorenzo regresa con rendida admiración por Daniele Barbaro, León Battista Alberti, Sebastiano Serlio, Andrea Palladio, Iacomo Barozzi da Vignola y Vincenzo Scamozzi. De este último viaja con dos ejemplares de *L'idea della architettura universale*, adquiridos pocos días antes de marchar, la tarde siguiente a la visita que le lleva hasta Giulia Farnesio abierta de piernas en el Vaticano. Fue entonces, cuando regresa a su casa de la Via delle Mantelatte, el momento en el que le propone a Isabella que le acompañe a Madrid, que es el pacto más parecido a un connubio que pretende establecer con la muchacha, o con cualquier mujer que se le cruce en el camino. Malditas mujeres. O se dan a todos, o no se dan a nadie. El corazón de Lorenzo es desde hace tiempo una torre hendida por un rayo, así que él solo destila un pacto profesional, de cama y de

escudilla. Cuando piensa lo que le dice a Isabella, se le presenta Vayolet en la memoria y sus palabras adquieren mucha más fuerza, hasta sonar hirientes y mordaces.

—Comerás si yo lo hago. Poco más esperes de Madrid, *Tricolore*.

Lorenzo la llama así porque antes de cada comida le prepara sobre la mesa un plato con mozzarella, tomate y albahaca y el corretón español le toma el pelo diciéndole que es una bonita combinación de colores para una bandera, para la italiana, o la romana.

Isabella di Fiammeta es hermana de Pippo, uno de los diletantes arquitectos con los que Lorenzo consume las noches de la Isola Tiberina, tan sobrados de teoría, como faltos de práctica. También ella es arquitecta y alarife por sus vastos saberes y escasas oportunidades de demostrarlo. En efecto, Isabella mantiene relaciones afectuosas con Lorenzo, aunque no del todo amorosas, ni siquiera cariñosas, pues discuten y se tiran a la chola lo primero que encuentran por la casa. Ayer fue una madeja, hoy unas calzas viejas. Relaciones carnales y distantes, relaciones veniales como solo a dos locos se les supone. Una mujer que se viste de hombre y un hombre lloroso y engañado como una mujer. Es así desde que el señor de Puebla llega a Roma y la conoce. Se gustaron, se tocaron y se acostaron, pero también se enfrentaron, discutieron y se cansaron. Hoy apenas queda romanticismo en sus besos pasionales, porque de colega y amante, Isabella deviene en ama de llaves, mayordomita y sí, también amante sin dejar de ser colega y cocinera. Extravagancias de arquitectos, dicen ellos, que solo se quieren a sí mismos.

La transformación no fue premeditada. Con la colaboración de su hermano Pippo, el tercero de los ocho di Fiammeta que nacen en Reggio nell'Emilia, Isabella logra entrar en alguna obra, a costa, eso sí, de hacerse llamar Tulio y de colgarse ropas masculinas que atenúen su atractivo de *jeune garçon*. Impensable cualquier otra lucha por hacerse con un puesto. Y ella que es alta, espigada, de cara pecosa, pecho escaso y trasero contenido, tampoco le hace ascos al transformismo.

Poco a poco se hace a la vida de Lorenzo hasta que un día, sin darse cuenta, reside de continuo en la Via delle Mantelatte, donde cocina para él al gusto de Reggio Emilia, esto es, la *tricolore*, tortas l'Erbazzone de espinacas y requesón, pasta cappelletti, los tortelli di zueca y mucho parmesano. Como le dice Pippo, tanto queso como nulo compromiso. Cuando ahora Lorenzo le habla a Isabella de ir a Madrid, sus perspectivas de mejora pasan por prolongarse *ad infinitum* en tales artimañas vergonzantes. Eso, o esperar en Roma a que Pippo tenga un nombre y que ella le ayude a mantenerlo en el anonimato de su estudio. «Lo eterno femenino nos conduce a lo alto», le había escuchado al joven Goethe antes de llegar a Italia para ser pintado por Tischbein y que le cambie la vida por completo. Pero Isabella piensa que el escritor tudesco y quienes así hablan de la mujer, o no saben dónde viven, o han de referirse por fuerza a otro género. Y para que nada falte, al amanecer a Lorenzo se le escapa, una vez por mes. ¡Malditas mujeres! Él lo niega.

—Yo no hablo dormido, *tricolore*.

—Pues lo dices, *spagnoletto*.

Pippo está de acuerdo y establece más disyuntivas. Ese tal Goethe, o no sabe lo que dice, o habla solo para los suyos, que son fríos como la Selva Negra.

—No, como los pies de Lorenzo, cuando llega por la noche de patear con Hermosilla cualquier cascote, ruina o vestigio. Entra, se desnuda y me los coloca en la barriga, para que se los caliente. O entre los muslos y entre las tetas, para que lo caliente *in totum*, y trotemos hasta dormir.

Pippo no le da respiro a Goethe.

—Un hombre que habla de la santidad de la mujer, o quiere levantarle las faldas, o meterla en un convento.

—Mejor las dos cosas, cada una a su tiempo —bromea Lorenzo cuando Isabella lo provoca con ojos de deseo.

Y los dos se ríen de los salvaféminas cada vez que ella se enfunda los calzones, el peluquín y la casaca para salir de varón. Pocas veces, cierto, porque la obra en Roma escasea y Pippo, en lo que más se afana, es en darle brillo a la raída gutapercha de los sillones del Caffé Greco.

Ahora es el momento de las despedidas, o de renovar acuerdos. Lorenzo le ofrece lo mismo que allí tienen. Techo por cocina, y sexo por sexo, al menos mientras disfruten las querencias y los ardores. Nada más. ¡Ah! Y que la *tricolore* Isabella mantenga el disfraz de mocito, que el hecho de no tener allí un Vaticano, no le abunda a Madrid de liberal. Una pareja como la suya, puesta de improviso en la Arganzuela, tarda menos en entrar en la Suprema, que la caza en la cazuela.

Isabella puede juzgarlo como uno de los dos extremos; o un acuerdo troglodita, o un plan revolucionario. Según se mire. ¿Y la soldada? De él saldrá. No por el camastro, ni la cocina, ni por vivir de motolito. Que ella ni es cusca barata, ni barrendera cara. Le acompañará a las obras como él a Hermosilla y Dios dirá. Quién sabe. Mira tú si los madrileños ya están de vuelta de chichisbeos, como critica don José con cierto escándalo, y a las dos semanas nos ponemos faldas y hacemos de un San Antón, una Purísima Concepción.

Isabella no se asusta de la propuesta. Incluso le divierte verse de varón por los empedrados de la villa y ser mujer por las noches. ¡Ay, Pippo, si tú supieses lo que me pide este hombre! Desnuda sobre los cobertores, cuando acaban sus combates, Lorenzo la observa y piensa otra vez en Vayolet, aquella muchacha madrileña, casi niña, que le nubló la adolescencia. Y si Isabella se vuelve para quedar dormida, él recuerda a Luisita de Villamanta, delgaducha, peladita, monda de pubis y lironda de caderas, con la que se tumba semidesnudo sobre la hierba las tardes de verano, no para darse a la incisura, que no es con la niña ese negocio, pobrecita, sino solo para verse esas vergüenzas tan pequeñas y contarse aventuras en exóticos países que van bien con aquel calor del sofocante estío, pues para el juego no hace falta ni moverse. Solo largar y junar.

Algún día, piensan en alto, los visitaremos juntos y será como si ya los conociésemos.

—¿Tú sabes dónde está la Patagonia?

—No.

—Yo tampoco, pero allí hay árboles frutales que dan manzanas, peras y uvas al mismo tiempo.

—No me moriré sin verlo.

—Ni yo.

—¿Tú me quieres, Lorenzo?

—Sí. ¿Por qué?

—Porque no me lo haces, como a las otras.

—Pero sí te quiero. ¡Mira como me crece!

—¡Es verdad!

Como Isabella acepta, el señor de Puebla también cruza el Mediterráneo con la muchacha; que es Tulio, y no Isabella, ni la *tricolore*. El resto lo deja en la ciudad eterna, de la que se despide con amargor en la boca y euforia en el corazón. Al fin y a la postre va a Madrid, a su Madrid, y en esa ciudad sí que está todo por hacer, y no en Roma, que solo está todo por ver.

Isabella promete describir a Pippo cuanto vea. Serán cartas sobre la ciudad, sobre sus casas, y con risas, por no llorar, su hermano le promete publicarlas.

—Tendrán mucho éxito, *Cartas de una arquitecta en Madrid*.

Y ella le corrige:

—*Cartas de una romana*. O mejor, *...de una hermana*.

—*Ti voglio bene*, Isabella.

—*Anche io*.

Pippo se marcha e Isabella se acurruca entre las sábanas, baja hasta el fondo y excita a Lorenzo con sus propios jugos hasta que es ella la que se pierde. Con premura se agarra al hombre y lo atrapa entre las piernas para que esté en su cuerpo e irse, ahora sí, juntos y cruzados, como perros que se hubiesen encontrado en un camino.

—Lo siento por Pippo. Nos echaremos de menos.

* * *

Madrid / Palacio de Goyeneche / Calle de Alcalá

Hace varios días que se han enfrascado en la tarea, pero Hermosilla se revuelve como un topo entre papeles. Mezcla los de la Academia con los del Salón y quiere que Lorenzo sea quien se los organice como hace años, antes de marchar a Roma. Planos,

proyectos, informes, bocetos, cartas y facturas. Todo es un caos a su llegada y sin lugar a explicaciones le ordena que los junte de su mano, que los lea y los conozca de tal modo y exactitud, que al pedirlos con el título de una palabra, se los muestre con presteza y sin retardo. Todo lo demás puede esperar, hasta que Ventura se salga con la suya y les plante delante el esqueleto.

Ni siquiera pregunta por los mapas, ni parece interesarse por sus trazas.

—Tú porfía por tenerlos siempre a punto en este Capharnaum.

Solo dibuja, traza, piensa y calcula.

Y en ese runrún de la corte, de avance quedo y comidillas, los meses se les escapan entre los dedos.

* * *

Madrid / Carta a Pippo di Fiammeta

Querido hermano:

Madrid no es muy grande, pero está creciendo. Se le nota como a un niño pequeño al que no le sirven las ropitas de un día para otro. No tiene las antigüedades de Roma, ni destaca en edificios notables, aunque han acabado un Palacio Real en verdad sobresaliente y Lorenzo está dispuesto a que se hable de ella en poco tiempo. Ya lo conoces. Si fue infatigable en la teoría, su ardor se incrementa en la práctica. A veces recuerda a uno de esos obstinados milaneses que no salen de la barranca defendiendo el norte frente al sur. No obstante, pese a Lorenzo y a otros ilustrados como él, a los españoles parece dominarles cierto retraimiento o contención en el lujo o el esplendor, que de haberlo tenido Roma, hablarían hoy de ella los pajaritos de los cielos y las ranitas de los estanques. Lo digo, Pippo, porque tanto al padre del actual monarca, el que se llamó Felipe, como a su esposa, esa mujer que nos resulta tan cercana por nacencia, doña Isabel de Farnesio, se les incendia la sangre y el alcázar, cuando se enteran de que el abate Filippo Jubara, su arquitecto, quiere construirles un palacio que envidiarán en Pérgamo y Babilonia de la magnitud que está en su mente darle. Un palacio de mil setecientos pies de línea horizontal, o llevado a metros, de cuatrocientos ochenta, con veintitrés patios y treinta y cuatro entradas, que se extenderá por lo que aquí llaman el barrio de Pozas y la Moncloa, hasta San Bernardino y más acá, con jardines, teatros, oficinas, iglesias y salones que hará palidecer las cortes rusa y china juntas, si nos atenemos a lo que sabemos de aquel conjunto majestuoso. Dos veces Versalles habría sido, piensa Jubara en su sueño. ¿Pero qué sucede? Que los reyes se miran a la cara y coinciden en negar que se construya palacio alguno. ¿Para ahorrar? Quizá pienses ahora al leerme. No, querido Pippo. La negativa regia se ajusta a razones más tradicionales todavía, pues arguyen

los monarcas que nada ha de levantarse si sus cimientos no coinciden en plena exactitud con los que tiene el otro, al que llaman el Alcázar, y que arde en el lugar donde hoy existe el nuevo. Lo cual demuestra que en esta ciudad, o en todo este país, hay un apego a la tradición por vía repetitiva, y cierto miedo a llevarle la contraria, no vaya a ser que lo nuevo nos empeore, o lo viejo no se repita. Jubara está convencido de que su palacio será la admiración de los reyes y del mundo entero. Por eso, cuando comprueba que el Borbón y la Farnesio le dan nones y se decantan por una menudencia que ni a un republicano francés se le ocurriría, Jubara se marchita, mustia, enferma y muere poco después. Su palacio, en fin, su réplica o maqueta que él hace en maderas nobles, necesita un salón para ser albergada, y ése sí se lo tiene en el Casón del Buen Retiro, y otro más tarde, en el Museo de Artillería. ¡Pobre Jubara! Yo me disfrazo de hombre, pero él, aunque lo es, no alcanza a ver lo que como grandísimo arquitecto diseña.

Si el palacio necesita veintiséis años, siete meses y veintitrés días de obras, antes de que en él entre Carlos III, de triunfar Jubara con su proyecto, no estarían hoy las calles llenas de pedigüeños y habría obras por mucho tiempo más. A quienes así opinan sale a contradecir la Hacienda Real con cifras de quiebra. ¿Sabes lo que yo pienso? Que el rey Felipe y la reina Isabel albergan la ilusión de ocupar en vida el nuevo palacio, y siendo el de Jubara tan ambicioso, calculan que nunca tal sucedería. Lo malo es que ni siquiera a este otro, de dimensiones más modestas, lo ven terminado. Así está tan mustio Felipe en sus días finales, que se descuida el empaque y la longitud de las uñas de los pies le impide usar sus zapatos de largas que las tiene.

Sigo con Lorenzo y disfrazada de varón piso las obras que él lleva, pero apenas nos vemos ya en otras circunstancias. Es mejor. Dos arquitectos en una misma casa sería una locura. Piensa en ti mismo. En fin, no me hagas caso. De Anna, por ejemplo. Seríais muy felices. Te dejo. Cuéntame de ti. Da recuerdos a Andrea, a Anna, a Roberto y a Tulio. A éste dile que me sienta muy bien su nombre. Los quiero mucho, y para ti, los besos más cariñosos de tu hermana.

Isabella

II

LOS CRÍMENES DE LA VILLA Y CORTE (1780)

Montesclaros (Toledo) / Canteras

Veintisiete hombres participan desde el primer día en la extracción del mármol cárdeno de Montesclaros, la población toledana famosa por sus caleros, tan apegada a ellos que los lleva en su nombre, aunque a piedra berroqueña, piedra blanca y cristal de roca ninguna tierra cercana le gane a la propia de Madrid. Ventura Rodríguez la conoce desde los tiempos en los que pasan por sus manos todos los proyectos arquitectónicos del reino y la examina de cerca cuando edifica para don Luis de Borbón el cercano palacio de Arenas de San Pedro, verdadero Buen Retiro para que el hermano del Rey ni dé la lata, ni amenace cuestiones sucesorias, aunque ya están bastantes desmochadas por el monarca con la pragmática sanción, con su matrimonio morganático y con cuantas prevenciones dispone Carlos para cortarle las alas y los atributos de la descendencia. Y no solo en figura literaria, sino lo más cerca posible de la práctica. De acuerdo con lo dispuesto, sus hijos no serían Borbón, sino Vallabriga, que es la madre.

Al igual que en Montesclaros, otro tanto ocurre varias leguas al norte, en Valdemorillo. De ambos lugares se extraen los mármoles destinados al ornato del Salón del Prado.

Habían iniciado la brega tres capataces, veinte operarios del oficio y seis más reclutados en Madrid y Montesclaros, pero a los pocos las otras, al propio Salón del Prado en el arranque de Recoletos, para plasmar allí el circo-agonal ideado por Hermosilla.

Pedro de la Paliza, que dispondrá de carros especiales para el traslado, se compromete a cubrir la distancia en noventa días. No es mal cálculo, si tenemos en cuenta que al final habrán pasado noventa y dos cuando no quede ninguna piedra sobre los carros. En el calendario queda escrito el viaje, del 2 de junio al 19 de diciembre, el trecho justo para que Pedro de la Paliza celebre con los suyos la Navidad en Madrid, y para que los toledanos de Montesclaros regresen a la aldea a tiempo de la cena principal. Cualquier retraso superior les habría impedido disfrutar de estas fechas, un riesgo que acelera los trabajos por la cuenta que les tiene.

* * *

Madrid / Plazuela de Santa María

Tras larga demora, en el último número del *Diario* se publica el trabajo que Lorenzo Chacón prepara con Hermosilla y en el que tanto interés deposita el propio don José. Se trata de una árida discusión arquitectónica que Francisco Mariano Nipho, el redactor encargado de la publicación, o su director, fundador, empresario y todo lo demás que ocupe a un periódico, demora en su salida nada más leerla. Si al final accede, según confiesa, es porque Manuel Ruiz de Uribe, el editor, se lo ordena sin excusas. Eso dice Nipho, porque para los colaboradores y para buena parte de los lectores madrileños, Nipho, Uribe y Mariano de la Diga son la misma persona. Misterios del periodismo madrileño, que no lo son tanto si se descubre que las tres identidades, la del director inflexible, la del editor condescendiente y la del seudónimo incisivo, según las necesidades, fueron creadas para justificar decisiones contrarias la una a la otra. Lo que el periodista no permite, el editor lo admite, y lo que editor exige, lo firma el seudónimo.

Por otra parte, Nipho es de carne y hueso, mientras que Uribe y De la Diga, ni se sabe. Quizás etéreos, celestiales o arcangélicos, porque para rebatir a Nipho, aún siendo él mismo, los dos se valen.

—Lo pide palacio —se había atrevido a forzar don José ante Nipho con el único hilillo de voz que le permite su ya menguada salud.

—Pues diga a palacio —se revuelve Nipho como una serpiente—, que temas tan sesudos nos espantan los lectores y que el *Diario* no es pliego de academias, ni tendal donde encajen sábanas tan pesadas. Si quiere palacio que se publique, compre palacio el papel, la tinta y la tirada.

El *Diario*, más mentado así, sin otros apellidos, es en verdad el *Diario Noticioso, Curioso, Erudito, Comercial y Político*, que está a punto de convertirse, por esas mismas razones de brevedad y eficacia comercial, en el *Diario de Madrid*, al que Nipho dedica todos sus afanes para hacer que el madrileño se empape de avisos y de glosas, siempre amenas, siempre cultas, pero nunca hasta el hartazgo.

—¡Hermosilla! ¡Qué ladrillo! ¡Bien se nota que don José construye! —clama el periodista después de leer el tocho.

Los dos autores arquitectos, e Isabella la tercera, han de reconocer sin pesadumbre que media gran distancia entre la prosa de las colaboraciones habituales en el *Diario* y la que ellos utilizan en *Belleza contrapuesta a hermosura a través de numerus, finitio y collocatio*. Traducción de la obra de Alberti por Tulio di Fiammetta, comentarios de don Lorenzo Chacón. Señor de Puebla. Colofón de don José de Hermosilla y Sandoval. Director de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Nifo, o Nipho, como él se escribe, no quiere para su diario lectores ilustrados, sino ilustrar a los lectores. Y siendo *Belleza...* un atinado esfuerzo de adaptación desde los principios de la arquitectura vitrubiana al quehacer constructivo de la ciudad, no entra en sus cánones periodísticos ni con ataques de martinete pilón.

Pese a lo que el propio Nipho diga, se salva el artículo y aparece publicado por

dos circunstancias que ni Hermostilla, ni Chacón, ni la *tricolore* Isabella di Fiammeta, sabrán jamás. La primera, por haberse adormilado Nipho tras una visita tardía al merendero de los altos de Amaniél, sin haber acabado el artículo que iba a ocupar ese espacio, y dos, por ser las otras tres colaboraciones que reserva poco apropiadas a la semana de Pasión que se celebra. Qué diría la lectora, por poco piadosa que sea, de uno de ellos, el titulado *Danzas y noviazgos en las Islas Canarias*, o de este otro, con más lija aún, *El desnudo en el teatro mágico y ocasiones donde admitirlo*. Humo de Satanás, cierto. Del tercero, ya ni hablar, pues se trata de un brulote de ripios mal hilados que ganan polvo en el cajón y que allí quedarán hasta que ardan en la estufa una tarde de necesidad.

* * *

Madrid / Calle Chinchilla

Madrid celebra la Semana Santa con el fervor acostumbrado. En el obrador de la calle Chinchilla huele a cal y cuando el agua de las cantareras refresca las sierras que cortan la piedra, efluye un humo que impregna el aire de aroma a calero al enfriarse el mármol y terminar el curre. Allí se encuentran el escultor Gutiérrez de Arribas y su adjunto Atilano Córivas, que trabajan en el despiece de los primeros bloques traídos de Montesclaros a título de ensayo. De las muestras de mármol brotan flores, pliegues y tambores. El maestro comprueba la resistencia de las piedras a los golpes del buril y no le disgusta cómo responde la elegida, pues rompe lo justo a cada ataque de alcotana. Si la compara con la caliza de Colmenar de Oreja, Gutiérrez siempre dirá que la encuentra más recia, menos presta al detalle, pero tan dúctil para la labra como aquélla. A ésa de Colmenar también la conocen los alarifes como el ladrillo de la ribera, y es la que ahora desbasta el escultor para la Fama de la puerta de cinco arcos diseñada por Sabatini con destino al camino de Alcalá, que tanto da que hablar, ya que es el primer arco triunfal que se erige desde aquéllos que acostumbran a regalarse los romanos.

También llegado de Montesclaros con Isabella, y antes de despachar novedades con don José, Lorenzo Chacón visita a los escultores en su taller de Chinchilla que se abre en patio, galerías y corredores tan propicios para servir de corral de comedias que ése es su uso hasta que Gutiérrez lo llena de angelotes, *puttis*, famas y potestades ebúrneas, que luego ha de repartir por la villa y corte para ponerla tan guapa como el Rey desea.

Lorenzo debe darse prisa porque la gente enlutada comienza a arremolinarse para ver bien pegadita el paso de la cofradía de la Vera Cruz, la de los carboneros, que pronto convertirá estos callejones en vías intransitables, salvo por penitentes de

capirote, costaleros y cuatro flagelantes que salpicarán con cuajarones de sangre las esquinas con sus gatos acabados en púas de cristal, medio escapados, medio desafiantes, porque saben que al Rey no le gusta que se exhiban con las carnes abiertas o que asperjan las basquiñas de sus amadas con rojas gotas de su cuerpo, con el propio cuerpo de su cuerpo.

El informe que traen de Toledo no puede ser más positivo, al menos sobre el papel.

—Los últimos bloques vendrán cortados con las medidas requeridas. Después de oír las protestas del cantero, en Montesclaros todo queda al conforme de lo que el maestro Gutiérrez desea.

—Excelente, admirado señor de Puebla. Si examina los planos al detalle, comprobará cuánto puede aliviar la brega esa pequeña modificación. Fíjese en esa estructura —señala un complejo entramado de tirantes, soleras y nudillos—, servirá para levantar las piezas y hacerlas más manejables. Cada una se moverá independiente de la obra y siempre podremos tenerlas en la posición y altura que se desee, tanto aquí como en Recoletos.

—¿Nunca había trabajado así?

—A decir verdad, nunca de una manera tan liviana y poco costosa.

—En Italia se utiliza hace tiempo.

—No lo dudo.

—¿Para cuándo estima el traslado a la plaza?

—Nos disponemos a ocupar uno de los toldos de Recoletos en quince días, como máximo.

Gutiérrez, que es hombre fornido, pasa por alfeñique al cruzarse en el patio con los mozos y peones que cargan, suspenden o trasladan las piezas talladas por el artista de Arévalo, el Arévalo de San Vicente como él puntualiza cuando habla de su nacencia, en especial ahora que está en puertas de ser el nuevo escultor de cámara del Rey.

Sin embargo no todo son buenas noticias en su taller.

—He de hablar con Hermosilla, pues es engorro que me preocupa. Ventura Rodríguez me acosa con sus visitas. Fisga, aprueba y censura todo cuando hago. Ni Floridablanca le frena, ni el Rey le frena. Dibuja los planos y tiene todo en la cabeza, pero nada complace ni colma sus competencias, ¡quiere ser el padre de la diosa!

—¡Ja, ja, ja! Algo rijoso para el cometido, presumo. Pero se lo diré. Ya conoce don José el percal del que me habla y le aseguro que lo padece como usted. Y de Sabatini, ni le cuento.

—¡Pero es insufrible! ¡Desventura de Ventura!

—Tendrá que hacerle frente como sea. Ventura es lo que es y los personajes en su abono son numerosos. No pierda de vista al fiscal Pedro Rodríguez de Campomanes, que es su mano ejecutora y ése sí que tiene poder en cada dedo, como el Papa de Roma en cada sacramento.

—Lo sé, pero en las últimas semanas medra en delirios. Asegura saber secretos que proyecta presentar ante el monarca, y una vez que lo haga, como puede imaginarse, quedará el Rey atrapado entre sus garras.

El señor de Puebla sugiere a Gutiérrez desplazarse hasta una de las esquinas del patio, a fin de evitar oídos indiscretos.

—¿De qué secretos me habla? ¿Qué le escucha a don Ventura?

—Todo y nada. Él no ahorra comentarios, de modo que cuando al Rey se lo exponga, no habrá en Madrid vecino que no esté al cabo de la calle.

—Ahora mismo —reconoce Lorenzo—, estoy en la inopia.

—No ha de estarlo un hombre que destila tanta ciencia. Que todos los del gremio leemos el artículo que hoy se recoge en el *Diario* —le halaga Gutiérrez.

—¡Ah! ¿El artículo? ¡Bah! ¡No es más que una justificación del tiempo pasado en Roma! ¡Y la inspiración de don José, que no se sabe cuánto durará entre nosotros!

—¿No se marchará otra vez?

—Sí, pero esta vez para no volver.

—Comprendo.

* * *

Madrid / Calle de las Infantas

En la calle de las Infantas viven los marqueses de Curazzo, don Saturno y doña Violeta. Los separan cuarenta años y nadie niega que a la bella dama le puede el interés, que ése no era hombre para ella, aunque pertenezca al grupo que llaman de las tres bes; no por bueno, bonito y barato, sino por bisoñé, bigote y bastón, un carcamal.

—No creáis habladurías de comadres, Saturno conquista mi corazón —rechaza Violeta muy convencida, sin evitar que el oyente, piense cuando la mujer se aleja:

—El corazón es posible, pero dudo que rinda el resto del cuerpo.

Y los contertulios se ríen maliciosos con la vista todavía clavada en el andar y las posaderas de aquella muñeca de porcelana con edad para rellenar cada noche su carnet de baile en los salones de la soltería.

Pero no, Violeta se ocupa ya de otros menesteres, como tantas veces vio hacer a su relamida madre. Esta tarde los Curazzo tienen merienda con sus amigos. Vienen a ver las procesiones de Pasión, pues Infantas es calle apropiada para tales espectáculos. El nombre de la calle, que a todos engaña, se lo debe a uno de ellos, celebrado hace más de siglo y medio, cuyo transcurrir vienen a ver, desde un estrado de ataujía y equipado de tronos, las infantas españolas de nombre palindrómico, María Margarita y Margarita María, hijas ambas de Felipe el IV, a quien nadie le

alaba el esfuerzo realizado a la hora de bautizarlas.

—Esta es la calle donde vieron la procesión las infantas —repite días después el pueblo de la villa y corte.

O dicho en breve, tal como averigua Isabella de soslayo, antes de contárselo a Pippo en una de sus amenas cartas matritenses:

—Ésta es la calle de las Infantas.

Y en Infantas se queda.

Hoy han venido los barones de Esteiro Labandal, que se deben ausentar pronto por motivos que no exponen. También Emilio Cenarrusa, los marqueses de Aruxe y sus peripuestas hijas, Carlota y Carolina, los Cerralba, el ampuloso señor De las Casas Junquera, Van der Loos, siempre pulido, y el remilgado conde de Sanchezcapitán, don Goomer Astudillo, solo como el espárrago y siempre con prisas, porque hoy también a él lo reclaman otras obligaciones. Los invitados suelen anunciar esta formalidad recién llegados, para evitar así que nadie interprete su marcha como una salida destemplada, por feo, o por incomodo.

—Me vas a perdonar, queridísimo Saturno, pero no podré quedarme a toda la merienda —se excusa don Goomer—. Espero la llegada de mi hermana Cloti y de unos parientes de Cuenca. Una encomienda pejiguera. ¡Imagínate! ¡Tengo que ir con el grupito a recorrer iglesias! ¡Para visitar iglesias me estoy quedando! ¡Si al menos fuese a vestir santos, les vería los refajos a san Cosme y san Damián!

A las niñas de Aruxe les tapan los oídos cuando habla Goomer, que además de gustarle la carne de hombre, suelta verdulerías para acompañarse. Ya lo bromea Terry Coronel, conde será, pero de los condes que se esconden y no se muestran.

El copetudo barón de Esteiro Labandal, don Cancio Sacido, también se disculpa por su futura marcha precipitada, pero antes informa a los presentes de ciertas novedades en los desfiles penitenciales, en los guiones y en los misterios:

—Este año veréis algo especial. La procesión se abrirá con mucho orden por mis niños del Real Hospicio de San Fernando de Henares, arracimados con los del colegio del Ave María, también hospicianos, los desamparados del Amor de Dios y los doctrinos de San Ildefonso. Es la primera vez que participamos y para mí es un entorchado de honra el hecho de que mis pequeños arrecogidos estén tan limpios y formalitos como para salir al lado de los madrileños. Ya saben ustedes que de San Fernando siempre se habla como de la morralla.

Desde que don Cancio es director del internado, tanto los miembros de la Obra Pía, como los directivos de la propia Junta General de Caridad, aseguran a quien quiera oírles que el barón consigue maravillas con sus internos, fruto, según dicen, de la minuciosidad, orden y disciplina que sabe imponer a través de su regla de oro: «Dos no son uno con nueve, ni dos con uno».

—Alzo mi copa por el barón de Esteiro Labandal, que tanto bien desparrama.

El brindis es de Curazzo, que alza su crátera hasta situarla entre el bigote y la perilla que le dan porte achivado, entre juez y dramaturgo. Y por todos es contestado

con vivas y felicitaciones, hasta que la algarabía de reconocimientos a su pública labor es frenada por una de las jovencitas Aruxe.

—Dígame, don Cancio, ¿a cuántos niños atiende? —pregunta Carlota, la más espabilada de las dos hermanas.

—Niños, adolescentes y mayores, que de todo hay en San Fernando, son a estas horas mil trescientos veinticuatro, todos con ficha abierta y en perfecto estado de revista, Carlotita. De su expediente no se escapa ni la coma en la frase, ni la virgulilla en el acento.

—¡Jesús! ¡Cuánto pobre!

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen! —grita desde el fondo de la galería Carolina, la otra Aruxe, que en efecto, ve cómo enfilan la calle los pendones de los colegios, los guiones y los abanderados que abren la marcha. Los tambores también ganan fuerza y su monótono anuncio domina en poco tiempo aquella estancia de Infantas.

—Ése que va a la derecha, el de la esclavina roída, qué vergüenza me da mirarla —comenta don Cancio, apoyándose en el bastón que mitiga su leve cojera—, acaba de entrar en el hospicio, muertos sus padres por disparos de un grupo de bandoleros.

—¿El niño del caso de la Pingarrona?

—¡El mismo! A mí me lo confían.

—¡Qué pena me da saberlo! —se lamenta Carolina.

—Peor es la ignorancia —le corrige su padre—. Si por saber la desgracia, se le pone cura, mil veces será mejor ser consciente de ella.

—Sabias palabras —certifica Van der Loos.

—Así es —añade Mariana Leonisa, la baronesa de Esteiro Labandal—, tu pena, querida Carolina, actúa de la misma forma que el dolor en los cuerpos. Cuando lo tienes, te advierte que debes ser curado. Cuando caigo del caballo, es para mí una suerte que me duela el cuello, pues me avisa de la herida. Tu pena te avisa que ese niño necesita atención. Se queda solito en el mundo...

—¡Y ahí está tu marido para salvarlo! —salta Goomer Astudillo, con más ganas de hacer una gracieta, que de homenajear al barón.

—¡Goomer! —le reprende Van der Loos—. ¡Estamos en Semana Santa y no es ocasión de chacotas!

—No es broma. ¿Acaso no está el niño en brazos de Cancio?

Y a Carlota, y a Carolina, y a su madre, que es de natural sensible, se les desprenden unos gruesos goterones por las mejillas pensando en el pobrecillo arrapiezo, en sus noches de soledad acompañada, en el internado y en Cancio, como padre sustituto.

—Ahora vienen la Archicofradía de la Paz y la Caridad, y la de la Almudena, y tras ellas, las de todas las parroquias.

—¡Qué imponentes! ¡Pueden pasar los años y siempre me impresionan! —coinciden varias voces pegadas a los cristales.

—¿Abrimos las ventanas y los vemos mejor?

—Por mí, no; que tengo frío y la piel se me aja con los aires de la sierra, que ya dicen los médicos que de sanos tienen lo que yo de brigadier —bromea otra vez Goomer Astudillo, provocando la sonrisa de unos y la desaprobación de los más ortodoxos con la Semana.

—Pues así se queda.

Pasa la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, los sacerdotes del oratorio de San Felipe Neri y los de Caballero de Gracia, los mínimos de San Francisco de Paula y los canónigos premostratenses. Atrás caminan los carmelitas calzados y los observantes de San Francisco. Todos ellos preceden a las cofradías propiamente dichas, que arrancan con las congregaciones de la Soledad y la del Montepío y Esclavitud del Santísimo Cristo de la Agonía, que a la par se encargan durante el año de dar sepultura a quien no tiene medios para ser enterrado, cuyo perfil define a los pobres de solemnidad que no tienen ni dónde caerse muertos en el sentido más exacto y literal de la frase. Éstos que atienden en dichas congregaciones son herederos de otros más arrastrados a los que llaman los Quartos, por recorrer las entradas de la villa en busca de las cuatro partes en las que se descuartiza a los condenados. Hasta ser auténtica mojama, estos quartos quedan expuestos a la intemperie para enseñanza y ejemplo de posibles delincuentes, de niños faltos de cauce y de despistados visitantes extranjeros, desconocedores de cómo nos las gastamos con los conculcadores. Esta cofradía de los Quartos, que también es la de la Soledad del convento de la Victoria, ya solo entierra a los menesterosos, pero sus miembros más antiguos, en las vigilias de Jueves y Viernes Santo, cuentan espeluznantes historias que a los recién llegados conmueven el corazón, como la del inocente que es ajusticiado y cuyos cuatro quartos llevan distintos cofrades de la Soledad hasta el convento de la Victoria. Arrojadas en la fosa las porciones del hombre, aquella noche se juntan y recobran la vida para asesinar, esta vez sí, a diez personas. Son las que habían acusado al descuartizado de hacer lo que no hizo, su mujer, los padres de ésta, el hombre que era su amante y los seis niños que con ella tuvo y que en vida pasan por ser sus hijos que en absoluto lo eran.

—Recuerden que al final les cuente la historia de los cuatro Quartos que fueron uno —amenaza Cenarrusa, siempre dispuesto para asustar a las muchachas y quitarles así la bobería, según explica a la concurrencia.

—El Rey siempre lo hace.

En medio de las dos hileras, ocho o diez hermanos se azotan con la espalda al aire y la capucha atada al cuello a manera de salvaguarda contra denuncias, pues van a cumplirse los tres años de la ordenanza del Rey contra flagelantes, disciplinantes, empalados y protagonistas de espectáculos parecidos. Y no deja de ser curioso ese concepto del Rey de pensar que quien se aflora la sangre es artista de algún teatro.

Se prohíbe el castigo en Semana Santa, en cruces de Mayo y en rogativas, pues en todas ellas hubo, y alguien lo suelta muy bajo, mira este Rey, qué incongruencia, se lleva los flagelantes y nos trae a la que flagela, en alusión a la diosa que se construye

en Recoletos para que haga fuente de ese agua con tanta fama y frescor, que se anuncia a gritos al lado de los bizcochos de Zaragoza, las avellanas verdes, el zumaque madrileño, las algarrobas, el cáñamo o la miel de la Alcarria.

—¡Agua fresca de Recoletos!

De la Cibeles cuentan que sus sacerdotes se zurrán, laceran y castran, que no es poco para una diosa que va a ocupar el centro del centro.

Cenarrusa, que es del monarca mano derecha, sin ser ministro ni paje, aunque bien ganado tiene el título de *Oreja del Rey*, comenta desde la ventana.

—Que anden listos los del látigo, pues órdenes hay de detenerlos.

Por eso a veces se les ve corriendo con la espalda encarnada hasta un portal, o hasta una casa que los cobija y oculte, perseguidos por agentes que dan constancia ante el pueblo que el Rey no aprueba eso. Cuando saben que el monarca está en Medinaceli, o que la cofradía se desvía hasta el Palacio Real, ellos se tapan y esperan a estar fuera de vista. Pero como todo lleva su tiempo, el líquido empapa el hábito y una gran mancha denuncia quién de entre la masa son los disciplinantes.

—¿Fuisteis a la absoluta?

—Este año se nos pasó.

—¡Ah! Pues a mí no se me pasa.

—¡Mujer! ¿Para qué la quieres, si te la dan todos los años? ¿No es acaso la absoluta?

—Sí, pero no es plenaria y cada año, poco o mucho, algo pecas.

Los Jueves Santo organizan en las iglesias la ceremonia de la absoluta que te limpia de todos los pecados, aunque bien dice Terry Coronel a las chupacirios, todos los años la necesitas para que friegue bien y nada quede.

Ven ahora el paso de la Santa Vera Cruz, sacado por el gremio de los tratantes, y le sigue Nuestra Señora de la Soledad, que arranca del convento de la Victoria, y que sacan los polleros, como si de *galli* se tratase. A la Soledad la custodian los niños expósitos y las amas de cría, que desfilan como auténticas madres nutricias de la ciudad, con sus grandes bultos anunciadores de leche. Nuestra Señora de los Siete Dolores está al cuidado de pintores y alguaciles, que se dan la mano en esta simpar coincidencia. Este año se incorpora como gran refuerzo el Montepío de Viudas de los Alguaciles, una honrada asociación que sustituye a sus difuntos por aquellos vivos que con más parné pujan para convertirse en tales, sin que los nuevos eviten ser llamados también, los consuelos de viudas. Lo que recauda el muñidor revierte en aquella mutua, pues quien más alto llegue en la subasta se convierte en alguacil, de modo que no hay engaño de que el cargo se compra con plata.

Al final, los barones de Esteiro Labandal se van de la casa nada más despejarse la calle y Cenarrusa les cuenta feliz a las chiquillas qué pasó con aquel hombre que toman por asesino y que llevan a descuartizar. Aunque por ello se gane la consabida reprimenda de la marquesa de Aruxe, que ayuna a acelgas y agua toda la semana y está ya que se cae.

—¡Emilio! No son historias propias para las niñas, ni para el día santo que es hoy. ¡Déjate guiar por la eutrapelia!

—¡Marquesa! ¡Si es lo ocurrido en una cofradía! ¡Nada más propio a una fecha en la que se narra el martirio y crucifixión de otro inocente!

Y claro, acaba contándosela, porque en el fondo la macabra historia de las truculencias a todos agrada, incluso en Viernes Santo, que es, como dice don Emilio, día de las máximas violencias.

* * *

Madrid / El Alamillo

Desde primeras horas de la mañana un revuelo se extiende por todos los mercados madrileños y allí donde se acude a vender, comprar o trabajar, cualquier desconocido se dirige a los recién llegados y se lo suelta.

—¿Sabe lo de esta noche? Han matado a un niño.

Así es, o así parece desde el alba. ¡Un niño muerto en la semana de la Pasión! Desde las torres de la iglesia de los Incurables del Carmen las matracas suenan hoy más roncacas. También hay quien se apunta a ver milagro y establece semejanzas con las fechas que se viven, aunque todavía se desconozca de la misa la media:

—¡Lo han crucificado!

Los del foro se cruzan con quienes traen la cebada desde Horcajo y con los chalanes de Calatrava, dispuestos a entrar en la *Acemilería* de la calle Toledo, o con aquellos otros trajinantes de algarrobas, que por ser de Consuegra, Talavera o el propio Albacete, prefieren el mesón del *Dragón*, al fondo de la Cava Baja. Antes de vender, apalabran la cama y para ahorrar, acuerdan media con limpio, que es compartir el lecho con otro tratante, siempre que esté libre de sarna. Con ellos no va la santidad de los días, pues nada más salir las procesiones, se esconden para vaciarse con una ganforra y luego piden banco para jamar un plato de atascaburras, pero ni tanto ni tan poco. Una Pasión es darle bulla al cuerpo, y otra que Madrid les reciba allí, de manera tan borrica, en su zona de mesonaje.

Pero así es. El descubrimiento del cadáver de Dosindito Martín en una carbonería de la calle Relatores atrae a desocupados, mandaderas y pillastres, que de inmediato forman una docena de corrillos a izquierda y derecha del portal donde tienen hogar sus padres. Dosindito, quince años en flor, acólito voluntario, de bozo aún incipiente, tronco cenceño y largas piernas de zancuda, vivía no lejos de allí, en la plaza del Alamillo. Cuando los curiosos se enteran, organizan una procesión hasta la Cruz Verde, desde donde controlan las entradas y salidas de la casa familiar. Hacerlo responde a la curiosidad que la brutalidad despierta, pero también es un eficaz medio

de certificar que ellos, los que están allí, no han sido. Con todo y eso, las miradas que se cruzan no son como las de ayer. Todas llevan prendida la sombra de la sospecha. ¿Habrás sido tú, cabrón?

Lo más comentado en cada grupo es el horror del infanticidio, la bondad de Dosindito y cómo siendo alumno cumplidor, morigerado, buen cristiano y obediente de su madre, a la que sobrepasa con creces en acendradas virtudes, pudo posar sobre él una mano criminal.

—¡La niña lo sabe! ¡La niña lo sabe!

Y la niña Javierita, que es vecina de los infortunados, se deja querer por la tropa.

—Ayer salió de casa con el misal bajo el brazo, un chusco de pan y tocino, pero Dosindito ya no llega al aula de don Torcuato, donde por la tarde hubo rosario. Eso le oigo a mi hermano, que aprende a su lado.

—¿Y Reme, la madre? ¿Cómo caraja está la madre?

—Llora. No de continuo, pero llora.

—¿Cómo fue que lo mataron?

—¡Ay, señor! ¡Si lo supiera! Varios corchetes del Cuartel de Palacio se lo llevaron de la carbonería de Gutierre y nadie, salvo él, ve su difunta estampa.

El orondo alcalde Miguel Joaquín Lorieri está al frente de uno de los ocho barrios en los que se divide Madrid, el del Cuartel de Palacio, y le toca la china. Se informa de los hechos en la Cruz Verde. El truchimán de Lorieri siquiera se acerca al Alamillo para evitar que a la muchedumbre le dé por reclamar la presencia de la autoridad, y aunque tiene asignadas las labores de vigilancia y policía desde hace años, opta por deponer ante la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, y que ellos decidan si ha de ser el intendente de la provincia de Madrid y corregidor de la Villa, José Antonio Armona y Murga, el gobernador, Floridablanca, o el propio Rey quien tome cartas en el asunto. Aranda da de él la mejor definición, la barriga de Lorieri es como la espada de Bernardo, que ni pincha ni corta.

—¡Joder, Lorieri; no me toques los collóns! ¡Nombras a un alguacil que pregunte a los vecinos durante unos días y dejas que se olviden del asunto! —brama Armona contra el alcalde.

—Los ánimos están muy exaltados, intendente. Hay que averiguar qué pasó y tranquilizarlos. ¡Hoy ya se miraban unos a otros con caras raras! No es un crimen que pasar por alto, se lo juro.

—Está bien, ya se levantó la manta y no la vamos a parar.

Lorieri, un tipo tan hábil para escurrir los bultos como para servirse del cargo en su beneficio, sonrío de botones adentro por librarse de un nuevo embolado que en cualquier caso solo le iba a reportar preocupaciones y disgustos.

* * *

Madrid / Salón del Prado

Los corrillos suplen con comadreo todo lo que desconocen sobre el asesinato, que no es menguado. Las verdades a medias se transforman en mentiras enteras, máxime cuando el frío de la mañana se combate moviendo las mandíbulas, pues de no hacerlo el cuerpo se entumece y tiembla.

—Una muerte así solo puede ser obra de un sacamantecas come-niños. Lo desolla con una faca y luego le rebana la grasa.

—¿A Dosindito? ¿El más flaco del barrio? ¡A otro perro con ese hueso! Si fuese asunto de mantecas, habrían matado al Pascual, el mayor de la tahona, que ése sí que está criado como lechón de puchero.

—Tienes razón, gordo y rollizo como si hubiese sido mirado a los ojos por una abubilla.

Más al este, donde la ciudad crece y donde docenas de braceros, canteros, menestrales y sus alarifes se afanan en dar forma al Salón del Prado, la noticia produce similar alboroto. Unos conocen al carbonero Gutierre, otros al padre, calavera y borrachín de largo recorrido, y otros a la Reme, la madre, que se deja hacer de todo por menos de lo que piden por un vaso de Cenicientos.

—Vende la entropierna porque le gusta, no por necesidad. Con lo que saca sus buenas perras la Reme es con los hechizos que al hombre encienden y con los ligamen que a la mujer limpian de críos la barriga.

Incluso hay alguno que se ufana de haber tenido a la víctima subida en sus rodillas, de cuando muy chico.

—¡Dosindito! ¡Un chaval muy triste! Ya siendo niño era triste. Ahora bien se ve por qué.

El arquitecto señor de Puebla que los dirige hace que cesen los chismorreos y vuelvan a la tarea, que aún siendo semana de Pasión, hay que avanzar la obra.

* * *

Madrid / Hospital General / Santa Isabel

Todos ignoran que no lejos de allí, los despojos del muchacho son examinados en el Hospital General por el equipo forense del doctor Torbeo, del que todo Madrid oye hablar por lo bien que entablilla los huesos fracturados, por el médico de Su Majestad, Francisco de Neyra, y por Dámaso Jesús de Mayorga, que es comisionado al alimón, tanto por el gobernador de corte, como por el intendente, para establecer una pesquisa lo más secreta posible y esclarecer a través de ella quién se encarga de llevar a Dosindito Martín hasta el finibusterre.

Al final prevalece el criterio de Lorieri y se da al crimen la relevancia solicitada, pues los ánimos están inquietos y ya salieron los cuchillos a relucir en varias riñas de piques y bravatas. Nadie quiere que se le cargue el mochuelo de Dosindito, cuyo cuerpo de querubín asexuado luce sobre una mesa de mármol, aunque tiznado de negro y abierto de piernas, para que ni Dámaso, ni los subalternos de Torbeo, pierdan detalle del mal causado.

—¿Qué les voy a exponer, señores? A la vista está el escabeche —suspira Torbeo, desbordado por la magnitud de los destrozos—. Jamás contemplé heridas semejantes. Si nos abstraemos de la carne afectada por el fuego de la cauterización, vean que se rapa desde la base del escroto, sigue la línea del rafe y respeta el pene con mimo, como si fuese obra de un experto cirujano y no del desalmado en el que todos, o muchos de nosotros, estamos pensando. No parece haber violencia, si por tal entendemos la necesaria para reducir al muchacho en la tortura. Con lo que ahora sabemos, limito las opciones a tres. Sin orden de prelación, que ya fuese cadáver durante la rebanada, que él mismo consintiese en ella, o que le hubiesen aplicado un potente narcótico.

Mayorga trata de hacerse con toda la información para despejar el mayor número de dudas.

—¿Causa de la muerte?

—Lo han desnucado como a los conejos. Un solo golpe, limpio y certero con un objeto contundente. Un hierro quizás.

—¿Y la cauterización?

—Sí, es un proceso extraño. Para explicarlo a roso y velloso tendríamos que admitir la posibilidad de unos asesinos que no lo son, unos asesinos que no quieren que el niño muera. Se cauteriza para evitar una hemorragia, pero nadie se preocupa por la hemorragia de su víctima.

—Salvo que manche una bonita alfombra, o deje evidencias en un lugar muy transitado —interviene Neyra con nuevas conjeturas.

—Sí, es posible.

—Dentro de las tres hipótesis expuestas, ¿se inclina a pensar que vive el muchacho cuando es castrado, o lo contrario?

—Por la cantidad de sangre derramada, diría que sí, que ya es cadáver; pero necesitaré horas hasta determinar si el criminal, o los criminales, han causado otras heridas, o se realizan en el cuerpo manipulaciones antes y después del óbito. Hasta que se completen los pasos de la autopsia no se podrá precisar. Mientras tanto, señor Mayorga, especule a ojos cegarritas. Las evidencias las tiene delante de sus narices.

Dámaso se inclina sobre el cadáver y lo observa con cuenta y razón. Se detiene en las marcas del cuello y en los cortes de la entrepierna. Luego pide a los enfermeros que lo volteen. Estos consultan con la mirada al doctor y éste accede cerrando los párpados.

La espalda del muchacho está cosida a latigazos. No han ahorrado saña sus

torturadores, pues son muchas las señales de que al restallar la fusta le raja la piel y aflora la sangre.

—¿Y este horror?

—Ya lo ve. Es sometido a varios sufrimientos. Si se fija en la distinta intensidad de las tumescencias, verá que se abren en abanico de seis en seis. Eso significa que se utiliza un suplicio de seis colas y no de nueve, como es el habitual instrumento de castigo militar. Sin haberlas contado todavía con detenimiento, calculo que recibe entre veinticinco y treinta descargas, producidas por una mano diestra a su lado izquierdo, y otras tantas de zurdo, mucho menos intensas, desde su derecha; una violencia atroz que ni siquiera los soldados más curtidos sobrellevan sin desmayarse.

—¿Fue el caso del niño?

—¿No haberse desmayado? No lo sabemos. Incluso los azotes pueden haber pesado en la causa de la muerte.

—¿No afirma que fue desnucado?

—Desnucado y asfixiado por ahorcamiento. ¿Ve esas rojeces que suben por detrás de la oreja? Nos informan de que el occiso es alzado con una gran sogá, quizás un cordón de seda, pues cualquier otro tipo de cuerda le habría ocasionado heridas más sobresalientes. Luego, con mi equipo, trataremos de determinar si es izado vivo o lo hacen con el cadáver, para enmascarar su muerte. Por el estado del esfínter, bien cerrado, me arriesgo a aventurar que ya es difunto. Repare en el eritema púrpura que provoca el roce. Asciende uniforme y dibuja un arpegio de ondas con sucesivas intensidades. Son en efecto las vueltas de una gruesa, pero al tiempo, suave maroma.

—¿Un cordón de hábito?

—No, no lo creo. De mayor grosor. Como los que se utilizan para delimitar los entablados del Rey en sus actos públicos.

—¿Qué insinúa, doctor?

Torbeo se asusta de la ilación que originan en Mayorga los términos que utiliza, e incluso el propio Neyra lo tranquiliza con un alzamiento de hombros.

—¡Nada en absoluto! Sírvale de referencia sobre el tamaño. Nada malo puedo sugerir con ello. También podría haberme referido a las cortinas que se recogen con esos gruesos cordones, en palacios, iglesias o museos...

—Dice que una mano zurda le atiza las costales con menos saña, ¿también porque es un brazo de menor fuerza?

—Sí, mucho menor, y si la tiene, no se aplica en los golpes. Son latigazos que caen sobre el chiquillo con el único peso del instrumento, casi como un juego, frente a los otros, que son atroces.

—¿Una mano de mujer?

—¿Zurda y mujer? Pudiera ser. No es mala pista para sus pesquisas, pero no se obsesione. No conozco el primer caso en el que una mujer esté implicada en este tipo de torturas. La mujer que mata no pierde el tiempo en sufrimientos. Mata y sanseacabó.

—Y de sevicias, ¿qué me puede comentar? ¿Lo han enculado?

—Sí y no.

—¡Explíquese, recoño!

Torbeo avista a los clínicos disculpándose, y acto seguido explica que el muchacho venía siendo sodomizado con frecuencia, la suficiente como para que no se le aprecien desgarros en el ano, pero sí notables estiramientos en los músculos esfínter y retractores.

—Por lo tanto, pudo haber penetración en el asesinato, aunque el gomoso no eyacula dentro.

—El nefando anda en juego —resume Dámaso.

—Eso parece.

En la sala del San Carlos hace más frío ahora que al comienzo de la inspección, como si la muerte se hubiese adueñado de la estancia. Por su único ventanuco, el que se abre al ras de la costanilla, se adivinan los pies de los viandantes.

Dámaso da por cumplimentada la información del galeno, aunque le reclama toda la que pudiera obtenerse de aquí al fin del examen forense.

—Ya sabe, cualquier detalle que confirme o modifique estas conclusiones será útil para la pesquisa. Hágamelo llegar por el procedimiento acostumbrado.

—Descuide. Así será, aunque no espere grandes novedades a cuanto le digo. Con suerte podemos determinar si el rape de la bolsa escrotal se realiza estando vivo, y pare usted de contar. ¿No está de acuerdo, doctor Neyra?

—De punta a cabo.

La presencia de Neyra en el examen asegura a Mayorga que el Rey y el secretario de Estado tendrán noticia inmediata de Dosindito.

* * *

Madrid / Calle Relatores

Del Hospital General, Mayorga marcha hasta la carbonería de la calle Relatores y en el patio trasero de la sentina avista a Gutierre, su propietario, cuando éste, con el torso al descubierto, se limpia en el agua de un barril las notables heridas que presenta en los labios, el pómulo izquierdo, los hombros y la nariz.

—¿Qué le ha pasado? —pregunta por todo saludo.

—Fueron ocho caínes azuzados por dos bocazas. La chusma de siempre. Los que matan y después van al entierro.

Gutierre se refiere al grupo de zopencos que sin luces para verbenas, ni candiles para bailes, se arman de palos y corren en tropel desde el Alamillo cuando se extiende que Dosindito aparece entre sus capachos de reparto.

—¡Los muy pellejos...! ¿Voy a ser yo tan cretino de cargarme al niño y dejarlo aquí tirado mientras doy cuenta del hallazgo?

—Hay mucha indignación. Dosindito era un chaval muy querido en el barrio como compruebo a cada paso.

—¿Y a mí qué me vienen con eso? ¡A un delito suman otro!

Dámaso advierte una nueva herida.

—Le han quebrado el tarro. Haga que le limpien. Es peligroso, aquí, con el carbón...

El hombre se da cuenta de repente que habla con un desconocido.

—¿Y usted quién es? Hoy no se atiende, ni sé cuándo podré hacerlo.

—Busco lo mismo que sus agresores, atrapar al autor; pero espero cerciorarme antes de emprenderla contra un sospechoso.

—No sé nada.

—Lo dudo. Ya verá. ¿Cuándo y cómo descubre el cuerpo?

El carbonero se levanta del tronco donde recupera el resuello e introduce la cabeza por entero en un barril rebosante de agua. Al cabo, la retira y trata de secarse con una tela más ennegrecida que sus propias ropas.

—Fue al amanecer. Preparaba el primer reparto y vengo hasta aquí —señala el fondo de la estancia, repleto de cestos y cañachos de carbón—. Veo una mano que sobresale a lo alto y ahí está, doblado como un perro en rosca.

—¿Desnudo?

—Así debieron parirlo.

—¿Lo tocó?

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿Por quién me toma? ¡Puedo ir negro de la noche a la mañana, pero...!

Los dos hombres no están solos. Como salido por escotillón alguien se encuentra sobre los rimeros del combustible vegetal. Se mueve. Pisa en falso y varios carbones se desprenden hasta el suelo. Pierde el equilibrio y al buscar apoyos provoca la caída de más ciscos sobre las tenadas de leña que clavadas en esa zona sirven para sujetar las hacinas.

—¿Quién anda ahí? ¡Alto en nombre de la ley! —grita Dámaso.

Como respuesta a la orden, la sombra salta hacia la salida, pero las piedras vuelven a fallarle y ahora cae sobre ellas como un fardo. En ese tiempo Dámaso ya está a su lado, con la rodilla sobre su estómago y el brazo inmovilizándole el cuello.

—¡Puedo explicarlo todo! ¡Gutierre, auxilio!

A sus gritos acude el carbonero, que en efecto, lo reconoce de golpe.

—Tiene razón. Es Cayo, Cayo Martín, el padre del niño inmolado.

—¿Y cómo es que te comportas como un ratero?

—¡Era mi hijo! ¿Sabe? Y me lo han matado. No me voy a quedar solo para verlas venir.

—¿Y por eso sales corriendo cuando se te da el alto?

—Me pueden los nervios.

—Los nervios solo atenazan a los que algo temen. ¿Qué esperas encontrar en la carbonería?

—Vengo a platicar y veo que ya lo están haciendo. Después callo para escuchar. Ésa es la verdad. Me cago en mi madre si no es así. Sé que han zurrado al carbonero y me da el pálpito de que algo podrá decirme. Gutierre es amigo.

El dueño del cuchitril corrobora y añade:

—Y patrón...

—Sí, sí; también patrón.

Cayo es un tipo desgarbado, de cuerpo hirsuto y manos desmesuradas, a su rostro cecijunto añade una mirada idiota y bajo ella, cuatro dientes bien mellados. A sus espaldas le tildan el *Sombrita*, quizá por sus aficiones noctámbulas, por ser mal encarado, o por ambas razones, que el pueblo siempre bautiza con fundamentos. Viéndole sobrio y con esas zarpas se diría hecho para despellejar carneros o para reducir a pulpa las manzanas de un pomar sin otro mazo, pero el padre de Dosindito, que es corretón licenciado, bebe cuanto consigue, y no del vino que se cristiana, sino que busca y los encuentra, chigres de uvas turcas, sin bautizar, que el agua la dan de momio en las fuentes, cría ranas y sale por goteras de las narices. Durante el resto de sus turbias jornadas intenta hacerse con calderilla en ocupaciones y mandados que no le interrumpen sus ansias por agotar el morapio de Parla o el de Ceniceros. A ninguna cosecha hace ascos cuando recorre a trompicones las calles de la Lechuza y del Rollo, a espaldas de la cárcel de Corte, donde conocen bien su tétrica estampa. Allí duerme muchas noches bajo el ángel, como dicen los vecinos de quienes caen en sus calabozos por alborotos, reyertas o trapisondas de bochinches que suelen tener como escenarios el mesón de los *Huevos* —¡vaya su sombra!— en Concepción Jerónima; o el de *Cádiz*, dentro de la plaza de la Cebada. La gente comenta que es cachuchero, chisgarabís, doctor del araño y amigo de lo ajeno y que no rehúye participar en cualquier monipodio, sin importarle riesgos ni gurulladas de esbirros, siempre que estén en juego dos cobres o algunas blancas. Para acallar habladurías, Cayo, el *Sombrita*, defiende que sí, que es chispero, pero de natural honrado y que recurre a Gutierre cuando los gritos de la Reme le vencen el alma, pues aunque es ella la que hace por el sustento, hay semanas sin salsa, ni despensa que ensucie el plato. Claro que la gente, ya la conoces, no perdona ni a la Reme, y la hace puta, buscona y resbaladura de carcaño, que tanto se abre de piernas como se las arregla para encontrar damiselas poco usadas, al gusto de señores principales que algunas tardes rondan el Alamillo. Antes se venía en busca de un juez que medie en disputas de cantidades, pues como escriben los cronistas de la villa, aquí nunca crece un álamo, aunque sea diminuto, sino que es domicilio del alamín, el juez de mediciones entre los cristianos, y de pleitos entre la morería.

Mayorga habla con vecinos, con el que lleva una carreta o con la que sale a por bollos.

—Si el río suena, agua lleva —se pasan unos a otros para justificar su lengua lacerante.

—De Reme, ramera —apuntilla el lingüista más fundado.

—De ramera, nada. Puta, rastrea y tirada. Y nigromante, que a ella acuden las que buscan ungüentos, brebajes para echar el niño que llevan dentro y otros que ponen a los hombres calientes. Por una vez que dijo cielo, mil antes bendijo las calderas de Pedro Botero.

—¿Cómo es que Dosindito crece en virtudes con padres tan canallas?

—No lo sé. Leyes extrañas. O quizá por eso mismo, para calmar tanta vileza. Así acaba el chaval, martirizado.

El guarnicionero añade con la mirada puesta en la tronera que da al Alamillo, la única entrada de luz a su tallerzucho.

—El chico anda en compañía de finolis, siempre con libros que no son obligados y que nadie, salvo él, ve jamás en dominios de esta parroquia. Libros de tapas muy pintadas que sus buenos cuartos valen. Y misales. De éstos, todos cuantos pueblan sacristías. Que si iba para cura, dicen. Alma de cántaro, fijo.

* * *

Madrid / Puerta Cerrada

Cuando no hay portes, ni funciones de teatro, ni rapiñas o allanamientos, la carbonería es el último recurso de Cayo, pues aunque las monedas se ganan a toque de cornetín, no es la primera vez que carbón, quilma y Cayo ruedan escaleras abajo de la curda que lleva el hombre encima.

Dámaso Mayorga insiste en meterle la ganzúa al padre de Dosindito en Puerta Cerrada, camino del Alamillo. Al éxito de la charla le ayuda la hora temprana y que Cayo esté libre de vapores.

—¿Qué trabaja con Gutierre?

—Hago repartos. Ya lo oye.

—Hoy no los harías.

—Ayer.

—¿Con el niño desaparecido?

—En casa comemos todos los días.

—Menos cuando te lo bebes.

—No más que otros.

—A cinco blancas el saco, dos mañanas al mes, ¿así comen cuatro?

—Mucho le garló Gutierre.

—Solo lo que le pregunto, como hago contigo; así que responde. ¿Almuerzan

cuatro con diez blancas aunque sean comistrajos?

—No solo acarreo.

—Te escucho.

—Me gano un doblón por cada tarde de apretador en los Caños del Peral. Cuatro reales o una peseta.

—¿Apretador?

—Trabajo fácil. Llegan las mujeres, se sientan en la cazuela y donde ponen sus culos diez, un buen apretador coloca a quince.

—¿Las empujas?

—Por las cachas.

—¿Quince en diez?

—O más. Cuando vienen calientes no hay manera. Se separan como perras nerviosas hasta que voy yo y las aprieto. Así tres y más veces. Las empujo por los costados y si me dan la cara, por las tetas. Ellas hacen por volverse y entonces sé que quieren jarana. Les llevo la mano abajo y compruebo que se han olvidado el refajo, el culero y todo en casa. A más de una le metí el dedo hasta perderlo y ellas riendo saltan y me lo facilitan.

—¿Allí mismo?

—Allí, y donde se tercié.

—¿Entonces conocerás a muchas después de la función?

—De un centenar, a la mitad.

—¿Y no las preñas?

—Hay que saber darles gusto sin disgusto. Si no, no vuelven. ¡Y los cómicos creen que es por ellos! ¡Me cago en los altares!

—Y es por ti.

—Y por las dos bolas que acompañan al palo.

—Con lo feo que tú eres.

—Cierran los ojos y ven el cielo.

—Dime la verdad, apretador, ¿a qué merodeabas en la carbonería? Tus manos son hábiles y las llevas donde quieras, pero tus piernas son torpes como las de los borrachines. Mandaré a los alguaciles si no te explicas.

Cayo sigue en sus trece.

—¡Ya está parlado! ¡Por los collóns del diablo! Me asusté, lo reconozco. Los espío y cuando resbalo, me comen los nervios.

—Tu hijo era un muchacho bondadoso, pero se le suponen compañías de hombres poco recomendables.

—De eso no sé nada. Dicen que lo ven con un bujarrón por las Vistillas, poco más. Es la mala baba del barrio, que no hay que creer.

—Ya. Debería enviarte a calabozos. ¿Qué dirían en estas casas al saber que fue detenido el padre de Dosindito? Piénsalo. La paliza a Gutierre se quedaría corta al lado de la que te espera.

—¿Por escuchar un parloteo y salir por la puerta de los carros? ¡Me cago en los altares! ¿Qué dirían del corregidor cuando tres días después tenga que soltarme de gañote porque yo nada hice? ¡Nada!

* * *

Madrid / Calle del Toro

Don Torcuato, el maestro de niños, es cojo, de barba cana y chepudo, pero alto como una pica. Ya no luce en su gorro las tres plumas con las que en su arranque se pasea ufano por la calle Segovia, por San Andrés y Puerta Cerrada. Es la señal para indicar a los padres de la villa que sus saberes son amplios y sobrados, y que de ellos da clases en la escuela existente en la calle del Toro, contigua al Alamillo para suerte de Dosindito en vida.

La primera pluma, que ya la usa siendo mozo tras perjudicarse con la cojera, certifica su valía para hacer de sus pupilos lectores muy correctos. La segunda garantiza que en su aula los niños saldrán escritores tan tirados como para optar a escribanías. A las niñas, con más denuedo que a ellos, las convertirá en cumplidas calígrafas, pues consideradas menos capaces para asuntos del intelecto, que lo disimulen al menos con una letra florida y rimbombante. Y si en el sombrero hubiese una tercera, tal como don Torcuato llega a tener antes de los treinta, el anuncio es completo, pues se trata de un dómine también ducho en aritmética, ciencia que nunca sobra si el niño va encaminado hacia el comercio. Y aunque sea para la milicia, contando de uno en uno, llega a furriel. Por todo ello sus discernimientos superan con mucho el título que expide la Hermandad de San Casiano, único organismo establecido para certificar valías legales de preceptores, mediante dos sencillas pruebas de caligrafía y aritmética respectivamente. Poco tiempo de vida le queda a la Hermandad, ya que este mismo año de 1780 va a ser borrada de la historia por el Colegio Académico de Maestros, cuya exigencia de requisitos será mayor, aunque tampoco tanto para que don Torcuato no los supere con la gorra, aquella primera de tres plumas que tuvo.

La cojera determina su destino a los diez años, pues habiéndose roto las dos canillas en trepar a los árboles, y sin que hasta la fecha de los trece pudiese recuperar el paso correcto en una de ellas, su tío, el presbítero de Cabra, da a su madre dos alternativas. O esta birria de niño se entrega a la Iglesia, o hacemos de él un pedagogo. Y así es que al cojito le dan más estudios que a sus hermanos para convertirlo en pastor de educandos. Por tan despreciable oficio se tiene el de domeñar bestezuelas, pues el ejercicio como dómine de niños conlleva hasta fecha reciente la obligación de sustituir a los azotadores de los castigos públicos, esto es, el innoble

papel del verdugo. Fusta, vara y maestro caminan juntos en aquel sayón cojitranco y don Torcuato hace buenos los instrumentos, pues no ahorra nunca en usarlos cuando la ocasión lo requiere.

Hoy, a tres días de la muerte del chaval, tiene a todos sus compañeros muy bien sentados. La vara reposa en una esquina y nadie se desmanda en aquel sótano de cava, que antaño sirve de ergástula por lo oscuro, y de almacén por el fresco que se alcanza en los estíos. El recuerdo de Dosindito amortajado obra milagros en el grupo bullanguero. Y ojalá que dure, que ya no está el cuerpo para vainas, ni paciencias extraordinarias.

Los niños, en su criterio primerizo, no comprenden las ventajas del buen comportamiento, pues si alguno lo tenía y todos de él le hacen gala, ése era Dosindito, su émulo inmolado. El Señor castiga al primero de la clase. Para ese pago, mejor que no haya tajo.

Antes de dejarse ver en el dintel de la estancia, Mayorga examina de refilón la mesa con los libros. Reconoce un *Espejo de cristal fino y antorcha que aviva el alma*, de Pedro Espinosa, que bien pudiera ser el mismo ejemplar que maneja en su infancia, de grasiento y usado que se ve. Un ingente cardumen de cartillas de a seis maravedís, las más baratas de las que salen de Valladolid, o incluso de menor precio, si se compran a las imprentas que las copian y reproducen sin permiso, espléndido negocio que acorta los pingües ingresos de aquellos reales privilegios concedidos a hospitales, cofradías, catedrales, ciudades, órdenes o provincias para que llenen de la imprenta sus arcas. A más de uno persigue Dámaso y logra llevarlo a tribunales por el interés de los prebostes metidos a esos negocios de tinta y papel.

Cuando descubre su presencia, don Torcuato se aproxima con su balanceo de renco sin perder de vista los bancos de los mocosos.

—¿Qué desea?

—Me trae la ley y la justicia. Investigo para el Rey la muerte de su alumno Dosindo Martín.

El pedagogo lo escruta de arriba abajo y hallándolo a satisfacción para tal encomienda, se decide a hablar.

—Dosindito, sí. Una tragedia.

—¿Era un joven despierto?

—El mejor que he conocido. Y llevo miles a mis espaldas. Respetuoso, trabajador, un acicate para sus compañeros, asnos, mulas y acémilas por este orden... aquí ya no pintaba nada, pero ya sabe. Los padres no son santos de peana ni de lejos. Y de sus cuartos saben más los taberneros que ellos mismos.

—¿El niño era amigo de éstos, sus compinches de banco?

—A excepción de Toño, los que ve, y los que por aquí pasaron conociéndolo, conforman dos castas. Los que ni atención le prestan jamás, y los que se la prestan en demasía, para burlarse de él y perseguirlo, a veces a pedradas.

—¡Vaya! ¡La crueldad de la infancia!

—Despiadada, inmisericorde... ¡brutal! Aquí los tiene usted, de aspecto adocenado, ordenados en docenas, como huevos en su cesta, pero zascandiles por dentro.

—¿Nota algo raro en él los últimos días? ¿Se comporta igual el muchacho? ¿Lo ve con gentes desconocidas? ¿Cuál es su actitud en las fechas más recientes?

—Nada raro observo en su conducta que no sea habitual en retraimiento hacia el resto. En cuanto a gente extraña...

—¿Qué?

—No es de estos días, ni quiero hablar por boca de ganso, pero el caso es que Cayo, su padre, y Remigia, la madre, aunque ella se diga Reme de Remedios, frecuentan lo peor de todo Madrid, trufada esa compañía con la de señoritos principales. Son a diario macarras, ladrones corta bolsillos y clientes de mancebía; pero cada cierto tiempo acude a su casa gente de postín y un chicote moreno, a quien, por ser tan evidente, no resulta difícil espiar.

—¿El Negro Tomás?

—Es posible que lo sea. Bigardo, robusto y alto como una muralla, bien trajeado, levita, casi siempre chaleco de galería, sombrero austríaco...

—Lo conozco, como lo conoce toda la ciudad. Me extraña que usted no sepa su nombre.

—No tengo amigos. Nadie cruza una palabra con un maestro, cojo, sayón y azotaniños. Ahora andan a mejorarnos los ilustrados. Jamás oí pronunciar el nombre del Negro Tomás, pero es indudable que se trata de la misma persona, a no ser que Madrid se haya convertido en provincia africana y abunden los nubios. Mi conjetura es razonable. Si quien busca a Dosindito es un tipo de tan buen terno, se supone buena bolsa.

Mayorga admite sin entusiasmo el juicio del preceptor, pues no es el robo el único delito que le calcula en las trapisondas de Cayo, ni mucho menos en las del Negro Tomás acudiendo al Alamillo con cierta frecuencia.

—El padre hace chapuzas y cargas en el teatro de los Caños del Peral. Incluso lo tienen de apretador, que es oficio de alquiler, ya sabe, de putos y comecoños. Por lo que sé, a este que llama Negro Tomás lo llaman en los Caños para cualquier apuro como fraile de misa y olla, para que busque maderas, para hacer de esclavo, paje, rey salvaje y pantomimas así. Los dos pueden haberse conocido en los Caños...

—Puede, pero si se ven fuera del teatro no es para hablar de Calderón, ni para ponerle las peras al cuarto a la última pieza de Cornelia, o de Zavala. ¿Estará de acuerdo conmigo?

—¿Conoce *La destrucción de Sagunto*? Meritorio trabajo el de Zavala y Zamora, sí señor.

Los niños aflojan el silencio y suben los cuchicheos.

—¡Al que le pille hablando, le saco la lengua! —vocifera el ayo de infantes sin contemplaciones.

—¿Cuál de ellos es Toño?

—Aquel con pelo de estropajo.

—¿Me permite cruzar cuatro preguntas?

—Adelante. ¿En la clase?

—No, iremos al zaguán.

—¡Toño! ¡Sal con este señor que te reclama!

Fuera de los ojos de la chusma, Dámaso le interroga de sorpresa.

—¿Iba Dosindito con hombres?

—Él no me lo dice.

—¿Iba?

—Eso chamullan.

—¿A él le gustaba?

—No.

—¿Lo sabía el padre?

—¡Ay, señor!

—Puedes volver y sentarte. Si de verdad erais amigos, no cuentes a nadie lo que te he preguntado. ¿Prometido?

—Lo juro, señor.

Vuelven ambos a la clase, que se afana en lecturas y sin entrar en la habitación se despide Mayorga, satisfecho de haber hablado con este carcamal que le ofrece un primer hilo del que tirar, sin descartar a los padres del muchacho, que no son trigo limpio ni pasados diez veces por el cedazo.

—Bien, no le molesto más, don Torcuato. Le agradezco sus palabras y perdone mi reticencia... ¡no conocer al Negro Tomás! Me proporciona una información muy provechosa... pero si me permite, me gustaría realizarle una última pregunta.

—Adelante con los faroles.

—¿Con los niños utiliza azotes de nueve o seis puntas, o solo la vara?

—Ahora solo collejas, y si el caso es de bemoles, la vara. El gato de seis o nueve puntas, cuando me llamaban para suplir azotadores, que ya no se les ocurre. Creen que mi brazo pierde fuerza y mi chola asiento, los muy jenízaros.

No habla más. Dámaso sube los escalones que le separan del patio y se aleja cabizbajo de la casa don Torcuato. Ha de aprovechar las ocasiones de soledad para ordenar cuanto escucha, lo que le aprovecha y lo que desestima. Y este gato de seis puntas, no le alimenta.

* * *

Madrid / Las Urosas

En un conventillo de las Urosas, la que va de Atocha a la Magdalena, paralela a Relatores, vive el negro más fornido de Madrid, un gigantón que a todos divisa la azotea y del que solo en la corte saben el nombre por el que algún día le llamaron de niño, Utubo Borbón Ngambé, aunque si alguien quiere saber dónde hallarlo en Madrid, debe preguntar por el Negro Tomás. No se lo puso él, ni lo rechaza. Le agrada que lo reconozcan con un título más castizo, aunque el bautismo de este segundo apodo venga de una chufra, al repetir con frecuencia sus conocidos que de lo que tengas, presumas o gastes, el negro, tó más. Ése es el chiste y ésa es la jindama que agarrota a los vecinos solo de pensar que pueden encontrárselo cuando baja de noche por las Urosas. No por malo, sino por negro. Por ese camino llega a la buhardilla que comparte con Sandalio Ruiz y la bella Fernanda *la Rica*, que ni es hurgamandera, ni mantenida, pero que cada tarde les alivia los caudales a cuatro puretas del Instituto Español que por allí se reúnen para darle a la sin hueso sobre Lope, Quevedo y Cervantes. *La Rica* les anima el pirulí a los chavetas y a los cuatro maneja con soltura, pero si de follar se trata, quien de verdad se la zumba es el Negro Tomás, para que Sandalio los vea y se haga una manola con el cuadro.

De todo ello obtiene Mayorga inmediata reseña en las cercanías de las Urosas, donde el más desocupado podría escribir gruesos volúmenes sobre su moreno vecino, aunque el encargado de la pesquisa recela de que todo cuanto discursen estos vecinos sea auténtico, pues a las leguas se nota que una de las ocupaciones preferidas de los parroquianos es alardear de ser ellos quienes más patrañas saben sobre el africano, que no lo es, sino italiano, y si le apuras la cuna, madrileño.

Algunos espionajes sobre el moreno son tan cercanos y minuciosos que Dámaso no puede por menos que preguntarse el camino seguido para conocerlos *iuris tantum*. Así comentan con gran regocijo que las noches en las que el Negro se queda trasconejado después de rociar la lechada, Sandalio se acerca a hurtadillas y Fernanda se la menea aunque todavía tenga al bárbaro cochero encima. No es raro ni infrecuente que Sandalio le salpique con lo suyo, así que el gigante lo sabe todo y reacciona según ande de humores. Calla, consiente y hasta disfruta sintiéndose el tercero de la paja. O bien grita, despotrica y lo aparta a trompicones. Un pastel en el que no falta ingrediente.

—¡Métesela por el culo a la borrica! ¡Que me pones perdida la espalda!

—¡To... más! —se ríe Sandalio apuntándole con el miembro mientras vuelve a su camastro vacío y satisfecho.

¿Que por qué está Sandalio en el trío? Paga una tercera parte del tabuco y sabe cocinar algún guisote. Fernanda se lo devuelve con las sacudidas y el hombrón con el espectáculo de su trasero reluciente y la verga agrandada que lo pone a él como un borrico.

El Negro Tomás se relaciona con gente de la corte, pudientes o de rancio abolengo para quienes realiza fregados de variada laya. Conduce el calesín de los Curazzo, mata los pollos al duque de Pastrana y si se tercia, acompaña a ciertas

damas si acuden solas por Madrid adelante. Eso es lo que se cuenta cuando no se le quiere manchar el nombre, pues también le cuelgan otras encomiendas que no aprobaría lo más dulce del inquisidor menos estricto. Por eso y porque su presencia no pasa inadvertida aunque se lo proponga, de su nacencia se alardean las que son y las que no son. La primera, que él mismo sostiene ante quien se lo consulte, hace a su madre princesa africana de tribu ignota, repudiada por adulterio y acogida por misioneros, que luego viaja con ellos a Nápoles, aunque acaba sus días en Rascafría, sirviendo comidas a los imagineros de contrata y a los canteros, orfebres, pintores y marmolistas andaluces del Transparente, tabernáculo en el Paular de belleza incomparable. Su padre sería, como él, Utubo Ngambé, el rey de esa tribu de la que nadie conoce ni cuna ni residencia. Pero en la corte se bisbean otros orígenes no menos ilustres, como que es Borbón, si no de sangre, sí de apellido. Que su padre no fue rey, sino arquitecto. O no arquitecto, sino criado mulato allá en el Nápoles borbónico. Que el rey Carlos lo trajo con otros dos de su raza para servirle en su destino madrileño, y cómo no sería el hombre de querido por el monarca, que le da nuevas credenciales y apellidos, bautizándolo Antonio Carlos Borbón Ngambé. Bajo esa identidad se casa con la italiana Silvana Georgi y se hace gran amator de todas las pieles. De la italiana por compromiso contraído en los altares y de todas las demás que tienen Nápoles como obligación diplomática, pues de boca a oído viajan historias de lo mucho y bueno que Antonio Carlos Borbón Ngambé esconde tras las ropas que cubren su entrepierna.

Una de sus muchas compañeras de sábanas, mientras permanece en Italia el africano, sería la princesa repudiada. Y de ese modo, de la sangre borbona por imposición de manos, y de la africana, por aristocrático repudio, nace hace treinta años el cambujo Tomás; o sea, el bueno de Utubo, también tenido por zambo prieto, aunque más correcto sería llamarle albarazado, de labios en almohadillas y nariz aborbonada, como la tuvo Carlos II, aunque no fue Borbón ni nada. La historia es fenomenal y mal cruzada, de modo que siempre se tiene por inexacta. Doña Terry Coronel que la sabe, se embarulla, y quien la escucha, confuso, pide una tisana.

Y es que Tomás Borbón Ñambé, al decir castizo, o Borbón Georgi, en los papeles de Italia, o Utubo Ngambé Georgi, cuando figura en los programas de mano de los Caños del Peral, o el Negro Tomás, cuando de él hablan los madrileños, menos don Torcuato, que lo ignora; luce tan bien armado que ni Fernanda *la Rica*, ni ninguna otra mujer, tras ser poseída por el mocetón de ébano, se siente defraudada en cuanto al vigor y la pericia a la hora de tocar allí o acullá. Y claro, después les salen florituras por la boca.

Del acompañamiento que hace a ciertas damas se cuenta con gracia el testimonio de doña Terry, que un día de febrero, allá cuando San Blas, lo descubre en el último banco de San Millán, mientras la señora contratante, rosario en ristre, escucha misa en el banco inmediato. No bien terminado el *Introito ad altare Dei*, vuélvese ella de pie hacia el lacayo y creyendo que nadie más hay a sus espaldas, le confiesa muy

bajito que le están comiendo las piernas las pulgas de aquella iglesia, de modo y manera que el hombre haga algo para aplacarle el tormento, pues rascarse por los adentros y oír misa al mismo tiempo no son ejercicios de su dignidad; ni por mostrarse ella víctima de los bichos, ni por perder la atención con restregones bajo los miriñaques durante el sagrado misterio.

Doña Terry explica a las amistades escuchantes que ella permanece oculta tras una columna y que allí se queda la muy cotilla a la espera de acontecimientos que enseguida se producen. Ciertamente que son muchas las iglesias de Madrid infestadas de animales corretones y saltarines que atacan a los fieles por debajo de sus ropas, y cierto que siendo tan grave en ocasiones la acometida, bien puede doña Terry justificar su acecho en la confianza de encontrar un apaño desconocido contra los molestos parásitos. Y quién sabe, pasar por ello a la historia de la medicina.

Y eso ocurre. ¡Milagro en San Millán! Tomás alza las faldas de la dama hasta meter sus manos en ellas y arrodillándose para alcanzar mejor las dos jambas y las mullidas redondeces donde se unen para dar inicio a la espalda. Las recorre de arriba abajo, sin precaución de detenerse llegando muy arriba, ni con gran esfuerzo por acariciar demasiado abajo. A doña Terry se le van los ojos al cielo cuando imagina aquellas palmas tan amplias y bien dotadas llegando a los muslos de la dama que abarca y copa. Y ahora se detiene y seguro que las cierra y las agita en busca de la pulga. Y no quiera el Diablo que se vaya más adentro y que entre con sus dedos en la cueva, y se mueva, y los abra, y salga, y descienda. ¡Hosanna en el cielo!

Con aquel sube y baja tan placentero permanece hasta el Evangelio y penetrando en la Homilía, ya no hay paseo que valga, pues el calesero moreno se represa en la parte alta, a la entrada de un negro matojo donde parecen picar contumaces todas las pulgas habidas, los ácaros y las chinches, pues allí concentra su interés el muchacho por lograr que quede llano, liso y bien frotado. Llega el Sanctus y la señora, a la que doña Terry jamás identifica en sus pícaros relatos como prueba de cabal confianza, muestra ahora su rostro más plácido y arrebatado, mientras Tomás cambia de dedos para no perder el riego en los anteriores, pues no está en aquella obra para ser un fracasado y quedarse solo en asperges, siendo ella una hembra de posibles que el domingo, sino mañana, volverá a llamar para ir a misa, a la modista o de merienda.

Mas sean sus antecedentes preclaros, o alejados de cualquier escribano que lo legitime, el caso más acreditado es que Tomás crece cuan largo alza entre las paredes del Real Hospicio de San Fernando de Henares, siempre favorecido por la mano amiga de su primer director, don Pablo de Olavide y en menor grado, por la de sus sustitutos, entre ellos el actual, don Cancio Sacido, barón de Esteiro Labandal. El sumiller duque de Losada dijo de él que teniendo la desgracia de nacer mulato, «no puede meterse en ningún colegio», pero naciendo humano, «no puede dejarse en ninguna intemperie». Eso no lo averigua Mayorga en Urosas, sino en conversación con el intendente Armona y Murga, que recuerda haberlo oído del propio duque. Venido de Italia con su padre, pronto muere éste y la corte se olvida de las gracias de

ser negro, enano, *castrati* o bufón.

En la institución de Henares este Tomás ya crecido realiza conchabanzas y mandados, aunque a él le repugne hablar de la inclusa, tanto para referirse a su infancia, como para incluirla en la relación de lugares donde ahora presta sus servicios. Y es que a nadie le extraña que pudiendo tildarse de Borbón, se precie el hombre de tener un pasado hospiciano y lo pregone. ¿Quién en España lo haría con menos méritos?

* * *

Madrid / Salón del Prado

Cuando Mayorga acomete el seguimiento del Negro Tomás y vigila sus pasos entre lo más bajo y lo más granado de Madrid, recibe mensaje del intendente Armona para que acuda a las obras del Salón del Prado, en su confluencia con Alcalá y Recoletos. Allí debe preguntar por Lorenzo Chacón, el asistente del arquitecto, que viene de realizar un singular descubrimiento de interés para el caso, avalado por su nombre y por el del propio don José de Herosilla, que no es tontuna.

En uno de los toldos instalados para los obradores, Mayorga se presenta ante el arquitecto. La carpa es idéntica a las ocho en ringle que se reparten en perpendicular a Alcalá varios colectivos, a saber, la tropa del escultor Gutiérrez, el jefe de canteros más sus cuadrillas, y el ingeniero de aguas con todos sus hombres. Cada uno a buena distancia de los otros, para preservar las competencias e intimidades, que se queda Madrid sin curro y hoy el que no corre, vuela.

Tras las presentaciones, la suya y la de Tulio, el ingeniero, Chacón le informa de lo acontecido mientras sostiene entre las manos un gurrño de tela grisácea jaquelado de manchurriones carmesíes.

—Supimos lo del muchacho del Alamillo y al desenterrar esto, tuve la certeza de que está relacionado con su muerte.

Chacón muestra al comisionado el sanguinolento envoltorio que a simple vista no se distingue si es de fino anjeo, o de burda estopa, pues su natura se oculta tras la tierra que se le pega en los oscuros cuajarones. Entre tela y tela se alberga una pequeña nota con la frase *ex iussu Matris Deum*, que también se ha ensangrentado en su centro. Debajo de la tercera capa se descubre una bolsa escrotal seccionada por la base, en idéntica proporción y manera a la que presenta en falta el cadáver de Dosindito. El hedor de la putrefacción se hace manifiesto de repente, como si en el entoldado se destapase el tarro de un queso *limburger*, el mismo que los tercios descubren en Flandes, espantados al oír de sus fabricantes la confesión sobre el origen del tufo que lo hace característico.

—Se debe al sudor de los pinreles monacales que aplastan sus cuajos.

Pero ni el fuerte olor, ni su carne reblandecida, impiden que el investigador comparta la certeza de saber que aquello pertenece algún día al cuerpo del pobre niño masacrado.

—¿Cómo relaciona el asesinato con este hallazgo? Nunca se dijo que la víctima hubiese sido castrada.

—No lo airean ustedes, ni ninguna autoridad, pero aquí se chismorrea a las pocas horas de ocurrir.

La *tricolore* Isabella, que ejerce de Tulio aparente, refuerza el razonamiento de Chacón como si ella hubiese nacido en la mismísima calle de Sombrerete del Ahorcado, que es castiza y legendaria desde que allí cuelgan del cuello al pobre fray Miguel de los Santos que le da nombre.

—Basta a uno en el secreto para que Madrid entero lo acabe oyendo. Además, nosotros...

Lorenzo interrumpe la frase de la italiana.

—Sí, esta plaza es una caja de resonancias para chismes y gallofas. ¡Y sin estar inaugurada!

Los arquitectos ofrecen asiento a Mayorga en el único sillón de tijera y ellos lo hacen frente a él, en sendas banquetas de madera. Su silencio se prolonga hasta que es el investigador quien lo rompe.

—Intentaban decirme antes que en su caso es más fácil establecer deducciones, o algo así. ¿Me lo podrían explicar?

Lorenzo carraspea y retoma la frase del Isabella.

—Se necesita una respuesta un tanto enrevesada. ¿Usted conoce el monumento que se instalará en este lugar?

—No. Solo oí que será una fuente con largos caños para que los madrileños se sirvan del agua de Recoletos tan sonada, la del Abroñigal.

—En efecto. Solo cabría añadir que el motivo elegido para ocupar este espacio, y se lo adelanto a usted por el carácter de la pesquisa que maneja, es la diosa Cibeles, como ya se sabe en algunas oficinas de Madrid.

Mayorga escucha la identidad de la estatua sin entender qué parte de lo revelado debería causarle sorpresa. ¿Una diosa? Pues sí, lo será. Lorenzo e Isabella admiten que ni él, ni nadie no versado, sienta asombro al enterarse; de ahí que el secretismo no abra bocas de pasmo, ni la Tierra cruja creando nuevos precipicios.

—Perdonen que viva en Las Batuecas. ¿Qué conexión se establece entre el asesinato y lo que me narran?

—Es comprensible que lo pregunte. A la diosa apenas se la conoce y más vale que sea así, pues de lo contrario es posible que el pueblo y el clero no la acepten de buen grado. De ahí mis precauciones.

—Está bien. Díganlo ya.

—Tiene razón. Por ahorro de tiempo y economía de literatura conviene ir al

busilis de la cuestión sin más circunloquios. Los sacerdotes de Cibeles y muchos de sus seguidores se emasculan durante los ritos de iniciación para ofrecerle a la diosa las bolsas y los compañeros que en ellas se albergan como máximo gesto de fidelidad. Existe un largo relato mitológico que explica todo esto, pero quizá no sea el momento para el detalle. Por otra parte, ni yo, ni mi ayudante, aunque romana... romano, apenas sabemos cuatro rasgos de la historia, como les ocurre a la mayoría de los que participan en el proyecto.

—¡Vaya recono! Así se comprende su rapidez en analizar el crimen.

—Aunque de forma somera, tenemos la historia al lado y la manejamos a diario.

—Debo entender que la ablación, los eunucos y los *castrati* están relacionados con su culto. ¿Cierto?

—Ése es el conjunto. Mejor que nadie lo resume usted —aprueba Isabella.

—Y díganme, ¿dónde aparece... eso? —pregunta el comisionado sobre el envoltorio del escroto cercenado.

—Sí, claro. Le explico. En realidad el lugar del hallazgo es el que nos sirve para establecer similitudes y conexiones entre un hecho y otro. Quiero decir que no solo es su mera aparición. El bulto no está tirado de cualquier forma, sino enterrado con sumo cuidado en una zona ya trabajada, sobre la línea de lo que iba a ser la mayor circunferencia que se pudiese trazar en la futura plaza, teniendo en cuenta la pilastra de la fuente como el centro de la misma. Ese lugar señalaría el máximo diámetro.

—¿Me está diciendo que quien lo entierra sabe que este terreno quedará sepultado, y que no se encontraría nunca?

—Entre otros conocimientos que demuestra tener, resulta evidente que maneja esa información. Si se observa el lugar del enterramiento con ojos de arquitecto, o como simple devoto de la diosa, no se obtiene otro resultado.

El señor de Puebla se entusiasma a medida que avanza la explicación, sin que Isabella participe de igual modo en la vehemencia, porque a ella le repugna sentirse cerca de un asesino de niños a los que castra y somete.

—Cualquier madrileño que quisiera deshacerse de unos restos humanos conoce mil descampados más discretos que la plaza para hacerlo sin miedo a ser visto. Lo entierran aquí por ella, por la diosa. Y lo hacen en un lugar que mantiene un nexo geométrico con la pila de la fuente. No sé cuál, pero le aseguro que guarda una relación. Y para expresarme con total exactitud, diré guardaba, que ya no.

—Explíquese.

—Hace días el maestro Hermosilla acuerda con Gutiérrez y con Ventura una corrección sobre los tamaños de las figuras y el emplazamiento final del conjunto, de tal forma que el diámetro máximo de la circunferencia posible en la futura plaza, tomando como centro la fuente, se desplaza cuatro varas a su izquierda. Este cambio modifica las medidas de los bloques y obliga a que se trabaje de nuevo su entorno. Constituyen una serie de modificaciones sencillas, pero al mismo tiempo engorrosas. En consecuencia debemos levantar el terreno dispuesto como definitivo y es cuando

se produce el descubrimiento.

—De lo contrario...

—De lo contrario pasarían siglos, o toda la eternidad, sin exhumarse.

Mayorga aspira en profundidad y percibe todavía el fétido aroma de los despojos. Recapitula la información y prosigue el interrogatorio.

—¿Qué me pueden decir de esos términos escritos en el papel... *ex iussu*... algo?

—Es la fórmula latina utilizada en las aras votivas a la diosa. Viene a significar «por orden de...» —le contesta Isabella al instante—. La invocación y la dedicatoria de algo que se ofrece a ella. Del ara, o de cualquier otro tipo de ofrenda...

—Como pueden ser unos genitales.

—Eso es, incluidos unos genitales que le son tan propios.

Mayorga juega con un gran compás de vara que reposa sobre la mesa del improvisado estudio arquitectónico y con él traza un círculo sobre el plano cenital que dibuja Ventura. Su circunferencia imita el que imagina sobre la plaza el asesino de Dosindito.

—Dígame, señor de Puebla; según su criterio, ¿el autor del enterramiento sabrá que es descubierto?

—Desde luego. En cuanto compruebe que se modifican las marcas.

La mujer, que es hombre de gráciles ademanes, advierte sobre otra posibilidad.

—No podemos descartar que no le importe, que dé por bien realizada su ofrenda, puesto que se trata de un cambio, una alteración, al margen de su voluntad, lo cual constituye un aspecto muy presente en la religión romana.

—¿Por qué?

—El hombre religioso de Roma se rige por un principio que puede exponerse de esta forma: «Yo no seré responsable de lo que hagan los demás, sino solo de lo que yo haga». Si cambian las marcas no estropean mi ofrenda a la diosa, porque yo la realizo correctamente. En otro orden de cosas el devoto romano también actúa de acuerdo con la esencia de *quid pro quo*, doy para que me des.

La precisa explicación de Isabella se completa con nuevas palabras de Lorenzo que iluminan las entendederas del habilitado, acostumbradas hasta entonces a escuchar solo pleitos terrenales.

—Quien haya dejado los trapos en la plaza, espera recibir a cambio algo por ellos. La religión romana es así de práctica. Ni culpas ajenas, ni sacrificios a fondo perdido. Si me dirijo a un dios es en petición de algo concreto que me beneficie. De no ser con ese fin, que le den morcilla al dios y al sacrificio, piensa el hombre pío.

Mayorga desciende a los aspectos concretos que le llevan hasta allí.

—¿En qué estado se encuentra ahora la zona del hallazgo?

—Desde que aparecen los paños, esta mañana a las ocho, se han paralizado las obras.

—¡Magnífico! Y según sus estimaciones, ¿cuándo ocurre el enterramiento?

—Con seguridad, la noche que se comete el infanticidio. Si estamos en lo

correcto, cuando se castra al muchacho, ya se sabe el destino que se le quiere dar a la carne sajada. No hay nada que le aconseje retenerla más tiempo en su poder.

—Parece una deducción correcta.

—¿Quiere que vayamos al lugar? —sugiere solícito Lorenzo.

—Pero hagámoslo con gran disimulo. Saldremos de aquí hacia otro punto de la plaza y usted me lo señalará sin detenernos, como yendo de barzón. Si el asesino nos espía, no debemos confirmar que lo sabemos.

Los dos hombres salen del entoldado, mientras Isabella permanece en él, según acuerdan. Chacón se encamina hacia el punto opuesto del hallazgo. Durante el recorrido comprueban que en efecto, hay mirones que se entretienen con el trajín de los canteros. ¿Será uno de ellos la mano criminal que acaba con Dosindito? Mayorga lo piensa mientras los distingue a trompicones, como si se interesase por los Molinos de Plata o el Pósito Real que se encuentran tras los curiosos.

—¿Cuántas personas están al tanto de los hechos? —pregunta mientras cruzan la plaza en zigzag.

—Solo mi asistente Tulio y yo. Ni siquiera el maestro Herмосilla está informado.

—Muy bien, muy bien, señor de Puebla. Me maravilla la precaución con la que actúa.

—El hombre discreto, lento y precavido encontrará antes la verdad. Eso dicen los sabios.

—Así es. La experiencia le da la razón y yo siempre procuro guiarme por esa senda.

Tras unos segundos de silencio reflexivo, enuncia otra pregunta.

—¿Y el obrero que da con los trapos? ¿No me dirá que también es usted?

—No, claro. Me llama y no quiere tocarlos. Los abro lejos de sus ojos y luego le comento que se trata de unas gallinejas sin freír, olvidadas sin duda por algún picapedrero antes de bajar los adoquines.

—Es portentoso. No lo discurriría mejor ninguno de nuestros hombres.

—Gracias, pero atención ahora. Si no quiere pararse allí, le advierto que nos acercamos al punto donde se encontró.

—Perfecto. Seguiremos el paseo.

Es un lugar elegido de forma precisa y arriesgada. A ningún delincuente se le ocurriría deshacerse del escroto de su víctima en pleno Salón del Prado, un lugar que incluso en obras es transitado por docenas de aguadores, guardias, doladores, viandantes, modistillas, niños, niñeras, caballeros, damas o soldados. Ni siquiera de noche hace buen escondite, dado que algunos vigilantes y canteros duermen en los entoldados, es decir, la plaza tiene atalayas de día y escuchas de noche.

Ambos miran de reojo el punto exacto, pero no se detienen hasta que lo sobrepasan, anunciando que todo se encuentra en orden.

—Hay una anécdota, una coincidencia, que quizá debería conocer —dice el arquitecto al comisionado.

—Siempre que se relacione con el caso, será útil conocerla.

—Creo que sí. Cuando supe del crimen y sus circunstancias, me viene a la mente; de modo que algo señala.

—Le escucho.

—En realidad estas precauciones que adopto son para evitar sus risas.

—¿Tan graciosa es?

—Tiene de comedia lo que de tragedia.

—Pues adelante.

—Los mármoles utilizados en el Paseo proceden de dos lugares. El de las piletas, de Valdemorillo, y el de la diosa, de Montesclaros, una pequeña población en los montes de Toledo.

—Debido a las distintas cualidades de las piedras, supongo.

—Así es, pero lo que resulta asombroso y chocante es que Montesclaros, de donde se extrae el mármol dolomítico para la estatua de Cibele, festeje cada año de forma extraordinaria el Domingo de Resurrección.

—Le sigo.

—A nada que indague en la mitología de Cibele, y sin ánimo de escandalizar, comprobaré que esa fecha festiva se corresponde con el día en el que los seguidores de Cibele celebran también la resurrección de Atis, su hijo y amante, que antes de morir se castra, como evocan año tras año sus sacerdotes —añade con cierto misterio el arquitecto.

—Sí, me lo comenta al poco de llegar.

—Ésa es la argumentación que me sirve para llegar donde estamos. Lo que hace singular la celebración del Domingo de Resurrección en Montesclaros es que engalanan la plaza mayor ¡con huevos! ¡Con miles de cáscaras de huevos! ¡Hasta veinte mil de ellos llegan a utilizar en la fabricación de esas guirnaldas tan cibelinas para la Semana Santa! ¿Qué le parece?

—No me río, si ése era su temor —contesta Mayorga—. Pero sí me interrogo y le devuelvo la pregunta. ¿Cree usted que los huevos de Pascua y los miles de cáscaras tienen que ver con el mármol?

—En sus épocas de esplendor, el poder que emana de la diosa frigia es inmenso. Eso es lo que se le reconoce. Si damos por buena la relación, deducimos que ella, o alguien influenciado por su voluntad, planea utilizar para su imagen la piedra cárdena de un lugar ¡donde ya se le rinde culto ininterrumpido desde hace siglos! ¡Extraordinario!

—Pudo tener allí un templo dedicado y ser estas cáscaras de Resurrección un recuerdo de otras épocas —especula el propio delegado del intendente, que desde su llegada a la obra no cesa de ver pegajos, hipogrifos y quimeras sobrevolándole la sesera.

—Montesclaros no es población tan antigua como para sustentar esa explicación, pero a su criterio le dejo la huevada. Viajé en varias ocasiones a esos montes de

Toledo con motivo de la extracción de la piedra y el pasado año hice lo imposible por coincidir allí en Pascua de Resurrección. Quería ver las guirnaldas y tomar apuntes. Si los necesita, obran en poder del maestro Hermosilla, ahí, en el palacio de Goyeneche. Tampoco olvide que los huevos están íntimamente vinculados a la Pascua en toda Europa, con tradiciones que se remontan siete siglos antes de Cristo, es decir, que no estamos descubriendo nada que el asesino no pueda saber al detalle.

—Muchas gracias por los datos. Urge que me empape de Frigia y su cohorte de divinidades.

El comisionado y el arquitecto acaban el paseo. Sin haberlo previsto, trazan un círculo perfecto alrededor del futuro emplazamiento de la fuente. Mayorga se despide.

—Pediré a Hermosilla que en unos días no reinicie las obras.

—De eso también quería hablarle —le comenta el señor de Puebla.

—¿De qué?

—No será necesario avisar a don José, ni a sus superiores. Esta mañana di órdenes para acometer faenas pendientes que nos van a entretener varias semanas. De hecho ya ve que el asesino no podría distinguir si su harapo está o no donde lo deja.

—¡Señor de Puebla! ¡Por los clavos de Cristo! ¿Qué recoño hace levantando fuentes? ¡Su destino es destapar cuantos oscuros delitos ocurren en Madrid!

Mayorga entra de nuevo en la tienda para hacerse con los restos encontrados. Isabella le indica con un jeribeque de desagrado dónde los puso y él los toma entre sus manos sin reparo. Los hará llegar al hospital para que el doctor Torbeo confirme sin lugar a error que pertenecen al cuerpo del niño.

—¡Qué portento este señor de Puebla! —masculla cuando deja Recoletos a sus espaldas—. ¡Así que la Gran Madre! ¡Recoño! ¡Con la Iglesia hemos topado! ¡Aunque sea una iglesia de los siglos pretéritos!

* * *

Madrid / Hospital General / Santa Isabel

Torbeo aleja cualquier incertidumbre. El escroto encontrado es el de Dosindito. ¿De quién si no?

Sin embargo, otras son las preocupaciones que asaltan a Mayorga. El encuentro con el señor de Puebla y en especial, su eficaz colaboración, provocan en el delegado de la pesquisa nuevas lagunas sobre el caso, todas en torno a la diosa. Tal como habla este hombre, el hallazgo de las vendas parece determinante, pero ¿quién es esa Cibeles y quiénes sus modernos devotos? Si el arquitecto está en lo cierto, debe descartar como sospechosos a todos los patanes, gañanes y braceros que en la villa

habiten, pues si apenas Hermosilla sabe de la diosa y sus afeites, imposible que esté al alcance de la chusma y mucho menos, que se interese ésta por sus ritos. Profesores, arquitectos, artistas, escritores, el clero instruido y los frailes de biblioteca. De ahí surge la mano asesina. ¿Algún noble? Quizás. ¿La corte? ¡Dios mío! ¿Habrá que picar tan alto?

Necesita informaciones que no se obtienen de las entrevistas. Respuestas que están en los libros, pues de allí las toma quien ahora las maneja. Mayorga se conciencia del peligro que corre su indagación de ser contaminada por quien lo ignora, o envenenada por quien lo sabe.

* * *

Madrid / Plazuela de la Encarnación

Con este pensamiento el comisionado encamina sus pasos hasta la Biblioteca Nacional, entre los Caños del Peral y el convento de la Encarnación, que tal es su sede desde que la crea Felipe V, ya va para setenta años. A la entrada, enfilando el primer pasillo, hay un copista que ordena varias pilas de volúmenes. A él solicita audiencia con su director, Francisco Pérez Bayer, y el hombre se levanta con desgana. Al verlo de pie, Mayorga comprueba que es tal su curvatura sentado como erguido y que se desplaza con rigidez, como si le faltase una silla pegada a la espalda para estar entero.

Por suerte para el comisionado, una vez que conoce su interés hacia Cibeles, Pérez Bayer lo recibe de mil amores y con la respuesta adecuada a flor de labios, no en vano Mayorga exhibe ante sus narices la comisión que firman Armona y Floridablanca. Alto ha de ser el asunto y alto el funcionario, pues las rúbricas que aporta el pavo son de las que en España abren conventos de clausura.

—¡Don Dámaso Jesús! ¡Excelentísimo señor Mayorga! Es un placer darle respuesta a su demanda. El único erudito que puede arrojar luz sobre los ritos cibelinos sin caer en la superficialidad del que todo lo copia, —asegura Pérez Bayer, como juez cobista que sentencia en firme—, es el abogado, sacerdote y eminente historiador de épocas pasadas, Juan Francisco de Castro. Desde hace varios años este hombre entrega a la imprenta de Joaquín Ibarra, en la calle de la Gorguera, gruesos volúmenes de una monumental obra que él titula *Dios y la naturaleza*, donde da cuenta al detalle de todos esos capítulos del mundo antiguo. Por cierto, hace pocos días llega a la Biblioteca el último de la serie, que aún tengo por aquí. Antes de catalogarlo y de que pase a los anaqueles, me gusta entrar en su lectura porque es un hombre admirable. Un poco chiflado, como responde al común de los sabios, pero un auténtico oráculo. Mire, en efecto, aquí tengo el tomo IX. Lea usted mismo el índice y

convéznase, señor Mayorga.

Sin abandonar el espacio que enmarcan los brazos de la poltrona, Pérez Bayer le acerca el ejemplar referido y el comisionado comprueba lo que se le anuncia. En efecto, aquel tomo aborda la historia de los templos en el gentilismo, las supersticiones, iniciaciones, sibilas, sacrificios... ¡sacrificios humanos! Los ritos esotéricos y los exotéricos. Una ballesta en pleno centro de la diana.

—Es lo que busco.

—No se precipite. No es más que el aperitivo. Este hombre supera la necesidad del sueño, porque el papel que él maneja no se le calcula ni al Tostao.

—¿Dónde puedo localizarlo?

—¡Oh, don Dámaso Jesús! ¡Una búsqueda así es el huevo de Juanelo! El doctor Castro es vicario general del Obispado de Lugo, de cuya diócesis quieren hacerlo obispo, aunque él se niega y reniega por los latines, pretextando que la mitra le robaría mucho tiempo a sus averiguaciones, con toda la razón como es fácil sospechar.

—Curioso apellido el suyo.

—¿Cómo dice, real comisionado? ¡Castro es muy habitual en toda Galicia, e incluso en toda España!

—Lo sé. Mi asombro lo provoca la sonoridad de dicho apellido y un aspecto de la pesquisa que llevo a cabo.

—¡Ah! No quiero entrar en sus pensamientos. No me perdonaría importunar a un agente del Rey. ¡Bastantes estudios tengo en marcha como para añadirles uno nuevo que no pertenece a mis competencias! Tan solo una curiosidad, si me la permite a cambio de la información. ¿Anda acaso detrás del caso de la Pingarrona, de esa horrible bellaquería en la que apiolan a un desvalido matrimonio?

—En efecto. No lo comente, pero puedo asegurarle que estamos cerca de darle solución.

A pesar de la amabilidad y eficacia ofrecida por Pérez Bayer, no está en el ánimo de Mayorga participarle más allá de lo imprescindible para avanzar, por lo que se despidе con el misterio de la falsa confidencia.

—Ya le digo, no lo comente.

Y allí mismo, en uno de los bancos de la biblioteca aneja al despacho del director, abre el tomo IX de *Dios y la Naturaleza* y escribe al Doctor Castro una amplia carta en la que le da cuenta de lo sucedido. El fin de la misiva es solicitarle en nombre del intendente un detallado memorando sobre eviraciones, flagelaciones, la Gran Madre y su posible presencia en ritos o costumbres de nuestros días. Como comprobará más adelante, Mayorga incurre en la ingenuidad de sugerir al sabio una extensión de al menos veinte hojas por ambas carillas. Tan solo unos días después recibirá ¡un fajo de más de quinientas!

* * *

Carta a Pippo de Fiammeta

Querido hermano:

Monumento extraordinario, de los pocos que distinguen la villa de las poblaciones que la circundan, es la que llaman fuente de los Caños del Peral, que hoy solo da nombre a un teatro. Los madrileños han mostrado allí mayor largueza a la hora de bautizar sus esquinas con nombres estrafalarios, como es el de Arrastraculos, que en efecto significa en italiano lo mismo que estás pensando, o el de Alzapiernas, Quebrantapiernas o Quebrantahuesos, y todo por unas cuestas en el terreno que motivan la existencia de la propia fuente. Tiene esta construcción treinta y cuatro metros de longitud, por tres de altura, con siete caños que lleva a su nombre. La obra es de Juan Bautista de Toledo, que tú reconocerás como Giovanni Battista de Alfonsis, como colaborador que fue de Miguel Ángel en la obra del Vaticano, arquitecto de Nápoles y hombre de tanta ciencia que proyecta y levanta el monasterio de El Escorial, aunque ya sabemos que la fama se la adjudican a quien lo termina, el otro Juan, el de Herrera. Aquí al lado vivió Leonor de Plantagenet, esposa de Alfonso VIII y hermana de Ricardo Corazón de León y de Juan sin Tierra, que pena de dolor al ver que su marido la alterna en el lecho con la judía Raquel, hasta que la matan los nobles por encontrarla un excelente chivo expiatorio. De todo lo que de Madrid te digo en estas cartas, nada tan extraordinario, hermanito, como esta fuente, pues aunque todo lo que hoy vemos de ella es actual, hay en su grandiosidad motivos suficientes para pensar que el agua hace del lugar el de la fundación, y de su nombre, Matriz o Matrice, el mismo que hoy tiene. «Fui sobre agua edificada», reza la más antigua de las leyendas ciudadana y una gran piedra, meteoro o betilo es su símbolo prístino. Si Cibeles es Matriz, fuente, agua y roca del espacio, ¿qué son los Caños del Peral?

Añado por último lo ocurrido a una niña que cierto día se acerca a los Cañizares y descubre allí a un hombre evacuando aguas. Lo ve en su parcial desnudez y exclama: ¡Capón! No creas que lo invento, hermanito. Lo cuentan en las escuelas. El caso es que para evitar la presencia de más hombres con sus orines, si no con aguas mayores, la autoridad ordena cortar las cañas. Pero cuando al cabo de un año vuelven a crecer y por el viento chocan unas contra otras, la gente asegura escuchar entonces: ¡Capón, capón, capón!

Así comprenderás que Madrid es villa de cortesanos y corte de maravillas.

Viajo con Lorenzo a Montesclaros, de donde ahora extraen el mármol para las fuentes de Recoletos, el mismo que cocido durante tres días en un calero, produce la

cal más blanca y fina que hayas visto. Es digno de asombro que así sea.

Besos con el cariño de siempre de tu hermana
Isabella, la *Tricolore*

* * *

Madrid / Calle de la Sierpe

Madrid es cosmopolita. La presencia de un extraño ya no es motivo de profundo examen por parte de sus habitantes, como todavía ocurre cuando Lorenzo Chacón llega a ella por primera vez. El señor de Puebla se acuerda bien de aquellos años en los que ha de repetir sus blasonados orígenes familiares a cada paso y por cualquier motivo. Madrid se llena de aristócratas, más y más nobles cada día y todos quieren saber los méritos linajudos del contrario. Hoy ha cesado ese interés porque no cabe ninguno más. ¿Aristócrata? ¡Bah! Como todos.

Los años pasados en Roma, más los que le ocupa el viaje andaluz, lo convierten en un perfecto desconocido para la mayoría de los madrileños, excepto en los ambientes del colegio de San Isidro, la calle de Toledo y Recoletos. Lorenzo aprovecha en ocasiones este anonimato para hacerse pasar por francés, napolitano o alpujarreño, según las circunstancias.

Aquella tarde, ante dos venerables bebedores de licores en la botillería de la calle de la Sierpe, elige ser nacido en Torino e interesarse por las nuevas fuentes de estilo romano que según aventuran, van a convertir los prados del Retiro y del cerrillo de San Blas en la sala de estar de los madrileños.

—En Torino escucho que Cibeles va a presidir el circo-agonal del Salón del Prado, tal como hizo en el Circo Máximo de Roma, sentada sobre un *leone*.

El primero de ellos, de barba tan cana como descuidada, entra al trapo en el primer quite.

—¿Cibeles? ¿Por qué Cibeles? ¿Quién es esa señora y quién entenderá tal homenaje?

Su amigo, vestido a la antigua usanza, con calzas quevedescas, casi martingalas, parece estar bien informado.

—Es invención del Rey y de Hermosilla. Entre ambos lo han cocido en comandita. Y Aranda, que no fue ajeno a la tontuna. Y Ventura, que está a la que caiga. Y algo tendría que ver también Esquilache, antes de marcharse con el rabo entre las piernas.

—*¡Italiani...!* —exclama el de Puebla con gran sentido autocrítico.

—¡Cabal! *Tarantellas* napolitanas que nos son ajenas y nos corrompen. En la corte se comenta que los leones, las torres y la matrona la harán pronto castellana.

¡Como si a los madrileños nos moviesen repentinos paganismos!

Las chácharas de taberna abordan los mismos temas que ocupan a los arquitectos en los salones.

Cuando Ventura Rodríguez ambiciona desplazar a Hermosilla, Lorenzo le escucha un argumento con el que desbaratar las malévolas especulaciones. Ahora considera que ha llegado el momento de repetirlo ante los bebedores, para que vean hasta qué punto hilan fino en Torino sobre asuntos españoles.

—Piensen en esta posibilidad. La estatua no es tal, sino que representa a la matrona de España, ya sea por su corona mural de Castilla, ya por los dos leones, pues todos esos símbolos figuran en el sello personal de Isabel, antes de la Concordia de Segovia y antes por tanto de sumarle los de Fernando. ¡Las murallas y los leones son españoles antes de existir España! Y si les entran las dudas, acudan al Salón del Trono del Palacio de la Aljafería zaragozana, también llamado de los Reyes Católicos. ¿Saben ustedes cómo se accede a ese lugar?

—Lo siento, caballero. Admito mi ignorancia.

—¡Pasando por debajo de un par de leones tenantes!

—Curioso. Ya solo faltaría por justificar el carro.

—¿El carro? ¿Una carroza? ¿No lo son acaso carrozas los pasos de la Semana de Pasión? ¿Y hay algo más hispano que una cofradía de capirotos?

Lorenzo justifica su erudición hispana.

—En Italia interesa mucho lo que ocurre en Madrid. Estamos muy pendientes de ustedes, por si intentan superarnos en bellezas.

—¿Ah, sí? —reacciona el bebedor anónimo—. Pues dígales que estén tranquilos, que solo les hemos pedido prestada una diosa para que nos traiga del mar el mero, y de la tierra, el cordero. Ja, ja, ja.

Tiene razón el hombre, piensa Lorenzo. A Cibeles se le implora con corderos sacrificados sobre aras votivas. Pero el bebedor no lo bromea por eso, claro.

El arquitecto paga la ronda de los informantes y toma Huertas, camino de las obras con la sonrisa en los labios después de la ocurrente pillería que protagoniza. Piensa en los retrasos por los imprevistos de los entronques en las cañerías y se le borra el contento, pues no deben prolongarse más allá de este mes. La Gran Madre parece inquieta por la demora.

* * *

Villamanta

El parloteo con el señor de Puebla es muy esclarecedor. Tanto, que Mayorga no cesa de preguntarse quién es ese personaje que con tanto acierto actúa en el Salón del

Prado, facilitándole los pasos a seguir.

No es un hombre anónimo. Sus contactos en la corte y en los salones le proporcionan un abundante material sobre el joven arquitecto, uno de los caballeros más alabados por todas las damas casaderas de Madrid y por muchas de las casadas. Aunque lo tiene delante de sus ojos y no lo necesita, las muchachitas informantes se deshacen en exquisitas y precisas descripciones cuyas pinceladas coinciden en lo fundamental, pues todas destacan su atractivo, que es alto, de apariencia campechana, nada envarada, de amplio torso triangular y breve cintura, manos largas, con el rostro cortado en recto y un pelo araguato y ensortijado que evoca facciones extranjeras; afrancesadas opinan unas, griegas, las más osadas. ¿Más información? No, señor. ¡Quién pudiese! Porque ese hombre no se prodiga con mujeres, ni pasea jovencitas. Mucho nos tememos mi madre y yo que el Diablo lo ha llevado por otros gustos y ahí se acaba lo reseñable y comienza lo oculto. Como dice mi señora madre, señor comisionado, Dios da carne a quien no tiene dientes, o algo así, que una hablando de Lorenzo se pierde en lágrimas.

Dámaso Mayorga descubre entonces, trazo a trazo, quién es Lorenzo Chacón, el señor de Puebla, un título que hereda poco antes de viajar a Roma y que en su completa formulación figura en papeles de gran antigüedad como Señor de la Puebla de Villamanta y que por razones prácticas y de humildad, su padre acorta para no hacerse llamar con el mismo nombre del lugar donde arraigan. Puebla y basta. Averigua que allí nace Lorenzo, no lejos de Madrid, entre ínfulas de arcana historia y olor a grano. Es el primero de los siete varones, a los que dicen los Chacones, y pese a sobrar tierras en el mayorazgo para asegurar una plácida existencia como infanzón, da en estudiar y pronto se aleja de aquellos horizontes campesinos.

Tal es la curiosidad por el personaje que Mayorga pierde un día de sus encuestas y se acerca a Villamanta por saber de Chacón en esos años. Quizá no lo pierda del todo, si allí encuentra a saber qué historias. Busca compañeros de infancia y habla con quienes comparten con él fríos chapuzones en el Alberche y correrías sin malicia entre los sembrados hasta que juntos descubren la morbidez de otras carnes en las compañeras de juegos, que según testimonio contrastado de otros gachupines como él, hoy hombres derechos, le enseñan de placeres todo lo que es común entre los chicos del pueblo. Su noble condición y su afán por el estudio provocan una demora en el despertar carnal del muchacho, pero a criterio de sus coetáneos, no tarda en mocear con ventaja el tiempo perdido, poniéndose por delante de todos ellos en cantidad y variedad de compañeras de coyundas. De modo que quienes hoy en Madrid se lamentan y suspiran por sus gustos masculinos, yerran con carros y carretas. Otro ha de ser el misterio.

Un hombre que arregla un granero cuando Mayorga pasa por allí y que asegura conocerlo de esos años, le confiesa muy procaz, que antes de abandonar Villamanta, no hubo moza en edad de merecer de la que el Chacón mayor no catase pechos y oquedades. ¡Ni una! Jura el hombre muy ufano. El arquitecto esconde en su secreto a

un bregado jodedor, pues supo Mayorga que Rita María, una de esas mozas, se lleva de Chacón líquidos recuerdos en exceso y allí se da por seguro que la tal Rita alumbró un niño con sus rasgos y sus ojos. No lleva el nombre de los Chacones porque a la preñada, linda pieza, son muchos los que la pretenden, y al final es el bizarro Castillo, de servicio en la corte, quien se queda con ella, con el retoño y con tres más que le prende en tiempo justo. Quiere conocerla el hombre del intendente, pero no hay suerte, pues el tal Castillo deja colgado el espadón y la lleva ahora por donde bullen las verbenas, para venderla y hacer oro de su coño.

Rita María, su primogénito Chacón y los otros tres arrapiezos de Castillo, piensa Mayorga, componen asunto que se escapa del crimen y de todos sus desvelos, por lo que regresa a Madrid sin echarle el ojo, a ella y al primero de sus vástagos, que imagina correteando en la calle mientras la madre se sube las faldas en la pensión de la cercana villa que arde en fiestas, y el padre, ese padre que no lo es, desata el bolsillo y lo hace engordar con las monedas que el pánfilo cliente suelta por el desahogo de su otra bolsa, la del cuerpo.

* * *

Madrid / Calle de Toledo

Chacón llega a Madrid para adquirir la ciencia que Villamanta no da. Atrás deja la vida regalada del mayorazgo que ahora disputarán sus hermanos. Y quién sabe si pronto harán partijas, que es tanto como echarlo a perder y lo consuman. Los carros serán carracas y los pastos, jardín de cardos y zarzas.

Mayorga pronto da con quien recuerda cómo el futuro señor de Puebla se hace admirar de sus maestros por saberes muy superiores a las letras de mínimos, o las cuatro reglas, que su madre le avanza apenas alza un palmo del suelo. El mozalbete va de cabeza al Colegio Imperial de San Isidro, el de la calle de Toledo, donde permanece hasta poco antes de la expulsión jesuita. Más dotado para los números que para la poesía y las redacciones, más para la práctica que para la contemplación, conoce cuánto da de sí una suma bien hecha y «cómo conviene al bienestar del hombre que las piedras, maderas y argamasas coincidan en medidas y proporciones para que los edificios levantados se mantengan erguidos con el paso del tiempo». Esta frase, que es por Chacón parida, queda grabada sobre un tablón de madera a modo de adarga que se cuelga en los pasillos del claustro de San Isidro, junto con otras panoplias de alumnos destacados, méritos que alcanzan muy pocos educandos. Mayorga la lee de casualidad cuando abandona la entrevista con el actual director, don Zósimo Lacambra, sin apenas nada de interés en el zurrón, pues aquel hombre se muestra cerrado a recordar.

—¿Y esto, don Zósimo? ¿Es obra de él?

—Perdón —se disculpa Lacambra, un profesor imbuido en el majismo, atildado y recompuesto de puntillas, con un empaque imposible de encontrar en tiempos de los jesuitas, aunque él también los vive bajo otros aderezos—, olvidé comentárselo. Es costumbre realizar este tipo de orlas y homenajes cuando los mejores alumnos acaban los años de colegio.

—¿Está usted en ese momento?

—Sí, aunque no me ocupo de la dirección. ¡Pobre de mí! Como puede usted imaginar, son épocas en las que la Compañía de Jesús lo controla todo. Fui un simple profesor externo en las clases de Francés. Recuerdo que Lorenzo Chacón deja San Isidro ganado ya por la arquitectura. Su padre, el señor de Puebla, mantiene contactos con algunos de los más afamados de Madrid al iniciarse el último cuarto de siglo. Y es con don José de Herosilla con quien anda más ligero. Sí, ahora lo recuerdo con total nitidez.

—Con don José permanece hoy el señor de Puebla.

—No es de extrañar, pues Lorenzo Chacón deja una fuerte impronta de su paso por el colegio.

—Señor Lacambra, ya que de golpe rescata la memoria perdida, estoy seguro que usted podría añadir otros muchos recuerdos que al Rey interesan.

—Si es el Rey quien los demanda...

* * *

Madrid / Calle de la Montera

Y claro, al conjuro del Rey, don Zósimo afloja la gallina como está mandado. Y vaya si sabe chismes el majo y gomoso director, tantos que los dos hombres se desplazan hasta el Café de San Luis, en la Montera, una de las cincuenta botillerías que en Madrid ofrecen esa moderna infusión. Allí, en una mesa alabastrina, bajo un gran reloj de limpia esfera, rodeados por altos espejos con marco de caoba y un indescriptible papel de flores, don Zósimo depone cumplido informe para el Rey, Cenarrusa, el corregidor o quien tenga interés en conocerlo.

Mayorga averigua así que durante los dos últimos años de la estancia en el colegio de Lorenzo Chacón, la calle de Toledo se convierte en el cosmos de su existencia. Una de los motivos para ello es que a tres portales de la Plaza Mayor vive López de Lerena.

—Ya sabe —puntualiza don Zósimo—, el mismo que llegará a ser ministro de Hacienda y por ende, un poco después, conde de Lerena, a quien los Chacones tratan con amistad desde siempre, tanto en Valdemoro, como en Villamanta y en Madrid.

Y dos portales más allá reside con su familia el conde de Humanes, cuya hija menor, Vayolet, trastorna la última razón de Lorenzo, la que todavía no está vapuleada en su adolescencia de pasiones, cuando la carne borbota así se le acerque una olla sin fuego ni agua.

Cómo no sería el arrebató, que el director lo narra con pelos y señales, pues no en vano ya es leyenda de una loca atracción y de un amor desazonado.

—Esa fascinación por la muchacha y sus anteriores jolgorios entre el mujerío de Villamanta no apartan a Lorenzo de su formación, pues está educado para que nada se interponga en sus estudios, de modo que el muchacho lucha contra los dictados de la naturaleza y el romanticismo.

Son años en los que los cerdos de San Antón se mueven dueños y señores por las calles madrileñas, las aguas más pestilentes cruzan por delante de las casas y todos los habitantes, médicos incluidos, dan por bueno que la mugre tenga tantos derechos como ellos mismos para ocupar la urbe. Ese churre pingado, esos detritus, solo son paliados en parte por las chocolateras de Sabatini y el desfile nocturno de la marea, una caravana de limpiamierdas que se justifica subiendo al carro lo más grueso de las inmundicias. Su hedor anuncia, a izquierda y derecha, el avance de lo que cualquier norteño tomaría por la más auténtica de las Santas Compañías, pues amén del terror que inspiran sus figuras entrecortadas en las sombras, basta ponerse a tiro de piedra para que una infecta balumba de miasmas hediondas se apodere de los sentidos y sentimientos. La peste es mayor incluso de la que se respira a pleno sol, porque ahora las heces se airean y se avivan. Y lo que resulta peor para los vivos, la mayoría de aquellos carros, con solo recibir un agua, sirven a la mañana siguiente para distribuir del fétido muladar a los mercados, las frutas, carnes y verduras; sin la protección de una banasta, ni la frontera de un paño. Así tampoco es extraño que abunde lo que llaman cólico convulsivo de Madrid, la atrabilis, los tifus exantemáticos, la viruela, la tisis, las fiebres nerviosas o pútridas, y alguna enfermedad más que solo de ser nombrada sirve de levadura mortal por lo que tiene de contagiosa.

Por lo que Mayorga deduce del relato de don Zósimo, aquel Madrid que aventaja en cochambre a Villamanta, donde no se arrojan a las vías tantos desperdicios, causa en Lorenzo un gran desasosiego, impropio de un muchacho de su edad, pues piensa con buen criterio que aquella pocilga de boñigas y olor insoportable no se aviene con el amor que crece a cada paso e impide que en su pecho broten poesías, suenen notas, cante el día, cuando todo lo envuelven porquerías.

—Y así es como Lorenzo dedica muchas de sus tardes libres fuera del colegio a recorrer las calles, a levantar dibujos y a trazar en ellos las corrientes de aguas que las avenan.

Según manifiesta Lacambra, es en casa de López de Lerena donde su padre lo presenta al capitán de Ingenieros don José de Hermosilla, ante el cual y sin escatimar exageraciones, carga la mano en las supuestas cualidades de un estudiante más que aventajado.

El director es quien de reproducir el diálogo que hubo aquella tarde.

—Lorenzo apunta maneras —afirma el señor de Puebla—, no hay ciencia que se le resista y a su corta edad realiza dos monografías memorables. Anda, hijo, expónselas tú a don José.

El joven no está preparado para la orden paterna y quiere desaparecer de la vergüenza que se le apodera. ¿Habría mucho, poco, o todo? ¿Le relataría los trabajos tal como hace ante don Rufo, el profesor de Arte, con puntos y comas? ¿De verdad está interesado el señor Hermosilla en escuchar las vainas de un muchacho?

El director del San Isidro rememora ante Dámaso Mayorga que en aquella ocasión Lorenzo decide ir por lo breve.

—En uno de ellos recojo las fachadas de todas las iglesias de la villa, así como la colaboración que realizo junto a Felipe de Castro para reunir la *Relación de las pinturas y esculturas de los templos de Madrid*.

—¡Sí! ¡Conozco la obra de Castro y es memorable! En cuanto a las fachadas, ¿las dibujas tú? —se interesa de verdad Hermosilla.

—¡A carboncillo! —exclama su padre, lleno de orgullo—. ¡A lápiz y carboncillo!

—Me interesa, me interesa y mucho. Jovencito, quiero tener mañana una copia de esas labores.

—¿Para qué esperar a mañana? Con solo cruzar la calle, Lorenzo nos las traerá en un bostezo.

—Si es así —admite el ingeniero—, mejor que mejor. ¿Y el otro? ¿No dirás que también retratas párrocos y abadesas?

—No, señor. En el otro, trazo el curso de cuanto arroyo, reguero o torrentera atraviesa la ciudad, desde el Manzanares a Recoletos y desde Amaniel hasta el Retiro. Es un plano, una sola hoja.

—¿A escala?

—A escala sí, señor. Lo hacemos entre varios.

—¡Maravilloso! ¡Aún no existe en todas las oficinas de Madrid una carta semejante desde la Planimetría que refrenda don Zenón Somodevilla... y la tiene tu hijo en su carpeta! ¡Chacón, eres un hombre afortunado! No es necesario que los traigas. Mañana te presentas ante mí, y ya hablaremos. El Rey obliga a que se instalen canalones, que se construyan pozos o sumideros para las aguas fecales, que las aguas de cocina y las de aseo encuentren caminos ocultos por los que discurrir. Mucho trabajo que hacer.

Y así es cómo Lorenzo Chacón une su vida a la del ingeniero Hermosilla.

—Una unión profesional que se mantiene hoy en feliz colaboración —recalca el comisionado tras escuchar el relato.

—Timbre de honor para ambos —corroborra el director.

—¿Y esa historia de la niña Vayolet que antes apunta?

—¡Oh, eso fue muy comentado!

—Ardo en deseos de conocerla.

—Algunos colegiales descubren la pasión que Lorenzo siente por ella y los temores que le embargan por ser la criatura apenas una niña, cuando los compañeros de su clase cortejan a damiselas de cumplidos faldones, sentadas al amparo de una mesa camilla, degustando yemas de San Leandro y con la serena presencia de sus madres, que zurcen ropa de misar al sol de un balcón en galería, como estando sin estar.

Sin embargo, Lorenzo no puede desprender a la pequeña Vayolet de su pensamiento. A su más íntimo amigo, un chico del sur llamado Salas que luego se irá de la lengua, le hace partícipe de su zozobra.

—Hay algo en su mirada, en la perfección de su cara, en ese talle marcado que la hacen objeto de pasiones inconfesables, como si su edad real viajase camuflada en ese cuerpo de niña. Lo descubro al cruzarme con ella y sus hermanas en la plazuela de la Berenjena. Es un instante tan fugaz como el vuelo en recto de un vencejo, pero me basta para comprender que no hay ningún desorden en mis anhelos y que si acaso soy víctima de torpezas, el cielo quiere que las afronte, como afronta cualquier hombre la conquista de su amada. Confieso que la determinación con la que hablo no me libra de horribles pesadillas y remordimientos, y si en ocasiones me excito pensando en ella, lo pago con creces en mis soledades. Pero el oleaje se repite al día siguiente y así no te extrañe que presa del desvarío, me cuele en el jardín de Latoneros donde viven los Humanes, y suspendido del naranjo, me proteja con las sombras a la espera de su llegada, pues bien sé que desde el árbol se atisba el cuarto que ella ocupa y que, tarde más o tarde menos, allí acudirá la niña. Y acude, ¡válgame el cielo si lo hace! acompañada de Totino, el hijo de la cocinera, que apenas cierra la puerta y se enrosca entre sus nalgas, la apretuja y manosea como a un muñeco de trapo. Ya la tiene en vilo, ya le deja ver su arma. La niña de mis amores, tan casta que se vendía, es zorra en gallinero, la más joven Mesalina. Mas no cesan las sorpresas. Ahora la puerta se abre y allí aparece Luiso, el mayor de sus primitos. No hay sustos ni prevenciones, el muchacho es esperado. Y cuando lo veo desnudo, dispuesto al regocijo, la rama cede a mi peso, la madera se resquebraja. Todo cuanto fui, soy y seré se viene abajo. Me doy la gran costalada. Se me viene el mundo, nos fundimos en cuerpo a tierra, todo yo soy carne, mas carne macerada.

—¿Y se acabó?

—Sí, lo que se cuenta en el colegio se acaba. Lorenzo permanecerá aquí algunos meses, pero su presencia en el estudio de Hermosilla le ocupa cada día más horas. Pronto muere su padre, pronto se olvida su nombre y pronto se cuenta su caso, sin mencionarlo siquiera. Todo su recuerdo es el de un alumno que de una niña se enamora. La espía encaramado y del árbol se cae cuando comprueba lo poco que de niña a la niña le queda.

—Caerse del guindo.

—Es un naranjo.

—¿Llegan a conocerse?

—¡No! Lorenzo no se atreve, por eso la espía de lejos.

—Un episodio así no se olvida. ¿Qué se comenta?

—Chismorreos, consejas de viejas. Como en la copla repiten que las heridas del desengaño le impiden enamorarse y que trata a las damas con desprecio. Vaya usted a saber.

—En ese desdén no existen diferencias con otros hombres que no caen de ningún árbol para mostrarse rufianes y altaneros con las damas.

—Sí las hay —matiza el director de San Isidro—, pues hoy él les procura el máximo placer entre las sábanas, y la mayor de las indiferencias fuera de ellas.

—¡Caramba con el arquitecto!

* * *

Madrid / Plaza de los Salvajes

Mayorga sigue los pasos del Negro Tomás como ya hizo en días anteriores. Urde asuntos turbios. Basta verle cómo lanza la vista atrás cada vez que dobla una esquina. Quizás es el miedo a ser seguido por su vinculación con el caso, o quizás el comisionado se deje llevar por sus deseos, pero a las claras pregona que es un hombre aterrado. Tramo a tramo, el perseguidor intuye el recorrido del perseguido. Eso le permite avanzar a grandes zancadas manzanas enteras para verlo pasar, sin que Tomás sepa si lo siguen, o lo preceden.

Así ocurre en la plaza de los Salvajes, de buen nombre Corpus Christi o Carboneras, que el negro atraviesa desde Puñonrostro, cuando Mayorga ya lo tiene delante. A la altura del convento de las monjas carboneras su corpachón desaparece adentrándose en la capilla. El hombre de la Intendencia entra tras él y cuando abre la puerta, emerge como una exhalación el Negro Tomás, que apenas permanece dentro un suspiro. Le ofrece agua bendita en la yema de dos dedos. Él la acepta y se santigua.

—Que Dios le bendiga —le desea el mandadero.

Para no ser descubierto, camina hacia el lado del Evangelio, al fondo de la iglesia. Volverse ahora sería delatarse. Este negro se revela más escurridizo que una anguila.

Tomás abandona el convento sin perder de vista la puerta y cuando se da cercioro de que su perseguidor permanece dentro, penetra como una centella en la casona del conde de Sanchezcapitán, el mismo que se hace llamar entre la sociedad madrileña don Goomer Astudillo, aunque el cura de su bautizo le impone en la pila de Cuenca un nombre menos británico, Gumersindo.

Arrodillado ante el lienzo de la Virgen Carbonera que veneran las Jerónimas del Corpus Christi, Mayorga maldice su suerte por haber perdido a Tomás, hasta que la

luz le alcanza la sesera. A estas monjas llaman carboneras porque esa virgen del altar fue hallada por un fraile entre carbones, como Dosindito. Y a buen seguro sin pretenderlo, el Negro Tomás lo conduce hasta allí en buena pista. Quizá no esté tan perdida la tarde como teme, si Dios quiere que el caso se esclarezca. Y ha de querer por el bien de la ciudad, así le cueste la vida en el empeño.

El cochero llega hasta la puerta de la planta superior, que permanece cerrada. La golpea por tres veces con los nudillos en sordina y espera a que se abra. Aparece la imagen del enjuto conde Gumersindo recortada en la penumbra.

—¡Cierra con cuidado! ¡Me siguen los pasos! —advierte el recién llegado con total familiaridad.

—¡Imbécil! ¿Y aun así vienes hasta aquí? ¿En qué berenjenal te habrás metido?

Tomás abocina las manos para cuchichearle la respuesta a la oreja de Goomer.

—En el peor de toda mi vida. Pero, por favor, que ella no se entere.

—¿La generala? Peor me lo pones, chocolate. Disimula tú que te espían, o esta tarde no hay merienda.

El conde levanta la mano con intención aparente de dejarla caer sobre el rostro de aquel visitante que le dobla en volumen. Muy por el contrario, la baja con suavidad para posarla en el sobresaliente trasero del lacayo, que la recibe con agrado.

—Insistes en decirme que esta tarde no falte... —se escuda Tomás ante el áspero recibimiento, aunque a estas alturas la mano del conde recorre y aprieta sus posaderas que él enfunda en medios calzones de seda ceñidos a la rodilla.

El noble endulza la voz para dirigirle un último reproche.

—Sí que te lo dije... sin suponer que corríamos peligro. Nadie debe verte entrar aquí, y menos si te metes en líos, Tomasito. Pero ya se ve que en tu caso es inevitable.

Las palmas del conde han saboreado a placer los glúteos y los pliegues del mancebo que bajo las cirolas denotan incluso mejor su fuerte musculatura. Goomer sucumbe al deleite y se atreve ahora con su parte delantera.

—Nadie me ve entrar, conejo. Me meto en el convento y lo dejo allí, bien chasqueado.

Mientras lo narra, Tomás acaricia los labios del conde, introduce un dedo en su boca y luego lo saca ensalivado para llevarlo de aquella comisura rosácea a su nariz aguileña. Y de ella a las orejas, casi tapadas por las dos trenzas vaporosas que él copia de los *muscadins* antirrevolucionarios franceses y que le caen a ambos lados de la cabeza al modo de algunas razas caninas. *Oreilles de chien* llaman en Francia a la moda.

—Está bien, chocolate. Pasemos al dormitorio, que con tanto miedo se me han disparado las carnes, en especial una que tú conoces.

El conde de Sanchezcapitán tiene cuarenta y cuatro años cumplidos, aunque por coquetería él reduce a tres menos. Es un soltero elegante y bacán, camino de

camastrón, afectado con tilde o atildado con afectación, bromista, desordenado por solitario, gran admirador de la belleza masculina y cuando se tercia, exquisito degustador en la distancia de intimidades femeninas; lo que se dice un fiel representante de la gente de la goma.

Goomer cierra la puerta con parsimonia, para que su gambeta concuerde con la verdadera finalidad lúbrica de la cita y deja caer su batín de muselina al suelo, mostrándose ante Tomás desnudo por completo y con una notable excitación que no envidiaría las múltiples representaciones del dios Min con el pene erecto.

—Bésame.

El recién llegado aplasta su bamba de labios crasos y herencia africana contra los finos y empolvados del noble barbilindo. El corpachón del negro lo atrapa en un abrazo alzándolo del suelo como una pluma. Luego, rendido de deseos, lo zarandea, lo invierte y se lo cuelga de piernas al cuello, con lo que consigue tener la verga de Sanchezcapitán a la altura de su boca. Se la chupa de bienvenida y cuando logra que aquel grotesco encaje se mueva con ritmo, comienza a andar con el hombre caracoleado y amarrado a su cintura como cría de zarigüeya al costado de su madre. El conde, con los ojos en blanco, hurga en la pretina que tiene delante y que por torpe molondro no libera.

—¡Tomás, Tomás! ¡No soy nadie en tus brazos!

En ese cuadro de lujuria llegan ambos a un aposento tapizado de damasco bermellón donde reposa una mujer en vaporoso *deshabillé*, entre boas de marabú y sedas de Murshidabad, que se oculta el rostro tras un cambuj. Con eso y todo los espera sin apenas ropas, con un cendal sobre los pechos y un gato de seis colas golpeándose en la palma de la mano.

—Observa a quién te traigo —le anuncia el conde patas arriba, sin haber liberado todavía el miembro de su encierro—. O quién me trae, si vamos a ser exactos, cariño. ¡Ja, ja, ja!

—¡Qué estúpidos y ansiosos sois!

Así los recibe la mujer, a quien llaman generala, que si usa antifaz no es por ocultarse ante aquellos hombres, que bien la conocen, sino por imitar a la prostituta marsellesa Marianne Laverne, cuya historia les conmueve y entusiasma.

Laverne, de tan solo dieciocho años, y otras tres meretrices comparten una jornada entera en compañía de un hombre llamado Donatien Alphonse, marqués de Sade, y de su criado. El relato de lo que allí ocurre enciende las mentes más calenturientas de Madrid, que imaginan a sus protagonistas haciendo previo consumo de la mosca española que llaman cantárida, para precipitarse luego en una desafortada búsqueda del placer, ya sea a través de los doscientos cuarenta azotes con mano, escoba o gato que allí se administran, de besos negros, o de cualquier otro detalle morboso que el gusto de cada cual añade a la tarde de orgía. Como no es la primera aventura que se cuenta del marqués, el nombre de Sade se pronuncia con la seguridad de aludir a un formidable libertino.

El Negro Tomás avanza hacia la enmascarada y deja caer aquel fardo sobre la piltra. En cuanto ella ve su boca liberada del miembro del noble canijo, se apresura a ocuparla con la suya, mientras al unísono baja la mano diestra en busca de aquel pene reluciente, que ahora sí se enseñoa ante ellos con unas proporciones que les hace regodearse y cuya exhibición demuestra lo hábil que la mujer es con las pretinas y lo cazurro que resulta el noble en el mismo oficio.

—Soñaba con este momento —exclama.

—¿Soñar? Yo deliro —corrige Goomer despelucado entre suspiros.

La dama baja el cuerpo hasta encontrar lo máspreciado de la visita, pues siguiendo un protocolo no escrito, siempre ha de ser ella la primera en llevárselo a la boca, aunque hoy estos cerdos traviosos ya se chuparon en el pasillo.

Entretenida con el negro, la generala nota que por atrás le ataca el conde con su verga pequeña que tiene en su máximo apogeo antes de que Tomás lo aprese y lo voltee. Con ella llegan dos, tres dedos. El antifaz se desliza hasta el cuello. El festín se presume divertido. Beelfegor ríe satisfecho.

* * *

Madrid / Calle de San Blas

Cuando al día siguiente el Negro Tomás pone el pie en el conventillo de Las Urosas, se ve abordado por Dámaso Jesús de Mayorga y dos alguaciles del servicio de policía que le acompañan para la ocasión. Quién sabe si al hombre le da por cocear y rebelarse. Siendo como es de bigardo, no abundaría él solo para enzarzarse.

—¿Tomás Borbón? ¿Utubo Ñambé? ¿O debo llamarle solo Negro Tomás?

—Sí, soy yo. Bien lo sabe quien lo pregunta.

—Debe acompañarnos hasta el cuartelillo de la calle de San Blas para que le sean planteadas unas preguntas.

—¡Allí está la cárcel de la Galera!

—Cierto. Y cerca de ella estaremos, más usted que nosotros. Pero no tema, a donde vamos son oficinas de Intendencia y del Corregidor. Si nada malo hizo, nada malo debe temer, señor Borbón.

Tomás se pliega a las órdenes y los cuatro hombres toman el rumbo indicado. Forman un grupo que a nadie deja indiferente.

Mayorga abre paso y los dos esbirros flanquean al enorme negro. Los comentarios que siembran en su avance son coincidentes:

—¡Se llevan preso al Negro Tomás! ¡Es por Dosindito, el niño del Alamillo!
¡Corre, dilo en la botillería!

El caserón de San Blas a donde se dirigen es contiguo a los calabozos, pero

mantiene su utilidad al margen de éstos. La Intendencia lo destina a lo que convenga, según necesidades, y en los años que pasa a la administración, sirve de cuartel para la tropa, de estafeta y de calabozo.

Los hombres suben a una primera altura por peldaños destartalados y en un camaranchón vacío, con un banco y varios taburetes de troncos apolillados, acomodan al detenido. Mayorga desaparece unos instantes y cuando regresa, comienza el interrogatorio clavando su mirada en los ojos del hombre para no perder ninguna de sus reacciones.

—Vamos a ver, Tomás. ¿Dime si conocías al niño del Alamillo?

—No.

—Mientes. Hay testigos que aseguran verte en su casa, no una, sino varias docenas de veces.

—¡Falso! El que miente es quien lo haya dicho. Me odian por ser negro y porque voy bien vestido para el trajín que realizo.

—Es posible que te odien, no digo que no; pero nada será comparable a lo que harán si no me entregas a los culpables. Tenlo por seguro. Así que volvamos a empezar. Hay testimonios de muchos vecinos del Alamillo que aseguran ver cómo entras en su casa.

—¿En la plaza del Alamillo?

—Sí, allí vivía.

Tomás recula sobre su primera negativa.

—En el Alamillo visito al Cayo y a la Reme. Con él hago mandados en el teatro de los Caños del Peral, y otros chanchullos que se tercién. Cuando no hay caldo, hay que buscarlo, pero por el fuero.

—Bien, eso ya me gusta algo más. Así que vas al Alamillo, entras en la casa, ¿y no ves a los niños? ¿No ves a los hijos de la Reme?

—Sí, a veces hay una niña.

—Lolita. Y un niño. Dosindito.

—Puede ser.

—Es el niño masacrado.

—No lo sabía.

—Lo sabe todo Madrid y no sabes tú, siendo amigo del padre. Tomás, Tomás, ¿me tomas por necio? Anda, suelta la gallina, ¿para qué tipo de negocios te conchabas con Cayo?

—Chapucerías, portes, arreglos o cambalaches. Antes de cada función en los Caños, los carpinteros pueden pedirnos un escudo antiguo, un carro, o pajas de bálago para el escenario. Pequeñeces que buscamos en las almonedas y por ahí tiradas.

—O que robáis.

—¡Jamás! ¿Dónde robar una panoplia?

—Ya. Por lo que me cuenta Cayo, cuando acaban las funciones, siempre hay una

mujer que lo reclama. Y eso que su rostro espanta y su olor rechaza como pedo de lobo. Tú, alto y fornido, las tendrás a cientos.

—No me interesan. Vivo con una y me basta.

—¿Qué haces entonces? ¿Las despides?

—Sí. Con buenas palabras.

—¡Esta es buena, caraja! ¡Se te acercan las manolas y se marchan con las ganas!

Mayorga se levanta y pasea delante del hombre con aspavientos.

—¡Jamás escuché tamaña patraña!

—No digo que a alguna no me la haya calzado.

—Te sacrificas...

—Si insisten y son tercas...

—¿Quién podría desear la muerte de Dosindito, un niño de iglesia y sacristía? ¿Pudo haber sido víctima de un accidente, cuando realizan con él prácticas poco dignas de ser contadas?

—¿Qué insinúa? Confieso que me gusta el mujeriego. ¡Y todas quedan satisfechas!

—¿Por qué crees entonces que el niño lleva tu nombre escrito en un trozo de papel?

—¡No lo lleva! ¡Es mentira! —reacciona Tomás a la pregunta que se enuncia tan capciosa.

—¿Ah, sí? ¿Miento? ¡Claro que sí! Tú sabes bien que lo hago, porque te cuidas de evitarlo. ¿Verdad, Tomás? Tú mismo te delatas.

—Es falso porque el niño no me conoce. Por eso sé que no lleva ningún papel.

—Bien. Tiempo tendrás de recordarlo. ¿A dónde ibas ayer cuando atraviesas la plaza de los Salvajes?

—¡Es usted quien me sigue!

—Sí, hombre, sí. ¡Qué descubrimiento! ¡Si me das el agua de la pila!

—Voy allí, a las Carboneras. Soy un hombre de fe.

—Negro y a las Carboneras. Lo tuyo es de traca. Desde las Urosas, donde vives, hasta la plaza de los Salvajes, pasas antes por siete iglesias. ¿Por qué tienes que orar en las Carboneras? ¿Por lo oscuro? ¿Y por qué desapareces al vuelo?

—Por lo que dice, sí. Por lo negro que soy y el carbón. ¿No pintan ustedes blanca a la Virgen de las Nieves? ¡Pues yo lo mismo! En cuanto al tiempo, en el hospicio me enseñan a rezar muy rápido, que los rosarios se hacen tediosos.

Mayorga y los alguaciles se desternillan y sus risas explotan por todo el edificio, tan poco hecho a carcajadas.

—Mira, Tomás; te voy a hablar claro. Creo que te tiras a una señoritinga de esa plaza, o de las cercanías, me da igual; que planeas hurtos, desplumes y atracos conchabado con Cayo. También creo, y estoy convencido de ello, que sabes mucho sobre la muerte de Dosindito y que hasta ahora no nos dices ni una sola verdad. Por todo ello, o por casi todo, podría encarcelarte ahora mismo. Sin embargo ni tú ni yo obtendríamos nada bueno a cambio. Tú perderías la libertad y tus andanzas, y yo me

quedaría sin las pruebas que necesito para descubrir al asesino, pues los dos sabemos que es otra persona. Alguien que tú conoces, y yo todavía no, por poco tiempo. ¿Cierto?

—Tomás no sabe nada de eso. Solo lo que oigo y ni aquí me atrevo a mentarlo.

—¿En éstas andamos? ¿Tú, escrúpulos con la Justicia? Estás resultando un negro muy gracioso. Anda, desembucha lo que mascullas entre dientes.

—Nada tengo que ver en ello, pero a más de uno escucho estos días que el crimen le toca de cerca a...

—¡Arranca ya, recoño!

—A la princesa.

—¿A doña María Luisa?

—Sí.

—¿A la heredera?

—Eso estoy diciendo, ya que me obliga.

—¿Dónde oyes eso?

—No sé, al pescante de la calesa. Yendo o viniendo. ¡A un noble se lo escucho! Sí, a un noble que lo raja a una manceba que se lleva de fornicio.

—¿A qué noble, caraja?

—¡No sé! ¡A uno! ¡Hay tantos!

Mayorga da una vuelta sobre sí mismo. Está seguro de que el hombre, o quien lo comadrea con tanta inconsciencia, miente de raíz, pero es lo mismo. A Tomás lo tiene cogido por el sitio que le arrebató a Dosindito, y de nuevo clava sus ojos en el negrazo.

—Te ofrezco un pacto.

—No tengo nada que tratar. Soy inocente. No puede acusarme de conocer a Cayo.

—Tomás... que duermes bajo el ángel es un hecho. Hoy, mañana y los días que se me antoje. Piensa que el Rey está muy preocupado por la muerte del niño, que toda la corte me pide resultados, que...

—¿Cómo no estar preocupado si el Rey escucha lo que yo de su nuera? ¿No le parece?... ¿Y qué pacto propone?

—Muy sencillo. Hasta tú, que ni te enteras de la muerte del pobre niño, lo comprenderás enseguida. Quedas libre hoy y mañana. Cuando hayas meditado tu respuesta y te olvides de la princesa, regresas aquí y me relatas de pe a pa todo lo que pasa con Dosindito. Incluso te permito que elijas para ti el papel menos culposo que seas capaz de imaginar. Uno que te libre de la horca a la que te diriges sin remedio. Yo me encargaré de que así sea. Seguro que el Rey también está de acuerdo, sabiendo que colaboras y que eres hijo de aquél al que tanto aprecia como para darle su apellido.

—¿Y si no regreso? Podría salir de naja.

—¿Con ese color de piel y esa altura que Dios te da? No me hagas reír, Tomás. Te estaremos vigilando. No será necesario ir a por ti. Bastará divulgar que el asesino del

niño es el Negro Tomás, que lo sodomizaste y que le cortaste el escroto mientras lloraba. ¿Viste cómo le dejan la cara a Gutierre cuando se enteran de que el muchacho aparece en su carbonería? Encontraremos tus piltrafas en casa de algún tablero, colgadas por el gaznate de un gancho garabato.

—¿Y si no consigo destapar nada?

—No te digo que lo destapes, Tomás. Lo que debes decirme ya lo sabes. Lo único que te ofrezco es la oportunidad de que te libres de la parca. Se te nota en los brazos y en el fondo de los ojos. Las manos te tiemblan como las de un chiquillo al que se pilla robando fruta, y en tus ojos se graba la última mueca de Dosindito, la que ves cuando se muere. Ahora bien, no te imagino cometiendo esa barbaridad en solitario. No te considero un mataniños, ni una muerte así entra en tus necesidades. ¿Para qué? ¿La carne? ¿El nefando? Como tú dices, estás satisfecho y alcanzas lo que quieres sin esfuerzo. Por otra parte, no te van los mocitos, ¿o me equivoco?

—¡No me van, no me van!

—¿Dinero? Eso siempre. ¿Obediencia? Puede ser. ¿Magia diabólica? Quizás. ¿Pervertidos? Casi seguro. Así que ya puedes levantar ese culo y marchar en busca de un nombre y de una buena historia que me deje satisfecho. Después los dos juntos podremos encaminarnos a realizar otra interesante detención. Y no te inquiete que esa ponzoña te reconozca como malsín. Aquél a quien señales no vivirá para vengarse. ¿De acuerdo?

Mayorga consulta su flamante reloj de leontina, regalo del propio intendente Armona y Murga, y establece antes de cerrarlo.

—En dos días, a esta misma hora, vuelves y me lo cuentas todo. Si te retrasas, Madrid, España entera, sabrá esa noche que eres una sabandija, un criminal, y no te auguro juicio, ni que veas el nuevo amanecer. Se habrá cumplido la justicia sin cárcel ni horca.

El Negro Tomás suda como cuando se derriten esos nuevos dulces de chocolate que los italianos llaman helados. Toda su fuerza parece haberse evaporado y le cuesta trabajo poner en marcha las arrobas que de forma tan armoniosa se reparten en aquel corpachón.

Quisiera rebatir a Mayorga y negarle cuanto dice, pero prefiere verse libre de aquel lugar. Este hombre de ojos severos sabe de lo que habla y nada va a conseguir jurando por su flaca inocencia. Suerte tiene de no quedar preso.

—¿Puedo refrescarme la olla? —solicita mareado.

—¿Dónde crees que estás? ¡Recoño! ¿En un balneario? Corre a la calle y mójate en la fuente, que comienza a contar el resto de tu vida —sentencia el comisionado mientras recoloca la leontina en el exterior del bolsillo.

* * *

Madrid / Calle Chinchilla

Córibas mantiene la conversación pendiente con el señor de Puebla, que por cirios o por bastos queda hasta hoy en nada.

—Los secretos de don Ventura son papeles, documentos primitivos que encuentra sabe Cristo dónde. Con ellos prueba a las claras que la villa no es otra que Mantua y que Madrid existe desde tiempos muy remotos. El hombre divulga entre los suyos que ya Homero, o quien se esconda bajo esa firma, échele usted un galgo que corra largo, sabe de su existencia. Ni Troya, siendo lo que era, nos aventaja en edad propecta, ni en ser cuna de la raza humana, ni en nada. Esto me dice con misterio el más relamido de los arquitectos españoles.

Lorenzo se muestra insensible a lo que escucha.

—Sí, ya; la Mantua de los Carpetanos. No son nuevas las pretensiones. En su día lo escribe sobre pliegos de la Corona el muy nombrado Ambrosio de Morales, y yo mismo, que nazco en la Mantua de Villamanta, sé de esas vainas desde niño. ¡Ah! Y Hermosilla está en el ajo.

—¡Esa es la prueba! —porfía Córibas en la rareza del hallazgo—. Morales lo deja en el aire, sin más auxilios que lo demuestren porque no están las señales en sazón. La novedad es que don Ventura lo apuntala con sus papeles. Eso es lo que jura a grandes voces, que encuentra no sé qué de Ptolomeo, que a su vez lo mantiene y certifica.

—No veo el conflicto. Al Rey le entusiasmará escuchar el relato, y si la quimera merece aprecio, hará que se estudie en consonancia.

Córibas acaricia el molde de un escudo ya entregado a Juan Pascual de Mena que reposa contra una columna de los porches, al tiempo que menea su testa en desagrado.

—Lo dudo. No pongas demasiada fe en ello. Ten en cuenta que las especulaciones tan arriesgadas como ésta nunca son del agrado de los académicos, que se tienen por los custodios de que nada cambie para seguir siendo los dueños del único cuchillo con el que se corta el bacalao. Y el Rey, sin la aprobación de los académicos, no moverá un dedo.

—¿Ni siquiera si se trata de una bicoca para su reino? ¿Ni haciendo de él el Rey más poderoso de la humanidad?

Atilano Córibas no cede en sus reticencias.

—Ni así. Pero escuche, don Ventura va mucho más allá. ¿Le dice algo la leyenda de Ocno Bianor?

—No. Nada me sugiere este nombre.

—Es un personaje que no se le cae de la boca a don Ventura desde que lo pilló al vuelo en esos papeles de marras. Lo tiene por príncipe, héroe troyano y rey de Albania. Habla de un larguísimo viaje, de andanzas, conjuros y dioses, hasta llegar al día en el que todo brota, como milagro singular, mediado el páramo de Castilla. En

dicho relato, Apolo se presenta ante Ocno y le solicita una ciudad que honre a Metragirta y a sus sacerdotes, también llamados así porque su función primordial es recabar limosna. Esa tal Metragirta es Cibeles, la Magna Mater que desde meses nos ocupa en el Salón de Recoletos. A usted, para darle asiento; a mí, para ponerle rostro. ¿Se da cuenta de los cabos que se atan?

—Lo intento. Lo que empieza en Madrid, en Madrid termina.

—Digamos mejor que continúa. No hay necesidad de añadir a la ensalada el Apocalipsis.

—Pero sí otros mitos no menos graves.

—A gusto de cada uno, pues de todo hay en esa inmensa retorta donde nos mete el Rey trayendo a Cibeles. Tantos mitos como cultos se multiplican a lo largo del Mediterráneo en honor a la madre de los dioses, que no son pocos como bien conoce.

A continuación Córivas reclama de Lorenzo una mayor atención para razonar en amor y compañía.

—Si Ocno es héroe de Troya y por sugerencia de Apolo llega a Madrid, o como se llame, años después, ¿qué debemos deducir? Lo primero, que la ciudad es más antigua de lo que se piensa. Es evidente. Y lo segundo, que si este hombre tan viajado debe honrar a una diosa que tiene por nombres Metragirta, Ma, Matriz y Amatriz, ¿cómo podría evitar que la fundación acabe llamándose Madrid? ¿Qué nombre mejor para la Ursaria, cercada de fuego y armada sobre agua?

—¿Todo esto llega hasta el Rey? —reacciona Lorenzo, como si despertase de una ensoñación—. La antigüedad a la que aludes me trae a la memoria Montesclaros y sus cáscaras de huevo colgando de la plaza que yo doy por adornos imposibles de la diosa; pero ahora, con Troya, Bianor y Apolo danzando alrededor, todo me parece cercano, a la vuelta de la esquina. ¿Lo sabe el Rey? Repito.

—En el caso de que lo desconozca, nuestro dueño y señor apunta muy fino a ciegas, pues impone en el centro de la villa una estatua dedicada a la misma diosa que es su fundadora ¡más de veinte siglos antes! Y a su lado, ¡otra de Apolo! ¡El gachó de la idea! La vista del Rey para las estatuas es tan buena como para la caza, cuando un millar de ojeadores con bramaderas le plantan el animal delante de las narices y a él solo le resta disparar. Y lobos, a ser posible, de los que abate a más de diez mil.

—¿Y a cuántos académicos?

—De éstos, ni a uno. ¿Acaso olvidas que es un ilustrado?

* * *

Madrid / Palacio Real

El Rey entra y sale del saloncito Gasparini sin mediar palabra. Desenvuelve el ritual

de costumbre a estas horas cuando ocupa el nuevo palacio. En la estancia permanecen el secretario de Estado, conde de Floridablanca, Emilio Cenarrusa, Hermosilla y Wall dispuestos a reservarse sus ideas más brillantes, sus comentarios más jocosos y los chismes de Madrid más oportunos hasta que el monarca decida regresar, que será en no más de ocho minutos, ni menos de siete, con exacta puntualidad, salvo motín del populacho.

Carlos el Tercero, también llamado Terzo en homenaje a su larga estancia en Nápoles, ocupa desde el 30 de noviembre el Palacio Real para seguir el calendario de todos los años. En él permanece hasta el 5 de enero. En el tiempo de despacho, el que no consume cazando, entra y sale de varios gabinetes donde charla con los ministros, los infantes, los embajadores, los amigos y las audiencias como un galeno que recorre a diario los lechos de sus enfermos. En ello no se ocupa ni un minuto más, ni uno menos que el resto de los días. De su perspicacia depende no perder más tiempo en estas engorrosas obligaciones, ni dejar por ello de estar al corriente de todo cuanto atañe a sus extensos territorios, que siempre hay una guerra en marcha, o nuevas que conocer de las Américas. Para tales menesteres se ayuda de un reloj de sortija, firmado por el irlandés Miguel Smith, con caja de oro de 20 quilates que reproduce una escena de Hércules y las Hespérides, esfera de esmalte y una bocallave mordida, que llama la atención de cuantos la ven, aunque el Rey, la verdad sea dicha, está deseando desprenderse del aparato porque de esa forma tan poco modernista entiende que llega la hora de la caza.

Entonces muda de uniforme. Su Majestad utiliza a diario dos vestimentas, una para la recepción matinal y otra, para la caza. Siempre impolutas, pero siempre iguales. En contacto con la piel, telas de Holanda; para el exterior, paños de Segovia y para ennoblecer la imagen y hacerla regia, encajes de Bruselas bien repartidos y diamantes de Amsterdam en las botonaduras. Con destino a la caza, chupa y calzones de ante, con casaca color corteza de árbol y canana de lona. Punto final.

Ricardo Wall está enfermo, o por expresarlo con exactitud a sus achaques, más enfermo que cuando le solicita al monarca el gobierno y fonda en el Real Sitio del Soto de Roma, al lado de Granada, para esperar allí la muerte en comodidad y plácido clima. Reunidas sus últimas fuerzas, hoy se acerca a Madrid para ver al Rey, siguiendo el consejo de su confesor Kayser, no vaya a ser, maldita la hora, que le retiren el favor real en el último momento. O que se muera el Borbón antes que él y a Carlos IV se le escapen las promesas de su padre Manzanares abajo, ese arroyo aprendiz de río del que se burla Quevedo. En realidad, Kayser ignora que es el Rey quien le pide a Wall, luego de retirarse como ministro de Estado y Guerra, que no deje ni un año de acudir unos días a Madrid, o al Sitio Real de Aranjuez, para verse las caras y recordar tiempos en los que ambos eran más jóvenes. Vamos, como todos.

Floridablanca y Hermosilla se entretienen en revoluciones estéticas, las únicas que no molestan al rey Carlos sino que lo espolean y entusiasman fuera de las preocupaciones cinegéticas. Emilio Cenarrusa, la *Oreja del Rey*, es su exsecretario,

amigo, confidente y jefe *in pectore* de cuanto edecán le sirve, desde Almérico Pini, que lo despierta cada mañana en Nápoles y Madrid, a José de Guzmán y Guevara, marqués de Montealegre, que es su mayordomo mayor, pasando por el sumiller de Corps, José Fernández-Miranda Ponce de León, duque de Losada. Todos bajan la cerviz ante Cenarrusa, aunque según las ordenanzas en vigor la organización palaciega la encabece el de Montealegre. En confidencias regias Cenarrusa es comparable a las que podría contar el padre Eleta, su confesor, o Bernardo Tanucci, el receptor de cientos de cartas puntuales que Carlo Terzo escribe durante todo su reinado, como si de un confesor laico se tratase.

Cenarrusa vive en palacio desde que enviuda, poco después de hacerlo el Rey; por eso se vaticinan uno al otro que marcharán al tiempo. Don Emilio procura estar en su cercanía, mientras Su Majestad no sale de caza, porque eso sí, al monte que vaya solo, o con su hermano Luis, en épocas de amor fraternal, o con su hijo, el príncipe de Asturias, o con los cetreros de palacio, los Espinosa de los Monteros, o con quien le plazca, que él de caza solo entiende cuando le sirven en bandeja confit de pato, liebres mechadas o perdices del oficio, o sea, a la cazadora. Quizá sean Cenarrusa, Pini y Carlos Gutiérrez de los Ríos, conde de Fernán-Núñez, las tres únicas personas que han visto desnudo el torso del Rey desde su viudedad, siendo cabal pensar que hasta ese momento también le echa el ojo a tan pavelo espectáculo su esposa doña María Amalia, puesto que la reina sajona pare hasta que fallece. Solo los tres conocen hoy el misterio de la epidermis regia, que siendo tan blanca como sepultura de mármol, sin embargo se prolonga en cabeza y manos con tonos más cobrizos que los de un indígena amerindio. Todo se debe, como es fácil deducir, a que la piel de Su Majestad permanece expuesta al sol tanto tiempo o más que la de los lagartos después de la invernía. El contraste es tan grande en Su Majestad que el conde de Fernán-Núñez lo describe como parangón de un monstruo basilisco, cuerpo de marfil y atornillados a éste, una cabeza y dos antebrazos de cobre.

Cenarrusa, al que todos envidian en secreto por su desenvoltura en palacio, picotea en Wall, sabiendo de antemano que pincha en hueso.

—Resulta reconfortante pensar que las nuevas generaciones verán esta época como la confirmación del nuevo clasicismo, como la instauración definitiva de Vitrubio y el fin de los devaneos que a nada conducen, en línea con lo que escribe Hermostilla en el *Diario*. ¿No opina así, amigo Wall?

—Ni ése es mi criterio, ni nada anuncia que vaya a ser así —refunfuña el aludido, sin más fundamentos para salir del paso que su carácter cada vez más avinagrado.

Floridablanca se enoja, o lo simula.

—¿Acaso no estamos en el camino correcto? ¿Acaso cree que Hermostilla no lega a sus discípulos de San Lorenzo la esencia arquitectónica de lo perdurable?

—Por lo que sé y por lo que veo, no.

Ahora es Hermostilla quien contraataca.

—¿Ah, no? ¿Y cuál ha de ser entonces el programa de estudios? ¿Debemos dejar

que los nuevos arquitectos campen a sus anchas, que distribuyan a su entender las metopas y los entablamientos, y que decidan el principio y fin de las obras?

Wall tose y se limpia descuidado con la puntilla de la camisa como haría cualquier gañán.

—Cuanto más empeño ponga en sus órdenes vitrubianas, más gachupines bajarán de los árboles para infringirlas. El hombre siempre hace lo mismo. No sé por qué milagro va a ser distinto en asuntos arquitectónicos.

—¡Imposible! Atienda, Wall. ¡Nadie se atreverá mañana a mover una coma del Salón del Prado que se prepara! ¡Sería como recolocar las columnas del Palacio de Salomón! ¡Este hipogeo, hala, que pase a ser ahora el cuarto de la costura!

—Ya en las cortes extranjeras se asegura que en presencia de nuestro monarca todo adquiere un aspecto lisonjero.

—¡Ja! —exclama Wall para iniciar la réplica a Floridablanca, pero el Rey regresa al camarín del despacho con gran sonrisa en los labios.

—¿A que no saben ustedes qué pieza extraordinaria, qué *incredibile mostro*, acaba de hacerme llegar el regidor de Barquillo, el amigo Salaberri?

Floridablanca bromea.

—¿Un monstruo? ¡Un inglés en auxilio de un castellano!

—No, Moñino no. Un monstruo de catálogo, de ésos que llenan ferias y arrabales. Y me lo trae a palacio para que yo sea el primero en verlo. Es decir, el tercero. El chalán, el alcalde y yo.

Cenarrusa se atreve con la chilindrina.

—El Tercero, como a Carlos corresponde.

—Sí —ríe el Rey—, el Tercero, como yo.

Hermosilla apunta otra posibilidad para no desairar al monarca.

—Comprendo. ¡Se trata de un deforme, o algo así!

—Caliente, Hermosilla, caliente. ¡Una vaca de dos cabezas! ¡Grandotas! ¡Janicéfala como Jano bifronte! ¡Un bicéfalo como el águila de los Austrias!

—¿Habrán nacido toro con cuatro testículos para ternera tan coronada?

—¡Qué barrabasadas se te ocurren, Cenarrusa!

—¡Un ciclán, que es cíclope de una sola turma; pero al revés, con cuatro! ¿No sería también gran prodigio?

Cuando el mayor de los reunidos, Wall, comprueba que su bicoca no corre peligro y que la corte disparata con la novedad, se levanta y anuncia su marcha. Antes de dar el primer paso, se dirige al Rey.

—El nacimiento de monstruos nunca anuncia nada bueno desde los tiempos de la antigüedad, sean cíclopes, bicéfalos o ciclones. Son el resultado de unos astros mal alineados que alteran los vientres de las madres. Oigo al llegar a Madrid de un horrible infanticidio. Pregunte Su Majestad cuándo nace la vaca y comprobará sin error que ambos acontecimientos, la muerte del rapaz y el parto del engendro, suceden el mismo día.

Después, en medio de un silencio compartido por todos, Wall avanza hasta la puerta apoyado en su cachava. Mira al grupo y se despide.

—Majestad, caballeros; si no volvemos a ver, les estaré esperando arriba.

Cuando desaparece, es el Rey quien opina.

—¡Qué cenizo está Wall! ¡Ha llegado a impresionarme! Con todo y ello, Floridablanca; haz que le pregunten a Salaberry cuándo nace el bicéfalo. ¡A ver si Wall nos sale sibila!

* * *

Madrid / Calle del Desengaño

El comportamiento de la marquesa de Curazzo aquella tarde es el habitual de las últimas semanas, siempre que establece una cita con el señor de Puebla. Violeta abandona su calesín en la calle Desengaño y se interna en la mercería de *El Verde Ojal*, donde doña Rosita le saluda seca, pero cariñosa.

—Muy buenas tardes, señora. ¿Necesita más hilo francés, de aquél que llevó en su última visita?

La marquesa apenas da conforme a la pregunta con un imperceptible monosílabo. Doña Rosita no espera más lisonjas y parloteo. Se sabe odiada por cuantas señoras van allí; pero qué quieres, o te ves con ella y le dices dos saludos, o no hay jodienda.

Con un leve giro de cabeza hacia las cortinas que se abren al fondo de la tienda, le franquea el paso a la fornicadora, a la que también ella odia, sea quien sea y aunque le dé el pan y el sustento.

—Ya sabe dónde se encuentra. Sírvase usted misma.

Violeta de Curazzo no evita que un leve rubor aflore en sus mofletes, realzados más que nunca de lucentor, y luego toma el camino señalado. Trata de ocultar su azoro con un saludo distante que por fuerza suena a falso, pese a su precoz encuentro con la carne y a que ya son cuatro las visitas realizadas a *El Verde Ojal*. Es igual, ellas odian a doña Rosita, y doña Rosita las odia a ellas. Otro cantar son los caballeros. Tan galantes, pichatiesa y generosos, que pagan de antemano lo que deben y muy pocos marchan sin propina de contentos que les queda la pretina. Hoy se corona el cuello del tafetán con un blanco bordillo de caspa y en su rostro se dibuja la amargura del resentimiento, pero la doña recuerda muy bien cuándo venían a verla gente de Talavera. Le cuentan cosas del pueblo y le dejan algunos condumios. Si la noche se echa encima y es obligado el recogerse, Rosita les da pensión de media con limpio, que en este caso es ella misma. Dos vueltas, cuatro roces, mingas fuera, tres reales y a Talavera.

Las veinticinco primaveras de Violeta, tres de ellas como richembra casada y

marquesa, no son bálsamo suficiente de vergüenzas inconfesables que la hacen moza de zorrilla bajo el pomposo título ganado en tierras italianas por su provento marido y al que le da derecho ese matrimonio amañado por su amado padre, el muy previsor casamentero conde de Humanes.

—Esta niña que nos salió tan guapa como cocota, se la va a llevar Curazzo, que ya sabrá ella darse calor si se espeluzna de frío.

Saturno es bueno y ella lo quiere. Él trempa cuatro o cinco veces con acierto y le enseña cuanto sabe del Olimpo con historias divertidas y geniales, pero qué quieres. Violetita viene de trajines muy sobrados, de hacerlo a manos llenas, de entregarse por entero con parientes, criados y maceros. No es mujer de jubilarse y cerrar la cueva a cal y canto, mucho menos ahora mismo, cuando se cruza con Lorenzo y le consta que es un buen alabardero.

Detrás de las cortinas se amontonan cajas y baúles que dejan en medio un estrecho y oscuro paso a las personas. Al fondo se distinguen los resplandores de la tarde por entre las rendijas de un portalón. Gracias a ellos, Violeta atisba a lo lejos los primeros peldaños de una escalera tarabelada. Los escalones del placer tal como los recuerda en la soledad de su *boudoir* al iniciar cada nueva fantasía que le lleva a excitarse con lo primero que tenga a mano.

En medio del almacén, a modo de trampa, un embalaje sobresale en el estrecho camino. La mujer debe pasarlo dando cara al armatoste, pero lo roza con sus pechos para seguir adelante. Se sacude el polvo de la espetera con suaves manotazos que le avivan el deseo de ser besada y mordida en ellos. El calor desciende súbito y se complace en él. Se inclina y lleva la mano al vuelo de la falda. Si la levanta accederá a su brecha y podría acariciarse.

En el último deseo, Violeta se yergue y desiste. Cuatro pasos más y estará en la habitación de las mil vergas. Démosle espera al placer, pues así será más intenso, piensa en un arrebató de contención, que viniendo de ella solo es un *tour de force* más en su desatada y clandestina libido. Ya en la grada el caminar acelera su pulso, pues el roce de su propia carne en aquel pronunciado caracol tambaleante le proporciona una excitación irresistible. Abre la puerta. Dentro del pasillo triangular del que parten pequeñas habitaciones a derecha e izquierda nada se oye. Allí cosen, cuando la ocasión lo requiere, más de quince costureras. Allí se crean muchos de los vestidos que se verán en palacio, los de las majas que se abren paso entre la moda de Francia, los de las grandes bodas y los bailes más encumbrados que ahora comienzan a celebrarse sin precauciones en casas de los notables con la vista gorda de Manuel Ventura Figueroa. La prohibición cede a los nuevos tiempos. ¿Prohibidos los fandangos? Ni que allí se citen los demonios para engarzar gambetas de minué, o de la contradanza.

Ella misma ve una tarde el traje que le encarga al taller de Madame Cropain para la recepción de abril con el cuerpo diplomático. Eso cree antes de averiguar que las sastras, modistos y alfayates de Madrid encomiendan sus pedidos a la trastienda de *El*

Verde Ojal. Poco le importa a doña Rosa que la jovencita marquesa de Curazzo descubra su secreto negocio de falsificaciones, pues doña Violeta se cuidará muy mucho de secretarlo a sus amigas, a las autoridades que frecuenta en cotillones, y mucho menos a su marido, so pena de perder para siempre aquellos encuentros con el de Puebla, amén de su título y su matrimonio. Pobrecilla, con lo que le arde esa conchita tan reventona que Dios le dio, piensa en un repentino calentón la mercera, que también procura darse alegrías cuando se tercia, fuera y dentro de sus cuartuchos.

La de Curazzo se dirige hacia la izquierda y al llegar a la cuarta puerta, posa su mano sobre un pestillo que acciona levemente. Es la señal convenida para que Lorenzo Chacón sepa de su presencia. Instantes después lo levanta y traspasa el umbral. La estancia permanece en penumbra. Solo al lado de una claraboya abierta al fondo la luz permite distinguir algo más que negros bultos.

Violeta da dos pasos hacia el interior y siente que la puerta se cierra tras ella. Cada encuentro es distinto. La mujer agradece que así sea para mantener el temblor en la garganta y en sus nalgas.

Lorenzo, o quien allí se oculte, desliza un grueso pasador que se escucha herrumbroso. Permanece de pie, paralizada por la incertidumbre y arrebatada por el deseo que se expande hasta su boca, seca como camino de cabras.

Dos zarpas la toman de los hombros y ella aúna un respingo a un suspiro. La empujan. La dirigen a un lado del cuartucho, donde las otras tardes se encuentra el camastro, con el que ahora tropiezan sus canillas. La voltean y frente a frente corrobora entre tinieblas las facciones de Lorenzo, el señor de Puebla, que la hace gemir de solo imaginarlo cerca. Está serio, inexpresivo, con los calzones bien puestos y las ternillas en su sitio. Apenas se cruzan un segundo sus borrosas miradas, le recoge la falda de tal forma que sus glúteos desprotegidos reposen sobre la colcha mechada, que en un lejano día calcetaron en cadeneta. La acuesta con dulzura hasta que todo su cuerpo reposa sobre el cobertor y las rodillas se doblan siguiendo el borde de la cama. Su peinado a lo Antonius cae con ella y pierde la compostura. Él se acurruca ante sus piernas para tomarle la chinela izquierda entre las palmas. La extrae y la deposita en el suelo sin más ruido que los leves roces de su ropa. Ahora procede de igual forma con la otra. Cuando descalza a la mujer, Lorenzo observa con calma sus medias de seda y sus calados imposibles a lo largo del empeine, motivo por el cual el avisgado fabricante da en vender el modelo con el llamativo y misterioso título de *Araña que medita el propio crimen* y que Violeta no duda en adquirir frente a aquel otro par de lila y rosa que el rijoso propietario de Casa Pontones le ofrece casi de momio con el soberbio nombre de *Arena de Nubia*. Cuando la joven las prueba por primera vez sobre sus piernas descubre por qué le han dado el nombre de *Araña*... Así consiguen venderlas mejor, pues quien las lleve se ve con fuerzas para enredar en ellas al más pimpante de los varones.

—¡Ah! —suspira al ser apresada en las pantorrillas con la palma amplia y abierta de su amante.

Siente los ojos del hombre clavados en sus pies y al subirle de nuevo los calores, comprende por qué los orientales reservan a los esposos el privilegio de contemplar aquel paisaje y por qué en Madrid aún se construyen calesas, carrozas y cabriolés con breves teloncillos que se despliegan cuando las damas bajan de ellos, impidiendo que ningún extraño tenga la más mínima posibilidad de atisbar el tobillo antes de que la saya caiga a los límites del suelo y cubra de la mujer el mínimo anuncio de su zapato.

¿A qué entonces la *Araña...*, a qué la *Arena de Nubia*? ¿A qué tal gasto si todo conduce a ocultarlos? Violeta, que ya no vive los tiempos censores de sus abuelas, sino los de la inmensa ilustración, sabe bien cómo sacar buen provecho de lo invertido, pues solo esa parte de su cuerpo está en disposición de ser mostrada en ambientes como el salón de Leganitos. Al pie, al calado y a la *Araña* les cabe el honor de la conquista, el guiño descocado del sayón que se eleva lo suficiente para anunciar al caballero que aquellas carnes que se intuyen reclaman atenciones y caricias, que la puerta del deseo está abierta y que no ha razón para que demore por más tiempo el asalto de un castillo, aunque con dueño, desplegado sobre el foso levadizo.

Toma los pies por asideros y los eleva más allá de los hombros. Sus mejillas se hunden en los muslos y ella aprieta. Libera los tobillos y le ciñe la cintura. Ella afloja. Se agarra a su cuerpo y las carnes se hacen una. Le da la vuelta y aparta con cuidado la última ropa, para que sus labios lleguen al receptorio. Lo abre con la lengua y lo hace suyo. Ella, que no está quieta, franquea su avance de cualquier pega y se enfrenta a una verga poderosa.

Se golpea la cara con descuido, tropieza, se la encuentra o la esquiva. No quiere tan pronto saberla dentro y juega a besarla con torpeza. Lo suyo recibe mucha saliva y no podrá contenerse por más tiempo. La toma, la acaricia y por fin la traga tan adentro que se cree penetrada por abajo. Y no se equivoca.

* * *

Madrid / Plaza de los Afligidos

—Fue la primera tarde en *El Verde Ojal*, tal como me indica el billete. Habría preferido que nunca sucediese, pero al mismo tiempo disponer hoy de su recuerdo. Me gustaría tener un sueño tan real que al evocarlo, lo diese por cierto, pero que el señor de Puebla, tú me entiendes, Mariana, solo fuese un fantasma. Estamos juntos varias horas sin hablarnos. No me preguntes cómo, pero llego al lugar con la única disculpa que tengo a mano, la compra de un hilo francés que todo Madrid pondera.

—¿El *fil français* de la Ming Trading?

—Eso digo a Saturno.

—¡Qué torpe, Violeta! ¡Con el *fil français* nada se cose ni borda! ¡Lo traen del Pakistán para ensartar las perlas de los collares! Es el más fino y resistente de los hilados.

—¿Cómo podría saberlo? Y si yo lo desconozco, menos sospecha el pobre marqués.

—¡*Le cocu!* ¡Oh, sigue, por favor, Violeta, que me haces perder el sentido con tus locuras!

Mariana Leonisa, la baronesa de Esteiro Labandal, penetra por vez primera en los secretos carnales de su amiga y al hacerlo con el descarro que Violeta le brinda, oscila entre el rubor y la envidia. ¡Qué grandísima puta la mosquita muerta!

—Imagínate. Entro temblando, pues llego convencida de que la tal Rosita está al cabo de la calle. ¿Quién sabe con qué género se cita allí el señor de Puebla? Busconas y descocadas.

Como tú, como yo, malpiensa Mariana mientras se sirve otra copita de un anisado que ella misma prepara todos los años con pimpinella de Santander a la que añade, como de broma, un lución bien gordo, que a falta de lagartos, lo hace muy oriental, eso dice, con su carita de alba y rojete.

—¡Pero chiquilla...! ¡Tú no sabes con lo que juegas! ¡Cuenta, cuenta...!

—Te avergonzarás de mí si digo lo que hice.

—¡No lo creo! ¡Soy mujer casada! Y a veces, ¡ni casada hace falta estar...!

—Sí, eso es verdad. En lo que a mí se refiere, más que casada, soy mujer baqueteada. Mi juventud no sirve para dictado de escuela.

—¡Violeta! ¡Ni la mía! ¡Pero me estás poniendo nerviosa! Nerviosilla, ya sabes. Hacia abajo, por ahí dentro.

—Eso fue lo más extraño de lo que allí acontece la primera vez, que una vez: dentro, perdí los nervios que llevaba. Pero tomemos el relato por donde se debe.

—¡Magnífico! ¡Y que no le falte ni una coma, como si fueses Doña Claridades el día que gana su nombre!

—La tal Rosita me recibe sonriente. ¡Lo sabía! ¡Cómo podría ignorarlo si de su desván hace burdel a diario! Quien lo ignora en este momento soy yo. Pero la muy pécora me fuerza a que le hable por entero. ¡*Quelle cradingue!*

—¿Cómo fue?

—Después del dichoso *fil français*, me pregunta haciéndose de nuevas ¿pero qué desea la señora? Y yo, como una boba, se lo digo con todas las letras: Me cita un caballero. Y la bruja: ¿Viene a probarse algún vestido? ¿A tomarse medidas? ¿Es de novia? ¿Para alguna boda cercana? No, no; me cita por su cuenta. No son asuntos de costura. ¡Tú fíjate qué rubores! ¡Ah! Entiendo, espabila ella, la más imbécil de España. Van a pasar a los reservados. ¿Es la primera vez? ¿Y a ella qué le importa? ¿Para largarlo a las modistillas por todo Madrid? ¡No lo supongo, o en muy poco aprecia su negocio! ¿Para qué lo hace? Para verme sufrir y mortificarme; para comprobar lo mucho que cuesta hablar de ello. Pero se lleva un buen chasco, porque

yo, en cuanto caigo del guindo y veo con claridad que todo es por su placer, que a nadie indiscreto se irá de la lengua, me armo de valor y se lo suelto: Vengo a acostarme con el señor de Puebla. ¿No es éste acaso un lugar de citas, un tapadillo o ingenio que se le parezca?

—¡Ja, ja, ja! —ríe Mariana a mandíbula batiente.

—Y ella me corta diciendo: Sin nombres, preciosa, sin nombres. Para eso se pide *fil français* o un encaje, y si yo le digo que no queda, va usted y me contesta: «Pues hablaremos con Leopolde, o cualquier otra fruslería».

—¡Qué estupidez! —opina Mariana sin cesar en sus carcajadas.

—Pues eso es el *fil français*. Mira tú. A continuación me indica, así, un poquito con la mano, la dirección del trastero, que lo atraviese y al final de una escalera, que tome la única puerta que encuentre entreabierta.

La baronesa de Esteiro Labandal, que aventaja a Violetita en varias primaveras, se arrebujaba contra ella y abre orejas.

—¡Qué emocionante! ¡Daría mi título por atreverme! —dice melosa, con voz de no haber traicionado ni una vez el vínculo que la une a don Cancio Sacido Labandal.

—Me introduzco por donde la Caronte indica y a mis espaldas cae la cortina de abalorios que separa los dos ambientes. Cruzo por donde los petates y subo al piso, donde existe la puerta referida. La abro y luego, muy lentamente, advierto que unas manos me suben las faldas y que alguien me atrapa las posaderas con la palma abierta y los cinco dedos como garras.

—¡Es él!

—Eso pienso en la penumbra del cuarto, pero pronto lo distingo frente a frente. Se acerca rodeando mi contorno, como un torero en la plaza, me acaricia los labios y más adelante noto deslizarse su lengua... únicamente.

—¿Entonces, detrás...?

—No lo sé, otra persona recorre mis bajuras y de ropa las despojan. Yo ya estoy enzarzada por delante cuando noto una boca que me moja. Se vuelve entre mis piernas y muy suave me indica que las abra.

—¡Santo Cielo!

—Paraíso fue, pero terreno. Las dos lenguas me ocupan por completo y ya no estoy allí sino en Babia. Suspiro, gimo y se me van los calores de un temblor. Apenas un santiamén. O ése es mi cálculo de ahora. Si me dicen que duró toda la tarde, tampoco lo negaré, porque mi cabeza no sirve entonces para mediciones y el resto del cuerpo está sin estar. Te aseguro, Mariana, que nada emprendo, que todo está resuelto, que mis pies no tocan más el suelo y aquello solo fue volar.

* * *

Madrid / La Guindalera

La Reme, Reme de Remigia, no de Remedios como ella pregona por irle más al oficio, oye de su madre una solución contra esas fiebres o calores que estos días le acogotan la panza y revuelven la olla por retirársele el menstruo. Gran parte de sus pócimas le vienen de grimorios y de un enchiridion de magos portugueses, pero ésta que se va a meter en sus bajuras es de casa y le tiene mucho credo.

La muerte de Dosindito, las idas y venidas, los lloros y las preguntas de las manolas se ponen de acuerdo para que en ella se anuncie el fin de las hemorragias con dolorosos y molestos heraldos. Como no abundan las monedas en la escarcela para gastos en pollerías, le encarga a Lolita que busque un nido en la Guindalera y se haga con dos huevos, que es época de puesta y los pájaros están a ello.

La niña se va con el Toño, el único amigo de Dosindito por decir algo, que ya le mete mano a todas horas. Lolita tampoco se recata y le toca la verga hasta que la ve crecer y desparramarse, que los niños no entienden de lutos y sus calzones, que antes eran grises, destiñen de tanto irse sobre ellos. Los dos chiquillos, y más ahora sin Dosindito, son la maza y la mona.

—¿Tú qué sabes de mi hermano, chacotero? ¿Es cierto que andaba con hombres que lo usaban de mujer, como chuflan por la plaza?

—Sí, algo de eso oigo.

—¿Para darse besos y achuchones?

—Para darse, Lolita, para darse.

—¡No lo creo! ¡Dosindito era muy bueno! ¡Mejor que tú y que yo, y que ése y que aquél!

—¡Y lo era! Pero de esta tierra se marcha varias veces perforado, ¡por mis colgajos! ¿Me haces una paja?

—Si me coges los huevos, te la toco.

—Ni lo dudes. ¡Mira un nido!

Y Toño baja del árbol con dos huevines de pardal bien pequeñajos que Lolita guarda con cuidado en un pañuelo.

—La paja.

—Ya va, que no das tiempo.

—La paja, Lolita, la paja.

—¿Eres lerdo? ¿No te estoy hablando?

Se acurrucan a la sombra de la chopera y ella busca con premura entre sus piernas. Allí se encuentra lo primero con su escroto y lo palpa a conciencia y por entero.

—¡Los huevines del pardal! ¿Te gusta que te haga esto?

—¡Pues claro!

—¿Más que lo otro?

—Todo en orden. ¿Qué disgusto ha de haber si todo viene a su tiempo?

—¡Cómo te crece!

—¿Te gusta a ti?

—Es divertido. Se me pone un chirimbolo en la barriga.

—Si quieres, te meto los dedos en lo tuyo.

—Ya veremos otro día. Ahora calla, que te voy a dar tu premio.

Sin saber por qué ni por qué no, Lolita lleva su boca hasta la punta del capullo que aflora por encima de la braga y lo chupa con pequeños lametones.

El Toño no se espera la delicia y en un tris brinca contra ella haciendo que lo engulla de improviso. El susto no impide que resista y el mozo se descarga sin reparo.

—¿Te lo tragas?

—Sí.

—Pues hoy ni preño, ni destiño.

Con los huevos en su poder, la Reme permite a su hija desastrada que juegue otro poco en la plaza y toma presurosa una escudilla. Allí los deja para desparrancarse encima y liberar sus orines sobre ellos. En el caldo permanecerán hasta mañana, cuando muy temprano los lleve a enterrar al descampado. Las hormigas y otros bichos harán el resto triturando aquellos huevos empapados para llevar el mal consigo y dejar a la Reme libre de maulas. Ni su madre, ni ninguna mujer de la parroquia, fueron atacadas de calores cuando las hormigas cumplen su misión en el hechizo, que se completa tomando a sorbos dos cantaritos de barro de agua fría, a ser posible, de los Caños del Peral o Fontanillas.

Es la primera vez que lo arma y compone para su consumo. Lo piensa y se extraña. Después, se extraña que lo piense. Claro, ¿acaso no es la vez primera que se me va el menstruó? Por éste o por cualquier otro potingue de marmita siempre cobra sus buenos cuartos. No están los tiempos para tirar las perras, porque Cayo curra cada día menos y gasta cada día más.

* * *

Madrid / Calle Infantas

El marqués de Curazzo resopla enfurecido. Violeta jamás vio así a su marido y de no ser porque conoce las causas, se habría refugiado en la casita del jardín, temerosa de que hubiese descubierto sus furtivos encuentros en *El Verde Ojal*. Pero no, no hay motivo para ello. Don Saturno María bufa en diagonal del dormitorio con imprecaciones alternativas en italiano y latín por una ofensa que ella apenas alcanza a comprender.

La hija de Terry Coronel, casada con el duque de Sonsierra, da a luz una preciosa niña, la primera, razón por la cual el marqués se desprende generoso de uno de sus

tres *dischi da parto* del siglo XVI que vienen con ellos de Nápoles, piezas únicas o tan escasas que cualquier familia pagaría grandes sumas por un amuleto así.

Estos platos decorados a mano por las matronas de la blasonada familia Curazzo responden a la tradición de Rimini, de los romanos y acaso de los propios etruscos, allá en los albores. Las madres que los reciben tras el parto se ven propiciadas para lograr una mayor descendencia. A tal fin se decora el plato con el motivo de los *puer mingens*, la figura de uno o dos niños orinando, símbolo de la fertilidad deseada; pero al de Sonsierra le da por gritar al recibirlo. Carga contra Curazzo cual basilisco y jura venganza en arameo por la ofensa que se le infiere, el muy borrico. ¡Eso solo tiene una palabra! ¡Escarnio o vilipendio es reto a duelo! Y el de Curazzo no quiere ni mentarlo. ¡*Nel tempio malatestiano di Rimini habiamo puer mingens* cuantos quieras! ¡*Culo grosso*, bazofia, desgraciado!

Violeta se estrecha a su marido.

—Cálmate, mi amor, no des aprecio. Si ellos se comportan de ese modo, se descubre su bajeza, su ignorancia y su miseria.

—¡Si la abuela Consolatta llega a enterarse!

Y con mimos y candongas, Violeta lo lleva al lecho y le roza el rostro con sus pechos. Luego lo sume con destreza entre las carnes apretándole la cara contra sus muslos para que aspire el olor del deseo. Aún vestido de casaca y tocado de una peluca que se cae y descompone, el marqués da muestras de entrar en el combate. Le busca la espalda y allí donde los dedos se hunden, la recorre y zarandea, pero una vez más desiste y malhumorado se aleja de Violeta, que inicia con sus manos el ritual acostumbrado.

* * *

Madrid

Han pasado veintidós días desde el hallazgo de Dosindito Martín en la carbonería de Gutierre. Salvo en los alrededores del Alamillo y en las oficinas de la calle de San Blas, solo se habla de la tortura en voz baja. Se cierran las espitas, nadie sabe lo que pasa. Es gente muy principal la que está implicada, las casas más encumbradas. Incluso la más encumbrada de todas. ¿Dosindito? ¡Anda ya! No fueron testas coronadas. A ése lo pilla un charrán bujarrón, de los que pasan a cientos por Madrid. Vienen de provincias, están tres días, atracan, pillan, se vacían con quien sea, y si hay que matar, se mata.

Y si no ya sabes, un sacramantecas. No hay novedad. En Madrid se mata mucho más de lo que suena. A Mayorga ya le han dicho que hace meses, cuando los propietarios espabilan a las ninfas y a las busconas de la calle Ave María para

levantar casas decentes, miran el pozo del patio que dejan tras de sí las mancebitas y ¿qué encuentran? Cadáveres de niños como para abrir un nuevo cementerio. Fetos amontonados en aguachirle. Bolsas, placentas y secundinas. Como para echarse un trago, vamos.

—Niños y no tan niños, Mayorga. Que una calavera era de abuelo.

—Uno que se muere jodiendo. A buen seguro.

—Échale un galgo, Mayorga; que de esto el intendente ni se cosca, ni le dan parte.

* * *

Madrid / Palacio Real

La jornada resulta agotadora para el monarca. Por la mañana, recepciones y en San Francisco, gorigoris y funerales por Ricardo Wall, que se muere el pobre sin abandonar el Real Sitio del Soto de Roma y haciendo buenos los presentimientos de su última visita. En la oración fúnebre se recuerda una frase de Wall siendo ministro de la Guerra a propósito de las disputas regalistas de años antes: «La Iglesia —había dicho Wall— está en el Estado, es Estado, y el Estado debe protegerla». El Rey comulga. Regalismo y misa diaria son a la vez muy compatibles, e incluso aconsejables.

Aun así gran incordio; no por Wall, que el pobre ya descansa sin límite a sus comodidades, sino por lo mucho que al monarca le disgusta cualquier alteración de sus horarios. Por la tarde, sin excusa, caza.

Cenarrusa le asiste para cambiarse antes de la última comida del día.

—No tuvimos ocasión de comentarlo, pero reconocerás que la muerte de Wall es de lo más misteriosa.

—Cierto, Majestad —le contesta su antiguo secretario tras sacarle la primera de las botas monteras, cuando el monarca ya se encuentra en cuerpo de camisa—. Al despedirse de nosotros la última mañana, sabe que se está muriendo.

—Y eso no es lo más chocante, Cenarrusa; sino el hecho de que la vaca de dos cabezas, la que me viene a mostrar el alcalde, ¡nace en Barquillo el día de la muerte del niño! ¡Él lo sabe!

—Es la clarividencia que proporciona la cercanía del finibusterre. O magia semejante.

—¡Ah! No repitas tú también las espiritadas de la plebe, Cenarrusa; que me asustas más de lo que estoy...

Carlos regresa a asuntos terrenales.

—¿Qué hace Wall en el motín? ¿Te acuerdas?

—Conspira.

El Rey calla un soplo para masticar la respuesta de don Emilio.

—Conspira... ¿Y Curazzo? ¿Está Curazzo implicado en el motín?

Al caer la noche, al Rey le acosan los recuerdos de su reinado como hojas desprendidas de una mala memoria que sobrevuelan las estancias de palacio antes de caer en el olvido. En eso sigue los pasos de su padre, que pierde la retentiva a capas.

—¿Y quién no lo está, Majestad?

El motín del que se habla, aunque ya va para tres lustros, es el de Esquilache, por supuesto. Ningún otro se cita en todo Madrid sin apellidos.

Quien es llamado la *Oreja del Rey* especula a destajo. Sabe que al monarca le agrada este juego, porque le descubre la difícil y acertada gobernación que lleva a cabo. Le preocupa cómo hablará de él la historia y lo de Esquilache es un episodio que le convence porque el pueblo, aunque algunos lo critican, ve en él coincidencias con su pensar y su actuar.

—Si es quién de citar los nombres de tres madrileños que por arre o por so se libren de conspirar, bien para seguir las instrucciones emanadas de la taberna en la calle Amor de Dios, bien a la espera de que el italiano levante cabeza, será el único español en conseguirlo. En el gatuperio hay colegiales que pretenden borrar del mapa a manteístas y golillas, como Roda y Moñino. Hay jesuitas camuflados, con Isidoro López a la cabeza, que afloran gracias a la pesquisa secreta y que no se cortan un pelo a la hora de llamar cabrón a Leopoldo; los afrancesados, los negros, Aranda, el de Alba, Lorenzo de Silva, el peor de todos, Miguel Antonio de la Gándara y Ensenada; Curazzo, Rodríguez de Campomanes, Eleta, el padre Cuenca, con su corona de espinas en la mano, Hermoso de Mendoza, marqués de Valdeflores, el barón de Esteiro Labandal, los de palacio. Hasta garnachas camuflados hay. Menos Esquilache, todos.

El monarca sonrío pícaro.

—Bien dicho, Cenarrusa. Todos conspirando y yo manteniéndome firme, ¿a que sí?

—Muy firme, Majestad —rezonga resignado don Emilio, en el criterio de que los hechos son de otra guisa—. Y aquí sigue, firme y cazando.

—Eso sí, lo recuerdo con gran disgusto. Marcho a Aranjuez y no regreso en varias semanas.

—¡En seis meses!

—¿Y que digo yo, Cenarrusa? ¡Varias semanas!

—Acuérdese de qué pide un informe para llevar la capital a otro sitio, a Toledo, o por ahí. ¿Dónde piensa trasladarla con aquel berrinche?

—Eso fue un arrebató. El mejor alcalde de Madrid no traiciona nunca a su ciudad. Bueno, una miajilla, pues lo cierto es que pienso en Aranjuez, en Toledo, en Alcalá, y en El Escorial. Pero con ninguna me salen las cuentas. No olvides, Cenarrusa, que soy yo quien plantó en Madrid más de dos millones de árboles. ¡Sería estúpido no

verlos cómo crecen y se pueblan de caza!

—Por supuesto, Majestad. Aunque nadie habla de ellas, son otras las causas que contribuyen al éxito del motín. Los precios de los alimentos están entonces desorbitados. Se acaban las obras del Palacio Real y deambulan muchos peones sin faena, tirados por las calles y costanillas. Los mendigos y pordioseros más andrajosos refuerzan también la asonada. Es gente sin mejor ocupación que saquear la casa de Esquilache; o sea, que esquilachearla.

—Sí, por eso es una excelente medida la creación de los Reales Hospicios de San Fernando y meterlos a todos dentro. Una gran medida. Por cierto, ahora ordeno el estudio de fórmulas recaudatorias en apoyo del magnífico esfuerzo que desarrolla en ellos el barón de Esteiro Labandal. Sí, es un acierto, como lo es encargarse de nuevas obras en la ciudad.

El Rey ya se libera de las botas y estira los pies para desentumecerlos, como hace al llegar este placentero relajo cotidiano.

—Y un acierto nombrar a Olavide, aunque Su Majestad se inclina más por Curazzo.

—Curazzo tiene una mujer muy guapa, recuerdo lo mucho que se comenta su bodijo y los planes que hay de dedicarles una cencerrada que al final no se produce. ¿Estarán juntos? Él es de edad proveyta, casi un carcamal como yo, y seguro que la dama le da problemas. Algún cortejo tendrá. ¿Verdad, Cenarrusa?

—Ya sabe lo que dicen las gachupinas de Cuba. Para marido, un español; para cortejo, un cubano. Pero en el caso de los Curazzo no sé. Nada oí. Mañana recabo información y le cuento. Hoy ya sabe que los cortejos están a la orden del día entre los aristócratas. No hay dama que se precie sin un hombre extraño que le apriete el corsé.

—Si solo fuese el corsé... Las mujeres son la levadura de muchos conflictos. Menos la mía, que era una santa, las demás son un saco lleno de preocupaciones. ¿A que sí?

—Exagera, Majestad. Hay féminas muy inteligentes y de tanta valía como los hombres.

—¡Pocas! Repara en María Luisa, la esposa de mi hijo, que se cree libre de casarse con una puta porque es príncipe, y va a dar con una coneja.

—Coneja no es puta.

—¡Peor que eso! Se suma lo uno a lo otro y te llena la casa de niños. Ahora el pobre Carletto tiene que ir detrás averiguando si son suyos, o del primer paje de buena pija. Ja, ja, ja. ¿Te das cuenta, Cenarrusa? ¡Qué gracioso! ¡El primer paje de buena pija!

—Muy gracioso. Como todos los chistes de Su Majestad.

—No te burles. Ellas también se burlan de mí. ¡Como no les hago caso...!

—Hoy al Rey se le han atravesado las mujeres.

—Sí, yendo detrás de los conejos me acordé de mi nuera... y de algunas más,

pero me falla la memoria. Mi nuera... la princesa de Asturias, no me deja descansar. Entiéndase bien, no ella, sino su pensamiento. Aunque la otra noche...

Cenarrusa se añausga y habla en barboteo.

—¿La otra noche... qué?

—No puedo dormir pensando en ella y en sus amoríos. Me duele el estómago y salgo al pasillo para andar. Eso me calma. La de Parma también sale de sus aposentos porque le apremia una necesidad. Ya sabes, pipí de mujer. Al descubrirme como alma en pena por las galerías, quiere acompañarme hasta el lecho y en ésas aparece Carletto, quien viéndonos a los dos en camisa de dormir, cree que su padre no le respeta el matrimonio. ¡Claro! ¡Como ella da que hablar lo de Troya, me imagina a mí como uno más de sus amantes! ¡Fíjate Cenarrusa, qué horror y qué disparate!

—¡Un espanto!

—Al día siguiente hablo con mi hijo, para que no aumente cuernos donde solo hay reflujos estomacales y se queda convencido.

—Menos mal.

—Sin embargo, la de Curazzo es muy guapa...

—Sí, muy guapa. Una beldad. ¿Le gustaría a Su Majestad...?

—¿Hacerla mi amante?

—¡En pensamientos!

—Ya no estoy para brincar. En ese terreno no voy más allá que el Calepino de Ambrogio, un estorbo. Además, ella habrá encontrado su cortejo, varios abates de chichisbeos e incluso hombres enteros con quienes holgar a plena satisfacción...

—Buscaré sobre su vida y le informo.

—... la de Esquilache la recuerdo una pesada, y eso que era española. Una española pesada. ¡Josefa Mauro!... ¿O era Josefa Berdugo? ¡Qué mujer más soporífera y engreída!

—Era Berdugo, Majestad. Mauro es la primera esposa que tiene Leopoldo. ¿Hace memoria? Las dos lo cargan de hijos y el pueblo critica...

—... que a todos coloca, ya sé, ya sé. Pero esta segunda, llamada por algo Berdugo y Cuasnada, es el demonio. ¡Mauro y Berdugo! ¡Las dos! ¡Otras conejas! Y hablando de animales, creo que algo zorras.

—La actitud de la Berdugo no ayuda en nada a que su marido se libre de disgustos, que ya los tiene y bien gordos. Aquí en Madrid siembra el malestar por donde pasa. Espero que el tiempo le haya bajado los humos y no nos jeringue la diplomacia en Italia.

—Muy pesada, sí señor. Yo creo que la recuerdo por lo pesada que era. De lo contrario me habría olvidado de ella como de tantas.

—Señor, si me es dado el atrevimiento y llegados a estas alturas de la conversación, debo decirle que también puede tenerla en sus recuerdos porque en la corte se chismorrea...

—Sí, que me la llevo a la cama y le adorno la frente a Leopoldo. ¡Qué tontada!

¿Cómo me voy a meter entre sábanas con una mujer que lo único duro que me pone es el cráneo?

—Yo lo sé —concuerta el secretario—, quien lo desconoce es el pueblo, que la ve muy desenvuelta y pizpereta como para consolar a los viudos de palacio.

—Sí, usted y yo. ¡Menuda pica en Flandes! ¿No se da cuenta el pueblo que el loro viejo no aprende a hablar? ¡Pues nosotros, ni a hablar, ni a cortejar!

—Al pueblo le da por pensar lo peor, para entretenerse...

—Y hace bien, pero tampoco es motivo para que su rey salga al balcón de palacio a cantar la palinodia: Madrileños, amadísimo pueblo, a vuestro Rey no se la empina la Berdugo.

El antiguo secretario ríe sin reparos las verdulerías regias.

—Perdón, Señor; pero es usted muy célebre.

—Hoy, porque aquellos días juro en arameo y abjuro de mi condición regia al leer los infundios. Fue una patraña de los jesuitas, que hasta la publican en libro de lo rabiosos que están. Me acuerdo como si fuese hoy, un fraile pisaverde llega a escribir que soy más tonto que un hilo de uvas. ¡Vaya imagen más retorcida! Que soy demente, temerario y que vivo amancebado con la Berdugo. ¡Fíjate bien! ¡Con la Berdugo! Pero siendo grande su inquina, el colmo lo consigue cuando calumnia que al marchar Leopoldo a Italia, ¡dudo en seguirles a Nápoles para continuar chingando con su señora! ¡Ni que tuviese seda en el coño!

Las risas del amigo son cada vez más sonoras y sin reparos.

—Advierte cómo es el verdadero embrollo, Cenarrusa. Recuerdo que una tarde de intensa lluvia, en la que no puedo salir al campo, me la meten en el gabinete porque viene acompañando a Leopoldo y tengo que estar con ella la intemerata. ¿Qué hace esa mujer en palacio? Debí mandarla a la horca y listo. ¡Lástima de absolutismo! Pues no, está allí como una cotorra desgranando temas que en nada me interesan y Leopoldo, sin aparecer para llevársela. Estúpido soy de no cesarlo entonces. Mira, ¡nos habríamos ahorrado el motín!

Cenarrusa disfruta de lo lindo cuando el Rey se anima y desbarra.

—Por esas tardes pasadas con ella se corre la voz de que hay cama real, o real cama...

—Quizá, pero ni por asomo. Son las paparruchas de ese jesuita cizañero, por no mentar el oficio de la madre.

El Rey se pierde en un silencio, pero cuando su secretario cree que se desengancha de los recuerdos, la memoria regresa con más brío que antes.

—Lo que es la vida. Ahora que me olvido hasta de quién soy, me viene a la cabeza la conversación entera que mantengo con la Berdugo aquella tarde. ¡Qué suplicio, Cenarrusa, qué suplicio! Me dice la muy pelma que la de Esquilache es la familia de mayor prosapia de todo mi reino. ¡Fíjate! ¡Decírselo al Rey! Y venga con que son de la pata de la Corona, ¡vamos, de mi pata! Jesús, Jesús... No me extraña que se llevase mal con Leopoldo, que es bastante más humilde. Ladrón, pero

humilde.

—En fin, Majestad; la humildad que le otorga buena falta le hace. Acuérdesse de los versos que circulan aquellos años.

—No me acuerdo de nada, Cenarrusa.

—Sí. A ver si puedo repetirlos... Creo que sí:

*Yo, el gran Leopoldo Primero,
marqués de Esquilache agosto,
rijo la España a mi gusto,
y mando en Carlos Tercero.*

—¡Qué mala leche tienes, Cenarrusa! ¡Con razón te llaman la *Oreja del Rey!*

—Son versos de un poeta anónimo —se disculpa el amigo y confidente.

—¿Anónimo? ¡Seguro que está a sueldo de palacio! O que le impuse más de una banda. Pero déjame, que sigo con el cuento de la marquesa. Oye bien sus razones. Es que nosotros, cacarea como una gallina clueca, nosotros los Esquilache tenemos un apellido que se escribe de veinte maneras distintas, según el reino de Europa donde nos encontremos. Aquí, Esquilaches. En Italia, Squillace, la ciudad de donde procedemos. ¡Ella, italiana de Squillace! ¡Pero si es más catalana que una butifarra! Y después venga que si la antigua ciudad se llamó Scolacium o Squilakion. ¡A mí me lo dice! ¡A mí, que fui virrey de Nápoles más años que Carracuca! Pues nada, tralalá, tralalá, ¡Squilacce, Squilaze, Schilace, que sin con zeta, que si con ese líquida... Schilaze, Eschilaze, Squilache, Esquilacci...! Qué machaquina. ¿Berdugo la llaman? ¡Con uve tenía que escribirse!

Cenarrusa trata de evitar las carcajadas.

—También se acordará de un medio nieto de la señora, Leopoldo de Gregorio y Paterno, hijo de un hijo de la Mauro, la primera mujer del marqués, que ya es teniente de las Reales Guardias cuando se produce el motín y tiene que defender a su abuelo.

—Sí, un nieto... ¡Nietos e hijos, los que quieras! Otro verso de Esquilache que se me viene a la mollera:

*Mis hijos afortunados,
se duplican advertidos
pues no son bien concebidos...*

¿Cómo termina, Cenarrusa?

—... cuando ya están colocados.

—¡Eso!

De rondón, el rey Carlos gira el tono y pregunta circunspecto:

—No me gusta nada la muerte de ese niño al que dejan sin compañeros entre las piernas. ¿Qué se tertulia en la ciudad? ¿Hay nobles en la tostada? Y sobre todo, ¿qué cuentan de mi hijo?

A Cenarrusa le desconcierta la pregunta, pero está habituado a que en los últimos años ocurran estos repentinos quiebros, de modo que reacciona presto.

—Hay consternación sí, pero Su Majestad tiene a gente enfrascada en averiguaciones.

—¡Eso espero!

—Pronto sabremos algo con total seguridad. En cuanto a los nobles, no lo aseguro con certeza, pero siendo Madrid una ciudad en la que uno de cada tres de sus habitantes es aristócrata, tampoco será muy extraño descubrir en el caso uno o dos pollos manchados.

Carlos se levanta y atraviesa la habitación con las manos a la espalda antes de una nueva intervención.

—Látigos, fustas, rebenques, varas, cilicios o disciplinas los puedes encontrar en cualquier mesilla de cristiano viejo; pero una perversión es utilizarlos contra tus propias espaldas y otra, buscar a un tierno infante para medirle las costillas y excitarte con ello. ¿Sabes Cenarrusa, que nuestro San Ignacio recomienda la flagelación?

—¿A los miembros de la Compañía?

—A los que quieran penetrar en los misterios de la Pasión de Cristo.

—Jamás lo pensaría de los jesuitas.

—Por eso les lanzo la pragmática... Ja, ja, ja... No, no, no. No dije eso. Ya sabes por lo que es, por liantes y falsarios. El de Loyola hace unas distinciones muy paveras entre la flagelación y el dolor, entre las molestias de la carne y la enfermedad. Él no quiere que los miembros de la Compañía, ni los buenos cristianos, enfermen por la zurra, no. Quiere que se acerquen a la Pasión, sin que el dolor les penetre hasta los tuétanos. Es una distinción que a ti, que eres cristiano de secano, te costaría establecer. Y a mí también, no creas; que por ser rey ilustrado, no penetro en honduras ignacianas.

—Habría que ver cómo se las ingenia el santo para marcar los límites.

—¡Lo establece por escrito! Un hombre como él no deja nada a la improvisación.

—¿Y qué aconseja? —se interesa Cenarrusa.

—Sería muy gracioso si no hablásemos de lo que hablamos, porque el de Loyola inventa lo que yo llamo la flagelación flojita. Sí, sí; no te rías. Les recomienda a quienes cumplan los ejercicios, en definitiva a todos, que hagamos uso de fustas blanditas, que nos laceremos con disciplinas de tamaños reducidos, de tal forma que por mucho que se te vaya la mano en la tunda, nunca llegues a ser un peligro contra ti mismo.

—Lo alabo.

El Rey se sumerge en un nuevo silencio peripatético, del que sale para repetir las

mismas preocupaciones. Aquéllas que expresa antes de impartir a su exsecretario la lección de conocimientos jesuíticos.

—Tiene una pinta horrible. Un niño castrado no es asunto de bandoleros, ni de pícaros, furcias o descuideros. En cuanto a lo del príncipe, comprenderás que no es por él, pobrecito mío, sino por su mujer. Se propalan tantos infundios de María Luisa, que si el caso no se resuelve en buen tiempo, acabarán hablando de ella, tenga o no parte en el pastel. Es su sino ser calumniada por chafarderos, sople o no sople. Hágale saber al intendente Armona y Murga, o al alcalde de Casa y Corte que se ocupe del asunto, que la Corona tiene un interés muy especial en que se resuelva cuanto antes, o al menos lo parezca. Mañana mismo debe realizarse una detención. Tiempo habrá para determinar su responsabilidad en el crimen. ¡Algún sospechoso tendrá entre manos el intendente! ¿O es trabajo de fantasmas?

—Así se hará, si es voluntad del Rey.

—Lo es. Afila tus orejas, que son las mías, Cenarrusa. Las mujeres son causa de muchos problemas, y los niños también.

* * *

Madrid / Calle de San Blas

Mayorga trata de zafarse de las sugerencias regias que le comunican en la Intendencia de Provincias por medio de un representante del gobernador y de otro de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, como testigos que legalizan la ilegalidad del acto.

—Una detención ahora pondría en peligro todo lo que se ha desbrozado. El principal sospechoso está localizado, sabe lo ocurrido y lo cantará en poco tiempo por la cuenta que le trae. Si no nos movemos, pronto obtendré resultados.

—Arréglatelas como quieras. No me es dado asegurarlo, pero la orden viene de palacio y no cabe regresar sin garantías de que se cumplirá tal como se establece.

—¿Del Rey? ¿Es interés de Su Majestad?

Los tres hombres se miran circunspectos y el de Intendencia se atiene al silencio.

—Piensa lo que quieras. Ahora mismo te diriges a una calle cercana al Alamillo, o a donde quieras, y te traes preso a uno. Con bullanga, ¡eh! Con mucha bullanga. Que te acompañen cuatro alguaciles del Cuartel de Palacio, del de Plaza, o de Lavapiés, si te hacen falta. Los que quieras. Lo traes por la calle, sin coche, ni capucha. A la vista de todos, abullangando todo el barrio. Cinco días a la sombra y cuando tengas otra información, lo cambias por el siguiente, y así hasta que te canses, o hasta que caiga el pájaro.

—Pero es terrible. Es probable que ese hombre no haya hecho nada.

—¡Basta ya! ¿Quieres manejar la lista de sodomitas, o te sirven tus sospechosos?

—¿Sospechosos? ¡Son hombres! Y con toda probabilidad, inocentes.

—¡No tengo más que hablar, Mayorga! Pareces un recién llegado, una chiquilla trémula ante el azote.

* * *

Madrid / Palacio Real

—Sé que me traerá disgustos, Cenarrusa, pero un Rey no puede gobernar de oído. Recapacito desde nuestra última plática y me decido a actuar. Sin otra dilación haz que espíen a María Luisa y cuéntame sus actuales andanzas.

El consejero del Rey sabe tan bien como él lo mucho que en Madrid se delira sobre la princesa, y aunque trata de disimular su contrariedad al oír la orden, comprende que al monarca le guía la mejor de las intenciones y la más fundada de las sospechas, pues él mismo ayuda a que la lista de visitantes del tálamo parmesano aumente de cuando en cuando, como tomates en medias de vieja. Una nómina que arranca con el conde de Teba antes de que éste se convierta en Montijo y en casado, don Eugenio Eulalio Portocarrero y Palafox, que la jode con eficacia. La lengua popular incluye en ella al muy renombrado mantuano don Simón Bolívar, al que tanto le van los culos de las reinas, como los de sus animosas y abundantes primas Aristiguieta, llamadas las Nueve Musas; por ser de número realmente nueve y de ese oficio, por lo mucho que las muchachas inspiran. El Rey admite y aprueba todo cuando emprende el inquieto Bolívar, pero no así lo que en ese mismo terreno planifica su heredera, a quien los corrillos de Madrid aluden imaginándola en posición horizontal, ya sea en compañía de un Lancaster, hijo del duque de Abrantes, como del guitarrista Diego Godoy. Ya sea compartiendo meneos con otro Godoy llamado Luis, o con el gran jodedor don Juan Pignatelli; eso sí, en dura pugna con la de Alba. Todos ellos y varios más han sido a esas alturas los primeros espadas de una corrida sin cartel capaz para contenerlos.

—Salgamos de dudas.

—Si Su Majestad lo estima imprescindible...

—¡Ojalá estuviésemos en la iglesia de Santa María en Cosmedín! —exclama el Rey con cierta desesperación.

—¿En qué nos auxiliaría?

—¡En mucho! En el Cosmedín romano se conserva una gran tapa de la Cloaca Máxima que representa al dios Océano con la boca abierta. La han colocado en vertical, frente por frente a quien la mira, y aseguran que si alguien le introduce la mano y al tiempo miente, la pierde. Hasta esa Boca de la Verdad lleva un marido celoso a su esposa infiel. La mujer le da achares con un joven de los contornos y él la

aboca a la prueba. La insulta y desconfía de cuanto jura, cuando un mocetón desgarrado emerge de la turbamulta a trompicones, se acerca a la mujer y con los labios bien abiertos la besa de dos lametones. «¡Aparta, imbécil!», se defiende ella. «¡Escapa, o te mato!», amenaza el celoso. La prueba comienza. La presunta casquivana, mujer de honor dudoso, introduce su mano en aquella boca y afronta su destino: «Juro que jamás me besó otro hombre que no sea mi marido... y ese atolondrado que me deja sus babas». Nada le ocurre. Salva la ordalía. El tontorrón es su amante. ¡Qué gran piedra sabiendo utilizarla, Cenarrusa!

—¡Y qué ventaja para quien sepa burlarla!

—Dejémoslo en la imposibilidad. El caso es que María Luisa dispone un viaje a Medina de Rioseco con mucho misterio y me da en la nariz que es una ocasión excelente para conocerla. No iré con Carletto, pero la acompañará el duque de Cistierna, como es habitual. Emilio, confía en un solo hombre. Alguien de fidelidad contrastada, alguien que no te falle, ni viole el secreto. Que despache solo contigo y tú, solo conmigo. El asunto es delicado.

—Eso no precisa advertencia, Majestad. Ocurre sin embargo un pequeño inconveniente.

—¿Cuál? ¡No me... no me...!

—El mejor hombre, ése que Su Majestad solicita, es Dámaso Jesús de Mayorga, pero lo tenemos detrás de los verdugos del niño. Y si caza al ratón, no caza la rata... ¡con perdón para la princesa!

—¿El mejor?

—No sé de nadie más idóneo para encomendarle asunto tan delicado. Además, tenga en cuenta que es de las pocas personas que está al tanto de los detalles del cadáver, y quien va a ejecutar esa detención tan... irregular.

El Rey se mueve inquieto por el salón, hasta que muda el rostro y se detiene. Cenarrusa sabe que el monarca acaba de encontrar una solución.

—¿Se ordena al intendente que lleve a cabo la detención de la que hablamos?

—Sí. El propio Floridablanca le comunica a Armona que debe hacerse pública hoy mismo.

—Bien, muy bien. Mientras esté ese chivo en la jaula, el que sea, la gente tendrá carnaza para darle a la húmeda. Ya que el apresamiento corre a cargo de ese tal Mayorga, una vez que lo realice, se lo ordenas con todo el secreto que el asunto requiere. Las otras encuestas pueden demorarse... y por si fuera poco, muy a mi pesar, se trata del mismo caso.

—No diga eso, Majestad.

—¡Ay, Cenarrusa, Cenarrusa...! ¡Si tú supieses!

* * *

Madrid / Calle Relatores

Siete esbirros al mando de Dámaso Jesús de Mayorga se presentan en la carbonería de Gutierre, en la calle Relatores. Antes de que el carbonero sea capaz de hacer ningún movimiento, tres de ellos le cortan el paso de los carros, mientras el resto y el propio comisionado entran por los bajos del despacho y cierran filas en la entrada principal.

—¿Qué es esto? —pregunta Gutierre asustado.

Dámaso traga saliva y habla al tiempo. La voz le sale atiplada, carraspea y comienza de nuevo.

—Vamos a detenerte, Gutierre. Un testigo asegura haberte visto con el niño la noche de su muerte.

—¿Un testigo? ¡Un cabrón! ¡Un puto cabrón! ¡Yo no estuve con Dosindito ni esa noche, ni nunca! ¡Lo tiraron aquí como pudieron haberlo tirado en La Guindalera, o en el río, o delante del palacio!

—Lo siento, Gutierre; no te resistas o será peor.

—¿Quién es el cabrón? ¿Cayo? ¿Lo han torturado y ahora sale con ésas para librarse?

—No es Cayo.

—¿El Negro Tomás? Otro que tal baila. Ése toma por delante y por detrás. Ése vende su culo a una blanca. ¡O de balde! ¡Miente! ¡Mienten todos! ¡Yo no hice nada! ¡Me cago en los santos!

Los alguaciles avanzan lentos hacia el hombre. Gutierre sube como puede al médano de carbón. Los guardias hacen lo propio armados de cachiporras. Dos le dan alcance y los tres cuerpos caen llevándose por delante piedras del combustible y una pala en ellas clavada.

—¡No le hagan daño! —grita Mayorga.

Pero la advertencia llega tarde. Una cachiporra acaba de hacer impacto en la nuca de Gutierre, que cesa en su resistencia y sin conocimiento cae como fardo sobre las piedras más cercanas al suelo.

—¿Quién ordena golpearle? ¿Quién es el incapaz de sacramentos? —se irrita el comisionado.

—Se revuelve como un oso —justifica el autor del calamorrazo, que es felicitado por el resto de compañeros.

—¿Y ahora cómo lo paseamos, cojones?

La pregunta se pierde en el aire, pues ninguno de los guardias sabe nada de garbeos, ni de mandangas.

—¡A formar!

Los hombres, extrañados por la orden, se ríen y permanecen sin moverse.

—¡A formar, digo; reconño! Aquí, todos. Hombro con hombro.

Ahora lo consigue y Mayorga tiene a los siete hombres en formación. Se acerca al

carbonero y observa su cabellera, la tez de la cara, la longitud de la barba... Luego vuelve sobre el piquete y los repasa uno a uno. El que lo golpea presenta los rasgos más parecidos a los del inconsciente. Quizás a Mayorga le ayude ver su rostro tiznado de carbón. O sea, una elección en venganza por la torpeza; el caso es que se decide por él.

—¡Desvístase! Y ustedes, hagan lo propio con el hombre. Intercambiaremos los ropajes.

—¿Cómo desnudarme? ¡Yo no me pongo esos harapos!

Los otros ríen y se burlan del elegido.

—Tengo órdenes de ejecutar esta misión como juzgue más conveniente. Si usted, o alguno de sus compañeros, opone la más mínima dificultad —¿me oye bien?— la más mínima dificultad, lo consideraré una traición y no tengo que detallarle la pena que tal delito conlleva.

—Está bien, está bien. No hará falta llegar al cadalso. Me desvisto y hago de carbonero, de cadáver, o de lo que diga.

Dámaso improvisa las siguientes órdenes mientras el alguacil señalado se enfunda las ropas de Gutierre y cubren con las suyas el cuerpo del chivo expiatorio.

—Marchemos de aquí en formación, por la calle y con la cabeza bien alta. Dos llevarán a este infeliz suspendido a las espaldas así que le cubramos la chola con un capitón. Desde ahora es uno de los nuestros, herido en la refriega de la detención. A cada rato se turnarán quienes lo lleven. Los otros cuatro rodearán a éste... al carbonero. Y tú vas con las manos atadas a la nuca, así los brazos favorecen el disimulo cubriéndote el rostro. ¡Ah! Tiznadlo como está Gutierre y a éste lavadle la cara con agua y jabón. Ahí detrás hay una tina. Venga, pongámonos a la obra antes de que aparezcan fisgones o curiosos.

El grupo está dispuesto para salir a Relatores, donde la gente se arremolina a la espera de noticias, aunque Madrid ya lo sabe:

—¡El carbonero Gutierre es el asesino de Dosindito! ¡Lo han detenido en Relatores!

El comisionado abre el portalón y comienza el desfile. Primero, el supuesto alguacil herido, que es Gutierre, al que nadie presta atención a la espera del detenido, el falso carbonero, al que le han atado un paño ennegrecido a la cabeza para ocultarle la jeta en lo posible.

Al pasar delante del primer grupo, uno de los que participa en la paliza el día de la muerte de Dosindito, le escupe e insulta:

—¡Miserable! ¡No nos equivocamos contigo!

El alguacil a punto está de reaccionar, pero Mayorga interviene para seguir la farsa e impedir cualquier sublevación.

—Nadie es culpable hasta que la ley lo determine.

Y el piquete avanza hacia Atocha para enfilear luego camino de San Blas.

Madrid / Palacio Real

La entrevista tiene lugar en el saloncito rosa, cercano a las estancias del Rey, por ser el menos transitado. Solo la ocupa una mesa de trabajo, tres sillas y otra gran mesa en el centro. En las paredes, dos cuadros de Jacopo Bassano y Mengs, de quien también es el fresco del techo. Desde el remate de las obras no se le da uso. Ni siquiera sirve de antesala, ni de mirador, ni de nada. Estas circunstancias son las que pesan en Emilio Cenarrusa para recibir allí a Mayorga y estrenar la estancia con una ingrata encomienda.

—Estoy al tanto de sus pesquisas y del poco agrado que le causa la detención de hoy.

El representante del intendente no disimula su disgusto.

—Así es. No convino a mis planes, ni a la Justicia.

—Siento que piense así. Deje un margen a las razones de Estado y cuando todo acabe volveremos a juzgarlo. ¿Le parece?

—Nunca dudé en obedecer.

—Lo sé, Mayorga, lo sé. De ahí esta entrevista. Tengo una nueva comisión para usted.

—¡Necesito todo mi tiempo!

—Quizá me expreso mal. En efecto, se trata de un nuevo encargo, pero sin salimos del caso que le ocupa. Escuche bien, le hablaré sin requilorios, puesto que de usted se espera recibir mayor información de la que yo pueda darle.

—Olvide mis reticencias. Le presto toda la atención.

—El asunto es de suma gravedad y aunque le incomode, repetiré ahora y callaré en adelante la extrema discreción que se le exige. Usted —enfatisa Cenarrusa—, es el único que conocerá esta misión. Además del Rey y de yo mismo.

—Es una confianza que espero merecer.

—Prosigo. La esposa del heredero, la princesa de Asturias María Luisa Teresa Ana de Parma, se desplazará dentro de dos días a Medina de Rioseco. El viaje, a ojos del Rey, se organiza en total secreto y se desconocen con certeza sus intenciones. Sabemos que le acompañará, como es preceptivo en su escolta, el duque de Cistierna, dos de sus damas, el capitán Mallo y un pelotón de guardias de corps. La comitiva pernochará tres días fuera de Madrid. La segunda noche, en el propio Medina, y la primera y la tercera, en Arévalo. Su Majestad sospecha de conductas desordenadas en la vida íntima de su nuera, infidelidades y pasiones que la pueden llevar a la comisión de hechos terribles. Cuando aparece el escroto del niño, el Rey teme que doña María

Luisa se vea envuelta en prácticas aberrantes, con razón o sin ella, y teme un riesgo para el buen nombre de la Corona. Si conocemos cuanto ocurre en esas noches fuera de palacio, podremos contrarrestar la maledicencia, si se produce. Su misión será rendir cumplido informe de las tres noches y del tiempo que la mujer dedica al sueño o a las fantasías.

Mayorga recuerda entonces la acusación que escucha de labios del Negro Tomás.

—¿Tales son las perversiones de la princesa? ¡Me niego a creerlo!

—Tales son las conjeturas. Nada más. Lo único que pretende la Corona con esta misión es hacer frente a las habladurías y mantener limpia la fama de los herederos.

—Está bien. Transmítale a Su Majestad que sus deseos serán cumplidos — promete Mayorga.

—¿Perjudicará en demasía a sus planes permanecer fuera de Madrid estas jornadas?

—Eso temo al saberlo, pero organizaré para poder estar en misa y repicando. Después de pasar por el caserón de Intendencia de San Blas, saldré hacia Arévalo con la suficiente anticipación para que se cumpla la voluntad real.

—Hemos dispuesto una bolsa de doscientos cincuenta reales para hacer frente a cuanto necesite. Ni aquí en palacio, ni en ninguna otra instancia se sabrá nunca el destino de ese dinero, ni la ralea de su espionaje. Tome también el salvoconducto que lo habilita como agente de la Corona y miembro de la guardia personal de la Princesa de Asturias. Esa es la identidad con la que ha de presentarse en ambas localidades. El duque de Cistierna está advertido de su presencia, aunque no de su misión. ¡Ah! Una última indicación. No utilice su nombre ante nadie.

—Así será, Señor.

—Buena suerte, Mayorga.

* * *

Madrid / San Blas

El comisionado teme haber cometido el mayor error de su vida dejando libre al Negro Tomás, pues el hombre no da señales de vida en Intendencia a la hora convenida. Sus pisadas se escuchan en los despachos inferiores como truenos que amenazan tormenta.

—¡Salgan de inmediato y procedan a la detención del Negro Tomás!

—¿De qué lo acusamos?

—De perpetrar con Gutierre el asesinato del niño. ¡Gutierre confiesa que juntos lo hacen!

—Pero... si el hombre no dice ni pío.

—¡Al calabozo con él, recoño! ¡Volveré en dos días y al freír de los huevos veremos qué le depara su suerte!

* * *

Arévalo / Palacio de Ballesteros Ronquillo

Los planes del duque pasan por pernoctar las dos noches en el castillo de Arévalo. Allí transcurre la infancia de Isabel de Castilla, y a María Luisa podría conmoverle compartir los mismos escenarios que su antecesora. Sin embargo son los Ballesteros quienes ofrecen varias estancias de su palacio para albergar a la princesa y su séquito.

Debido a ese cambio de última hora Mayorga acude al castillo, tras cuatro horas de cabalgada en solitario. Allí le informan de los nuevos planes y de que será el palacio familiar, quien agasaje a la ilustre comitiva.

Fabio Seduño, el administrador de los Ballesteros, examina con detalle la carta que le muestra Dámaso en la que el Rey solicita le sea facilitado todo cuanto precise para garantizar la seguridad de la heredera. La encuentra conforme y se pone a su disposición.

—¿Dónde reposará doña María Luisa?

—En el dormitorio de huéspedes. Es la estancia principal del palacio.

—No lo dudo, pero muéstremela.

La pieza es un amplio salón con dos ventanales de tupida celosía al exterior y tres puertas. Una da al pasillo interior del patio. La segunda, a una pequeña biblioteca que remata la esquina derecha del palacio y la tercera...

—¿Qué hay a la izquierda?

—Otro dormitorio. En él se alojará el duque de Cistierna.

—Imposible. La princesa no toleraría la presencia del duque en una estancia inmediata a la suya.

—¡Está todo preparado para que así sea! ¡El palacio no tiene otro dormitorio de alto coturno para el duque!

—No importa. Servirá cualquiera. No es hombre de remilgos. Su misión, como la mía, se supedita a que Su Alteza tenga una noche tranquila. ¡Don Fabio, estamos hablando de la heredera de la Corona! ¡No rechiste mis indicaciones!

El ímpetu de Mayorga causa el efecto deseado.

—Está bien. Se lo comunicaré a la señora y se dispondrá otro aposento para el duque.

—Magnífico. Y dígame que ese dormitorio quedará vacío. Yo tendré la llave, aunque no lo ocuparé, ni éste, ni ningún otro.

—¿No piensa descansar? —se atreve a preguntar el administrador.

—No es asunto que deba preocuparle.

Tal como supone Dámaso, la princesa encuentra la distribución de las habitaciones de su agrado. El duque no opina lo mismo, al comprobar que es relegado a un pequeño gabinete, cercano a la sala habilitada para acoger a la guardia en la planta inferior, y por el contrario, muy alejado del dormitorio principesco. Por fortuna para Mayorga, el de Cistierna es advertido por Cenarrusa de que todos los extremos sobre seguridad de la heredera serán competencia de su hombre. Y a la vista del conforme de María Luisa tampoco es dado que plantee la más mínima de las protestas. Así las cosas en el palacio de Ballesteros Ronquillo, al duque solo le queda establecer que dos guardias de corps permanezcan de ronda, reemplazándose cada dos horas. El resto podría dormir allí, con un guardia de imaginaria cada hora.

La cena se sirve puntual apenas anochece. Sopa de gallina, truchas con jamón, dos capones en fricasé, pichones empanados y por supuesto, tres tostones de Arévalo, por los que María Luisa pregunta nada más llegar, aconsejada por el príncipe, marido y primo, el destinado a ser Carlos IV.

—En Arévalo pondérales el cochinito, que el de allí lo tienen en gran aprecio, y bajo ningún concepto preguntes a nadie por qué el rey Alfonso, el hermano de la católica Isabel, sale de allí zumbando.

—¿Por qué lo hace?

—Para huir de la peste.

—¡Jesús! Despreocúpate, Carletto. En Arévalo huiré de esa pregunta como de la peste.

—¡Valga el viaje como lección de historia castellana! —exclama el futuro rey para sus adentros cuando despide a su esposa tras las recomendaciones.

Hay cinco comensales de casa y tres de la comitiva, María Luisa, el duque de Cistierna y el capitán de la guardia, el payanés Manuel Mallo y Quintana. Una deferencia desusada en cualquier protocolo, por descuidado que sea, puesto que el rango del militar no alcanza para compartir mesa en presencia de un miembro de la familia real. María Luisa se lo solicita expresamente a los Ballesteros «porque me hace sentir más segura teniéndolo a mi lado», según lo comunica a la familia con irrefutable liturgia.

Los Ballesteros, que ni conocen a María Luisa, ni son avezados en los usos de la moderna corte borbónica, disfrutan en tal medida por compartir cubiertos con la realeza que acceden a su gusto de la mejor manera posible en estas circunstancias.

—Estupendo, Majestad; así seremos pares y serviremos la cena en mesa de doble espejo.

A la princesa no le disgusta que los Ballesteros eleven su tratamiento hasta la fórmula de Majestad, de exclusivo uso regio, pero el error le previene de lo que pueda venir detrás.

Dámaso escudriña la escena protegido tras unos cortinones por donde pasan las bandejas, las jarras con vino de la tierra y los azafates rebosantes de manjares. Va y

viene a ese escondite y al cruzarse con el servicio causa la risa de las doncellas, que lo ven como lo que es, un fisgón inoportuno.

En María Luisa destaca una dentadura mellada de enormes ventanales y piezas de negrura insoslayable. Ya son nueve embarazos los que lleva la princesa en su matrimonio y el desgaste que le ocasionan se manifiesta con toda su crudeza en la boca. Aun así, cuando la tiene cerrada, y procura hacerlo aunque hable o trague, la de Parma muestra lo mejor de su belleza juvenil, aquella que posa para Raphael Mengs y a quien la corte entera le dedica chicoleos y piropos como muñeca de porcelana que derrama tentaciones y pícaras miradas de invitación morbosa.

—Cuénteme sobre las glorias de Arévalo, que ardo en deseos de conocer su historia, aunque ya sé de la estancia de Isabel de Castilla y de su hermano Alfonso mientras fueron niños, y alguna que otra cosilla desgranada por mi preceptor de lo español.

Aunque conserva dejes italianos, María Luisa pronuncia cada vez mejor el castellano, y lo uno sumado a lo otro convierte su voz en el soniquete extravagante que el pueblo imagina propio de la monarquía.

—A mi marido —confiesa la señora de la casa— siempre le interesó la historia, e incluso conserva escritos de mucha antigüedad que ni él sabe leer.

Entonces los más cercanos, la princesa incluida, escuchan los borborismos del anfitrión de los Ballesteros, y al ser descubierto como solista de botarga e incapaz lector de legajos, amaga un leve arrebol y corta por do mayor herida hay.

—En el castillo de Arévalo también está prisionero el príncipe de Orange, don Guillermo de Nassau.

—No es el mejor destino para un castillo, ser cárcel de príncipes —refunfuña María Luisa.

—El de Orange es extranjero, un no nacido en Castilla —se defiende Ballesteros. La precisión agrava el entuerto.

—Caballero, yo tampoco.

El palique decae hasta el tedio y cuando posa la jícara en la mancerina con la última gota de chocolate todavía en la comisura del labio, la princesa hace ademán de que le retiren el sillón y se despide, dejando a todos con un palmo de narices.

—Señores, mañana hemos de madrugar para que la jornada cumpla los objetivos con los que fue concebida. Dentro de dos días cenaremos de nuevo y entonces será dado prolongar la sobremesa. Muchas gracias por su hospitalidad. Si me disculpan...

Allí quedan los empiñonados, el queso de oveja de Palacios de Goda, los jesuitas, los bollos mantecados, las yemas y las perrunillas, que al paso de la regia dama parecen crecer en cantidad, ya que nadie los va a comer, por caer, de hacerlo, en imperdonable falta de protocolo.

Dámaso se refugia en el dormitorio paredaño, destinado al duque de Cistierna, aunque la de Parma lo supone vacío. Entra ella al suyo acompañada de las damitas y el hombre extrae del zurrón una trompetilla de la que se sirve para escuchar a través

de las paredes. Ahora la aplica a las rendijas de la puerta medianera, que dejan un amplio renglón de claridad, y comprueba su eficacia.

—Creí dormirme a la *távola*. ¡Qué gente más adusta!

Las muchachas ríen al oír la confesión de la princesa, pues las convierte en cómplices de sus más íntimos pensamientos, esto es, el aburrimiento que le provoca la cena.

Por los sonidos que escucha, Dámaso imagina sobre el negro lienzo de su mente que desnudan a la mujer y la preparan para el reposo en el colchón que hispen y esponjan. Una de sus camareras le alaba con descaro la lisura y la esbeltez de sus pechos y el comisionado los imagina en su mollera libres de toda ropa.

—No existe mujer en el mundo que haya parido lo que Su Alteza y que los conserve tan redondos.

—¿Verdad que sí? ¡Lástima que otras partes de mi cuerpo no hayan resistido tan bien la crianza de los infantes!

El espía identifica el agua que gotea en la jofaina y el abrir y cerrar de un cofre, donde supone, guardan las joyas escogidas para la cena, un brazalete de plata para sus admirados brazos y al pecho, el famoso Estanque con la Perla Peregrina, que su suegro le regala en ausencia de una reina que lo luzca. En sus adentros el duque de Cistierna lo juzga desproporcionado para la ocasión, aunque a la vista de la diadema con la que se corona la señora Ballesteros, la perla en dije y el resto del atavío que luce el real personaje resultan discretos en cualquier juicio.

—¿Os habéis fijado? ¡Qué ostentación! ¡Una diadema de brillantes en mi presencia! ¡Me quería morir al verla!

—Sí, fue una imprudencia —corroborla la damita llamada Flor.

—Hay que disculparlos —tercia ahora la princesa—, en Arévalo no cenan todos los días con la heredera del trono de España, ni tienen obligación de estar a la altura del protocolo.

—Su Alteza es muy bondadosa —habla ahora Virginia—. Ellos están ofreciendo un cumplido agasajo y rendida pleitesía.

—Por eso no te preocupes, Virginia. Llegarán un día a palacio con muchos perifollos pidiendo cualquier prebenda, y te aseguro que cuando lo hagan no será menguada.

Las niñas vuelven a reír ante la intuición de su señora, hasta que Flor se muestra compungida.

—¡Su Alteza me va a matar!

—¿Qué ocurre?

—Nos hemos dejado en palacio los polvos de marcial para los guantes.

—¡Chiquilla! Creí que ibas a anunciarme el Purgatorio. Olvídate de los polvos; mañana me los calzo sin aroma y si alguno retira sus narices en el besamanos, sabremos que no hay que despistarse.

Ahora la peinan, la perfuman y por fin, la acuestan.

—Descansad, que mañana nos aguardan tantas o más leguas que hoy.

—Así lo haremos, Alteza. Que tenga felices sueños —le desean Flor y Virginia al unísono y con la fórmula acostumbrada.

Las muchachas abandonan el dormitorio y cuando salen al patio, el silencio se apodera de la estancia. Los pasos de ambas se pierden camino del zaguán, por donde se dirigen a la habitación asignada. La princesa se acomoda en el lecho y nada turba las tinieblas. Dámaso se descalza y con la precaución de no mover ni un tablón, dispone cojines en el suelo, la frazada del aposento y la colcha de dril que utiliza como sábana. Todo ello arrebujaado contra la puerta medianera que le servirá de atalaya nocturna. Se acurruca y da descanso al cuerpo. Es extraño, piensa, que ninguna de las damitas duerma con su señora. No ya en la misma estancia, pero sí donde pueda oír su llamada. A ello dedica sus especulaciones, antes de que el cansancio acabe por vencerle.

Dos horas más tarde, al producirse uno de los relevos de la guardia, Dámaso se sobresalta al leve ruido de una puerta que se abre con lenta parsimonia. No es en su habitación, sino en la contigua, la de María Luisa.

La puerta se cierra y escucha con el corazón encogido:

—¿Dónde está la reina de las putas?

El recién llegado, aunque no grita, dota su voz de la violencia amortiguada de una riña, el tono inequívoco de quien a un tiempo ordena, veja e insulta.

—¡Furcia! ¿Dónde te metiste? ¿Estás dormida como las cerdas de cría a la espera de que despierten los lechones?

—¡Manuel! ¡Oh! ¡Has venido! —exclama la princesa sin abandonar por completo el duermevela en el que se sume tras la cena.

¿Manuel? ¿Manuel Mallo? ¿El capitán de la guardia? Se pregunta Dámaso, también a medio camino entre Hipnos y Thanatos. ¡Quién otro iba a ser!

—Sí, vengo a zurrarte. No concilio el sueño si no te azoto. Mira esta fusta que uso en las ancas de los caballos. Hoy va a ser para la gran cocota, porque te montaré como a ellos.

El decir cantarín y almibarado de Mallo y Quintana, el militar nacido allén de los mares, en la ciudad de Popayán, mitad español, mitad criollo; el amante de la princesa, el payanés colombiano, el mantuano de Venezuela o lo que Bolívar traiga desde entonces, contrasta con la intención de sus palabras, pues aun siendo de amor, son de amor dolido.

—¡Baja la voz, Manuel, y acércate! ¡Déjame que te bese entre las piernas!... ¡Oh, oh, Manuel! ¡Ya vienes desnudo! ¡Qué regalo delicado! ¡Qué *gioiello di alba*!

—¿Y tú no estás despojada de tus pieles, zorra de todas las camas?

El hombre se sube al lecho donde reposa la mujer y retira los cobertores. Todavía conserva las botas y la camisa, de cuyos fondos emerge su miembro, ya erguido y en total dureza como el rebenque de breve cuero con el que se acompaña. Tirada sobre las sábanas se encuentra María Luisa. A la mínima luz del trance que se vive se

presenta enfundada en un blanco camión que la envuelve por entero. El capitán la voltea y le descubre la espalda y las posaderas, que él acaricia con la brusquedad que lo haría el más molondro de su tropa. El payanés mantiene la mano abierta y los dedos rígidos, de tal guisa que así los introduce, uno a uno, en los agujeros que encuentra, ya sea por el angosto y seco camino, como por la resbaladiza garganta que se abre con el tránsito, después de que la mujer lo anuncie y reclame con gemidos de placer.

—¡Ah...hora, ahora!

—¡Esto está muy frío, ramera de pocilga! ¡Hay que calentarlo!

—¡Oh, sí, Manuel!

El látigo que el capitán enarbola cae por primera vez sobre las carnes principescas apenas sin fuerza, pero la víctima se estremece porque lo reconoce y en un tris, boca abajo como está, sube las rodillas y se muestra ante él a cuatro patas. Dámaso solo logra intuirlo tras la pared por los leves sonidos que la acción provoca, pero entre la imagen que su mente construye y la que en realidad sucede, un pintor apenas hallaría diferencias, acaso la de ver cómo la princesa muerde con furia la almohada para hacer sordina de ella y ahogar los suspiros que la embelesan.

El rebenque se pasea ahora por el cuerpo desnudo de María Luisa y hace por meterse en sus agujeros, aunque solo marque el camino, lo que la empuja al sofoco. Manuel lo retira de improviso y ahora sí, lo aplica con rigor sobre las cachas blanquecinas, que se contraen y se relajan varias veces, a la espera de nuevos trallazos.

El chasquido y el lamento de la dama coinciden en el aire y Dámaso parece sentirlos en el estómago.

—¡Aaah!

—¿Te gusta, mozuela de posada?

—Sí.

—¡Pues hay más! ¡Mucho más! Mi látigo no se cansa hasta que no se canse tu culo y él sabe que no es sencillo conseguirlo, que ya lo intentó otras veces y nunca lo vences con tus posaderas.

—¡No! No será trabajo fácil para tu brazo. ¡Pega!

Otro silbido en el aire y el vergajazo marca de arbol las partes más espesas del cuerpo parmesano, que vuelven a agitarse, abriéndose y cerrándose a la contemplación y el manoseo del oficial, que aprovecha los espacios entre golpe y golpe para pasear su miembro entre aquellas masas, besándolas y lamiéndolas para que el dolor y el placer compitan en presencia y para que la mujer pronuncie esa frase que en sus labios destila aromas de torturas celestiales.

—¡Qué dolor más exquisito!

Él se enfurece y encadena los azotes, al tiempo que cabalga sus muslos. Uno... diez... veinte... hasta cuarenta veces sube y baja, golpea y jadea sobre sus glúteos, que ya no se inquietan, sino reciben gustosos los nuevos embates del gato, al que por

suerte para doña María Luisa, se le han recortado las colas y su daño, aunque notable, en poco se parece al que procura la Suprema cuando se trata de desatar lenguas o vencer voluntades.

—¡Vuélvete, maldita, que aún no te azoté los pechos! ¡Esos bultos que tienes por delante, de donde maman los lechones y de donde todos mis guardias maman!

—¡Sí, Manuel! ¡Mis hermosos pechos también quieren recibir tu asalto! ¡Aquí los tienes!

La princesa de Asturias se da la vuelta de un brinco y ante Mallo muestra aquellas recias tetas tan ponderadas hace horas por sus damas que ella ofrece al sacrificio del flagelo, como si los cuidados que les prodiga fuesen solo la antesala del martirio, el masaje preceptivo para que ahora sea el cuero el único que disfrute de su belleza, suavidad y apresto.

¿Serán éstas las malignas influencias del abate Étienne Bonnot de Condillac de las que maldicen en la corte? se pregunta Dámaso, dominado por una barahúnda de pestes, mareos y excitaciones que le suben del estómago a la azotea y de ésta vuelven a unas tripas en ebullición.

La influencia de Condillac sobre María Luisa de Parma es tema recurrente en los corrillos cortesanos siempre que se habla de su alegre proceder. ¿Causa real para que así sea? De haberla, ni María Luisa habría podido asegurarlo. Solo que Condillac se le cruza en su formación y le hace saber lo absurdo de rechazar lo mucho que la vida ofrece. Por delante y por detrás, añadiría María Luisa poco después, en cuanto descubre formas variadas del placer carnal.

Dos, ocho, hasta veinte zurriagazos surcan los pechos de la princesa que los recibe retorciéndose sobre las sábanas, agitada por un comezón que reclama apretujones y que todavía no recibe, hasta el punto que ella misma se agarra y se manosea yéndose por dos veces más allá de la conciencia.

Empapada de sudores y turbada de jadeos, toma al capitán por lo suyo y lo agita hasta que el de Popayán derrama dominado por hipidos entrecortados. Antes de que el miembro acabe su erupción, se lo lleva a la boca y lo succiona, lo que hace de su dueño un jinete desbocado y sin sentido, cuyo cuerpo cae sobre la dama, asiéndola de ambos pechos rayados como están de marcas rosáceas y rubescentes. Luego, el silencio. Los dos jodedores libertinos ceden abatidos a un descanso reparador que se prolonga varios minutos.

—¿Sangré?

—Sí.

—¿Mucho?

—Creo que sí, Alteza.

—¡Oh! ¡Qué magnífica visita! ¡Sabía que este viaje sería especial! ¡Vernos a solas, fuera de palacio...! Tienes que hacerme una encomienda, Mallo.

—Lo que Su Alteza diga.

—Apea el tratamiento, criollo; que me acabas de follar. Llévate estas sábanas a tu

dormitorio y trae de allí las tuyas. En cuanto a los cuajarones, mañana dirás que peleaste con un forajido. ¡Un criminal que alteraba mi sueño!

—¡Pero si no hago guardias!

—¡Qué poco caballero, Mallo; qué poco caballero! Pues no comentas nada. Te rascas la pierna con vehemencia y sangras.

—¿Por una pulga?

—Por lo que quieras. ¡La princesa de Asturias no puede dejar sus sábanas ensangrentadas, porque ni se rasca, ni es tan descuidada como para permitir que se le escape el menstruo!

—¡Sabrán que las ropas no pertenecen a este lecho!

—¡Mejor! Así pensarán que llegas a mi alcoba y que ante mí te bajas los follados.

—No me parece la mejor de las consecuencias de este encuentro, Alteza.

—No te lo parece porque eres un aburrido, Mallo. A ti te quitan los látigos y no eres nadie. ¡Vaya y haga el cambio de sábanas, capitán!

Mallo se resigna a la estupidez.

—Ya se verá si algo ha de mencionarse sobre el sangrado. Ahora, con la venia, procedo a levantarle su real culo de la sábana, que me la llevo.

—Antes dame un beso...

Mallo acerca sus labios a los de ella.

—¡En la boca, no! ¡En los pechos, que los tengo doloridos!

El oficial los toma entre sus manos y esta vez con mucha dulzura, los besa diez, quince veces, mientras ella, en paralelo, juguetea y masa su escroto, que aún permanece sin ocultarse bajo los calzones.

—Dime, Mallo. ¿Qué se comenta en la Guardia sobre el niño asesinado? —pregunta la heredera sin abandonar las caricias—. Una de mis damas me trae una murmuración terrible.

El capitán cesa en su besuqueo y Dámaso aguza el oído.

—¿Qué comadrea la mujer? ¿Secretos de alcoba?

—En realidad, peor que eso. Hay quien me ve manchada por esa muerte.

—¡Qué locura! Entre la Guardia todos son bulos, pero nada escucho sobre Su Alteza.

—Pobre niño. Cuando lo recuerdo, pienso en los míos y me conmuevo.

—Sí, una tragedia que pone en peligro nuestros encuentros, Señora.

—Eso es competencia mía. Bastará que solo te muevas cuando te lo ordene. Como en la cama, caribeño.

El corazón de Mayorga da un respingo. Aquellos amantes son, en efecto, dos grandísimos folladores, pero en modo alguno parecen saber de Dosindito, lo cual constituye la mejor noticia que espera escuchar Cenarrusa. Vaya lo uno por lo otro. Culpable de vicio e inocente de crimen.

Tras la puerta, Manuel Mallo cumple su encomienda. Eleva por las piernas el trasero de la princesa y retira la sábana. Así puede esconderla bajo sus ropas y salir de

la habitación principesca hacia la suya. En el trayecto resuelve llevarse la tela consigo y hacerla desaparecer durante el viaje. El capitán prefiere pasar por ladrón, que por sátiro.

Cuando todo acaba, es Dámaso quien aflora de su escondite con sumo cuidado y antes de que regrese Mallo, sale del palacio para toparse con la ronda.

—¿La noche está tranquila?

—Ni un murciélago.

—He oído unos ruidos —indaga con doble intención el comisionado.

—Nada nosotros.

—¿Ni dentro ni fuera de palacio?

—Ni dentro, ni fuera.

La princesa está de suerte. Sus peligrosos juegos de amor y sangre siguen ocultos a su guardia, aunque ahora ya son tres personas las que están en el secreto. Y pronto habrá otras dos, el Rey y Cenarrusa.

—De cualquier forma —reacciona Mayorga—, daré una vuelta por los alrededores.

—Como guste. Santo y seña.

—Calabaza.

—Sabandija.

Dámaso se aleja hasta el primer descampado, rumbo al castillo por donde vino. Se aparta unos pasos del camino de Santa María al Picote, se inclina y vomita la cena en tres arcadas.

Sentado a los pies de un árbol, recupera el color, las fuerzas y el equilibrio. Aliviado de la pesada carga, vuelven sobre su mente las imágenes del desenfreno y las admite con una sonrisa. ¡Qué enorme juguista se proyecta sobre España! Una tierra tan austera y ceñuda. ¿Será María Luisa la Cibeles presentida? No. Al menos no lo es tal como el Rey la teme.

El hombre vuelve al palacio y duerme sobre el rebujo como si no lo hubiese hecho en meses. Su descanso es tan profundo que ni siquiera oye el regreso de Mallo a la habitación aneja. Trae sábanas limpias que entre ambos colocan sobre el lecho. Tampoco puede escuchar cómo el capitán cuchichea al oído de la dama las últimas noticias de su tropa.

—Atended. El Rey envía un hombre a espiaros. Exhibe un salvoconducto real y afirma que tiene la misión de protegeros sin que el duque sea informado de su presencia hasta que salimos de Madrid. Nadie sabe dónde reposa.

—¿Habrá escuchado nuestra batalla?

—Lo ignoro, aunque temo lo peor. Las dos habitaciones contiguas están cerradas.

—Mañana —trama la princesa—, habrá un cambio de planes. Atiende, Mallo, la martingala...

* * *

Madrid / Carta a Pippo di Fiammeta

Querido hermano:

Solo dos letras para decirte que te quiero y lo mucho que me agradecería verte. Me escribes que estás bien y me reconforta.

Ahora, mi nota madrileña para tu libro.

Apunta, pues. La calle que llamamos Valverde en su primer tramo fue Leones y a la travesía de la Parada se le llamó Enhoramala vayas, de lo cual no deduzco magias ni pócimas, sino lo que ocurre en esta tierra, que a menudo es de traca, y casi siempre, de birlibirloque. Hay una calle Ceres que frecuentan prostitutas, y otra cercana que es Abada, porque ven en ella desbandarse un rinoceronte. Tan aficionados son a los suplicios que han construido el Palacio Real, no donde indica nuestro amigo Jubara, sino cerca de dos calles que llaman del Azotado, por recibir allí castigo Hernán Carnicero, y de los Azotados, por ser el camino de quienes son conducidos a entrar en disciplina. Has de saber, Pippo, que el Colegio de Niños Músicos de Santa Bárbara, es conocido como el de los capones, pues allí estudian los castrados de los que se surte la Capilla Real. O diré mejor surtía, ya que el rey Carlos pugna por acabar con los descrotados desde que expulsa a *Farinelli*, que fue rector del colegio de los cantorricos, como aquí también llaman a los imitadores de la voz femenina. ¡Mira! Como yo, que me visto de hombre, pero a la inversa.

Besos
Isabella

* * *

Arévalo / Palacio de Ballesteros Ronquillo

Al despertar de un reconfortante y prolongado reposo, el delegado de Intendencia percibe cuatro sonidos inequívocos que denotan plena actividad en el palacio, al tiempo que la intensa luz del sol le advierte que la mañana ya está crecida. Se alza del gurrño para calzarse las botas y cuando emerge de la habitación, observa que todos los que por allí pululan son criados de los Ballesteros. También está Fabio Seduño, el administrador. Y a él se dirige.

—¿Y la princesa? ¿Y los guardias?

—Parten al amanecer, hace ya varias horas.

—¿Por qué no fui avisado?

—Nadie lo echa en falta.

—¡Maldita mi suerte!

—Quizá piensan que se quedará en Arévalo para esperar la vuelta.

Dámaso se enfurece consigo mismo. Es la primera vez que le vence el sueño y ha de ser en una misión encargada por el Rey.

—¡Maldita sea mi sombra, recoño!

Toma una de las tres manzanas verde doncella de un frutero y monta a caballo.

—¿El camino de Medina?

—¿A la del Campo se dirige?

—¡No, a la de Rioseco! ¿Cuál va a ser?

—Es lo mismo. Deje el castillo a sus espaldas y tome la ruta más al norte.

Espolea su cabalgadura y ambos se pierden dejando atrás una espesa nube de polvo que es perceptible por Seduño desde el palacio de los Ballesteros.

* * *

Medina de Rioseco / Calle del Sol

El camino a Medina sirve a Mayorga para recomponer las novedades que flotan desordenadas en su atribulada cabeza. El encuentro carnal que María Luisa mantiene con Manuel Mallo ni confirma, ni desmiente nada, pero salva a la princesa de estar a los pies de los caballos, salvo que sea su propio marido quien la impute y el pecado no sea de infantes, sino de capitanes. Los latigazos de Mallo sobre las carnes desnudas de la heredera regresan una y otra vez a la imaginación de Mayorga, pues aunque no los ve, le basta el olor de la habitación para recrearlos.

¿Es el puño del capitán el mismo que descarga contra Dosindito? ¿Es el niño una víctima de los desvaríos que consumen a la princesa? Ojalá en Medina encuentre la ocasión de mayores certezas, pero si hoy pendiese su cuello de aseverarlo, respondería que no. Y como Dios aprieta, pero no ahoga, antes de divisar Medina, pasado ya el mediodía, Dámaso intuye la comitiva y el coche de la princesa. Si galopa hacia el este, puede entrar a la población antes que ellos y topárselos de cara allá donde vayan. O mejor incluso, seguir oculto y espiar sus pasos sin que el duque ni nadie sepa cuándo está Mayorga, y cuándo no lo está.

Una casa de postas le brinda la posibilidad de refrescar la montura al lado de varias recuas, dejándola en descanso, con un costal de afrecho ya pagado y otro de avena en previsión. Otra circunstancia le ayuda. De acuerdo con María Luisa, el duque de Cistierna ordena engualdrapar los caballos y guarnecer la carroza de bayeta para llegar a Medina con gran pompa.

Entra en la Ciudad de los Almirantes por la puerta de Ajújar y la atraviesa hasta darse de bruces con la comitiva, que tras desfilar primero por las calles principales, es

reducida ahora a cuatro guardias que manda el capitán Mallo, dos palafreneros que guían el coche y las dos damas que viajan con María Luisa. Ni el duque, ni el resto de la tropa le siguen ya en su encomienda, para apostarse en las entradas y advertir si a la ciudad llega gente armada.

Mediada la calle del Sol, los cuatro hombres descabalgan y flanquean la puerta de una casa de tres alturas, ni mejor, ni peor que el resto.

Mayorga interroga a uno de los curiosos, un tipo de sombrero alón y cargado de espaldas que se para a ver la maniobra de los ilustres visitantes.

—¿Qué personas habitan donde entra la dama?

—Los Saelices —responde el hombre sin mudar la expresión del rostro.

Dámaso, *in albis*, profundiza.

—¿De quiénes hablamos? ¿Nobles? ¿Músicos? ¿Toreros?

—¿Los Saelices? No, señor. Los Saelices son artesanos e inventores, los más hábiles de España. Esa señora, que ha de ser de muy alta cuna, viene en busca de algo que solo Antonio Saelices, *el Viejo*, le puede proporcionar.

—¿El qué? —reacciona Mayorga arranando los ojos ante el temor de que María Luisa insista en ir contra el sexto mandamiento también allí, ¡en las Quimbambas! ¡En la Ciudad de los Almirantes!

—¡Ah, señor! Nunca entré en el taller para saberlo.

El comisionado deja a su informante despedido a la francesa. Tampoco le agradece el trato. Él, que es saludador, no está para remilgos. Atraviesa Cerrajerías y se planta en la Ronda de Vieja, con la que comunica la parte trasera de los Saelices. Entra y se topa con un joven operario protegido con mandilón de cuero que machaca un matraz.

—¿Saelices? ¿Eres un hijo de Antonio Saelices? —le espeta sin dejar a que crezca la alarma.

—Sí.

—No te asustes, muchacho. Pertenezco a la guardia personal de la princesa de Asturias. Este documento lo certifica. Llévame a donde esté reunida Su Alteza con tu padre.

El joven no se altera lo más mínimo y le informa.

—Se encuentran en la habitación de al lado.

—¡Ah! Pues lo siento. Debes abandonar este sitio mientras dure la entrevista. Ordenes del Rey.

El aprendiz Saelices no se amilana.

—¿Me permite leer el escrito?

—Muy bien hecho. No debes fiarte del primero que llega a tu casa, y menos cuando en ella esté la princesa heredera. Léelo, está firmado por el Rey —repite Dámaso.

—Ya lo veo y ya me voy. Perdone por desconfiar, pero lo creo oportuno.

—Es tu obligación.

El joven abandona la pieza y Dámaso aplica la trompetilla a las ranuras de la pared y la plástica llega a su oído con total nitidez.

—Abra, ábrala una miaja más —escucha a Saelices—... Bien, permanezca así. Es incómodo, pero procuraré acabar cuanto antes... Bien... bien... Entra a la perfección... Apriete... así... un poquito más... ¿Le duele?

—Hummm.

—Excelente... excelente...

—Hummm.

Mayorga trata de imaginar qué ocurre en la habitación contigua, pero la experiencia anterior le confunde y a la mente le vienen dos figuras en posiciones imposibles, que la cordura le impide dar por ciertas.

—La vamos a limar algo en este extremo porque veo que monta en la carne y podría darnos contrariedades... Atención, abra ahora un poquito más. Se la voy a quitar... Ya está. ¿Ve que fácil? Y cuando le extraigan los dos dientes que tenemos dañados, la pieza encajará a la perfección.

El investigador cae en la cuenta de lo que escucha. ¡Saelices le prueba en boca una especie de dentadura que elimine para siempre el deterioro que tanto afea a la mujer! ¡A eso viene a Medina! ¡A ponerse dientes postizos! Hasta ahora utiliza piezas de joyería, pero nada que le garantice un uso continuado, algo que su coquetería no está dispuesta a consentir.

—Me he sentido muy rara.

—No se asuste. Tenga en cuenta que entra en su boca un gran objeto del que antes carece, y que no estará encajado hasta que no le hagan las extracciones que completan el diseño. Aun así, le faltará un último trabajo. Acostumbrarse a llevarla.

—Entonces ¿no me la entregará ahora?

—No, no es posible. Su Alteza debe tener paciencia. Antes le haré esos rebajes, pues aunque no mastique con ella, temo que el marfil acabe por hacerle llaga en la encía. Por otra parte, están pendientes las extracciones.

—¿Pero no me la podré poner yo sola?

—Y se la pondrá, pero la primera vez prefiero ir yo a Madrid y estar cerca esos días. Va a ser la admiración de la corte y no debemos fallar.

—Ardo en deseos de estrenarla.

—Paciencia.

—En cuanto a los honorarios, Saelices...

—Despreocúpese, lo importante es que quede satisfecha con los resultados. Piense que la dentadura no se demorará más allá de un mes.

—Me hará la mujer más feliz sobre la Tierra.

—Ése será el mejor pago a nuestro trabajo.

* * *

Medina de Rioseco / Palacio de los Almirantes

Todo está preparado en el Palacio de los Almirantes para que la princesa de Asturias pase allí la noche. Como ya sucede en Arévalo, Dámaso se presenta ante el maestresala para acreditar su misión de vigilancia. Al llegar montan guardia dos miembros de la escolta que lo reconocen de la anterior etapa.

Comprueba las habitaciones que ocuparán María Luisa y sus damas, encontrándolo todo conforme a su encargo.

—¿Cuántas personas asistirán a la cena?

—Veinticuatro —le responde el mayordomo—. Estarán presentes todas las autoridades de Medina.

—Desearía almorzar. Pero no se asuste. Servirá cualquier calandraca que me preparen. Mi cuerpo reclama compañía para la materia parva que comí esta mañana.

—Será un placer servirle.

Mayorga es instalado en una pequeña habitación del palacio con una ventana que se abre al Canal de Castilla, cuya construcción inspeccionan cuadrillas de obreros e ingenieros que vigilan compuertas o establecen nuevas empalizadas en las orillas que las precisan.

El comisionado prueba con gusto la sopa de pan y ajo que acaban de traerle y cuando sumerge por tercera vez la cuchara, en su sesera advierte que no podrá regir más allá sus movimientos, cae sobre la mesa desmadejado, choca contra la escudilla y ésta desparrama su contenido por el suelo. El hidrato de cloral realiza con prontitud su encomienda y deja a Mayorga fuera de combate el tiempo preciso para que María Luisa y su séquito duerman de nuevo esa noche con los Ballesteros de Arévalo, de forma que adelantan un día su regreso a Madrid.

Al recobrase de la droga, Mayorga se encuentra tirado en un aprisco abandonado a media legua de Medina de Rioseco en tierras abadengas, mientras su caballo ramonea en el calvero a poca distancia. No sabe qué sucede, ni dónde está, ni qué dirección tomar. Acierta poco a poco a comprender el jaez de su misión y la imprudencia cometida por perder de vista por dos veces a la persona vigilada.

Se busca entre las ropas y advierte que le han arrebatado el salvoconducto del Rey. ¡El colmo de las desdichas, recoño! ¡Quien lo tenga podrá reprocharle al monarca oscuras maniobras palaciegas!

Por la posición del sol descubre que duerme como un ceporro gañán toda la noche, dos seguidas, y le aterra presentarse de esa guisa ante la *Oreja del Rey*, que quizá ya esté al cabo de la calle sobre la inutilidad de su agente.

* * *

Madrid / Calabozos del Alcázar / Palacio Real

—Los túneles del Alcázar son como los paraísos celestiales, pero mucho más abajo. Nadie en la tierra los conoce —le informa en su día Filippo Jubara a su tocayo, el rey Felipe V.

El arquitecto recorre alguno para conocer los cimientos del palacio, pero pronto se percata de que podría estar meses arrastrándose por ellos sin llegar a ningún lado. El más largo de los que puede andar de principio a fin tiene dos salidas, una por las Descalzas Reales y otra un poco más allá, por Capellanes. ¿Emerge algún rey por esas bocas? ¿A qué si no?

El de ahora es un ramal que profundiza, pero no se aleja ni tanto así de la planta de palacio. Son sus sótanos. Y a ellos baja el Rey precedido por tres lacayos que portan candelabros de cinco brazos y otros dos que encienden los faroles. Detrás, Cenarrusa, Hermosilla, el señor de Puebla e Isabella bajo las formas de Tulio, que disfruta solo con pensar en la carta que tras la visita podrá escribir a Pippo.

—Ya verán qué maravilla —les anuncia el monarca como haría un ama de casa que hubiese cambiado los cortinajes de su camerino.

Su voz resuena en la profundidad con aires de purpurado en prédica.

Cuando finalizan las escaleras, se abre un amplio corredor, varios pasillos bovedizos y de nuevo otros escalones más estrechos y empinados por los que un hombre ha de girarse para no tropezar con las paredes. Es la segunda vez que el monarca baja al subterráneo del palacio y la primera que lo hace con ajenos al servicio. El privilegio bien se lo gana Hermosilla con los escenarios que prepara, el manto de larga cola que lucirá para siempre el Madrid de Carlos III.

—Aquí lo guardamos todo. Y más si hubiese espacio.

Acabados los peldaños, la comitiva se detiene ante una mazmorra de recia puerta que no parece haberse abierto en los jamases. Son los sótanos del Alcázar, que las llamas no dañan en absoluto.

—Esperen a que los hombres iluminen. Le hemos reservado este espacio en solitario. Para que se sienta a gusto. Je, je.

La luz se hace en la estancia, cuyas paredes llegan hasta el techo coronadas de mierda golondrina. Nada más entrar, el Rey tropieza con unas tablas y a punto está de caer, lo que evita Isabella tomándolo por el brazo.

—¡Vaya! ¡Hay más cachivaches! Muchas gracias, caballero. ¿No les decía? No hay sitio, pero vengan, vengan...

Cuando los hachones descubren por entero el cuartucho, los hombres examinan de qué se trata. Apoyado sobre tablas luce un gigantesco colmillo de paquidermo que se remata con una perfecta curva sobre sí mismo.

—Mide más de ocho varas. ¿Qué les parece? ¿No es magnífico?

—Lo es, Majestad, lo es —confirma Hermosilla.

El Rey se acerca y lo acaricia mientras un fámulo palatino lo sigue con el candil

bien cebado.

—Pues en su magnificencia va su castigo, o el nuestro, según se observe.

El señor de Puebla porfía en conocer.

—Perdón, ¿a qué castigo alude?

—Verán. Este colmillo se desentierra entre Fuencarral y Hortaleza en tiempos del Rey Felipe, el Tercero. Son tan desconocidas sus dimensiones que nadie en el reino es competente para darle nombre, ni origen, ni estofa. Por fuerza pertenece a animal antediluviano, como otros de fechas parejas que se titulan medallas auténticas del Diluvio por no avenirles mejor nombre, aunque aquí, fíjense, una mano humana la trabaja alrededor y traza una cenefa de tronos y murallas.

Hermosilla se acerca hasta tener a un palmo de las narices el arranque de la pieza, allá por donde más grueso es su talle, y dictamina.

—Sí, es la muralla que corona a Cibeles, a Rea y a Metragirta, símbolo de su poder sobre las creaciones de los hombres y sus ciudades.

—¿Y el trono?

—Bien podría ser el de Isis, la Gran Madre que falta a la reunión. En cualquier caso, tiene el mismo significado. Un colmillo muy oportuno para tener en cuenta en las obras del Prado.

—Bien, muy bien, Hermosilla —interrumpe el monarca—, pero la historia continúa. Permítame que hoy sea yo el erudito.

—¡Majestad...!

—Una vez que se encuentra, el rey Felipe acuerda incorporarlo a su gabinete de curiosidades naturales en el Alcázar y allí permanece ajeno a miradas extrañas. Sobreviene el incendio y aunque el colmillo se salva de las llamas, mi hermano Fernando, el Rey, lo da por desaparecido y lo oculta en este calabozo, como un condenado *in pace* más. Hoy es mi voluntad que remate su castigo y que el pueblo de Madrid conozca su existencia.

—Sabia conseja —adula el arquitecto de Llerena—. Finalice entonces su encierro.

—Hay algo más. Han de saber que la pieza es descubierta en la tierra al abrirse la calle que hoy todos llaman del Colmillo y que por hábil maniobra del rey Felipe y sus consejeros, la gente da en chismorrear que se trata de otro de menor tamaño que el comerciante Juan de Aspúr exhibe en su establecimiento. Un colmillo de auténtico elefante, ese sí, que la Corona ordena traer de África para dar el pego. ¡Ja! ¡Qué misión tan trepidante! ¿No les parece?

—¿Por qué tanto miedo a un colmillo? —arriesga Cenarrusa.

El Rey tiene respuesta para la curiosidad.

—Tanto miedo o más. Escucho las voces informadas de José Clavijo, Eugenio Izquierdo y Floridablanca, a quienes conviene que se remuevan las tierras del lugar, pues según su criterio, allí ha de aparecer la pareja y huesos de mucho interés para la ciencia, cuando no construcciones y objetos de épocas pasadas que darían a Madrid

una antigüedad extraordinaria.

—Concuerdo con ellos —dice Hermosilla—. No es concebible otro resultado con este colmillo tan extraordinario y trabajado.

—Me alegro de que sea así. Por el informe que el tercero de los Felipes encarga, sabemos que la pieza se encuentra donde hoy tienen propiedades los Pacheco de Avilés, los señores de Minaya, los Artillanos, los Gil-Dolz del Castellar, herederos de doña Eufrasia de Pignateli, y Saturno María de Ornano Portocarrero, marqués de Curazzo, así como otros de menor alcurnia y terrenos más exiguos.

—¿Se les consultó? —se interesa Lorenzo al escuchar el nombre del marido de Violeta.

—¡Oh, no! Nada saben del colmillo, ni de estos planes. Ése es el motivo por el que se lo muestro. Es mi deseo, deseo de la Corona, que se indague sobre los referidos propietarios, las condiciones de obrar allí y el modo en que esos restos sean expuestos dentro del Salón del Prado, en monumento, museo o vitrina que aporte a la ciudad nuevos méritos para ser visitada y admirada.

El grupo surge de las mazmorras y Hermosilla logra hacer un aparte con Lorenzo Chacón, el señor de Puebla.

—¿Por cuál empezará?

—¿A mí me corresponde? Lo supuse.

—¡Es un honor! El Rey confía en nosotros la misión, y no en Ventura, que es quien propone la antigüedad madrileña.

—Lo comprendo. Comenzaré por el de Curazzo. Sé que es el propietario de las mayores extensiones en Hortaleza.

—Para mí las tengo que su joven esposa es una de las damas más bellas de Madrid. ¿No la conocerás por casualidad?

—Por supuesto, y usted también, don José.

—¿Cómo? ¿Pasa por delante de mis narices la belleza, y no me entero?

—Estuvo sentado frente a ella en el salón de Leganitos, no hace más de cuatro meses.

—¡Pardiez! Es cierto. ¿Es aquella jovencita que acompaña a Curazzo y que usted no para de ojear como se hace con la leche al fuego para evitar que se derrame? Sí, la recuerdo. Muy bella y atractiva. Pero marchemos, que me duelen las ancas y ansío acostarme cuanto antes. El colmillo y las piedras del calabozo me han dejado congelado.

* * *

Madrid / Palacio Real

La llegada de Mayorga a Madrid no se produce hasta un día después de hacerlo María Luisa. Nada más arribar, la princesa salta del coche y se presenta ante el Rey, a quien habla de hilván aún sofocada.

—He regresado, Majestad. Un día antes de lo previsto.

—¡Ah! Sí, muy bien, María Luisa.

—Se lo digo porque quizás aún no haya podido recibir noticias de su hombre. Duerme embelesado en los campos de Castilla.

—¿Qué hombre? ¿De quién hablas, María Luisa?

—Del buscavidas al que le ordena espiarme y a quien le da esta carta para ello. De ése hablo —le reprocha la mujer en voz altiva, al tiempo que arroja sobre la mesa el salvoconducto sustraído a Mayorga.

—¡Ah! Ya sé qué me dices. Son preocupaciones de Cenarrusa, que nunca cree soldados suficientes para que os cuiden. A vos y a mi hijo. ¡Los herederos!

—Sí, ¡ja! Por eso yo no sé nada de su presencia en la comitiva.

—A veces es preferible dejar que ellos hagan su trabajo. A mí también me agobia tanta guardia. Acostúmbrate a ser institución, y no persona. Será un ejercicio de gran enseñanza para cuando hayas de reinar... Dios quiera que sea más tarde que pronto.

—Está bien, por si al hombre se le olvida informaros, os diré que en Medina de Rioseco hablo con el artesano Antonio de Saelices, y pronto dispondré de unos dientes de marfil filipino que me eviten esta ruina. Ése es el motivo del viaje y la discreción que pongo en él, habiendo como hay en la corte fisgones y cotillas que irían con el cuento a salones donde esa información podría ser mal utilizada.

—Muy bien, María Luisa, muy bien —acepta Carlos la prédica de su nuera—. Lo que tú decidas, estará bien. Y piensa que todo se hace por tu seguridad.

—Muy agradecida. Con su permiso, voy al encuentro de Carletto. Ardo en deseos de abrazarle.

Cuando la mujer abandona el saloncillo y tras esperar breves instantes, el Rey reclama a uno de los guardianes de puertas y le ordena sin ahorrar en volumen.

—¡¡¡Busque y traiga ante mí a don Emilio Cenarrusa!!! ¡¡¡Por los clavos de Cristo!!!

A los pocos minutos y a toda prisa, penetra el aludido desde la puerta que lleva a la Galería de la Tarde.

—Lo siento. Estaba en la cocina. Conflictos menores.

—¿Sabes lo ocurrido, Cenarrusa?

—Ni idea, Majestad.

—¡Pues menuda *Oreja* estás hecho! María Luisa regresa un día antes. Llega toda alborotada diciendo que la espío y que solo fue a poner en su boca dientes de porcelana, o de cabritilla. ¡Qué sé yo! ¡Y qué bochorno apencar la regañina! ¿No decías que tu hombre era el mejor? Pues solo le faltó a mi nuera arrastrarlo de los pelos ante mí.

—Es raro, muy raro que Mayorga haya podido fallarnos.

—Hable con él cuanto antes. Tengo que pararle los pies a esa mocosa italiana.
—Por supuesto.

III

CASTRO Y EL DÍA DE LA SANGRE

(1780)

Madrid / Calle de San Blas

Mayorga hace su entrada en la oficina de San Blas desvencijado de cuerpo y con gran desaliño de ropas. Le gustaría desaparecer, salir corriendo. Ser otro. Ser de espuma.

Para disipar cualquier tentación uno de los alguaciles lo recibe con nuevas.

—El carbonero Gutierre grita todo el día y toda la noche. En las últimas horas se echa a llorar y profiere lamentos al cielo. O lo trasladan, o lo sueltan, o lo matamos; de lo contrario es capaz de perforarnos las entendederas. Si éste no es inocente, que venga el Rey y lo aguante.

—Maldita sea. Que se calle y que espere.

—Lo mojamos varias veces y duerme empapado, pero ni con ésas cierra el pico. Clama su inocencia y jura que lo matará.

—¡Menudo inocente! Niega un crimen y promete otro.

—En su ausencia, un hombrecillo con hábito talar le deja un paquete a su nombre. Ahí detrás lo pusimos.

—¡Castro! ¡El memorando de Cibeles! Al menos hay una buena noticia, reconño.

—Y otro hombre porta un mensaje de palacio reclamando su presencia.

—Poco han tardado.

Dámaso desenvuelve con mimo los cueros que protegen el envío y comprueba que Castro cumple con premura el encargo de las quince hojas solicitadas. Mas no, adjunta una nota.

El sacerdote informa en ella que adelanta en el manojó un índice de contenidos, y que sobre ellos prepara el auténtico informe, pues tratándose de medio millar de hojas, le llevará un chisco mayor de tiempo.

—¿Medio millar? ¡Este hombre no tiene tasa!

Añade Castro que habiendo necesitado trasladarse a Madrid por asuntos relacionados con la implantación en Lugo de la Sociedad Económica de Amigos del País, le espera en el Convento de Santa María Magdalena de la Penitencia, en la calle Hortaleza, donde residirá el próximo mes, para informarle de los aspectos más escabrosos en torno a lo solicitado, de cuyo contenido adelanta también índice.

Aunque cansado y a la espera de la audiencia con el picajoso Cenasurra, Mayorga no demora ni un bostezo la lectura del memorando.

* * *

Memorando Castro (I)

El doctor Castro solo remite el índice del memorando solicitado, pero lo hace en el menor tiempo posible. A su término constará de quinientas treinta y dos páginas manuscritas con letra de imitación a bastardilla de muy fácil lectura, quince de las cuales contienen un resumen de todo lo que el erudito desarrolla después. Esas son las que adelanta en persona, apenas dos semanas después de ser encargadas. También está dispuesto a deponer de viva voz sobre los aspectos más heréticos de la consulta, pues juzga con prudente criterio que si un religioso como él deja negro sobre blanco según qué teorías, puede ser llamado por la Suprema y sufrir los siete sufrires.

En la decisión del simpático anciano pesa que no quiera desperdiciar la ocasión para que en la corte se sepa de su caudal de conocimientos. Aun así, en aras del pragmatismo, condensa el prólogo en una gavilla de holandesas, que Mayorga reproduce en su expediente con ahorro de numeración y referencias sobre el propio texto por economía de espacio y facilidad lectora, respetando eso sí el inconfundible sesgo narrativo de Castro. Son éstas:

MEMORANDO SOBRE EVIRACIONES, DISCIPLINAS Y FLAGELACIONES EN EL MUNDO CLÁSICO Y EN ESPAÑA, CON ESPECIAL ATENCIÓN HACIA EL CULTO DE CIBELES, REMITIDO POR EL DOCTOR JUAN FRANCISCO DE CASTRO FERNÁNDEZ, ABOGADO DE LA REAL AUDIENCIA DEL REINO DE GALICIA, CANÓNIGO, ARCEDIANO, PROVVISOR, VICARIO GENERAL, JURISCONSULTO Y APOLOGISTA, A INSTANCIAS DE DON JOSÉ MOÑINO Y REDONDO, I CONDE DE FLORIDABLANCA Y SECRETARIO DE ESTADO DE ESPAÑA, REMITIDAS A TRAVÉS DE DON DÁMASO JESÚS DE MAYORGA, COMISIONADO DEL INTENDENTE JOSÉ ANTONIO ARMONA Y MURGA

Proemio

Aún cuando desconozco a qué fines han de servir las humildes notas que con una premura a la que no estoy avezado se me han pedido, y dados mis exiguos conocimientos, tanto sobre el mundo antiguo como el moderno, solo he de advertir a quien utilice el memorando, que me propuse no dejar en el tintero ninguno de los que tengo a mano y que me ofrezco para ir en la procura de nuevos, si al final de su lectura así se me requiere, bien porque ciertos pasajes resulten insatisfactorios o incompletos, bien porque yo entienda por importante lo que para la pesquisa no lo es.

Índice a modo de resumen.

Inútil será recalcar que tal es la abundancia de paganismo y de prácticas abyectas

en la historia, que muchas de ellas han sido eliminadas hoy de la mayoría de las fuentes donde podrían ser recabadas. Su recuerdo permanece custodiado por la discreción de la Iglesia y la atenta vigilancia de hombres de recto proceder. Sin despreciar por ello que otros personajes menos cuidadosos hayan alcanzado también el conocimiento oculto y jueguen con él sin atención a prudencias.

He de afirmar que recibo la consulta con sorpresa, pues siendo la castración ritual y sus aledaños la médula de la misma, y al tener yo como primer apellido el de Castro, di en pensar que lo uno podría haber sugerido lo otro. Y no estaría mal traído de ser así, pues tanto el nombre de mi familia, como el de la eviración de la bolsa escrotal provienen de la misma raíz semántica, dicho sin ánimo de señalar el líquido del que se engendra la vida.

La coincidencia se explica por el resultado latino que deriva del griego *keázoo-ein* y del sánscrito *castram* (instrumento cortante), y que se materializa en *castrare*, un verbo que contiene los mismos valores tanto para expresar la conversión de un hombre entero en un eunuco, *eunuchizare*, como para la de talar árboles y arbustos, *tagliàre*, labor previa e imprescindible al levantamiento de un castro, y de ahí mi parentesco con el vocablo. Sé que esta audacia etimológica en nada ayudará al caso, pero habida cuenta la edad proveya a la que llego, no resisto la inmodestia de citar a mi familia.

Pero para atacar con justeza el tema que nos atañe, obligado resulta abandonar cercanas parentelas y buscar a la Gran Madre, a la Magna Mater de los tiempos líticos, que sin estar muy lejos de nuestros días, tampoco es cosa de verla como la hermana o la sobrina, que nos prepara la bullabesa de los domingos. Ni como la monja a la que visitamos de tarde en tarde en su convento. Lo advierto. Bien dice el ilustre jesuita, aunque caído en desgracia, José Francisco de Isla en su obra *Fray Gerundio de Campazas*, que Cibele es tanto como Tierra. Esta señora, doña Tierra, se dedica a espontanear frutos en libertad hasta que le da por reclamar al agrícola un esfuerzo y una colaboración antes de entregárselos. Cibele es eso y mucho más. Veamos.

La buscaremos allá donde se manifiesta; en montes, rocas o meteoritos; en piedras negras como el carbón, en columnas o betilos; en Agdo, el monte Ida o monte Kybelo; ya sea con su hijo a la grupa de un león en Haçilar; ya sea sedente en trono flanqueado por ellos, en Çatal Hüyük. Bien coronada de muros, en Yazilikaya; o en la vieja Europus de los romanos, antes conocida como Carquemís y citada en la Biblia como Jarablos. Caramba, ya me gustaría detenerme un rato en la bella Carquemís. ¡Ja! No puedo. Está lejos de mis huesos y de mis rentas.

Allí la tenemos como la madre Kubaba, el antecedente directo de la piedra que los musulmanes llaman la Kaaba de La Meca. No se lo digan a los interesados, que les disgusta saberlo, pero es así de sencillo. En la roca de la Sibila, en Delfos, en la Acrópolis, o en la que los romanos traen a la par que Cibele hasta el Vaticanus y hasta el templo de la Victoria en el Palatino de la ciudad eterna, que entonces aún no

lo es tanto, si pensamos que Carquemís ya es ciudad en el Neolítico, y Roma, la pobre Roma, tendrá que esperar cinco mil años para nacer. ¡Cinco mil! Fíjese bien en la cantidad quien esto lea.

Nótese aquí algo que interesa, pues si *ka'ba* es término yemení para lo cúbico, *kaahba* es usado en aquellas tierras para hablar de la mujer que a todos se da. Diría yo a riesgo de errar, que con ello quieren definir los antiguos a quien se tiene por prostituta, a quien con su cuerpo comercia y a todos deja entrar en su vagina, puerta de la vida, el consuelo, el placer y la existencia. La Gran Madre revolotea y enreda como solo las grandes madres saben hacer cuando algo les interesa.

En cuanto al nombre de Cibeles, temita por el que también se me pregunta, tres raíces se lo disputan, y no son muchas. Con la edad que se gasta, bastante más vetusta que la mía, me parecen pocos los hilos de donde tirar.

Tres posibles orígenes: el monte o ciudad de Cibelo, el nombre de un *archigallus* primitivo así llamado, y el *cibel*, o movimiento brusco de la azotea, símbolo de las convulsiones de sus *galli*.

Gallos castrados, atontolinados y sin cabeza, que llevan en cuajarones la sangre hasta las paredes, si están encerrados, y a todos los mirones, si van por las calles blandiendo los *castram* contra sus partes más nobles. O innobles, no sé.

Ahí va una listita con más posibilidades, por si la encuentran de su agrado y se la aprenden. Quita, quita; qué loco estoy. Perdón por la erudición, pero estas cosas, o se dicen, o se callan, y si se callan es como si no las supieses. Bueno, es ésta: *Cybelum* (*Kuvbelon*) = monte de Frigia. *Cymba* (*kuvmbh*) = barca. *Cymbium* (*kumbivon*) = escudilla sin asa, nuestro tazón, o el copón. *Cymbalum* (*kumbalon*) = címbalo, el instrumento musical que acompaña las ceremonias de Cibeles, como la nada al gregoriano. *Cybistema* (*kubivsthma*) = cabriola, o también voltereta; así, un poco descoyuntada. El *cybisteter* (*kubisthtkvr*) = está claro, el caballere que hace cabriolas o volteretas. Pero si me permite la inmodestia, aconsejo a sus estudiosos que incorporen a la lista el sánscrito *kliba*, que denomina a aquéllos que no se tienen ni por hombres, ni por señoritas. ¡Ja! Como la propia diosa, antes y después de cortarse los atributos. ¡Qué pájara!

* * *

Madrid / Palacio Real

Cenarrusa no levanta los ojos de un papel que se intuye relativo al viaje, a la princesa y a las andanzas de Mayorga en dormitorios.

—Tenemos muy malas noticias —informa al comisionado sin más saludos—. La princesa denuncia ante el Rey su presencia en la comitiva. ¿Cómo pudo ser tan torpe?

Los peores presentimientos parecen cumplirse. Ya no será el primero en informar al monarca y cuanto diga se pondrá en solfa. No es ocasión para la defensa, sino para el ataque; con tiento, pero ataque.

—¿Confiesa doña María Luisa al Rey su comportamiento durante el viaje? ¿Confiesa sus dos noches en Arévalo? —le espeta al consejero real.

Dámaso solo es testigo de una de ellas, pero ante Cenarrusa aventura que la segunda, sabiéndose la dama libre de vigilancia, ha de ser pareja a la primera.

—No, solo le habla de Medina, de Saelices y de la dentadura. ¿Qué cabe añadir de Arévalo?

Está salvado. Atacará con contundencia.

—Del encargo que se me hace antes de partir no deduzco que deba ocultarme de la princesa, ni de su comitiva. Soy, por decirlo así, un refuerzo para su séquito de seguridad. Ahora bien, si la señora no está informada de mi incorporación hasta mediado el viaje, es lógico que se incomode, dado la oculta tarea a la que pretende dedicar sus noches. Por otra parte, el hecho de portar un salvoconducto del Rey...

—¡Sí, pero el salvoconducto no es para enseñarlo a cada persona que se encuentre! ¡El Rey está profundamente disgustado, Mayorga! —y tras un silencio, añade—. ¿A qué oculta tarea se refiere?

—Siendo ése el ánimo de Su Majestad, callaré los resultados de mis pesquisas.

—¡Resultados! ¿Qué resultados pueden ser si lo narcotizan lejos de una posta?

—Lo que ocurre en Arévalo.

—Pero ¿ocurre algo? ¿De qué hablamos entonces?

—Desde mi llegada no hace más que abroncarme y repetir el fenomenal enfado que avinagra a Su Majestad, sin dar ocasión a que le informe.

—¡Rápido, Mayorga; no sea chiquillo! ¡Si tiene algo que deponer, no lo demore por más tiempo!

El delegado de Intendencia respira aliviado y sus palabras adquieren la fuerza y la contundencia que faltan a la cita.

—Cuando conozca el pelaje de lo que voy a narrarle, coincidirá conmigo en la conveniencia de no redactar por escrito informe alguno.

—Coincidiré... o no coincidiré, Mayorga. ¡Comience de una vez que pierdo hasta los bucles de la peluca!

—Lo que el Rey debe saber, pronto se enuncia. La princesa de Asturias recibe en su lecho los favores del capitán de su guardia de corps.

—¿De Mallo? Entonces es cierto. El Rey lo barrunta.

—Sí, de Mallo. Pero hay algo más.

—¡No me lo diga, Mayorga; no me lo diga...!

—Como quiera.

—¡Dígamelo, Mayorga! ¡Dígamelo por los cuernos de la Luna!

—Se trata del carácter que tienen estas relaciones, pues los encuentros entre la heredera y el capitán no son... cómo diríamos, del todo convencionales.

—¿No joden? ¿No se la mete el guardia por la horcajadura que une las dos piernas? ¿Acaso se la mete por vaso impropio?

—Sí, sí se la mete, se la mete. Por lo que logro escuchar, se la mete; pero antes de llegar a ese punto ocurren manipulaciones que preocuparán al Rey... y al príncipe también.

—¡Eso es lo que temo! —suspira Cenarrusa, dispuesto a escuchar la gravedad de una narración que le costará trasladar a oídos del monarca—. ¡Suéltelo ya y salgamos de esta tortura!

Mayorga ve el cielo abierto para contarle.

—De eso se trata.

Cenarrusa capta el circunloquio.

—¡¡La tortura!! ¡El capitán tortura a la princesa!

—Usted lo dice.

—¡Me cago en los Picos de Europa! Usted perdone. ¡Se dan a la saña! ¡A la saña y al fornicio!... ¿Mucho?

—No sería capaz de medirlo, pues carezco de ejemplos para establecer comparaciones, pero para no restar veracidad a lo que sucede, sepa que ella sangra y que las heridas no han de ser menguadas por los gritos y suspiros que a mí me llegan.

—¡Sangre!

—Como la de los flagelantes de Semana Santa.

—No blasfeme.

—No lo hago, describo.

—¿Método?

—El mismo, o parecido. Gato de cinco, seis o nueve colas, no puedo precisarlo, con final cortante y uso de la empuñadura.

—¡Dios! ¿En el vaso impropio?

—Y en el propio.

—¡Cielos! ¡Estamos en el disparadero de Dosindito!

—No agrave lo que no se certifica.

Cenarrusa brinca en su silla.

—¿Que no agrave? ¡Gato, latigazos, sangre, empuñaduras...! ¡El ano! ¿Qué más gravedad quiere añadir? ¿Una declaración de la princesa diciendo que es ella quien ordena la muerte del niño porque disfruta con padecimientos propios o ajenos?

—Nada de eso se deduce de lo que le cuento. La responsabilidad de Su Alteza en el infanticidio del Alamillo es la misma antes y después de este viaje. Sí, es cierto que sus placeres de la carne son dignos de sospecha, pero ni acusan, ni eximen, y si por fuerza tengo que dictar sentencia sobre ellos, me inclino por absolverlos, pues al final de la jodienda, doña María Luisa y el capitán mantienen un diálogo que apoya su inocencia.

—Algo es algo.

—Es bastante.

—¿Y las manos? ¿Intervienen las manos?

—Sí, pegan y aprietan. Me atrevería a añadir que jamás acarician, al menos él a ella.

—¿Y ella a él le zurra?

—No, en estas ocasiones, no.

—¿Diálogo entre los amantes?

—Sórdido, bajo, vejatorio, soez, insultante... Él la trata como a la peor de las mujeres, la desprecia y la hace sentir sucia, lo que parece agradarle sobremanera. Tras el acto y unos instantes de sofoco en silencio, él recupera el tratamiento y las distancias en las categorías, dentro de lo que cabe.

—¿Y besos? ¿Se besan?

—Desde mi observatorio solo puedo asegurar que la mujer le reclama sus labios para sus doloridos pechos.

La *Oreja del Rey* quiere llegar al fondo del encuentro, por si luego es interrogado, que lo será.

—¿También los pechos han sido golpeados?

—Por lo que ella solicita, deduzco que sí.

—¡Jesús! ¡Qué mujer!

Emilio Cenarrusa se dirige a la ventana. Tiene alféizar abierto a la antigua galería del Cierzo, tal como se la llama en las divisiones del antiguo Alcázar. Hoy deja ver el Patio del Rey. La abre a la espera de recibir un golpe de aire fresco que lo reanime. Mayorga adivina el malestar de Cenarrusa porque él mismo acaba de padecerlo, antes de encontrar el bálsamo en el biruje de la noche castellana, hace apenas dos jornadas.

Repuesto en parte del trance, el hombre se vuelve al comisionado.

—Le ruego, don Dámaso, que no haga uso de esta información. Estaremos en contacto y en cuanto haya despachado con Su Majestad, acordaremos los pasos a dar.

Antes de que acepte en conforme las instrucciones, suenan rotundos unos artejos golpeando en la puerta.

—¿Quién se atreve a importunarnos...? ¡Sí, adelante!

Quien llama es el teniente González de San Martín, jefe de la guardia de palacio aquella mañana.

—¿No le advierto que no nos molesten bajo ningún pretexto? —relincha el secretario real.

—Lo siento, señoría. Pero son órdenes del Rey.

—¿Desea verme?

—No, su intención es informarles que se acaba de descubrir en Madrid un nuevo cadáver insepulto.

—¿Dónde? ¿Quién es? ¿Qué sabemos?

—Lo encuentran en la carbonería de la calle Relatores. Se trata de un corpulento varón de raza negra.

—¡Recoño! ¡El Negro Tomás! —exclama Mayorga.

—¿Lo conoce?

—Sí, hasta ahora era uno de los sospechosos.

—Pues para mí las tengo que puede ir borrándolo de la lista —ironiza Cenarrusa, a quien la noticia provoca una repentina alegría que se traslada a los músculos de su rostro.

—Puede retirarse, teniente.

Y cuando González de San Martín abandona el saloncito, Cenarrusa le espeta emocionado al investigador.

—¿Se da cuenta? ¿Comprende mi satisfacción?

—La verdad es que no demasiado.

—La muerte de ese negro del que usted malicia está relacionada con la del niño, ¿cierto?

—Con toda probabilidad.

—María Luisa tiene una coartada de al menos tres días. No parece que pueda relacionarse a la princesa con esta nueva víctima, ¿qué opina?

Mayorga tira de la leontina, consulta con estilo cortesano el reloj y le responde.

—Que le asiste toda la razón. Le acabo de transmitir mi convencimiento de que Su Alteza nada tiene que ver con Dosindito y la muerte de Tomás lo corrobora de forma fehaciente, pues permanece dos días fuera de Madrid. Por lo tanto, con su permiso, si no precisa nada más de mí, me encamino de inmediato a la calle Relatores. Quisiera examinar la víctima *in situ*.

—Vaya, Mayorga, y ojalá encuentre la luz que destripe el misterio.

Antes de llegar a su cabalgadura, Dámaso tiene tiempo para constatar que la alegría de Cenarrusa es comparable al vacío que se cierne sobre él. El Negro Tomás cae de la lista de culpables, y aunque su cadáver aparece en la carbonería de Gutierre, el más imbécil de los vecinos sabrá a estas alturas que al carbonero nada le relaciona con el asesinato y que carece de sentido mantenerlo en la trena ni un minuto más.

* * *

Memorando Castro (II)

La forma del cofre donde adoran la piedra negra evoca las aberturas femeninas. Una circunstancia que no dejo sin mencionar aunque no se avenga a mi estado sacerdotal. La piedra negra bajo la que se adora a Cibele en Pesinunte, el aerolito negro de Elagabal en Siria y el de La Meca, se funden en la Gran Madre que sobreviene como bólido del espacio, pues es negra como el limo que da la vida y su entrada oval remite a la cava, a la cueva, a la qabala y a tantos grimorios. Que conste que la idea va cogida por alfileres, ¡pero son ustedes tan apresurados! Menos mal que en el

memorando me explayo en explicaciones que no les defraudarán. ¡Por mi apellido que no!

Creo haber avanzado en el tiempo sin resolver lo que a la historia se debe; de modo que para remontarnos al inicio y venir con él hasta hoy en el relato de la mitología, conviene mencionar a Agdistis, la deidad frigia ya presentida, cuando hablamos de sus características andróginas. A su verdadera esencia nos acercamos con tiento, pues como las autoridades lectoras no ignoran, a mayor distancia, mayor es el bulto.

Este Agdistis, que de macho tiene una parte y de hembra la otra, debe su nombre, según expone el retórico cristiano Arnobio en su *Adversus nationes*, a un monte de Frigia que llaman Agdo. Otros estudiosos niegan su condición de monte y lo describen como un acantilado, a buen seguro por lo pronunciado de su pendiente. ¿Ustedes dirían que existen acantilados en la moderna Agde francesa, fundada por los griegos a poca distancia de las Saintes-Maries-de-la-Mer, que tanto nos interesan? ¡Toma y tantos! Preciosos acantilados volcánicos con sus cuevas de burbujas. Plof. Una cueva.

Ahora me pondré serio un buen rato, pues las cumbres de las montañas, los pinganitos y sus picos más escarpados son frecuentes domicilios de la Gran Madre. Así como ella los ocupa en majestad pagana, así será preciso que con el venir de la razón y la fe verdadera se instale allí la Virgen llamándose Nuestra Señora de las Nieves, como tal ocurre en Santa Maria Maggiore de Roma, levantada sobre un templo de Cibele. Pero también del Monte, de la Cresta, de la Sierra, de los Picos, de la Peña de Francia, de la Peña que no sea francesa, de Montserrat, del Valle, o del Refugio. De la misma forma, otra será la Virgen de la Cueva, de tantas evocaciones mitraicas y femeninas, a la que se solicita que llueva, no solo por la rima que se consigue en la canción infantil y que a mí siempre me pareció un desperdicio. Fíjense que se canta: «que caiga un chaparrón, con azúcar y turrón». ¿Dónde quieren que jarree? ¿Encima de los niños? ¡Los mata! ¿En el campo? Se echa a perder y escachifolla las cosechas. El maná no; el maná venía compacto y blandito.

En Agdo pues —un lugar en cualquier caso cercano a la llamada Pesino o Pesinunte—, Zeus, por sueño erótico, magia interpuesta o polución nocturna, eyacula su semen sobre la tierra que llaman Cibele y ésta engendra a Agdistis, poseedor de las dos fuerzas de la naturaleza para engendrar nuevos seres y bello como la plenitud de un sol y una luna que fuesen capaces de encontrarse juntos en el firmamento. ¡Qué aventuras tan fantásticas! ¡Comparables a la vida de Benevenuto Cellini! ¡Nada así ocurre en nuestros aburridos días, salvo la expulsión jesuita, y hay días que ni eso!

La belleza y la voraz gazuza carnal de ese nuevo ser llamado Agdistis despierta la envidia de los dioses, los muy pillines; pues siendo ellos tan poderosos y anteriores en la generación del Olimpo frigio, no alcanzan más allá de la categoría de un rebuzno ante el recién llegado, o la recién llegada, que en esta historia uno se pierde en los géneros. Entonces largan lenguas por doquier sobre su actividad amatoria.

Habría que verlos, chismorreando por las esquinas olímpicas como porteras ociosas.

El castigo que se merece Agdistis ha de ser ejemplar, y ya que son ellos quienes lo imponen, nada mejor que la pérdida de lo que la, o lo distingue y hermosea entre las jambas. ¡Lola! ¡Qué grandísimo nombre para un hermafrodita se pierde! Siempre que pasa igual, sucede lo mismo, querido lector.

Bueno, prosigamos. Por todo lo expuesto, encargan a Dionisio que realice la rebanada cuando Agdistis duerma bajo los efectos de un morapio, que él mismo derrama en el recipiente que utiliza para beber, de manera que la beldad se embriaga y cae en brazos de Morfeo.

Tras ser rapado, su miembro se entierra en los parajes de Agdo, pero el malvado, y a la vez divino plan, se trunca por la fuerza, pues del pene de Agdistis prenden y brotan las raíces de un nuevo árbol, el almendro, cuya blanca flor anuncia la primavera y asegura la repetición de los ciclos. Otros aseguran, y así lo recojo, que el fantástico árbol es un granado, pero para mí las tengo que se trata del primero de ellos, cuyo nombre griego es *amygdala*, o sea, las amígdalas parecidas a las almendras, los testículos parecidos a las amígdalas y las almendras en flor parecidas a lo que Agdistis acaba de perder vía *castram*, o también vía yo. Lo sé, lo sé; no sigo por ahí, que Roma no paga por chistes.

Nadie niega hasta hoy que la eviración del padre de Atis no fuese *motu proprio*, pues a manera de cuentecillo gracioso, se narra que en un gesto de gran humor, cuando dormita, Dionisio le ata la bolsa escrotal a los pies, de manera que al despertarse Agdistis, por culpa del brusco movimiento inicial, se la autoamputa. ¡Clap! La bolsa sí, pero no la vida.

* * *

Madrid / Palacio Real

La princesa es y no es. El Rey sufre y disfruta. Se conforma al saber que podrá rebatir ante quien sea los libelos que se lancen contra María Luisa. Tiene escudo si la acusan de asesina, pero callará si hablan de Mallo. ¡Mallo! ¡Qué espadón pierde la tropa, la milicia, la batalla! ¡Caer en el campo del honor! ¡Qué distinción! El Rey recuerda entonces la enseñanza recibida por sus primos de Parma y la siempre controvertida presencia del padre del sensualismo, el abate Étienne Bonnot de Condillac, cuando María Luisa y Fernando eran sus pupilos. ¿Sería de verdad tan nefasto aquel hombre que agoniza en la abadía de Flux, en Beaugency? De Fernando se le conoce la soltura de su mano y hasta sus oídos llega un día el sopapo que le suelta a su hermana cuando ésta le obliga a tratarla como reina, pues ya se ve soberana de las Españas y le afea que él se quede tan solo en duque de Parma. ¡Toma, reina de las mocosas! Le

suelta entonces el guantazo. Llegarás al trono, no te lo niego, pero yo seré el único duque que haya abofeteado a una reina de España. ¡Caramba para Fernandito! ¿Le habrá quedado a María Luisa el gusto por los cinco dedos? Piensa Carlos mientras se calza la segunda bota montera.

* * *

Madrid / Calle de las Infantas

En la calle paralela a la del Colmillo, la de las Infantas, se levanta un tanto desmochado el hotelito de los Curazzo. Son dos plantas y una torre muy vistosa, que Violeta utiliza para aislarse, para no estar, y la misma que a tal fin sirve también al marqués cuando ella se ausenta y entonces don Saturno recibe, a esos amigos que jamás se cruzan en sus cenas de matrimonios. Francmasones, jesuitas de paisano, hombres que saben hablar de secretos y de monumentos italianos, así como algún conspirador recién llegado de Francia con nuevas sobre lo que allí se cuece contra los Capetos. Así los describe Curazzo a quienes le preguntan por tan oscuros personajes que no pueden lucir a la claridad del día, ni en cenas de copete.

—Más vale pasar por negro, que permitir al enemigo que lo sospeche —suele acusarse don Saturno en las tertulias para que nadie se pavonee de saberlo y otro lo repita a grandes voces: «¿Saben lo que se comenta de las amistades de don Saturno?».

No, mejor es dejarlo por sentado y que nadie se atribuya el descubrimiento.

Don Saturno va a recibir hoy la visita de otro personaje, también ilustrado y también de amplios conocimientos italianos, pero menos negro que sus amigos habituales. Es el señor de Puebla, don Lorenzo Chacón, que desde el día anterior se regodea por el encargo que recibe del Rey. Ése, precisamente ése, sonsacar a los Curazzo. Nada podría ser tan excitante entonces como hallarse ante el marido de Violeta y quizá, si la suerte está de cara, escuchar cómo ella le habla sin hipidos sabiendo que quien tiene delante es el mismo que en ocasiones la penetra y zarandea, sin haber cruzado con él otra palabra que las que salen sin querer de un cuerpo masturbado.

Tras la reja del jardín aparece a su encuentro un lacayo de librea. Dos chiquillas se cruzan en el parterre de arrayán y se ríen nerviosas de su buena planta. En el centro del camino se abre espacio para una galapaguera que conserva cinco tortugas. Dos son de tamaño extraordinario y sirven a Saturno de chiste para las visitas: «Éstas son tan ancianas que vieron a Jonás saliendo de la ballena». Las mocitas comprueban que el de Puebla es bien parecido, como pocos de los hombres que acuden al palacete, y a sus risas les contesta el arquitecto sin envararse. ¿Serán sobrinas de Violeta? ¡Hijas,

imposible! ¿Las aporta don Saturno al matrimonio? Edad tiene para ser su padre y hasta su abuelo.

El lacayo de escaleras arriba, el que atiende al servicio en las habitaciones de los señores, lo conduce al interior y allí lo deja.

En el saloncillo donde espera al marqués se advierte el gusto de Curazzo por lo clásico romano. Todo lo preside un tapiz de ninfas muy florido, enmarcado por dos columnas de caulículos y acantos, los bustos de tres patricios muy notables y un jarrón de Capodimonte, *rifinito in oro zecchino*, pulido con oro de monedas de la república veneciana llamadas cequí por proceder de una ceca, como bien sabe Lorenzo, gracias a su estancia en esas tierras y a su costumbre de preguntar por todo aquello que pueda servirle para el dibujo. Ningún otro erudito en todo Madrid, ni siquiera el propio Curazzo, sería hoy quien de calificar aquel oro de *zecchino*. Valiente tontuna, piensa Lorenzo, mientras se inclina sobre ella para observar desde cerca el repujado.

No son piezas que le resulten extrañas, pues no hay en Roma casa, finca o residencia que no recurra a esos argumentos para dar a las visitas la bienvenida, pues creen en aquella península que nada engorda más a la riqueza que mostrar la que se tiene sin recato ni medida.

—¡Señor de Puebla! ¡Qué honor me hace con su presencia!

El de Curazzo tiende la mano al visitante y éste la acoge muy resuelto. Lo encuentra más joven que aquella tarde en el salón de Leganitos. Aun así, confirma que es un baldragas, de cuerpo magro y encogido, más propicio para viajar en calesa, que dispuesto a grandes cabalgaduras. Son sesenta años bien cumplidos, nada más. Comprende que siendo así, Violeta lo busque en sus citas, pues supone que las noches de Curazzo no han de ser de valimiento para una mujer de la que él dispone en posturas siempre nuevas, que la eleva en cien piruetas y que solo tras gran combate se decide a soltarse de su enganche.

Todo eso lo piensa mientras acomete la reverencia del cumplido.

—Marqués de Curazzo. Soy portador de los saludos de don José de Hermosilla, que me pide los transmita también a su esposa.

—¿La conoce?

—Sí, coincide con ustedes en el salón de Leganitos, cerca de la casa de don Ventura Rodríguez.

—¡Ah! ¡Sí! Vamos algunas tardes, pero no recuerdo yo a Hermosilla por allí.

—Es hombre retraído. En próximas ocasiones hará por presentarse, pero vayan los saludos por delante.

—En fin, se los daré. Pero, dígame. ¿A qué la nueva de su presencia?

Los dos hombres toman asiento y Lorenzo de Puebla da inicio al parloteo.

—Es voluntad del Rey que se produzca esta entrevista.

—¡El Rey! ¡Caramba! —exclama don Saturno de Curazzo, muy complacido.

—Verá. Alguna vez se habrá preguntado a qué orígenes podría responder el

nombre de Colmillo que se da a esa calle cercana, donde tiene propiedades, si nuestras informaciones son correctas.

—Ciertamente. No se equivoca. No solo lo hice al recibir esas heredades, sino que indagué la respuesta entre gentes que allí mismo me hablan del tendero Roque de Sagarito, que en su portal vende cuerdas, bramantes y coloniales. Y por grabar en el dintel de su establecimiento un gran canino, al pueblo le da, como hace siempre, por bautizarla como la del Colmillo. Otros me lo niegan y juran que en realidad la tienda es de Juan de Aspury y en ella existe, un enorme colmillo, pero no grabado, sino de marfil africano.

Lorenzo le sonrío no exento de malicia.

—La historia no es errónea, pero tampoco completa; al menos hasta donde hoy se alcanza. Es en tiempos de don Felipe III cuando allí se abren tierras que sirven para que la ciudad crezca y quieren las luces del conocimiento que las piquetas tropiecen con un colmillo que por sus enormes proporciones con ningún animal vivo se identifica.

—Pero sí con mamíferos antediluvianos —especula don Saturno.

—Ese es el criterio del Rey y de los sabios que lo asesoran.

Y como por ensalmo, el saloncito se ilumina con la presencia de Violeta, que acude despistada en reclamo de don Saturno.

—Es la marquesa de Curazzo, mi bella esposa —hace las presentaciones el hombre—. Violeta, saluda al señor de Puebla, que nos trae un apasionante relato de cuernos y colmillos.

La mujer se azora, pero al punto deja su mano en el aire para que Lorenzo la bese con la inclinación debida.

—Señora, es un placer...

—Violeta aún no conoce a mucha gente en Madrid...

—Al señor de Puebla sí lo conozco...

Lorenzo la escucha embobado. El marqués frunce el ceño en señal de intriga.

—¿Ah, sí?

—Coincidimos en el salón de Leganitos, ¿no te acuerdas, cariño?

—Es cierto, aquella tarde, antes de la cena. El señor de Puebla acaba de traerme a la memoria la presencia allí de don José de Hermosilla. ¡Qué feliz coincidencia de los cuatro!

—En fin —zanja Violeta—, les dejo. No quiero importunar.

—Puede quedarse, por lo que a mí respecta no porto reservas de palacio... —media Lorenzo, complacido por aquel juego de la simulación tan excitante.

Pero el de Curazzo ataja.

—La marquesa debe atender sus ocupaciones.

Violeta se retira y cuelga la última mirada en los ojos de su amante secreto, tan secreto que es ahora cuando por vez primera escucha su voz, y no susurros. Ambos se gustan en la nueva dimensión y convienen que sus voces respectivas responden al

modelo que de ellas ensueñan en placeres solitarios.

* * *

Madrid / Calle Relatores

A las puertas de la carbonería lo recibe un griterío desorbitado que forma gran guirigay, aunque logra distinguir algunas frases.

—¡Justicia! ¡Un asesino se burla del Rey!

—¡Libertad para Gutierre!

—¡Gutierre inocente!

El comisionado observa que uno de los que así vociferan a favor del carbonero es el mismo que días antes entra en su despacho para molerlo a palos. Ese pensamiento le da fuerzas para apartar a los allí amontonados, muchos de ellos llegados del Alamillo, de Milaneses, de Puerta Cerrada, de la Cruz Verde y de la plaza del Corpus Christi, a la que los vecinos dan en llamar de los Salvajes, por los dos Hércules que adornan la casa de García de Cárdenas. Todos se juntan a otros desocupados que hablan de la maldición de Madrid, así como de venganzas y perversiones sin cuento.

—Paso a la autoridad de la villa, si no quieren que ordene el desalojo y llene los calabozos de vagos y atorrantes.

Dos alguaciles de la Alcaldía de Casa y Corte vigilan la puerta e impiden que el tropel irrumpa en masa. El propio alcalde del Cuartel de Palacio, Miguel Joaquín Lorieri, está dentro del almacén de carbones y su recibimiento a Mayorga deja bien a las claras los humos que se gasta.

—¡Comisionado Mayorga! ¡Hace más de una hora que espero su llegada! ¿Dónde se encontraba? ¿Consolando a alguna viuda de las muchas que a su paso va dejando por Madrid?

Dámaso olvida quien le habla y sin pensarlo dos veces lanza contra el alcalde su puño bien cerrado, que le destroza las narices y da con su cuerpo en tierra, bañada la pechera en sangre y su culo en carbonilla.

—¡Maldito Mayorga! ¿Quién se cree que es? —gruñe Lorieri desde el suelo, mientras se limpia la sangre del morro.

—¡Guardias! Lleven al alcalde a que le cosan las napias y aléjenlo de este lugar. Su vida corre peligro.

Lorieri se revuelve.

—¿Qué hacen? ¿No ven que me acaba de agredir?

—¡Llévenlo! ¡Si sigue sangrando así, pronto habrá aquí dos cadáveres!

La marcha del alcalde flanqueado por los agentes no está exenta de nuevas imprecaciones.

—¡Lo pagará muy caro, Mayorga! ¡Utilizaré todas mis influencias!

Dámaso no quiere zanjar el episodio sin tener él la última palabra.

—Dígaselo al Rey. Estará encantado de saber que no solo es incapaz de esclarecer los crímenes que se producen en su cuartel, sino que se dedica a entorpecer las diligencias.

Desaparecido el alcalde, Mayorga bromea con los dos alguaciles que permanecen en la carbonería.

—Sin más moscones que espantar, vayamos a la tostada.

Los hombres ríen agradeciendo la confianza de quien identifican como la máxima autoridad en la pesquisa.

—¿Cómo y cuándo se descubre el cuerpo?

—Esta mañana. Lo encuentra el hombre de Abastos que desde que no está Gutierre se encarga del reparto de carbones para que no falte suministro a la clientela.

—¡Gutierre! Sí. Habrá que ponerlo hoy mismo en la calle.

—El de Abastos abre como siempre a primera hora, y de repente ve el cuerpo donde todavía se encuentra.

—¿Es seguro que no lo mueve?

—Eso nos dice y hay que creerle, porque es hombre asustadizo. De hecho pide permiso para ausentarse pues se encuentra mal.

—Conozco esos síntomas. Bien, bajémosle con cuidado.

Mayorga y los dos hombres suben hasta la montaña de carbón y toman el cadáver. Nada más hacerse con el cuerpo, se derrumba una ladera y los cuatro descienden a trompicones.

—¡Ya debería tener experiencia en andar sobre montoneras, carajo!

El rostro del muerto está ahora al descubierto. En efecto, se trata del Negro Tomás, que a diferencia de Dosindito permanece con su ropa habitual, la que viste en la oficina de la calle de San Blas cuando Dámaso le da franquía.

El comisionado examina el cuerpo y halla otras diferencias. La primera y más sobresaliente es un enorme tajo en el cuello que casi le separa tronco y sesera. El hombro izquierdo está destrozado con gran violencia. Podría ser el efecto de un fuerte golpe de hacha, o de un arma contundente, pues aparenta que solo se descarga un ataque para producir esa herida. Otra diferencia notable es que no aparecen las huellas de ninguna soga, ni es azotado en la espalda con gato alguno.

Algo asoma de su boca. Un trozo de carne se diría. El comisionado se la abre con dificultad por la rigidez del cadáver y a sus ojos se presenta lo que puede ser... el trozo... un desgarró de... ¡un pene! ¡El suyo!

Baja la vista y al iniciarse el calzón que se presume de seda azul por ser el color obligado para ir al pescante de las calesas aristocráticas, Dámaso advierte los graves destrozos ocasionados y una mancha negruzca y redonda que enmarca nuevas heridas. Revuelve aquello con la punta del puñal, pero no es capaz de apreciar lo que allí hay, confundida la oscuridad del lugar con la negrura de la víctima.

—Ayúdenme a bajarle el calzón.

Los guardias se miran retraídos, pero obedecen sin rechistar, quizá por miedo a sufrir el mismo trato que Lorieri. Liberada la botonadura, entre los tres logran retirar hasta las medias las ajustadas cirolas de Tomás y ahora es cuando su vientre muestra las manipulaciones a las que es sometido.

Dámaso maneja de nuevo el puñal, pero en esta segunda ocasión, comprueba que en efecto el cuerpo carece de la mitad del pene, arrancado, atarazado o mordido de manera que el resto presenta desgarros inequívocos de la violencia utilizada y algún corte en paralelo al asta que solo puede inferirse con un cuchillo de fina hoja, quizás un arbelos de zapatero o un jifero.

—Lo que falta lo tiene en la boca.

Comprueba también que permanece la bolsa escrotal, pero que es sajada a lo largo del rafe con un corte que parte en dos el suspensorio natural. El tajo divide la bolsa de punta a rabo. El comisionado hurga de nuevo entre los restos de aquella piel arrugada y descubre la presencia de lo que parece ser una hoja partida en dos, cuyos trozos se han pegado a la base del órgano, sin duda por el efecto de una crema, un bálsamo o la propia sangre. A su lado se encuentran también lo que parecen ser unas bayas, quizá de la misma planta. Con ayuda del arma las separa de la carne y las lleva hasta la doblez de su pañuelo, volviéndolo a plegar con sumo cuidado. Acabada esta operación, regresa a la carga con el escroto, o lo que de él queda, y sin esperar mejor diagnóstico, concluye con el suyo propio, que por su sencillez, es entendido al primer folio:

—Las bolitas han desaparecido.

* * *

Memorando Castro (III)

Tómenlo como un cuento. Del fruto phalógeno germina una almendra —o una granada, por ser permisivo con los más heterodoxos—, que crece en el vientre de Nana. ¿Y quién es Nana?, se preguntarán ustedes. Pues Nana es la hija del dios fluvial Sangario, que como tal nace de Océano. De aquella soberbia fusión espermática emerge al mundo Atis, cuya historia tanto se aviene a la consulta realizada. Este río, el Sangario, es reconocido hoy como el Sakaria Irmak, o bajo los nombres de Gallo y Sarkaya. ¡El río Gallo! ¡Oh, oh, oh! Le dedicaré unas hojitas en el memorando general. A él y a todos los ríos Gallos, Gayos, Gallegos y Gallegos que existan.

Atis sufre el abandono de mamá/papá y la criatura se queda al cuidado, fíjense bien por dónde vamos, de un macho cabrío que lo alimenta con miel y leche. Apis

Atis, convendría llamarlo, ¿no creen? Al lado del cabrón adquiere bellas y proporcionadas formas, como corresponden a un origen tan pimpollo como el suyo, pero que en su caso lo sumergen en las procelosas aguas del incesto y de otros vicios que tienen los dioses y que a los humanos nos repugnan bárbaramente. A mí, desde luego; claro que siendo cura y viejo...

Sí, ya lo escribo hojas atrás. La belleza de Atis Apis no pasa desapercibida en la familia y claro, enciende el amor de su progenitor, el andrógino Agdistis en su vertiente femenina, de su abuela Cibeles y de la madre que los parió a todos, dicho sea con el máximo de los respetos para la divina corte.

Está profetizado. La tragedia sobreviene cuando Atis se traslada a Pesinunte para celebrar su boda con Ia, la hija del rey Midas, a quien en otros lugares llaman Gallos, ¡ja! ¡Gallos!, y de la griega Hermódice. Como vemos, el muchachuelo se fija en una moza que no pertenece a su familia y rompe la tradición. Estos niños... siempre vienen con algo nuevo. ¿No se podría enamorar de su madre, o de su abuela... como es habitual en su casa? No, señor. Tiene que dar la nota e irse con Ia, que sería monilla, no vamos nosotros a negarlo, pues no la conocemos de visu, Dios nos perdone, pero que lo meterá en unos líos fenomenales como que me llamo Juan Francisco. También le jura a Cibeles que se mantendrá célibe, o en todo caso, que solo de ella se enamorará, o algo parecido. Son pamemas que los adolescentes prometen sin ton ni son, y claro, las acaban incumpliendo.

Día de la boda. Fiesta por todo lo alto. ¿Habría pastel de almendra, o turrón del Mediterráneo? Seguro que no tienen el detalle. Al rey Midas le van más otros frutos de la naturaleza, las pepitas, los novios y los invitados cantan el himeneo en compañía del Rey y de su señora esposa. Cancioncillas tradicionales, algunas de ellas muy picantonas, con referencias constantes a lo que hará o dejará de hacer aquella noche el novio con las cuevas de la novia. ¿Qué si tengo las letras? ¡Las tengo, las tengo! Y alguna pondré en el memorando general para que vean cómo se las gastan en esas justas matrimoniales sin ahorro de procacidad.

Nada hace predecir que peligre la vida de los contrayentes y de todos los mortales; pero, señores, traigan a su cabeza sones de tragedia.

La aparición de una enfurecida Agdistis se materializa en un disloque de índole libidinoso que a todos afecta. Los invitados desean gozar entre sí y aquello, más que una boda, parece el aquelarre del gran macho cabrío el día de Satanás, si lo tuviese el muy cabrito. Ia, la recién desposada, monilla ella como quedamos, se amputa los pechos. ¡Qué barbaridad! ¡Qué desperdicio para la santa infancia! Atis y Midas, no teniendo mejor entretenimiento, se emasculan, como ya lo está Agdistis. ¡Hala! ¡Todo fuera!

Si hablamos de Cibeles como Gran Madre —Mater Deum, Magna Idaea—, otro tanto corresponde hacer con nombres que le son parejos, como aquéllos que aluden a su condición nutricia, como Tierra, Ceres, Opis, Telus, Humo o Telumón, por no copiar la lista entera, que va en otro lugar y que se consulta con un simple

movimiento de dedos.

Reparemos también en los que se deben a lugares diferentes, como Isis en Egipto, Hera de Samos, Venus Ericina, Artemisa de Éfeso y Creta, Dindymene del monte Dindimeno, Sipyrene, del monte Sipio, Mater Phrygia, Mater Idaea, del monte Ida, Atargatis en Hierápolis, la diosa siria que fue Tanit en Cartago, Astarté para los fenicios, Istar en Babilonia, o Inanna en el Sumer. Cibele es también Berecintia, Maya, Medea, Rea, la Bona Dea, Metragirta, Epona, Ma, Matriz, Ope, Fatua, Arida, Juno, Proserpina o Vesta. La misma que luego se va a desdoblar en un hermafroditismo moral, dando lugar a una parte femenina y bondadosa que llaman Esther, y a otra masculina y diabólica, que será Astaroth. ¡Uff!

La leyenda se complica y entrevera. ¿A que sí?

* * *

Madrid / Calle de las Infantas

El de Puebla y su anfitrión Curazzo retoman la historia del colmillo.

—El Rey, hablamos de Felipe Terzo, guarda la mencionada pieza en el Alcázar, que tras el incendio se salva y se oculta en las nuevas bodegas del palacio. El tiempo pasa y hoy no encuentra el monarca motivo alguno para que al pueblo se le hurte la contemplación de tan memorable defensa paquidérmica.

El marqués de Curazzo aplaude la iniciativa de la Corona.

—Un proyecto digno de encomio, digno de un adalid de la ilustración.

—Quiere el rey Carlos que la huella prehistórica luzca en el Salón del Prado, o en el de los Agustinos Recoletos, cuyas obras se acometen sin pausa, ya hacia Atocha, ya hacia la Fuente Castellana. Yo mismo tengo el honor de trabajar en ellas y ésa es la razón que me trae hasta aquí.

—¡Formidable! Una duda me asalta, aunque no baladí. ¿Qué busca de mí el buen rey Carlos? ¿Cómo puedo ayudarle a conseguir fines tan cimeros?

Lorenzo de Puebla pierde la vista entre las piezas romanas del salón antes de responder.

—Deduzca conmigo. Si la defensa del elefante se halla a poco que se escarba ¿no ha de estar más abajo la pieza que con ella hace pareja?

—Ya veo. El Rey quiere acercarse a los infiernos.

—No se inquiete, don Saturno; antes detendríamos las palas.

—Y si el proyecto no es de mi agrado, ¿qué podría hacer yo para impedirlo?

—Al Rey le gustaría que sumase su entusiasmo al suyo. En cuanto finalice la búsqueda, el terreno quedará como antes, y usted sabe lo mucho que Madrid está destinada a crecer en esta dirección.

—Comprendo, y comprenda usted que necesite conocer con detalle de qué me habla. La superficie a remover, la duración estimada, los perjuicios... las compensaciones...

La última sugerencia suena lenta en el aire vitrubiano del recibidor cuando Violeta reaparece de nuevo entre cortinas. Lorenzo se levanta y el marqués, obligado, también lo hace.

—Por supuesto. Los extremos de la operación le serán comunicados en cuanto se concrete. Por esta tarde mi misión finaliza. No les molesto más. Señora...

El de Puebla reclama la mano de la marquesa para cumplimentarla y al tomarla percibe que en ella viaja un billete doblado. Se hace con él, la besa y espera a que el mismo mayordomo de librea que le recibe, le abra camino hasta la puerta del jardín sin denotar la más mínima alteración.

* * *

Memorando Castro (IV)

Atis llega a ser el Hypsistos o Altísimo, como alto es el lugar del sol que representa. Y no me pidan otras comparaciones, que el señor obispo y el Santo Oficio no cesarán en sus censuras hasta que meen las gallinas. Cibeles persigue alrededor de la Tierra a Hypsistos, a quien le crece el pelo como barbas de maíz y sus trenzas son ahora los rayos del astro que en él se materializa. Y siendo sol, también es el cuerno celeste de la luna, el Menotyrannos. Se adueña de los atributos de los dioses astrales, por lo que pasa a llamarse el Pastor de los Astros Luminosos, que es un título precioso para dioses o semidioses. Atención, este tipo utiliza el nombre de Papas antes de hacerse llamar Atis y ser adorado ¡donde hoy residen los Papas de Roma! ¡Jesús, Jesús, Jesús! ¡Haz que me corten la lengua, que la pobre se dispare y no para! Y cuando lo hace, jesusea a ritmo apotropaico.

Sigo por no caerme, señores. Entonces y hoy la diosa se identifica con la fertilidad de la Madre Tierra, la que florece y da frutos después de ser fecundada por un dios jovencito, un hijo, o un amante bien plantado, que muere y renace cada año, para seguir el rotar de las estaciones. Mucho ojo a la Cruz de Mayo de Granada y en el Pi catalán y encontrarán parte de lo que todavía anda suelto por ahí de todo ello.

Y más diccionario. A este prototipo divino corresponden el Dumuzi-Tamuz mesopotámico, el Raid cananeo, el Adonis sirio, el Telepinu hitita, el Osiris egipcio, el Mégistos Kouros cretense, Mitra, Lug y no me atrevo a escribir más dioses, de momento.

Su carácter orgiástico, incluidas las manipulaciones expiatorias de autocastigo, las eviraciones y los bautismos de sangre, ya sean los criobolios, con los carneritos;

como los taurobolios, con los toritos, que sus sacerdotes practican con tanta fruición, genera un profundo rechazo en Grecia y Roma, porque ambas sociedades están inmersas en el mundo de la modernidad, que cada vez ve con peores ojos los instrumentos cortantes, la sangre y los aspavientos. Y eso que están por venir Nerón, Calígula o Heliogábalo, o sea, el Dios Sol El Gabal, los flagelantes, los cofrades, los disciplinantes, los penitentes y los nazarenos que en el mundo han sido, son y serán.

Pasemos página. Atargatis, o Derceto, que es una Cibele de agua, se identifica con los peces y en su descendencia vemos el futuro. Su hijo Ictis, por ejemplo, abre las puertas a no pocas especulaciones. Si desmenuzamos las letras de Ictis obtendremos Jesús Cristo Dios Hijo Salvador, esto es *Iesous Kristos Theou Yios Soter* escrito sobre un pez. Las vueltas que da la vida para estar siempre en el mismo sitio.

Esto es interesante. En Hierápolis sirven a esta diosa no menos de tres centenares de sacerdotes, un buen número de músicos y mucho mujerío. A esta Atargatis hermafrodita, de escamas de pez y estanques repletos de percas, le agrada la música; pero Hadad, su compañero, es menos bullanguero y disfruta con el silencio. Difícil matrimonio, vive Dios.

Ablaciones y flagelaciones se alternan en esos espíritus tan refinados de acordes y silencios. Entre ellos se incluyen sacrificios de niños y mozos, que dejan su sangre y sus rasgos de masculinidad a mayor gloria de esas divinidades que se los exigen, como ocurre hace un chisco en Madrid con ese niño al que emasculan y matan; o matan y emasculan, que nunca lo aclaran.

El famoso Apuleyo, el del asno, es quien nos trae a nuestros días la descripción de los ritos sangrientos que dan origen a los castrados, que él llama impuros afeminados.

Así es. Estos sacerdotes o sacerdotisas, según gustos, llamadas las *kelabim*, imitan en lo posible el hermafroditismo de la diosa, pues aunque son nacidos hombres, asumen una asimilación hacia lo femenino mediante la capadura, el pelo largo, joyas, perfumes, filigranas, faldones, velos y otras prendas de unívoco uso entre las damas de aquellos años y las cortesanas del presente que se tienen por mesoneras del deleite.

Reparen, señores, cómo es que disciplinantes, flagelantes y danzantes que hoy homenajan con bailes a santas y vírgenes por la ancha Castilla, mantienen en sus uniformes, en sus sayas, volantes, ademanes y puntillas, el espíritu femenino de estos antecesores suyos; aunque ahora, por lo que sé y por lo que me dice un pajarito, todos conservan su virilidad bajo los tocados de damas, por abundantes que éstos sean, y solo en una fecha señalada del año se dan a la modistería de pitiminí.

* * *

Madrid / Terrenos del Camino de Hortaleza

Lorenzo atraviesa el pequeño seto de lavándula que conduce a la verja de entrada y cuando alcanza el camino de Hortaleza, se atreve a desplegar el papel recibido. Al primer golpe de vista lo reconoce como el mensaje que él escribe a Violeta en el salón de Leganitos:

Kaos
Urano Gea
Cibeles...

Y tachado, donde antes se leía:

Mañana, a las cuatro, mercería El Verde Ojal. Calle Desengaño...

Se lee ahora:

El lunes, a las cuatro...

Esboza una leve mueca de satisfacción, la mínima que se permite, mientras guarda la misiva con las mismas dobleces hechas por él.

* * *

Memorando Castro (V)

Atargatis, aunque es la diosa de la Luna, la protectora de la fecundidad y del amor, sufre la persecución de un tal Mopsos, que en absoluto constituye una compañía recomendable. Para escapar debe sumergirse en el lago Ascalón con su hijo Ictis, el del anagrama de Cristo. El infante se salva de morir ahogado gracias a su cola de pez, que yo imagino como la del salmonete, bien trazada y mejor proporcionada. ¡Ajajá! Aquí encontramos al sireno y a las sirenas que cantan con gárgaras melodiosas. ¿Acaso no era Atargatis gran amante de la música y sus efectos? Pues miren ustedes a dónde asciende en su carrera. ¡Ni *Farinelli* llega a tanto!

El relato se funde después bajo el nombre de la diosa siria que llamaron Derceto y que arrebatada, también se arroja a las aguas del mismo lago ¡qué manía! tras matar a uno de sus sacerdotes y abandonar a la hija de ambos en el desierto. Hay que ver lo que pululan estas diosas, lo que matan, saltan y se bañan. En el episodio de Derceto, la mujer recibe la cola de pez como símbolo de su pecado, y su hija, criada por las palomas, se convierte en la muy renombrada Semíramis, reina de Babilonia, revestida

en hombre para ganar batallas como el Cid, amante insaciable, devota del incesto y legisladora del amor sin ataduras, el fornicio por el fornicio, y de quien habrán oído hablar. Una joyita de mujer. En menudos berenjenales ordenan ustedes que chapotee este anciano que ya debería esperar las noches acostado. Sin embargo, amanece sobre el horizonte y aún no conozco la cama. No me tomen en serio. ¿Reposar? ¡Ya tendré tiempo en toda la eternidad! Por eso no se preocupen que nunca fui de mucho catre. Si protesto es por la pecadora Semíramis, que me hace pronunciar las palabras prohibidas. En fin.

Digamos ahora, pues no hubo ocasión antes, que de la sangre de Atis, en contacto con la de su esposa no consumada, Ia, a la que otros llaman Caléndula, o incluso Zoé, verdean las violetas, tan madrileñas ellas. Cibeles entierra a su amado bajo un pino y contrita de la barahúnda que organiza, logra de Zeus que lo preserve de la corrupción para que su figura encabece el colegio sacerdotal de los *galli*. Su rito culminante exige la rebanada, que a veces no solo afecta a los testículos en la bolsa, sino también al pene desde el arranque. ¡Ya estamos listos a desbarbar de nuevo!

Por lo que a la península hispánica atañe, téngase presente que los eunucos de Cibeles son semejantes a los sacerdotes de Atargatis. Y otro apunte para que lo indaguen con más tiempo que yo. Escuchen: la imagen de uno de sus sacerdotes eunucos, o bisexuales, sugiere de inmediato algunas de las damas pétreas de gran antigüedad encontradas en el sur de nuestra península. Ojo con los colgajos. Los colgajos los pone Dios y los carga el Diablo.

Ya está dicho hasta el cansancio que los sacerdotes castrados se comportan como mujeres y usan ropas del otro género. Esa circunstancia provoca confusiones al interpretar sus imágenes como personajes de sexos distintos. Escribe Eusebius Sophronius Hieronymus de Estridón, o sea, el mismísimo san Jerónimo, que el nombre de *galli* dado a ellos en Roma se debe al desprecio que los habitantes del Imperio sienten hacia los galos del norte; pero en contra de tales afirmaciones, como ya queda dicho y con todos los respetos para el cultivadísimo santo hierónimo, encontramos que siglos antes ya son llamados *galloi* en Éfeso, con el preciso significado de eunuco, por lo que a nuestro entender, la razón ha de estar más cerca de los gallos capones, que de los galos cabelludos, por muy revolucionarios que se pongan.

Conviene al memorando la cita del santo Jerónimo por cuanto toda búsqueda sobre los sacerdotes, templos y rituales cibelinos se ve afectada de gran confusión debido a las persecuciones, destrucciones y asco con que son tratados éstos una vez erradicado su culto, pues aún perteneciendo también al mundo pagano, otras construcciones encuentran servicio para la nueva iglesia, una vez adaptadas en conveniencia. No ocurre lo mismo con los templos de la diosa frigia, por superar con creces los límites de la comprensión sus prácticas emasculantes.

* * *

Madrid / Salón del Prado

Mayorga dispone el traslado del cadáver del Negro Tomás al Hospital General de la calle Santa Isabel, la excarcelación del carbonero Gutierre, la consulta de las hojas y bayas halladas en el cadáver con el herborista Henríquez en su abacería de la calle Huertas y la visita al señor de Puebla, en las cercanas obras del Salón del Prado. De estas dos últimas misiones se encarga él mismo, cuando comienza a caer sobre la ciudad una fina lluvia que deja en el aire el anuncio del estío.

Lorenzo Chacón se encuentra en el entoldado. Llega a grandes zancadas, huyendo del agua como el comisionado, aunque ambos saben que en esa fecha tan solo serán unas gotas que apenas mojen la calzada por el calor que exhalan todas las piedras.

Ahora es Mayorga quien pide al señor de Puebla que le acompañe alrededor del toldo.

—Demos una vuelta a la plaza.

—Me intriga. ¿No me diga que...?

—Termine la frase, don Lorenzo. Va bien encaminado.

—Que hay otro cadáver.

—Así es: Madrid comienza a ser la estación anterior al Más Allá.

—De Madrid al cielo, reza el adagio.

—Y va a ser cierto.

—¿Quién es esta vez?

—Quizá lo conozca. No sería extraño, pues se trata de un hombre peculiar.

—Usted dirá.

—El Negro Tomás.

—El cochero.

—Entre otros oficios, calesero.

—Lo conozco, por supuesto. Difícil no ver a hombre tan grandón.

—Es cierto, y en todos los sentidos. Sin duda ignora que en Nápoles nuestro rey otorga a su padre el apellido Borbón. ¿Sorprendido? Pues así es. Por lo tanto, hoy podemos decir que ha muerto don Tomás Borbón, aunque él nunca le da aprecio al apellido. Incluso cuando lo detengo hace unos días no escucho de sus labios su nombre entero.

—¡Negro, Borbón y castrado! ¡Enorme paradoja!

—Yo no he dicho que se los hayan cortado, señor de Puebla.

—Cierto, soy yo quien lo adelanta.

Llegan al borde de la pila que pronto será la fuente y Mayorga imita al arquitecto tal como hace la vez anterior.

—Repasemos la obra. Con el niño cometo varios errores, entre ellos no dejar la plaza bajo vigilancia. ¿Cómo saber entonces que vendría una segunda muerte?

—¿Busca la relación geométrica con la diosa?

—Por supuesto. Recuerdo oírle que los restos del niño aparecen sobre el diámetro máximo de un círculo que tuviese la fuente como centro. Vayamos a esa línea.

El comisionado y el arquitecto avanzan dando la espalda al palacio de Villahermosa hasta llegar al punto donde suponen que se cumple el primer cuadrante de esa circunferencia imaginaria, siendo su inicio el lugar donde aparece el primer escroto.

—Por aquí estará. De algo han de servirme sus enseñanzas, las del memorando que me remite el doctor Castro y los otros textos que me recomienda. Por ejemplo, la física de Eratóstenes, el autor de la primera medición de la Tierra, es decir, los dominios de la diosa.

—¿Cree que Eratóstenes guía al asesino?

—Al menos lo tiene en cuenta. El físico divide el círculo en sesenta minutos, un cálculo que es reformado por Hiparco, quien establece los trescientos sesenta grados actuales. ¿Qué le voy a descubrir a un arquitecto? Bueno, pues Eratóstenes no anda muy desencaminado, pues tal como me sugiere Castro, aún hoy se divide la esfera de los relojes en sesenta minutos.

—Si es así, es probable que también conozca el dibujo *Quadrata Roma a Romulo condita*.

—¿A qué dibujo se refiere?

—Por decirlo pronto y mal, es la primera expresión gráfica de la ciudad fundada por Romulo. Se trata de un mapa donde se reflejan las Murallas de Aurelio, que son del siglo III después de Cristo, así como otros templos posteriores que no pueden existir en los años de la fundación. Durante mis años allí tuve ocasión de seguirlo pie en tierra.

—¿Qué se ve en él?

—En el más antiguo de los *Quadrata Roma...* figuran las cuatro puertas de la ciudad, coincidentes con los momentos del día que constituyen el paseo de Sol Invictus, comenzando por el Ortus de la puerta Palatina. En el punto inverso, el Ocassus y la Capitolina. A la izquierda, el Septentrio, correspondiente a la Esquilina, y por último, el Meridies de la Aventina. Más adelante aparecen otras versiones de la *Quadrata Roma...* mucho más complejas, con dieciséis divisiones a partir de otras tantas puertas. En todas se reflejan los ámbitos de los dos dioses. Atis, el Sol Invictus, domina el Cielo, y Cibeles, la Gran Madre, la Tierra. Otro plano de Roma muy posterior, el del duque de Berry, incluye dentro de las murallas de Aurelio nada menos que sesenta elementos arquitectónicos de la ciudad. Repare en la cifra.

—Lo que me cuenta coincide con la teoría de Castro, ¿la conoce?

—No.

—Se la aconsejo. Usted me proporciona los planos de la *Quadrata Roma...* y yo le presento a Castro. Me estoy aficionando a leerlo y es al tiempo apasionante y divertido.

—Se lo agradezco.

—¡Ajajá! ¡Aquí está! ¡A los quince minutos exactos del anterior hallazgo!

El comisionado aparta de un puntapié varias piedras sospechosas de haber sido removidas y bajo ellas se encuentra un nuevo envoltorio con apariencia de ser yute, arpillera, o bocací, que Mayorga toma con su mano.

—El consabido paquete.

Y desenvolviéndolo.

—Apuesto, señor de Puebla, a que entre mis manos tengo las criadillas del Negro Tomás.

Y mostrándoselo.

—¡Aquí están! ¡Dos compañeros grandes y rotundos! Doblan en tamaño a los del núbil Dosindito —opina entusiasmado Mayorga como si le concediese más importancia a este segundo paquete por el tamaño de los testículos.

—¿Qué deduce? —pregunta Lorenzo.

—Sal quiere el huevo, que está cocido.

—No lo dirá por...

—¡Oh, no! ¡Por Dios! ¡Qué torpeza la mía! Quería expresarle que estamos cada vez más cerca. Aunque diciendo eso, poco digo; pues tal como defiende el intendente Armona, lo único de este mundo que por fortuna siempre está en grave riesgo es el desconocimiento, ya que nunca se puede ignorar más de lo que ya se ignora, y por el contrario, siempre es posible conocer algo nuevo...

Y diciéndolo, sopesa por segunda vez el paquete recién encontrado.

—¿Recuerda la edad del muchacho?

—Creo que tenía quince años.

—¿Y el Negro Tomás?

—No sé.

—Treinta.

* * *

Real Sitio de Aranjuez / Cazadero

Por primera vez en su vida, Cenarrusa admite acompañar al Rey en su jornada de caza. El día, aunque caluroso, anima al aire libre. Influye también en la novedad que acaban de trasladarse hasta Aranjuez y en estos primeros días cuesta hacerse al aburrido despachito de los naranjos, tan solitario como inútil.

—Nunca comprenderé cómo es tan grande la pasión que Su Majestad siente por la caza —opina don Emilio tras la primera caminata desde donde les dejan los carruajes y las sillas, a poco más de una legua de palacio.

—Y no lo es —opone el Rey al comentario.

—¿Cómo? ¡Pero si la practica a diario! Excepción hecha de las breves estancias en Madrid, y a veces aún ni en esos días se reprime, mandando que lo trasladen hasta el bosque más cercano, como una perca que salta fuera del estanque y necesita con urgencia que la devuelvan a las aguas.

—No lo es, Cenarrusa, no lo es. No soy esa perca que tú dices. Hay días en los que cazar me aburre soberanamente. ¡Ja, ja! Y está mal que yo emplee ciertas expresiones.

—Pero entonces, no se explica...

—Sí se explica, testarudo —corta en seco el monarca—. La música no me atrapa entre sus bellas notas. No me educan para escucharla, de modo que las malas melodías me indignan y las buenas, me duermen. El juego me parece cansino, repetitivo, baladí, sin emoción y sin atractivos una vez que cumples los doce años; a no ser que en las partidas apueste mi corona contra la inglesa, y no estoy hecho para tales despilfarros. El estudio exagerado de los informes de la Administración me parece una pérdida de tiempo en un rey que ha de saber a golpe de vista qué es lo mejor para su pueblo y en todo caso, escuchar las voces de sus mejores consejeros. Las otras lecturas las abordo con suficiencia, aunque tampoco las aguanto más allá de dos o tres páginas por día, como muy bien sabes. Esta última pincelada de mi carácter no la airees demasiado, Cenarrusa; pues sufriría sin motivo mi fama de rey que arrastra la Ilustración por las áridas tierras de toda la península. Y en eso tienen razón, que no hay rey en toda Europa que pise más su reino que quien te habla.

—Ya sabe Su Majestad que no me distingue el chismorreo. Ser la *Oreja del Rey* desde hace años, no equivale a ser también la *Oreja del Pueblo*.

—Muy agudo, Emilio; el campo te sienta bien. Pero escucha el razonamiento, que lo termino. Si a lo dicho añadimos que ninguna otra actividad me proporciona un ejercicio saludable, el contacto con los aires de la sierra o utilizar estos toscos ropajes, el zurrón, el cuero... coincidirás cuánto deseo reservarle a la espingarda el mayor tiempo posible del día; aunque la caza, la caza... me trae un poco al fresco... ¡Y ahora, calla! —le susurra—. ¡Que algo se mueve...!

Una bandada de perdices remonta el vuelo a treinta pies de donde se hallan. El Rey dispara, pero ninguna cae a tierra.

El cazadero real se conserva gracias a las compensaciones que reciben sus propietarios a fin de que las piezas campen a su antojo y el Rey con ellas, de tal forma que el heredamiento de Aranjuez se amplía y se extiende a lo largo de la vega del Tajo y el Jarama. La figura de don Carlos es inconfundible, pues tal es su rechazo a mudar costumbres que si alguien ajeno a la montería viese una casaca de paño liso y color corteza de árbol, con chupa clara y calzón de ante negro, podría identificar sin dudas al Rey, pues desde hace años utiliza día tras día ese uniforme sin variación. Mas nadie se acerca a sus terrenos de caza sin ser uno de los muchos ojeadores que forman la batida y que llevan ante las narices del soberano los animales que se tercie,

lobos a ser posible, pues al matarlos, dice don Carlos, que siente la íntima satisfacción de librar al país de sus mordiscos. Lobos y perros cimarrones, que tan peligrosos son los segundos como los primeros, especialmente si se impregnan de rabia y la transmiten con sus babas.

—Le extrañará que hoy le acompañe.

—Pues sí. La verdad es que sí, y mucho; por lo cual columbro que algo grave se cuele en tus orejas. Deja que lo olfatee... ¡hum! ¿Gibraltar? ¡No! ¡Está resuelto! ¿La expedición a Argel? ¿Y vértelas con Eleta? ¡No! ¿La cuestión americana? ¡Qué va! Nunca te preocupó por estar demasiado lejos. ¿Las muertes de la ciudad? ¡Eso es! Cercanas y peligrosas.

El consejero celebra la perspicacia de don Carlos.

—Sí, Su Majestad lo adivina. Se trata de asuntillos que se van amontonando y que urge darles solución, mejor esta tarde que mañana. Tratándose de sucesos tan vidriosos, nadie toma decisiones hasta que llegan a Floridablanca, a Armona, o a Eleta, y claro, acto seguido a mí, para que se los haga llegar a Su Majestad.

—Para eso estoy. Si no hubiese rey, habría que inventarlo.

—No, no es del todo cierto —rectifica Cenarrusa, asombrado de que el monarca no exteriorice el más mínimo disgusto después de errar su disparo contra las perdices—. Hay materias que no deben llegar a un rey, y si lo hacen ahora es porque...

—¿Porque qué?

—¡Porque la mayoría de quienes le rodean no tienen huevos para enfrentarse a ellas! Así de claro.

—Oportuna reflexión en nuestros días —bromea don Carlos—. Madrid se desabastece de hombres enteros.

Un sol de justicia cae sobre aquellos peculiares monteros, pues el resto de la batida, las cuadrillas y sus jefes, los bracos y los sabuesos que la componen, buscan el refugio de los árboles y los roquedos al ver que hay cháchara. También sopla desde la fresca el solano, que cuando es ardiente como hoy, los muy viajados lo comparan al *kamsim* egipcio, porque es viento que seca las fuentes y diezma el ganado.

Entonces es cuando Cenarrusa indica con gestos al Rey lo mucho que le placería aprovechar la sombra de unos fresnos y seguir allí la conversa, un extremo que el Rey acepta con agrado, pues habiendo campo y aire libre, se garantiza que no acudan moscones inoportunos y eso ya es fiesta muy sonada.

Dos monteros limpian de broza el lugar y tras aposentarse a conveniencia, el secretario informa al Borbón.

—El asunto de los colmillos salta las barreras del silencio que establecimos y se difunde parroquia tras parroquia.

—No lo veo de gravedad. Tarde o temprano tendríamos que presentárselos al pueblo. Es de justicia que conozca su pasado.

—Ahí está el detalle. Los religiosos madrileños, o por lo menos algunos de sus representantes más pejugeros, hacen llegar a Eleta su malestar porque se le dedique

tanta atención al elefante, a Metragirta y a Cibeles, cuando al tiempo ellos trabajan sin desmayo en pos del culto y dogma de la Inmaculada Concepción, hacia la que usted mismo y su padre confesor muestran su más ferviente apoyo.

—Por supuesto que sí. El alcantarino Eleta, mi querido franciscano gilito, sabe transmitirme la importancia de conseguir el dogma de la Inmaculada Concepción de María, y que España juegue en ese empeño un papel relevante. Más que en una cruzada religiosa, nos embarcamos con el empeño en una misión diplomática.

—¡Eso es lo que critican eletistas, gilitos y concepcionistas! Que a Cibeles se le dedique un lugar preeminente en la ciudad y que no siendo menguado el homenaje, la Corona se empeñe en empavesar su estatua con dos majestuosos colmillos, que atraerán la admiración de gentes llegadas de otros países, en detrimento de la Almudena que tantos bienes derrama sobre la villa.

El Rey estalla de indignación.

—¿Pero qué quieren estos insaciables? ¿Ponerle cuernos a la Virgen?

—No les dé ideas, Majestad. Ellos creen que los colmillos sirven en épocas remotas para adorar a una diosa pagana, y piensan que al recuperarse se comete una burla contra la Madre de Dios digna de anatema.

—¡Anatema son ellos! ¡Bien lo sé!

—Por desgracia, esas muertes que parece remolcar desde su llegada el carro de la diosa se encargan de confirmarlo y de agravar su protesta.

—¡Pero si es España! ¡La matrona Cibeles es la propia España! ¿Cómo es que no se dan cuenta?

—Cada uno ve lo que quiere ver.

—¿Y qué desean tan ilustres sotanas?

—Las sotanas y Eleta, que también es ilustre.

—Que yo sepa, Eleta sigue siendo mi confesor y como tal bien podría decírmelo a la cara, o a través de celosías. ¿Acaso no me recuerda a cada hora la urgencia de atacar Argel? ¿Él, que se dedica a levantar capillas masónicas en el Burgo de Osma, se preocupa de una España con dos leones que va a dar agua a los madrileños? ¡Anda que sí! ¡Pues ordene a Hermosilla que incluya en la fuente un oso y un dragón para vincularla más a la ciudad! Está bien. No perdamos los estribos. ¿A dónde piensan llegar esos chupacirios?

Agobiado por el calor, Cenarrusa se abre el cuello de la camisa sin permiso del Rey, a quien nada le aprieta por ser su costumbre montera no cerrarse la cerviz, como demuestra el cobrizo de la piel que desciende tras la casaca, más allá del cogote, en busca del costillar.

—La verdad es que están muy farrucos. Y empeoran a cada paso, pues de Andalucía les llegan nuevas que incrementan su preocupación.

—¿Qué pasa en Andalucía que no sepamos? ¿Hay retrasos en La Carolina?

—No. No van por ahí los tiros. Por lo que les entiendo, a los curas de la Bética no les inquietan las repoblaciones, sino lo que en Sevilla se habla de Carmona, donde se

aprestan a destruir las imágenes encontradas en una cueva, a la que llaman del Elefante por estar allí representado ese animal.

—¡Caramba! De repente nos crecen paquidermos.

—Y leones, no lo olvide.

—¿Qué tipo de imágenes son?

—El propio elefante, una figura que se identifica como el dios Atis, un betilo o piedra negra, tambores y otros que ante cualquier erudito de medio pelo, testifican que allí se rinde culto a Cibeles con gran intensidad.

—¡Carmona! Pues si se lo rinden en Carmona, ¿dónde no? ¿Ves como también es España?

—Están inquietos y azogados, lo que les lleva a actuar por su cuenta en asuntos arqueológicos. Compréndalo, dos colmillos aquí y un elefante allí... temen que otros hallazgos zarandeen la religión y den pie a pensamientos poco convenientes.

—¡Qué gollería! La religión de los gentiles es bien conocida por la Iglesia y nadie se escandaliza hoy por saber que algunas de las grandes capillas o catedrales fueron antes templos dedicados a los dioses paganos. No creo que nadie pierda la fe por averiguar cuáles son sus orígenes. ¡En Roma quisiera verlos! ¡Al lado del Vaticano!

—Eso va a tener que explicárselo Su Majestad en persona y muy despacito.

—San Juan de Letrán, San Giorgio en Velabro, Santa María en Cosmedín, San Silvestre o San Clemente, por no hablar de Santa Maria Maggiore y la propia basílica de San Pedro. Todos están contruidos sobre templos del gentilismo, sobre Hércules o Venus. ¿Y qué?

—Quizá, pero comprenda que Cibeles y sus ritos sangrientos superan con mucho las prevenciones que el resto del panteón romano suscita. Y la chispa que todo lo enciende, como tea en polvorín, son esos crímenes que los acoquina.

—¡Pues no quiero ni imaginar cómo será su reacción cuando se enteren de que encontramos la pareja del colmillo en los terrenos de Curazzo!

Un aguador pide permiso para avanzar hacia su vivaque y les acerca agua y cuencos de barro sobre bandeja. Otro paje se encarga de llevársela en botijo, por si ésa fuese la elección del acompañante real. Cenarrusa toma una escudilla y espera a que ambos se retiren antes de preguntar.

—Pero entonces... ¿aparece realmente?

—Lo localizan con varias catas. Sin embargo no se remueve la tierra a la espera de instrucciones. Por si ha de extraerse a la luz del día, o cuando caiga la noche.

—Me alegro. Por Su Majestad, por Madrid y por España. Pero el caso es que hay más.

—¿Más? ¿Más qué? ¡Pues deponga, Cenarrusa, deponga!

—Los mismos andaluces que acometen los destrozos en la cueva de Carmona tiemblan al escuchar las historias que les llegan de Madrid. Un profesor de latines propala entre ellos que Sevilla, el nombre de su ciudad más querida, el de la catedral a la que miran con enorme devoción, y el de las calles donde desfilan los flagelantes

más entregados, no es otro que el de la Sibila. Y el Giraldillo que la preside, una adivina, o una Cibeles, para mayor precisión. Comprenderá que con esos mimbres aquello sea hoy un avispero.

—Y en consecuencia, ¿esperan allí asesinatos?

—Esperar, esperan de todo, pues todo temen. Nos comunica el arzobispo Delgado Venegas que recibe consultas ¡sobre la concesión de licencias para poder adorar al mismo tiempo a Cibeles y a la Macarena...!

—¡Ni las mente juntas! ¡No vayan a ser la misma! De buena se libra mi hermano cuando siendo lo que es, hace lo que hace.

El Rey recuerda así los trece años que su hermano Luis ocupa el Arzobispado de Sevilla y las correrías tan poco eclesiásticas que organiza en ese tiempo tras zagalas del rural.

—Por parte del arzobispo Delgado no hay obstáculos, que bien sabe cómo hablarles a quienes le llegan con cuentos. No diría lo mismo de los otros abates, que tiemblan al pensar en consecuencias imprevisibles, como alguna que ya sufren en sus carnes.

—¿No me dirá que los andaluces comienzan a matar curas?

—Sí, de hambre; pues muchos sacerdotes comienzan a recibir negativas a la hora de satisfacer los estipendios de misas, de kirieleisones y de cuaresma, que eran abonados sin mayores trabas desde la Reconquista.

—¿Y de dónde sacan para negarse?

—Todo viene del mismo lado, y por eso digo que Cibeles da para mucho. Vea si no es una tontuna. El mismo experto en latines, u otro que al paso le sale, proclama que los estipendios de la Iglesia, los de las misas binadas o trinadas, tienen su origen en las *stips*, la calderilla que los romanos entregan en limosna a los *galli* para su manutención. Y ya que la palabra deriva, aprovechan que el Pisuerga pasa por Valladolid y deducen que tan pagano es el culto de la diosa, como el dinero así llamado.

—¡Qué barbaridad!

—Sí, una barbaridad, Majestad; pero ¿qué les comunico?

El monarca se oculta los ojos entre las manos, hasta que los abre de nuevo con la solución.

—Hay que dar un paso atrás para no retroceder, como el gato de Tarragona. Necesitamos a Nipho.

—¿El periodista?

—A ese mismo. A él, o a Mariano de la Diga, que es su seudónimo más influyente.

—¿No me diga que Diga es Diga?

—No, Diga es Nipho. ¿No lo sabe?

—No.

—¡Ay, esas Orejas...! —regaña el Rey.

—¿Y lo del gato, Majestad? Desconozco cómo aconseja actuar el minino.

—Escucha, que no te lo repito; en los ábacos claustrales de la catedral tarraconense se representa en piedra la historia de un gato que se hace el muerto. Así, patas arriba. A su entierro acuden todos los ratones que lo celebran alborozados, pero cuando más contentos están, ¡zas! el morrongo despierta de su fingido óbito y se los zampa. Todo está esculpido allí, como mandato eclesial; de modo que seguiremos su táctica alicantina y procederemos con la máxima cautela, haciendo creer a los ratones lo que al gato interesa. Quiero que Nipho publique ciertas informaciones en el *Diario de Madrid*, pero es imprescindible que ignore su procedencia. No vienen del Rey. El Rey estará dormido como el gato de Tarragona. Podría negarse o hacer demasiadas preguntas, y al final dar tres cuartos al pregonero. Nipho es capaz de cualquier trapisonda con tal de vender su papel, y lo vende muy bien. Escuche, Cenarrusa. Lo primero que haremos será desenterrar el colmillo con el máximo secretismo. Solo diez personas traídas de entre los canteros de Montesclaros participarán en la operación y lo llevarán a Palacio, al lado de su compañero. Serán remunerados con largueza y reenviados a Toledo en las sigilosas diligencias que los traigan al descampado de Hortaleza. En cuanto al resto del plan, lo entenderás a la perfección al escucharlo. La misión, en este caso, será dar un cuarto al pregonero.

—Déjelo de mi cuenta. Soy todo oídos, que no *Oreja*.

—Pues atiende bien...

* * *

Madrid / Calle de Gil Imón

El periodista Nipho frecuenta los bailes de candil en Avapiés y en la calle de Gil Imón. Son lugares de músicas y diversiones para refrescar la gorja en noches calurosas y foros de encuentro donde se habla de todo. Hay asiduos que con una pizca de alcohol en el cuerpo sienten el irrefrenable impulso de hablar por los codos. Incluso siendo espías o dueños de secretos muy queridos, el alcohol los abre de par en par como sardinas lañadas y no hay espectáculo más atractivo para un cronista como él que tener delante a un chispas que destripe.

Al lado de Nipho se sienta Paquita Talavera, la hija de un profesor de francés a la que le gustan las noches y las historias del periodista. En su mesa callejera de Gil Imón hay otras dos sillas vacías y en una de ellas se aposenta a traición un desconocido con empaque de majo descuidado, al que parecen sobrarle sus tres últimos vasos de Cazalla, o de lo que escancie el gachó.

—¡Perdón! ¿Me caigo o me siento?

—Se cae. Esto es Madrid, tiene usted una moña mayúscula y no nos conocemos

—le informa con precisión periodística el propio Nipho.

—Tiene tooda la razón. Cuando bebo nunca sé lo último que hago.

Paquita lo observa con simpatía, pues aún embriagado aquel hombre conserva el gracejo.

—Eso está muy mal para su salud, pues así nunca sabrá que lo último que hace es beber.

—¡Lista la chica! ¡Muy lista! ¡Qué suerte tiene, caballero! Una mujer lista y guapa como ella es todo lo que un hombre puede desear de la vida —sentencia el beodo con lengua estropajosa, sucia y tropezona.

—Por desgracia la señorita y yo no estamos juntos —se lamenta el escritor—. Al menos, tan juntos.

—¡Eh! ¡Un momento, caballero! ¡Yo le conozco! ¡Usted es Mariano Nipho, el gran periodista! ¡Eh, atención todos! ¡Aquí está el gran Nipho!

—¡Cállese, por Dios! ¿No ve que bailan felices y les importa un bledo si estamos nosotros, o el rey de Francia?

—¡Ja! ¡Nipho! ¡Qué tipo más célebre! ¿De dónde saca todas esas historias? ¡Y todos los días! Que no es decir, bah, pues hoy les cuento lo del moro Muza; no, qué va. Es hoy y mañana, y mañana y pasado... ¡Voy a pedir un trago!

—Como quiera, pero no le abona el entendimiento.

—Un vasito para la noche. ¡Y otro para ustedes dos, que corren de mi cuenta! Nipho, Nipho... si yo le contase.

—¿No me diga que tiene una historia para contar? —reacciona el periodista ávido de novedades y propicio para entrar al trapo.

—¿Una? ¡Tengo cien! ¡Pero son secretas! ¡Se cre tas! ¿Usted se da cuenta de mi desgracia...? ¡Dueño de cien historias... y todas secretas! ¡Como la confesión de los curas!

—Pero usted no es sacerdote, ni está sujeto a votos.

—No, a votos no; pero sí a fidelidades.

—Comprendo —malicia Nipho—, pero a buen seguro hay alguna que aquí, entre amigos, al calor de una manzanilla...

Nipho arrea un codazo a Paquita para que se ponga tierna con el de la mona.

—... nos la podría contar, así por encima, a esta mujer tan guapa y a mí. No para ser publicada, sino para reírnos y beber.

—¡Claro! —azuza ella—. Para pasar el rato y eso. A las mujeres nos encantan los secretos y sabemos agradecerlos.

—¡Ay! ¡Qué pilla es usted! ¡Lista, guapa y pilla! Así no hay cristiano que se resista.

—Pues de eso se trata, hombre —le anima Nipho—. ¡No se resista! ¡Mozo! ¡Atienda al señor! ¿Cazalla?

—No, Moriles.

—¡Caramba!

—Culpa de mi padre. Él era de Montilla y no me dejaba ni las migas. Así que yo voy y pido Moriles. En venganza.

Paquita lo trae de nuevo al ruedo.

—Entonces decíamos que usted... ¿se llama?

—Baldomero Santos Carrillo, para servirle a Dios y a usted. Maestro de obras, cantero, ebanista, fundidor, platero... y todo lo que necesite para levantar un palacio, menos la bandera, las sábanas y los cortinones. Veinte años de trajín en el Real. Reconstrucción y derribo del Alcázar. Arriba, abajo, en el medio; lo que precise.

—Así que de ahí son sus secretos.

—De ahí y de media España, que siempre tuve amos muy principales y viajados, ja, ja, ja... San Ildefonso, El Escorial, Arenas de San Pedro, la Arenas de la Triste Condesa... les cuento y no paro; pero no les cuento y paro, ja, ja, ja... Reyes, princesas, los nobles más nobles y los nobles más innobles, ¿sabe lo que le digo?

—Perfectamente.

El camarero del Gil Imón regresa con el Moriles y Nipho hace la jarra para afrontar la ronda.

—Gracias, don Nipho. Es usted un tipo grande.

El periodista opta por pincharle.

—Seguro que sus secretos no lo son tanto.

—¿Que no? Tengo uno de ahora mismo aquí debajo de la lengua que le haría vender mil ejemplares.

—Alguno más, que ésos ya los coloco yo sin tanto esfuerzo.

—Pues más. No sé. Un montón.

—Inténtelo.

Y Paquita azuza.

—Será divertido.

—¿Y si me descubren?

—Cuenta conmigo. Yo lo negaré. Me lo dijo un ministro principal cuyo nombre no puedo desvelar, o lo que se me ocurra. Jamás sale de mis labios un nombre que yo no desee.

—De acuerdo, ahí va. Está de suerte. Por una noche que **tropiezo** con el gran Nipho, no voy a desperdiciarlo. Acérquense.

El amonado, real o imaginario, hace que la pareja se incline hacia el centro de la mesa y una vez que los tiene allí, pregunta:

—¿Han oído hablar del colmillo de la diosa?

—No, la verdad es que no. No llegué tan lejos como para meterme en la boca de Venus —contesta Nipho.

—Ni, yo —añade Paquita.

—¿Y de la calle del Colmillo?

—Sí, claro. Entre Fuencarral e Infantas...

—Allí aparece en su día uno monstruoso, de once pies o más. Cómo no será el

asombro, que se oculta la pieza con gaterías y se busca otra más pequeña para disimular la importancia del descubrimiento. Chanchullos de dioses y reyes, porque yo, vamos a ver, por enorme que sea el colmillo, no le doy mayor aprecio que a un buen chuletón de Ávila, que es mucho, pero dura lo que dura. Al verdadero, al que hallan, lo meten en el Alcázar y allí está el pobre, lejos de la gente. Yo lo vi y es así, con una vuelta aquí que sale por allí.

El tal Baldomero Santos Carrillo mueve sus manos en el aire para sugerir el tirabuzón más afectado que imaginarse pueda y representar el tamaño de aquel gigantesco paquidermo que hubiese costado introducir en el Alcázar de responder a dicha descripción.

—Bien, bien. Un colmillo de mamut —le ahorra Nipho que realice más alharacas.

—¡Nooo! Que ahora viene la gracia. Cuando terminamos el Palacio Real, aquí este menda y algún otro que me echa un capote; estamos en los sótanos que si tal y que si cual, cuando llega el rey Carlos todo campanudo y pregunta que qué es aquello. Le informan que se trata de un colmillo, claro. ¿Qué otro nombre se le podría dar? Quien más sabe del marfil le comenta, ya por lo menudo, que es la mitad de una pareja que hace de pasamanos en un trono de Cibele, ¿sabe a qué me refiero? De una diosa del gentilismo...

—Ya. Un trono de un templo antiguo. ¿Y qué más?

—El Rey se pone muy contento y manda que se excave donde aparece el primero, pero hasta hace poco no es posible...

—Estos días hay obras en la calle del Colmillo, pero nadie sabe lo que ocurre.

—Ya no las hay, Nipho; ya no las hay.

—¿Ya no?

—Son los terrenos del marqués de Curazzo, como le digo. Buscamos la otra defensa con mucho ahínco, pero nada.

—¿Nada? ¿No encuentran nada?

—Así es. Al Rey se la endilgan bien endilgada.

—Un fiasco.

—Exacto. ¡Nada de Cibele, nada del trono y nada de colmillos! ¡Van a rodar cabezas!

—¿Cuáles? ¡Eso es muy interesante!

—Si sale esto publicado, rodarán más de la cuenta. La mía incluida. Mire, ya estoy arrepentido de haber largado.

—Pero ¿a qué se debe tan grande mosqueo del Rey?

—¡De cajón! Primero le obligan a enfrentarse a la Iglesia, defiende la excavación con su palabra, se crea enemigos de trajes talaes y total ¿para qué? ¡Está que echa humo por las orejas!

—¡Quién pudiese publicarlo! —exclama Nipho con un guiño de ojos a la moza.

A lo que Santos Carrillo replica.

—¡Qué deplorable es beber, admirado Nipho! Y usted, Paquita, ¿no dice que

sabría agradecer el cuentecillo? ¡Pues no sé a qué espera! Que estos labios reclaman un besito.

—¡Lo que reclaman es cama!

—¡Mejor! ¡Besito y cama!

* * *

Madrid / Convento de Santa María Magdalena de la Penitencia / Calle Hortaleza

Sor Gregoria de Santa Inés, una de las terciarias franciscanas del convento de las Arrecogidas de Hortaleza, recibe a Mayorga en la portería. La bienvenida es fría y adusta porque la orden no es de velos corridos, ni pierde contacto con el siglo por su misión tan cercana a las descarriadas del vicio. Sor Gregoria lo conduce a través de varios pasillos encalados hasta la celda que ocupa desde hace días el arcediano gallego Juan Francisco de Castro. El erudito consigue este aposento gracias a las buenas relaciones del obispo de Lugo, el agustino e ilustrado Armanyá, con los franciscanos. Armanyá se distingue por su oposición a los jesuitas y es muy apreciado en la corte, lo mismo que Castro, que se gana esta posición de ventaja, más por estar al lado del obispo, que por su propio convencimiento.

El comisionado intenta entablar una charleta de compromiso durante el recorrido, pero la hermana lo mira indiferente y solo cuando llegan frente a la puerta del aposento, logra escucharle el tono de su voz borbollona, cocinada al lento ritmo del convento.

—Si tiene ganas de hablar, olvídense. El reverendo Castro lo dirá todo.

Llama la religiosa y desde dentro se escucha el permiso para entrar. El doctor Castro, sumergido en la cogulla, se levanta de un brinco y deja la labor que le ocupa entre las páginas de un grueso volumen forrado en cuero y rematados los cantos con herrajes. Lo cierra y lo reposa sobre un bargueño con incrustaciones de hueso que le sirve de escritorio.

—¡Don Dámaso Mayorga! ¡Tal como me lo imaginé! Alto, bien formado, de bigote, sin peluca, ¿para qué? Recios surcos, que no arrugas. Tez morena y ojos negros y despiertos. Usted va a encontrar al culpable. Me lo dice mi pesquis, y cuando mi pesquis me lo dice, eso va a misa. Y con todos los pronunciamientos, porque yo las digo. ¡Las misas, claro! Ja, ja, ja. Pero pase, pase; no se quede en el zaguán de ésta, su humilde celda, que se va a enterar todo el convento de nuestras cuitas y no conviene... ¡Que tenga usted feliz jornada, sor...!

—¡... sor Gregoria de Santa Inés, doctor! Se lo dije la otra tarde, reverendo.

—¡Sí, la otra tarde! ¡El tiempo pasa a una velocidad sorprendente! Es lo que más

le reprocho yo al Creador, que no se le hayan ocurrido unas horas más lentas. ¡La hora de ciento veinte minutos!

—¡Jesús! ¡Qué blasfemia!

—No le digo que no. De modo que vayamos al grano y tenga muy buenas tardes, sor Gregoria. Es usted muy amable. Que Dios se lo pague.

La puerta se cierra y sor Gregoria de Santa Inés regresa a la portería compadeciendo a la visita, pues hace dos días cae ella en conversación con Castro y no puede meter baza hasta las mil y quinientas, cuando el sacerdote, cerca ya de la cena, le pregunta: ¿Y aquí en el convento, qué tal les va?

Castro vuelve a su parloteo.

—Le prevenía porque aquí, en Santa María Magdalena de la Penitencia, las mujeres que no son monjas todavía dudan entre ser el día de mañana o carne de mancebía, o mancebas de una sola carne, que a tal fin las inculcan las hermanitas. ¡Ja! Ya ve, después de todo no hay tanta diferencia. ¡Carape! Sí la hay. ¡Jolines, me estoy afrancesando a pasos agigantados!

—Muchas gracias por recibirme —logra colar Dámaso entre tanta verborrea.

—¿Gracias? Yo soy el agradecido. ¿Sabe a cuántas personas les interesa en España conocer quiénes son esos dioses y cómo se fragua nuestra Semana Santa? ¡A dos y media! A usted, a mí y a una media que no conozco. Ja, ja, ja. Siéntese, que empezamos. Sé que es un hombre de prisas y no están sus obligaciones para pasar los días en blanco.

—Esta tarde se la dedico por entero —le promete el habilitado para los crímenes de la corte cuando toma asiento.

—¡Vivan los toreros españoles! Aquí me tiene a mí, en Madrid, metido a administrativo por obra y gracia del obispo Armanyá con el que hemos fraguado la Sociedad Económica de Amigos del País en Lugo, pero ¿sabe lo que se le ocurre ahora al obispo?

—No, claro que no.

—¡Quiere que yo la presida! ¡Habrás visto tamaña lata! ¡También me proponen para obispo de León, pero les dije que nones! ¡Me niego como las peonzas! ¡En redondo! En fin, gaitas del mundanal. De modo que a lo dicho, no pierdo tiempo. ¿Le gustaron las paginitas sobre la peligrosa Cibeles que le dejé el otro día?

—¡Mucho!, si bien todavía me encuentro enfrascado en su lectura. ¡Es tanta su erudición! Y además me sirven de...

—Calle, calle, que cuanto más se habla, más se miente. Qué dislates. Léalas y repáselas. Comprobará que no por acumular siglos encima, las costumbres dejan de repetirse en la modernidad. De acuerdo. Nosotros vamos a cuadrar el toro que nos resta para rematar la faena; aunque si por mí fuese, avanzaría raudo y de puntillas sobre lo solicitado por Moñino y el intendente Armona. Y es que todo está muy próximo en el tiempo por medio de celebraciones que se tienen por cristianas, y vaya usted a saber de qué materia se componen.

La visita lo observa sorprendido, como si todavía necesitase hacerse con el tono y la velocidad de la voz de Castro para seguirlo. Este parece entenderlo, pero tras una pausa, vuelve a la carga con similar ímpetu.

—Hablamos, claro, de las convocatorias procesionales de la Semana Santa, sobre todo las del Viernes Santo y los días de Gloria, o Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. A partir de aquí mis lagunas serán más extensas adrede, pues las fuentes donde recabar información son más caudalosas. Ahora bien, siempre repito lo mismo cuando trato con madrileños. A ustedes El Escorial les queda a tiro de piedra, no así a mí. Dicho sin ánimo de molestar, sino de indicar dónde se amontona lectura a destajo de la que yo carezco.

—No se preocupe. Lo que usted me traslade hoy será más que suficiente.

—¡Ja! ¡Si yo supiese algo! Por cierto, ¿va a necesitar copia escrita de lo que hoy abordemos?

—No, no será...

—Bien, pues ya la traje. Digamos que no está redactada como el otro texto sobre Cibeles, pero sí que contiene los datos fundamentales, por ejemplo, cuando citemos los muchos lugares donde se mantienen manifestaciones de fe popular, no se preocupe por memorizarlos, porque aquí se recoge la relación de todos ellos.

—Es usted...

—... previsor. A los previsores no nos come el gato. ¡Ja! Escuche. Me refiero a los lugares donde aún hoy existen devotos que portan prendas, faldones o túnicas de aspecto femenino y donde se infieren daños y heridas a semejanza de los amiguitos de la diosa, como ocurre en grandes ciudades como Barcelona, Elche, Cádiz, Valencia, Granada, Guadalajara, Jaén, Madrid, Málaga, Sevilla, Zaragoza, Zamora, Oviedo, Palencia, Córdoba, Mérida, Coria, Cáceres y las gallegas, por citar aquellas sobre las que poseo referencias escritas, o a donde me dirijo en solicitud de informes fehacientes y me los remiten.

—¿Cuándo arranca la costumbre? ¿Existe desde los primeros cristianos?

—¡Qué va, qué va! Estos disciplinantes son animados a juntarse en cofradías por Raniero Fasani y san Antonio de Padua durante el siglo XIII, hace un rato. Otra cosa es que se zurren en solitario. En ese momento, con Fasani, el de Padua o un poco antes, toman los nombres de *battuti*, *disciplinati*, *scopatori* y *verberatori*, que no son músicos, aunque lo parezca. ¡Ja!

—¿Y en España?

—¡Caramba! ¡Cómo pregunta usted! Parece un mazo de batán. Sabemos que una de las procesiones españolas de mayor antigüedad es la de Medina del Campo. Sin embargo por ahí se andan otros lugares que se la disputan, como Becerril de Campos, Lliria, Alcoy, Albaida, Cullera, Sagunto, Denia, Pego, Enguera, Requena, Pradejón, Valdeande, San Vicente de la Sonsierra, Navarrete, Grañón, Quintana del Pidió, Villanueva de Gumiel, Quemada, Hontoria de Valdearados, Pinilla Transmonte, Gumiel de Izan, Fuentespina, San Juan del Monte, Tubilla del Agua, La Aguilera,

Espinosa de Cerrera, Zazuar, Baños de Valdearados, Casanova, Tobarra, Campillos, Carmona, Fuentes de Andalucía, La Campana, Arahál, Linares, Lucena, Marchena, Montil, Priego de Córdoba, Alustante, Benavente, Ciudad Rodrigo, Trujillo, Valverde de la Vera, Medina de Rioseco, Toreno y Hellín. Ahí va la lista.

—¿Sobresale alguna de ellas por otros motivos? —cuela Mayorga una nueva pregunta, asombrado de que Castro le permita finalizarla.

—Sí, sí. De esta relación destaco muchas; por ejemplo, Centelles celebra por todo lo alto la Festa del Pi, o del Pino, en honor de Santa Coloma, con claras referencias a Atis, a la paloma que personifica el nacimiento de Atargatis y a la profética voz de las sibilas. O la de Cartagena, donde una Cofradía Marraja introduce a Ictis en los desfiles. La llaman así en recuerdo de un animal tiburón de fauces jonasianas que se pesca y que sirve para sufragarla. En todos estos lugares, y en otros muchos, se distingue entre los cofrades de luz o lumbre, y los de sangre o de penitencia. Según se regula, éstos deben ser hombres de reconocido catolicismo, para que las prácticas no les lleven por caminos indeseados, y de contrastada salud, para que la disciplina no les dé causa de enfermedad, como me pasa a mí, que cada día estoy más pocho.

Castro es menudo, de miembros breves, grandes entradas que casi copan la cabeza, ojos pequeños y hundidos, pero muy vivaracho y lleno de energía. Su rostro inspira confianza, aunque lo atraviesa un rictus que es rayo de ironía.

—Se le ve de semblante saludable.

—Sí, como mojama de atún no estoy nada mal, pero sigamos, que el tiempo apremia. Los padrinos, se lo puede imaginar, dan ánimos a los cofrades flagelantes. ¡Venga, muchacho! les gritan. En Valverde reciben el nombre de cirineos, por razones de sobrada comprensión. Mire, don Dámaso, se lo digo con toda lisura, yo me veo más de cirineo que de flagelante.

—Entiendo y comparto.

—A todos se les exige participar en la procesión con mucho concierto y callando, a no ser que recen oraciones. La disciplina a utilizar ha de ser moderada, que no impida el ayuno, ni les dé pie a que enfermen. Un ten con ten. Las mujeres son admitidas a título de acompañantes, nada más. Forman grupos de tres, en recuerdo de las Marías, o de cuatro, como los evangelistas; llevan velas encendidas, visten el manto de la Virgen de los Dolores, van descalzas y las más proclives al sacrificio se atan los pies con ruidosas cadenas que confieren a la escena tintes carcelarios. Para justificar el papel diferente de los géneros se aduce la impropia visión de una espalda femenina desnuda y sangrante, sin especificar si va más el pecado por la carne, o por la sangre; si por la molla que se muestra, o por el ojo que la observa.

—Sí, es un asunto delicado.

—¿Delicado? ¡Ellas, que son unas frescas y con la disculpa de la tentación, se libran de zurrarse! Ja, ja, ja. No, no, tómelo como bulla de anciano bromista.

Castro se atusa hacia atrás de las orejas los pocos cabellos que le quedan y finge que pierde el hilo del discurso, nada más lejos de ser verdad.

—¿Qué más finezas le cuento? ¡Ah, sí! Apunte con tinta negra que los desórdenes callejeros, los disfraces, la presencia de manolas y flamencas en lúbrica actitud, las indecencias variadas de muchachitos sin desbastar y las pendencias de hombres barbados son comunes durante las disciplinas, como también son abundantes las disposiciones que las prohíben. Porque eso sí, la sangre debe verse y olerse. Es patente porque en ella está reflejado el camino de la redención, como se proclama a través del cuerpo y la sangre de Cristo.

Algunos pueblos tienen por ley la prohibición de moler grano en esos días, pues no obtendrían la preciada harina, sino sangre en regueros que solo da para cocer esas tortas que en mi pueblo llamamos filloas. ¿A que no lo sabía?

—No, desde luego que no.

—Pues ya lo sabe. Escuche esto. El burgalés Cristo de las Santas Gotas toma su nombre de las dieciséis que derrama tras ser desnarigado por una piedra desprendida de las alturas cuando se demuele su templo a órdenes de Pedro I El Cruel, que por algo le apodan así. El pedrusco choca contra la nariz de la imagen y las gotas caen sobre el perizoma de las partes pudendas, que el Cristo lleva cual *galli* recién cercenado, si se me permite un recuerdo tan heterodoxo y luciferino.

—Perdón, ¿perizoma...?

—¡Taparrabos, por Dios, taparrabos! ¡Creí que podría librar sin pronunciarlo, pero no escapo del infierno ni con el auxilio del Papa de Roma! Otro asuntillo. Cuando a la reliquia del *Lignum Crucis* de Cervera se le pretende arrancar una astilla para que sirva de objeto milagroso en la vecina Tarros, el madero sangra y hay quien del milagro quiere hacer negocio, por lo que planea su robo. El pueblo persigue al instigador, le da caza, le cortan sus miembros y la sangre se desparrama por los caminos. No cesan en la venganza hasta ver colgada su cocorota de una jaula que se instala a la entrada del templo. ¡Ja! Así se las gastan en Cervera. ¡Como para ir por allí en busca de reliquias a imagen y semejanza de Ambrosio de Morales!

—Dígame, doctor Castro, ¿cómo son las penitencias utilizadas? Se lo pregunto porque la muerte del niño ocurre en Semana Santa y su espalda aparece cosida a latigazos.

—¡Ahora voy, comisario! No se impaciente, que usted es hombre de detalles y las prisas no le ayudan.

—Perdón.

—Las penitencias son variadas, pues además de la flagelación, se practica la de caminar descalzos sobre garbanzos, atarse a maderos —en Trujillo son los aspados—, arrastrar gruesas cadenas de hierro, cargar pesadas cruces y utilizar disciplinas de alambres. El pino, Atis y los maderos hacen buenas migas con la cruz romana. La flagelación distingue dos modalidades, la que cada penitente se infringe sobre su propio cuerpo, y la que se ejerce a través de un colaborador. En San Vicente de la Sonsierra, el *picao* se acompaña de un padrino, que es quien decide cuándo pueden picarse las bubas. Lo hará con una esponja de cera que se arma de cristales para que

brote la sangre y se evite la coagulación, de ahí el nombrecito. Es un espectáculo solo recomendable para espíritus bragados en laceraciones.

—De todo se ve en este mundo.

—En Granada la disciplina comienza en la propia iglesia, antes de arrancar con los faroles. Los sufrientes se aplican a sus espaldas una bola de cera bien cortante, de ese modo la sangre aflora desde los primeros compases de la cofradía y nadie se va sin la visión del sacrificio, aunque solo asista al cortejo en su inicio y escape luego a disponer en casa un guiso de tarbina con matalahúva. Sobre esta celeridad granadina en la ostentación del sacrificio escribe el padre Isla que allí se dan unos azotazos tan fuertes «que antes de salir de la iglesia, ya se pueden hacer morcillas con la sangre caída en las piedras». No ahorra sorna el padre, no. Tal como se lo cuento. ¡El Padre Isla! ¡El de Fray Gerundio de Campazas, que por lo que oigo a colegas, está el pobre muriéndose!

—Asombrosa prontitud, es cierto. ¿Y cómo se confeccionan estos instrumentos de tortura?

—No diga tortura. Acaso, dolor. Muchas disciplinas son cuerdas de cáñamo, cuero, lana y otros materiales. En sus puntas se disponen abrojos de hierro, rodezuelas, cristales de múltiples filos, azotes de hilo trenzado, piedras, estrellas, espuelas e incluso huesecillos como los de Roma. Lo dicho, ¡siempre lo mismo! Algunas cofradías echan mano de la almeta, que así llaman a la raqueta de madera que se cubre de pez y en la que se incrustan cristales para producir desgarros. Menuda broma. Almata o alma pequeña. Un instrumento similar son las pelotillas, cerotes o pelotas de cera amarradas con hilos en las que se clavan puntas de hierro. Para sangrar más y mejor se comprimen la cintura con una faja angosta, denominada pritina. ¿A que mañana se pone a ello?

* * *

Sitio Real de Aranjuez / Palacio Real

Cenarrusa acompaña hoy a Pini para despertar al Rey. Le lleva tres ejemplares planchados del *Diario de Madrid*, donde se recoge con pelos y señales su monumental enfado, se anuncia la suspensión de las obras iniciadas en la calle del Colmillo y se descarta la existencia de un trono de la diosa. Es más, Nipho añade una coda de su cosecha con especulaciones tan laicas como que el colmillo pudo pertenecer a un elefante de las tropas de Aníbal, cuando en el año 218 antes de Cristo atraviesa la Carpetania para tomar Helmática y Arbucala.

—También podría añadir que a lo mejor lo trajo el emperador Carlos de una campaña transpirenaica. ¡Cualquier historia menos Cibeles! Que se calmen los curas

andaluces y que sus fieles paguen los estipendios. ¡Muy bien, Cenarrusa! ¡Estupendamente!

—Pronto sabremos la repercusión de la noticia, aunque queda un fleco por resolver.

—¿Cuál, Cenarrusa? Voy de susto en susto.

—Su Majestad promete cesantías y destituciones a mansalva.

—¡Ah, sí! ¿Cómo se hace llamar ese falsario que pasa por ser el gerifalte de mis obras?

—Baldomero Carrillo, o Santos Carrillo, o algo así.

—Hágale saber al pueblo de Madrid por los medios habituales que el Rey ordena el extrañamiento de corte contra Baldomero Carrillo y otros seis, acusados de deslealtades y perjurios. Para que nadie pregunte por ellos, añada que realizan labores fuera de la corte. Nipho entenderá de quién hablamos y mañana tendremos nuevos capítulos del colmillo en la dirección que nos interesa. ¡Ah! Y no regatee una crítica velada al Rey, por confiar asuntos principales a quienes no lo ameritan. ¡Ja, ja, ja!

—Como ordene Su Majestad, pero el día trae otra nueva.

—Me disgustará, lo temo.

—La Inquisición inicia un proceso contra el sargento mayor Manuel Zumalde, pariente como sabe, de don Gregorio Muniain, comandante general de Extremadura.

—¿De qué lo acusan?

—Francmasonería.

—¡Válganme los sagrarios!

—Consideraré de importancia que lo supiese.

—Con muy buen criterio, Cenarrusa. Ahórrese en la noticia a Nipho las críticas a mi persona. Todavía pican alto estos tribunales de la Suprema.

—¿No debería tomar cartas en el asunto y abrogar de una vez tan vetusta institución?

—A los españoles les gusta y a mí, salvo sustos, no me molesta. Lo que sí corre prisa y no quisiera tratarlo en persona con Grimaldi es otro tema relacionado con la expedición a Argel. Ya sabes lo mucho que Eleta y fray Alonso Cano porfían por conquistar la regencia de Argel y por darles un escarmiento a los malditos piratas.

—¡No lo voy a saber!

—Ya, ya, y también conocerás los preparativos de la expedición que comandan Alejandro O'Reilly y Barceló, tan nombrada que en África ya han oído hablar de ella hasta los monos.

—Por supuesto que sí, Majestad —dice el secretario para mantener la ironía con la que el Rey le habla.

—Pues el caso es que entre los contingentes a desplazar ordeno que se incluyan fuerzas de la valerosa guardia de corps. Y como esta noche no concilio bien el sueño, me pongo a pensar sobre lo conveniente que sería para una perfecta organización de los reclutas, incorporar en esa leva a oficiales de prestigio y mano dura, oficiales a los

que no les tiemble el brazo por si alguna vez deben reprender con gato de culebrinas a algún muchacho díscolo o poco afín a la disciplina militar.

—¿Se le ocurre algún nombre, Majestad?

—¿A ti, Cenarrusa?

—He oído que el capitán payanés Manuel Mallo y Quintana es ducho en la enseñanza y en cómo inculcar a los paisanos el espíritu castrense.

—Sabia elección, Cenarrusa. Y asegúrate de que este aguerrido oficial acompañe a la tropa hasta el desembarco en la misma playa del Jarache, o donde decida O'Reilly que se lleve a cabo.

* * *

Madrid / Convento de Santa María Magdalena de la Penitencia / Calle Hortaleza

Castro llena dos tazones con un pichel de agua fresca que reposa cerca de su cama y cuando Mayorga cree que el hombre aprovechará la circunstancia para tomarse un respiro, lo ve cómo revuelve en un zurrón que le sirve de hatillo de viaje y de él extrae un legajo.

—A mi poder llega hace unos meses esta disertación que el médico don Valentín Nicomedes González y Centeno pronuncia ante la Real Academia de Medicina en esa ciudad de Madrid, el 21 de marzo de 1776, ¡aquí está! *Los graves perjuicios que inducen a la salud corporal las vapulaciones sangrientas*. Asevera don Valentín que él mismo ve saltar fragmentos de piel y músculo de los disciplinantes y que por su oficio asiste a casos de notables pérdidas de sangre. ¡Uff!

—¿Desde cuándo se llevan a cabo estas prácticas? —interroga el comisionado mientras humedece la garganta con un buen trago, como si lo necesitase más que Castro.

—A Roma llega cuando el hambre y Aníbal acosan sus puertas. De la misma forma, las disciplinas reverdecen en una Europa amenazada por las epidemias de peste, alrededor de 1350. El mal es interpretado como un castigo divino que se puede aminorar mediante ejercicios públicos de sacrificios y sangrías. Fíjese en esto de los shiís que le cuento, don Dámaso. La fiesta de la Ashura en recuerdo del martirio de Hussein, uno de los nietos de Mahoma, guarda un gran paralelismo con los disciplinantes cristianos, pues sus devotos se golpean el pecho, se abren la molondra con cuchillos, o se flagelan el espaldar para que fluya la sangre. Después dirán que no nos parecemos. ¿Quiere que hablemos de sus vestimentas?

—No creo que sea...

—De acuerdo. Lo vemos de pasada. Los flagelantes deben vestir sayales de

inspiración franciscana, fabricados con anjeo, lino o estopa. Se cubrirán con un capirote redondo, cuyo origen inmediato, como el de taparse el rostro con antifaces de cañamazo, proviene de 1397, cuando el Papa Clemente VI prohíbe en Avignon azotarse en público. Para burlar la orden, los disciplinantes se protegen bajo el anonimato de los capuchones. ¡Ja! ¡Qué voltereta! A cara descubierta, prohibido; con capuz, permitido.

—Nuestro sospechoso conoce estas prácticas, según se lee en las huellas que deja. Estamos seguros de buscar a un varón, creyente y español, aunque conocedor de la historia de Roma y del poder de la hierbas.

—¡España! ¡Es tan grande y tan diversa que podríamos empezar viendo látigos por la cornisa cantábrica y no llegar a Cádiz hasta el Juicio Final sin dejar de verlos! Y ya que hablamos de Cádiz, digamos que también allí los hermanos de la Luz son los encargados de alumbrar las comitivas con hachones. Los de Sangre van vestidos con túnicas largas y el escudo de la Cofradía. Cubren sus cabezas con gatos y predominan en el cortejo los que se azotan las espaldas descamisadas, para ocasionarse una copiosa sangría, similar a las que aplican los galenos como apaño terapéutico. Al finalizar la procesión, los flagelantes se lavan y abstergen las heridas con agua, fomentos de vino caliente, alcoholes de cosecha, bálsamos reconfortantes, vinagre que escuece, lienzos empapados en aceite, sal y ungüentos. El primer cuidado, con buen criterio, se dedica a extraer los cristales que se hayan clavado en la carne. Ítem más, en Sonsierra, el picao y su padrino acuden a la Casa de la Penitencia, junto a la Iglesia, para que sea otro cofrade quien lave las heridas con agua de romero y un bálsamo cuya fórmula solo conocen los que heredan el oficio, que no es mi caso. En lugares como Marchena la curación se realiza en plena calle, donde se instala un caldero de vino caliente con cocimiento de romero. A los empalaos se les friccionan con él las partes del cuerpo encordadas para que recuperen la prestancia y el tono muscular perdidos. La Santa Regla de Sonsierra, fechada en 1551, ordena huir de la ostentación y de la vanagloria y acudir a las procesiones vestidos con hábitos groseros de lienzo ambarino. Oran ante la imagen y cubiertos sus rostros con la cahilla, los padrinos les descubren las espaldas. Los ofrecidos toman entonces la madeja con ambas manos, la balancean entre la horcajadura y se golpean por encima de los hombros, ora a la izquierda, ora a la derecha, hasta sumar el millar de golpes.

Castro se levanta y regresa a la silla con un papel que a continuación lee.

—La exacta descripción del castigo señala que «se inclinará y colocará la cabeza entre las piernas del práctico, que le golpeará tres veces a cada lado de la espalda, en la zona lumbar, para que brote un poquito de sangre, que evite molestias posteriores, pero nunca para mortificar más o aumentar el sufrimiento. Después se golpeará quince o veinte veces más». Dígame si está o no delimitado el campo. En la enagua blanca que parte de su cintura, enmarcada por las vilortas cerradas en velo, la corona y las espinas, radica lo femenino, la ablación y el hermafroditismo de una fecha

ocupada por Atis en los tiempos paganos, aunque por fortuna y gracias a la divina intercesión de Nuestro Señor Jesucristo, sea hoy él quien la presida.

—El sospechoso quiere volver a las antiguas prácticas.

—Sí, pero vea. Ahora viene un asunto muy célebre, pues el hombre presume ante la mujer de ser él quien más herida se procura, ya que piensa que las llagas acreditan sus opciones reproductivas frente a otros rivales menos castigados. Por eso los hay que calculan cómo salpicar la sangre hacia la dirección deseada, de forma que al pasar ante la hembra que cortejan se propinan el azote al bies para que el líquido en gotas alcance el vestido de la lumbre de sus ojos y no el de otra. Este riego bermellón se tiene por sublime galanteo. *¡Cherchez la femme!* aconsejan los franchutes.

—Demasiado amor para mi gusto.

—¡Ja! ¡Y para el mío! No imagino a mi querida madre con trocitos en la cara de su querido esposo, el pobre señor Castro. Sin embargo, el padre Hipólito, rector agustino del colegio de San Acasio, a quien Dios guarde en su compañía, y el presbítero y médico sevillano, Francisco de Buendía Ponce, defienden a la par la flagelación como acto útil y piadoso. Meses atrás, a Buendía se le escucha decir en la Academia de Medicina que deben ser permitidas las vapulaciones sangrientas, tanto las públicas en la plaza del pueblo, como las ocultas en la intimidad del hogar. Zurrarse la badana es el camino idóneo para alcanzar el éxtasis, y así se transmite en una rendida descripción a cargo de presidiarios que lo viven en sus carnes enrejadas. Los viernes santos organizan ellos mismos una procesión de azotes y de insignias por los pasillos interiores de la casa fosca, como si fueran las callejas de su villorrio. Se arrean con denuedo hasta que fluye mucha sangre y caen desmayados. No hay carcelero que les arranque las disciplinas de las manos y es tan de ver la comitiva, que acuden gentes de fuera de la trena, como quien va a una velada teatral de Lope. ¿No me dirá que estas procesiones no son las mismas que usted y yo sabemos?

—Eso pensaba. Unidos por la tragedia los presos reproducen un auténtico desfile de sacerdotes castrados de la diosa.

—Bueno, bueno; dejémoslos en lesionados. Que ya habrá tiempo de castrarse. No veamos más heridas de las que estos reclusos se causan en sus carnes, o caeremos en el mismo error que los inquisidores, que por su celo en celosías, ordenan colocar doble rejilla a los confesionarios de los conventos, para que de esa forma ni un dedo del confesor alcance a la penitente, ni viceversa. ¡Ja! ¿Qué le parece? ¡Un confesor metiendo el dedito por ver si toca monja!

—Perdóneme que le interrumpa...

—Adelante, adelante. Hable cuanto quiera.

—Se sospecha que el doble asesino pertenece a una de estas antiguas cofradías, aunque nos despista el hecho de que una de las víctimas ha sido fustigada con salvajismo y la otra no. A una se le practica un corte limpio en el escroto, y la otra presenta todo tipo de desgarros.

—Comprendo su desazón, pero en mí no va a encontrar la horma donde se

perfilan los desalmados, sino solo maneras de orar. Alguna bastante rara, brusca o desalmada, es cierto; pero una oración a la postre. Con asesinos no guardo relación, al menos en pleno uso de mi conciencia.

—¡Lo sé, don Francisco! Sin embargo, ocurre que lo veo a usted con tantos conocimientos que desatino y espero oír de sus labios el nombre del que buscamos.

—Pues no lo espere, que nunca tuve venia para milagros, aunque si me da la suya, continúo.

—Perdón, claro que sí.

—La condición de cofrade se adquiere a voluntad, pero una vez decidida, no se puede mariposear, ni de sangre a luz, ni de luz a sangre. Los primeros deben azotarse una vez al año, en el transcurso de la procesión vespertina del Jueves Santo. Los segundos solo están obligados a portar blandones de dos libras de cera. El impuesto de la abeja.

—¡Fantástico!

—Dios aprieta, pero no ahoga. Vea cómo la flagelación obligatoria encuentra dispensas en las ordenanzas de 1681, puesto que «si cualquiera Cofrade, o Hermano, tuviere algún achaque para no poder disciplinarse, como es mal de corazón, jaquecas, vómitos, mal de estómago, débil de complexión, o que tiene experiencia que le ha causado alguna enfermedad, o que hace demasiado frío, o que está nevando, queremos que se derogue, y se dispense para que no se discipline». Resulta admirable que dentro y fuera del templo se produzcan ataques de histeria, cuya vigilancia y represión se encomienda a los cofrades de lumbre, dos de los cuales, en función de tamborileros, anuncian el paso de los penitentes para que los fieles, sin dejar de serlo, no giben. En mis torpes indagaciones averiguo que en algunos lugares los flagelantes inician sus zurriagazos al tiempo que se escucha el verso *O Cruz que spes unica...* En él viaja la orden para que se hinquen de rodillas y dé comienzo la disciplina, como si de una clave secreta se tratase. Finalizado el verso, se levantan, entonan el *Miserere mei Deus* y la procesión abandona la iglesia. Con gritos de horror claman Misericordia.

—Me asombra la precisión con la que están regulados todos y cada uno de los pasos a realizar.

—¡Bien observado! Tenga en cuenta que se trata de un sacrificio tan sacro como el de la misa, y en la misa nada queda al albur. Por eso las ordenanzas de las cofradías lo acomodan todo al rito. Pese a que nuestro buen rey Carlos Terzo viene de prohibir la flagelación pública, porque a su moderna mentalidad le desagrada el espectáculo sangriento, y yo lo aplaudo, se siguen recibiendo en los obispados informes de párrocos y capellanes donde se advierte que cada Jueves y Viernes Santo es muy numeroso el público que se propina azotes en su lomo y espinazo, ¡zas!

—¿Qué estipulan las leyes vigentes?

—La Real Cédula está firmada por el Rey hace muy poco, el 20 de febrero de 1777. Se redacta a instancias del obispo de Plasencia, José González Laso, y en ella

se ordena el fin de las flagelaciones por el abuso introducido en todo el Reino. Advierte que no sirven estas prácticas para la compunción, sino para el desprecio de los prudentes, para la diversión y el griterío de los muchachos, y para el asombro, confusión y canguelo de los niños, señoras y extranjeros ilustrados que nos visitan, alguno de ellos con el malsano objetivo de ver en acción a estos gladiadores de sí mismos, los días en que no se celebran corridas de toros. En su recto juicio, a los pecadores deseosos de penar, el monarca les sugiere otras mortificaciones más racionales y discretas. Pero no perdamos el norte. Con la misma pragmática se censuran también otras manifestaciones, como la Cruz de Mayo, las procesiones de noche, las que allí llamamos *caladiñas*, las rogativas en solicitud de lluvias, los bailes en cementerios, las comilonas en los atrios de las iglesias y las rondas del pecado mortal. A todas las desmocha. No se lo diga a nadie —baja la voz el religioso—, pero una de estas rondas contra las señoritas de la vida sale de este mismo convento de la Penitencia donde nos encontramos y arma gran escándalo contra los fornicadores que pueblan las costanillas de Madrid.

—¿Todas las noches? —se interesa Mayorga.

—¡Casi todas! Desde que duermo aquí, los oigo conchabarse en el atrio y darse ánimos con chistes que podrían parecer indecorosos.

—¿Cómo cuáles?

—No sé si debo. Bueno, pero no lo propale. Siempre hay alguno que grita a los otros: «¡Hala, vámonos de putas!».

Mayorga no contiene su risa.

—Ría, ría, pero es así. Desde la fecha de la Real Cédula se comprueba que muchos disciplinantes han mudado látigos y cruces, por cirios y hachones. Aunque no todo es obediencia y otro grupete se resiste a perder de vista la sangre. La prohibición trae a la península un nuevo penitente al que llamamos nazareno, cuyas costumbres se alejan de sus antecesores, haciendo los sacrificios sin heridas, o por lo menos, mi querido don Dámaso, sin exponerlas a la vista. En honor a la verdad, diremos que también existen huellas de las antiguas procesiones en las que aquí se organizan con gran zarabanda de ruidos y músicas que provienen de trompetas, tambores, bocinas, carracas, cencerros, cuernos y turullos; estrépitos y silencios, cantares y saetas, turbas y ensayos que los días de penitencia se hacen dueños de los aires como los que evitan que Júpiter muera devorado por su padre. Todas esas prácticas forman un vocabulario muy particular. Al dolor, a las heridas y al tenebrismo de los tres días de luto se agolpan en nuestra tierra términos que los apuntalan: los humilladeros, el tocar las tinieblas, los pendones enlutados, la Dolorosa inconsolable ante el cuerpo yacente de su Hijo, las llagas, las lanzas, y un instrumento de tortura devenido en símbolo máximo de religiosidad, la cruz. ¿Llevaríamos al cuello las guillotinas si Cristo viniese ahora al mundo y lo ajusticiasen en Francia? ¿O garrotes y horcas?

—No lo había pensando.

—¡Ya! ¡Es uno más de los muchos disparates que salen de esta cabeza ociosa! Olvídelo.

—Creo que no podré. Por lo que me cuenta, intuyo que dentro de la Iglesia existe una fuerte controversia entre los partidarios del Rey y sus detractores.

—¿Fuerte? ¡Descomunal, volcánica, paquidérmica! Vaticanistas, regalistas, jesuitistas, carlistas, manteístas, predicadores de Fray Gerundio... de todo hay como en botica. ¿No dicen Tres españoles, cuatro opiniones? Pues si son religiosos, cinco. El Rey mete la gamba en muchos charcos y eso nunca deja indiferentes. Expulsa a los jesuitas, prohíbe los flagelantes, abomina del conjuro de langostas, condena las misas de Santa Águeda, no quiere que las mujeres suban a los campanarios. Mucho pitote.

—Ha sido una magnífica exposición, tan detallada que supera en mucho el favor que se le pide. Diré al intendente Armona que traslade este juicio al conde de Floridablanca y que...

—Pare el carro, Mayorga, que la paja todavía no está para gavilla.

—¿Quiere decir que hay más?

—Cosillas sueltas, pues aún estando próximo el fin, hemos de volver la vista y recordar, por ejemplo, que es costumbre romana del primer día del año intercambiarse monedas de escaso valor, a las que llaman *stips*, para así desearse *faustum felicimque annum*. Vamos, lo mismo de hoy, dicho en breve y sin filigranas. Estos *stips* eran las monedas indicadas para ser entregadas a los pobres, al culto *gentilici*, o a los *galli* de Cibeles que solicitan Dios y ayuda. Por lo tanto, estos *galli* responden a la frase hecha *stipeprecaria victitare*; o dicho en cristiano actual, «vivir en precario de la limosna». El nombre de la moneda da entre nosotros el *stipendium* / estipendio, y para que se compruebe la influencia de aquel culto, sepa que hablamos de la tasa fijada por la Iglesia a los fieles sobre los servicios religiosos. ¡Ja! *Stips* son también los donativos a los dioses, los *stips Apollinis* o *stips Dianae*, y cuando son para los dioses acuáticos, se arrojan a las fuentes, como repiten los visitantes de la fontana de las Tre Vias de Roma, o Trevi. ¿*Capici*?

—Sí, para mi sorpresa.

—Se me pregunta también sobre el modo de realizar la eviración y le diré que cabe distinguir dos operaciones. Una, dentro del ceremonial orgiástico de creciente paroxismo, cuando los sacerdotes alcanzan el frenesí y proceden al corte escrotal mediante un tajo rápido y definitivo, ya sea de propia mano, o con la participación de veteranos. Y dos, fuera de ese tiempo; cuando el consagrado a Cibeles siente la imperiosa necesidad de convertirse en medio hombre sin llegar a ser mujer, procede a la eviración en solitario y acude con la parte sajada entre las manos a ofrecérsela. Lo siento, pero es así. En ambas circunstancias se dan casos en los que el corte es cuidadoso con el resto de los tejidos, y otros con violentas cirugías, que los devotos emprenden sin piedad hacia sus cuerpos, como cercenarse mediante una piedra en recuerdo del betilo negro de Pesinunte. También sabemos que aplica a las heridas una aleación parecida al oro fundido que actúa como cauterio. Todo ello, con resultado de

gran mortandad. ¿Le duele al escucharlo, señor Mayorga?

—¿Y los eunucos?

—¡Ah, por supuesto! ¡Los eunucos! La obtención de eunucos para gineceos, puestos de la administración, y funciones religiosas asimilables a los *galli*, corresponde a cirujanos profesionales o a barberos que saben el oficio. Leo en textos de mucha antigüedad que se retuerce la base escrotal mediante una tela, hasta conseguir que la carne que permanece unida al pene sea la mínima posible, y una vez en esas estrechuras, se taja de un corte limpio con el más afilado de los instrumentos al uso. Sobrevivir a la hemorragia o a las infecciones no está al alcance de todos, como se confirma siglos después, cuando se realice con esclavos, cuyo valor se dobla si están incompletos. Más por menos, se entiende.

Castro toma aire y concluye.

—He dicho. ¡Ah, y siga con la lectura de las hojitas! ¡Son como los sanos alimentos! No curan, pero a la larga alejan la enfermedad.

—Así lo haré.

* * *

Madrid / Calle Huertas

La abacería de Raimundo Bernabé Henríquez Atienza, en la calle Huertas, frente a las casas de María Serrano, disimula su principal actividad con la venta de aceite, frutas, legumbres y verduras que se cultivan en tierras de Galapagar, y otras muy sabrosas que le envían de Argamasilla y Campo de Criptana. Pero apenas lanza la vista el recién llegado tras los costales de alubias y de garbanzos de pico curvo, descubre una redoma con docenas, centenares, de sanguijuelas que transportan hasta Henríquez desde la orensana laguna de Antela y que son las mismas que aprecian los médicos franceses como las mejores de Europa para sangrías y rebajes, de tanta aplicación y remedio. Aquí vienen a comprárselas los prácticos de Torbeo y otros galenos aficionados a clavarlas en los brazos de sus pacientes, cuando no en la barriga. Y quien dice sanguijuelas, dice ruda, o dice clavo, eso sí, con gran secreto, pues en la ciudad no todo está al alcance.

De disimulo y de apariencia sabe la calle lo que nadie en la ciudad, pues a putas no le ganan ni las que así se tienen por albergarlas. Por eso, quienes más acostumbran en mostrar piernas al aire fuera de sus dormitorios le dedican versos de corta métrica y esencia meridiana:

*... calle de las Huertas,
más putas que puertas.*

Tanto el nombre de la calle, como la presencia allí de otros negocios de comestibles *pane lucrando* y de colmados bien surtidos, aconsejan al padre de Raimundo Bernabé establecerse en ella después de sufrir sambenito de dos aspas, confiscación de bienes, abjuración de levi y el hilván en su hombro derecho con el brazal encarnado de los judíos, marcado como las reses desde que se impone el castigo en el siglo XVI. El Santo Oficio nunca le pierde la pista, pero cuando su hijo hereda el establecimiento, con las *samesugas* y las hierbas de la ensoñación dentro, las persecuciones entran en declive. Tanto, que Mayorga recurre al abacero siempre que se interesa por algún hierbajo, veneno o pócima deletérea que se cruza en sus pesquisas.

Tras la aparición del Negro Tomás difunto, viene a dejarle las bayas y las dos hojas halladas en el escroto de la víctima y ahora regresa a recoger resultados, si alguno hubiese de interés.

El frente izquierdo, desde el arranque del suelo al límite del techo, se ocupa con una gran estantería de siete baldas. La vitrina se remata, para admiración de los clientes, con cuatro letras de un palmo esculpidas en madera con rasgos góticos. Son éstas, F Y Y F; plasmación simbólica del nudo gordiano de Alejandro que los Reyes Católicos llevan al escudo de España y a su propia divisa, *Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando*, y cuya presencia en aquel nido de judíos acalla sospechas de desviacionismo si las hubiese, aunque fue mueble comprado por su padre a un noble caído en la miseria e invadido de ratones. El propio Raimundo Bernabé las traduce a quien en ellas repara y le pregunta con mala uva.

—¿A qué vienen esas efes y yes? ¿He de entender algo de Yahvé y de la Fe?

A lo que él responde con resignación.

—No, don Crisanto; son de Ysabel y Fernando, los Reyes Católicos.

—¡Ah, carambitas!

Pero en ellas solo comienzan las maravillas del ingenio. A la vista, como queda dicho, siete baldas con legumbres en recipientes de cristal y porcelana. En otros cuencos hay especias, raíces y cortezas, con una variedad que hace las delicias de los botánicos, de los boticarios y de otros herboristas que se acercan al bajo de Huertas cuando coinciden en Madrid. Y es que, sin saberlo, vienen al único lugar de España donde existen en seco las plantas mencionadas por el redactor que a órdenes de Carlomagno describe un centenar de ellas en el *Capitulare de villis vel curtis imperii*, para que compongan las huertas, huertos y herbarios de toda Europa. Aunque el suyo sea un jardín sin tierra, Henríquez presume ante los entendidos que su portal es tanto o más que cualquiera de las plantaciones clásicas del *Capitulare*, una corta relación de espacios cultivados que en el antiguo continente se reduce a la de Saint-Benoît-sur-Loire; el jardín de Melle, en los Deux-Sèvres, la de Corbie, la muy antigua de Saint-Gall en Suiza, y el Jardín Botánico de Aquisgrán.

El judío lo consigue gracias a un sencillo mecanismo que le permite desplazar las baldas a la vista. En efecto, para asombro de quienes tienen la oportunidad de

contemplantlo, Mayorga entre ellos, la estantería se compone de dos piezas idénticas que avanzan sobre ruedas, llevándose la F y la Y la de la izquierda, y la Y y la F la de la derecha. Una vez desplazadas ambas hojas, dejan ver tras ellas una estancia algo mayor, con tres amplias galerías de vasares en madera, dispuestos en compacto para almacenar nuevos tarros, tazas, botes y redomas. Allí hay garrafas, marmitas y botellas en perfecto orden y aprovechamiento del espacio, donde el médico versado, el boticario, el alquimista y hasta el mago y la bruja encontrarían para cada roto un remiando y para cada necesidad una compostura. De esa forma se completa la relación del *Capitulare* con las plantas menos queridas por la ortodoxia canónica de los años anteriores, e incluso del presente, aunque a pocos metros veinte funcionarios reales trabajen en el Jardín Botánico y Carlos haga esfuerzos por pasar a la historia como el Rey Ilustrado. Raimundo Bernabé tiene la humorada botánica de clasificarlas por nombre, desde la efe a la ye, a la izquierda, y desde ésta de nuevo a la efe, a la derecha.

De tal modo es posible hacerse allí con la angélica que el Arcángel san Gabriel da a los benedictinos para burlar la peste y las brujerías, pero también con la mostaza que disuelta en vino hace a la mujer lujuriosa. Allí se hallan el ajeno que repele polillas y la corteza de aliso contra las quemaduras. Con Henríquez de vigilante se dan la mano la pimpinella, que masticada aleja la peste y la albahaca que protege de alacranes y mantiene a raya el avance de las moscas. Se podrá adquirir mantecona, de tanto uso en siglos anteriores contra las epidemias pestilentes y semillas de cebada que ordenan quemar como apaño para las quemaduras.

A los inquisidores les encantaría desplazar el mueble y encontrar las plantas más perseguidas, la belladona de las alucinaciones, o de la muerte, si la atropina llega en dosis inadecuadas. El tomillo que permite ver hadas y el beleño que embriaga a las sibilas y les hace pronunciar frases proféticas. A las brujas las arrebató en vuelos sobre falos de escoba. La mandrágora, ya ponderada como anestesia y el acónito, imprescindible en cualquier fórmula transgresora. De poco le serviría a Henríquez recordar a los guardias que son las damas principales las que le solicitan belladona para lavar los ojos y realzar su belleza porque así dilatan sus pupilas como han oído que hacen las más bellas italianas, las *belladonas*, gastadoras insaciables de barbasco con el que tiñen sus cabellos de amarillo, y de alcachofa, y de prímula, y de lo que la moda dicte en el mundo de los hierbajos, pótimas y colgarejos.

Pero el muestrario es inagotable. Comino, caléndula y jengibre para pociones que rinden la voluntad femenina; nuez moscada que da al hombre la potencia; el lúpulo y la casta, para todo lo contrario. La manzanilla, que ellas buscan como atenuante de los dolores de parto; el perifollo, que lo tienen como repelente de pesadillas nocturnas; el clavo, para dejarse llevar en placeres de la carne, como la achicoria, que al varón facilita ser proclive a copular. El cilantro, que ata el deseo o desata pasiones, según desee el paciente que lo ingiere. La ruda y la malva, que son auténticos bálsamos de Fierabrás, para lo que gusten pedirles. El eneldo, el hinojo, el iris y el

enebro. De la digital, no abusar, que mata como el frío en el álgido invierno. El houseleek o sempervivum, protector del hogar, tan querido por Carlomagno que lo decreta obligatorio en los techos de las casas. Rábanos para lavarse y así agarrar alacranes sin miedo. Sello de Salomón, contra quebraduras de los huesos y manto de dama para conservar la juventud. La salvia, la más ponderada, pues combate la muerte; el tanaceto, la gallocresta, el anís y el panizo.

Raimundo Bernabé espera la salida del último cliente para dirigirse a Dámaso y preguntarle.

—¿Conoce su señoría la casta casta?

—Una planta, intuyo.

—Una planta, por supuesto. La que usted me trae en esas hojas y bayas. Para ser exactos estamos hablando de la *Agnus castus* de Linneo, también conocida por su nombre de sauzgatillo. Los dos latinajos significan casto, pero abundan botánicos y usuarios que los traducen de modo más eclesial, como el cordero casto, Agnus Dei... ¿colige? Así que yo prefiero su nombre en castellano. Se evitan equivocaciones y pleitos religiosos que hoy en día siguen siendo caros y máxime a quien, como yo, compra y vende hierbecillas.

—Comprendo. ¿Y qué frescura les supone?

—Las bayas no llevan separadas de la planta más allá de dos semanas.

—¿Qué distingue a la casta casta?

—En infusión regula el menstruo y a las damas les va bien para subir más leche a las mamellas, a sus tetas, vamos. Eso, además de lo suyo.

—¿Qué es entonces lo suyo?

—¡Don Dámaso! ¡Por *Ba'al Zebú*! ¡Lo suyo...! ¿Qué será lo suyo con ese título? ¡La castidad! Reblandece la fuerza del hombre y le seca el semen para que no rebuzne ni busque hembra mientras la planta se los agarrota... sí, ahí abajo. Vendí docenas de manojos con esos menesteres. Esposas cargadas de hijos se la dan a sus maridos en tazones disfrazados de manzanillas. Y otras que saben de sus andanzas por las mancebías, les cocinan viandas, las muchas o pocas que les hagan, con el *Agnus castus*, como hacen de antiguo en los cenobios para que el monje soporte con calma su abstinencia. ¡Ah! Otra manera de administrarla consiste en lavar las partes masculinas con agua que la haya contenido, para que los deseos del varón se mantengan amortiguados como marmota en invierno. ¡El árbol de la castidad! El zerobo lo llaman. Cuáles no serán sus poderes que se mezcla con opio, azafrán, canela y clavo para obtener láudano con el que proceder a la ablación del niño destinado al canto, causándole el mínimo dolor posible. Castrados quedan, aunque no por ello se convierten en cantantes de renombre, como es obvio suponer. ¡*HaRosh Mistovev*! Claro que esos poderes los obtiene tanto de Ceres, como del herbolario.

—¿De la diosa romana?

—Eso mantengo, señor. Hay noticias de que en aquellos tiempos, sus sacerdotisas, las que deben mantenerse sin tratos con hombres, se acuestan sobre

lechos de *Agnus castus* para sacar de sus cabezas el olor a varón, e incluso se sabe hoy que las ceremonias en honor de la diosa se realizan en habitaciones ornadas con profusión de esta planta. Ignoro si estos conocimientos le servirán de gran ayuda.

—Quién sabe por qué uña se va a descubrir el león —se limita a refranear Dámaso.

—Isis, Ceres, Cibeles, tres cabezas bajo el mismo velo.

—En eso pensaba.

—¿En las diosas?

—Sí.

—¡Ah, caramba! —se asombra el herborista—. ¡Es usted un hombre culto!

—Siempre menos de lo necesario, de ahí que me rodee de personas instruidas, cual es su caso.

—Se lo agradezco, siempre que no me lleve ante de la Suprema. Ya sabe el mutuo aprecio que nos tenemos.

—Conmigo puede estar tranquilo, Henríquez; aunque le recomiendo que descarte las expresiones judías de su lenguaje.

—¡La razón le asiste! ¡Le agradezco el consejo!

—Dígame, ya que antes habla de que vende mucha casta casta, ¿cuántos lugares de Madrid pueden presumir de lo mismo?

—Pocos. De entre las setecientas abacerías que hoy venden, solo dos o tres más la expenden. Y cuente con que también la tengan cuatro brujas escondidas en sus zaquizamís. Es más frecuente adquirirla lejos de la villa, en aldeas donde su uso no se pierde con el paso del tiempo.

—Y siendo así, ¿le sorprende algún cliente peculiar en las últimas semanas?

Antes de atender al requerimiento, el tendero Henríquez se agacha hacia un cestón cercano y toma un manojo de la hierba para mostrársela a Mayorga.

—No le gano lo que a la ruda, o al equiseto, pero tampoco es una rareza de alquimista.

—Intente recordar, en las cuatro o cinco semanas anteriores...

—En ese tiempo la despacho seis o siete veces. Y ahora me preguntará a quién, y debo decirle que todas han sido damas, que a todas tengo por casadas y que todas han venido otras veces. Ya ve, es difícil captar nuevos clientes.

—Todas casadas.

—Sí, quizá yerre en alguna, pero lo dudo. La mujer soltera no pide casta casta, a no ser que desee profesar como monja.

—Y tampoco es el caso.

—Tampoco. Lo sería si se ve acosada mientras permanece en el mundo y lo digo porque así sucede con una aspirante a novicia, cuyo padre le ronda las faldas. Su madre viene por la casta y el garañón amaina.

—¿Sabría decir si son nobles o plebeyas?

—De la media docena que compran, solo una tiene título. No sé bien si

vizcondesa o baronesa de Esteiro Labandal, doña Mariana Leonisa, que para mí las tengo, le espolvorea la planta sobre las partes de su marido para que la deje en paz y haga ella libre albedrío de sus encantos. Pero ¡por Yavhé! ¿No la castigaré por eso? No lo haga, por favor; que es una excelente compradora. Tanto ella como su cocinera doña Pacita, que si una no viene, viene la otra. Y de verse arrestadas, deducirán que solo yo puedo ser el denunciante.

—Cálmese, Henríquez. Para los judíos se acabaron los tiempos de las persecuciones. Nadie debe salir perjudicado por condimentar la sopa con hierbas de continencia. ¡Otro gallo cantaría si la Suprema descubre que la planta agudiza la excitación!

—¡Ay, don Dámaso! ¡Por lo que más quiera! Yo olvido el modo de decir de los hebreos, pero usted absténgase de pronunciar ciertos términos en esta casa. ¡Bastante negro está el negocio de la herboristería como para mentar la bicha entre las plantas!

* * *

Madrid / Terrenos de Hortaleza

Días después de la entrevista con el marqués de Curazzo y uno antes de la cita con Violeta, Chacón regresa a los terrenos de Hortaleza. Quiere visitar los descampados de don Saturno, los únicos que a la postre soportarán el movimiento de tierras para extraer el colmillo en una noche y sin la presencia de incómodos testigos, según ordena Palacio. A continuación será trasladado a los sótanos donde se encuentra su pareja y allí dormirán el sueño de los justos sin que el Rey lo remedie, pues aunque es loable propósito aspirar a ilustrado, se necesitan salvar graves escollos para conseguirlo.

La operación le obliga a estudiar bien el terreno, realizar nuevas catas y levantar empalizadas protectoras que alejen moscones. Serán dos verjas tupidas y concéntricas. Una primera para impedir la cercanía y otra que circunde la excavación. A estos terrenos se accede por Hortaleza, y un poco más adelante cruza la que llaman sin reparo calle del Colmillo. Se conservan libres de uso a lo largo y ancho de varias hectáreas, pese a estar ya acosadas por el crecimiento de la ciudad. Agregados a las casas hay una docena de arriates, cinco de ellos cercados, con gallinas unos, y con hortalizas los otros.

En una de las almunias, Venancia de Illán recoge perejil y zanahoria para aderezar el sopicaldo de la cena. Eleva la vista y reconoce al de Puebla. El porte de Lorenzo lo hace inconfundible en esa zona de Madrid, cercana a Recoletos. Venancia no es de las que desprecien los gallos del corral, aunque solo sea para repasarlos de un vistazo, sin entrar a desplumarlos.

De acuerdo con los documentos del Alcázar que el Rey entrega a Hermosilla, el descubrimiento del colmillo se produce al abrir los cimientos de la casa que hoy ocupa el cuarto lugar de las existentes, contadas desde Hortaleza. Eso supondría la inevitable destrucción de dos de las huertas y un gallinero. No más allá, ni más destrozos.

Lorenzo asciende a la mayor elevación del terreno que allí existe y otea alrededor con ojos de ingeniero. Fáciles accesos por donde circular carretas se abren tanto hacia Alcalá como a Fuencarral. Al comprobar su extensión, barrunta que pronto aquella zona albergará importantes edificaciones y calles que serán céntricas en pocos años. Ocurrirá de forma especial cuando finalicen las obras de embellecimiento de los Agustinos Recoletos y del Salón del Prado, que ensanchan la ciudad y hacen que el centro se desplace hacia los terrenos del Retiro. El Rey no es ajeno a que la obra, al tiempo que científica y simbólica, revolucionará el urbanismo madrileño.

Cuando vuelve sobre sus pasos para salir de nuevo por Hortaleza, Venancia todavía remolonea en el huerto. Lo hace por él, por dirigirle la palabra y no quedar callada.

—¿Un nuevo palacio, señor de Puebla?

—¡Quién sabe! Madrid necesita muchas obras.

—¡Ya! ¡Y la Corona para ocupar a los obreros del Alcázar!

—También, pero no se preocupe por ellos. Todos cenan caliente esta noche.

—A los pobres nadie nos va a sacar de pobres. Con obras o sin ellas. Pero no envidia a los ricos. Tengo una pequeña casa para barrer ¡y algún día no alcanzo a pasarle la escoba por toda ella!

—Ja, ja, ja.

Ante la carcajada conseguida, Venancia no es capaz de contenerse.

—Le habrán dicho con frecuencia que es usted hombre atractivo para el mujerío.

—¿Se lo parezco?

Una turba de chiquillos corre hacia el centro del descampado. Juegan a batallas y el estruendo que arman se mezcla con el monosílabo de Venancia, que llega imperceptible a Lorenzo.

—Sí.

El trata de devolverle el cumplido.

—Usted traerá de cabeza a más de uno.

—¡Qué más podría desear! Pero no va el pollo a gallina vieja.

—¡Tonto será el pollo si no lo hace!

—¡Ay señor, con veinte menos!

Y en ésas asoma el hocico Pepe de Illán, que a grandes gritos reclama a su mujer desde un ventanal trasero, molesto por verla de cháchara con aquel finolis tan bien plantado.

—¡Venancia! ¡Que se desborda el puchero!

La paisana le reflucha por lo bajo.

—¡Qué va a desbordar! ¡Éste, que está comido por los celos!

—Me despido —zanja el de Puebla—. Y no se haga mala sangre. Dígale a su marido que tiene una mujer muy guapa y que por eso los hombres se paran a saludarla.

—¡Calle, calle; que me desencuaderna!

Las amenazas se cumplen y cae menuda el agua en medio de gran bochorno, por lo que pronto se evapora en múltiples columnas de vapor que ascienden desde el suelo.

* * *

Madrid / Terrenos del Camino de Hortaleza

Poco antes de las primeras gotas, uno de los galopines que juegan a la guerra en el cerro de los Curazzo deja de correr. Está paralizado ante el cuerpo semidesnudo y desmadejado de un hombrecillo que le mira con ojos saltones que se enmarcan en negros regueros cuarteados sobre la boca entreabierta. Algo asoma de los labios. ¿La lengua? El niño diría que es un dedo. Apesta, pero no por ello deja de observarlo. Por el interior de las piernas que en parte cubre una bata de muselina, la sangre seca esboza tintes y dibujos de ríos escarlatas. El chaval baja la vista y lo comprueba. Se los han cortado. Le han cortado los cataplínes, o eso parece. Sí, es un cadáver. Me está mirando, pero es un muerto.

Éste es el tercer cadáver castrado que aparece en Madrid el último mes y todas las enrevesadas conjeturas que levantan los hallazgos de Dosindito y de Tomás se multiplican a cada paso. Con este nuevo asesinato, la ciudad puede estallar en rabia, o encerrarse para siempre.

Pronto son siete los aprendices de guerreros los que rodean el pingajo. Miran sus desnudeces, la boca entreabierta y lo que asoma con la atención atrapada por la fascinación de la muerte.

Uno de ellos, sucio, mocososo y pelirrojo, al que llaman Bernardito, rompe el silencio y pregunta lo mismo que todos están pensando:

—¿Por qué el besugo tiene los ojos abiertos si está muerto?

—Los muertos que son asesinados no los cierran —le explica el mayor de todos ellos con la misma ignorancia que el resto, pero más labia—, por el susto que se llevan justo antes de palmarla. Solo los cierras si mueres de viejo en la piltra.

—Mi abuela no los cerró y estaba encamada cuando la diña.

—Échale un galgo a ver si la enterrasteis viva.

Ahora mudan el silencio por las risas. Se ríen ante la muerte y eso los hace más hombres.

—¿Entonces, a éste lo mataron?

—No, no; lo rebanaron. Se lo hizo el barbero. Mírale el afeitado.

Más carcajadas. Así se liberan del horror. Así aplacan los nervios. Nadie se atreve a moverle la bata y ver otras desnudeces. Es suficiente para la guerra que hoy llevan en su mirada.

—Huele a infierno.

—¿Tú estuviste?

—Lo que dice el cura.

—Hay que dar aviso.

—¡Vamos!

Y los siete corren por el cerrillo sin poder apartar del pensamiento los ojos de aquel cadáver, cuya gracia todos desconocen, aunque más tarde sabrán que fue en vida hombre linajudo, uno de los seis aristócratas que por cada diez habitantes pueblan la villa y corte. Aunque sea que con éste baje el promedio de nobleza.

* * *

Madrid / Calle del Colmillo

En ruta hacia los descampados, el juez Longinos Yeste que le acompaña al sórdido trámite, comenta con Mayorga:

—La ablación es cuento viejo. Algunos varones se avergüenzan del colgarín y se lo rebanan como si fuese un paquete sin destino, una burla de mal gusto, el defecto de una raza descastada. Orígenes, por ejemplo. Ya ve usted. Tan cristiano y quitándose los huevos como aquellos espadones castrados que servían de amantes sin riesgos de embarazos. Mete, saca; mete, saca y nada corre.

—No es el caso que se repite en Madrid por estas fechas. O muy equivocadas están mis averiguaciones, o a ninguno de nuestros mártires le agrada separarse de sus redondas pertenencias, pues ni se escandalizan de ellas, ni vergüenza les provocan. En especial al que llamaban Tomás. Veremos qué nos depara el tercero.

—Nos tienen muy mal pagados, Mayorga. Pero que muy mal pagados.

—Yo no me quejo.

—¡Cabal! ¡Soltero y solo en la vida, bien le alcanza! ¿Pero yo, que se me sientan ocho a la mesa dos veces al día? No hay haberes que cubran.

—Así no me extraña, don Longinos.

—Tiran de todo en las calles de Madrid. ¿Le conté, comisionado Mayorga, el día que encontramos un difunto con un gato vivo en el estómago? Sí, sí; se lo meten y lo cosen, dejándole un agujero en el ombligo para que respire el animalito. Cuando llegamos, el morrongo le ha comido buena parte del bandullo y a punto está de

esfumarse. Nunca supimos si el hombre vive cuando lo cosen, pero es posible. ¿Qué le parece?

—¿Qué coño me va a parecer, señor juez? ¡Una tortura propia de los infiernos! ¿Será por eso que nos llaman gatos a los madrileños?

—A mí no mire, que nazco manchego. Gatos son mis hijos, que me comen la panza como al afiambrado.

* * *

Madrid / Terrenos del Camino de Hortaleza

Dámaso Jesús de Mayorga y el juez Longinos Yeste se personan en la calle del Colmillo. Antes de llegar al lugar del hallazgo, ya han dado firmes instrucciones a los guardias para evitar que se repita el caso de Dosindo Martín, trasladado de la carbonería sin que la autoridad sepa en qué postura deja al pobrecito la mano criminal sobre el terreno.

—Tanto horror y tanta muerte nos obligan a leer bien las huellas que antes se descuidan —comenta el comisionado al juez—. ¿No está de acuerdo, don Longinos?

—¡Oh, sí! ¡Los cadáveres hablan! El problema es que no tenemos tiempo y que estamos muy mal pagados.

Cuando llega a la torrentera, han pasado por allí más de cincuenta vecinos, y más de veinte, entre chiquillos, mandaderas, horteras y cocheros sin pasaje, se resisten a marchar pese a la lluvia, que cae plomiza a la manera del norte y esta vez moja los adoquines. La noche pronto va a exigir candiles.

Mayorga certifica el corte levantando solo por una punta la jalma zamorana que cubre al pavo, más que nada para no dar espectáculo. Yeste también lo hace, protegido bajo la frazada que sostiene Mayorga. Luego la suelta y de un tirón le descubre él rostro para preguntar a los curiosos y asustar a los desprevenidos.

—¿Alguien lo reconoce?

Nadie responde. Habría sido gran suerte. Por la única prenda que le cubre, una bata de muselina roja y negra, se intuye un personaje principal, quizás un noble.

Y vaya si lo es. Aunque todos lo ignoren entonces, se trata del conde de Sanchezcapitán, de nombre Gumersindo Astudillo y de alias Goomer, o don Goomer, como se hace llamar por sus amistades. Natural de Cuenca, de joven entra en el seminario, pero pronto ahorca los hábitos por otros de más colores. Es vecino, hasta que la espicha, de la plaza del Corpus Christi, que para mayor exactitud es también la de los Salvajes. Su casa está entre el convento de las Carboneras y la de García de Cárdenas, como bien sabe el Negro Tomás cuando ambos disfrutan de la vida y la zambomba.

—¿Han visto u oído esta tarde algo fuera de la habitual?

—Lo que dice Pepe de Illán —se oye en el grupo tras un silencio.

—¿Y qué dice Pepe de Illán?

—Que por aquí anda hoy un arquitecto, o algo así.

—¿Dónde vive el tal Illán?

El mismo hortera que habla con una banasta de bollos apoyada a la cadera le indica con un golpe de cabeza el terreno que ocupan Pepe y Venancia, apenas distante unos pasos de aquel lugar.

—Hagan que la gente se disperse y vigilen el cadáver hasta que vengan del San Carlos a recogerlo —ordena antes de despedirse de Longinos.

Él se encamina al domicilio señalado, en cuyo interior se distinguen luces y humos. Aporrea la puerta y es Venancia quien la abre secándose las manos con el mandil.

—La autoridad quiere hablar con Pepe de Illán.

Desde la cocina se escucha imperativa la voz del hombre.

—¡Es por el cadáver! ¡Haz que pase, mujer!

Dámaso llega a pies del fuego, donde el reclamado despelleja un conejo de un hábil tirón. Con la piel en una mano y el animal en la otra, lo recibe dispuesto a prestar la información que Mayorga aguarda, sin esperar consultas.

—Al difunto lo encuentran los mozalbetes que por allí juegan. Nada más sé.

—Perdón que le corrija. Yo mismo sé que sabe más.

—¡Vaya! Pues ahórrese la visita. ¿Qué sabe que sé?

—A los vecinos les comenta que esta tarde ve a un personaje no habitual. A un arquitecto.

—¿Y por qué ha de relacionar al señor de Puebla con la barbaridad cometida? —descubre Venancia.

—¿El señor de Puebla?

—Sí —admite ahora Pepe—, hablamos de que hoy pasea por aquí el señor de Puebla, nada más.

—Ya, ya. A ellos, sí, pero no a mí. Y ¿qué se le pierde por estos lares a nuestro ilustre ingeniero?

—¡A mí me lo pregunta! Primero mira las tierras y luego se pone con ésta de lisonjas.

Venancia protesta por la insinuación de su marido.

—¡Pepe, que te pierdes! ¡Lisonjas ni contigo las tuve!

—¿Habla o no habla con él? —trata de concretar Mayorga.

—Sí, lo hago. Me saluda —reconoce ella.

—¡Largo saludo! —encizaña su hombre.

—¿De qué parlotean?

—¡Y yo qué sé! No me acuerdo. De chicha y nabo.

—¿Lo ve? ¡Pelando la pava!

—¡Ya está! ¡Ya graznó el pelusero!

—¿Le nota alterado? ¿Ve en él restos de tierra o sangre?

—¡Quite, quite! El hombre va tan planchado como acostumbra. ¡Ni sangre, ni temblores, ni nada!

—¡Un pollo pera! ¡El muy cabrón!

—¡Hispe el huevo bien batido, como mujer con buen marido!

—¡Venancia...!

—Tranquilícese, José. Con tanto muerto zumbando por ahí, los nervios se alteran y vemos fantasmas donde solo hay humo.

—Pues eso, pillen pronto al asesino, que a la gente se le corta la leche.

—En ello estamos, pero para que tal ocurra, y no olvide jamás lo que le digo; todos debemos colaborar con la autoridad y no remolonear lo poco o mucho que se sepa. ¿Entendido, Pepe de Illán?

—¡Uno qué va a saber!

IV

EL FIN DEL PARAÍSO

(1780)

Madrid / Plaza de los Afligidos

La baronesa de Esteiro Labandal le llama cariño y la palabra resuena en la mente de Violeta como una invitación al pecado que se abre paso hasta el interior de su estómago.

—Cariño, mucho me satisface que compartas conmigo tus confidencias. Solo hay en este mundo un placer que podría superarlo.

—¿Cuál?

—Compartir yo esas aventuras.

—Me sonrojas.

—Es la verdad. No es fácil encontrar en Madrid una mujer como tú, una mujer con la que abordar el discurrir de la vida desde cierta altura, con miras de intelectualidad. Y si a lo uno unimos tu belleza, el resultado supera todo lo imaginable.

—Ahora no solo me sonrojas, sino que te equivocas. Soy una persona del montón.

Mariana añade una gota de enfado a sus palabras.

—¿No tiene espejos el marqués de Curazzo? Cariño, eres excepcional en todos los sentidos, por eso quisiera ayudarte en la medida de mis fuerzas.

—¿Ayudarme? ¿A qué?

—Tengo amigos influyentes, algunos muy poderosos, y aunque sé que nada te falta a primera vista, hay ciertas cosas en el mundo que la mejor de las educaciones no proporciona.

—¿Y tú sí?

—Sí, y no me lo tomes como prueba de vanidad o presunción. Pero no hablemos más de eso. Prefiero que lo veas con tus ojos, que me descubras como hacen los enamorados cuando se encuentran y comienzan el galanteo. Ya ves, el paso del tiempo no logra borrar en mí los ecos de la jovencita romántica que seguramente fui algún día.

—¿Pretendes enamorarme?

—Cariño, eres adorable. ¡Tan ingenua! ¡Tan directa! Lo que pretendo es presentarme como una persona con la que merece la pena trabar amistad. Alguien de la que nunca te arrepientas de haber conocido y te voy a dar una prueba, confiándote otro secreto, no sé si mayor o menor que el tuyo.

Las dos mujeres charlan en el mirador de marquesina con el que se remata el palacete. Es un lugar extraordinario para columbrar idas y venidas de los viandantes

que se cierra en redondo con una cristalera que permite vistas a los cuatro puntos cardinales de la ciudad, estando como está en una de sus mayores alturas. De hecho, Mariana Leonisa juega a adivinar las vidas de quienes pasan un día y otro por debajo de su atalaya, o eso dice al barón cuando se encierra entre los arcos venecianos que la circundan.

Tanto al levante como al poniente se han dispuesto sendos tresillos con un par de butacones a los lados, así se prefiera tener el sol de cara, o de espalda. La baronesa ocupa el de poniente y Violeta se sienta a su izquierda, desde donde en esta ocasión se domina mejor el convento de Santa Clara y la mansión del duque de Noblejas.

—Quiero mostrarte algo.

Mariana se acerca a uno de los dos *bureau* de caoba que se acoplan formando uno solo y que presiden el centro del mirador. De su bolsillo extrae una pequeña llave con la que abre la portezuela central del mueble abierto hacia el oeste de la ciudad, que desde allí se señala por el Camino del Río. Cuando está bajada aparenta ser una moldura sin otra utilidad que el adorno, pero en las dos piezas las cerraduras ocultan los mecanismos de entrada a sendos receptáculos secretos.

Dentro hay un libro forrado en terciopelo verde, con cuatro bullones en sus esquinas y un herraje que precisa de un nuevo pasador para ser liberado. No parece de gran fortaleza, pues todo el secreto se desvelaría de un ligero machetazo, pero al menos ayuda a sospechar que dentro de aquellas colanillas se esconden los más fabulosos arcanos, o las confesiones del embajador en los infiernos.

Una vez que realiza esas operaciones, la mujer regresa al tresillo y toma asiento al lado de la marquesita de Curazzo.

—Todo está escrito desde el mirador.

—¿Por quién? ¿Por ti?

—¡Oh sí, querida! Únicamente por y para mí. Tú eres la primera persona que sabes de su existencia, y la única, si quieres, que puedes leerlo.

—¡Qué emocionante! ¿Qué contiene?

—Magia...

Violeta abre sus párpados para evidenciar el asombro que la revelación le produce y Mariana le sonrío engatusada por la blanca plenitud de aquellos ojos desorbitados que ni siquiera así restan belleza al rostro de la marquesita, iluminado por un sol de media tarde que comienza a destilar tintes amarantos.

—... sí, magia, pero también ciencia. Y si me admites la inmodestia, añadiría que los más ácidos académicos, los aristarcos menos sobornables, o los lectores más exigentes encontrarían en él una pizca de buena literatura.

—No me digas más. ¿Has escrito otra *Marta aparente*!

—¡Sí! ¿Cómo se te ocurre pensar en ese título?

—Muy sencillo. Desde que López de Sedaño la estrena en diciembre, se habla de ella como si no se hubiese escrito jamás una comedia mágica —se explica Violeta.

—Yo soy una de sus más fervientes defensoras. Me conquistó la historia. Marta

es una maga maravillosa. Está casada con un barón, disfruta de la vida, encandila a cuantos conoce...

—Y hace un pacto con el diablo. ¿Cómo tú?

—Sí, firmado con una gota de mi sangre sobre las obras del Maestro Ciruelo. ¿Qué más podría desear? Es cierto, me parezco a ella pues yo también estoy casada con un barón... y poco más.

—Por lo que de ti conozco no solo te une a Marta la baronía. Como tú misma reconoces te gusta apurar hasta la última gota de la vida y a todos seduces con tus atractivos. Solo falta algo por responder; de verdad, ¿tienes pactos demoníacos?

—¡Qué preguntas haces, chiquilla! Eres tan ingenua como adorable. Madame Mailly, la amiga de Luis XV, le tenía un miedo atroz. Yo prefiero temer al Rey y ser amiga del diablo.

—Dime al menos qué se esconde en ese libro. Desde que me hablas de él pierdo el sosiego. Todo me da vueltas, como si este mirador se hubiese instalado en mi cabeza. ¿Qué me pasa? ¿Tú lo entiendes?

—¿Perder el sosiego? Eso no tiene cabida en ti. A no ser que por calma entiendas el sopor en que te sumen los besos del señor de Puebla, las caricias que prodiga a tus carnes y el calor que se escapa de tu cogote.

—Por favor, hágame del libro y no me tortures más.

La baronesa aprovecha el comentario para posar sus labios sobre los de Violeta, con espacio suficiente para que la lengua los recorra en un suspiro, e incluso que supere con timidez sus dientes y se haga la encontradiza con la suya. Al tocarse, la retira y la provoca:

—Mi pequeña pecadora.

Aquel beso a traición de su amiga la arroba e inflama, pues dura lo suficiente para despertar la carne, pero tan poco que la deja insatisfecha. Sin conciencia de ello, se lleva las manos a los pechos para apretarlos por encima del justillo, dando salida al deseo. Luego, apresurada, trata de contener su excitación con la pregunta consabida.

—¿Qué contiene el libro?

—Míralo tú misma.

Violeta lo abre y pasa a gran velocidad dos centenares de páginas, repletas de preciosa letra en tinta verde, de un tono más apagado que el terciopelo de las tapas. Al final del hojeo, se descubre que falta otro tanto por escribir.

—Aquí está todo cuanto se observa desde este mirador, lo que se esconde bajo estos tejados.

—¡La ciudad por entero!

—La que me llama el interés.

Violeta contempla a través de los cristales un océano de tejados y azoteas, pues pocos edificios hay que superen la altura del palacete. La cúpula de San Francisco, hacia el este, las espadañas de varias iglesias y conventos, el palacio del conde de Pozobueno, el Real todavía tan blanco, el teatro del Príncipe, donde en diciembre se

estrena *Marta aparente*, vencejos que giran en brusco su vuelo y una columna de humo que delata a lo lejos una hoguera de gitanos dispuestos para la bullanga y la jarana de aquella noche. El resto de Madrid crece por debajo de la mirada.

—¿Escribes la historia de la ciudad?

—Algo de eso. Aunque si te conformas con decirlo así, te preguntarás qué puede haber de mágico en el deambular de un puñado de madrileños y ni yo misma lo sé.

—¿Hablas de mí en las páginas de ese libro?

—Por supuesto. Has irrumpido con fuerza en la historia.

Violeta necesita exagerar las bocanadas de aire para reducir su zozobra con el aporte de más oxígeno, lo que se traduce en un subir y bajar de su escote, del que Mariana no puede apartar la mirada.

—Es maravilloso llevar al papel las andanzas de quienes te rodean. Escribir mil biografías en una.

—Así lo creo también.

La baronesa se lanza en un nuevo beso sobre Violeta. Ahora lo hace más despacio, moviendo suave la cabeza para que los labios de ambas aprecien sus dimensiones y su saliva penetre en la boca de la muchacha. Así permanece el tiempo suficiente para constatar que ella, no solo no la rechaza, sino que acelera sus pulsaciones y se deja arrebatar por el abrazo, seducida con el anuncio inequívoco de un inmediato festín de placer.

Pero nada de eso ocurre. La toma del mentón y aprieta leve con los suyos el labio inferior de la joven al que acaricia con la lengua. Luego se separa y continúa hablando, como si aquel contacto no fuese prólogo de nada, sino una pieza inconexa del ritual que la urbanidad impone entre dos amigas de cháchara sobre la vida y un libro ciertamente especial.

—Cuando vengo a escribir aquí, a este mirador, no llevo la vista tan lejos como acabas de hacer tú. Más bien la dirijo sobre las cinco calles que se ven abajo; San Bernardino, Conde Duque, Duque de Liria, Princesa y Limón. Sobre el convento de San Joaquín de los Afligidos que bautiza la plazuela con ese nombre que ganas da de mudarse nada más escucharlo, y sobre todo, hacia el Cuartel del Conde Duque, de donde salen y entran los hombres más apuestos de todo Madrid, los guardias de corps, que siempre me inspiran las historias más divertidas y las más picaras también, tal como comparto con algunos miembros de la Familia Real. Unos jinetes que montan a caballo con tanta gallardía, que al galope mantienen firme el sombrero sin barboquejos y que vuelan cabriolas sin perder la montura, son la fianza del buen cabalgar en cualquier lecho.

Violeta, aturdida como está por las caricias de la dama, conserva aún razón para escucharla y se vuelve de nuevo sobre la cristalera para ver, ahora sí, a quienes van y vienen alrededor del palacete, dos guardias reales, dos frailes de San Joaquín y cuatro mocosos que corren detrás de un aro.

—Parece un lugar muy concurrido.

—En efecto. Te sorprenderá saber que lo transitan a diario más de un millar de personas, y casi el doble las mañanas de los domingos, cuando vienen con los niños a la plazuela del Duque de Liria. Si hace sol, para tomarlo. Y si ataca el viento, para refugiarse, o para volar la birlocha. Si llueve es cuando no vienen por ser un lugar al raso. De ellos, solo unas docenas son habituales, y el resto ocasionales. Muchas manolas de mantón y pañoleta se acercan para acosar a los guardias que les prometen amor eterno, y las hay que lucen bombo sin padre reconocido. Cada dos por tres, las dulcineas despechadas y los soldados sin palabra organizan pugilatos en la plaza, con empellones, caídas, arrastres y descabellos, como en la de Las Ventas. A todos retengo en el libro y todos me cuentan sus andanzas, pero no son los únicos, claro.

La baronesa se levanta y continúa hablando pausada, a espaldas de Violeta y del tresillo. Cuando está a su altura, posa las manos sobre los hombros y le acaricia el cuello abarcándolo como haría un leñador con su hacha, sin ahorro de dedos para que éstos le transmitan las exactas dimensiones de la cerviz, que en ella son de niña, lo cual place sobremanera a la baronesa. Ahora cierra los ojos para apreciar mejor la tersura de su invitada y sin dejar de hablar, desciende lenta su mano izquierda bajo el canesú en busca de los pechos que en esa dirección brotan de inmediato desde sus marcadas estribaciones. Ella los rodea y transita sin intención aparente de apresurarse por alcanzar la copa, ni por ir en busca del botón que los culmina.

—... reconozco a cada uno en sus andares, en los bártulos que llevan, si son herramientas o enseres, si los acaban de adquirir o tratan de venderlos. Si transportan en la saca avellanas verdes o la cascarilla del chocolate. Sé qué relación mantienen con quienes les acompañan, si son hijos, hermanos, esposos, o si hay entre sus pliegues un odio sumergido que algún día puede explotar en gran violencia...

En este punto la baronesa desciende las dos manos y recorre a placer el busto de su amiga, que reposa en el tresillo con la cabeza sobre el respaldo y la respiración contenida, con el deseo de ir más y más allá, corrida de vergüenza y de arobo.

Aunque muy excitada por lo que ocurre, Mariana administra sus caricias procurando que no la alteren en su discurso, ni que ofusquen a la joven en deseos de silencio.

—... sé todo de ellos antes de que suceda, y ahí radica la magia del grimorio, pues cuando lo confirmo, resulta prodigio indescifrable comprobar que está escrito y que nada debo modificar de cuanto anoto, pues todo responde con acierto a la vida de quien vigilo.

La baronesa baja la voz hasta tonos casi imperceptibles y Violeta nada responde a ese susurro. La mujer retira ahora las manos del escote y desde fuera del escondite donde permanecen los últimos minutos desengancha las grapas que cierran el vestido por arriba y lo desliza hasta la cintura. Luego repite el descenso con el corpiño y en ambas operaciones observa agradecida que Violeta colabora sin disgusto. Mantiene los ojos cerrados, pero ella sabe a ciencia cierta que la mujer admite con deleite todas sus manipulaciones.

A la vista de los pechos que acaricia hasta el detalle, la baronesa se desprende también de su vestido y semidesnuda se descuelga de nuevo sobre la mujer, sin que ahora medien palabras entre ellas. Cuando alcanza con sus labios los senos de la marquesa, ésta tiene los suyos frente a la boca, y antes de emprenderla con ellos a lametones, los sopesa con mimo y con dulzura.

Es su estreno en el arte de Safo y se extraña de lo mucho que disfruta. Una mujer, qué horror, piensa Violeta. Que sea el hombre con su fuerza quien me atrape, me estruje y me penetre. ¿Y qué hago ahora con este amargor que me embriaga? ¿Cómo sofoco la ansiedad? ¿Cómo corrijo el error que llevo? Bésame, mujer. Bésame en los labios, que te deseo.

Y al tumbarse el cuerpo, el libro verde de herrajes y bullones cae desde el tresillo con un ruido que fue acompañamiento. Un leve rumor escapa de entre sus páginas, el que produce una pluma al roce con el pliego.

* * *

Madrid / Carta a Pippo di Fiammeta

Querido hermano:

Hay en la villa una plaza con vocación de calle a la que llaman de Matute. Mirada de oeste a este se encuentra entre la plazuela del Beso y la de Antón Martín, y entre las vías de Huertas y de Atocha, si se ataca de norte a sur. En su oeste se abre el local de la abacería de Henríquez, donde el judío vende todas las hierbas carolingias del *Capitulare de villis*, manojos de casta y sanguijuelas de Galicia por docenas, así como otros artículos más peligrosos de ser nombrados en público porque ponen a las brujas en vuelo y enloquecen a los hombres que se creen escobas en sus manos.

Si preguntas a los madrileños por su nombre, te dicen que le viene de un propietario que por aquí tuvo casas y fincas siglos antes, pero después de mucho insistir delante de los más viejos del barrio de Cañizares, averiguo que este lugar hizo de límite en la antigua ciudadela, y por la zona se apostaban pillos, ladrones, contrabandistas y bandoleros que aprovechan el claroscuro que la noche forma con las primeras luces del día para colar en Madrid sus mercancías fraudulentas, sus pillajes y todo cuanto de valor limpian en los domicilios de sus víctimas. Si te fijas, querido hermano, estos cacos actúan bajo la protección de Mater Matuta, la diosa sentada en su trono como una prolongación más de nuestra conocida Cibeles, que cuida del amanecer y da nombre a esas horas, llamadas matutinas en su honor. Y no solo detengo aquí la curiosidad, pues lanzo mi propuesta para que la estudien los cronistas de la villa como origen de tan curiosa plaza, pues la diosa bautiza también los artículos robados que quieren ser introducidos en el mercado como los de matute,

o lo que es lo mismo, en aprovechamiento de la luz de la madrugada. Siendo ésta una antigua puerta de entrada para randas de variada estofa, ¿qué nombre más oportuno entre los ciudadanos que elegir el de puerta o plaza del Matute, que hoy se alarga con vocación de zacatín?

Como siempre, recibe los besos más cariñosos de tu hermana
Isabella

* * *

Madrid / Infantas

Los Curazzo comparten los rayos de un sol mortecino en la galería de las procesiones. Violeta quiere saber la opinión de su marido sobre la pretendida magia de Mariana.

—¿Puede una persona adivinar lo que piensa otra, sin conocerla, apenas viéndola cruzar delante de su ventana, así, como estamos nosotros?

El marqués despega su vista de la enciclopedia que lee y tras superar el asombro inicial que la inquietud de su mujer le provoca, se anima a contestar.

—Cariño, si preguntas por poderes naturales, no conozco quien sea apto para hacerlo sin recurrir al truco de los predicadores charlatanes, o al embeleco de los magos de feria. Si por el contrario añades a la lista aquéllos que pactan con el Diablo, o venden su alma a cambio de ciertas potestades, el Santo Oficio te podría ilustrar con más de un ejemplo. Tal es el caso de ese adivino manchego al que le requisan una bolica negra con la que asegura penetrar en la mente de sus vecinos e incluso predecirles el futuro. En Delfos ya se hace, por lo que no es moderno el milagro. ¿Por qué lo preguntas? ¿No te habrá embaucado una gitana?

—No, no. Lo leí en un almanaque y quería saber tu opinión.

—Pues desconfía, querida, desconfía.

* * *

Madrid / Salón del Prado

Violeta recibe mensaje de Mariana para que se encuentren en el Salón del Prado. Aún sin acabar, aquel nuevo Madrid ganado para la burguesía y la aristocracia se convierte en el atractivo de las mañanas que los italianos llaman del *dolce far niente* y los menestrales, de galbana. Las calesas van de un punto a otro con la única intención de

anunciar que sus dueños poseen un par de caballos y un criado, que en ocasiones lo es solo por horas, como el Negro Tomás, cuando se alquila como paje de, librea o conductor de solípedos. Éste no, que es un soso, pero andando el tiempo, hasta los reyes se acercarán aquí a ufanarse y dejarse ver con sus trotones.

La cita en ese lugar es una forma de estabilizar las relaciones y de garantizar a Violeta que no intentará besarla, le gusten o no las caricias femeninas. Mariana quiere comprobar que lo sucedido la otra tarde en el mirador no es causa de preocupaciones, aunque ella sabe que su amiga solo guarda el más agradable y excitante recuerdo.

Pero la cita en el Salón tiene otro objetivo fundamental.

Al encontrarse las sáficas amigas apenas se rozan la mejilla.

—Deseaba verte de nuevo —es el saludo de la baronesa de Esteiro Labandal.

—Y yo. No dejo de pensar en ti, y no estoy avergonzada. Fue divertido haber llegado a la intimidad con una mujer. Me sentí atrapada por una fuerza que no domino y cuando creo que debo rechazarla, ya estoy vencida para seguirla.

—Así es el poder del libro.

Violeta considera haber sido una jovencita precoz en el disfrute de la carne, pero tras el encuentro con Mariana se extraña de no haber conocido los placeres que depara el contacto con otra mujer hasta hace apenas unas horas.

Como si leyese el pensamiento de la pimpolla Violeta la baronesa parece contestarle en voz alta.

—Cabe no hayas descubierto a la persona que te merece. Aunque nos educan para no reconocerlo, como si fuésemos insensibles mascarones de un barco sin quilla, somos capaces de compartir cama con cualquier hombre y mesa con casi todos, pero solo con uno, de encontrarlo, compartiríamos la vida. Como yo aún no he tenido esa suerte, me aprovecho y todos me acomodan entre sábanas. Con la mujer ocurre al revés. Harías vida con casi todas, pero a la cama solo te vas con algunas muy especiales. Es la maldición de Lesbos, que nos impide amar a nuestras anchas.

Violeta calla, como ya lo hizo la vez anterior. Teme que su amiga, tal como le anuncia, sea capaz de espiar sus pensamientos, y para que su zozobra sea todavía mayor, escucha que le dice.

—Está bien. No temas. No hablaremos ahora de eso. Acerquémonos a Alcalá, donde instalan la nueva fuente.

Siendo así, prefiere hablar y que Mariana le escuche a viva voz.

—Conozco el proyecto. Con Saturno al lado es imposible no estar al tanto de lo que se cuece en Madrid, especialmente si en la novedad él descubre un tufillo a romano. Y creo que las fuentes lo tienen, de modo que me interesa.

—Y más después de hoy. Ya verás. Nos esperan.

—¡Vaya, vaya! ¡Qué misterio! Contigo no hay día sin sorpresa.

Pasan a una zona donde los cascotes hacen el paso muy complicado, sobre todo si la falda de la mujer roza el suelo y se calza de borceguís de tafilete.

Violeta se agarra al brazo de su amiga, se detiene y le pregunta.

—Una frase queda sin explicación el otro día.

—Tú dirás.

—¿Suscribiste de verdad acuerdo con el Diablo?

Mariana la recibe en silencio y muda permanece unos instantes. Luego dice «Sí» y se ríe.

—¿No sabes que quienes pactan están obligados a mentir?

Ahora aprietan el paso, salvan la zona de escombros y pronto se encuentran frente a la cuadrilla que trabaja en una de las piezas de ornato. Un poco más allá se ve el toldo que Violeta sabe ocupado por el señor de Puebla, pero su caminar se detiene ante este primer grupo, a cuya derecha se alza, todavía sin rematar, el nuevo palacio de Buenavista que ordena reformar la duquesa de Alba, doña María del Pilar.

Quien ejerce de capataz, artista o ingeniero abandona la cuadrilla y se dirige a ellas.

—Violeta, te quiero presentar al escultor don Atilano Córibas, adjunto del maestro Gutiérrez de Arribas y encargado de dar término a la figura que presidirá la fuente, que como bien sabes será la diosa Cibeles —dice Mariana.

—Encantado de besar su mano —saluda el escultor con el gesto cumplido para la formalidad.

—Además de hermosa, Violeta es una mujer única por sus conocimientos de todo tipo —añade la baronesa—. Ya lo comprobarás.

—No lo dudo, porque cuando me anuncias su belleza, te quedas corta, querida. Es el rostro más adecuado para el proyecto que jamás pude imaginar.

—¿Adecuado? —se ruboriza Violeta al escuchar un piropo que no espera.

—¿No le adelantaste nada? —interroga el artista, también azorado.

—No, no me pareció oportuno sin que la conozcas antes.

Violeta busca salir del embrollo.

—¿Les importaría ponerme al corriente de cuanto hablan? Quizá yo... sabiéndolo, podría colaborar.

—Sí, lo mereces.

Mariana inicia una explicación ordenada.

—El maestro Gutiérrez, al frente del proyecto escultórico, está convaleciente. Es posible que no retome en semanas los trabajos de la fuente y mi amigo debe afrontar la parte más comprometida, cual es darle rostro a la señora.

—Y hace unos días Mariana me habla de usted, de sus facciones y de la magnífica Cibeles que podría encarnar. Éste es todo el misterio que envuelve nuestro parloteo. Ahora estamos en condiciones de continuar.

—¡Vaya! ¡Es muy halagador! —exclama Violeta—. No obstante temo que no sea posible. Mi marido no aprobaría algo así. ¡Su mujer identificada con una diosa pagana! ¡No quiero ni pensarlo, por mucho que le apasione Roma y lo romano!

—Querida, perdona que te hable así, pero piensa que no tiene por qué enterarse. No sería lo primero que desconoce de tu vida... Luego, cuando el Rey inaugure la

fuente y compruebe que todo Madrid alaba la belleza de la dama, se lo cuchicheas como un secreto y verás cómo se pasea encopetado por los salones, ¡incluido el del Prado! Saturno, como tú misma afirmas, es un fanático de la mitología y le encantará saberse dios consorte. Ja, ja, ja.

Violeta también ríe y la carcajada le sirve para acoger de mejor grado la propuesta. Quizás habló demasiado pronto y sin sentido. Es muy tentador pensar que su rostro quede para siempre en el camino de los madrileños. ¿Una tentación diabólica? Nada menos que ser la diosa Cibeles piroleada por todos. Saturno puede saltar de alegría, o morir de un soponcio cuando se entere.

—Curazzo me comenta que la fuente se prepara para ser instalada en los jardines de la Granja de San Ildefonso, en Segovia. Un homenaje de amor como el que Cósimo de Medicis rinde a la hermosa Leonor Álvarez de Toledo ofreciéndole el Giardino de Bobili, en Florencia; a donde por cierto, él me lleva en viaje tras la boda.

—No, lo siento —le desmiente Córivas—, no hay ningún homenaje de amor, ni aquí, ni en Segovia. Es cierto que se comenta hace tiempo, pero tan solo es para disimular el verdadero destino de la estatua.

—¿Disimular? ¿El qué? —indaga Violeta.

—Que una diosa como Cibeles venga a ocupar un sitio tan principal. Nada menos que el destinado a ser eje del futuro Madrid, y por tanto, a simbolizar, se quiera o no, una dedicación urbana a la diosa frigia, aunque delante de los más timoratos se disfrace como un homenaje a España. El Rey conoce su culto como para dedicarle el primer cruce de la moderna capital, exactamente el que forman su cardo y su decumano, según la concepción clásica de la ciudad romana. Después de todo, Carlos y Cibeles vienen de Italia, es decir, ambos protagonizan un regreso al punto de partida.

—¿Ves? Se trata de una dedicatoria muy importante de la que tú puedes ser la musa, querida.

Ella les deja hablar sin descubrir hasta qué punto el marqués de Curazzo la convierte en una experta del mundo antiguo, como si también su marido la preparase de manera fortuita para ser esa diosa tan nombrada.

Pero ya es hora de que lo sepan, piensa Violeta.

—El proyecto es muy loable, aunque el personaje resulta un tanto extraño y peculiar.

—¿Por qué lo dice? interroga Atilano. No es una divinidad común, pero ahora soy yo quien ignora a qué se debe su comentario.

Antes de volver a hablar, la mujer inicia unos pasos hacia el centro del paseo con el fin de separarse de la gente del polvillo que picapedrea en el margen izquierdo, y evitar así ser escuchada por ellos. El escultor y Mariana la siguen.

—Está bien que se le dé un lugar principal, de acuerdo con su categoría, pero no se comprende que al mismo tiempo, el cuadro de sus leones que pinta Guido Reni sea retirado de la pública contemplación y encerrado bajo llave en casa de Mengs, en la

Academia de San Lorenzo, o en San Fernando, no puedo precisar dónde; oculto a los ojos de los madrileños en cualquier caso.

—¿Los leones de Cibeles? Es la primera noticia que tengo sobre la existencia de un cuadro con ese motivo.

—¡Y la mía! —remarca Mariana.

—Mi sorpresa es todavía mayor cuando quien lo dice es la mujer a la que le ofrezco ser la diosa. ¡Querida Violeta! ¡Usted ya es la diosa!

—Ja, ja —ríe la marquesa de Curazzo y hace más patente su belleza juvenil y descarada—. Me abruma con sus piropos y chicleos, pero no resuelve la contradicción del Rey que le planteo.

—Desconozco esa obra. Es más, juraría que Reni no pinta ni gato ni león, en toda su obra.

—¿Está seguro, señor Córivas? Por el gato no voy a litigar. Pero apostaría todo mi capital, si lo tuviese, por los leones, ya que se encuentran en un hermoso lienzo que manda retirar el Rey, junto con otros muchos que representan cuerpos desnudos. Varias Venus, Danaes, Evas... y éste, que llega a España a través del virrey de Nápoles, el salmantino Gaspar de Bracamonte, su antiguo propietario, entroncado con la familia de Curazzo por los Portocarrero, de ahí los detalles que le cuento.

—En la Academia he podido admirar la colección de cuadros que el Rey tiene por indecentes y los repaso con detalle, pero jamás tropiezan mis ojos con dos leones... ¡desnudos!

Violeta insiste, convencida de la veracidad del cuadro.

—Quizá no lo haya visto con los ojos que Reni exige. Con la mirada cómplice de quien está detrás de la tela y no se detiene en una impresión superficial.

Córivas se desconcierta a cada paso.

—Es asunto que se escapa a mi entendimiento. Estoy ofuscado y temo dar una pésima imagen de mí, del maestro Gutiérrez de Arribas y de todo el proyecto que tratamos de levantar. Si esto llega a oídos del Rey, me envía a la lucha contra los piratas argelinos del Mediterráneo de cabeza.

Mariana, testigo asombrada de la conversación, interviene como mediadora.

—Si tan segura estás, descríbele la pintura y el maestro Córivas te dirá si pertenece o no a esa colección.

¡Oh, sorpresa! Violeta responde con el aplomo académico que no sospechan quienes se tienen por sus cicerones en asuntos mitológicos, teológicos y romanos.

—Si prolongo el misterio es para que repitáis el entretenimiento ante vuestros enemigos, rivales o competidores, especialmente ante aquéllos que se vanaglorien de ser insignes expertos en arte y apenas distinguan las lanzas de Velázquez de los cirios de Coello.

—¿Y nosotros qué somos tuyos, Violeta? ¿Enemigos, rivales o competidores?

—Vosotros sois dos personas encantadoras, a quienes solo falta tener al lado una enciclopedia viviente como es mi marido, el marqués de Curazzo, al que le debo

cuanto sé.

—¡Qué ridículo papel de erudito a la violeta acabo de representar!

—¡Oh, no se mortifique, amigo Córibas! En realidad yo utilizo un ardid que engañaría a cualquiera, pues desde el principio oculto el verdadero título de la obra.

—Pues, cariño; tiempo es de desvelarlo —le sugiere impaciente la baronesa de Esteiro Labandal, con muestras de estar siendo devorada por la curiosidad.

—Sí, es cierto; no caben más demoras. Hablamos de *Hipómenes y Atalanta*, un hermoso cuadro que engalana las paredes de Capodimonte, antes de ser trasladado a Madrid por el salmantino de Peñaranda.

—¡Claro que está y por supuesto que lo reconozco! Recoge la carrera que disputan dos jóvenes.

—En efecto, los dos jovencitos mencionados. Nadie consigue vencer a la muchacha, pues ella se resiste a abandonar la soltería y solo prestará su anuencia a quien la supere en velocidad. En esta ocasión, el aspirante Hipómenes cuenta con la ayuda de Venus, que le proporciona manzanas de las Hespérides, no sé si bañadas en oro, o macizas por entero. El joven toma la delantera y las arroja en el camino para que Atalanta se entretenga recogiénolas, lo que le permite ganar la prueba y su corazón. Como Guido Reni los pinta desnudos, cae sobre el lienzo la censura del Rey.

—Y eso que llega de su amado Capodimonte.

—Es cierto, en este trasiego de arte, dioses y espiritualidad entre las dos penínsulas mediterráneas, el monarca incurre en un cúmulo de contradicciones, voluntarias o casuales.

—Carlo Terzo es ilustrado hasta donde puede, o hasta donde le dejan —sentencia Córibas—; pero volvamos al cuadro. Mantengo que en esa escena no aparece ningún león, salvo que Reni lo plasme sobre el horizonte en miniatura, y ni aun así lo recuerdo.

Violeta vuelve a reír, esta vez con indisimulada satisfacción.

—No está presente un animal, sino dos. Los leones a los que nos referimos son Hipómenes y Atalanta, los jóvenes libertinos de la carrera que consiguen gozar de sus cuerpos hasta el día en que yendo de caza, la lluvia les obliga a refugiarse en un templo de Cibeles. Ni allí son capaces de dominar su pasión venérea y desinhibidos de formulismos religiosos, fornican ante la diosa. Pese a que la Gran Madre gusta de todas las variantes e inversiones del placer que garanticen la continuidad de la vida, el castigo por su sacrilegio va a ser terrible. La diosa se encoleriza y los transforma en plácidos leoncitos, condenados a tirar de su carro eternamente y sin poder verse, aunque permanezcan uncidos a escasa distancia.

—¡Dios mío! ¡El maestro Gutiérrez crea a la diosa en su carro e ignora quiénes son los bichos! —exclama Mariana con cínica burla.

—Acaso lo sepa y lo oculte —propone Violeta.

Córibas evoca entonces un episodio de su infancia.

—Marquesa, su relato me trae a la memoria que muy cerca de la casa de mis

padres existe la capilla de Cañizares, así llamada por crecer en los alrededores gran número de cañas. La mayoría de las edificaciones y la casona son propiedad de Juan Antonio de Luján, el señor de Almarza, que las alquila a comerciantes y artesanos. De sus bocas escucho el milagro que ocurre en ese templo. Sucede cuando un amigo del señor de Almarza contrata y conduce a una prostituta hasta esa pequeña iglesia. Quiere yacer con ella en el recinto sagrado por no disponer de mejor acomodo. Estando en plena coyunda, quizá por patada, ímpetu o restregón, cae sobre las carnes del impaciente putero y de la consentidora manceba la punzante corona de una virgen que allí preside, provocando los gritos de dolor y las muestras de santo arrepentimiento que cabe esperar del milagro. ¿No veis en el episodio la repetición de la misma impaciencia pasional? Quien de verdad manda en los dos templos liquida a los lascivos.

—¡Nunca me veréis en uno! —bromea Mariana.

—¡Por fortuna estos leones que nos ocupan los esculpe Robert de Michel! —suspira aliviado Córivas—. Hoy mismo les traslado la impagable leyenda, a él, a Gutiérrez de Arribas y al propio Hermosilla, por si algo de provecho alcanzamos.

—¿Por qué ir tan deprisa? —le contradice Violeta—. Desde la aparición del primer cadáver están muy alterados. Aproveche este momento y hágase con el poder. La diosa es muy dadivosa, si se le pide con corrección.

—¡Ja! Si antes no me cortan el cuello. Es fantástico. Te buscamos como diosa y eres tú quien nos la muestras. ¡La única mujer de Madrid que la conoce! —se asombra de nuevo Mariana.

—Ya os lo dije, el tiempo pasado en la casa italiana de los Curazzo lo entretuve con lecturas y visitas. Mi marido es un hombre aburrido y de poca cháchara, pero con una gran biblioteca.

—Ahí está la prueba. Fuimos a dar con la aguja en el pajar.

En La Granja segoviana trabajan franceses, italianos y españoles en estatuas de plomo y cobre. Lo hacen desde que el rey Felipe se prenda del lugar y sueña en darle destinos palaciegos. También están allí los dioses del Olimpo y otros que jamás lo fueron, como la propia Cibele, una figura sosa y relamida sin gracia, ni prestancia. Los unos y los otros encuentran cobijo en sus jardines; eso sí, un poco revueltos y con llamativos pliegues versallescós, flores, nubes, caballos que emergen del agua y rayos jupiterinos. Lo preciso para que la nobleza europea no distinga si se encuentra en París, o en Segovia.

Córivas satisface la curiosidad de su enigmática modelo por La Granja.

—He visto los proyectos de Juan Thierry, de Renato Fremin y del ponderado Bousseau, así como los primitivos diseños de Carlier, tanto los que se llevan a cabo, como los aparcados durante el camino, y le aseguro que en nada se parecen al que aquí nos ocupa. Tampoco tendrán jamás su importancia porque el segoviano es un palacio que disfrutarán los reyes y sus invitados, y el Prado ha de ser el paseo para toda la ciudad y sus visitantes. La realeza contra la aristocracia, la burguesía y el

pueblo. La Cibele que buscamos no casa en aquellos parajes tan decorados. Ni nuestro Neptuno encontraría acomodo entre laberintos tan rococós, como los llama con gracia el colega Pierre-Maurice Quays.

—¿Ah, no?

—Tanto los reyes Felipe y la Farnesio, y ahora Carlos, como Francisco Gutiérrez, Hermosilla, Abarca, Grimaldi, el propio Esquilache en su momento, o Ventura Rodríguez, tienen objetivos distintos en uno y otro escenario. De todo habrá tiempo para hablar, si llegamos a un acuerdo.

La baronesa prende un tris su mirada en la de Violeta.

—Hoy Cancio almuerza en el Sitio Real. Ven, te invito a un pollo a la canela y a una perdiz estofada en el horno de los Basilio. ¿Las conoces? En Desengaño preparan todas las aves que es un primor. Y en sus mesas no es raro encontrar a gente de la corte.

—¿En Desengaño? Fui varias veces a esa calle, pero nunca a comer perdices con compango.

—¡Qué provocadora eres, Violeta! Apenas necesitas una palabra para hacer que tiemble por dentro.

—¡Hum! ¡Pollo y perdices! ¡Solo con nombrarlos se despiertan todos mis apetitos, incluso los impronunciables delante de unas damas! —exclama Córibas con gran descaro.

—No pensaba invitarte, pero sea —accede Mariana—; no nos vendrá mal llevar un hombre de mosquetón. Así evitaremos que nos tilden de pindongas afrancesadas. Cariño, ¿debes avisar en casa de tu ausencia?

—¡Oh, no! En absoluto —responde Violeta—, Saturno no es tan quisquilloso como tu marido. Si no estoy a la hora del almuerzo, no se me espera.

—¡Cómo cambia Madrid!

* * *

Madrid / Calle de las Infantas

Querida Mariana:

Si doy mi respuesta por escrito no es por evitarte, ni por rehusar al maestro Córibas, sino por dejar testimonio en papel de palabras que no se las lleve el viento con ciertas condiciones que acompañan a la decisión que acabo de tomar. Vosotros me diréis sin son factibles de ser cumplidas, o si por el contrario no podríamos seguir adelante con vuestra amable invitación.

En efecto, me convengo de que si me queréis para representar a la diosa, aceptaré encantada. Comprendo que es un regalo difícil de rechazar, pero renunciaré a él si no

podéis atender mis exigencias, que no son caprichosas, aunque os lo puedan parecer. Y me apresto a enumerarlas.

En primer lugar, deseo que mi nombre no aparezca en ningún otro escrito, a excepción de este billete que os remito. Aquí y solo aquí quedará constancia de que yo, Violeta, marquesa de Curazzo, sirvo de modelo para esculpir el rostro de la diosa Cibeles con destino a figurar en el Salón de Recoletos de Madrid.

De lo anterior se deduce que no me prestaré a firmar ningún contrato, ni reclamaré dinero alguno por posar. Por el contrario, exijo mediante este único documento que durante el tiempo en que haya de permanecer en el estudio del maestro Córibas, solo se encuentre él presente. Ninguna otra persona debe cruzarse en mi camino, tanto al llegar como al abandonar el obrador. De lo contrario, dejaré de acudir. Las convocatorias para fijar mi presencia en las sesiones se acordarán al final de cada una de las anteriores entre el maestro Córibas y yo, sin que jamás se me obligue a un horario predeterminado, aunque quedaría en mis manos la posibilidad de modificar dichos acuerdos, por imprevistos o razones que no tendría que exponer. Este escrito permanecerá en poder del maestro Córibas hasta la finalización del trabajo, y una vez culminado, será quemado en mi presencia.

Os pido también que no se me exijan explicaciones para justificar este proceder. Un sí o un no será suficiente contestación a mis demandas.

Afectuosamente,
Violeta

* * *

Madrid / Plaza de los Afligidos

Mariana Leonisa recibe aquella misma tarde a Violeta en el mirador del palacete, a donde la conduce Perico, el lacayo de librea.

Se besan, y mientras le sirve un dedal de Jerez que ella también prueba, le informa.

—El maestro Córibas guarda con especial cuidado tu carta y me pide que te transmita su respuesta: Sí, por supuesto que accede a todas tus condiciones.

—Magnífico. Por cierto, ¿cuál es tu relación con él?

—¿Con Córibas? Una buena amistad.

—No me contestes si no quieres. Lo haré yo. Sois amantes. Os veis en su estudio y lo hacéis delante de la estatua sin rostro.

Mariana la escucha patitiesa.

—¡Violeta! ¿Quién te lo dice? ¿Cómo es posible...?

—No eres la única con poderes diabólicos para penetrar en las vidas ajenas. ¡Ja,

ja! Yo también hago ensayos por conseguirlo. Y a veces acierto de pleno, como parece ser el caso. No fue difícil después de comprobar vuestra complicidad el otro día.

—Sí, no lo puedo negar. Pensaba decírtelo. Prefiero que no haya malos entendimientos entre nosotras. Nos presenta Ventura Rodríguez hace ya varios años. Él viene de Italia, soltero, con muchas ganas de triunfar en Madrid... como Lorenzo.

—Y tú le ofreces tu nómina de amistades.

—No es necesario insistir. Aquella misma noche, me seduce para tener con él y con su amiga Olivia lo que llaman un *incontro piacevole*.

—¡Qué interesante! No tuve yo esa suerte en Nápoles.

Violeta posa su mano sobre el pecho de Mariana y apretándolo besa la generosa copa que sobresale del escote. Toma un buche de Jerez y sin tragarlo recorre con su lengua humedecida en alcohol el cuello de su amiga como pie de caracol hasta que en él advierte una mediana herida. Se separa y con la mirada le interroga.

—La otra tarde Cancio me pide ayuda para una comedia que representan en San Fernando, y ya ves, torpe de mí, el pie lo pongo tan mal que me hiego nada más subir al escenario.

Violeta bebe otro sorbo, reanuda las caricias y su lengua sube al lóbulo de la oreja tan rápido como la mano baja a la cintura de la baronesa.

—Así es imposible negarte nada.

—Y no es mi único regalo. Traigo más besos para darte cuando termines tu relato, que presumo excitante.

Y cuando Mariana rinde en detalle su primer encuentro íntimo con Atilano Córibas, la marquesa de Curazzo se interesa por las consecuencias.

—¿No advierte nada tu marido?

—Regreso a la Plaza de la Paja desencajada, trémula, con el polisón espolvoreado de blanco, la mirada perdida y el andar tambaleante, como si para avanzar hasta él tuviese que pisar los adoquines de la calle, trasladados uno a uno al salón del Palacio de los Vargas donde nos encontrábamos. Quienes así me ven me toman por borracha. Cancio pregunta qué ocurre, si vi los amorcillos, y cómo es que tiemblo. Por no saber qué decirle, me echo a reír como una loca. A Cancio no le gustan los babeles. Cuando hay risas y debe haber llanto, no sabe qué hacer, se desespera. Toma su bastón y se va cojeando más evidente que de costumbre para que todos sepan del cabreo que le corroe, y yo la primera. De él dicen en las tertulias que es más derecho que un huso y más soso que un gancho. Bueno, en aquella ocasión, no; en aquella ocasión se queda mirándome.

—Tú has bebido, Mariana —me espeta muy indignado.

—Dos mistelas antes de salir —le contesto—. Se ve que con el relente de la noche, me han sentado mal. Eso sí, mereció la pena, porque los amorcillos son preciosos. Pasas por la calle y apenas les prestas atención, pero a un palmo de las narices te das cuenta de su belleza, de su valor.

—Tú eres imbécil, Mariana —me insulta con los ojos encendidos de rabia sabiendo que todos nos miran.

—Y casi se lo agradezco, por tratarme de estúpida y no de puta.

Violeta responde con una sonora carcajada a la confesión de su amiga. Y una vez satisfecha la hilaridad, le comenta.

—De modo que soy yo quien te cuenta historias picantes, y tú quien las vive en tonos mayores. Me avergüenzas de mis aventuras de trastienda con el señor de Puebla. ¡Tú eres más casquivana que yo!

—En tal confío y en ello me afano —se burla la mujer de su pecado antes de apurar la tercera copa de Jerez—. Más casquivana que tú y que la comunidad entera de las esposas abandonadas por los aburridos nobles de palacio.

—Para remediarlo se han inventado los acompañantes del chichisbeo. ¿No te conformas con uno de ellos?

—¿Dejarse adular por uno de esos remilgados galanes y sus azucarados comentarios que te embotan el cerebro de lisonjas y ni siquiera sirven para un trajín en tarde de solana? ¡Prefiero a mi marido, que lo apago y enciendo con la casta casta! Aunque debo confesarte, querida, que siempre fue de poca mecha. Es una ventaja, porque sabes que jamás se irá de mancebías; aunque por mí, que se vaya con la reina de Dinamarca, si lo atura. ¿Y el tuyo, por ahí se anda...? —comenta lenguaraz la baronesa, impulsada por el Jerez que lleva dentro.

Violeta oye hablar de la planta, pero se hace de nuevas para tirarle explicaciones.

—¿Qué es eso de la casta casta?

—¿Te interesa? No lo creo. Es una planta que apaga los deseos masculinos, como sábila contra quemaduras. A Cancio se la doy en infusiones y llegado el caso, se la aplico en emplastos sobre eso...

—¿Sobre la bolsa de las criadillas? —precisa Violeta sin rubor, ayudada también por las dos copitas del generoso.

—Sí, ahí mismo. En los huevitos, o lo que sean. Se la extiendo y el hombre queda muy tranquilo.

—No te entiendo, Mariana. ¿No quieres que tu marido te desee?

Ella se embarulla con voz pastosa, tomada por la bebida.

—Bueno. Es algo así. Todo arranca de una larga y nada edificante historia que algún día te contaré punto por punto, si eres buena y me das un beso.

—Entonces, ¿funciona la plantita?

—¡Oh, sí; ya te digo que sí! Compruebo durante años su eficacia y raro es el mes que no se la aplico. Así, plis, plas, en abundancia.

—¡Asombroso!

—Sí, un poco. ¡Oye, preciosa! ¡No se te ocurra comentarle nada a Atilano! Ahora que vais a estar horas y horas en comandita, os puede dar por hablar y os ponéis a contar intimidades. No sé cómo le sentaría saber que manejo de esta guisa a Cancio. ¡A lo mejor le da miedo que le haga lo mismo! ¡Los hombres son muy mirados para

sus pelotas, aunque sean pelotitas...! ¡O se las cortan, o las tienen en altares! ¿No crees? ¡Ja, ja, ja! ¡Qué bueno está este vinillo!

—Aparca preocupaciones. ¡Acaso no somos amigas! ¿Y Olivia? ¿Os seguís viendo los tres?

—Es una pena, una auténtica pena. La chiquilla era una hábil descarada. Ahora que lo pienso me recuerda a ti en tus años de mocita. ¡Y eso que no te conocí! Con ella solo hubo un segundo encuentro. ¡Ah! Y una tarde que estuvimos solas. Después se evaporó, tal como había llegado. Atilano dice que sus padres descubren la vida que lleva en Madrid y sin opción a rectificar, la mandan con unas monjas vizcaínas, encerrada. Si es así, no le arriando la ganancia a la pobrecita.

—¿Dónde os visteis? ¿Aquí?

—Sí. ¿Te molesta?

—¿A mí? ¿Por qué iba a hacerlo?

—No sé; por nuestra amistad, por nuestros besos... caprichito.

—Puedes traer a tu mirador a quien te plazca.

—¡Si supieras quién viene volando!

—¡Belcebú!

—¡Su primo hermano!

—Tú de monjas no eres mucho.

—Ni con una melopea, como la de ahora. Dame un beso

—Ni lo sueñes. Por tocarte con mocitas.

—¡Ja! ¿Ves cómo te importa?

—Era una broma para picarte.

—Sí, sí, broma. Comida por los celos. ¡Cuánto me gusta!

—Debo marchar, borrachita. ¡Ah! Dile a tu Atilano que mañana, a las tres de la tarde, acudiré a Chinchilla para el primer posado. Espero encontrarlo todo conforme.

—¿De verdad no me besas? ¿No me abrazas? ¡Ya habíamos empezado y me dejas muy... así, muy tiradita...! ¡Me deja todo el mundo! ¡Me voy a ver al conde! Por lo menos él me hace caso —se anega en falso llanto.

—¿Qué conde? ¿No me digas que tienes otro amante?

—Uno al que le gustan los muchachitos, los hombretones, y yo.

—¿Goomer? ¡Te acuestas con Goomer! ¡Esto si que no lo esperaba!

—¡Calla y vete, deslenguada!

—Que te aproveche, señorita de las mil camas. ¡Ah, y acuérdate de sacarle la pluma antes!

Violeta se vuelve y lanza un beso a su amiga. El mensaje que certifica su licencia.

* * *

Madrid / Calle Chinchilla

Atilano recibe a su modelo en la puerta de Chinchilla, cumpliendo así una de las instrucciones de Violeta para salvaguardar su secreto. Cruza el portalón exterior y a la vista de la mujer, el escultor lo cierra con dos gruesas trancas y un pasador de hierro que jamás utilizan, puesto que hasta ahora no hubo necesidad de cerrarse por dentro. La marquesa de Curazzo sigue los movimientos de Córibas con una leve sonrisa de aprobación antes de escuchar el saludo.

—Bienvenida a la eternidad.

Ella recibe la grandilocuencia con gallardía, como si no esperase oír otra frase a su llegada.

—Por aquí.

Atraviesan el resto del portalón que ahora queda incomunicado con la entrada de la casa y a su paso dejan a derecha e izquierda un variopinto muestrario de esculturas, que resumen los años de actividad en el taller. Violeta sitúa en el escenario el encuentro que el escultor tiene con Mariana y Olivia. Al hacerlo, nota que se le calienta la sangre, de modo que lo desecha. Muchas son terracotas de anteriores proyectos, diseños al garete, ornatos interrumpidos, descartados, piezas rotas, las que quiebran cuando el cincel encuentra una veta inesperada. Otras obras pertenecen a artistas espontáneos que allí las llevan con la esperanza de que Gutiérrez de Arribas les encuentre aposento, público o privado. Otras resultan hoy inclasificables, sin que el maestro ni sus discípulos sepan cuándo llegan, por qué están allí, o quiénes son sus autores.

El camino se abre a la derecha en una gran estancia donde se denota mayor orden. En el medio, sobre estructuras de maderos pelados, se distinguen varias piezas en mármol cárdeno que al buen uso de la imaginación, representarán el futuro cuerpo de la diosa, todavía descabezada a la espera de la suya. En la pared, un plano de Ventura Rodríguez con la vista frontal del carro y otro en perspectiva cenital. Cerca, un bloque sin apenas desbatar del que saldrán la testa coronada y los bucles de su peinado.

—Gutiérrez de Arribas, que será quien la remate, es conocedor de las especiales circunstancias que concurren y está de acuerdo en aceptarlas. Nuestro trabajo avanzará sobre la terracota y más adelante, cuando ya no sea necesaria la presencia de la modelo, el maestro se hará con el cincel.

—Por mi parte —le dice la mujer—, no voy a interponer más trabas que las expuestas en la misiva, de modo que adelante.

Córibas acerca una silla hasta la zona más iluminada del estudio, donde cae la luz solar de tres claraboyas practicadas en el techo.

—Este será su sitio en las primeras sesiones. Puede sentarse.

—¿Retiro la mantilla?

—Sí, hoy trabajaremos sobre el pelo. El maestro Gutiérrez quiere que la diosa

esté peinada sin afectación, que parte de los cabellos caigan sobre el hombro de manera natural, para que nadie pueda sospechar que acaba de atusarse con crencha en dos mitades; pero al tiempo, que no sugiera descuido o abandono en su higiene. ¿Estoy siendo concreto en nuestro deseo?

Córibas habla sin apartar la vista del rostro de Violeta. El trabajo le permite estar muy cerca, admirarle los labios, la piel, los bucles; aspirar su fragancia, están tan juntos que solo les separa el ala de una mosca.

Pero entonces, por toda respuesta a las sugerencias del artista, Violeta se desprende de la mantilla que hasta entonces le cubre el cabello, y suelta algunas de las horquillas que sostienen su peinado. El escote que viene cruzado de hombro a hombro se abre a dos lados y en consecuencia, un mechón reposa ahora a medio camino entre el vestido y su cuello. Todo él se divide en dos magníficos aladares que parecen complacer a Atilano.

—¿Algo así?

Córibas apenas balbucea la primera palabra que desearía pronunciar... magnífico... magistral... único... Todas se quedan cortas ante la exacta traslación de la imagen de la diosa sobre la que tanto hablan maestro y discípulo, y la que Violeta compone sin esfuerzo.

—No hay oro en el mundo para agradecer a Mariana lo hecho por el proyecto acercándonos este rostro, este peinado, los mechones, el mentón, la mirada; son fieles reflejos de los que se nos aparecen en sueños... al maestro y a mí... es cierto, señora... ¡es cierto!

—¡Llámame Violeta! ¡De verdad! Lo prefiero. Ayudará a relajarme el tiempo que trabajemos juntos.

—Si es su deseo... a una diosa se le puede negar nada.

—Eso imagino, aunque es la primera vez que soy diosa. Muchas gracias por las lisonjas. Nada hago para merecerlas.

—No hay que corregir, ni que mejorar. Sujetaremos estas murallas en forma de corona que llevará la estatua y veremos el efecto. Ahora estudiemos cómo colocarlas sin que se resienta el peinado. No pesarán porque las preparamos con cartones muy livianos. Debemos intentar que...

Violeta toma la corona y se la impone en medio de la cabeza como si fuese su afeitado habitual. Córibas comienza a percibir que ya tiene la imagen tan buscada, pero sigue hablando para dar salida y utilidad al discurso que prepara para el momento.

—... Gutiérrez quiere que la diosa lleve la corona pareja al cabello, con descuido, sin rígida compostura, como lo haría una diosa que es diosa de toda la vida; no una divinidad recién llegada al Olimpo con preocupaciones por su compostura y por su cetro. Ja, ja. ¡Eso! ¡Tal como se la está poniendo, Violeta, un tanto hacia la nuca, sin miedo a que se le caiga! Como llevaría la suya la reina Isabel tras conocer que Colón descubre para España tierras inmensas... así... así...

—¿Le parece que hago una Cibeles creíble?

—No la hace, ¡lo es!

—¡Qué encargo más cómodo!

—Veamos el gesto y sigamos los mismos caminos por los que veníamos. Es la diosa y se manifiesta satisfecha en su carro. Infunde respeto, pero al mismo tiempo siente la responsabilidad de velar por los que se encuentra a su paso...

—Son muchas indicaciones. No sé si podré ordenarlas una tras otra.

—Seguro que sí.

Y Violeta, coronada de cartón, lleva un bucle de su pelo hacia delante y compone una mirada al infinito que acaba por doblegar al escultor Córivas, caído de rodillas ante la estampa y lloroso como un santo que alcanza la gloria.

—¡Dios mío! ¡Qué feliz he sido!

* * *

Sitio Real de Aranjuez / Palacio Real

El soberano cumple desde hace días su temporada en el Sitio Real de Aranjuez. A Cenarrusa, que le acompaña como residente al igual que otras setenta personas que con él se desplazan, le comunica su expreso deseo de que esté presente durante la extraordinaria visita que le solicita su confesor, fray Joaquín de Eleta, esta vez en su condición del papel que le otorga el pueblo, es decir, como *Oreja del Rey*.

Al penetrar en el gabinete dorado, el fraile de San Pedro de Alcántara, franciscano gilito por más señas, percibe en la presencia de Cenarrusa una prevención real contra su persona, que no es de su agrado. El religioso no lo disimula y hace valer el grado de confianza alcanzado con el monarca durante tantos años. Salvado el poder político que no está representado, Carlos III se reúne por primera vez con las dos personas que más cerca le silban en el oído. Por el pabellón civil, Emilio Cenarrusa, y por el religioso, Joaquín de Eleta.

—Majestad, hubiera preferido que este encuentro se celebrase sin la presencia de terceras personas.

—Lo sé —contesta el Rey con gran parsimonia—. Pero yo no. Hoy te confiesas tú, Eleta, y yo levanto el secreto.

El franciscano gilito queda desarmado ante la contundencia del monarca y espera un santiamén antes de retomar la catilinaria.

—La gravedad de los acontecimientos obliga a adoptar ciertas medidas.

—No estuvimos de brazos cruzados. Por eso mismo quise que nos acompañe Cenarrusa. Él, el gobernador y Armona están muy al tanto de los sucesos.

—Ése es el motivo de mi visita —recalca Eleta con gesto adusto—. Quizá Su Majestad no esté al corriente de lo que se comenta en calles y palacios; o lo que es

peor, de lo que se cuece en el Santo Oficio.

—¿Qué he de entender? ¿Que mis consejeros me engañan? Sé perfectamente la consternación que estas muertes provocan entre los madrileños, y los comprendo, porque a mí también me la causan.

Eleta se remueve en la seda de la silla que le asignan. Un asiento pequeño, con el relleno sin domar y sin brazos. El taburete que cualquier visita estaría deseoso de abandonar nada más sentarse en él, porque el cuerpo, al mínimo gambeteo, se va mucho más allá de lo deseado por su propietario y la mente no está libre para pensar, pues debe interrumpir a cada frase su discurso, sobresaltado por la posibilidad de un fatal resbalón y de dar con sus huesos en el suelo.

—¡Se escuchan relatos horribles, Majestad! La gente no se limita a buscar entre sus vecinos quién puede ser el ejecutor de esas perversiones, sino que ve detrás de esas muertes al mismísimo Satanás.

—¿Y qué quieres, Joaquín? ¿Que saque a las calles tus legiones de exorcistas? Mándales rezar por el éxito de la pesquisa y organiza un Te Deum de acción de gracias allí donde llegue tu mano, porque estamos a punto de recuperar Florida, Gibraltar y Menorca. Acabaremos con los piratas de Argel y en América todo está tranquilo. También son momentos de alegría para los españoles y con las glorias se olvidan las memorias.

Cenarrusa interviene en el rumbo que el gilito teme.

—El Rey está en lo cierto. Se está metiendo la ganzúa en cien lugares y pronto conoceremos al autor o autores de los crímenes. Es posible que mientras eso no ocurra, los chismorreos se disparen y los nervios se alteren más allá de lo necesario. Pero ahí están también otros acontecimientos que dan gloria al reinado de nuestro señor don Carlos. Don Pedro de Olavide lleva por buen camino los trabajos de repoblación de Andalucía. La Carolina, la primera población, va a ser una realidad en breve plazo, y como Su Majestad recuerda, se esperan positivas noticias de los ejércitos.

El fraile se acomoda la muceta al cuello, se rasca la tonsura y abre las piernas para garantizarse la estabilidad en la diabólica silla. Cuando cree tener las cachas en terreno seguro, contraataca con mayor vehemencia.

—¡Voy a tener que romper el silencio!

—¡Eleta! ¿Qué ocurre?

—¡Tengo que reproducir comentarios de la calle, y no son de mi agrado!

—¡Dilos, por Dios! ¡Para eso estamos en audiencia!

—La gente es muy mala, ya lo sabe, y por ello es capaz de encontrar un cornezuelo entre todo el trigo de Castilla. Aun así, la cascada sigue y sigue; suena y suena...

—¿De qué hablas Eleta? ¿No serán secretos de confesión?

—¡Ojalá! De esa forma me vería liberado de poder contarlos. El primero de ellos es que la Corte, todos los miembros que la componen —refuerza Eleta con la vista

puesta en Cenarrusa—, deben guardarse de alabar el trabajo de Pablo de Olavide, pues no está lejos el día en el que habrá de presentarse ante los tribunales de la Suprema.

—¿Olavide? Me cuesta creer que represente un peligro para la Iglesia. ¿Qué acusación manejan esta vez los inquisidores?

—Proposiciones heréticas, lectura de libros prohibidos, inobservancia de los ayunos y abstinencias, amistad con Voltaire, adquisición y entrada en España de cientos, miles de textos revolucionarios... No son menguados los cargos, no. Y alguno, particularmente dañino.

—¿A qué se refiere, Eleta?

—Pesa sobre él la acusación de poseer imágenes lascivas.

—¡No me diga! ¡Qué bribón! ¿De qué naturaleza son esas pinturas?

—Se lo puede imaginar, Majestad.

—¡Eleta! ¡Yo no me imagino nada de nada! Por eso se lo pregunto.

—Mujeres y hombres desnudos realizando la cópula en las más variadas posiciones, número y combinaciones. En algunas de ellas se ayudan de fustas y otros objetos que el hombre crea para causar el dolor, por lo que la Suprema sospecha que Olavide propugna el mismo comportamiento que el marqués de Sade, o incluso peor.

—Ya veo. Pues no, no me han informado con ese detalle.

—Por eso mi visita. Para advertir del peligro que hoy supone estar cerca de Olavide, y por otro asunto...

—También secreto —se adelanta don Emilio Cenarrusa.

—No es secreto de nada, porque en la boca de todo Madrid está el cuento, o la maldad, o el infundio, o la acusación en suma... de que la princesa de Asturias, doña María Luisa de Parma, la heredera al trono de España, tiene que ver con las muertes.

—¡Vaya! ¡Ya salió! —exclama el Rey, que desde las últimas frases sospecha, como Cenarrusa, de qué puesto de caza proceden los disparos de Eleta.

—No parece impresionarle, Majestad.

—¿Y cómo va a hacerlo si cada semana le cuelgan a María Luisa un nuevo sambenito? Amantes los tiene a cientos. Dispuestos unos detrás de los otros dan la vuelta a los jardines y ni así tiene el día horas para entrar con ellos en calenturas. Perdón, padre, pero puestos a hablar del caso, no debemos ahorrar calderilla en las menudencias.

—No estamos en confesión.

—También me alegro —reacciona el Rey con un gesto de alivio—. María Luisa conspira contra mí porque Carletto quiere ser rey cuanto antes, o es ella misma quien quiere el trono. Participa en reuniones secretas con italianos y franceses. Ninguno de sus hijos surge de una coyunda con su marido, ni es por tanto, nieto mío. Se le caen los dientes por piorrea ¡y ahora, por si fueran pocos los crímenes cometidos, castra al niño, al negro y al conde! ¡Ah...! ¡Y para todo ello se ayuda del Diablo! ¡De quién si no! Comprenderás, Eleta, que ante esa catarata de infundios, al Rey le avenga mejor

mantener la cachaza. Confírmasele tú, Emilio.

—Padre Eleta —corroborando el aludido—, Su Majestad no es ajeno a las patrañas que cada día se difunden sobre la princesa. Sabe que los golpes de sartén, aunque no duelan, tiznan, y consciente de su peligrosidad hace por desmentirlas, de modo que puede reincorporarse liberado a sus ocupaciones.

—¿Liberado? —el fraile da un respingo sobre su asiento, la seda se manifiesta escurridiza y el hombre acaba en el suelo, tal como el propio Carlos III imagina en la preparación de la entrevista, eligiendo el lugar, el raso y la silla.

—¡Padre Eleta! ¿Se ha hecho usted daño? —exclaman al unísono el monarca y su secretario, al borde de la carcajada.

—¡Maldita silla! ¿Cómo es que no manda quemarlas?

—Lo haré, lo haré —admite el Rey—. La verdad es que este mobiliario se usa muy poco. Con esto de la caza, apenas vengo por estos saloncitos tan recargados.

Y entre los dos toman al franciscano de los brazos para devolverlo a la verticalidad.

—No se quejará de quienes le auxilian, ¿eh, Eleta? —bromea Carlos para limar asperezas—. El rey de España y su fiel secretario. Si no tuviese más méritos contraídos, esta caída le garantizaría un lugar en la historia. ¿No es cierto, Cenarrusa?

—Lo es, Majestad.

Cuando el fraile restablece su escuálida altura bípeda y antes de darle tiempo al Rey para que componga una nueva frase de estúpida cortesía, Eleta los mira con fijeza y declara tan grave como sereno:

—También está lo de Cibeles.

Aquella frase produce más intranquilidad en el Rey que todo cuanto de María Luisa le suelta su confesor.

—Sí, Eleta, ¿qué dices de Cibeles?

El fraile reclama un asiento, otro, para retomar la entrevista y los tres hombres se dirigen a una puerta a su derecha. Abriéndola se da acceso al Gabinete de Porcelana, cuya espectacularidad es desconocida para el confesor.

—¡Qué maravilla! —exclama Eleta—. Me evoca el Transparente de El Paular.

—Son dos estancias bellísimas —corroborando el secretario.

—Entonces, mereció la pena el porrazo —bromea el Rey.

—Sí, el Señor es generoso.

El centro del Gabinete está presidido por un asiento circular de mullidos almohadones. El Rey y Cenarrusa le ofrecen al religioso el lugar más cómodo, y éstos se hacen con sendas sillas que colocan frente a él. Eleta, complacido, se remueve en ellos y comprueba que si la entrevista se hubiese celebrado allí desde el principio, ahora no estaría con un dolor en el costado que comienza a dominarle.

—¿Y Cibeles?

—Su Majestad sabe que mis obligaciones con la Suprema, con Burgo de Osma, con el Paular, con tantas y tantas encomiendas y embajadas que la confianza

depositada en mí genera, me llevan a participar en círculos y cenáculos que no siempre son los más adecuados para un hombre de un ministerio como el mío, pero es así y así lo entiendo yo para mejor servir a la Santa Inquisición, a la Iglesia, al Rey y a España.

—Y a la Masonería. Puestos a nombrar todas tus servidumbres, no olvides una de las principales.

—Humo de pajas, Majestad. No dé pábulo a comentarios mal intencionados.

Ahora es el Rey quien evidencia su desagrado.

—Te empeñas, Joaquín, en pensar que estoy mal asesorado, siendo tú uno de mis informantes; pero no es el criterio de los otros el que me guía, sino lo que yo veo. ¿Qué construye Ubón y pinta Maella en el Burgo de Osma, como homenaje a Juan de Palafox, si no es un templo masónico? ¿A qué viene ahora el disimulo?

Atrapado en un secreto, que Eleta cree ajeno al Rey, el fraile opta por presentar batalla.

—¿Disimulo? ¿Y Wall? ¿Y Aranda? ¿Y Moñino y antes Esquilache? ¿Quién no se codea con masones si entra en la corte de España?

Al Rey le desagradan esos derroteros y lo hace saber con un regreso al arranque de la conversación.

—De acuerdo. Estamos con Cibeles, ¿no es así?

—Muchos temen que los italianos preparen su desembarco y para ello se apoyan en Cibeles. Ya sabe, como cuando se la llevan a Roma para acabar con Aníbal en Zama.

—¿Pero qué locura es ésta? ¿Quiénes son los italianos, el desembarco y Zama?

—Los enemigos de la Iglesia, por supuesto.

—¡Ah! Entonces no hay de qué preocuparse. Tú mismo dices que la Suprema vigila a Olavide. ¡Que vigile a Zama y el desembarco!

—Eso es como esperar del lobo carne.

* * *

Madrid / Plaza de Afligidos

—¿Se te pasó la moña?

—Calla. ¡Qué jaqueca!

—¿Y Goomer? ¿Te ayuda a eliminarla?

—¡Qué cotilla! Te marchaste y soy una mujer libre.

—Desde luego.

—Acércate, tengo que contarte.

Violeta conoce de labios de Mariana la gratísima impresión causada al escultor

Córibas en la primera sesión de posado.

—Repite una y otra vez que la estatua está pensada para ti. O mejor, que tú estás llamada para ser Cibeles —le dice la baronesa, con el cuerpo liberado de espirituosos, y sentadas ambas en el tresillo del balcón.

—Sí, una Cibeles aparente.

—Mi amigo está muy afectado. No lo escuches con desdén, querida.

—¡No lo hago! Y menos después de haberlo conocido. Es muy amable conmigo y por lo que veo y escucho, respondo a todos sus requisitos, como él a los míos.

—¡Con creces! Ansía que lo convoques para la segunda sesión.

—Podría ser mañana... pero hice una diablura de las mías.

—¿Cuál? ¡Me encantan las diabluras!

—Vino a casa el señor de Puebla.

—¿Cómo puede ser? ¿A tu casona de Infantas? ¿Con Saturno...?

—Sí. Acude a hablar con él. Quieren excavar en busca de un elefante, pero siendo importante lo que trae, no es menos lo que se lleva.

—Di.

—Lo cito de nuevo en *El Verde Ojal*. ¡Lo cito yo!

—¡Violeta!

—Ya ves.

—¡Qué valiente!

—Y lo hago delante de mi marido, ¡con el mismo billete que él me entrega en Leganitos!

—¡Qué arriesgada!

—Vienen días ajetreados, no solo por el tiempo que me ocupe el posado, sino también porque Saturno quiere tomar los barros en Francia y podríamos acercarnos a Nápoles. En meses no podré hacer ni lo uno, ni lo otro.

—Se me ocurre una diablura mayor que la tuya.

—Veamos si lo es —invita Violeta a la imaginación de su amiga con mirada pícara y dulzura en el acento.

Mariana se arrima a la marquesa de Curazzo, le levanta los faldones y obligándola a ponerse de pie, le busca los glúteos desprovistos de telas y miriñaques. Cuando los adjudica a cada una de sus manos los recorre con la punta de los dedos, cada vez con mayor fuerza hasta que la atrae hacia su boca y antes de que lo evite, ya tiene la cabeza bajo las faldas. Le baja los calzones y los labios de Mariana se pegan a la rajita de Violeta, sin moverse, como una flor se opone a otra, si ambas coinciden en un ramo.

El aire caliente de Mariana alcanza a Violeta en las puertas de su cofre y así permanecen en silencio, con calores cada vez más evidentes.

—Violeta... —pronuncia la baronesa en apenas un suspiro de voz, pero que a la mujer le llega como un latigazo de placer, porque mueve sus labios y toca con ellos la carne que ansia ser aprisionada.

—Mariana... —y aprovecha ahora Violeta para separar las piernas el mínimo pellizco que facilita el contacto de unos labios con los otros.

Los dedos retoman su trabajo, siendo ahora éste mucho más lento y minucioso, pues recorren la copa desde arriba y se hunden al encuentro de humedades.

Al ritmo de las manos le sucede el discurso que gotea sobre los pliegues, y los roza, y los agita, cuando sale la voz de aquella boca temblorosa.

—Bastará que te calles para que yo entienda tu negativa, pero así, como estamos, en este beso entre mujeres que se desean, me atrevo a sugerirte, a tentarte, a llevarte a un pecado... del que gustarás tanto como yo.

—Mariana...

Violeta se consume anclada al abrazo de la amiga y deja que le susurre, que agite aquellos labios a su antojo, porque hablando es el sonido el que retumba en sus paredes y oye todo de fresa y mermelada.

—Te quiero y deseo que nos entreguemos juntas al amor prohibido, pues por serlo, es amor y es deseo. Sé que me aceptas, porque de otra forma no te hablaría a las puertas del delirio, como pecadora en confesionario. Así me tendrás cuantas veces lo reclames. Alargo la punta de la lengua y alcanzo el melocotón en la maraña. ¿Ves? Tú te estremeces y yo tiritito. Lo anhele solo para mí, no te lo niego, aunque nos dijimos tantos secretos que hablar de amor y de quererte; hablar de amar y de quererme, sabe a poco, a falso y a caduco. ¿Cuántos hombres brincan en la cama de la princesa María Luisa? No lo sé. Quizá no lo sepa ni ella misma. ¿Por qué? ¿Por ser la heredera? Y tú, y yo, ¿qué amantes tenemos? Un escultor, un arquitecto, un fugaz calesero que guarda silencio a cambio de unas blancas... otra mujer que descubre la inmensidad del mar y el latido de las olas...

Mariana permanece de rodillas. Se da una pausa. Su compañera lo aprovecha para tomarle la cabeza y apretarla contra ella de modo que labios, lengua y mejillas le alcancen con plenitud hasta que el frote la zambulle en el lago de las delicias, rebosante de marea. Ella deja que discurra hasta que Mariana lo recoge con avidez y así repasa a sorbos el cauce por donde mana la ambrosía.

Mojada ella y temblorosa su amiga, emerge ahora de entre el brial para verse cara a cara, adornada con los jugos del placer como los afeites más preciados de todas las cortes.

—Intento decirte que el maestro Córribas te desea tanto como yo. Me lo repite a todas horas. Vive trastornado por tu boca... tu belleza...

—Mariana, yo no...

—Espera, no digas nada. Me pide que te hable. Le aterra perderte para siempre si conoces su pasión y lo rechazas. Al final accedo a sus ruegos. Ya ves que te lo digo. La princesa María Luisa lee libros que le llegan de Francia donde un marqués defiende la libre sexualidad, y varios volúmenes más que le recomienda el abate de Mureau, Étienne Bonnot de Condillac, desde que la educa siendo jovencita. El clero y la nobleza, ¡los ilustrados! El marqués de Sade lo proclama a voz en grito y aunque

paga con la cárcel su osadía, son los prebostes que lo encierran los primeros en imitarle. Son los signos de los tiempos, el avance imparable de un nuevo Dios que todo lo permite. Tú me dices hace tiempo que piensas como nosotros, que eres una de los nuestros...

—¿Quiénes son los nuestros?

Violeta intuye que su amistad con Mariana no es todo lo privada que imagina. El pacto presentido, Sade, Atilano, el conde, los nuestros... Ella fue, en efecto, una niña libertina, atrevida y sin correas pero...

—... no está en mi ánimo pertenecer a capillitas.

—¡Pero si tú misma te citas con Lorenzo...!

—¡Es distinto!

—¡Es lo mismo!

—¿Y qué me propones, Mariana?

—Una travesura. Deja que sea yo quien acuda a la mercería, y ve tú con Córibas al estudio. Será divertido. Un *incontro piacevole* que a nada compromete. Después, si no queremos, cada una volverá con sus amantes, o quién sabe, hayamos ganado uno nuevo. ¿No te atacarán ahora escrúpulos morales, mi querida niña Cibeles?

—No, no es la moral. Es la diablura, como tú la llamas.

Violeta apenas se sostiene. No contesta. Lo que la cabeza discute se ablanda más abajo. Lleva sus manos a la nuca de Mariana y de nuevo la descende muy suave hacia lo suyo. Lo hace con medida, para que la lengua se apreste a entrar por donde estuvo y trabaje desde el principio, no con viento, sino con gusto y saboreo de aquello que le aguarda.

* * *

Madrid / Afligidos y Desengaño

Desde el interrogatorio a Pepe de Illán y la visita a Henríquez, en la olla de Mayorga bullen como garbanzos dos nombres que pugnan por copar las sospechas. Se resiste a dar pábulo al primero, aunque lo cierto es que Lorenzo Chacón, el señor de Puebla, está omnipresente en los todos rastros de Cibeles desde su llegada de Roma. Él construye su aposento, descubre el escroto de Dosindito, se sienta a pocos metros de los colgarines del Negro Tomás y pasea de manera fortuita por el descampado donde los asesinos arrojan el cadáver del conde de Sanchezcapitán. O este hombre elige muy mal los terrenos que pisa, o no sería necesario buscar más bellaquerías.

Y Mariana, esa baronesa de Esteiro Labandal que compra adarnes de casta casta como si fuese perejil y cuyas bayas machacadas deja sobre los castrados a manera de firma reconocible. ¿Acaso quiere que la detengan? Si pertenecen al mismo cocido,

estos dos garbanzos coincidirán en un perol, y si consigo colarme en la cocina, se destapará la componenda.

Días antes Mayorga elige como objetivo el domicilio de Esteiro Labandal, en la plazuela de Afligidos. Tras un cafetín que frecuentan los guardias de corps y un leve disfraz de hombre tabernario, establece los primeros turnos de vigilancia, pero el día se va en blanco, salvo por la salida que el barón don Cancio realiza hasta los Reales Hospicios de San Fernando de Henares, donde permanece varias horas.

Al día siguiente doña Mariana Leonisa abandona el palacete al punto de finalizar el almuerzo. Ordena que enganchen su caballo de ruano al coche de regalo y sube a él envuelta en un rebujo y más mantillas de las precisas, pues siendo la tarde soleada e incluso calurosa, nada reclama embozarse de invierno. ¿Está enferma? ¿O evita ser reconocida?

Mayorga persigue el coche, primero hacia la calle de San Bernardino y luego a lo largo de la Luna, hasta el entronque con Desengaño. Allí se detiene el carruaje y la dama desciende sin auxilio del cochero, con el que cruza unas palabras antes de enfilarse por la Corredera Baja de San Pablo, él, y Desengaño arriba, ella.

Mariana camina hacia la mercería *El Verde Ojal* y se sumerge en su alambicado porche, oculta a los ojos del comisionado. Alertada por Violeta, la mujer cumplimenta los requisitos ante doña Rosita, que responde según lo previsto con una fórmula anodina.

—Una tela muy difícil de conseguir, ciertamente.

¡*El Verde Ojal!* ¿Habrán sido tan lascivos de buscar ese rótulo para decir con otros términos lo que es grosero con los suyos? Se intriga la baronesa con el deseo interno de que así lo sea.

Deja atrás la excitación de la llegada y recorre el camino hacia el cuarto entre la fresca penumbra de un almacén lleno de nada. ¿Cómo reaccionará el señor de Puebla al comprobar que no le espera la encantadora Violeta, sino otra mujer que la supera en edad y quizá, se atormenta Mariana, de belleza menos exultante?

Si me concede tiempo, si no me rechaza, pronto sabrá el señor de Puebla lo mucho que gana con el cambio.

Llega hasta la puerta que su amiga le señala y la empuja decidida, pero nada ocurre. La poca luz que sus ojos aprovechan, como hachones encendidos, no descubre a nadie en la estancia. Ve el lecho, una mesilla, una palangana y dos jícaras al lado de una jarra con agua. La toma entre las manos y deja que le humedezca los labios, apenas sin beberla. Parece fresca. Está dispuesta para el encuentro, no hay duda. ¿Me habré adelantado? ¿Será él quien se retrasa? Mariana se sienta en el catre, y casi sin querer, sube las piernas sobre la cama, a la espera de la espera, a la espera de que suenen unos pasos que la alteren.

Ahora siente el corazón que le aporrea, pero a poco que transcurre aquel silencio, a los ojos les vence la modorra que arrastra la tensión de una tarde sofocante.

Afuera, Dámaso se plantea entrar en la sedería y preguntar por la mujer. Si lo

hace, corre el peligro de descubrirse. Si se queda, que la dama le dé el esquinazo... pero ¡tate! Por el fondo se acerca a paso ligero el señor de Puebla. ¡Don Lorenzo! ¡El esperado!

Ahora se oculta en el fondo del portal y tan solo se permite ver entre rendijas la fachada de *El Verde Ojal* y una línea de la calle Desengaño. Contiene la respiración y observa que el arquitecto penetra en la mercería con el brío de un soldado que ocupa mil veces su garita.

—¡Están los garbanzos en el puchero!

* * *

Madrid / Calle del Desengaño

No amortigua Lorenzo sus pisadas hasta la puerta. Se detiene y la empuja con cuidado, pero es entonces cuando Mariana vuelve al presente. Abre los ojos, aunque procura no moverse. El hombre ya está dentro y avanza sigiloso hacia ella. Los cierra y se mantiene como estaba, simulando un sopor que ya no existe.

Esas varillas de luz que perforan el tabuco e iluminan el polvo que allí flota han de servirle para saber que no soy Violeta, lo aseguro, y si nada se escucha ahora... y si nada me reprocha...

El hombre ya está al borde de la cama, un paso más y tropieza con su cuerpo. Ella no sabe qué hacer y no hace nada, con miedo a delatar que está despierta. ¡Que se vaya, si prefiere! ¡Que se vaya y acabemos cuanto antes, porque...!

Las tinieblas se despejan. Una mano de Lorenzo va al tobillo derecho de Mariana. Lo acaricia por encima de la media calza hasta que baja al pie y libera la hebilla de la chinela. Luego lo separa para hacerse con la opuesta. Tiene ambos borceguís y los deposita en el suelo con cuidado. Mariana siente de nuevo las dos manos en los tobillos, sobre las medias de seda que hoy se pone con la esperanza de no ser ella quien las quite, como a punto está de conseguirlo. Lorenzo se hace con la caña de la pierna y la recorre. Se detiene en ambas pantorrillas y gusta de esa carne que allí hace moflete. El trago ha pasado. Ella no es Violeta y él lo sabe.

La mujer permanece sobre su costado izquierdo y esa postura dificulta el avance de las manos. Lorenzo le indica con caricias que pose la espalda y las nalgas sobre el lecho. Lo comprende y obedece con la calma que los dos imprimen a sus movimientos, con el gusto por cada músculo que se mueve, como si el enemigo fuese el tiempo y el tiempo se agotase con las prisas.

Ahora llega a las corvas y a las rodillas. Con las palmas como ganchos sube la falda, la camisa y las enaguas, un modelo entre pícaro y secreto, de éstos que las damas encargan fuera de España, aunque a Lorenzo no le hubiese disgustado darse de

bruces con bombachas, pues las prendas, sus puntillas y festones se arremolinan al paso del pulgar que las eleva por encima de su lugar correcto. Allí se atisba la frontera del calzonario, donde el raso de la blonda se hace seda de muslo y donde las manos se detienen, porque perciben que han llegado a terrenos placenteros que necesitarán de un trabajo concienzudo, sumidos los dátiles en aquel dulzor que al hombre embriaga y a la mujer agita.

La ropa vuela por encima de las rodillas, lo que permite divisar nuevos paisajes que a ella, sabiéndose examinada, causan estragos y deseos de ser acariciada donde más le llama la lascivia, donde más palpita el sentimiento. Y aun así, con todo aquel esfuerzo de telas desplazadas, hay sobre las piernas de Mariana tanto ropaje, que agarrándola por las nalgas, consigue que se levante. Luego, la desnuda sin violencia despojándolas de enaguas. Caen los picos de la camisa sobre las piernas para tapar vergüenzas que ya no tapan nada. Y ahora sí, sin muchos miramientos, Lorenzo arroja al suelo esa gavilla y se vuelve hacia la grupa para comprobar el éxito de su brazada. Le separa la camisa y debajo se adivina un bosque diminuto que Mariana escarda, limpia y poda a la espera de batallas como ésta, de citas imposibles y de besos que perturban, válgame el cielo, en los labios de esa criatura encendida a la que todos llaman Violeta de Curazzo.

Él se muestra complacido. Ella presiente nuevos avances y le basta sentirlos cerca para que le hiervan en la garganta. Lorenzo deja su torso al descubierto y se libera de las calzas para que la erección campe a sus anchas. Mariana lo ve cuando sube al lecho, hacia sus piernas. Entonces decide apagarse en la mirada para que todo le llegue por la piel, el oído y el olfato.

Nueva visita de las manos. Él se sienta de rodillas y deja que en medio de las suyas discurra la pierna derecha de su pareja, que allí donde ya no le tapa la media de seda, tropieza con su miembro y comprueba cómo crece o le acaricia. Él se aproxima a través de los muslos al punto donde se unen y golpea con golpecitos aquel musgo, como haría una visita que llamase a una puerta de algodón, sin ningún ruido.

Mariana se despereza, y por vez primera le demuestra que está viva, que responde a sus caricias con agrado y que hará también por acercarse al viajero que la llama aquellas horas, como si no le esperase, o no supiese tiempo atrás lo que a punto está de suceder. Se mueve y roza con su concha los dedos del amante. Éste se compadece del deseo y busca sin quererlo por donde entrar en la madeja.

Tensa el índice y otros dedos, de modo que la mujer, al darse cuenta, enfila hacia ellos su cueva diminuta y sintiendo que es bueno que así sea, empuja, los engulle y permite que penetren hasta abrirla, hasta dejarla sin aliento por vez primera.

Embrida Mariana aquel pinchazo y arquea su cuerpo para llevarlos, aunque están quietos, a la parte más alta de la entrada. Él lo sabe y le ayuda con sus yemas contra la yema, para rotar muy despacio y muy fuerte, muy rápido y sin moverse, suaves como terciopelo y rígidos como pica en Flandes, si las hubiese preparadas para combates sobre estos campos.

La toma allí y allí la besa. Ella se voltea y también se hace con lo suyo. Se intercambian estrujones. Si uno aprieta, la respuesta es ésa. Si afloja, es la caricia, y así se quedan por largo tiempo, hasta que sobreviene su gran espasmo y se deja ir por aquella boca cuanto hasta entonces se había reservado.

Abajo, doña Rosita escucha un grito que le lleva la sonrisa hasta los labios.

* * *

Madrid / Alcalá

Camina el arquitecto hacia el toldo sin apenas fuerzas en las piernas y es tan grande el vacío en su estómago que se le doblarían las rodillas de dar entonces un mal paso.

—¡Señor de Puebla!

Quien le llama a escasa distancia es Dámaso Jesús de Mayorga, que surge de Cedaceros como lo haría un bandolero al acecho, o eso le parece a aquel hombre que viene de vaciarse en mujer desconocida.

—¡Señor comisionado! ¿Alguna nueva?

—Hay varias. ¿Le acompaño?

—¡Por favor!

—No soy portador de buenas noticias, pues he de informarle que ha fallecido don José.

—¡Hermosilla!

—Esta mañana.

—No se repuso desde la visita a los sótanos de palacio. ¡Pobre don José! Ahora mismo visito a su familia. ¿Y las otras? Espero que no la superen en tragedia.

—He localizado a una persona que siempre aparece cerca de los cadáveres.

—¡Ah! ¿Sí? ¿De quién se trata?

—De usted.

El señor de Puebla detiene en seco su caminar y se gira hacia quien le habla. Desde esa altura de la calle se adivina al fondo el arranque del Salón del Prado con grandes bloques y los toldos de las cuadrillas. Hay militares que pasean de dos en dos y una tartana baja con un enganche de mula a la limonera. Un hortera cruza la calle en diagonal con una carretilla llena de coles y cebollas. Un cura se emboza con su manto. Varios mozalbetes corren y gritan. Un perro les ladra. Los gorriones van de árbol en árbol. Lorenzo es consciente de cuanto le rodea. Los sentidos se avivan en todas direcciones, pues no quiere creer que al tiempo de comunicarle la muerte de su maestro, Mayorga le acuse de asesinato. De los tres. No es posible que este hombre me tenga por criminal. ¡Y yo que lo hacía cercano a la solución! ¡Cuan lejos está de lo correcto! ¡Y qué solo me deja Hermosilla!

—O me echo a reír, o me desmayo. Lo tenía por un hombre cabal, señor Mayorga.

—Y yo a usted por un hombre libre de toda sospecha, pero las pruebas le incriminan.

—¿Qué pruebas?

—Las que saltan a la vista. Las víctimas rodean la fuente y usted es una de las personas más próximas a ella. De hecho vienen de Roma por ese motivo. Pero además, es usted quien encuentra el escroto del niño; el que tiene a treinta metros las turmas morochas del negro Tomás y cuando pregunto quién es el último en cruzar Hortaleza, donde se descubre el cadáver deshuevado del besugo... ¡señor de Puebla...!, ¡la respuesta es que ha sido don Lorenzo Chacón!

Los testigos, en efecto, lo describen a Mayorga de manera inconfundible. Un tipo medio madrileño, medio extranjero, casaca, camisola de vueltas, alfiler de pecho, corbatín centrado, tocado de ala de pichón y pelo en sortijillas sin coleta. Calza zapatos de lazo, que la moda tiene por más republicanos que los de hebilla, como son los de uso frecuente entre duques, marqueses y señores.

—¿Le parecen pocas las evidencias que lo señalan?

—Eso es una pamema.

—Madrid es un reguero de cadáveres desde que llegan de Roma.

Lorenzo se sobresalta y clava su mirada en Mayorga reprochándole la insinuación.

—¿Intenta implicar también a don José en la carnicería? ¡Es usted despreciable!

—Tampoco estará usted muy orgulloso de no haberlo acompañado en sus últimas horas.

—No pude.

—Desde luego. Tenía que atender a sus extrañas amistades.

—¿A quién se refiere? ¡Desde hace muchos años nadie se ocupa tanto de él como yo!

—Cálmese, don Lorenzo, y explíqueme ciertos extremos de su vida que podrían liberarle de mis sospechas. En primer lugar, ¿quién es ese hermafrodita que trae de Roma?

—¡Isabella es una mujer!

—¡Vaya! Ningún vecino de Madrid diría lo mismo, pues se hace llamar Tulio y no Isabella. Con sus trajes de chupilla corta y sombrerito de galería, lo más femenino que aparenta es la sota de Beceite, el marimacho de la Monja Alférez, la petimetra, ¡el culo vergonzante del señor de Puebla...!

La provocación de Mayorga da los resultados apetecidos y Lorenzo se altera.

—¡No es cierto! ¡Tulio es Isabella! ¡Una mujer! ¡Tulio es *Tricolore*! Y si algún hay delito en ello es solo mío, que la supuse llegada a otro Madrid más...

—¿Más qué?

—Más ovejero.

—Lo que yo veo hoy a ojos cegarritas es una estratagema criminal. Durante un tiempo disfraza a la italiana de varón y si es descubierto, huye con ella, haciendo así que la Justicia persiga a dos hombres, y no a una pareja. Acabamos de desenmascarar otra artimaña semejante, la del falsario conde de Pellegrini o Cagliostro, también llegado de Venecia.

—¡Qué barbaridad está diciendo! ¡Ha perdido el tino! Todo lo que me achaca son simples casualidades. Apariencias. Está hilando piezas sin sentido que en modo alguno construyen una verdad. ¡Dios mío! ¡Hermosilla ha fallecido y usted me lía con ridiculeces!

—Señor de Puebla, no basta su desesperación para escapar de los indicios que lo señalan. Por si no fueran suficientes, hoy sigo los pasos por Desengaño de una mujer sospechosa de los mismos cargos, ¿y qué descubro? Que la dama acude a una cita en un desván de tapadillo que funciona para ocultar el fornicio de casados. Y que la cita se establece ¡con usted!

El señor de Puebla estalla con una defensa sorprendente.

—¡A esa mujer ni la conozco!

—¡Ésta sí que es lluvia no esperada! Dos horas tomando a la mujer sobre el colchón de una buharda escondida, ¡y pretende convencerme de que ni siquiera la conoce! ¿Cómo espera que me lo crea, sabiendo lo que sé y viendo lo que vi?

—¿Qué ve?

—Lo suficiente. Dos personas que entran en una mercería que alquila habitaciones. Nadie más lo hace en varias horas y al cabo de ese tiempo, cada uno sale hacia un lado de la calle. ¿Es suficiente o pretende que vayamos al domicilio de la dama para certificarlo? Su marido estará muy interesado en conocer los detalles del encuentro.

Lorenzo se ve obligado a admitir algo que se le achaca.

—Va a llevarse una sorpresa. Es cierto, me acuesto con esa mujer y le levanto las faldas por encima de lo que jamás se las habrá levantado su marido. ¿Le gusta más oírlo así? Pero le aseguro que ni sé cuál es su nombre, ni por qué me la encuentro allí.

—Bueno. Ha logrado complacerme en parte.

—¿Ah, sí? ¡Pues sepa que rechazo con igual firmeza todo lo que le haga pensar en mí como el autor de esas muertes! Lo siento, no soy su hombre. Mire hacia otro lado porque está errando de medio a medio.

—Vaya, vaya. De modo que usted es el inventor del último chichisbeo, la moda extranjera que impone la amante, ya no secreta, sino desconocida hasta para uno mismo. Tendrá éxito, pues se garantiza que nadie descubrirá a la dama delante de los compadres.

—Si lo quiere ver así, hágalo; aunque no me tengo por inventor de nada nuevo en las relaciones entre hombres y mujeres.

Por momentos la discusión se traduce en gritos que pasman a los viandantes. Chacón le ofrece ampararse en la discreción de los toldos, pero por el tono de las

acusaciones y por lo absurdo de ellas, comienza a sospechar que el comisionado solo trata de presionarlo para hacerse con información sobre la mujer de la mercería. Eso piensa cuando escucha que amenaza con llevárselo a calabozos, aunque con la falsa contundencia que pondría en su voz una madre dirigiéndose a un hijo revoltoso.

—Arquitecto, le juro que hago esfuerzos por creerle. Desde el día en que nos conocimos se muestra simpático a mis ojos. Tan colaborador, tan erudito... Pero a medida que pasa el tiempo, se descubre otro Chacón detrás del fiel ayudante de Hermosilla, del alumno ejemplar de San Isidro, del preferido de las muchachas de Villamanta...

—¡Ah! ¿También se dedica a escudriñar mi infancia?

—¡Oh, sí! ¡Por supuesto! Usted me obliga. Y reconozco que su vida es la de un hombre peculiar. ¿Cómo se atreve a decir que no conoce a esa dama? Le doy una última posibilidad para que me convenza con la historia completa.

—La explicación llevará su tiempo y compromete el honor de otra mujer casada, si ésta también lo es, ya que es extremo que ignoro.

Mayorga acoge con una leve sonrisa la sinceridad de Lorenzo, cuando ambos prosiguen ahora el camino en paralelo a la incipiente bañera de Recoletos, antes de penetrar en la oficina provisional de las obras.

—Por la extensión del relato no se preocupe. Solo me preocupa llegar al fondo de este embrollo y así que dispongo de toda mi vida para escucharle. En cuanto al honor de la dama, usted verá si le da más aprecio que a su libertad.

—Me gustaría mantenerla en el anonimato.

Mayorga, que disimula todo lo que sabe, advierte al hombre de lo que hay en juego.

—Inténtelo, pero no me obligue a garantizárselo. Ya conoce mis prioridades.

Se sientan en silencio alrededor de los planos y Lorenzo acaricia levemente uno de ellos, realizado por él bajo las instrucciones de Hermosilla. Por momentos le vence la melancolía, pero logra arrancar con lo que el comisionado le demanda.

—Hace ya varios meses acuerdo sin palabras celebrar citas de placer con una persona, una mujer casada, como sabe. Desde entonces tenemos relaciones en los trasteros de la mercería *El Verde Ojal*, de la calle Desengaño...

—¡Qué grandes nombres para amores clandestinos!

—Sí, no sé. Nada más llegar a Madrid conozco otros lugares con la misma función, como también los hay en Roma y en todos los lugares del mundo, supongo; locales para servir de discretos escenarios en relaciones fugaces y catres de rápido servicio entre personas comprometidas. Bueno, sin sustituir las casas de mancebas como la de Tócame Roque, claro. El comercio de Desengaño, que usted ya conoce, no está ni lejos ni cerca del domicilio de la dama, de forma que es el elegido.

—¿Lo utiliza antes en citas anteriores?

—Sí, en otras tres. Relaciones esporádicas y sin éxito, por si le pica la curiosidad saberlo. Quienes allí acuden conmigo buscan algo que yo no tengo.

—Prosiga.

—Nos escribimos billetes para los encuentros y cuando estamos juntos no perdemos tiempo en chiribitas. La desnudo, ella a mí; nos besamos hasta perder las fuerzas y cada uno marcha por su camino sin despedidas, ni reproches. Nuevo billete, nueva cita, nuevo combate, nuevo silencio. Y así ocurre hasta cinco veces.

—¿En cuanto tiempo?

—Siete, ocho meses.

—Comprendo.

—Por un fortuito encargo que Hermosilla recibe del Rey, hace días acudo a casa de la mujer y le hablo cara a cara por vez primera. Sí, delante del marido y cerca del lugar donde aparece Sánchezcapitán; extraño pero cierto. Devorados por la pasión que compartimos y aún a riesgo de ser descubiertos, establecemos allí mismo el día y la hora de otra reunión, o para decirlo con mayor precisión, lo hace ella; de modo que cuando usted espía la mercería, se va a producir ese nuevo encuentro en la semipenumbra de una habitación. Al llegar, inicio la relación en silencio, como de costumbre, pero advierto que no es ella, sino que otra mujer ocupa su lugar...

—Pero no le importa.

—No. Esa es la verdad. Aunque también dudo de ser yo la persona que ella espera y pienso que me lo dirá en cuanto se cerciore. Pero no es así. Las manos o los labios van a donde quieren. Nada hay que evite nuestro abrazo.

—Bien, es suficiente. Me hago cargo de la situación. Usted avanza, ella no retrocede y sin tiempo para rectificar... se enzarzan en fuegos de artificio ¡zas, pum! Se acabó y aunque te haya visto, ni me acuerdo porque no te conozco.

—Usted lo ha dicho, que no yo.

—Me va a permitir una pregunta que rara vez se establece en una pesquisa, pero que en su caso preciso saber, ¿está enamorado, don Lorenzo? ¿Ama a alguien más que a su propia sombra?

El señor de Puebla acaricia el compás con el que juega desde el comienzo del atestado, pero ahora lo hace con la punta del instrumento, que clava lentamente sobre su yema hasta el límite del dolor y de la sangre, que no llega.

—No, no lo estoy. La mujer de la que le hablo está casada, nada conozco de ella y todo al mismo tiempo.

Si en realidad le abriese ahora su pensamiento le diría al comisionado que se siente subyugado por la belleza de la dama y que al cabo de los días ansía estar de nuevo entre sus brazos. Que sabría describirle cómo reacciona a cada caricia, o qué deje tiene cada recoveco de su piel, pero que ignora todo lo demás. Le diría que esa desazón no le exige ir más allá, ni desea escuchar sus opiniones sobre poesía. O saber si canta, llora o cocina.

—No me importa. Para mí carece de todo interés, salvo el que le comento, y espero que yo le suscite el mismo, es decir, nada. Si eso le sirve para determinar que no la amo, sea.

—¿Y con Isabella?

—¿Cree que es necesario para el caso?

—Desde luego, ¿o me toma por un chismoso deslenguado, por un maldiciente?

—No, por supuesto, señor Mayorga. Le diré que a Isabella la quiero, en efecto; aunque no creo que sea el mío un amor que han de tenerse quienes se decidan a tener hijos o a vivir para siempre juntos, si eso es lo que mueve su curiosidad. El nuestro es un amor muy interesado, de mutua ayuda, pero tan sincero y noble como el que puedan sentir todos los reyes del mundo. En Roma fuimos amantes sin complejos, aunque de eso solo queda el recuerdo. La defendería donde le atacasen y podrían compartir las mismas paredes que ella, si no me pidiese que la amase...

—Estoy de acuerdo, pero añado que no amaré ni a ella, ni a ninguna mujer que conozca. Lo siento. Sé que voy más allá de lo que me compete, pero es hora de que se lo oiga decir a otra persona, por lo que pueda ayudar para remediarlo.

—¿Cómo? ¿A qué viene ese disparate?

—No es usted un hombre al uso, Lorenzo. Convéznase. Es fácil descubrirlo, sabiendo que dibuja, localiza y recrea las corrientes madrileñas de agua, y que da a la ciudad el semblante con el que será conocida. Voy a sincerarme yo también. En realidad usted nunca fue mi sospechoso. Ni antes, ni después, ni ahora. Es imposible. Gran susto me llevaría. Pero reconozca que esa constante vecindad con las víctimas me exige someterle a la tortura de hoy para mi propia tranquilidad, no la suya, que supongo convencida. Y revelado el engaño, me va a permitir que sea yo quien le hable un buen rato, robándole minutos al duelo por Hermosilla, pero necesito que abra bien sus entendederas, tan tupidas de hollín y prejuicios; usted que se tiene por insigne avanzado de los tiempos.

—Yo no me tengo por nada.

—Calle y escuche. Es imposible que esa mujer con la que hoy se cita esté fuera del caso. ¿De verdad no sabe de quién se trata?

—No. ¿Por qué mentir en eso?

—Es un favor que le hago advirtiéndoselo. Para que cuide las compañías, fuera y dentro de *El Verde Ojal*. Hablamos de doña Mariana Leonisa, baronesa de Esteiro Labandal, esposa del prosopopéyico don Cancio Sacido, que en la actualidad ocupa la dirección de la casa de corrección y de los Reales Hospicios de San Fernando de Henares. Además de ser compradora habitual de casta casta, una hierba que se utiliza para apaciguar la lujuria y que está presente en los cadáveres encontrados, era amiga, de mesa y cama, del difunto conde de Sanchezcapitán, don Gumersindo Astudillo, y del cochero Tomás, la segunda víctima; si bien de éste, solo de cama. También mantiene relaciones íntimas y probablemente de índole demoníaco con gente que, como usted, trabaja en este Salón del Prado.

—¿Con quién, si es posible saberlo?

—Con el escultor Atilano Córibas.

—Es posible. Lo ignoro por completo.

—¡Sorprendente! Es capaz de penetrar en los secretos de los crímenes más enigmáticos de un vistazo, y sin embargo desconoce todo cuanto rodea a las mujeres a las que desnuda en *El Verde Ojal*.

—Ya le expliqué que no me interesan sus identidades, sino sus cuerpos.

—Nada tengo que objetar al carácter de sus relaciones. Si me atrevo a mencionárselas es por lo que pudiera sacar de provecho para mis pesquisas y usted, del peligro con que juega, pues en efecto se sospechan en doña Mariana Leonisa prácticas demoníacas y participación en ritos poco ortodoxos. Una persona con todos los pronunciamientos para caer algún día en manos de la Suprema.

—Los cuervos no atacan a los nobles.

—No estaría tan seguro de afirmarlo a la vista del listado que forma sus víctimas. En cualquier caso, sépalo.

—Ya ve que no pierdo tiempo en coqueteos. Son preocupaciones que se evitan.

—Y es de admirar esa postura tan moderna y... ¿cómo diríamos?, ¿tan francesa? Sin embargo, por lo que hoy averiguo, insisto en creer que tampoco es buena idea ignorar a su otra compañera de juegos amorosos, ésa que con tanto celo trata de ocultarme, es decir, la marquesa de Curazzo.

—¡Vaya! ¡Llega hasta ahí! Debí haberlo supuesto. Enhorabuena, el Rey estará satisfecho de contar con un investigador tan perspicaz como usted. Primero descubre que no soy el asesino y ahora esto, ¡la mujer!

—No adelante felicitaciones. Trato de decirle que es usted quien está falto de conocimiento, no yo. Haga un esfuerzo. ¿No reconoce a otra persona en Violeta de Curazzo? Después de todo, solo pasan trece años desde entonces.

—No le entiendo.

—Fíjese en su cara y busque entre sus recuerdos de ese tiempo. ¿No lo descubre? ¿No identifica en la marquesa a la niña Vayolet, la hija del conde de Humanes, aquélla que le obnubiló de pasión juvenil y?...

—¿Cómo se atreve?

Y tras una breve pausa, Lorenzo recaba precisiones sobre un descubrimiento que para él supera con mucho todo lo que en este día está escuchando.

—¿Quién le malmete? ¿Violeta de Curazzo... es Vayolet, la hija de Humanes?

—Así es. Todo sucede por culpa de un capricho de su madre que convierte a sus dos hijas en unas señoritas... ¿cómo las califican en los salones...?, ¿ah, sí? ¡De pan pringado! A ella, mire usted qué tontería, da en llamarla Vayolet, como lo harían los anglosajones, pues ambas chapurrean dos verbos y cuatro chilindrinas en lengua inglesa de frases aprendidas en pasantías. Tontadas de condesa presumida que provocan una mofletuda y sorprendente paradoja: el señor de Puebla tiene como amante a su idolatrada niña Vayolet...

Lorenzo se abalanza sobre el comisionado y le toma del chaleco. Este deja que el arranque de violencia quede sin respuesta y poco a poco el ímpetu del arquitecto cede hasta soltarlo. Y de ahí, al abatimiento, a la compunción, al recuerdo de aquel árbol,

la visión de la ventana, la niña sobeteada y la caída. Por eso se repite que es incapaz amar y es posible que así sea.

—¡Qué estúpido! ¡Pensar que era yo el libertino! ¿Quizá Violeta sepa que hace años...?

—No, ni mucho menos. No se atormente. La niña Vayolet es desconocedora de su existencia cuando está en San Isidro, ni nada oye jamás de su amor secreto, ni del episodio del naranjo, ni de haber sido espiada cuando aquellos dos chiquillos...

—¿Cómo llega usted a saber todo esto?

—¡Qué preguntas tiene, señor de Puebla! No está bien que el responsable de una pesquisa comente sus entresijos, pero haré una excepción como pago a su ayuda. Usted se convierte en sospechoso nada más conocerlo, desde que aparece el cadáver de Dosindito y debo salir de dudas. De modo que me dirijo a Villamanta, donde su nombre, por si no lo sabe, todavía levanta oleadas de admiración. Luego me entrevisto con el profesor Lacambra, que recuerda bien aquella época.

—¡Zósimo!

—Sí, el actual director de San Isidro. No tome ninguna represalia contra él, ni le guarde animadversión. Tiene en muy buen concepto su paso por el colegio, sabe de los trabajos que le abren paso con Hermosilla, y si conoce a fondo el episodio de la niña Vayolet de Humanes, es porque fue comidilla de varias generaciones de colegiales.

—¡Vayolet en boca de todos por mi culpa!

* * *

Madrid / Calle de Infantas

Mariana Leonisa entra de rondón y sin pudor en los aposentos de Violeta, que aún no ha terminado de vestirse con la ayuda de su camarera.

—¡Ay, chiquilla! ¡Tengo que contarte!

Violeta, sin ganas de hacerlo, despide a la sirvienta.

—Déjenos, Conchita.

Aguardan a que la joven abandone el *boudoir* y cuando cierra la puerta, Mariana se va a la oreja de Violeta.

—¡Ha sido el banquete de Baltasar, querida! Después de tantos cadáveres alrededor, mi cuerpo necesitaba el calor de uno vivo, y bien vivo.

—Me alegro de que todo haya ido bien.

Mariana olvida las prevenciones iniciales y alza la voz.

—Lorenzo es un amante impecable, maravilloso... tan atento, tan cuidadoso, tan apasionado... ¿Qué te voy a contar que no sepas?

—¡¡¡Tchiss!!! ¡Por favor, Mariana; contente!

Y al oído otra vez.

—Conchita puede estar detrás de la puerta.

—Perdón, perdón, pero te puedes imaginar cómo estoy, cómo llego hasta aquí, todavía con el bum, bum, bum en el pecho. Fue tan emocionante. Primero, las tinieblas, sin saber qué pasaría. Luego su llegada, las primeras caricias. Y más tarde, la explosión. Tenías razón. Es fantástico añadir el misterio a tu pareja. Hacer y dejar hacer sin decirse. ¡Ah! ¡Lástima de no tener uno a diario! Bueno, ¿y tú? Háblame de tu encuentro con Córibas, que me interesa tanto como el mío. No te veo muy animada.

Lejos de compartir la euforia de su amante, Violeta se expresa triste y alicaída.

—Creo que avanza en su trabajo mucho más de lo previsto. Poso ante él durante tres horas. Córibas considera que la terracota está casi dispuesta. Apenas le dedicará un día más antes de entregársela a Gutiérrez de Arribas. Se admira de que haya sido más rápido de lo esperado y de hecho quema ante mí el papel del compromiso, porque no volveré por Chinchilla.

—Magnífico, pero te noto preocupada —y bajando la voz hasta los mínimos—. Algo no fue bien. ¿Te defrauda el encuentro?

—No hubo nada.

—¿No te propuso...?

—No. Lo insinuó.

—¿Ni tú tampoco...?

—No.

—No lo entiendo. Días antes llega a suplicarme y nada le hace salir de la barranca...

—Su insistencia habría sido en balde.

—¿Por qué?

—Ya no estoy para locuras de alcoba.

—¿Qué tonterías se te ocurren? ¿Tú, una chiquilla más fresca que una lechuga? ¡La mujer que será el símbolo de la pujanza ciudadana! ¡El rostro del nuevo Madrid...! ¿Qué digo? ¡El rostro de España!

—Estoy embarazada.

—...

Mariana se deja caer en el silloncito del tocador, como si hubiese recibido la noticia de su propia muerte. O con mayor exactitud, un plomo en el pecho disparado a bocajarro. Luego reacciona y pregunta.

—¿De Lorenzo, claro?

—De Lorenzo.

—Perdona, perdona, perdona. Perdona lo que digo, perdona cómo entro... Perdona mi alegría... yo no sabía... Perdona todo.

—¿Y cómo ibas a saberlo? Por mí no te preocupes, puedes seguir viéndolo las

veces que gustes... que gustéis. No entra en mis planes comentarle nada, ni deseo que se entere, por lo que te ruego guardes silencio hasta que pueda hablar sin tapujos de mi estado. Solo tú y yo seremos conocedoras de la verdad. El niño será de Saturno y de nadie más, de modo que vuelve con Lorenzo, acuéstate con él, daos el placer que ambos buscáis y no le reveles jamás su paternidad. Él solo debe saber que Saturno y yo esperamos un niño y que por ese motivo no acudiré a ninguna otra cita.

—¿Pero si tú y Saturno no...?

—Haré que hoy o mañana me posea, y simularé el adelanto del parto o lo que haga falta. Este niño será en sus cálculos un sietemesino prematuro. No sé, lo que se me ocurra. Despreocúpate de Saturno. El engaño es una de mis especialidades. Ya lo consulté con gente ducha en estos tejemanejes.

—¿De qué tejemanejes me hablas? ¿Ensalmadores, brujas...?

—Sí, algo así.

—Estás chalada. ¿Te vas a poner a manos de curanderas, como haría cualquier mujeruca? ¿Tú, la única madrileña que sabe interpretar el cuadro de Guido Reni? Perdiste la razón.

—Quizá, pero es la única salida que veo. Quiero engañar a Saturno por última vez y nadie más que ellas me asegura poder hacerlo con éxito.

—¿Pero y lo nuestro, Violeta? Una relación tan dulce, ¡tan intensa! ¿No pensarás que acabe así?

—Lo siento, Mariana; tenemos que dejarlo. No me veo de madre casquivana. Solo espero que lo comprendas. Voy a ser madre y no decido por mí sola.

—Pero ahora... cuando seas Cibeles, cuando todo Madrid se fije en tu belleza...

—Mariana llora en silencio gruesas lágrimas que recorren su rostro hasta caer sobre el vestido—. ¡Guapa, Cibeles! Te dirán cuando te vean y tú, guardadita en un convento.

—¡Qué melodramática eres! Se acaba mi vida de casada infiel. Nada más.

Mariana se enjuga las lágrimas con el puño del traje y retoma sus argumentos con más ímpetu.

—No tomes determinaciones apresuradas. Sí, es cierto, vas a tener un niño, pero eso no es el fin del mundo, ni tu muerte en vida. Yo no los tengo porque... bueno, porque no vinieron, pero sería la misma mujer con ellos, o sin ellos, porque nada cambia. ¿Qué necesidad hay de sentirse encadenado a otras sensaciones que no sea el placer? Sade dice...

—No me importa lo que escriban los franceses, ni ser, como dijiste, «uno de los nuestros». Estuvo bien. El mundo no se detiene en capillas eternas, hay que dejarse mecer por el viento y el mío sopla hoy hacia el amor de mi hijo.

—¡Tu hijo te querrá igual! Te lo aseguro. No te encierres porque estarás negando todo cuanto has sido hasta ahora y todo lo que puedes llegar a ser. Hazme caso, eres muy joven todavía. Ahora te puede parecer que el niño lo trastoca todo, pero no es así.

—Pero Mariana, ni me voy a un convento, ni pienso dejar de pasearme.

—Quien profesará en un claustro seré yo. ¡En uno de la Inquisición! —dice Mariana en pie, dispuesta a marcharse—. Me rompiste el corazón y la vida. Enhorabuena.

Violeta suaviza la despedida.

—Hablabamos cuando se te pase el enfado. Y del libro, que aún me falta mucho por conocer.

—Ya no importa, Violeta. Solo es una patraña con final trágico.

—¿Ya no te lo dictan espíritus superiores?

—Sí, pero no les creí.

Y sin volverse, la baronesa de Esteiro Labandal cierra la puerta del *boudoir*. Desea que Violeta se lance sobre ella e impida su marcha, pero nada de eso sucede, porque la marquesa comienza a olvidarla y solo tiene en el pensamiento cómo convertir a Saturno de Curazzo en el más fogoso de sus amantes, al menos durante una noche de estoques y banderillas.

* * *

Madrid / Plaza del Alamillo

—Necesito levantar un muerto.

Crispín, que hace las veces de Negro Tomás para los Curazzo, es quien informa a la señora que en asuntos de dureza en el palo masculino no hay en Madrid mejor receta, ni manos más expertas, que las de la Reme, Remedios o Remigia, de vida y domicilio en la Plaza del Alamillo. Sí, ésa que Madrid comenta; la madre del niño estrangulado, víctima de la inquina criminal que también se lleva a Tomás y a otro noble bujarrón.

La bruja, que es de pómulos juanelos, labio fino y pelo como borra de cojín, hace pareja con Cayo Martín, el *Sombrita*, el bruto de la villa, supuesto padre del mismo niño y la picha de más recorrido entre las sirvientas de mandil, maritornes y mucamas sin rufián conocido. Así se retoza lejos del refinado burdel de *El Verde Ojal*. Los jueves ellas se agolpan para ver las obras de los Caños del Peral, porque con la entrada, es la broma, va una rifa para probar el instrumento del *Sombrita*, que está así de hermoso y retrechero porque la Reme se lo pone morcillo de venas abultadas con bebedizos y cataplasmas, que más que falo es palo de Brasil, de ésos que han traído de África para el Botánico.

—¡Para mí ese cañón de a veinticuatro! —grita la Tía Liboria, una de las más asiduas y de las que más confianzas se gastan.

Si no hay suerte en los Caños, porque no hay turno, o porque el barbarote está

estrujado, sale gratis un dedo con disimulo, mientras el apretador hace su oficio, que es el de tenerlas a raya, deseosas de que las lleve a la trastienda cuando acaba la comedia. Por la jeró, o por unos realillos, pues el hombre es generoso cuando quiere, consiguen que les haga juegos malabares, o incluso ser clavadas por retaguardia con la gran lanzada de un moro muerto y resucitado. Cuentan de una moza de la sierra de Albarracín, que de las veces que va a Cayo en búsqueda de su garrocha, allí aprende de memoria mucho Lope, de Zavala la mitad, y cuatro o cinco que firma Tirso. No sería imposible, porque el hombre sabe cómo engañarlas y cómo ponerlas contentas, así vengan de cinco en cinco. Se pone burro con un trago, las embiste quince veces y grita como si se fuese, aunque todo lo deja para la siguiente. Así siete y hasta ocho hembras, mientras no derrama para que una se lo lleve todo. Tomás es quien más sabe de sus potingues, de su aguante y de la Reme. Y Crispín, su heredero, quien lo escucha y reproduce.

—Señora, no hay en todo Madrid hombre más bruto, feo, tosco y garrulo que este Cayo del que le hablo, y teniendo como las tiene, explíqueme; por algo ha de ser y no por nada.

—¿Le persiguen las mandaderas?

—Y las planchadoras, y las amas de cría, si lo necesitan para preñar y bajar la leche.

A Violeta le emociona la conversa.

—¿Y cómo la tiene? Quiero decir, ¿es muy grande? ¿Tú se la viste?

—No, señora. Fue Tomás. Imagínese que él, siendo negro, le sobraba para el nudo. Pues con todo, cuando habla de la de Cayo, separa así las manos.

Y Crispín se va de la exageración a la vara castellana.

—Y todo por la Reme.

El razonamiento es de fuerza mayor, pero a Violeta no le agrada confiar la hombría de su marido a la madre del niño asesinado. A saber de sus comadres, lo que ella chismorrea, larga y cuenta. No me fío. Pero tanto pondera Crispín el poder de sus enjuagues, que no habiendo competencia, se lanza por fin a la consulta. Fuera la ñoñería. No hay tiempo que perder.

Antes de llegar a la casa de los Martín, Violeta supone a la madre caída. Ella, que espera un niño, piensa lo que es perderlo. Pero son sandeces de los de arriba, no del Alamillo. Reme es de otra pasta. Lloro entonces para siempre, claro que sí, pero busca consuelo donde la Iglesia los prohíbe. En la compañía de algún chulo, en cocimientos de pasiflora y en esos grimorios de hechizos que a ella le llegan escritos en español aljamiado, heredados de otras sabias anteriores y éstas de las primeras y así hasta perderse. En ellos lee los conjuros de la púdpuda, que es abubilla, tan eficaces contra el sentir lloroso de una madre que en ella no se delata la tragedia.

—Necesito levantar un muerto.

La Reme acicala el pelo de Lolita, cuyos últimos mechones oculta bajo la pañoleta. La besa en la frente y la despide con una invocación incomprensible, antes

de hacer una visura de Violeta y devolverle el saludo, que es una orden.

—Señora, lo que no consiga con ese careto, con esas tetas y con ese culo, yo no lo alcanzo.

—Haré lo que esté en mis posibles, pero necesito seguridad, que lo ponga en camino con certeza y lo más difícil, que suceda hoy sin falta.

—Chiquilla, estás embarazada.

—¿Cómo lo sabe?

—Es lo que encaja, preciosa. La señora se embaraza y cuando lo descubre, necesita que su marido, torpón y pichafloja, se la meta cuanto antes para que entienda como suyo el encargo que raudo viene. Es la historia más antigua de toda la humanidad. Así que cuando llegan mujeres a verme... es por eso. Si acuden ellos, los de la bandera arriada, el negocio cambia. Entonces es que necesitan salir airosos en citas con sus conquistas, o sin ir de jarana, que se les acaba la pólvora y quieren tenerla dura como a los quince, cuando la machacan mañana y tarde para conciliar por las noches. ¡Dime que no, princesa!

—Sí, casi todo. No le voy a engañar.

—¡Todo, princesa!

—¿Qué podríamos hacer? ¿Qué me aconseja?

—Depende de tu plata, mosquita muerta.

—No habrá problema.

—Ése es un buen comienzo. Nunca temas mancha que con agua salga. Y habiendo parné, no hay mancha que no se lave. Escucha bien, mosquita muerta, estamos hablando sin estafa, que la Reme no es de chanchullos. Solo cobro por entero si al hombre se le mueve la tripa y hay apaño. Cobro si al mango le quito las arrugas y él lo incrusta. ¿Entiendes? Si no hay puyazo, y lo habrá, por las cruces del Calvario que lo habrá, Reme no cobra, te olvidas de lo acordado y te buscas a otra bruja. Yo estoy aquí para quedarme. No me gustan las trampas, las niñas falsas, ni los fulleros.

—Me reconforta y me agrada. ¡Ah! Sepa para su consuelo, que siento mucho lo ocurrido a su hijo.

—¿Qué sabes tú de eso, mosquita muerta?

—Nada. Me lo dijeron y...

—Pues a coser la boca. Deja a mi hijo en paz, que aquí estamos a otra.

—Como diga, doña Reme.

—¿Doña Reme? Ja, ja, ja. En doña he quedado. Que lo sepas, palomita —recalca la mujer con petulancia—; estás hablando con la nieta de las arpías del Averno y que nadie, ¿oíste? nadie en toda Castilla, sabe lo que la Reme sabe. Mis plantas no las adquiero a saltabancos de feria, ni uso tretas de titiriteros. Así que retira lo de doña y llámame, si me quieres honrar, Glafira-Vesa, que es mi mote del infierno; o la Reme, qué demonios, que es mi nombre.

Y de repente.

—Quinientos reales si funciona el muermo del gachó. ¿Estamos?

—¡Mucho dinero!

—¡Ja! ¿No quedamos en que había plata? Por menos de eso, tengo crines de la cola de un caballo, indicados para abrir el corazón del mujerío; aunque la verdad, no vi a nadie que brincase con la cola de un percherón por toda peluca. Crines, huevos en vasos, ajonjolís, abracadabras y oraciones a San Cucufato. ¡No te jode! *Cucufato, Cucufato, los cajones yo te ato. Si a mi hombre no devuelves la fuerza que perdió, yo no te los desato.* Mire, guapeza; o el parné, o no hay trato. Yo no malgasto el tiempo cociendo emplastes que funcionan de chiripa. ¿Hace, o te largas?

—Hace, pero no lo tengo aquí.

—¿Y cuándo me llenarás el talego, palomita?

—Hoy, hoy. En una hora. ¿Quinientos? ¿No es eso?

—Quinientos, hasta el milagro.

—... y la corrida.

—Y la corrida, mujer, y la corrida. En peores me las vi. Más difícil es cuando piden lechada y embarazo, como si una fuera la Virgen de la O.

—Quinientos. Espero que sí.

—¿No lo quiere para hoy? Si lo quiere es con esa guita. Si no... esperamos a otro día, o a san Cucufato, o Cugat, como le llaman los catalanes.

—No hará falta el santo. Un momento.

Violeta baja hasta la plaza, donde entrega al cochero un billete para el marqués. Sube de nuevo y en el anchurón de las escaleras se cruza con Cayo, que la mira de arriba abajo con deseo, dejándose en los ojos el lamento por no degustar aquel manjar. Ella se asusta del encontronazo y lo saluda con la espalda pegada a la pared, para que ambos prosigan sin rozarse.

—Buenos días.

—Muy buenos son. Esa es la verdad —contesta el *Sombrita* sin perder ripio de Violeta.

El vuelo faldero del guardapiés da con la caña de Cayo. El hombre encuentra en el leve contacto la justificación que necesita para parar su marcha y admirar de cerca y sin reparo las bellas formas de quien aquella tarde visita su tabuco. Baja los ojos a su entrepierna y abre con sutileza su mano para mostrarle la evidencia de un miembro desmesurado que se perfila sobre el calzón. Ella recuerda de golpe la historia de Crispín con las mandaderas de los Caños del Peral que se lo rifan y de un brinco asciende los últimos peldaños con el temor de llevar a Cayo pegado a su espalda.

Pero no. Lo único que tiene tras ella es la risa del apretador que flota sobre los escalones.

De nuevo ante la Reme, se atenúa el sofoco y espera impaciente su receta.

—Aunque sea una mosquita muerta, conocerá el cuerno de rinoceronte para ciertos enjuagues. No es leyenda, se lo aseguro; son poderes que esos bichos tienen, pero un poder que les lleva a la muerte, pues por culpa del cuerno, los persiguen y los cazan como a conejos. Tengo polvos de ese jaez, pero no se los recomiendo y le diré

por qué. Hay que tomarlos una y otra tarde, y usted me pide urgencia. Polvos por urgencia de polvo. ¿Qué le parece?

—No, no puedo esperar mucho tiempo.

—Lo sé, palomita. Tú quieres que esta noche se ponga al tajo y te la cuele. Abre bien las orejas. Yo te digo lo que hay, te lo explico y tú te quedas lo que sea. ¿Hace?

—De acuerdo.

Reme se levanta, abre una alacena, y de ella toma varias cajas y pequeñas arquetas, cuyo contenido despliega delante de Violeta. Son a su vez nuevos frascos, fanales, bujetas, bujetillas y tarros de cristal o de mayólica de variada antigüedad, pelaje, esencia y destino, pues allí se cita la madera y el metal repujado con recipientes de tosco barro, y otras lozas que han sido decoradas al modo de Talavera, atauriques árabes e incluso los hay pintados con finísimas flores que imitan las artes y maneras de la porcelana inglesa. A un envase forrado en cuero lo rodea una suerte de filacteria grasienta por el manoseo, donde han escrito con torpe mano: *Ánima de vúo y pluma de cuervo de mucho uso para hazer que vailen fuera de ellos las personas de los cuadros*. A Violeta le llama la atención la cinta y la lee asombrada.

—Hoy no estamos para eso —le reconviene la curandera—, pero si un día quieres hablar con las personas de las pinturas, que salgan de ellas, que bailen y te cuenten sus historias, ya sabes dónde está la Reme.

—¿De verdad consigue ese milagro? Me acordaré.

El envase no contiene ni regüeldo de búho ni pluma de cuervo, sino extractos de mandrágora con la que no solo cobran vida los personajes de las pinturas, sino que a la kermés acuden monstruos que nunca existieron, vacas de tres cabezas, tortugas desnudas de concha y fantasmas de mil países. Apenas le quedan unas raspas, pero allí la guarda con todas, por si hay ocasión y los compradores dan con ella. Contar la historia en su momento secunda y mucho la eficacia de los potingues, ayuda al convencimiento y colabora en la triquiñuela.

—Mira, niña. La mayor eficacia, y también la más peligrosa, estuvo siempre, está y estará en la cantárida, que lo sepas cuanto antes. La llaman mosca española, pero ni mosca es, ni nace entre Francia y la Bética. Cucaracha verde, si quieres que te entiendan; o croca esmeraldina si estás entre notables y buscas en sus braguetas la picha coronada. En Francia, por ser ladinos, la venden como dulce para ser chupado y no es corta la demanda. Ve a París y que te sirvan Caramelos Richelieu. ¡Los muy viciosos, nombre le dan de cardenal!

—¿Dice que es peligrosa?

—Mucho. La diñan a docenas por ser ellos asténicos. O por tomar más de la cuenta de manos inexpertas. Aunque ése no sería tu caso, mosquita muerta. ¡Ja, ja, ja! Mosquita española y muerta.

—Pues nos olvidamos de la mosca. Y dígame, ¿qué son esas albondiguillas? —pregunta Violeta, intrigada por las formas redondas de varias pelotillas sumergidas en una frasca de aceite.

—¡Turmas, hija mía, turmas! ¿Qué van a ser hablando de lo que hablamos? ¡Collones! ¡Testículos! Los huevos, o como dicen los finolis, los bultos masculinos, bueno, de animales, que son de conveniencia para la dureza de la tranca. Las tengo de toro, criadillas muy frescas y sencillas de cocinar. Me las suministra un monosabio cuando hay lidia, aunque no siempre se consiguen pues son muchos los que andan detrás de ellas. Fíjese. De asno, más correosas, pero rentables; de gallo y de cabrón, todas de éxito probado y sin peligro de ninguna clase...

Violeta da en pensar en el hijo de la Reme y en lo que el criminal hace con su cuerpo, de modo que viendo la vasija de aceite, le viene una arcada que su estado propicia.

—... bien es cierto que por el sabor y el diente al penetrarlas levantarían la sospecha del hombre no advertido, o de quien ya las haya consumido. No ocurre lo mismo si hacemos caldo con la cresta de varios gallos, o si espolvoreamos el plato del día con arañas de acción muy competente.

—¿La *tarantella*? —pregunta la marquesa para irse de las turmas.

—Sí, entre otras. ¿También tú la conoces, mosquita muerta?

—Sí, mi marido reside durante años en Nápoles y allí es de dominio público la leyenda del baile y de la araña.

—Pues aquí ves lo que hay, preciosa. Tengo gorriones, tábanos, ranas, el pene de ballena, ¡infalible! chocolate, ¡de primera! la corteza del yohimbé, ¡canela! y bueno, alguna planta más que se comporta muy bien en urgencias como las tuyas.

—No sé, estoy perdida.

—No te inquietes, palomita. Vamos en tu búsqueda.

Reme recoge los recipientes con sumo cuidado y le pregunta:

—¿Cuántos años arrastra tu problema?

—¿Mi problema...?

—¡Tu hombre! ¡El que no funciona!

—Sesenta.

—¡Qué disparate! ¿Cómo estás con ese carcamal? ¡Pero si eso es una carraca! ¿Y tú? ¿Cuántos tienes?

—Veinticinco.

—¡Cuarenta de distancia! Tenía que haberlo imaginado. Mira, niña. Vas a hacer lo que te ordene y de bóbilis bólibis conseguirás lo que desees. ¡A no ser que a tu marmolejo se le haya borrado de la cabeza el chamullo! Tú ya me entiendes lo que te digo.

—¡No! ¡Qué va! ¡Lo hicimos hace meses!

—¡Eso! ¡Con calendario! Toma, anda; con esta corteza hierves una sopera de agua y con ella cueces el caldo que acostumbres. ¿Vas mucho por la cocina? ¡A que no!

—No. Tenemos dos cocineras.

—¡No te digo, las flores con el trigo! ¡Dos cocineras tiene la palomita! Eso nos

complica el plan, guapura. Pero no importa. Fíjate bien. Esta tarde te metes con ellas en los fogones y les dices que traes especias, que te las regaló una amiga. Las cultiva ella, que es muy hortícola. Eso sí, que las mucamas no la prueben, que a la hora abren mancebía, y que nada digan al señor de los polvitos. Luego, al propio caldo de tu marido, y solo al suyo, le espolvoreas este triturado y lo remueves...

—¿Todo?

—Todo. No le pasará nada. En cuanto acabe la cena, os encamáis de inmediato, porque el apagado va a sentir los calores sin tardanza y tú también, si con él tomas el caldo de corteza.

—No será difícil, pues ésa es nuestra costumbre.

—Mejor, así no corremos peligro de que se vaya fuera.

—¿Tan fuerte es el preparado?

—Tanto o más. Y si el hombre no ha vaciado en días, se le puede escapar todo el negocio.

—¡Jesús!

—Y ya tumbados, ¡hija mía! hazte con él, porque no se va a negar, y si ves que se sofoca, que aceza o que emerge por respirar, tú no te apees. Cabalga sobre él hasta que derrame, que luego se le pasa, y si hace tiempo que no culea, caerá en la modorra como un bendito. ¿Comprendido, mosquita muerta?

—¿Yo... cantárida?

—¡Ja, ja, ja! ¡Ésa no te la di!

La carcajada coincide con la llegada de Crispín, que trae el dinero convenido. Violeta se lo entrega y a cambio recibe la corteza y un papel de estraza donde viaja apenas una uña de un polvo muy negro y muy menudo.

* * *

Madrid / Calle de las Infantas

Violeta prepara la cena al conforme con lo que la mujer le indica e impaciente aguarda la hora.

—¿No tomas el caldo de nabizas, querida? —se extraña Saturno—. Está exquisito.

—Solo lo probaré. Me sentí débil tras la prueba del vestido. Sin embargo, después tuve hambre y piqué un poco del escabeche de pescado con apetito. Total, que llego medio cenada.

—¿No es muy raro que sin haberlo acabado Madame Cropain te pida todo el dinero?

—Tiene deudas. Su familia en Francia cae en desgracia. Palacio ya no le encarga

tanto trabajo, ni hay tantos bailes, ni hay tantas damas. Me lo pide de favor y no tengo corazón para negarme.

—Has hecho lo que se debe. Y si el traje es tan bello como dices, será una cantidad bien invertida. Este año no encargas nada nuevo.

—Eso pienso. Vienen fiestas y no quisiera repetir. La gente enseguida murmura.

—Sí, murmura y difama.

A los postres, Saturno Curazzo da el primer síntoma de extrañeza.

—Algo pasa. El caldo era distinto al de siempre. Me gustó mucho, pero muy fuerte.

—¡Ah, sí! En casa de Madame Cropain estaba de paso la condesa de Benamejé y nos puso la azotea como locas con mil historias de lo que hace y deshace en su huerto de Alfaro.

—¡Los Benamejé son de Rute!

—¡Qué tonta! Rute quise decir. El caso es que nos da a probar nabizas, apios y coles, que son los que comes en ese caldo.

Violeta observa a su marido y tímida añade.

—¿Qué sientes?

—Nada, nada. Noto que todo bulle, que se altera.

—¿Mareado?

—No, acalorado. Y como si a las articulaciones les diese aceite.

—¡Magnífico síntoma de salud! En cualquier caso, este año deberíamos tomar de nuevo los barros de Dax. Cuando vamos te sientan muy bien. ¿No crees, cariño?

—Sí. Y ver contigo los toros de Francia. De repente echo en falta la tauromaquia francesa. ¡Mira tú!

Esa es la señal, qué duda cabe.

—Vamos a acostarnos. Así reposas.

—Creo que sí. ¡Menudos apios! ¡Mejor los llamaría pimentones!

Y el roce de la mano hizo noticia, y la caricia desató en Saturno toda la fuerza, y aquello fue tan previsto como la Reme anuncia en su covacha del Alamillo. Dosindito trasplantado.

Mas se equivoca la mujer en alguna cuenta, pues no duerme el caballero de inmediato, sino que realiza el milagro de trotar por dos veces la misma grupa. ¡Y las dos con fuentes de artificio!

Violeta lo abraza muy satisfecha y sin querer, la cercanía de su pierna hace que tropiece con algo desusado y aún después de las dos cabalgaduras, ese contacto le delata que su marido sigue tan fresco y tan ufano. ¡O corteza, o araña!

—No sé lo que me pasa, Violeta, pero es como si viniese el mismísimo San Vito a recorrerme.

—Pues habrá venido, que estos santos tan pronto se presentan de cara, como de espaldas.

—Tendrás que comprarle más apios a la de Benjemí.

—Todos los que quieras, si éste es el resultado. ¿Te conté lo de la fuente de Recoletos?

—No.

—Pues escucha...

* * *

Madrid / Calle de San Blas

Dámaso Jesús de Mayorga acaba de recibir en San Blas el informe que redacta el doctor Torbeo sobre el cadáver del conde Sanchezcapitán y con él, la autorización judicial para forzar la puerta de su casa. En efecto, es castrado y su escroto aparece una vez más en el círculo imaginario de la fuente, esta vez haciendo diagonal con el punto donde depositan el del niño Dosindito. También se le aprecian dos costillas rotas que le perforan el pulmón izquierdo, varios hematomas y hemorragia nasal. El hombre era con frecuencia enculado. Causa de la muerte, asfixia.

Con el permiso de policía en la mano se dispone a salir hacia la plaza de los Salvajes, pero irrumpe en San Blas el señor de Puebla, que porta una información indemorable.

—Don José me habla en su funeral.

Lorenzo toma una silla y sin esperar licencia, se sienta frente al comisionado.

—Durante años vivo con don José en Roma.

—Estoy al tanto.

—Cuando es llamado a Madrid, me lleva al Vaticano para que conozca la estatua de Julia Farnesio representando la Justicia en la tumba de Paulo II y para decirme que bajo nuestros pies se alza en su día el Phrygianum, el templo de los sacerdotes eunucos de Cibeles, de los *galli*, de las sacerdotisas de sexo indefinido, de los sajados o sin ambages, de los nacidos a mitad de camino entre ella y Atis. Sé que no le asombra nada de lo que le digo porque devora el memorando Castro con la fascinación de un niño y el interés de un adulto.

—En efecto. Ya nada de eso me es del todo ajeno. De hecho creo que viviré el resto de mis días prendido de Castro y sus misterios.

—Los acontecimientos revelan que las más absurdas especulaciones no lo son tanto. Cuando me descubre a Vayolet en la persona de Violeta de Curazzo entiendo con dolor que la vida no está cerrada a imposibles y que éstos solo lo son hasta que alguien demuestra lo contrario. Me convierto sin saberlo en amante de la mujer por la que suspiro siendo niño. Coincidirá conmigo en que todo, hasta lo más absurdo, tiene una mínima opción de cumplirse.

Lorenzo toma de su bolsillo la Cuestión romana, el misterio de los clavos

engarzados, y se lo ofrece.

—Es un juego que traigo de Roma. Trate de separarlos.

El comisionado inicia los intentos por deshacer el nudo. Los enfrenta por la punta, por la cabeza, en paralelo, con violencia, muy despacio, con una mano, con las dos... hasta que pronuncia lo que todos los que afrontan por vez primera la Cuestión romana.

—Esto es de maña, que no de fuerza.

Y más adelante.

—Me rindo.

Lorenzo recobra los clavos, une sus cabezas, sube una hacia la derecha, manteniendo la otra firme, y los dos se ven libres uno del otro.

—Muy ingenioso —admite Mayorga—. Entiendo lo que quiere decirme. Yo tampoco desprecio las hipótesis más sencillas para dar con la solución de los casos más enrevesados, pues a buen seguro que será una de ellas. La relación de Cibeles y las muertes es indiscutible, pero puede enmascarar otras hoy insospechadas.

Al comisionado le hubiese gustado narrarle el caso que la Intendencia acaba de esclarecer, el de la falsa denuncia realizada contra una familia de Lavapiés por dar muerte a Dosindito. Los acusadores aseguran que los asesinos utilizan las criadillas del niño para la elaboración de pan ácimo, que ellos llaman *matzot*. También relatan cómo después de darle muerte y de extraérselas, las trituran, las reducen a fuego y mezclan los restos obtenidos con una hostia consagrada. Con todo ello consiguen un arma poderosa para enfrentarse a cualquier cristiano. Armona y Murga reciben la denuncia e intuyen de inmediato que se trata de un monumental embuste, favorecido por la actuación inquisitorial que fomenta el viejo odio contra los judíos para que siga presente entre los más ignorantes. Con el escroto del niño nada se cocina, pues aparece a las pocas horas en las cercanías de la fuente. El propio Armona sospecha el origen de la patraña y da con el legajo de un caso juzgado por el Santo Oficio ¡en 1478! La acusación de la Suprema es idéntica a la actual. Incluso se confirma que varias de las frases utilizadas en la denuncia son textuales respecto a la documentación de este tiempo, lo que acaba por desmontar el perjurio. Se actúa contra los denunciantes y se averigua que son familia de aquellos acusadores primitivos, pues conservan un escrito de la causa que ahora pretenden resucitar en contra de sus vecinos, descendientes de moriscos y cristianos nuevos, cuya vivienda sueñan expropiar. Vil metal. Como clama Armona, el caso abre las puertas a pensar que también es falsa la acusación del siglo xv.

El señor de Puebla retoma el relato inicial.

—Cuando desde la balaustrada del Vaticano don José me anuncia que regresamos a Madrid, cita los tres templos romanos de la diosa. Uno, el Phrygianum sobre el que estábamos; otro, el que todavía existe en el Palatino y un tercero, el del Esquilino. Si repasa la historia de Roma, señor Mayorga, en el siglo iv se encontrará con un tocayo suyo, el Papa Dámaso, un gallego de la Gallaecia, llamado el Domador, de quien,

entre otras virtudes para adorno de su biografía, recordamos haber impulsado la traducción de la Vulgata, combatir a su paisano Prisciliano, introducir en la liturgia católica la mágica voz *aleluya* y acumular méritos entre catacumbas para llegar a ser patrón de los arqueólogos. A este Dámaso del que guardo especial simpatía porque a él se debe la restauración de la basílica romana de San Lorenzo —ya ve, señor Mayorga, Dámaso y Lorenzo unidos—, también le alcanzan acusaciones fornicadoras y de asesinato. De adulterio le acusan. ¿Adulterio de quién? ¿De su esposa, o acaso de Cibeles, cuyo golpe final va a propinar durante su mandato?

—¡Caramba para Dámaso!

—Sus maravillas continúan. Fíjese bien. A Dámaso, el Domador, le disputa la cátedra de San Pedro un personaje llamado el diácono Ursino, el Oso, un tipo que mantiene ser tan Papa como él. El encontronazo es violento, como corresponde a la época, y los partidarios de Ursino se refugian en la basílica de Santa Maria Maggiore, donde más de doscientos de ellos son masacrados, convirtiendo aquello en un calavernario.

—Adiós al Antipapa.

—Adiós, en parte. Según criterio de Hermosilla, en ese siglo IV no puede haber en el Esquilino sino una vaga idea de construir allí la basílica de Santa Maria Maggiore, que empezará a ser una realidad bien entrado el siguiente siglo. Por lo tanto, los ursinos se refugian en el mismo lugar donde lo hacen los amantes Hipómenes y Atalanta, esto es, en un templo de Cibeles, pues no hay trazas aún de lo que será el máximo exponente del culto mariano, la futura basílica de Santa Maria Maggiore, sino de lo dicho, un calavernario de osos vencidos por El Domador. Después aquellas piedras son demolidas y desaparece la memoria de los anteriores cultos a la Magna Mater, sustituyéndola por la Virgen.

—Le sigo apasionado.

—Pues aquí viene la gracia. Catorce siglos más tarde, un rey español que está vinculado como protocanónigo a Santa Maria Maggiore —ya sabe, Maggiore es Magna—; se traslada desde aquella península hasta Madrid, trayendo a Cibeles para instalarla en el lugar destinado a ser el centro de la ciudad. Y cuando esto ocurre se desencadenan los asesinatos, como de los que se acusa a Dámaso...

Mayorga trata de hilvanar lo que Lorenzo ve tan claro, pero no puede hacerlo en absoluto.

—Cumplimente a la familia Hermosilla. Yo debo acercarme al domicilio del conde Sanchezcapitán. Le auguro buenas noticias en breve. No puede ser de otra forma después de que se hayan abierto todos los arcanos.

V

PRINCIPIO Y FIN DE LA NAVAJA INGLESA (1773 / 1780)

Madrid / Plaza de la Paja

Todo comienza durante la fiesta que se celebra en el Palacio de los Vargas el año 1773, cuando Hermosilla y su ayudante Chacón todavía permanecen en Roma, ignorantes del trabajo que el destino va a proponerles, cuando el mármol aún no fue arrancado de Montesclaros, cuando los cerdos campan por las calles de Madrid como alhajas que son y no marranos.

Entre el enjambre de invitados a la velada, en la Plaza de la Paja, coinciden la baronesa de Esteiro Labandal, doña Mariana Leonisa, recién casada con don Cancio Sacido, poseedor del título, y el prometedor artista de moldes y esculturas, don Atilano Córibas. La desposada es de bellas formas que ella pronuncia hasta provocar que todo en su entorno sean habladurías. Con su cuerpo atrae las miradas de la concurrencia capitalina que se deja embobar por cualquier espectáculo mientras aprende a ser gran ciudad y se aleja de la pequeña aldea que alguna vez fue. Doña Mariana Leonisa es una de las mujeres más preparadas para llevar la dehesa a contrapelo, pues a su juventud rotunda de curvas y redondeces une un espléndido escote que supera con mucho los límites de las aberturas que en la corte llaman *de felicidad perfecta*, pues el suyo baja, como describe en cafés y salones un anatomista desvergonzado:

—... por detrás, al encuentro del ilium, y por delante, en línea recta al pubis.

El resultado a la vista es un seno mayúsculo que al barón no parece disgustarle, como tampoco el coqueteo que Mariana dispensa a solteros y casados, mezcla de cortesía e invitación al galanteo, cuando no, puerta abierta al adulterio, como sentencia doña Terry Coronel, que en dimensiones de escotes y cotilleos de recámara no hay en toda la villa espingarda mejor cargada.

Mariana matrimonia con el noble agarbanzado de Esteiro Labandal sin aportar más título, propiedad o nacencia que sus carnes bien repartidas y las ansias de lucirlas, aunque su padre, don Etlvino León de Talavera, infanzón de tierras perdidas, luego militar de cuchara, se cuida de darle educación y maneras, antes de morir en un barco que naufraga rumbo a Cuba, cuando huye de las deudas siderales y de tres hermanos de mal carácter empeñados en cobrárselas con facas desenvainadas en las diestras. Tres hermanos que se lamentan, más que nadie, de la suerte de aquel paquebote transatlántico de mesana y no cangreja, que se va a pique no se sabe dónde, más cerca que lejos de La Habana. Como es notorio también, el militarote de turbios negocios le da su segundo nombre, el de Leonisa, que a punto está de ser Leona si su cuñado no le advierte de que la santa mártir no era -ona, sino -isa. Él lo

sabe pues lee el bien documentado texto titulado *Año cristiano*, que escribe Jean Croisset, traducido a la lengua española por el padre Isla, ambos jesuitas, por si a alguno le sirve de advertencia. Ella, hoy llegada a baronesa y sin los agobios de deudas aparentes, levantará el secreto de lo que ocurre aquella noche en la Plaza de la Paja una sola vez en su vida de viva voz. También aparecerá relatado en el libro de verde tinta que celosa guarda en el mirador, pero ésa es otra historia. Con su propia voz solo lo hará una vez. Será varios años después, en confidencias a su amante, doña Violeta de Curazzo, que cuando ocurren los hechos solo es la guapísima hija del conde de Humanes, sobre la que Madrid entero hace apuestas por saber quién será el pollo afortunado que la despose. Aunque ella y el propio Humanes tienen planes bien distintos, convencidos de que los novios de planta poco valen, cuando los hay a cientos fuera del matrimonio. Por el contrario, un novio desvencijado y de posibles, aunque tenga el rostro cribado de viruelas, es la mejor prevención contra barcos cubanos, que se hunden y no dejan rastros.

—Fue muy emocionante —recordará Mariana—. Acudo al Palacio de Iván de Vargas con mi marido. A su vez el señor Córibas acompaña a la pimpolla Olivia Gárate, hija de unos adinerados industriales vizcaínos. Ventura Rodríguez se cruza en nuestro camino y nos presenta. Siendo nosotros del título de Esteiro Labandal, en un periquete prendemos conversación sobre los paisajes gallegos y vascongados, sobre lo rico y variado que ambos sitios se come con los cinco mandamientos y sobre todos los asuntos sinsorgos que en un suspiro pueden hablar, sin hablar nada, personas que apenas se conocen. Cancio se lleva a la chiquilla hasta la sala contigua para enseñarle un cuadro del paisano López Enguítanos, que los Vargas adquieren hace poco y donde le promete que figuran reflejados doce pescadores de Bermeo trajeados de apóstoles. A Ventura nos lo arrebató del brazo el limosnero y capellán del Rey, Antonio Sentmenat y Castellá, que porta solideo, dalmática, fajín y capa, sin ahorro de otros aditamentos sacros que bendicen la velada, aunque la vista se le vaya por el balcón que entre mis pechos le preparo. En ese breve tiempo que nos dejan solos, el señor Córibas acerca su boca a mi cuello, y me ofrece...

—... tengamos un encuentro secreto.

—¿A qué se refiere, caballero? —le digo más sobresaltada de lo que en realidad estoy, pues al vuelo intuyo qué picardía se esconde tras su charada. Con el espíritu de Sentmenat presente en toda la estancia y con mi marido como anfitrión de apóstoles vascuences ante jovencitas, lo único imaginable sobre un encuentro secreto dentro del palacio es elegir un rinconcito en la sala de los espejos para pedir confesión.

Pero no, no es eso.

—En Italia, de donde vengo, lo llaman un *incontro piacevole*. Un tiempo fugaz en el que dos personas que se atraen lo pasan bien, se tocan, se besan, y finalizado el fragor de la pasión, se despiden sin que medie entre ellos otro compromiso. Le auguran un gran futuro a esta forma de calmar calores entre dos o más personas, pues permite prescindir de la cáscara del matrimonio y disfrutar solo de su zumo.

—¿Y quién le dice, señor Córivas, que nos atraemos?

—Sus ojos. No me lo puede negar. Los esculpo, y le aseguro que es la parte del cuerpo más difícil de llevar a un mármol. Por eso los conozco y no me engañan.

—Acaban de presentarnos, mi marido está con su...

—Acompañante, solo eso.

—... tengo que volver a casa con él... todo parece un disparate.

—Lo sé. Si no se diesen esas circunstancias, si no nos acabasen de presentar, si fuésemos libres, si no desconociésemos todo el uno del otro, si su marido no estuviese a diez metros... no sería de ningún modo un *incontro piacevole*, sino una relación vulgar, una de tantas citas de bragueta anodina que se producen ahora mismo en todos los lugares del mundo. Sin embargo, si rechaza lo que le sugiero, es posible que jamás en la vida vuelva a cruzarse con una oportunidad así. El placer sin apellidos, solo al alcance de los más osados.

—¿Osados? Inconscientes diría yo.

—Le aseguro que cuando se logra, los cinco sentidos se agolpan en la garganta para recorrer todo el cuerpo y salir luego en estampida por donde ahora mismo siente usted infinitas ganas de tocarse.

—¡Grosero!

—Lo soy. Es otra de mis virtudes, la imprescindible para que estos encuentros adquieran el sabor pecaminoso que embriaga y subyuga. El sabor que está deseando probar, aunque tan solo sea con la punta de su lengua, pues sabe que jamás estuvo cerca de un plato semejante.

—¡Vuelven!

—¡Rápido! No hay tiempo para más garambainas de niña formalita —advierte Córivas entre dientes—. ¡Diga que sí y déjeme hacer!

El escultor consigue que Mariana llegue a un estado de excitación por el que en realidad suspira cada noche, y al que cada noche renuncia, en la seguridad de que jamás tendrá ocasión de vivirlo. De soltera, por serlo, y en la breve temporada de casada, por descubrir las imperfecciones de su pareja. Sueños ardientes de encuentros libres de compromisos en los que olvidar a Cancio. El umbral de algo solo soñado en pesadillas calientes que ahora ella podría atrapar con solo decidirlo, como cuando retiene entre sus dedos el éxtasis hasta más allá de sus propias fuerzas, para más tarde liberarlo sin tasa, a voluntad.

—¡Sí! —contesta ella en el último segundo, con un entusiasmo tal, que Cancio no puede por menos que preguntar a qué viene ese monosílabo tan contundente.

—¿Sí, qué?

Mariana demuestra entonces sus dotes para la improvisación y la mentira que le salvan de caer en los celos de su marido, nunca desatados, pero siempre presentes, sea ella o no quien se exhiba con grandes ventanales en los salones de obispos, damiselas y picaflores.

—Cariño, don Atilano nos ofrece la posibilidad de visitar el taller del maestro

Francisco Gutiérrez, donde trabaja, y así conocer en la fábrica alguna de las obras que pronto lucirán en las calles de Madrid.

—¡Ah, magnífico! Será un placer —contesta el barón de Esteiro Labandal mientras ofrece a Olivia ocupar un lugar al lado de Córibas en el círculo que forman las dos parejas—. Don Francisco es un viejo amigo, pero jamás pisé su estudio. Iremos con mucho gusto.

Mariana se envalentona y da la segunda vuelta a la tuerca antes de que se desvanezca el efecto de su mentira.

—Sugiere que podríamos acercarnos ahora mismo. Está a dos manzanas de aquí y mañana trasladan unos... —la mujer pide al escultor que le auxilie para completar la frase, desprovista como está de la palabra adecuada que haga factible la farsa.

—... unos amorcillos —acude Córibas con rapidez—. Son los *puttis* que se instalarán en varias fuentes del Parque del Retiro. Verlos hoy a escasa distancia es una oportunidad única, porque a partir de mañana quedarán a dos estadales de altura y claro...

—No, no. Lo siento, ahora es imposible. Espero al señor De las Casas Junquera, que acaba de regresar de la Gran Bretaña y con quien me cito en la velada. Iremos otro día y veremos con orden y concierto toda la obra que allí tenga Gutiérrez. Menos los amorcillos, por supuesto; je, je; si es que ya no están.

—Podría acercarme yo en un salto. ¿Te parece? En media hora estaríamos de vuelta.

Mariana no está dispuesta a perderse el *incontro* y Atilano interviene de forma determinante para conseguir ese objetivo.

—Sí, Olivia tampoco los conoce y eso que se lo prometo hace días. Iríamos los tres y en menos que se santigua un cura loco, regresamos.

—¿Los tres? —grita Mariana para sus adentros, presa de una extraña intranquilidad, producida, no por burlar a su marido, sino por vérselas de bruces en una situación tan insospechada. ¡El escultor, la niña y ella!

Don Cancio de Esteiro Labandal no es amigo de improvisar, ni de actuar al acaso. Su concepto del orden se lo impide, pero dado que a él no le afecta el traslado y que así eliminaría una obligación que en nada le atrae, acaba por juzgar que la visita cuenta con su beneplácito. ¿Qué mal puede haber en que Mariana vaya con ese simpático escultor y su joven acompañante a quienes acaban de conocer por medio del bueno de Ventura?

En aquel trance.

—¡Don Cancio! ¡Mi querido barón!

—¡Señor De las Casas Junquera! ¡Qué alegría verle de nuevo! ¡Temía yo que le hubiese surgido algún inconveniente y que esta noche no nos saludásemos!

—No es otro que el ocasionado por las obras de Madrid. El Rey tiene la ciudad levantada y en algunas calles es imposible entrar con los caballos. Así que, vuelta atrás y tiempo perdido. ¿Cuándo acabarán las obras? Señor, Señor... ¡A los que

tenemos inmuebles nos están hundiendo!

—Quiero presentarle a don Atilano Córibas, segundo escultor de don Francisco Gutiérrez de Arribas, a quien sin duda conocerá. Los dos se esfuerzan en dotar la ciudad de bellos monumentos. La damita que le acompaña es Olivia, hija de Emiliano Gárate, un destacado industrial vasco, afanado también en el embellecimiento del foro.

—Encantado, señor Córibas. Señorita Olivia. Aprovecho para hacerles una consulta de propietario intrigado. ¿Será tan grandiosa como se rumorea la estatua de la rendición de Breda en Recoletos?

—No dude de que la obra responderá a la magnificencia que se comenta, pero no tenga tan seguro el motivo que menciona, pues será otro. Un hecho militar, empero victorioso, no comulga con el espíritu acogedor que debe ofrecer en el futuro una ciudad como Madrid. ¿Qué dirían quienes nos visiten?

De las Casas Junquera abre los ojos ante la precisión de Córibas.

—¿Ah, no? ¿Y entonces quién recibirá el honor de ocupar esa fuente? ¿Don Miguel de Cervantes, acaso?

—Cervantes podría ser.

—¡Hum! ¡Cuánto misterio!

Don Cancio Sacido finaliza la presentación:

—El señor Córibas se ofrece a mostrarnos la labor que tiene entre manos, en su taller de la calle Chinchilla. De hecho, parece ser que irá con las damas. Mientras tanto, si no tiene inconveniente, nosotros aprovecharemos para tratar asuntos de arte menor; esto es, menos elevados y más prosaicos.

—Ni que lo diga, don Cancio; ni que lo diga. ¡Absolutamente prosaicos, pero repletos de números! ¡Qué contradicción! ¿No es cierto? ¡Prosa y matemáticas! ¡Ja, ja, ja! Mire que le traigo de la pérfida Albión. Abra el paquete, por favor. ¡Es una navaja barbera! Una maravilla de precisión para el rasurado. Las fabrica Benjamin Huntsman en Sheffield y se las quitan de las manos.

—¡Qué magnífica sorpresa! ¡No sé cómo podré corresponderle!

—¡Con su amistad, don Cancio; como siempre!

Los dos hombres se retiran en busca de un pacharán, el primero, y de una botellita de churripampli, el segundo, pues siendo natural de la granadina Castelléjar, De las Casas provee de ese licor a todos los domicilios donde se celebran fiestas a las que acude, de forma que siempre encuentra a mano el churripampli, el único alcohol que no le embriaga, al decir de su experiencia con Baco.

—Verá, querido amigo De las Casas. Hace años heredo de mi familia un notable edificio en la Carrera de San Jerónimo. Hoy es mi necesidad, y mi deseo, obtener de ésta o de otras propiedades, algún dinero con el máximo de agio... —inicia don Cancio el parloteo mientras ambos pasan al saloncito de los apóstoles de Bermeo.

—¿Vender? ¡No es época de vender, don Cancio! Pero veamos de qué propiedades me habla...

Atilano de Córivas abre paso a las dos mujeres hacia el vestidor. Allí recogen sus capas y él, una chamarra de corte inglés que lo avejenta muy por encima de los veintiocho años que acaba de cumplir. Nadie en el salón es indiferente a cómo jalea el nalgario doña Mariana, a su escote y al extraño trío que se ausenta apenas comenzada la velada.

* * *

Madrid / Calle Chinchilla

—Aunque Chinchilla está cerca, tomaremos mi calesa —les informa el escultor.

Mariana arde en deseos de averiguar si los tres se encaminan al estudio, si es una broma romana, o si es cierto que participará en una saturnal, pero no se atreve a preguntarlo y ocupa su butaque con la muchacha en la parte trasera de la calesa. Al sentarse, cruza la mirada con la joven, que le sonrío cómplice, a la vez que burlona. Yo sé qué va a pasar y tú no. Cuando el caballo enfila la Ronda de Segovia, Atilano se vuelve hacia ellas y coloca sus labios sobre los de Olivia, que responde al guiño sin escatimar el chapoteo de la lengua que se escapa de sus bocas para que Mariana los observe y se anime.

Luego, el conductor vuelve al frente del pescante y Olivia prolonga el beso que acaba de recibir con otro que ofrece a Mariana y que las mantiene unidas hasta que se separan en busca de aire. La joven permanece sonriente y el traqueteo del coche se hace ahora más intenso, al iniciar una calle donde los adoquines sobresalen como farallones.

El beso con la chiquilla la deja palpitante. Nunca como hasta ahora, ni el primero que da en su vida, le produce tanto arrebato. ¿Cuántos tendrá la niña? ¿Quince, dieciséis a lo sumo? ¿Y Córivas? ¿Veinticuatro? Está viviendo una trastada.

A partir de entonces los tres pasajeros realizan en silencio el resto del trayecto. Pasada la cárcel de la Galera, al comienzo de la calle que llaman del Gobernador, el animal se detiene sin que se le ordene. Han llegado al edificio que se le alquila a don Antonio Suárez de Aguilera para dar cobijo al grupo de escultores que trabajarán varios años en el proyecto.

Atilano salta y apoya el pie derecho en el estribo para dar seguridad a Mariana. Olivia lo hace sola, por el lado contrario del coche.

El portalón está entreabierto, de modo que basta empujar una de las hojas para acceder a él. En su centro se abre una escalera que sube a las viviendas. Aupado en el último escalón, Córivas palpa el capitel de una columna y de su rebaje extrae una gruesa llave con la que se dirige al otro extremo de la entrada. Una pequeña puerta para el paso de personas se incrusta en otra mayor que ocupa todo el vano y que

permite la entrada de carruajes cuando llegan con grandes bloques, o trasladan las obras una vez terminadas. La llave abre tan solo la pequeña y por ella penetran los tres personajes. Mariana distingue entonces varias formas de ángeles y guerreros, quizás un Neptuno a la espera de un tridente, y poco más. No identifica otras imágenes, porque Atilano la rodea con sus brazos tomándola de espaldas. Olivia la contempla por delante, con la misma sonrisa dulce y sugerente que tiene con ella desde el principio. Le aguanta la mirada y es allí, en el halo de luz que se cuelga entre rendijas cuando descubre los ojos aceituna de la chica, sus hoyuelos descarados y el mensaje de sus labios que piden ser comidos como fruta en sazón.

Ella espera a lo que venga, convencida de que los dos sátiros pretenden rebozarla en albayalde, a lo cual no piensa negarse, metida como está el pescado en la harina, la sartén sobre las brasas y el aceite a punto de crepitar.

Es Olivia la primera que se mueve. La toma por la cintura y con su rostro bien cercano, le recorre los pechos para que ella note su aliento y desaparezca el relente de la noche. A Mariana le agrada la parsimonia y decide ser ella quien lance los brazos en busca de contactos. Encuentra a la chiquilla y la atrae contra su cuerpo. Atilano se mueve con suavidad, pero ahora ya lo tiene a lo largo de la espalda, con la bragueta a la altura de sus nalgas, y aunque entre ellos hay varias prendas invisibles, ya nota en los cachetes que el hombre crece en carnes y espesores.

El abrazo con Olivia llega a su fin, porque la niña ¡qué traviesa! se inclina a sus pies y porfía por colarse entre los faldones para visitar, ella sola, el lugar secreto de Mariana. Sube de nuevo entre las piernas dejando señales de su lengua y hundiendo la nariz en las blanduras una vez que llega a su destino.

—¡Ah! —responde la baronesa como único recibimiento a la recién llegada.

El escultor moldea el busto de Mariana y ésta repite turbada nuevos suspiros. La han dejado sin oficio y los dos la trabajan a conciencia. La chiquilla es más activa. Le baja el culotte y ya tiene todo al alcance de su boca. Entra en ella, la chupa y saborea, mientras a Mariana se le van las fuerzas por las piernas y comienza un suave temblequeo que puede dar con su cuerpo en el suelo si la lengua de la moza sigue tan experta como hasta ahora. ¿Quince años? ¿Y yo qué hice en ese tiempo? Le ocupa las nalgas con las manos y a punto está de sobrevenirle el desmayo que le anuncia Atilano en la velada.

Ahora no la manosean por delante y el hombre se separa. Como Olivia no cesa en su trabajo y lo realiza a la perfección, poco importa lo que trame. No mentía el hombre al decirle que los sentidos se harían fuertes en el gáznate. Ahora le suben la falda por detrás y nota aire fresco en las húmedas posaderas. Olivia acelera la lengua dentro de su concha. Otro suspiro más profundo. Atilano le hace saber de la presencia enhiesta de su miembro y la chiquilla le separa con los dedos las dos nalgas en busca del agujero. Lo moja donde mana tanto líquido y los vuelve hacia el anillo. Lo acaricia, lo unge y humedece. La niña toma la verga de Atilano para dirigirla en el camino y antes de emprenderlo, el hombre susurra a Mariana, muy a la oreja:

—Puedes gritar.
Y lo hace. Vaya si lo hace.

* * *

San Fernando de Henares / Reales Hospicios de San Fernando

Tras el motín de Esquilache permanece la conjetura de que si adquiere mayor fuerza popular, no es tanto por la indignación de los madrileños de capa, como por la abundancia de descapados, por los numerosos indigentes que pueblan entonces la intemperie y que se suman a un río revuelto, en pos de obtener en él la ganancia propia de los pescadores. El fin de las obras del Palacio Real y los años de paz sin necesidad de levadas contribuyen a este aumento. Hasta treinta mil se juntan en las calles, rompen el alumbrado y abuchean al padre Cuenca en su sermón. Y eso que está de su parte.

¿La solución? Almacenarlos.

Cuando Aranda convierte la Real Fábrica de Paños Finos de San Fernando de Henares en la casa de corrección que atienda las necesidades educativas de la creciente población de pobres, mendigos, pedigüeñas, desvalidos, abandonadas y expósitos, observa que el existente en Madrid también es Hospicio de San Fernando. Se ve que al rey santo español le caen en gracia las protecciones de los más desfavorecidos. Aranda lo comenta con Carlos Terzo y encuentra razones que avalan la coincidencia.

—No me extraña. El santo monarca es protector de las órdenes mendicantes y la fama de su caridad supera a las otras virtudes que le adornan. Aunque el nombre no lo toma de él, sino de mi hermano Fernando, que no es santo de devoción de pobres y desvalidos, en especial de los gitanos, desde que organiza contra ellos la Gran Redada.

—¿Qué hacemos entonces, Majestad? —pregunta Aranda en aquella ocasión.

—No hay yemas para una tortilla. Ambos serán los Reales Hospicios de San Fernando. Uno, el de Madrid y otro, el de Henares. Y pidamos que pronto sean ambos innecesarios.

De su transformación en el lugar de Torrejón de la Rivera, una vez trasladada la fábrica de los paños a Vicálvaro, se encarga al limeño Pablo de Olavide, que pronto es reclamado para otras responsabilidades, como síndico personero de la Alcaldía y más tarde, superintendente de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena, aunque la Inquisición ya le sigue los pasos.

Entre los miembros de la Suprema no gusta el comentario que el novelista, jurista y político realiza al ser nombrado para el cargo.

—Como al principio se cree que quienes más fomentan el alboroto de Esquilache son los vagos atorrantes y los mendigos, de quienes está Madrid infestado —opina Olavide—, se acuerda que conviene encerrarlos a todos en una casa fuerte donde estén recogidos y donde, aplicados a fábricas, se conviertan en hombres útiles. Esta empresa parece entonces difícil y de mucha importancia. A mí me la dan.

Olavide encuentra trabajo de costuras, para ellas; y de tejidos e hilados, para ellos, gracias a las dieciséis máquinas que con tal fin adquiere poco después del nombramiento. No para todos, claro, pero sí para muchos de entre el millar de acogidos que reúne esos días en Henares.

Tras Olavide vendrán nuevos directores, a cada cual más enfangado y corrupto, hasta el punto de ser destituidos, uno por uno, con oprobio, buscándose ahora bajo otros criterios una persona que se ocupe de los menesterosos y lo haga como Dios manda y Su Majestad exige.

Antes de que tal nombramiento se concierte a plena satisfacción, don Cancio Sacido, el barón de Esteiro Labandal, remueve Roma con Santiago para ser él nombrado nuevo director, un cargo que ni por sueldo, ni por brillo, atrae a los más poderosos, aunque siempre hay extrañas vocaciones que se destapan donde menos se las espera. Siendo don Cancio un maniático del rigor y un paradigma de la minuciosidad, nadie duda que pondrá en marcha una cumplida estrategia para conseguirlo e incluso, que una vez al frente de la institución, despliegue en ella una eficaz labor.

Así es que Eleta se tropieza varias veces con el barón, ya sea si pronuncia una homilía de gloria en las Salesas, como si preside los Oficios de Viernes Santo en el Desenclavo del Cristo de Medinaceli.

—¡Don Cancio! ¡Qué sorpresa!

—¡Padre Eleta! No es sorpresa. A sus sermones siempre tuve... ¿cómo expresarlo? ¡Superior querencia!

Lo mismo acontece a Roda en los actos a los que acude, y al secretario real, Ignacio Esteban de Higareda, que a la postre será quien redacte el nombramiento y que es golilla. Todos se encuentran durante semanas al colegial don Cancio de Esteiro Labandal hasta en la sopa, afectuoso, sonriente, adulador, creyente y piadoso, sin importarle escuchar a sus espaldas el comentario envenenado de su rival, don Elpidio Morel de Sal y Segurola, cuando abandona el despacho del ministro: Quien mucho se baja, el culo enseña.

Todo para que llegado el momento...

—Roda, sé que la inclusa cambia de director.

Al Rey le corresponde el nombramiento de entre una trinca con los más idóneos candidatos por su religiosidad, civismo y buena conducta. De los tres nombres, el suyo va bien informado, no solo por Roda, que reconoce en el barón una indisimulable vocación de servicio, sino también por Cenarrusa, la *Oreja del Rey*, habitual de los banquetes de Doña Pacita que Cancio y Mariana Leonisa ofrecen en

su palacete de la plaza de los Afligidos, y de los Curazzo, en Infantas, donde cenan cada dos meses y presencian las comitivas de Semana Santa. Creyente sí lo es. De modo que los otros dos candidatos, el conde de Barcaje y Elpidio Morel de Sal y Segurola, se caen pronto de la lista, eso sí, sin que el barón cause entusiasmos en ningún rincón de Madrid, excepción hecha del domicilio de su íntimo amigo, el propietario De las Casas Junquera, que de esa forma ve la manera de hacer favores a bajo precio, y de obtener mano de obra, con menor coste todavía.

Don Cancio toma posesión de su cargo en tiempo pascual, cuando las calles todavía huelen a cera y las gotas de sangre que los flagelantes derraman a su paso son perceptibles en las rutas señaladas para estas penitencias. Al barón le gusta la Semana Santa a la vieja usanza, con disciplinas que corten el dorondón de las noches antes de caer sobre las espaldas desnudas de los penitentes y con vetustas cofradías dispuestas a competir en torturas de la Pasión. Que no haya especulaciones, ni escándalos de los ilustrados ante un misterio tan profundo que lleva al hombre a hacerse jirones las costillas. Y si se escandalizan, que se vayan a Francia, donde ya no crucifican a Dios en el Calvario, sino que lo matan a golpe de bayoneta en las Tullerías. Y pronto matarán al Rey, aunque parece que les cuesta más trabajo.

Ya se oye comentar que el soberano huye de estas exhibiciones, aunque por fuerza y ley las cofradías están obligadas a pasar por debajo de los balcones del Palacio Real para ser vistas por el monarca. Así que pretende prohibirlas para que los otros países donde fueron censuradas no nos tengan por la caverna del continente, pero ¿qué puede venir después de lo visto con Esquilache? Quizás a Carlos no le interese estirar la cuerda más allá del empeño que pone una mariposa, hasta que sepa con absoluta seguridad que los flagelantes ortodoxos no le van a jugar una mala pasada. Después del motín de las capas, ¡soportar el de las disciplinas...! ¡Uff! Eso sería demasiado.

El día de la ceremonia, el barón de Esteiro Labandal no tiene delante a su antecesor en el cargo para tomarle el relevo. Ha de conformarse con la intervención del mayordomo tesorero del Hospicio, don Espíritu de Osuna y Carricarte, que viene ejerciendo allí las máximas responsabilidades en ausencia de director, quizá porque con ese nombre nadie le supone comportamientos malvados. Es Osuna, otro golilla chaparrete, joven y sonriente, quien le hace entrega de la carta de nombramiento delante del ministro Manuel de Roda y Arrieta, que a su vez se la entrega a don Espíritu. También se encuentra en cuerpo y alma el vicepresidente de la Junta de Arreglo de Establecimientos Piadosos de España, a la que pertenece San Fernando.

No es la ceremonia soñada por don Cancio. Le molesta quebrantar las normas y prescindir de aspectos tan fundamentales como es el testimonio del antecesor y celebrar un banquete donde repetir parte de las piezas oratorias, ahora con más relajo y aderezadas con dos golpes de humor, ni uno más, ni uno menos.

No hay ni lo uno, ni lo otro, pero en compensación disfruta en sus entretelas, porque con tan birrioso ritual alcanza su objetivo.

Roda lo felicita ante los funcionarios de Gracia y Justicia y ante su esposa, doña Mariana Leonisa, baronesa de Esteiro Labandal, que acude a la toma de posesión con mantilla de blonda blanca y un brial por encima de los botines que permite verlos en toda su particular belleza de fieltro verde y piedras refulgentes. La intervención de Roda constituye el discurso más breve que haya conocido la administración española, pues se reduce a proclamar:

—Barón de Esteiro Labandal, el cargo es suyo. Enhorabuena.

Y Cancio le contesta con uno de los más extensos y campanudos que se han podido escuchar en tomas y despedidas. Eso dicen los versados de despachos y de pasillos, que no recuerdan crisóstomo más holgado, ni pieza más alambicada. Dos horas y diez minutos consume don Cancio para expresar cuán católicos son los reyes que dedican impuestos a la manutención de los hospicianos y cuan aviesos los que miran a otro lado y no establecen estipendios a tal fin. Estipendios dice, que no otra palabra, aunque el discurso no aborda el estudio de su etimología, y sí la del término inclusa, que es curiosa y sorprendente.

Antes de iniciar el parlamento, Roda llama a un secretario. Cuchichean dos frases. Se vuelve al nuevo director y más tarde abandona el salón a grandes zancadas. Clausurará don Elpidio, que además de candidato fallido al cargo, ostenta el mayor escalafón de funcionario. Menuda murga.

A Roda lo esperan dos días más tarde en Huelva, aduce por toda disculpa, y así se hace el relevo. Fugaz para uno; tedioso hasta el espanto para el resto de los presentes, que oyen el trueno de la engolada voz del barón, disparada desde el atril más allá de lo humanamente soportable.

—Inclusa, cree el pueblo —arranca don Cancio su perorata—, que deriva del latín *inclusio*, que el castellano traduce como la acción de encerrar. Incluseros serían entonces los encerrados, pero no se le achaque al idioma culpa en el maltrato, pues Inclusa no es palabra que de tal raíz proceda. Como corresponde a su significado, es término bastardo. Nace a resultas de deturpar un topónimo holandés, cual es la ciudad de Enkhuizen, de donde recupera un soldado español la imagen de una Virgen que se venera en la casa de los niños expósitos, aquí en Madrid. Y el mismo pueblo que hoy ignora su nacimiento, cesa de decir Virgen de la Enkhuizen, para decir de la Inclusa, que es más fácil y más castizo.

En las dos horas de salmodia, don Elpidio se marea y lo trasladan a su casa. De modo que no habiendo delegado autoridad entre los presentes, es un bedel de puertas quien pronuncia el colofón.

—Señores, pueden abandonar el paraninfo.

Desde San Bernardo al Real Hospicio el nuevo y orgulloso director realiza el viaje en coche, acompañado por don Espíritu de Osuna. De vez en cuando se adelanta hasta la ventanilla y hace que contesta el saludo de las gentes de Madrid, que conoedoras de la nueva, se han tirado al camino para felicitarle.

—¡Qué gran pueblo el madrileño! ¡Cómo aprecian a quien les sirve! Me quito el

cráneo ante su estampa.

A lo que el tesorero no puede por menos que aclararle.

—No es por nosotros, don Cancio. Es posible que nos confundan con toreros. Esta tarde hay corrida en la plaza de la Puerta de Alcalá.

Y el barón brama enfadado:

—¿Quién le sugiere esa barbarie? Todo Madrid sabe de mi cargo y mi traslado. Acuden al paso por lo mucho que adoran a sus pobres y lo mucho que esperan de mi mando. Cualquiera puede verse hoy en la opulencia y mañana reptar por el fango. Debería saberlo bien el mayordomo tesorero del establecimiento.

Y don Espíritu de Osuna se la endilga asustado. Menudo director nos han metido, que se cree elegido por los dioses, y alégrese el dios si no resulta derrocado.

A las puertas del cotolengo, en la cara este de un inmenso cuadrado construido para Paños, están formados el contador, la guardesa, el capellán rector, don Indalecio, cuatro Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, la celadora de mujeres, el comprador, tres cocineros de los veintidós que hay entre pucheros, el maestro de primeras letras, Melchor Sifuentes, ocho muchachas que atienden intendencias, tres mozos de recados semiinternos, Simón, Crispín y el Negro Tomás, así como diez recogidos, los más lustrosos, que a manera de representantes del batallón son llamados para el acto. También acuden el médico, el cirujano, el sangrador y dos escribanos diligencieros, los cinco sin domicilio en el Real Hospicio. Toda una familia.

Don Cancio Sacido los observa complacido antes de descender del carruaje apoyando cada paso en su bastón de cabeza de pato, su preferido de entre una amplia colección de báculos y cachavas. No es menguada tropa para tenerla a sus órdenes, ni es tan corto el cargo. A medida que avanza el día, más satisfacciones encuentra a su paso y más olvido cae sobre la birriosa ceremonia.

Se recoloca la blanca peluca empolvada y desciende con parsimonia del carromato. Osuna presenta el director a los formados y él saluda, uno a uno, sin perder de los labios la sonrisa. Al llegar a los pobres, los interroga, pues quiere saber sus procedencias, causa de sus desdichas y otros detalles que a ellos mismos los sume en el asombro.

—¿Cómo te llamas?

—Pedro de Tapia.

—¿Y tú?

—Inés Canillas.

—¿Cuál fue tu error?

—¿Mi error? Haber nacido. Allí me las hubieran dado todas en la cuna y me habría ahorrado muchos disgustos. Y ustedes conmigo.

—Está bien, Inés. No desesperes. Mi puerta estará siempre abierta para ti.

Inés da un respingo hacia atrás y esboza una sonrisa.

—No te rías. Es posible que no hayas conocido a ningún director comprensivo,

pero lo verás.

La celadora impone su mandato.

—¡No se toman a broma los comentarios del director!

Y él rebaja la tensión.

—No le riña. Atina Inés. Quizás han sido muchos años golpeada por la vida y ahora le cuesta encontrarse con quien la trata amablemente.

—¿A ésta? Demasiado amable es ella con los hombres.

—Bueno, bueno; pobrecilla. Paso a paso nos iremos conociendo.

Y así con los quince, que por estar allí supone Cancio que no son de los más fieros.

—Fieros no hay ninguno —le corrige Osuna—. Acaso alguno con uñas de gato y cara de beato. Si están aquí es porque se adaptan a la disciplina. Ahora bien, dentro de eso, los hay más recios y más tercos. Conste que eso es así entre ellos y también entre quienes los atienden.

—¿Qué insinúa, mayordomo tesorero?

—Lo que escucha. Que no va a encontrar a todos los servidores del mismo pelaje, ni de la misma obediencia.

—¡Ah! ¡Claro! ¡No nací ayer! En todos los jardines hay malas hierbas.

A la comitiva de visita se une la gobernanta y celadora, Patrocinio Dalmau, y la superiora de las monjas, que sin serlo, actúa como tal, Sor Consolación de las Llagas de Cristo. La primera pasa por ser la parte visible de una organización llamada la Canalla; la segunda, la consentidora, aunque el director que llega todavía permanece ajeno a todo ello, a las finanzas claustrales y a lo que se aleje de su propio brillo aquel día de esplendor. Tiempo habrá de que le caiga el velo, los párpados y las pestañas. Y eso que se lo advierte don Espíritu.

Entran por el zaguán principal. A los ojos de don Cancio se abre un largo pasillo. Como aquél, conocerá otros siete de igual tamaño en el edificio, cuatro en la planta baja y cuatro en la superior, casi todos diáfanos como en su día se disponen para la Real Fábrica e integrados por tres crujías de arcos abovedados.

Ante el titubeo, es la gobernanta quien le indica continuar el recorrido hacia la derecha.

—La mayoría de las estancias, los pasillos y hasta los cuartos cerrados en la reforma, conservan los nombres que tenían en la Real Fábrica. No hay motivo para cambiarlos y así los venimos repitiendo, de modo que hoy los tenemos por tan familiares como lo fueron antaño para los pañistas.

—Sí —confirma la religiosa—, pronto lo serán también para usted. Fíjese que los antecedentes de la Real Fábrica, sus estancias y destinos, los hacen más reconocibles. Algo así pasa con los pueblos, a los que no se le adjudican nombres inanes y sin sentido. En Alameda habrá álamos, en Peñascosa encontraremos rocas, en Vega de Valcarce habrá un río y se llamará Valcarce.

—Sí, madre —interviene burlón don Espíritu—, y en Henares cultivan heno.

—Muy bien dicho, mayordomo tesorero. Al oeste, las Prensas y al este, el Lavadero. Opuesto, al otro lado de la planta, el zaguán de entrada trasero, y luego, los pasillos de Descadillar, de Baquetear y de la Oficina de Lanas. Pronto los sabrá todos sin dificultad, señor director.

Las dudas sobre su capacidad memorística indignan a don Cancio.

—No me tengo por ningún mamarracho, y harían ustedes bien en tampoco tenerme como tal. Entiendo sus explicaciones a la perfección.

—¿También Descadillar?

—¡También, madre, también! ¡Los cadillos, los hilos de la urdimbre! ¡Joder con el diccionario! —grita el barón, ofendido por las dudas.

—Perdón, señor; nos hemos dejado llevar por el hecho de que a los nuevos hospicianos sí les cuesta recordarlos.

—Pues a mí no. ¿Cuántos hay?

—A día de hoy, contados esta mañana, mil trescientos veinticuatro.

—¡Mil trescientos veinticuatro! —repite Cancio con auténtica satisfacción, olvidado ya su enfado—. Me agrada escuchar que se responda con la cifra exacta cuando se les pregunta. Por otra parte, son bastantes más de los que me adelantan.

—¿Qué cantidad le dicen?

—Que en ocasiones se llega al millar de internos.

—Esa estimación solo puede salir de los labios de alguien sin conocimiento del centro —precisa Osuna—. Desde su inauguración, bajo el mando de Olavide, jamás se baja del millar, aunque es posible que alguien en Madrid reduzca internos para escamotear ayudas. Eso, o que el informante no quiera asustarle de lo que aquí le espera.

—¡Pero si no me asusta! ¿Mil trescientos? ¡Pues mil trescientos! ¿Dos mil? ¡Pues dos mil! No va a faltar peculio para llenar nuestras arcas, ni para atender nuestras necesidades. ¡Ya lo verá, don Espíritu!

—¡Dios le oiga!

—Dios y quien tenga cerca. Por cierto, ¿cómo andamos de sarnas, tiñas, piojos, enfermedades venéreas, bubones del mal francés y demás achaques purulentos?

—Mejor puede contestarle don Rodrigo, nuestro médico —interviene de nuevo Sor Consolación—, pero si le sirve de adelanto le diré que de todo hay, aunque controlados. Los casos más graves se trasladan de inmediato al Gran Hospital, como es preceptivo...

—¡Bien hecho!

—... y los leves se mueven de sala hasta que curan. Lavamos las ropas por separado, los andrajos de chinches, piojos o sarna, por un lado, y la de quienes están libres de ellos, por otro.

—¡Muy bien! Así debe hacerse.

—Las venéreas... —añade la religiosa moviendo la cabeza—... ésas son las peores. La mujer que no se deja hoy, se deja mañana. Los hombres las huelen como

perritos y el que no tiene lo uno, tiene lo otro; de modo que no hay forma de atajarlo.

—¡Pobrecillos! Se aparean sin saber que en el placer va el castigo.

—¡Eso mismo les digo yo y no me hacen caso! —se alegra Sor Consolación al escucharlo.

Patrocinio, la celadora a la que todos tienen por oficial de caballería, no comparte el regocijo de la monja, al menos, por la importancia que se le adjudica:

—¡Claro que hay venéreas, don Cancio! Pero no creo que haya menos en los arrabales de Madrid, que es donde las cogen cuando salen y fornican con alguien que las padece.

La comitiva penetra en la nave más poblada, la que llaman Oficina de Lanas, y a los que allí duermen, ovejas. Es inevitable por el chiste, pero también lo hacen por desprecio, pues al ser los pobres que más tiempo llevan recluidos son también los que conocen la aguja de marear y los trucos del Hospicio, hacerse con cuatro huevos, permanecer dos noches fuera, si ésa es la necesidad, o regresar con el recuento de listas bien pasado, sin pagar por ello ni un ochavo a la Canalla. Entre las ovejas hay busconas que trabajan por las tardes en las tapias de Madrid, folladoras y gorrioncillas, espatulomantes que adivinan por los huesos de animales, descuideros, espantanublados que limosnean por los pueblos a cambio de alejar tormentas, mendigos espasmódicos que se retuercen sin voluntad y otros que los imitan, sablistas, aflojamoscas y gallitos que desde los tiempos iniciales mandan más que Olavide, las monjas y el mayordomo juntos; de modo que a ver qué hace con la manada este nuevo gachupín.

El barón avanza hasta el medio de la nave y les habla con voz afectada y trascendente, como si prolongase aquí el acto de esta mañana.

—Hoy es un día feliz para mí. Espero que también lo recordéis vosotros así. Vengo convencido de que puedo socorreros, de que puedo ser útil a vuestra causa. De otra forma, os aseguro que no lo haría. Tengo casa, una familia, posibles para comer y hasta un título, como bien sabéis. ¿Qué va a desear el barón de Esteiro Labandal en el Real Hospicio de San Fernando de Henares si no es la felicidad de los aquí acogidos?

Cancio Sacido deja la pregunta colgada del silencio de la sala, como si esperase un aplauso, una reacción, un pordiosero espontáneo que le dé un abrazo, o una niña que se le acerque con un ramo de margaritas en la mano, pero nada de eso ocurre. Tan solo Sor Consolación de las Llagas se atreve a darle respuesta.

—Ya veis que el nuevo director nos quiere a todos mucho. Ayudémosle a que pueda ayudarnos.

Y sin más, la comitiva sigue la marcha para enfilear ahora la sala que llaman del zaguán trasero, la cocina, varias despensas, lavaderos y un almacén donde se atesoran como reliquias de santo y bajo doble llave las últimas telas de la antigua fábrica. Piezas fuertes de batán, que aguantan cualquier destino, pero sobre todo paños finos y superfinos, que a juicio de aquellos comerciantes que los conocen, alcanzarían miles de reales puestos en el mercado. Son tules, blondas, gasas, sedas, algodones,

medriñaques, linos, rasos y lanas nacionales que allí quedan tras el traslado a Vicálvaro y que nadie sabe, o no quiere, darles un destino.

Patrocino libera las dos cerraduras con gruesas llaves que cuelgan del cinturón e ilumina su interior con la lámpara de aceite. Don Cancio revisa las pilas de las telas bien planchadas y ordenadas, algunas de las cuales llegan hasta la bóveda, antes de opinar satisfecho.

—Esto es un patrimonio del Hospicio.

Luego entran en una sala aneja a la cocina. Se pelan las patatas, se limpian de gorgojos las lentejas y se desvahan las judías. Quienes allí se encuentran apenas alzan las pestañas hacia los recién llegados y tanto es así que al desearles don Cancio las buenas tardes, nadie se las devuelve.

—Bien. Vi lo suficiente por hoy. Osuna, indíqueme el camino de mi despacho y haga que a la mayor brevedad posible se presente en él un escribano diligenciero.

—Yo mismo puedo atenderle —se ofrece el mayordomo tesorero mientras cruzan en un suspiro hasta las escaleras, y de ellas, al ala de Prensas, donde están los despachos, incluido el de Dirección—. Lo siento, no hay escribanos en la nómina del San Fernando. ¿Qué desea?

—Quiero añadir un nuevo artículo al Reglamento de Régimen Interno.

Don Espíritu no oculta el disgusto que le provoca la intención del barón y se lo hace saber.

—Señor director, le advierto que su deseo es harto complejo. Muy engorroso, para ser exactos. Un auténtico dédalo. Habría que elevarlo a la Junta de Reales Hospicios y por insignificante que la modificación sea, pueden pasar meses sin que lo resuelvan. Y si, como intuyo, se trata de algo relacionado con el comportamiento de los hospicianos...

—¡Sí, sí! ¡Y con el de los trabajadores...!

—No importa. Si se trata de algo sobre conductas, le recomiendo que emita una orden de Dirección y bastarán nuestras dos firmas para que hoy mismo se cuelgue en el tablón con todos los requerimientos. Es más sencillo que pretender la reforma del reglamento.

—Eso me gusta, Osuna. Hoy mismo. Orden y eficacia.

Director y mayordomo llegan a la estancia central del ala superior de la fachada, en el pasillo de Prensas, y don Cancio comienza a dictar, sin fijarse apenas en los cuatro muebles que decoran la sala:

—Orden de Dirección.

Artículo Uno.- La llegada del Señor Director a cada departamento de los Reales Hospicios de San Fernando de Henares será saludada, tanto por el personal de la casa de corrección, como por los internos, poniéndose de pie y respondiendo a la fórmula que éste haya utilizado y sea apropiada a la hora del día. Así, los deseos de «Buenas tardes», serán respondidos con la fórmula: «Buenas tardes, señor director». Etcétera.

Artículo Dos.- Los infractores de esta Orden serán castigados de acuerdo con lo

establecido en el Reglamento Interno para las faltas leves.

O no. Ponga: «... para las faltas graves».

—¿Graves?

—Sí. ¿Qué le pasa, Osuna? ¿No le gusta?

—A mí no me tiene que gustar. Me extraño porque hasta ahora, se considera grave robar dentro del Hospicio. Así que...

—Pues eso. Será grave lo que yo diga que lo sea. Pásemela a la firma y cuelgue la Orden donde tengan por costumbre. ¡Ah! Y antes de todo ello, hágame llegar los expedientes, historiales, informes, o lo que tenga sobre los internos.

—¿De todos ellos?

—De los cartapacios que pueda abarcar con las dos manos.

—Como usted mande, don Cancio.

—Don Espíritu. Un último detalle. Aunque no haya gente delante, acostúmbrese a llamarme señor director, o por mi título de baronía. Se evitará confusiones delante de extraños y tropiezos que a ninguno de los dos nos causarían risa.

—Así lo haré, señor director.

La sumisión de don Espíritu no es flor de un día, sino verdadero convencimiento del mayordomo tesorero para garantizarse la supervivencia por encima de la Canalla y de otras banderías que funcionan puertas adentro.

* * *

Madrid / Calle Leganitos

Una tarde de bruma, varios meses después, entra en el salón de Leganitos Lorenzo Chacón, el señor de Puebla, todo fuerza, empaque y bizarría. No como el marqués de Curazzo, tan fofo y lechoso que a sus cincuenta y tantos sobre la Tierra hay quien añade los diez que sus padres dedican a conseguirlo y por chanza, hasta los nueve meses uterinos. El de Curazzo, don Saturno María Ornano y Vallejo, permanece sentado al lado de la niña Violeta, con quien casa después de que ella lo haya embobado con esos bucles rubios y su cintura de bailarina, que le planta ante sus ojos el padre de la mocita, el conde de Humanes, semanas antes de marchar a Nápoles. De allí regresan hace días, pues lo que está desuñado a ser viaje de novios, se convierte en estancia de años.

Saturno mantiene entre las manos un refresco de arroz incombustible y pasea la vista de cuadro en cuadro, como si fuese la primera vez que entra en el salón de la botillería. Repiquetea en la leontina. Juzga y medita absorto para sus adentros. Vaya birria de Apolo entre las ninfas. Y qué tiene de Hércules ese pastor destartalado. Ningún parecido con la colección de grabados que los Curazzo atesoran, piensa el

marqués. Los mejores modelos clásicos, el Atlas más soberbio, el más perfecto Laocoonte, y el más querido, el Hermes de Praxíteles que Gómez de Arellano graba en el altorrelieve que preside su despacho.

Lorenzo Chacón, el señor de Puebla e Isabella di Fiammeta, su falso secretario italiano, o sea, Tulio, algo distanciado o distanciada, cualquiera dudaría si los ve, ocupan mesa con don José de Hermosilla, a diez pasos de Violeta, alfombra y velador por medio.

¡Qué suerte! ¡Un hombre con todos los paramentos! Piensa para sus adentros Violeta. De arquitecto señero a obra de postín. No es pieza despreciable. ¿Me atrevo con él, o lo dejo para los postres? ¿Bajo el puente y abro el castillo? ¿Será tan bruto de no buscarme? ¿Será estúpido y fiel esposo enamorado? No, con ese imberbe a su lado, ni esposa, ni enamorado.

Hermosilla se muestra muy contento ante su discípulo y la italiana.

—¿Te acuerdas, Lorenzo, de aquellos cuadros de Giuseppe Guerra sobre divinidades romanas, falsificaciones de la época imperial, que te mencioné en el Vaticano, antes de regresar?

—¡Claro! Dos cuadros comprados por el Rey que usted quería localizar para neutralizarlos.

—¡Esos mismos! ¡Encontré las dichas pinturas apócrifas y eran tres!

—¡Enhorabuena! ¿Qué sabe de ellas?

—Una ya no está en España. Fue vendida como auténtica a unos ingleses en misión de recabar obras para una futura National Gallery que piensan inaugurar en Londres cuando hayan reunido las suficientes. ¡Como todas sean así...! Se trata de un cuadro llamado *Venus y Marte*, que el veneciano Guerra pinta en Roma y por el que se cobra cien veces más de lo que cuesta. Salimos negociantes y fuleros. Otra se queda en el famoso Museo Herculanense que funda el Rey en Nápoles, y la tercera, ¡ah, la tercera! La tercera es una de las retiradas por mostrar personajes *in puribus*, tal como llegan al mundo. Carece de título y asómbrate, ¡muestra tres mujeres desnudas encima de un carro tirado por leones!

—¡Tres Cibeles!

—Aparentes, de momento solo aparentes.

Hermosilla finaliza su disquisición sobre el cuadro encontrado.

—... tres mujeres desnudas sobre carro leonado. ¿*Chi lo sa?* Recordemos que es obra de Giuseppe Guerra; por lo tanto, falso de toda falsedad.

Desde su diván Violeta no espera más y se decide. Le abrazan las piernas medias de canalé, un tanto gruesas, teñidas en un color que a todas conquista y a todos entusiasma, el panza de pulga, válgame el cielo, qué ocurrencia. Si fuese necesario inventar nombres de colores, nunca sería éste mi elegido.

Vigila con el rabillo al arquitecto y cuando cree que tiene la vista puesta en ella, acaricia su muslo temblorosa y se eleva el faldón media cuarta hacia el miriñaque. Él la ve. ¿Cómo evitarlo con aquella cara que ilumina la estancia? ¿Se insinúa? Lorenzo

quiere pensar que es un descuido. Una española no gachonea con señales tan descaradas, ni con los pies, ni con los abanicos, que es lenguaje para espías, para guardias de cuarteles muy secretos. La marquesa de Curazzo es fruta joven. Su belleza resalta por contraste y por ser con distancia la mujer que hoy prestigia los salones, el imán de todas las miradas, el afán de quien guste de galones. Y es también la más verde paloma entre halcones, recién llegada al mundo del casado, quizás una chiquilla sin prudencia, una niña que añora a sus hermanas, una novicia arrebatada del convento, una pieza, que madura, no se le escapa. ¡Quién sabe lo que esconde tamaña joya! Soy yo, que imagino más que veo. Pero no, ella se vuelve y me observa descarada. ¿Qué pretende? Se pone en evidencia. ¿Está ciego su esposo? Isabella, que hoy cumple de arquitecto, habla con Hermosilla, que ni está en el ajo, ni se le espera, de modo que nadie más en el salón aprecia esa mirada que me turba y me atrapa.

Otro tirón inocente y la canilla se descubre por entero. El de Puebla inclina la cabeza y Violeta le responde entusiasmada. Ya se han dicho, se han hablado. Es lo propio del galanteo. La mujer no ahorra decisiones. El hombre pide tiempo y alarga la escena.

El señor de Puebla vuelve al trabajo por no perderse en sueños y le pregunta a Hermosilla si esa Cibeles, la diosa certificada, se encuentra en un lugar destacado del Olimpo, o por el contrario, es deidad de medio pelo, y don José, que le chifla la consulta, se despacha con agrado.

—¡Oh, no; querido Lorenzo! Examinemos la secuencia y salvemos a Kaos, que el pobre anda perdido sin orden ni concierto por las nebulosas adelante. ¿Qué tenemos? El cielo y la tierra, Urano y Gea, los padres de Rea, que también será Cibeles. ¿Y con quién se nos casa la niña? Habrase visto su osadía. ¡Con Cronos! ¡El tiempo que todo lo traga! ¡El Saturno que a su vez castra a su padre! ¡Qué familia de dioses más procaces! ¡Hasta se comen a sus propios hijos, menos a Zeus, claro, que lo salva la madre *in extremis*, amparada por los ruidos de los coribantes cibelinos! El infeliz cree que el tiempo no devora al tiempo.

—Pero Cibeles es frigia, no griega —opone Lorenzo.

—Claro, claro; frigia de pura cepa. ¡Frigia de las frigias de toda la vida! ¡No sea memo, Lorencito! ¡Perdonen ustedes! Quienes nos oigan, Lorencito y Tulito. Estamos hablando de mitología y de clasicismo, que es lo que nos conviene a esta hora. ¡Cibeles es mundial, como mundiales son la Magna Mater y todas las diosas de la naturaleza! ¡Frigio es, en este caso, el envoltorio! Vean entonces. Cibeles y Kronos tienen a Zeus, Poseidón, Hades, Hera, Deméter y Hestia. ¿No está mal la carnada? ¿A que no? ¡Aunque el padre se los coma con patatas!

El señor de Puebla simula más ignorancia de la que atesora y solicita recado de escribir. También Isabella. Ambos conocen al dedillo los hijos de Rea y lo que separa a esta diosa de Cibeles, lo que une a ambas y los ruidos que tapan los llantos de Zeus para que a Saturno no le entren las ganas de comérselo por dos veces, en forma de piedra y en forma de bebé. Es notable, aunque no lo sabe, que ahora mismo, en el

saloncillo de Leganitos, se encuentren presentes las cinco personas que mejor conocen a la diosa y a sus leones en todo Madrid, ellos tres y los marqueses de Curazzo. Dicho ello sin ofensa de don Ventura.

Cuando le traen tinta, papel y pluma, Lorenzo escribe a la vista del ingeniero militar y de Isabella una escueta, pero cuidada relación de lo escuchado:

Kaos
Urano Gea
Cibeles...

Y nada más. Luego dobla la hoja, se retira de la mesa y escribe sobre sus rodillas: «Mañana, a las cuatro, mercería *El Verde Ojal*. Calle Desengaño. Pregunte por doña Rosita», sin que esta segunda operación sea visible para sus acompañantes.

A continuación, se vuelve hacia los Curazzo y busca los ojos de Violeta. No es difícil el encuentro, pues ella no lo pierde de su campo y aunque parezca muy atenta a las historias romanas del marqués, lo mantiene todo el tiempo en su retina. La hoja vuelve sobre sí misma con el escrito hacia dentro haciendo de la doblez un billete. Lorenzo lo golpea sobre la mesa y de ahí lo aplasta contra la silla, como si lo guardase en la levita. ¡Qué provocación! El hombre hace alarde de su trasero mientras dialoga con una señorita, qué digo, si soy señora, marquesa a más señales, camino de retozona, aprendiz de jodedora, buscona, pelandusca, doncellita andante, dama de corte, abierta de piernas para ser ensartada. ¿Qué se sentirá en manos expertas? ¿Seré capaz de besarle? ¿De mostrarme ante él desnuda, de acariciar su glande? ¿Qué sabor tendrán su lengua y su falo? ¿Qué hará él con sus manos? ¿Hasta dónde llegarán sus audacias? ¿Volveré a perder la razón y encabritarme, a mostrar sin recato mis pechos y hacer que él los muerda y los amase? ¡Cómo lo añoro! Del marqués consigo que roce el paraíso, pero a punto crudo me deja suspirando.

—¡Se van!

—¿Qué?

—Hermosilla y sus amigos se van y nos saludan.

—¡Ah!

Violeta revienta en calenturas y se azora, se curva y se posterga, con los ojos puestos en el billete dobladito que reluce blanquecino sobre el asiento. ¿Qué habrá escrito en el mensaje? ¿Me tomará por estúpida chiquilla? ¿Y si cae en manos indebidas? ¿Y si al recogerlo me lo pide mi caballero?

—Vamos —dice Curazzo.

—Es temprano. No debemos llegar hasta las ocho —pretextó Violeta.

—Iremos andando. Que nos siga el calesín a paso quedo. Hace una buena noche y no paseo por Madrid desde la boda.

—Como quieras, pero te advierto que hay un largo trecho.

—¡Mejor! Estoy inapetente y así haré por la gazuza que me quitó ese aguachirle.

El marqués de Curazzo atiende a la dama y le asiste para colocarse la esclavina y ella a él el capotillo. La sala cuchichea sus ademanes. Es pareja que nunca pasa sin que los miren. Violeta, tan bella y joven como una eterna promesa. Él, tan impropio, tan distante, tan abuelo que en cualquier pueblo le habrían organizado una sonora cencerrada, de ésas que reservan a los vetustos, a los hombres provecos que se casan con chiquillas, pues no solo las retiran del noviazgo y rara vez las proclaman como madres, sino que hacen poco uso de esas formas tan precisas para el lecho. La Magna Mater que podría haber sido, se va toda en desperdicio.

La mujer de una pareja madura comenta a su marido con voz abocinada.

—Al menos espero que ella, buena moza y sonriente, haga que la pasee un guapo cortejo, que la traiga, que la lleve, que la mueva; antes de quedarse en casa mirando las musarañas.

Imposible acercarse a la silla, piensa Violeta, pero... ¡bendito encuentro! De la mesa del fondo emerge el general Lombarda, que reclama a Saturno.

—¡Curazzo! ¡Marquesazo!

—Disculpa, voy a saludar a Lombarda.

—Atiende, atiende a la milicia, que no está de más en los tiempos que corren.

Cuando él se aleja hacia el soldado, Violeta deambula distraída hasta la mesa que ocuparon los ingenieros y separa la silla como si buscara sentarse. El papel cae y ella lo recoge. Luego desiste del asiento, pierde la vista en el techo y pasea el billete por sus manos sin intención de leerlo. Mira de grupo en grupo en busca de reacciones. Está de suerte. Todos los cotillas se fijan en don Estanislao Lombarda que mueve los brazos en molinillo y vocifera frases sin sentido, con él, pero para quien en ese momento no tenga la cabeza alquilada a fantasías, cual es su caso.

—¡Eso lo arreglo yo de un plumazo, Curazzo! ¡Vergüenza tendría que darles a los gabachos!

—Me lo imagino, Lombarda. ¡Qué no harías tú por España!

—¡Trinquetes, garfios y culebrillas a la barbacana! ¡No hay otra, Curazzo! ¡Entraremos en Argel las veces que haga falta!

Y por lo bajo, otras frases a continuación que nadie escucha, o que si lo hacen, nadie descifra, salvo que haya guerra con Estambul y Madrid aún no lo sepa.

Violeta ya tiene lo que desea y apremia a Saturno con la mirada.

—He de marchar, Estanislao. No pasarán dos días sin que hablemos.

—¡Curazzo! ¡Españolazo! ¡Venga un abrazo!

Y Curazzo, volviendo con su mujer, se resiente de la chacota por lo bajinis:

—¡Lombarda! ¡Bestia parda!

* * *

Madrid / Plaza de los Afligidos

Los marqueses de Curazzo abandonan el local y a pie toman la vía de Dos Amigos. Se dirigen al palacete de los barones de Esteiro Labandal, en la plaza de Afligidos, donde se celebra la que llaman en secreto, la Cena de doña Pacita, pues es a la cocinera a la que rinden pleitesía y no a doña Mariana Leonisa, aunque la criada pertenezca al gremio de las de escaleras abajo, sin contacto con las habitaciones de los señores. A la pareja le sigue cansina la calesa que conduce canturreando Crispín, el compinche del Negro Tomás en el asilo, contratado para la ocasión en ausencia del primero, que hoy sirve a los Benelú. Pasan por delante del colegio de Santa Bárbara, donde se instruyen los niños cantores de la real capilla desde que Carlos II lo crea. Allí acuden, o acudían, los capones de toda España para hacer de su voz tiple el precioso instrumento que ha de sonar magnífico en las reales orejas. E incluso en orejas de menor alcurnia que alabando el gusto de Felipe V se aficionan a las tonalidades agudas y buscan *castrati* como quien contrata aparceros para sus fincas. Capones son, o capones se les supone, pues en Santa Bárbara entran infantes con escroto e infantes sin él. ¿Se los cortan? ¿A qué si no? Pero muchos *castrati* suben al cielo sin ocasión de aprovechar la ausencia testicular que atiplana sus notas, porque no todo radica en eso. Sería demasiado pueril hacer del cuchillo mangorrero una fábrica de sopranos y conseguir tirabuzones como los que *Farinelli* aplica al ánimo turbado de Felipe el quinto, siempre los mismos y siempre a la misma hora, a modo de jarabe que debe tomar el enfermo para salir de su dolencia. Demasiado sencillo.

Superada la fachada del colegio, ya en la calle de San Bernardino, el marqués comenta a Violeta que al Rey, al hijo de Felipe y la Farnesio, se le escucha que ya no quiere más capones a su lado que los que obtenga de cacerías.

—Como si los capones volasen —apunta con acierto la marquesita, pese a caminar con los nervios agavillados por el mensaje del señor de Puebla que aprieta en su guante.

Ya en Afligidos, se integran en la tertulia previa a la cena. Curazzo retoma la cháchara que acaba de tener con su esposa en Leganitos. El marqués argumenta lo extraño de que...

—... siendo Carlos tan italiano, haya prescindido del famoso cantante.

Se refiere a Carlo Broschi, así llamado por su bautizo, autoapodado *Farinelli* por el agradecimiento que dispensa hacia los dos hermanos Fariña, conocido en España por el mal nombre de *Capón*, y de mote *Il Castrato* por sus ausencias corporales que Broschi pierde en el *taglio* durante la infancia, no porque nadie piense convertirlo en cantante, sino a consecuencia de un traspies desde un caballo. El episodio demuestra que las grandes voces no siempre están donde se buscan, sino donde aparecen.

—En efecto —insiste el marqués—, ¿cómo es que francmasones, *castrati*, enanos, meninos, bufones y jesuita caen en desgracia con el hijo de la Farnesio, si incluso mantiene en la corte al pigmeo José Cañizares y da su apellido de Borbón a

otro negro que todos conocemos? ¿Les sobreviene a traición el infortunio? ¿Y Aranda? ¿No es tan Hijo de la Viuda como el que más?

—Tú eres bobo, Curazzo. Cae el que cae, como en teología, que es el que es. Que te lo explique Emilio Cenarrusa, que lo sabe bien.

El aludido guarda silencio ante el tono que impone De las Casas Junquera y que enfría sus relaciones el resto de la cena, aunque antes añade:

—El pigmeo Cañizares y Tomás, el hijo del negro Borbón bien conocido por ti pues lo utilizas de cochero, son ejemplo de las grandes contradicciones que le pierden a este Rey que se cree ilustrado. Expulsa a los jesuitas, que son los que saben, y reza con Eleta a Palafox, que son los que ignoran. Como tú, Curazzo, como tú, que lo ignoras todo.

El diagnóstico de De las Casas Junquera está bien establecido, pero solo en un cincuenta por ciento, en cuanto se refiere al Rey. Yerra de pleno al tratar a Curazzo de ignorante y a él de sabio, pues De las Casas es un gran botarate y la erudición de don Saturno no se la salta ni Pérez Bayer, el hombre de la Biblioteca.

Doña Pacita, la cocinera de Esteiro Labandal, organiza como siempre una opípara cena a base de sopa bullabesa, otra de pichones, revuelto de setas, una preparación de huevos, que hoy vienen con espárragos a la sartén, sus yemas, jamón picado, queso de Idiazábal y angulas, pavo con paté de jabalí y *foie gras*, y la caza que sea posible; esta noche, pajarillos a la alcarreña, como le gustan al señor. Esa mano con los pucheros es la que le gana el tratamiento de doña y a la mujer se dirigen así los señores barones y sus invitados.

—Doña Pacita, hoy seremos dieciocho para cenar.

A la cena de esta noche, en el saloncito rosa, acuden seis parejas y cuatro versos sueltos, a saber, la viuda doña Terry Coronel, Cenarrusa, don Goomer Astudillo conde de Sanchezcapitán, y un religioso, el padre escolapio y distinguido matemático, Salvador Ximénez Coronado. Además de don Goomer, que le va a juego, tres aportan título. Son los de Écija, Aruxe y Curazzo, que también se unen en alcurnia a Esteiro Labandal anfitriones, y tres matrimonios sin él, los Cerralbo, De las Casas Junquera y Van der Loos. Cenarrusa está entre los burgueses, aunque no pasa un día sin que se le adjudique la concesión de un ducado, dados los servicios, tan meritorios como cercanos, que presta al monarca, sobre todo desde que enviuda.

A la señora baronesa apenas se le distingue ya la herida que estos días le cruza el cuello y que ella achaca a una caída de caballo. Cena de amigos donde el linaje de alto copete abraza de buen grado a la ciencia y mucho más, a la burguesía, pues no en vano cada uno atesora más títulos financieros que sumados los de aquéllos, amén de cargos de responsabilidad en la administración, que ahí sí que brillan más los aristócratas. Así, don Cancio Sacido, barón de Esteiro Labandal, continúa la senda iniciada por el americano Pablo de Olavide y Jáuregui como director de los Reales Hospicios de San Fernando de Henares, creados tras el motín de Esquilache en el edificio que ocupó la Real Fábrica de Paños Finos, ahora en Vicálvaro.

Precisamente Cenarrusa hace un aparte con don Cancio para advertirle sobre el personaje y sus vicisitudes.

—No quisiera tratar este tema delante del resto de invitados, pero sepa que su antecesor en el cargo de San Fernando, don Pedro de Olavide, declara hoy ante la Suprema.

—Sabía de sus problemas.

—Sin embargo, lo que desconoce es que el hombre, al ser declarado hereje convicto y oír la sentencia de destierro, se desmaya.

—¿Ante el tribunal?

—Exactamente. Los cuervos se resisten a desaparecer, don Cancio.

—Lo tendré en cuenta. Gracias por la confidencia.

De los presentes, el mejor amigo del barón es Paco de las Casas Junquera, de quien todo Madrid conoce alguna de sus propiedades, aunque sea de oído, pues en efecto, Paco de las Casas posee hasta treinta edificios aquí y allá. El pueblo lo eleva a la historia del sainete y las modistillas lo entonan al clavar el alfiler:

Nada está mejor traído
que De las Casas el nombre;
las tiene por todas partes
y de todas cobra el hombre.

Otro puntal de la administración es el marqués de Écija, que une a su título la rara condición de ser médico y haber ejercido, eso sí, antes de alcanzar la nobleza. En libros, tertulias y periódicos ya se destacan hoy sus grandes méritos y cómo es que se enfrenta al resto de los colegas que son enemigos de acometer la higiene de Madrid. Pretextan éstos la sutileza de su atmósfera y el peligro que supone para la salud verla liberada del hedor de los cerdos, pues de esa extraña forma se contrarresta la pureza de los aires serranos y se mantienen a raya las miasmas. A Écija solo le falta llamarles gorriones y quizás avutardas, pues las otras bestezuelas van cayendo una a una a título de adjetivo sobre los galenos proclives a la guarrería durante los días que se prolonga la polémica sobre la conveniencia o no de la mierda, que no fueron pocos. El rey Carlos, agradecido, le concede más tarde el marquesado, y poco título parece.

La puerca discusión cesa hace meses y por ello el invitado que más preguntas suscita aquella noche no es él, sino el padre escolapio Salvador Ximénez Coronado, también amigo del barón desde épocas infantiles, que regresa de un largo viaje. Viene de Francia e Italia, donde por encargo real visita los telescopios de renombre.

—Pronto será un nuevo timbre de orgullo para Madrid el Real Observatorio Astronómico. Desde sus instalaciones competiremos en hallazgos del cosmos con ingleses, franceses, italianos y alemanes, que hoy lideran este conocimiento.

—¡Qué interesante! —exclama don Cancio—. Es de suponer que a Cenarrusa la novedad no le pille de sorpresa.

—No, la verdad es que no. El Observatorio es un antiguo anhelo de don Carlos. Lástima que no siempre se pueda hablar en estas reuniones con libertad sobre lo que el monarca piensa y maquina.

—Lo comprendemos, por supuesto.

—Hoy, sin embargo, es momento oportuno para comentar una noticia que les pasmará —intriga la *Oreja del Rey*—. Se la cedo al padre Salvador, que la sabrá exponer con mejores fundamentos que un lego en la materia como yo.

El aludido devuelve la pelota a quien le hace la coba.

—Usted lo diría tan bien o mejor, don Emilio, aunque quizá desconozca algún abundamiento que esta misma tarde llega de Londres; de modo que acepto su invitación. Se refiere don Emilio a un descubrimiento que nos llena de orgullo, pues habiendo encargado España la construcción del telescopio reflector para el nuevo centro al eminente sabio alemán William Herschel, se confirma en estos días que gracias a un aparato similar ¡Herschel descubre la existencia de un nuevo planeta! ¡El primero que se añade a los anteriores desde los tiempos pretéritos! Un acontecimiento que deja obsoletos todos los libros de ciencia.

—¡Eso suena a histórico! —comenta Curazzo.

—Y tanto. La astronomía, y en general la ciencia, será distinta a partir de ahora. El cielo esconde menos secretos, aunque no hay que engañarse, en su inmensidad quedan los suficientes para que al Observatorio de Madrid se le presenten muchos por delante.

Ximénez Coronado sonrío satisfecho por el mérito, que él no reputa exiguo, de contar pronto con un telescopio Herschell que manejará con sus propias manos.

—¿Y cómo lo bautizan? —pregunta Mariana Leonisa, con una agudeza muy celebrada, pues todos arden en deseos de saberlo—. Herschell no parece un nombre adecuado, ni por su pronunciación, ni por el de los otros planetas.

—No, ni él mismo pretende tamaño honor. Pero hay polémica. Les explico. Aunque es de cuna alemana, Herschell reside desde hace años en Inglaterra, donde realiza su descubrimiento, por lo que son muchos los ingleses que defienden denominarlo Gheorgium Sidus, o sea, Planeta Jorge, en honor al rey bajo cuyo mandato acontece el hallazgo. Por ejemplo, si fuese en España y siguiendo ese criterio, se propondría el nombre de Carolus Sidus.

—¡Qué feo! —se le escapa a Terry Coronel.

—No hay peligro. No estamos en el caso. Sin embargo esta tarde se recibe una indagación de la Royal Astronomical Society que promueve el propio Herschell, en orden a conocer la opinión española sobre estos dos nombres y uno tercero que defiende otro grupo de astrónomos. Esta propuesta se ajusta en mayor medida al clasicismo y defiende que si existe Marte, Júpiter y Saturno; nieto, padre y abuelo, y siendo los ápsides de la órbita del nuevo planeta superiores a los de este último, debería ser su nombre el del padre, abuelo y bisabuelo de aquéllos, esto es, Urano.

—¡Mi padre! —grita con gracia Saturno Curazzo, provocando las risas de los

presentes.

—Sí, su padre —corroboraba el salesiano—, pero recuerde las extrañas relaciones que mantienen. Usted, Saturno, castra a Urano, dejándolo como único dios en esas condiciones, dicho todo ello con perdón de las damas.

Al oír lo ocurrido con el dios, a don Cancio Sacido se le levanta de forma imperceptible el labio superior y compone una extraña mueca de risa y susto.

—¿Qué votará España? —indaga el barón—. ¿Herschell, Planeta Jorge o Urano?

—He de consultarlo con mis colegas, pero les adelanto que no apoyaremos el nombre del rey inglés y como Herschell se niega a dar el suyo...

—¡Urano! ¡De cajón! —determina la viuda Terry Coronel.

La marquesa de Curazzo, esposa de Saturno y por tanto, nuera del nuevo Urano en la misma broma, ansía esconderse de todas las miradas y leer por fin el mensaje de su admirador de Leganitos. Pero antes, como prueba del interés que le suscitan las novedades del padre Ximénez Coronado y para no parecer insensible al avance científico que tanto influye en su esposo, apuesta por intervenir.

—¿Dónde se instalará el telescopio que me permita observar a mi nuevo suegro?

Los presentes acogen con una carcajada la intervención de la joven. Y ésta añade:

—Pienso que un belvedere del cielo necesita eso, mucho cielo.

—La señora marquesa está en lo cierto —le responde divertido el padre Salvador—. Lo primordial en un edificio de esas, características es cielo y oscuridad a su alrededor. Los dos requisitos existen en el Cerrillo de San Blas, dentro del Retiro, en terrenos donde estuvo la ermita del santo y el juego de pelota. Si están interesados les propongo una visita anterior a su inauguración. Están ustedes invitados, y si lo aceptan, comprobarán lo cerca de las estrellas que Madrid estará en breve.

—Iremos encantados —le agradece Cancio.

—Por lo que le escucho, entiendo que desaparecerá la ermita —se interesa ahora la señora de Cerralbo.

—¿Es usted devota?

—Por supuesto que sí, padre. Todos los 3 de febrero me pongo al cuello la cinta de San Blas.

—No lo hará allí el siguiente. En este caso la ciencia desplaza a la fe, pues Juan de Villanueva ya levanta a estas horas el edificio.

—¿Qué dirá el padre Eleta de todo esto? —exclama Van der Loos, a medio camino entre la auténtica preocupación y la guasa.

—Nada —bromea Cenarrusa—. ¿Acaso no es un Observatorio para mirar el cielo y no repite desde el altar que eso es lo que debemos hacer los hombres? ¿Qué más puede desear el gilito?

Nuevas risas por la gracieta. Viniendo de quien viene, un cortesano tan próximo al Rey, la chanza goza de todas las bendiciones. Hasta el escolapio se deja llevar por la carcajada, que interrumpe Curazzo para proponer un nuevo tema.

—Ya que viene usted de Europa y enterados como estamos del fallecimiento del

eminente escritor Jean-Jacques Rousseau, les comento que adquiero sus *Confesiones*, donde encuentro declaraciones fascinantes.

—¿Qué confiesa el franchute?

—El suizo, si hemos de ser exactos.

—Bueno, ¿qué dice Rousseau?

—Entre otras muchas informaciones que combaten mi ignorancia sobre sus enfermedades reales e imaginarias, reconoce el gusto de ser azotado con fuertes nalgadas...

La señora de Cerralbo comanda el grupo de las enojadas que se llevan el pañuelo al rostro, tanto para mostrar su desagrado por lo que escuchan, como por ocultar los colores que de repente les suben a los mofletes. Ni Violeta, ni Mariana Leonisa comparten su reacción.

—¡Oh! ¡Qué vergüenza de hombre!

—¿Rousseau? —se extraña Van der Loos—. ¡Un hombre tan racionalista como él! ¡Tan ilustrado!

—¿Y qué tiene que ver? ¿Acaso por ser ilustrados debemos desdeñar el placer? —objeta Curazzo.

—El placer no, ¡pero la perversión...!

—La perversión solo existe cuando alguien así la califica —interviene el anfitrión, barón de Esteiro Labandal, repuesto de su sofoco—. Es probable que Rousseau se sintiese muy satisfecho de su placer. ¿Qué cuenta de él? Dínos, Saturno. No te cohíbas, aunque ahora tu padre haya aparecido en el firmamento.

—A mi edad nada temo de mi padre —alarga Curazzo la broma—. En cuanto a Rousseau, escribe haber descubierto el gusto por el azote a los diez años, cuando huérfano y con su padre en el exilio, reside en casa del calvinista Lambercier. Quien él llama mademoiselle Lambercier, una mujer de treinta años, hija o sobrina del primero, le castiga allí una trastada mediante el conocido sistema de chocar una vara contra sus nalgas. En esa penitencia el niño Jean-Jacques aprecia un placer desconocido y desde entonces añora el calor que le sube de las posaderas cuando sobre ellas golpea la palma de una mano, una paleta o una tralla bien manejada. Comprendan que el mozo se vuelva travieso y busque con sus fechorías el cálido cachete de mademoiselle Lambercier, sin que ella suponga la voluptuosidad que provoca.

—O sabiéndolo —tercia don Cancio—. A mi nariz le da que la tal Lambercier también disfruta con el trasero del niño.

—¡Qué cosas, qué cosas! —protesta de nuevo la señora de Cerralbo y el coro de azaradas—. ¿Por qué no hablan ustedes del planeta y cesan en sus verdulerías?

Pero animado por Cenarrusa, que es tanto como el Rey, Curazzo no cesa en su exposición, aunque protesten las más mojigatas.

—El episodio puede estar relacionado con otro de su biografía. Como sabrán, el erudito de Ginebra siempre dijo haber tenido cinco hijos, a los que ingresa en el

orfanato a medida que se producen sus nacimientos, para liberarlos, decía, de maléficas influencias familiares. Pues bien, ahora se comenta en Francia que en realidad no tuvo ninguno y que todo es un invento para tapar una aplasia, una deformidad en sus partes que le impide procrear, llamada en concreto hipospadias...

—¡Imposible! —grita con vehemencia el barón de Esteiro Labandal, yéndose de los ojos de Curazzo a los de su mujer Mariana Leonisa.

—¿Por qué imposible, Cancio? —pregunta don Saturno.

El anfitrión de la cena recupera la calma antes de que a alguna señora le dé un soponcio, y prosigue.

—Me parece inverosímil... porque alguien en Francia sabría si esos niños existen o no. Eso sin tener en cuenta que una hipospadias no impide la capacidad reproductiva. En todo caso la dificulta. Nada más.

Como aún no han sido llamados a la mesa, Violeta se excusa ante las señoras y acude a las necesarias. En aquella casa, como en otras principales, se encuentran al fondo de la galería, pues así se realiza mejor su ventilación, aunque se sacrifique parte del ventanal.

Se encierra en el cuarto, se baja el culotte, se sienta y extrae del bolsillo el papelito. El misterio le oprime el gástrico y cuando abre el mensaje, sus ojos se pierden entre nombres de dioses:

Kaos
Urano Gea
Cibeles...

¡Una clave! ¡Dios mío! ¿Qué se lee? ¡Cibeles otra vez! ¡La obsesión del barón de Esteiro Labandal, de mi marido, y si me descuido, de toda la ciudad! ¡Y Urano! ¡El castrado por Saturno! ¡Dios mío! ¿Es una broma, una premonición o una burla?

Pero no, más abajo encuentra lo que anhela y allí no hay claves ni acertijos:

«Mañana, a las cuatro, mercería *El Verde Ojal*. Calle Desengaño. Pregunte por doña Rosita».

¡Conseguido! ¡Es una cita con el señor de Puebla! ¡Y ha de ser mañana! Violeta no es consciente de que su mano desciende a las puertas del deseo y se acaricia con destreza, como en todas las ocasiones que dedica a apagar el fuego que allí le abrasa. No le exige mucho esfuerzo, ni graves manipulaciones. Con el índice busca, lo encuentra; cuatro, cinco, seis impulsos, y sobreviene la descarga. Los gemidos se le escapan sin apenas mitigarlos.

Orina entre sus dedos y se cubre las partes de sedas y puntillas. Antes de lavarse en la jofaina se vuelve hacia las necesarias y arroja un jarro de agua con dos pétalos de rosa que la baronesa ordena añadir al elegante aguamanil del retrete siempre que hay invitados en la casa. Una gota del esenciero sobre el cuello resuelve todo su afeite antes de reincorporarse sonriente al grupo.

—¿Ya le han zurrado a Rousseau?

* * *

San Fernando de Henares / Reales Hospicios de San Fernando

El director baja al patio para vigilar de cerca los trabajos que se realizan en el aljibe. Se dispone allí para recoger el agua de la lluvia y que así sea de provecho a los hospiciados, pero tras los primeros aguaceros del otoño siempre hay algún conducto que se tupe.

Don Cancio quiere certificar con su presencia que nada de lo que ocurra en el recinto, por mínimo que sea, le es ajeno, bien la cañería de la cisterna, bien las ropas de repuesto, o el rosario de la tarde, aunque la mayoría de los internos cree que todavía está muy lejos del mando en plaza.

Tras los cristales de la primera planta, Patrocinio Dalmau, la celadora de mujeres, lo contempla entretenido con las obras y aprovecha la ocasión para que Socorro, una de las muchachas de intendencia que le sirve de guardia, recadera y apagapicores, lleve a cabo una encomienda.

—Tráeme a la Navarra. Estaré en Descadillar.

Descadillar se abre en el pasillo de enfrente, la nave oeste del piso superior y también el ala más desocupada del edificio. Al desaparecer la fábrica se divide para distintos fines, como aislar de inmediato a los enfermos con dolencias pegajosas antes del traslado, salas de planchado, de secado, dos almacenes de ropa —la nueva, antes de repartirse y los calandrajos de la vieja, a la espera de que sirvan de remiendos—, así como estancias que permanecen sin una utilidad concreta. En Descadillar también existen otros cuartuchos sin más objetos que una mesa de madera en el centro y de los que todos dicen sin otra prueba que pertenecen a la Canalla.

En uno de ellos recibe Patrocinio a la mujer que trae Socorro. Una muchacha rotunda, de largas extremidades y labio belfo, aunque sin colgar en demasía y lo bastante grueso como para ser timbre de atractivo al hombre, o a la mujer.

—Navarra, Navarra; no me gusta un pelo lo que me soplan por la mañana unos malsines —riñe Patrocinio a Fermina Salas, la Navarra, así apodada no se sabe si por nacer en aquellas tierras, o tan solo por la gracia de su nombre.

—¿Qué le dicen, gobernanta? A buen seguro que maldades.

—Vaguedades, pero si me las cuentas tú, a buen seguro serán más precisas. ¿Qué sucede ayer?

—¿Ayer? ¡Nada!

—No son mis noticias. Después del almuerzo saliste por la falsa y en una miaja te ven entrar con un pollo donde las literas del Tío Feli. Ha pasado casi un día y a esta

faltriquera no la engorda ni un realillo, ni un foluz. ¿No me dirás que andas vendiendo el coño sin contar con la Canalla? ¿Verdad, Navarra? ¿O quieres que Simón se entere y te clave la estaca en la cereza para que no soportes ni el paso de una paja que se cuele por tu desfiladero? ¿Eh, truhana?

Fermina recula y amaga los sollozos nada más hablar.

—No fue así. ¡Lo juro, doña Patrocinio! ¡Que me caiga muerta si jamás pensé darle matute!

—¿Me mienten quienes dicen haberte visto?

—Salí por la falsa, es cierto, ¡pero la pago a la vuelta!

—Sí, eso también lo sé; pero no hablamos de la falsa, sino del fornicar con el pollo y de otros polvos que pudieron echarte por la tarde. Cinco horas fuera de San Fernando dan para mucho, y tú, que los pones como verracos enseñándoles el hombro, tiempo tienes para calzarte a seis, o a ocho, como cuando cobran la soldada.

Y dirigiéndose a Socorro.

—¿Sabemos si apoquinan ayer en el pueblo?

La asistenta lo confirma.

—La fábrica paga, y cuando paga, otros diez o doce pagan.

—¡Vaya! De modo que ayer circula plata y es seguro que tú lo sabes de antemano. Te haces una salida por la falsa, le cuentas a Pedro que viene tu tío y vas a abrirte de piernas toda la tarde. Lástima que te vean entrar en las literas del Tío Feli. ¿A que sí, Navarra? Una pena, una verdadera pena.

—¡Entré con ése, pero no llevaba guita! ¡Me la quiere hacer el muy cerdo!

—¡Ja, ja, ja! ¿Desde cuándo te los llevas tú a la piltra sin verles la bolsa bien repleta? Te estás volviendo muy camandulera, Fermina...

Y con un gesto de cabeza indica a Socorro que la agarre por detrás y la inmovilice.

—Veamos cómo tienes la concha.

La muchacha intenta resistirse, pero Socorro sabe cómo paralizarla. La gobernanta la desnuda desde la cintura y una vez desprotegida, le introduce dos dedos hasta donde llegan, sin despreciar un repaso a toda la vaina, como haría si de amores se tratase. Los extrae y los huele con desprecio.

—Apesta a hombre. Ayer se meten en esta cueva más de cinco y a los cinco les va mal, porque vomitan.

—¡No! ¡Si le huele es del domingo, que con dos estuve y ya pagué por ellos!

—No me gustan tanto los hombres como para olerlos de tres días. Esto es lefa de ayer. ¡Compruébalo tú misma!

Patrocinio le hace tragarse sus dedos y al sacarlos se los restriega por las mejillas. Socorro aprovecha para sobarle las tetas, ahora que la Navarra ya no se resiste.

—¡Deja de tocarla y tumbala en la mesa!

Fermina cae de bruces sobre el mueble y ambas se extasían exultantes ante su culo blanco y sonrosado, que queda al aire para la contemplación, tras haber sido

amasado y golpeado en el comercio carnal.

La gobernanta no escatima tiempo a la escena y de buena gana se hubiera instalado con la boca sobre lo mullido el resto de la tarde, pero no es hora de placeres, sino de castigo.

Con los faldones subidos, Patrocinio extrae de su ligero un pequeño vergajo de toro en cuero charolado que aplica de inmediato al primero de los agujeros que se encuentra.

—¿Llevas encima la plata?

—Sí —contesta la Navarra entre hipidos—. Es toda suya.

—No te esfuerces en ser amable. Ya sabes que no es por la guita, ¡sino por la disciplina!

Y diciendo estas palabras le incrusta con violencia la empuñadura del vergajo haciendo que la muchacha explote en dolor, lágrimas y un hilillo de sangre baje por sus piernas.

—¿Cuántos fueron, mujer? Ahora ya puedes decirlo.

—No sé. Cinco.

—¿Lo ves, Socorro? ¡Afloja la mosca, Fermina!

La Navarra desata la faltriquera, se la acerca y ella la vacía sobre la mesa.

—¡Gran jornada! Hay tardes en las que muchos toreros no reúnen lo que tú. ¡Sesenta reales y veinte blancas! ¿No serían seis los polvos, o es que les subes la apreciadura a los feos?

—¡Cinco, doña Patro, cinco!

—¡Para que veas! Te vas a quedar las blancas, por si tienes que beber un trago para el dolor del ojete. Marcha, mujer, y chitón con todo esto. La próxima vez que quieras jugársela a la Canalla, vigila antes quién tienes a tus espaldas.

—Sí, señora. Perdón, señora.

Fermina sale de la habitación mascullando imprecaciones para sus adentros.

—La cabrona sabe de chochos, pero de puterío ni raspa. Veintidós vergas me trajino en cuatro horas... ¡y con cinco se conforma la muy cerda! ¡Ja, ja, ja! ¡Esos me los follo de una sentada! ¡Me cago en los soldados de España! ¡Cómo duele el puto culo!

Cuando baja, en el anchurón de las escaleras se da de bruces con el director, que se cansa de ver aljibes y brujulea de un lado a otro reconociendo las estancias con don Espíritu de Osuna y sor Consolación de las Llagas.

—Buenas tardes... —dice don Cancio preguntando con los dedos al mayordomo tesorero por el nombre de la mujer.

—Fermina Salas, llamada la Navarra.

—Buenas tardes, Fermina.

—Buenas tardes, señor director.

—¿De dónde vienes tan apurada? ¿Qué perdiste en Descadillar? ¿No es una zona prohibida para vosotras? El Reglamento lo establece.

—Me manda llamar la celadora.

—¿Y qué quería? Tú lloras.

—Me riñe, es cierto. Estuve lenta en los trabajos porque me viene muy fuerte la sangre de los meses. ¡Mire cómo chorreo, don Cancio!

Y levantándose los faldones les muestra el reguero bermellón que le provoca el cuero de Patrocinio.

—¡Tape, Fermina, tape! Que le creemos, por Dios —exclama asustada Sor Consolación.

La muchacha sigue su camino. La monja y los hombres, el suyo, que no es ninguno.

El director comenta lo ocurrido.

—Me gusta la disciplina, como saben. Es imprescindible. Por eso aprecio que doña Patrocinio esté a la que salte. Es gente floja y si no le marcamos con firmeza el sendero, vendrán las malas compañías y estropearán todo nuestro trabajo; pero aunque así sea, no debe recriminar a las internas porque les venga el menstruo, ni convocarlas en lugares cuya presencia está prohibida, porque entonces, lo que tratamos de arreglar por un lado, se nos deshilacha por el otro.

Osuna y la religiosa se miran con gran escepticismo, pero nada objetan al director.

—¿Qué hay aquí? —pregunta don Cancio delante de la puerta donde acaba de ser castigada Fermina.

—Son cubículos sin uso concreto. Al principio pasaban por ellos los hospiciados recién llegados. Los despiojan aquí y el médico los examina por arriba y por abajo, ya sabe, los agujeros. Narices, orejas, boca, vulva, si la tienen, y ano. Pero hoy lo lleva a cabo en su oficina, donde dispone de agua y de sábanas limpias cada vez que hay un ingreso.

—Higiene, mucha higiene —aconseja el director al tiempo que alza el pestillo de la puerta y accede al cuarto.

Ante los tres cargos del Hospicio aparece una escena insospechada. Patrocinio, desnudo el torso, se deja besar por Socorro, cuyas manos se ocupan en abrazar a la celadora de mujeres, como antes lo habían hecho con la Navarra, aunque ahora todo indica que su pareja se deja tocar muy complacida.

Los tres intrusos callan fascinados por el cuadro. Solo Sor Consolación da muestras de retroceder, o de negarse a ver, y se lleva el velo hacia la cara, aunque sin cubrirse los ojos. Patrocinio mantiene orgullosa la mirada con la de don Cancio y Socorro añade al desafío una sonrisa de mala pécora mientras se lleva a la boca el pezón que ya antes lamía. Don Espíritu la mira con curiosidad, pero sin sorpresa. Después de todo, él es una de las pocas personas que conoce a fondo los modos de la Canalla, sin pertenecer a ella, ni sufrirla.

El director cierra la puerta y da por terminado el recorrido.

Durante los días siguientes, el barón de Esteiro Labandal, devenido en director de los Reales Hospicios, penetra a calzón quitado en los secretos de la Canalla y

pretende que sean todos sus miembros, los que la sufren y los que la consienten, quienes pasen por su despacho a informarle e inculparse.

Don Espiritu justifica su silencio.

—Si no le desvelo la existencia de la Canalla es a la espera de que algo fortuito se la ponga delante de los ojos. Y así sucede más pronto que tarde. ¿Cuál sería su reacción si el día de la llegada al Hospicio se la descubro con pelos y señales? ¿Qué pensaría si al presentárselos en el patio, añado de coletilla: Éste también pertenece... éste no...? ¿Habría conocido el Hospicio como ahora lo conoce?

—¡Osuna! ¡Debió de alertarme!

—Y así es. Una tarde se lo advierto y creo recordar que su respuesta, señor director, se limita a decir que lo barrunta. Y añade que en todos los jardines crecen malas hierbas, o algo parecido.

—¿Y eso es conocer a la Canalla? ¡Bueno! ¡Está bien! —zanja don Cancio—. Ya no hay disculpas, ni demoras. Hábleme sin tapujos. ¿Qué es la Canalla? ¿Cuáles son sus reglas? ¿Quiénes están dentro y quiénes la padecen?

—Para que lo entienda pronto y bien, sepa que somos todos. La Canalla es San Fernando.

El director brinca en su sillón.

—¿Cómo, Osuna? ¿No acaba de decir que hay buenos y malos?

—Sí, malos y peores. Por supuesto que hay grados y que nadie es igual al otro, pero por hacer, por callar, por pagar o por cobrar, todos estamos en ella.

—¿Sor Consolación de las Llagas?

—Todos. En fin, seamos justos. Ni el doctor, ni las monjas que se acercan cada día desde el convento de San Juan de la Penitencia, ni ninguno de los que acuden a Henares tienen arte ni parte en ella, pero el resto, incluidos el capellán don Indalecio y el maestro, hasta las cachas.

—Entonces, ¿a qué le dan ese nombre?

—Compréndalo. Es una fábrica. Antes lo fue de paños y ahora lo es de analfabetos, pobres de naciencia y espilochos desharrapados. Si una parroquia y su colación; o un pueblo y su cacique; o el ricacho y su viuda quieren llevar una reata de limosneros que lloren detrás de su féretro, los llevará. Si quieren ver cómo se derraman ríos de lágrimas por el ocupante de una caja al que jamás junaron en vida, haciendo creer a la provincia que fue querido, honrado y virtuoso, el Real Hospicio se los proporciona a cambio de cuartos, no muchos, unos cuantos cobres, tres pesetas y calderilla. Y esas monedas llegan a todos... incluido al director; si así lo desea y sabe cerrar el pico.

—No me diga más. Atendiendo a razones de caridad cristiana.

—Pues sí, de caridad.

—¿Con Olavide también?

—No. A él no le da tiempo. En su época no existe la Canalla. Sucede con los otros directores. Pero antes de que emita ningún juicio precipitado, tenga presente lo

mucho que se benefician los mendigos galloferos de tal invento. A ellos se destina parte de la guita. La mitad, a mejorar el condumio que reciben y la otra, a sus bolsillos.

El barón va de sorpresa en sorpresa, y de no cerrar las cortinas de los ojos, se le secan y debe restregarlos con los puños cerrados.

—¿Y salir por la falsa? ¿Qué debo entender de esa frase que algún imprudente pronuncia en mi presencia?

—Un impuesto, una tasa. Otra recaudación que a todos favorece. El régimen de salidas es muy estricto. Es obligatorio que los acompañe un familiar, pero nadie se acuerda. De no ser así, deben salir con un vigilante, pero ni unos lo desean, ni otros se dejan. Los horarios son escasos. Ni tiempo hay para acercarse a Madrid, que es donde bullen las monedas. La que es puta, puta se queda, y ya puede usted ponerla a rezar las misas tridentinas, que solo conseguirá hacer de ella, como mucho, una puta beata. Beata sí, pero perendeca. El ladrón... ¿qué sabe usted de cortar bolsillos, barón de Esteiro Labandal? Por necesidad, dicen. ¡Ja! Lo más granado de la rufianesca, desde los cherinolos con entorchado, a los maleantes descuideros, lo son por vocación, porque les sale del alma y porque así lo han hecho desde que maman de los pechos de las coimas que un día, o tan solo unas cuantas horas, fueron sus madres. Créalo, ahí lo maman, porque las fulanas ni siquiera les dan leche, sino que son ellos quienes la afanan, a codazos con otro churumbel que se la guinda.

Don Cancio, permanece a la escucha en silencio, recupera el resuello e insiste con timidez:

—¿Pero de qué se trata? Aunque temo saberlo por entero, todavía no lo escucho de sus labios.

El mayordomo tesorero imita al director y también se toma unos segundos antes de darle respuesta.

—El interno que desea salir fuera del horario, o regresar más tarde de lo establecido, saltarse una lista, no acudir al almuerzo, pernoctar una noche fuera del asilo, alejarse más allá de lo que el reglamento marca... abona una iguala y sale del establecimiento por la falsa. Eso es todo.

—Y esa cantidad se la reparte la Canalla, intuyo.

—Sí, la organización y ellos mismos, porque si roban, murcian, se prostituyen, o trapichean, si encuentran, venden o negocian, deben declararlo y pagar el porcentaje que a cada cobro está establecido. Y de lo recaudado, les llega cada mes una prorrata.

—¡Arcangélico! ¿Y cómo se controla ese tráfico?

—Como en la calle. Con palizas, registros y bravatas. O mucho me equivoco, o esta tarde la celadora le mide las costillas a la Navarra por algunas redondas que ella deja de ingresar. Y si no es Patrocinio, será Simón quien levante la vara. Es la ley.

—La ley de los sin ley.

—O la de quienes la buscan cuando otros no la dan. Señor director, nada le descubro si le digo que sus refugiados son la hez de la sociedad, los míseros, los

olvidados, los que jamás visten púrpura, ni provocan más que asco. La Canalla es más que su familia. Basta que la organización se preocupe si entran o salen; basta que se sientan controlados para que se creen amparados. Sí, también los explota, les pega y hasta tortura; pero para ellos, ser explotado es ser querido, que en el mundo ni para eso los han mirado.

—¿Y el capellán? ¿Qué opina de todo esto?

—¿Don Indalecio? No se entera. O para bien hablar, sí lo hace, pero como recibe un pico y no ha de saber de dónde sale, se olvida de preguntarlo. Lo mismo que el médico y enfermeros, que como no viven entre estos muros, vienen, cobran y se callan.

—¿Y a Patrocinio le gustan las fulanas?

—Ja, ja, ja —se ríe don Espíritu sin traba—. Sí, le gustan con locura. Como a usted y como a mí. Imagino...

El director digiere lo que escucha. Se levanta, atraviesa cuatro veces la pieza y se decide:

—La Canalla continuará, pero yo seré su jefe.

Y luego del paso de un ángel, temeroso añade.

—¿Qué opina? ¿Será bien vista la novedad?

—Señor director, llegadas a estas confianzas, permita que le adelante un misterio. A la Canalla le da igual lo que usted piense. Va a continuar de cualquier forma y si usted no la admite, es posible que algún día aparezca tirado en un pasillo, abierto de asaduras y con ellas fuera, enrolladas al cuello. Y aunque la consienta, no se haga ilusiones; con su gesto no evita que lo rajen. Le aconsejo que me imite, que olisque por dónde viene el viento y adopte una postura favorable. Si quiere a sus pobres, será la mejor manera de ayudarles, y si no los quiere, será la forma de ayudarse a sí mismo, sin caer un día rebanado por chairas como las de aquí dentro, que ya no cortan ni el queso y que producen más espanto por sus heridas que por la muerte. Piense, ¿de qué va a ser usted el gerifalte? ¡Gáneselos! y si tiene suerte en el empeño, quizás en poco tiempo besen por donde pise.

—¿Y a Patrocinio? ¿Qué le digo a Patrocinio? Aconséjeme, Osuna; que esto es una cueva de inmundicias.

—¿A ésa? No sé. Regáñele y que se cuide de besar a Socorro en los camarotes de Descadillar. Ella, que duerme bajo llave en la Oficina de Lanás, bien puede evitar que la vean con el culo al aire y sin refajo cuando acaricie a su coñete. O mejor, no le diga nada. Mírela con altivez. Ella entenderá y se cuidará. En San Fernando ocurre lo mismo que en la corte, apenas una insinuación basta para indicar cómo le gusta la tortilla al Rey. Y ahora, si usted me lo permite, debo cuadrar el estadillo, que fuera de estas paredes nadie sabe de Canallas, ni del dinero que se mueve, pero sí de la cuenta que cada mes nos exigen.

—¿Lleva dos libros de cuentas? Descúbramelo ya.

—¡Tres! El que muestro al secretario del Despacho de Fomento, el de la Canalla

y un tercero donde se juntan ambos. Los tres son necesarios.

—Eso podría costarnos el pellejo.

—No exagere, ¿o cree que los Reales Hospicios somos los únicos que jugamos sucio en el reino?

—Lo confieso, Osuna. Es mi primer cargo en la administración.

—Bien se ve.

—Pero Floridablanca...

—Bien se ve, también.

Don Espíritu marcha y antes de cerrar la hoja, don Cancio lo despide desde su mesa.

—Muchas gracias. Y perdón por haberle gritado.

—Va en el cargo. Y no es usted de los que más lo hacen.

El director sopesa la existencia de la Canalla en el silencio de la estancia. Medita en su cargo recién estrenado, en lo poco que de él conoce cuando llega al Hospicio y en los internos que hacen negocio de su pobreza sin saber cuál es el final de la cadena, el paupérrimo.

Aquel destino cobra nueva forma. No es ni la institución que la Caridad reclama, ni el lugar donde hacer méritos ante la corte. Pero él seguirá, seguirán todos, como si nada hubiese pasado, y el viento por donde venga moverá la veleta de costado. Gran consejero este panoli de Osuna.

* * *

Madrid / Calle de las Infantas

Los marqueses de Curazzo devuelven el convite de una de sus acostumbradas cenas a los anfitriones de la anterior, aunque por causas de variado pelaje, a su convocatoria solo acuden los barones de Esteiro Labandal, don Cancio y doña Mariana Leonisa, don Emilio Cenarrusa, el conde de Sanchezcapitán, don Goomer Astudillo, y los señores De las Casas Junquera.

Por ser tan pocos los invitados, nadie hace apartes durante el copetín de aperitivo, de modo que todos atienden a Curazzo cuando se dirige a don Cancio, cada día más propenso en el vestir al modo del barrio de Maravillas, como también lo hacen otros nobles atrapados por el majismo tan en boga que los aleja de los petimetres, de los remilgos franceses y de la moda de París. Quién lo diría de aquel hombrón que lleva a rajatabla el protocolo y critica a sus iguales si no usan las casacas con decoro. Mírenlo hoy con incipientes patillas y bodoques negros flotando en la pechera a la vera de su manola.

—Brindemos por el barón de Esteiro Labandal, que celebra la jornada de hoy

como algo solemne.

El aludido se intriga.

—No entiendo. ¿A qué viene tu brindis?

Don Saturno sonríe abiertamente. Consigue que sus invitados estén sobre ascuas y la cena se presenta amena y distendida. Al borde de su sesenta cumpleaños, es uno de los mayores placeres que le restan. Charlar con los amigos en cultiparla sobre los asuntos que él considera de interés y rescatar la charla del pedestrismo monetario en el que se enzarzan Cancio Sacido y el propietario De las Casas Junquera, entre otros. De anfitrión como esta noche, la tarea es viable. Les ofrece un cordero en tubilustro y eso paga cualquier exceso trompetero.

—Hoy se sabe, y aquí tenemos a Cenarrusa para confirmarlo, que nuestro Rey y Señor coronará las obras del Salón del Prado con las figuras de tres dioses paganos y reservará el sitio preferente a uno de ellos, el que a mi juicio presenta más ribetes místéricos de los tres, la diosa frigia Cibeles, la Gran Madre. ¿No es así, querido Emilio?

—En efecto. Salvo en lo que se refiere a rituales de iniciación, tu información es exacta.

—No digo yo que el Rey los exija, sino que la diosa los usa.

—Algo oí del homenaje —presume don Cancio—, aunque ignoro por qué he de estar yo de especial enhorabuena.

—Como sabes, conocemos bien Roma y lo romano. Saturno mucho más que yo, por supuesto —ahorra Violeta que su marido se dé más pompa de la necesaria—. Los orígenes de su título lo delatan y ¿qué me dicen de su nombre, sacado de las mismas entrañas del Olimpo?

—Sí, es cierto; fui extraído del vientre de mi madre un *saturday* por la tarde, como hoy, de ahí mi nombre —bromea Curazzo—. Violeta se ha convertido en una experta romanista, y en especial, podría contarnos muchas intrigas de esta Cibeles que tan fuerte pisará aquí en Madrid.

—Sigo sin verme por ningún lado. ¿Tú lo entiendes, Mariana? —se inquieta don Cancio.

—La peripecia es sencilla, barón. Los sacerdotes de la diosa, los denominados *metragyrtes* o los *galli*, son impecunes mendicantes a los que ella protege de todo mal. El pueblo les arroja monedas y nunca nada les falta... Miento, pues muchos carecen del escroto que gustosos se arrancan para ofrecérselo a cambio de esos favores. Y si en Madrid hablamos de indigentes, en ningún lugar abundan tanto como en los Reales Hospicios que tú diriges. ¿No es cierto?

—Vista así la novedad...

—¿Y de qué otra forma debe verse? Alégrate, porque a tus blancas palomas no solo han de ayudarle los santos del cielo, sino también la diosa de Alcalá, la poderosa Gran Madre del Palatino.

—¿Es muy poderosa la deidad que nos viene? —se interesa don Cancio.

—¡Vaya si lo es! A buen seguro el Rey piensa en ello al traerla. Llega a Roma para librar la Ciudad Eterna de la grave amenaza de la hambruna y de paso, protegerla de Aníbal, que merodea con peligro. ¡Ninguna otra divinidad fue reclamada como ella! ¡Ninguna cumple con tanta eficacia su cometido! Y así continúa siglos más tarde, como atestigua lo acontecido con el ramplón Nero.

—¿Qué pasó?

—¿Os lo cuento en corto?

El afirmativo es general.

—Resulta que no pudiendo soportar el emperador que nadie le aventaje en poderío e influencia, Nerón hace que lo conduzcan hasta la estatua de la diosa; esto es, hasta la piedra negra del betilo meteorítico que la representa, y una vez en su presencia, orina sobre ella el muy cabestro.

—¿Y se venga Cibele? —pregunta Mariana muy intrigada.

—Y tanto. Lo lleva al suicidio; aunque siendo Nerón tan bagatela, tan poca cosa, ni fuerzas reúne para acuchillarse a sí mismo y debe ser el liberto Epafrodito, el del famoso jardín romano, quien empuje el jifero hasta provocarle la muerte.

—¡Dios mío! —exclama la señora De las Casas—. ¡Qué suerte tenemos en nuestros días, que por fortuna estas cosas no suceden!

—Pues ya que hablamos de cuchillos —sugiere Violeta con sonrisa tentadora—, pasemos a la mesa, que el cordero nos espera.

* * *

Madrid / Plaza de los Afligidos

Tras la cena en Infantas, los barones de Esteiro Labandal penetran en sus aposentos más tarde de lo acostumbrado, pero ni con ésas don Cancio da muestras de haberle llegado la hora del sueño. Saturno Curazzo le facilita un ejemplar del libro *Cybèle, la Grand Mère des dieux*, de Henri Trennaut, impreso en los Países Bajos por los Elzevier, y él piensa sacar fuerzas de flaqueza para devorarlo aquella misma noche, gracias al dominio de la lengua francesa que sus padres le procuran cada verano con largas estancias en Behovia, donde el viudo Evelio Sacido, hermano de su padre, y sus tres chiquillos, poseen una gran extensión de la Rue de Santiago, la única calle en la que un gallego trasplantado durante el verano a Francia podría vivir.

Aunque lanzado al majismo en ética y estética, don Cancio conserva el suficiente francés de aquellos años como para llevar la empresa a buen puerto, lo cual no evita la extrañeza de Mariana, pues su marido es de rígidas costumbres, dormir pronto y sin lecturas.

—Cariño, ¿te extiende la pomada?

—Estoy bien. No la necesito. Voy a leer un rato y no creo que los dioses me alteren.

Mariana recoge el tarro con el preparado de *Agnus castus* y lo guarda en la mesilla. También ella se da cremas en la cara y se salpica con los polvos que suavizan todo el cuerpo.

—¿Cómo dices que se llama la que acerca el Rey a Madrid?

—Cibeles.

—Solo se comenta que se instalará su imagen en el Prado. Dudo de que a la ciudad le suponga la importancia que le estás dando.

—Esto es una señal del cielo. ¿Cuántos dioses paganos podría haber escogido el Rey para la fuente? ¿Tres mil? ¿Cien mil? ¡Los que sean! Pero se queda con Cibeles, la patrona de los desprotegidos. ¡Y como bien sostiene Curazzo, hablar de pordioseros en Madrid es hablar del Real Hospicio de San Fernando!

—Si lo quieres ver así...

—Lo quiero y lo deseo. ¿No te adelantó nada tu amigo el escultor?

—¿Quién?

—Atilano. Atilano Córibas, el que conocimos en el Palacio de los Vargas.

—¡Qué va! ¡No lo he vuelto a ver!

—Creí lo contrario.

La baronesa acaba de acicalarse algo alterada y se sumerge en la cama.

—Pues no. Con la diosa te dejo. Si tú la cambias por el reposo, yo no. Hasta mañana.

En varios días don Cancio no se traslada a San Fernando como anuncia en billete lacrado a don Espíritu de Osuna enviado por medio del Negro Tomás. El tiempo se le va entre los dedos. No solo estudia a fondo la obra de Trennaut, sino que solicita a Curazzo otras sobre el culto de la diosa frigia que existen en su bien nutrida biblioteca. Desde esa noche en Infantas está dominado por la obsesión del conocimiento, como si ésta fuese la peor de las pesadillas y cuando da con un ejemplar de *Die etruskische Religion*, traído desde Berlín a las estanterías de Infantas, contrata al traductor de la legación del Sacro Imperio Germánico para que se lo lea de cabo a rabo en el mirador de su palacete, allí donde Mariana confiesa a Violeta consumir la languidez de las tardes en la contemplación de los paseantes.

* * *

San Fernando de Henares / Real Hospicio de San Fernando

Al regreso del director, Osuna rinde novedades.

—Algo extraño sucede durante su ausencia. No sé. Es como si un ángel les

hubiese curado a los internos el mal de la melancolía que arrastran desde el nacimiento. Todos se muestran más vivarachos y activos. Aunque esté mal reconocerlo, aumenta el número de los que salen por la falsa. Pagan sin rechistar y luego hacen cuentas de sus pasteos sobre cantidades nunca antes vistas.

—¿También aumenta el fornicio de las que se entregan?

—Sí. Escandalosamente. Ayer salieron quince y entre todas recaudan más de cuatrocientos reales, que cobra en su parte la Canalla. Patrocinio, que de eso sabe, asegura que no hay engaño. Desde primeras horas están fuera otras veinticuatro. Madrid lo notará y nos lo afeará con el dedo.

—No lo creo. La capital crece de día en día y sus calles ocultan a cientos de meretrices. En cuanto a la melancolía, hablas con razón. Los griegos la llaman la bilis negra, que es su verdadero significado. Una enfermedad que afecta por igual a mustios que a depresivos. Los internos la arrastran como parte de su condena, pero nuestro Rey y Señor prepara un arma poderosa para atajarla y seremos nosotros, los más desfavorecidos, quienes obtengamos la mayor protección de la medida.

Don Espiritu escucha *in albis* al barón.

—¿Se creará un patronato? ¿Acaso un nuevo hospital para mendigos?

—Mucho mejor que todo eso. Creará un monumento con el que Madrid y sus pobres estarán a salvo de peligros. A cuentas viejas, barajas nuevas. Ven, debemos actuar sin dilación.

El barón de Esteiro Labandal se lleva del brazo a Osuna y al ritmo renqueante que marca su bastón contra el suelo, entran juntos en la Oficina de Lanas, donde Patrocinio hace recuento de sábanas. Se la lleva. A ella, a Sor Consolación, al despensero y al guarda-almacén encargado de las ropas. A todos los conduce a su despacho y los sienta donde puede antes de hablarles.

—¿Cuántas internas saben coser?

—Mal que bien, si contamos las que dejan a su paso culos de pollo, todas las mujeres mayores de catorce. ¡Es nuestra especialidad heredada de los Paños! — contesta el guarda-almacén con orgullo.

—¿Cien?

—Muchas más. De tres cienos no baja la cuenta.

—Magnífico. ¿Hay agujas para todas?

—No, ni lo sueñe, señor director —interviene la monja—. Ni dedales, hilos, tijeras, espejos, tizas o reglas. Es nuestro empeño contar con utensilios, avíos y trebejos para que cosan desde que entran aquí, pero no. Son muchas y nunca hubo largueza en el material.

—Es igual. Nos haremos con todo lo preciso. Hay que ponerse a trabajar sin demora.

—¿Y qué hay que hacer? —pregunta don Espiritu, como si descubriese con ello el gran arcano, pues los demás corean su pregunta.

—Sí, eso ¿cuál es el trabajo?

Don Cancio responde pletórico de entusiasmo:

—¡Hay que vestir a los internos con trajes frigos! ¡Y mezclados con ellos, trajes romanos, que de allí viene también la diosa! ¡Túnicas, togas y remiendos! ¡Cigarras, trenzas y ajocas! ¡Al noble y al ilota! ¡A la muchacha y al hermafrodita! ¡Un pueblo de fieles cibelinos!

Lejos de ser contagiados por la pasión del director, los allí presentes se miran con una interrogante trazada sobre su rostro. ¿Qué dice este hombre? ¿Qué locura atrapa su entendimiento?

—En el almacén hay telas suficientes para la empresa, ¿no es así?

El ama Patrocinio corrobora el sentido de la pregunta.

—¿A los restos de la Fábrica de Paños se refiere el señor director?

—Sí, a éstos.

—Desde luego. Si se echa mano de todo cuanto hay almacenado, nos salen túnicas para toda Castilla.

—¡Pues suena la hora de que sea útil la herencia de la Fábrica! ¡Adelante!

* * *

Madrid / Plaza de Afligidos

El día de las ropas, o como dicen en San Fernando, el día en que vuelve la Fábrica de Paños, don Cancio envía al Negro Tomás en la carreta a su domicilio de Afligidos con instrucciones exactas. Se presentará ante doña Mariana Leonisa y le hará llegar la lista elaborada con lo congruente para emprender el trabajo de costura. Con ella le entregará una bolsa con caudales suficientes para abordar el gasto. Después debe acompañarla a donde le indique, pues la baronesa ya está avisada del negocio. Adquirirá la mercancía y bien aprovisionado del encargo, volverá a Henares, no antes de anochecer, según cálculo del director y del mandadero.

Tomás engancha las acémilas a la tartana y se pone en camino a paso ligero. Antes de llegar al palacete de Afligidos deja la recua en Santa Cruz, donde hay cuadras y le conocen, porque a un negro y a sus mulas no todos lo reciben con agrado. Por el negro, que a las mulas las admiten si alguien paga. Llama y el criado Perico, de vista estrábica y rostro cribado de viruelas, lo conduce al mirador, donde la baronesa observa la vida, y tal como le viene, la plasma. Ése es el artificio que llama de magia o apariencia, por el acierto que consigue la sibila.

El fámulo lo precede por las escaleras de caracol por las que se accede a la galería y que se cierran mediante una trampilla en el suelo. Una vez frente a la dama, vuelve sobre sus pasos.

Al verlo, a la baronesa se le nubla el entendimiento y se le ilumina la mirada, que

ambos efectos en sí mismos no son contradictorios. Perico lo advierte con uno de sus ojos antes de cerrar tras de sí la puerta y marchar riéndose por el azoro que advierte en su señora. Qué errores comete a veces don Cancio. ¡Traerle la gallina a la zorra!

—¿Tú eres el hombre que me manda Cancio?

—Sí, señora.

—¡Qué alazán se pierde el teatro!

—No del todo, señora. Por veces subo a la escena en los Caños del Peral.

—¡Cierto! ¡Te conozco! Te vi en alguna representación. ¡Y también al pescante de simones! En el de los Curazzo.

—A eso me dedico. Conduzco, admito recados... Hago lo que puedo y lo que me mandan.

—¿Pero estás en la casa de corrección de Cancio? ¿Eres hospiciano?

—Ya no. Lo fui por desgracias de la vida, pero desde hace años vivo fuera. En Las Urosas tiene usted su casa. Sin embargo la querencia me sigue llevando a San Fernando. Allí me aprecian y yo a ellos. Hay trabajos y se gana algo de cobre. El señor barón me aprecia mucho, como siendo yo niño lo hace don Pablo de Olavide y los otros directores. En fin, siempre hay chapuzas que arreglar, y como de noche me quieren de cochero... ya se imagina, señora. Más vale blanca de paja que maravedí de lana.

Mariana se acerca al hombre y comprueba asombrada que le supera la cabeza. Luego insiste en el interrogatorio.

—Entonces eres tú el que también sirve de compañía a las damitas.

—A veces, es cierto, alguna señora sin cortejo me llama para no ir sola en sus viajes, en sus bureos, a misa, de compras, a conciertos; aquí por Madrid, o más lejos.

—¿Y qué te piden? ¿Solo que estés cerca? ¡Con esa planta... a más de una se le vendrán los demonios a la chaveta!

El Negro Tomás remolonea su respuesta para no cerrar puertas al negocio de la carne. La baronesa va directa a descubrirlo, y quizá no se conforme solo con eso, al recordar ahora que una de sus amigas, todavía con la miel de Tomás en el paladar, lo cotillea entre las mujeres sin ninguna precaución. Un negro, le cuenta, un negro de piel brillante que al África me lleva. ¡África! No es necesario viajar tan lejos. Estando el barón en San Fernando, buen lugar de caza es el mirador de Afligidos.

Tomás resuelve tirar por la calle del medio.

—De todo hay, señora.

—Y tú, ¿qué haces cuando estás con ellas?

—¿Yo? Mi trabajo, que es cuidarlas.

—¿Te piden que las lleves a la sierra?

—Con la calor.

—¿Y se tumban en la hierba?

—Las hay que sí.

—¿Y tú? ¿Las cubres con la manta?

—Si viene el viento.

—¿Y con tu cuerpo?

—Si arrecia.

—¿Y las besas?

—Solo si me lo piden.

Mariana merodea alrededor del cochero. Allí plantado, cuan alto es en medio de la estancia, lo escudriña y se atraganta al ver cómo aquellos músculos que redondean los brazos a manera de columnas salomónicas, suben al cuello desde su casaca leopardina y se pierden en una cabeza rotunda, rutilante y sable como el charol chino de sus botines. Tampoco desprecia la visión de las piernas, cuyo robusto contorno se hace evidente bajo las medias calzas de color gris que sobresalen al calzado y que cubren del joven cuanto tiene. El paisaje se interrumpe por un cinturón de tafilete que anuncia el comienzo del chaleco, la pieza que completa la librea, aunque el de Tomás, a la vista queda, se hace de dos modelos diferentes. En la parte superior, unas telas cerúleas que resaltan su piel oscura, y debajo, de aguas marinas, que al ser el galán tan llamativo, casan por la vía de apremio, pero que en un lacayo blanco y de remos escomendrijos lo chafarían. Todo ello dicho como comadorean en sus tertulias las amigas de Mariana, que visten a sus criados al dictado de Inglaterra, a juego con las soperas y éstas, con los cortinones y guardamalletas que Maciel Dupré trae cada año de París. O en menor plazo estos últimos tiempos, porque Dupré asegura que allí ya no se vende nada como se vendía.

Pero más allá de las ropas que gasta el fornido conductor, a Mariana le atrae lo que ocultan debajo.

—¡Qué trabajo más placentero! Seguramente también te obligan a realizar esfuerzos desagradables. ¿No me digas que esas casquivanas nunca te llevan las manos... ahí?

Y los dedos de Mariana caen sobre el bulto que se adivina poderoso y que solo con el palique mantenido, ya demuestra sus ansias de crecer.

Atacado en su masculinidad, el hombre cambia el tono de sus frases, aunque no así la compostura, que mantiene hierática como paje de puerta en mañana palaciega de trasiego diplomático.

—Cuando una hembra cruza a ese desfiladero, el hombre se convierte en un ser muy peligroso.

—¿Ah, sí? ¿Y qué le ocurre? ¿Le nacen colmillos? ¿O acaso le crecen otras partes de su cuerpo?

La dama lleva la palma de su mano izquierda arriba y abajo del bulto, que así cobra un tamaño sobresaliente. La otra, aburrída, rodea las nalgas del cochero y allí inicia en redondo nuevas caricias con las uñas puestas en garra, para que resbalen por la seda gris hasta alcanzar sus prominentes muslos.

—Se transforma en bestia del Averno que no obedece a la mente, ni al corazón, sino a los impulsos de su verga, y ciego como está, se mueve con torpeza.

—¡Vaya! Además de acrecentar los músculos, te has preocupado de instruir tus pensamientos. Me gustas mucho y vas a comprobarlo.

La baronesa sube sus dos manos hacia el inicio de las calzas y cuando se asegura de poder agarrarlas por detrás y por delante del cochero, las baja hasta dejar al descubierto su rotundo miembro, que no por presentado bajo la tela, le parece ahora menos salomónico.

—¡Qué espectáculo estoy a punto de perderme!

De regreso a la realidad por un instante, Mariana corre hacia la trampilla de las escaleras y le pasa la aldaba para quedar en cierres. Corre para recuperar su anterior postura, agarra la tranca del moreno y se la da en banquete. No hay grandes miramientos en el condumio. La traga, la devora, la chupa, la pasea, la relame, le dedica atenciones al escroto y sigue con ella, hasta que el Negro Tomás responde por completo al homenaje y anuncia que desea moverse con destreza. Entonces es él quien la domina por la cerviz como gata a su camada, la tumba sobre la mesa, se abre paso por detrás como un salvaje y la posee con la violencia que se espera de un primate o de ese ser tan peligroso que antes de aparecer le adelanta a guisa de heraldo fornicario. Le amasa los pechos tras romperle el traje lo necesario y brinca por el envés como el jinete que doma garañones, como el vaquero que hierra su ganado e inmoviliza a la ternera para que no se chafe la divisa.

En el trote Mariana Leonisa pierde el grito, el collar y todo lo que de esposa conserva, pues abierta en canal sobre el velador se escapa, se funde y se derrite al tiempo que Tomás también relincha y traquetea con espasmos la pata del mueble donde empuja.

Desencajada, despeinada, desarropada, la baronesa se vuelve con dignidad hacia aquel coloso que guarda apresurado su lanza pinjante. Lo observa en silencio hasta que acaba de acicalarse y regresada ya a señora de la casa, abre un cofre con dinero y le ordena los pasos que debe dar.

—Ve abajo. Doña Pacita será quien te acompañe a esas compras. Ella sabe.

Cuando el recadero inicia la retirada, escucha la última sugerencia de la dama, que al tiempo de colarle cuatro monedas en el bolsillo de la librea, le susurra con renovada picardía.

—¡Ah! Y no dejes de visitarnos, aunque el barón no esté en casa y permanezca en Henares. Hay tardes en las que algún amigo necesita de manos fuertes como las tuyas.

—Lo que mande la señora.

* * *

Es la primera vez que un centro perteneciente a la Junta de Arreglo de Establecimientos Piadosos de España acomete un trabajo comunitario de índole iniciático, dramático y misterioso, y también, la única en la que nadie, salvo el barón de Esteiro Labandal, sabe a ciencia cierta qué hacer para llevar a buen puerto una empresa que desconocen de parte a parte, aunque les guíe un querube visionario con el rumbo correcto en cada duda.

Dos docenas de internos mantienen el oficio de manejar las once máquinas supervivientes de las dieciséis que trae Olavide. Por eso, aunque hilar y tejer no sea la encomienda, saben de telas los que más. Y de dirigir, organizar y dar soluciones. Son los cachicanes de la obra.

Otras tantas mujeres que reciben el mismo cargo disponen cada una de veinte operarias a sus órdenes y los varones les sobran. A todos pueden señalar cualquier trabajo y disponer así de recaderos, conductores, porteadores o gente para la intendencia, sin contar en esta nómina ni al Negro Tomás, que ya ejerce como tal, ni a Simón, Crispín y Tadito, el paradito, que también viene y va, con una carretilla, a misiones de cercanía y poca enjundia. «Tadito, llévale esté mantel al párroco, que ya está zurcido». Y se lo lleva. A los jefes de grupo se les indica por todo rumbo que deben procurar trajes de apariencia frigia y romana para vestirse ellos y otros diez. Dos razones amparan a los que no cosen, bien porque son torpes, enfermos o mangantes irrecuperables, bien, porque forman parte de los retenes que se encargan de la buena marcha de la casa mientras dura el trajín. Su cometido incluye el férreo control que ejerce la Canalla y al mismo tiempo, la vigencia del Reglamento aprobado por el Rey nuestro Señor don Carlos III Q. D. G., en perfecta comunión orgánica, tal como aconseja la máxima cazada al vuelo de los evangelios que habla de dedicar una vela a Dios y otra al diablo. La Canalla fomenta los caminos para desobedecer las normas; pero sin éstas, los mañosos carecen de sentido y viceversa. Eso lo comprende el barón desde que su vista se queda colgada de los pechos de Patrocinio, antes de que don Espíritu le dé la clave. Desde entonces, a tal principio se amolda como hiedra al chopo.

Si a las sastras y alfayates les preguntan por el corte de los vestidos, quién los dicta o quién los inventa, dirán que nada saben. Que ni don Cancio, ni Osuna, ni Patrocinio, les hablan jamás de cómo han de ser los pantalones sarabaras de los frigios, si anchos de salida como calzones de odalisca, calza floja o muy ceñidos. Dirán que a ellas les guía un raro instinto de hacerlo como si supiesen lo que están cosiendo, o es el Espíritu Santo quien se lo sopla. Las calzas, flojas y recogidas por los tobillos; los gorros, rojos como esas barretinas de uso en tierras catalanas. La túnica, copiosa, que caiga elegante en delantera y que deje un brazo libre y cubra el otro, que sea el de la mujer de doble vuelta, ceñida y de manguilla. La de Atis, túnica manicata, que lo distinga. Orlas, grecas, meandros. Que emperejilen los brazos con ajorcas y al pelo lo atusen con trenzas, rizos y tirabuzones. ¿Por qué? Lo ignoro, a lo mejor fue en sueños. Para los romanos, túnicas axemas. ¿Y qué sabrán éstos de qué se

trata? Mucha púrpura y medias calzas, como las de ahora, pero por debajo de la toga. Hagan cenefas de vainicas, laticlavios de tribunos y angusticlavias con tiras de púrpura. Trabeas, por si hay emperadores, pénulas y lacernas. Háganse abollas, endrómidas para los pies, por si viene el frío, petasos, para guarecerse del sol, y cymatides de verde marino que contrasten sobre el blanco desconchado de los muros hospicianos. Y también dice don Cancio que una mujer ha de ser Cibeles, coronada de murallas, con su tympanon en las manos, un tambor que retumbe a su paso, el kalatos por peinado y amplios ropajes que sobresalgan al frente muy solemnes. Cuchichean entre ellas que hará de diosa la Navarra, aunque Patrocinio apoya a su Socorro y el barón menciona a su esposa cuando habla con Osuna. Mas a don Cancio, si le preguntan por la directa, niega la mayor y se enroca. «No hay Cibeles... todavía».

En esas extrañas circunstancias y sin saber razones ni motivos, los hospicianos se ponen a trabajar tras aquellos fines de forma que hubiesen cosido desde la infancia a las órdenes de Petronio y es causa de asombro verlos cómo se prueban los tules y las sedas en cuanto sus modistas y chalequeras las ajustan a su calaña, y cómo se consume más que nunca el agua del aljibe, porque los pordioseros quieren liberarse de la mugre y de la mierda, oler bien a sus colegas y desarroparse sin reparos ante ellos en lucimiento de espaldas, atributos, culos, piernas o domingas como si sus formas tuviesen algo de magnificentes, de numinosas y de divinas. Esto es así porque el grupo trabaja a destajo, en cortes, costuras o pliegues drapeados, y siempre hay uno de ellos, varón o hembra, que revolotea semidesnudo entre el corro, rozándose, pellizcando, tocando o dejándose caer con todo el descaro sobre aquél o aquélla que le plazca, sin reparar las más de las veces en su condición desprotegida, y en la abundancia de agujas, fíbulas, tijeras o alfileres, por lo que son frecuentes los pinchazos en glúteos y barrigas, voluntarios o casuales, dolorosos o chistosos. La fiesta es tan grande que nadie se encarga de convocarlos. Se apuran las otras obligaciones para sentarse cuanto antes en los pasillos y repasar uno a uno los hilos necesarios para el terno, la clámide o la mantilla. Las salidas a Henares disminuyen y las féminas que van a diario hasta Madrid para entregarse, se quedan en el cotolengo muy formales, pues habiendo comida en el puchero, en risas se pasa bien la tarde, sin abrirse de piernas a ese cabrero de la sierra al que le huelen sus entretelas a peste negra y aunque por mamarla se cobre el doble, hay trabajos que ni forradas en oro son de recibo. Bien mirados, lavados y con ungüentos, aquellos miserables, cercanos y familiares, son tan hábiles por detrás como por delante, y ya en camastro, te quedas muy dormida en calor y compañía, sin necesidad de correr el muro, o de escamotear los tres peligros: la lluvia, que estos días cae en gruesos goterones; la porra, que a las mancebas persigue con porfía, y la Ronda del Pecado Mortal, que con salmos *de profundis* arruina a cualquiera el contubernio.

Y hete aquí que entre tanta diversión se acerca la fecha de la Visita Anual, inexcusable de ser pasada para que el asilo continúe abierto. Sobre dicha inspección

manda el Reglamento de los Reales Hospicios que tres semanas antes de la Pascua de Resurrección han de ser avisados los señores visitadores sobre el hecho de que es llegada la hora de realizarla entre ese día y el Domingo de Cuasimodo. Resulta extraño a quienes descubren el mundo de la caridad que sean tan precisas las reglas a la hora de señalar la fecha de la Visita, y al mismo tiempo pongan todo el celo en que ésta sea secreta, a fin de inspeccionar la casa entera como si nadie conociese su presencia. ¿Qué nadie lo sepa y todos los años se convoque tres semanas antes de la Pascua de Resurrección? ¿Quién legisla en este reino?

Componen este año la Visita, el vicario general y moderador de Curia, Ángel Lancha Salazar, que sustituye al arzobispo de Toledo, Francisco Antonio de Lorenzana; el regente de la Real Audiencia, Benigno Fueyes Bermúdez, el fiscal de lo civil, Antonio Portocarrero, de lejana parentela con los Curazzo, y también lo sería don Cancio, que como director del establecimiento debe acompañarlos, pero el barón se excusa por razones de palacio y deja en su lugar a don Espíritu. Bien entendido que sus verdaderos fundamentos son los de no intimidar a los visitadores y permitirles una inspección profunda y rigurosa, como así sucede, pues se sabe triunfante.

Los hombres de la inspección realizan el recorrido acostumbrado, desde la Oficina de Lanás a Prensas, sin olvidar cocina, capilla y Descadillar. A todos cuantos tropieza, pregunta el vicario Lancha en su papel de arzobispo y de todos recoge repuestas que a sus oídos suenan como música celestial, cantada y rimada.

—¿Estás contento, hijo mío? ¿Cómo es que te tratan?

—De maravilla, padre. Muy contento.

—¿No es duro el Reglamento?

—¿Qué va a ser, padre? ¡De dicha y felicidad es instrumento!

—¡Qué portento!

Patean los pasillos que antes ocupan los camastros y los más menesterosos, tirados a ambos lados. Hoy están los grupos de trabajo, las modistas y jefes de cuadrilla. Todos laboran sin levantar cabeza.

—¿Qué hacéis? ¿A qué tamaño esfuerzo?

—Son sacrificios que nos exigimos.

—¡Bendita locura!

Ya es suficiente. La Visita se cumplimenta con premura. Osuna les ofrece un almuerzo y juntos esperan al barón, con quien se reúnen, cuando llega alegre y relucido.

—Don Cancio, marchamos extasiados.

—Ha convocado un gran milagro, a la vista está.

—No hay institución como ésta. El Rey debe saberlo, lo prometo.

Y en ese punto el barón advierte:

—Que estemos como estamos no es prueba de nadar en fondos. Todo lo contrario, asegurar la buena compostura de los internos exige desembolsos. Dígaselo también.

—Se hará, don Cancio, se hará. Usted mantenga así su casa, que lo demás vendrá por añadidura.

—Solo una pega he de ponerle —interviene Lancha sin perder su gran sonrisa.

—Su Eminencia dirá —acepta solícito el director.

—Comprobamos que sus acogidos realizan con gran fruición trabajos de costura sobre ricas telas y vistosos ropajes. No es que a la Visita le desagrade tal función, pues bien se intuye que son encargos de gente noble...

—... en efecto; muy noble.

—Pero también advertimos que en la capilla permanecen los mismos manteles de altar, con bordados tan raídos que desdican el buen nombre de la obra, y ya que lo uno va tan viento en popa, ¿no merece Jesús cambiar ropas y casullas para lucir mejores vestiduras?

—Tal como lo pide, le prometo revisar desde las albas a los roquetes y dotar a la capilla de una nueva mantelería que será la admiración de la próxima Visita.

—¡Don Cancio! De usted se puede esperar lo que se proponga.

—Como nos manda el Señor... ¡Sed llenos del Espíritu Santo!

Los inspectores, Osuna y el propio director sonrían ante propósitos tan animosos y se levantan satisfechos de lo visto. El barón los acompaña a pie de coches y todos se despiden con las mayores reverencias y saluciones.

—¡Que Dios os bendiga, director!

—¡Que a ustedes acompañe siempre!

—Le prometo que ansío ver cómo transcurre el año y regresar con la Visita en el que viene —manifiesta con todo exceso el vicario.

—Arranque cochero, que no nos caiga la noche.

* * *

Madrid / Plaza del Corpus Christi

Una vez que conoce el sabor del Negro Tomás, Mariana pronto se aficiona. Si Córibas es el merengue, Tomás será el chocolate y Sanchezcapitán, la guinda del pastel. Lo atrae a su vera con lengua de plata, y por no gastar en demasía, inventa compartirlo con Goomer, que busca por todo Madrid estos bizcochos y paga cuanto haga falta por negros y forzudos que le hagan papilla el espinazo, que lo tronchen y mortifiquen como verdugos de una pena renovable. Tomás les ofrece carne más fresca, que él conoce alamillos donde adquirirla, pero ni el conde ni Mariana ansían probar ternera, habiendo toro bravo, zaino y embestidor.

Ella está a un lado, moviéndose y rozándose hasta que el noble queda deshecho y al negro le sobra media mecha. Disparos de artificio. Caído con flojera en su cabezal,

dedica media hora a revivirlo y otra media a rematarlo, de modo que Tomás, cuando se marcha, se lleva llenos los bolsillos de monedas y vacío lo demás de contenido.

* * *

San Fernando de Henares / Reales Hospicios

Llega el Día de la Sangre y todo está dispuesto para el gran festival.

La noche anterior el barón se reúne con los capitanes. El capellán, el maestro, el médico... con Osuna también. A todos indica lo mismo.

—Don Indalecio, lo más conveniente sería que mañana no se acercase a Henares. Vaya a Madrid. Arregle lo que tenga con la Curia... visite a su madre... cure su flato... cómprese un gato... vaya de putas... carajo... métase dónde le influya.

Unas palabras suenan en la atmósfera de San Fernando, otras tan solo en el interior del barón, que no llega a expulsarlas.

Y todos, fieles cobradores de la Canalla, o simples testigos de aquella república de pobres, recogen una bolsa incrementada y obedecen sin rechistar al mandamás.

Por el contrario los internos han oído que será una fiesta mayor de las que ofrecen los padrinos y están nerviosos. Hay gran aprovisionamiento de carnes, verduras y vinos. Como ocurre cuando inician la costura, todo lo averiguan paso a paso y así se enteran, quienes lo ignoran, que unas bailarinas abren el cortejo arrojando pétalos de flores que han brotado, y no son muchas, entre Paracuellos, Henares y Berrocales, o más allá, hacia el sur; hasta Loeches, la Velilla de San Antonio y Mejorada, donde se cruzan el Jarama y el Henares, de modo que hay muchos colores y tamaños muy diversos. En los dedos llevan crótalos que chocan con gracia y donosura. Del orden se encarga Patrocinio, que ocupa sus buenas horas en probarles los ropajes y palparlas cuanto quiere.

—Qué preciosa te ves con la ropita. ¿No hay nadie afuera que te bese? Aquí, aquí y aquí, detrás de la orejita.

—¿Yo? ¿Qué dice doña Patro? ¡Para novios ya no estamos...! Yo de pobre y que me valga.

—Pues si lo tuvieras, y no fuera un mamarracho, te agarraría así por detrás y apretaría...

—¡Ay! ¡Qué cosquillas me hace al rozarme! ¡Ji, ji, ji! ¿Ve por qué no quiero pretendiente? Que a mí meterme mano es muy difícil y con ello no disfruto. Solo río, río y río...

—Pues ríe, ríe y ríe, que yo te mido las costillas.

Simón y el Negro Tomás transportan de las bodegas de Arganda más de mil litros. No quiere don Cancio que nadie sufra con la garganta seca, ni escasez que se le

parezca. Lo distribuyen en siete bocoyes sobre otras tantas carretillas, de modo que acompañen la comitiva cuan larga resulte. Malvar, albulo, turrentés y tempranillo. Viura, garnacha y parellada, todo es adquirido a los Castejón y a los Tortuero. No hay compra mayor en la bodega desde las fiestas de Alcalá, en el ya lejano 27, cuando envían de Madrid veinte carretas para llevarse la cosecha. Y más que hubiese, que el jolgorio es doble; los festejos del patrón y la llegada del infante Luis Antonio Jaime. A uno se le venera todos los años; al otro, al pequeñajo, por si las cuentas lo aúpan a ser rey, que no desdiga Alcalá de haberlo recibido sin holgura. Después, los tiempos mundanos verán que don Luis se queda en primado de las Españas y arzobispo de Toledo y de Sevilla, que no son malos los empleos, pero siempre que se les ayude con un pronto de vocación, y no persiguiendo zagalas por la Alpujarra, ni pastoras en descampados para inflarlas con bombos de borbones.

—Bebimos mucho en Alcalá. Tanto, que desde la cuna al arzobispo le da por buscarse la alegría bajo las faldas.

Allí hay todavía quien lo recuerda, al tiempo que clava la espita en el falsete de la primera duela y hace que caiga el mosto a la bandeja para que decenas de manos comiencen a atraparlo cuando alargan hacia el chorro un vaso grueso de madera.

Nueve coribantes sin ropa, tocados de gorros y largos penachos que afiligranan sus espaldas, chocan las adargas y marcan breves pasos en minuciosa coreografía que llaman la danza pírrica. No son bellos sus cuerpos, pero son gallardos. Han sabido elegirlos para que sus carnes colgantes parezcan apropiados perendengues. Si alguno se ríe, un hueco delata la falta de piezas y abre camino hasta verse la lengua. Otro grupo vestido les sigue sus pasos a golpe de flautas dobles, caramillos y atabales, cuyo sonido se funde con el de las lanzas y escudos que tropiezan en el aire y pronto consiguen hacerlos acompasados. Este ruido de armas no es un mero instrumento barato, sino fiel recuerdo del que producen los coribantes en la cueva del Ida para disimular los lloros de Zeus siendo niño allí escondido. Así evitan que papá Saturno le siga la pista sonora y se lo zampe como hace con sus hermanos. De aquella manera, mamá Cibeles saca adelante a esa criatura tan rolliza, destinada a alcanzar los más elevados cometidos.

Los coribantes no beben. Se lo advierten. Serán de los pocos que desfilen sin vino, por eso cuesta trabajo escoger a los nueve. Son duros los requisitos, que bailen, se desnuden, sean sus carnes contenidas y por encima de todo, militen de abstemios. Un milagro en la casa de corregidos. En recuerdo de aquellos bailarines se añade también que sean jóvenes, pero el barón autoriza lo que hay. Qué remedio.

Suenan tamboriles, muchas panderetas, crócalos, tímpanos, cinco cuernos salidos de la cabaña del marqués de Buenavista, flautas, dulzainas, platillos, varillas, martillos, macillos, xilófonos, liras y una cornamusa, encontrada sabe Cristo dónde, que acompañan a las ninfas de Laconia, muy vistosas en aquella cáfila de gasas y tules. Estas ninfas, que ya no lo son del todo, caminan apoyando medio pie como resbaladuras del carcaño. La mitad porta cestos con pétalos, y el resto, con manzanas,

acerolas y fresas. Visten a más de treinta y se disponen a avanzar trazando círculos, sin perder sus propios espacios, como si de un único cuerpo vivo se tratase, un reptil de anillos formidables que se mueve hacia adelante al tiempo que retrocede.

En el medio de ese cuerpo se desplaza el segundo de los bocoyes de vino y las rapazas no le hacen ascos. Al contrario, se salen de sus círculos, se lanzan a la espita y dan al líquido largos tragos de ambrosía. Chorretones van a sus estómagos, o dotan a sus vestidos del bermejo de la cosecha. Alguna proclama a voz en grito que la Cibele es su Gran Madre y que a ella, sin más aval, le entrega lo que le exija. Y de piernas se abre la pequeña borrachita.

Detrás caminan nuevas comparsas; son de machos en este caso. El barón ordena que sean dáctiles ideos, los del famoso monte jupiterino, telquines y derviches danzantes o giróvagos, que imposibles de mantenerse, se caen, se arriman, vomitan y si pueden, tras un rato, se reincorporan con el asco de la basca sobre la toga. A todos les marca un distintivo, el gorro frigio, los faldones, sarabaras o faldillas cortas de muchos colores. Hay cabiros, jóvenes curetes y nuevos coribantes de Eubea y Samotracia que lucen floripondios muy poco acordes. Es empeño de sor Adelina, que dice tejerlos así para el Corpus de su pueblo.

Entre ellos y un nuevo grupo, desfilan muy solemnes los vates y los dentóforos que portan el pino lo más alto que pueden entre paredes y dado la vuelta, con la copa lo más cerca del suelo, aun sin tocarlo. Entre los vates reparten varias hojas con loas a la diosa. Versos que se entremezclan y que producen un mantra de tes y des:

*Typanum tuum, Cibele, tua, mater, initia
dea, magna dea, Cybele, dea domina Dindymi*

La danza Geranos, trazada entre varones y féminas, es ensayada desde el primer día y muy aplaudida por todos. Es alegre, muy movida y los cuerpos sudan enseguida, máxime hoy con el alcohol que los ensopa. Es el primer grupo que mezcla los dos sexos y así lo quiere el barón para enmarcar con ellos la presencia de cuatro personajes que caminan sin cantar, bailar, ni recitar.

Dos hombres de edad proecta avanzan a la misma altura. Uno es Anu, dios hurrita, y el otro Urano, cuyo nombre parece emparentar con el primero. Anu en acadio es dios del cielo. Urano cielo es en lengua griega, y su presencia entre las nubes acaba de ser descubierta en forma de planeta. ¡Cómo se comporta con Cancio el orbe!

Detrás les siguen otros dos que representan a Kumarbi, también hitita y a Saturno. Ambos castran a los primeros, con hacha y hoz entre sus manos; y los dos arrancan después con sus dientes los atributos divinos, pero lejos de evitar la descendencia de Anu y Urano, de aquella acción que emprenden contra las criadillas de sus mayores, nace Afrodita en el mar y el dios hitita de las tormentas. Nace Arges, Brontes, Estéropes y los Hecatónquiros, Briareo, Coto y Giges; los Titanes y las Titánides,

Febe, Mnemósine, Rea —nuestra Rea—, Tea, Temis y Tetis, las Erinias y los Gigantes. Para los suyos, Kumarbi fornicaba con una piedra y la hace crecer con su esperma. Cronos se come otra al confundirla con su hijo Zeus. Cibele es la piedra negra que viene del espacio... ¿Cómo disfruta el barón de Esteiro Labandal con esta historia! ¿Les obligará el director a representarla?

Por fin, la presencia del *archigallus*, que no es otro sino el mismo director revestido de cumplido manto, anuncia la caterva de los *galli*, más de doscientos que saltan y revolotean como corresponde a su calaña. No guardan orden ni concierto y sus papeles son dados entre los badulaques, los torpes de piernas, largos de cuello, duros de oído y cortos de mente. A más de treinta de los elegidos, el barón les convence de que deben hacerse tatuar y marcarse la piel a fuego, pues lee que tales distintivos son del agrado de la diosa.

Viene ésta entre columnas que simbolizan su templo. Sobre un quitón de color hueso, las zurcidoras cosen un himatión algo más blanco y le añaden sandalias de cuero. Sus ropas son revisadas a conciencia, medidas y sopesadas, aunque no haya modelo, ni diosa en quien probarlas. Avanza montada en el carro, y ahí le duele a don Cancio, ¡no hay leones! Se conforma con dos mastines cimarrones, cazados a lazo en Mejorada. Como no hay forma de calmarlos, los atiborran con trozos de carne metidos en corruscos de pan, que a su vez empapan en vino hasta que caen amodorrados, que de tanto que beben y comen, a saber si algún día se despiertan.

Del carro penden guirnaldas de flores, las más grandes y más bellas que pueden recogerse y sobre él instalan una tarima, o escabel muy ornado, que soporta el trono y a la señora con los perros sobre sus pies adormilados. De pie, a un lado, el Atis apenas se mueve de donde lo colocan. Es un niño, apenas mozo, que no entiende su personaje y vive otra historia que no entra en los cálculos de don Cancio, sino en la de otros mozalbetes con los que corre y salta en el patio del algibe. Al menos, de pensamiento.

En el carro se entrecruzan tres cenefas, la de nudos, la de flores y la geométrica que pintan con gran maña las monjitas, ignorantes de saber si aquello es para la Borriquita de la entrada en Jerusalén, un monumento de Jueves Santo o el altar de los rapsodas para Mayos. Ellas también ven la marcha, el desfile o la fanfarria, como público que acompaña a los enfermos y a los vetustos, casi un centenar entre todos ellos, que se extienden arrumbados en camastros, o sobre el suelo, desde Prensas a Baquetear, y de ésta, a la esquina del Lavadero.

—¡Qué trabajo, hermanas!

—Sí, más de tres semanas.

—Pero la procesión lo luce.

—¡Desfile, sor María; que procesiones son las de la Iglesia!

Nuevas ramas de pino, flores y violetas, símbolo de la sangre derramada. En cada esquina del escabel han clavado cuatro látigos que parecen sangrar todavía, y sobre ellas, cubriendo la última metopa de la tarima, hay un grueso cordón de seda verde

que la circunda por entero. Dos *galli* se suben de improviso y arrancan con furia sendas fustas. Saltan del carro y se descubren la espalda, dejando que las ropas caigan sostenidas por la cintura. De esa guisa comienza el azote del frontis a la trasera, y las gotas de su sangre salpican a todos lados. ¡Qué imagen más urana!

Al verlos, otros cinco trepan a por las trallas restantes, y como solo hay dos se enzarzan en una pelea despiadada. Uno de ellos, el más joven, cae desde la carroza y en el suelo permanece sin sentido. Avisan al *archigallus* y en efecto, el efebo se rompe la crisma y la diña. Con pulso firme, Don Cancio presta atención a sus piernas, le toma con la mano el escroto y de un tajo se lo lleva por delante. Luego se levanta y lo exhibe como un trofeo muy valioso e inesperado.

—¡La diosa recibe con agrado las ofrendas que le estamos entregando!

Y en ésas lanza el colgajo, la carne y las membranas sobre el quitón de la diosa, al que marca inequívoco de sangre.

—¡Han querido ofrecerte lo mejor! ¡Se han cortado de todo y por entero! ¡Concédeles, oh Cibele, lo que te pidan tus siervos!

Delante del armón se planta un *galli* muy nervioso que ordena parar su paso. Desaparecen sus manos bajo las faldas, se agita el hombre en un latigazo, grita de dolor y desmesura, y alza otra bolsa sangrienta que le chorrea por el brazo, la cara y la garganta. Es la suya.

—¡Tómalo, a ti te corresponde!

Vuela la nueva carne hacia la diosa en certero disparo que impacta contra el rostro de la dama para caer luego sobre la pátera, que está ahí con ese fin. Ella lo celebra con una sonrisa y agita el tympanon con las dos manos para que todos rían y se exciten.

Nadie sabe quién es el personaje, quién representa a la diosa. Al menos eso se dicen unos a otros. No es Fermina, la Navarra, que hace días se habla de que ella lo sería, por guapa y salerosa; ni Socorro, la protegida; ni ninguna de las que allí habitan, pues nadie la reconoce. ¿Nadie? Uno hay que calla y otro que miente. Calla don Cancio, que desde hace doce años reconoce a doña Mariana Leonisa como su mujer, y miente el Negro Tomás, cuando le preguntan si la ha visto por Madrid, pues responde que no y sin embargo ya van para cinco las veces que la toma, solos o en compañía de otra gente que gusta de los juegos de retozo, juegos de Francia les llaman, o juegos del marqués, por un noble llamado Sade que los escribe. Es el caso del conde de Sanchezcapitán, que se derrite por su piel morena y se atraganta de saliva cada vez que consigue aplastarse contra sus carnes prietas.

—No sé quién es esa mujer. Y aunque lo supiese, lo callaría —responde a uno de los *galli* que porta las bandeletas funerarias y que se lo pregunta intrigado.

—Negro, ¿quién es la diosa?

Hay símbolos por todos lados, algunos los llevan en las manos y otros cuelgan del carro. Son bucráneos de toros y carneros, los perifollos más costosos que don Cancio rebusca en desolladeros tras las corridas y que todavía huelen a sangre y a podrido.

Ramas de pino y muchas piñas, un jarro *urceus* que se diría robado del museo y el símpulo o cucharón que le acompaña, arrebatado de la cubertería heredada de la casa de Esteiro Labandal en el pazo de Solobio, la joya arquitectónica de la familia, situado entre los predios de Brañameda y los dominios de la Ulloa, cuyos miembros, de saber ahora el destino de la pieza, se cortarían las venas antes que conocer las herejías de su último miembro. Se ven címbalos tocados con ramilletes de violetas y un cayado de pastor improvisado a partir de un simple palo de varear que había en Prensas. *Pedum* lo llama el barón en los ensayos y la palabra estalla entre los presentes como piedra arrojada en un estanque, no con ondas cada vez más grandes, sino carcajadas que van más allá y más fuertes, hasta que el director se encorajina y frena la chanza. También hay una siringa, o flauta de nueve tubos, y varias cistas místicas que nadie sabe lo que llevan. Y una enorme piedra negra a manera de pedrón o betilo, la morada de Dios, porque es un meteorito, como el de la Meca, como el Ónfalo de Delfos o el de Emessa, como el Pilar, o la *karatchalti* de Éfeso.

La comitiva progresa a trompicones porque el alcohol hace estragos en las fuerzas y en las entendederas. Varios *galli* miran con acucias a Mariana, encaramada en su trono, y aunque su pasión coincide con el despertar de los mastines, se dan un trago más y sin cruzar palabra, dos de ellos suben a la plataforma para arrebatársela de su asiento.

Entre ambos la toman y la arrojan sobre los pétalos y las violetas mientras la baronesa protesta y patalea. Cancio se lanza en su socorro, pero dos, tres, cuatro hombres lo detienen e inmovilizan en el suelo. Los de arriba se dan el festín del manoseo. Ni siquiera intentan violarla. No podrían por lo mucho que han bebido, pero sí llevan entre alaridos sus manos a todas partes. Uno de ellos, con gran torpeza, desliza su manica metálica de guardabrazos sobre el cuello de la mujer y le desgarran la carne desde la nuez hasta el hombro. Ella grita de dolor, pero todo el sonido se apaga en la batahola. Otros suben y los tiran de aquella masa. Caen, se hieren, y reintentan recuperar la altura. Pronto se arma la de Mazagatos. Los hay preparados para el coito, pero son tantos en el afán de cortar carne, que desisten de hacer coyunda y se la tocan. Un hombre le besa los pechos dedicado por entero a su disfrute, de modo que ignora dónde dirige sus piernas al moverse. Con la derecha patear a un cimarrón en los hocicos y acaba por sacarlo del sopor en el que dormita. Los perros rompen la cadena que les sujeta a la pata del asiento. Don Cancio escapa como puede y sube en defensa de su mujer, pero uno de los animales se le cruza en el camino. Trata de agarrarlo y recibe un mordisco en la mano. El otro salta sobre el cuello del desdichado besucón que antes le golpea la cabeza. En dos movimientos lo zarandea en el aire como a un gato. Un chorro de sangre alcanza a Mariana y a quienes la rodean, antes de que el can lo suelte y el hombre caiga sobre ellos, ya cadáver, desnucado, desmadejado, roto.

El ataque de los animales logra asustar a los intrusos y la carroza se despeja de inmediato. Atis corre hacia el pasillo y Cibeles llora en el suelo acurrucada,

soportando sobre las piernas el cuerpo de la víctima, que sangra sin cesar por aquella herida, mientras los perros acechan desafiantes la caterva que poco a poco cae en el silencio y se entera de lo que sucede a sus espaldas. Don Cancio succiona la herida y escupe la sangre con ira contenida. Quienes antes lo retienen corren hacia los *galli* para confundirse con ellos y no ser reconocidos.

Revestido todavía de *archigallus*, se levanta para dirigirse a su esposa. Los canes se lo impiden, le ladran y amenazan con volver a los mordiscos. Son los únicos que comprenden su papel en la comitiva y defienden a su diosa.

—¡Acaben con ellos de una maldita vez! —ordena el director desesperado—. ¡Córtales el cuello, Tomás!

Ni el negro, ni nadie se mueve. Los perros arrecian sus ladridos, pero es Mariana quien se levanta y acaricia sus cabezas con la mano ensangrentada. Cesan. Callan. Los canes se han tumbado como estaban, a izquierda y derecha del trono. Ella se sienta y los borrachos prorrumpen en aplausos.

—¡Viva la diosa Cibeles!

* * *

A los dos internos muertos durante la fanfarria hay que sumar uno que lo hizo aquella noche, preso de violentas convulsiones que el médico achaca a la cantidad de vino ingerido, y otro más, que por tiempo ya le corresponde. También se fuerza a varias mozas que se resisten y hay treinta personas con heridas, uno de los cuales no recupera la conciencia y se le da por ido, que es olvidado. No come, ni habla, ni suspira, así que de mañana no pasa. Lo saben con certeza. Un muchacho pierde un ojo y otro, dos dedos de la mano, machacados por una rueda contra el suelo.

El barón no vuelve por la casa de beneficencia en varios días, ni piensa hacerlo si no es con el honor en buen estado y la frente enarbolada. Aun así, Osuna, Patrocinio y las monjas se afanan en devolver al centro la normalidad perdida. Se limpian los pasillos de sangre y de inmundicias. Se recogen las telas y se guardan con los cráneos, las fustas e instrumentos. Todo con orden, cuidado y mesura, lo que falta a manos llenas en el desfile.

Dos cadáveres son enterrados en un campo cercano. Otros dos se muestran al médico para que dé cuenta de sus decesos y entren en estadística. No así tantos heridos. ¡Cómo justificar la carnicería! Cree Osuna que ésa sería la voluntad de don Cancio, y antes de consultarlo, ya lo acuerda.

Por la noche, sin el más mínimo ruido, muere el joven que permanece inconsciente.

* * *

Pasa un mes desde el Día de la Sangre y nada trasciende en Madrid de lo ocurrido en San Fernando de Henares. Sobre el modélico establecimiento solo se escuchan en todos los rincones plácemes y parabienes.

Don Cancio se reúne en su despacho de los Reales Hospicios con el Negro Tomás, al que hace llamar con mucho secreto. En su mano todavía es visible el apósito sobre la herida causada por el perro. Debe lavársela con una infusión de quina y tomarse el líquido que no utilice en la operación, dos veces al día.

—Siempre me sirves con fidelidad y eficacia por difíciles que sean las encomiendas —dice el barón apretándose con la otra la mano lacerada.

—Al Hospicio le debo todo —reacciona el hombre en un ejercicio de espléndido cinismo.

—Bien, me congratula tu sentimiento porque hoy la fidelidad es más necesaria que nunca. Sé, porque todo acaba sabiéndose, que a veces proporcionas niñas a personas que te las solicitan... No, no digas nada. Lo sé y te debe bastar mi palabra para no temer por ello. También gachupinas que se dejan azotar, hombres que reptan como culebras por el suelo, o dóciles prostitutas a las que no les importa ser poseídas de extrañas formas sabiendo el peso de la bolsa. Sadismo, comienzan a llamarlo.

—Sería inútil negarlo. No será mi mano la que persiga jodedores, ni creo que por mi culpa haya más o menos en el mundo.

—Perfecto, perfecto. No es mi intención reprochártelo. Todo lo contrario, amigo Tomás. Si te hablo así es porque después de la procesión... y de lo que allí ocurre, me viene el convencimiento de no haber contado con personas sabias, cada una en su terreno. Y tú en éste lo eres, estoy seguro.

—No sé en qué piensa, pero cuente con Tomás en lo que pueda ayudarle, si hay guita por medio.

—Vamos a dejarnos de tapujos, que en falso ya hablamos en demasía. Necesito un niño. Un mocito. Alguien que no se eche a llorar fuera de casa y al que no le asuste estar sin ropa delante de extraños.

—¿Para darle con el rabo?

—¡No corras tanto, Tomás! ¡Yo no lo digo!

—No se acostumbra a decir, pero nadie se asusta por nada, salvo de la apreciadura. Los jovencitos de los que habla son para disfrutar con ellos. Nadie los reclama para trabajos de cuerda; ni violinistas, ni pastores. ¿Qué otro oficio si no hay que suponerles?

El barón se levanta y rodea a Tomás sin cesar de sujetarse la mano por el dolor durante la exposición de su demanda.

—Mis requisitos son especiales, más de lo que puede suponer solo la carne. Pero estoy dispuesto a pagar dinero, mucha plata.

—Sepamos antes lo que anda buscando.

—El niño debe cumplir dos exigencias, tan difíciles o más que reprimir los lloros.

—¿Y bien?

—El muchacho ha de tener quince años; ni catorce, ni dieciséis.

—Eso no supone ningún inconveniente. En el negocio los hay de todas las edades. Más jóvenes incluso, si así lo quiere, ¿y la segunda?

—Que acepte regresar sin sus atributos.

El Negro Tomás se sobresalta.

—No entiendo.

—Pues está dicho. Quiero un castrado; o mejor dicho, quiero lo que le cuelga entre las piernas. ¿Pido demasiado?

El mandadero recula. No alcanza a comprender lo que sucede, pero ve lucro en el negocio, y mucho.

—Eso será caro.

—Que yo sepa, nunca hubo ausencia de capones, ni para el serrallo, los coros o la escena.

—Llevará su tiempo.

—¿Y si fueran cinco mil reales por el par de huevos?

—¿Cinco mil? Eso allana el camino.

—Pues ya estás perdiendo tiempo.

* * *

Madrid / Calle de la Cruz

Cayo ejerce esa tarde de apretador en el Coliseo de los Caños del Peral y antes de acabar su cometido, a punto ya de salir los primeros actores, atisba la figura del Negro Tomás en la platea.

—Tengo que hablarte —le dice por lo bajo.

—Espera, Negro; que ya te veo.

No es teatro de comedia, ni de magia; son autos sacramentales que estamos en Semana Santa. Por ello en los últimos bancos aún queda sitio cuando Cayo acaba su trabajo. Hoy las mujeres hacen ayuno y la que más, abstinencia.

—Vamos afuera. Esto ya está.

Los dos hombres bajan hasta las cajas. Allí no hay quien los moleste como hacen otras veces de liturgias, cuando deciden armar un coro para desvestir otro, salir a buscar prendas, o lo que en la noche se tercié.

—Tengo entre manos algo muy gordo.

—¡Que no sea tu tranca! ¿Cómo se llama?

—En números se llama cuatro mil. Dos y dos.

—¡...! ¿Y eso a dónde hay que ir a recogerlo? ¿A cuántos hay que matar o cuántos castillos debemos asaltar?

—A ninguno.

—¿Entonces? ¡Habla, pardiez!

—Es algo complicado. Algo de Dosindito.

—¿Del niño? ¡Jamás pagaron por él esa cantidad, ni ninguna otra semejante! ¿Quién se ha chalado con un aire?

El Negro Tomás se levanta de las tablas donde se sientan. Por encima de ellos se escucha el recitar de los actores y el silencio de todo lo demás.

—No quieren al niño para eso.

—¿Ah, no? ¿Y para qué brujería lo quieren?

—¡Baja la voz! ¡Se te va a oír en todo el escenario!

—¿Para qué lo quieren, mala baba?

—Quieren rebanarle lo que tiene de macho.

—¿Qué carajo dices?

—¡No grites!

—¿Cortarle los huevos y todo eso?

—Lo que oyes.

—Están locos. ¿Y pagan cuatro mil? Están locos. ¿Cómo carajo voy yo a entregarles el niño para que me lo devuelvan capón? ¡Dímelo, hostia!

—Poco uso les va a dar. Dosindito va para cura, o mejor, para monja.

—Tú también estás chalado, negro pendejo. ¡No digas eso de mi hijo!

—Qué caraja sabrás si es hijo tuyo, o del verdugo. Más parece hijo de Papa que de Demonio; y tú de Papa tienes lo que yo de esclavo.

—¡Es hijo, que lo crié, carajo! ¡Me cago en todos los altares!

—¡Calla! ¡No armes guirigay! ¿Terminaste aquí? ¡Vámonos a beber! ¡Tengo plata!

—¡Estáis todos majaras! ¡Como cencerros! ¡Y tú el que más, negro de mierda!

Salen a la calle de la Cruz y de ella, por callejuelas y costanillas, llegan al mesón de las *Cabras* en la Cava Baja, al lado del que llaman del *Dragón*, que disimula su entrada con dos mantones de cofradías y que abre en Semana Santa como en cualquier otro día.

—Los quieren porque los quieren. No me lo explican. ¿Acaso no se los sacan a los niños que van a cantar al Rey y a las iglesias? ¡Aquí, bien cerca! ¡En Leganitos o por ahí! ¿Acaso no se los quitan los turcos para los harenes? ¡Para que no les perforen a las huríes! Pues éstos no quieren eunucos, sino sus huevos. ¡Qué más te da! ¡Mejor! ¡Se los dejas, pagan y te largas!

—Adoran al diablo, o a su puta madre. Algo de eso. Lo quieren para pócimas y bebedizos, para encantamientos o venenos. ¡Me cago en los altares!

—La Reme sabe de eso, ¿no vende potingues? ¡Pregúntale!

—A buenas horas. Con la Reme achanta la mui, que ésa nos puede salir rana. Ni palabra de Dosindito, que no sabe de la misa la media, hostia. Te lo advierto.

—Entonces, ¿qué les digo a los paganos? ¿Que sí?

—Se me estanca el trago, zonzos.

—Piensa que son cuatro mil. No los viste juntos en los jamases.

—Dos mil dijiste.

—Dos mil y dos mil.

—Sí, dos mil para mí, que son los que cuento. Los tuyos, como si los tiras al Manzanares.

—Añado quinientos de los míos, para el niño y sus estudios.

—Le va a doler.

—No lo pienses. Es un suspiro.

—¿Solo la bolsa?

—Solo.

—¿La caraja no la quieren?

—No la quieren, y ya sabes que estos castrados funcionan como relojes, que los sultanes de los serrallos los tienen por capones, pero a la chita callando culean como leones y como no preñan, follan y nadie se cosca; si la mujer calla.

—Ja, ja, ja. ¡Caponos como leones! ¡Serás hijo de Judas! ¡No sabes lo que hablas! ¡Eres un cabrón! ¡Me cago en los altares!

—¿Y si le da por cantar? Aún está a tiempo de educar la voz y ser el fraile del coro gregoriano. O llenar teatros como *Farinelli*, el que alegró los días de mi padrino, el rey Felipe V.

—Este Rey lo echó, pendejo. Además, no es tu padrino. ¡Me cago en tus muertos, negrazo!

—En Italia lo valoran.

—En Italia, no es lo mismo, carajo.

—¿Qué les digo? ¡Son dos mil quinientos! ¡Para ti, Cayo; para ti y para el niño!

—¡Me cago en los altares! ¡Diles que sí y cósete la lengua para siempre!

—Mañana a la tarde, después de la jamancia. Paso a recogerlo por el Alamillo. Me lo llevo y te olvidas.

—Que sí. ¡La gran puta chingada! Vete ya, collón. ¡Me cago en mi suerte!

—Dos mil, Cayo.

—Dos mil y quinientos, Tomás; cabrón.

* * *

Madrid / Plaza del Alamillo

—¿Por qué vas a don Torcuato? ¿Qué tienes esta tarde si es festivo y cierran las escuelas?

—Rosario.

—¿Rosario? ¿De qué nos defiende a nosotros el Rosario?

—Hay que rezar, padre. Es Semana Santa.

Dosindito acicala el guardapolvos que se pone para la escuela de don Torcuato. Nunca fue de piel atezada el rapaz, pero hoy más que nunca refleja en las ventanas un aire de difunto, de pálida sacristía, de lápida y de responso. Pasa por la cocina para recoger la merienda que la Reme le deja en la artesa antes de salir a ver si aborta lo que crece en la barriga de una de Curtidores. El padre, o lo que de él sea el *Sombrita*, lo persigue nervioso sin poder parar.

—Padre, usted me quiere pedir algo.

—Sí, Dosindito. Tengo algo que decirte. Tú sabes que somos pobres. Que a veces te llevo a casas donde te soban y se dan placer con ternezas que no te gustan. Que lo hago porque nos da de comer, nos da mucho dinero... ¿Lo sabes, verdad?

—Lo sé y se lo entrego a Dios como un sacrificio que él me pide para ser cada día más bueno a sus ojos.

—Ahí, ahí te quería yo escuchar, carajo.

—Dígame, padre.

—Yo creo, y dime, si no me equivoco, que tu ilusión es ser cura. Vamos, estudiar en el Seminario y todo eso. La escuela del chiflado de don Torcuato ya no te enseña nada, ¿a que no?

—Eso se lo vengo diciendo desde hace tiempo, pero usted no me deja, porque arguye que me necesita para ir a esas casas a que me besen y a cobrar sus buenos cuartos.

—Ahí voy yo, Dosindito. Eso se terminó. Quiero que vayas al Seminario ya, mañana mismo, en cuanto te admitan, carajo. Y vas a ir con plata. No de pobre. Con dinero para que tengas comida de primera, carajo. ¡Me cago en los altares!

—No barbarice, padre, no barbarice; que está hablando de hacerme sacerdote, no soldado de los Tercios.

—¿Qué me contestas?

—Que muy bien. Que muchas gracias. Que iré encantado y procuraré convertirme en un buen sacerdote del que ustedes estén orgullosos, aunque no vayan a misa y eso.

—Lo único que debemos hacer para conseguirlo es faltar al Rosario de esta tarde.

Dosindito intuye el terrible significado de la frase de su padre, aunque se esfuerza por rechazarla.

—No entiendo. ¿Qué tiene que ver el Rosario con mi marcha?

—¡Es la última vez! ¡Te juro que es la última vez, carajo! Tienes que ir a una casa. Pagan mucha guita. Pagan tanta que podrás entrar en el Seminario como te digo y dejarás a tus padres con posibles. ¡Por favor, Dosindito, por favor! ¡Es la bicoca que jamás tuvimos!

Cayo se derrumba de rodillas frente al muchacho. Lloro abiertamente y se agarra a sus piernas en una humillación que el chico jamás había visto en un hombre, y mucho menos en la bestezuela que es su padre o sucedáneo. Cayo sabe que la actuación conmoverá a Dosindito, arrebatado desde hace tiempo en espíritu caritativo de ayuda al más necesitado, que en aquel trágico momento es él.

—No llore, padre. Me rompe el alma verle así. ¿No hay forma de evitar ese viaje? ¡Trabajaré desde hoy y toda cuanta perra consiga será para ustedes! ¡No me haga sufrir una nueva humillación en camas del pecado! ¡Por lo que más quiera! ¡No me entregue a esos perdularios!

Cayo cesa sus lagrimones y se alza en pie.

—Pero, muchacho. Te digo que solo con ir esta tarde nuestras estrecheces desaparecen. Nada de trabajar. Tú al estudio y a los rezos. Y tu madre, tu pobre madre, dejaría... dejaría...

—De ser puta y mancebita, como yo.

—¡Ella no lo sabe! ¡No sabe que vas a las casas, carajo! Ve las monedas y yo le digo que me haces trabajos de escribano que te consigo. ¡Como tienes tan buena letra! Ya lo sabes. Ella no pregunta. Por favor, Dosindito... la última vez. ¡Por los clavos de Cristo te lo pido!

—¿Cuánto pagan? ¿Los conozco?

Las dos preguntas pillan por sorpresa al padre, pues son comprometidas. Si no confiesa una cantidad muy alta, Dosindito no comprenderá por qué va a cambiarles la existencia aquella tarde, y si confiesa la verdad, pensará en atrocidades.

—Mucho, ya te digo. Y no, no los conoces.

—Pero mucho, ¿por qué? Las otras veces me tenían a su gusto por una miaja de dinero. Me hicieron lo peor y nunca pagan demasiado.

—Bueno. Estos son un poco raros...

—¿Éstos? ¿Cuántos?

—Dos. Dos o tres. Pero no te creas. A lo mejor ni te... entiende, no te ofendas. Quieren verte como te han parido y tocarte, pero no son abadejos, aunque te extrañe.

Dosindito calla, cruza las manos y parece orar. Cayo esconde la mirada, pues aún dentro de su extrema brutalidad conserva el recuerdo de los buenos sentimientos. Le atormenta y es consciente del sacrificio que exige a su hijo, del engaño al que le somete.

En su ayuda acude el coche del Negro Tomás, cuya entrada en el Alamillo se anuncia por los cascotes de los caballos.

—¡Ahí está el Negro Tomás! Él te llevará.

La temprana hora de la tarde mantiene la plaza sin gente, cuando baja Dosindito con misal y bocadillo.

En el rellano, se vuelve hacia Cayo y repite:

—Padre, no quiero ir.

—Por tu madre, por el Seminario, por ti... —le contesta éste desde el descansillo, agarrotada la garganta por la despedida y por la canallada que comete.

El niño se resigna al sacrificio, baja el resto de los escalones y habla con Tomás, que permanece en el pescante.

—Voy antes a la calle del Toro. Avisaré a don Torcuato de que no puedo asistir por la tarde.

Cruza la plaza cuando Javierita, la vecina, se asoma a la ventana y lo ve. En la escuela no está don Torcuato, aunque solo lo comprueba Dosindito, que es el primero en acudir, por formal en su proceder y cercanía en su domicilio.

Desiste del aviso y regresa al coche de Tomás. Javierita ya no está en la ventana y nadie, salvo Cayo, los ve partir en dirección a la Cruz Verde.

* * *

San Fernando de Henares / Reales Hospicios de San Fernando

El coche del mandadero se detiene en la parte posterior de los Reales Hospicios, frente a una puerta que conduce a las escaleras de Descadillar. Dosindito, que hace el trayecto sin abrir la boca, repitiendo letanías para sus adentros, desciende con el misal y el bocadillo en la mano. Recorre de abajo arriba las dos plantas del enorme edificio y se complace al comprobar que no son los altos de Amanuel, donde cae hace semanas entre abrazos de un vicioso de aliento pútrido y manos grasientas.

A la puerta los recibe don Cancio, que antes espanta de allí a los moscones que puedan ser testigos de la llegada.

—¡Hola! Bienvenido a San Fernando. Yo soy el barón de Esteiro Labandal. ¿Cuál es tu nombre?

—Dosindo Martín, para servirle a Dios y a usted; pero todos me dicen Dosindito.

—Muy bien, Dosindito. Iremos a una habitación en el piso superior. Tiene una pequeña librería y cómodos sillones. Allí pasarás la tarde. Puedes leer lo que te apetezca. Si algo deseas, Tomás te lo facilitará.

—¿Voy a estar siempre con él?

—No, no. Él estará cerca. Te oírás si lo llamas.

Don Cancio, Tomás y el muchacho ascienden los peldaños y penetran en el primer cubículo de Descadillar, habilitado como saloncito y biblioteca.

—Veo que traes merienda.

—Sí, tocino.

—Y un misal.

—Iba al Rosario.

—Propio del día.

—Dame tu pan. Sobró pollo del mediodía y te lo traerá Tomás. ¿Te gusta el pollo?

—Sí, señor.

—¿Zanco o pechuga?

—Zanco.

—Ven. Mira, puedes tumbarte en este tresillo. Y si te cansas del misal, aquí tienes otras obras más divertidas. ¿Conoces a Homero?

—Sí, señor; el de la Eneida.

—No, esa obra es de Virgilio y no es tan entretenida. De Homero son la Ilíada y la Odisea.

—Perdón, me confundí.

—Sí, se parecen mucho en el nombre, pero hay que saber distinguirlos. Ya tendrás tiempo de hacerlo. Aquí tenemos las tres obras. Y traducidas ¡eh! Nada de latinajos. ¿Cuántos años tienes?

—Quince.

—Excelente, excelente.

Dosindito repara en la herida del mordisco que surca la mano del barón y no escatima la pregunta.

—Ha tenido que dolerle.

—¿Ah? ¡Sí! Un perro que no sabe quién manda. Bien, aquí te dejo. Debo recoger a la señora baronesa. Hoy hay procesiones.

—Lo sé, ¿podría ver las de San Fernando?

—Por aquí no pasan. Confórmate con la lectura y descansa.

El director abandona el salón y el chaval repasa los lomos de los libros en busca de todos, o de ninguno. Tomás cierra la puerta con llave, haciéndole ver que no podrá salir sin llamarle.

—Puedes orinar en esa jofaina. En una hora te traeré la merienda.

* * *

Don Cancio y el Negro Tomás irrumpen en la habitación de Descadillar portando sábanas y palanganas. La noche cae en la estancia reduciéndola a sombras. También traen frascos, un unguento, una espada, una brida, fustas y la navaja barbera fabricada en Sheffield por Benjamin Huntsman, según se lee en la parte más gruesa de su filo. Es una de las primeras en llegar a España de manos de De las Casas Junquera a su regreso de Inglaterra. Se la había regalado a su amigo en el palacio de los Vargas, como ejemplo de las ventajas que traen los nuevos tiempos.

Una vez dentro, cierran en silencio la puerta y la atrancan con un madero improvisado. El Negro Tomás enciende con alcohol varios troncos de encina en una tinaja y al prender la llama, coloca entre la leña la espada arrancada en Afligidos de una panoplia familiar.

Dosindito duerme en el tresillo y a su lado reposa, medio abierto, un ejemplar de la traducción que Fray Luis de Granada hace de la *Imitación de Cristo*, la obra de Kempis que figura en los Reales Hospicios desde la época de Olavide y el único libro de todos los existentes que llama la atención del jovencito.

Don Cancio piensa en alto lo que Tomás no alcanza.

—Es un Atis hecho a la imagen y semejanza de la diosa.

Su recadero le informa sobre lo ocurrido por la tarde.

—Con el pollo le suministro el láudano de Rousseau en la proporción que me indica un mancebo de la Real Botica. Ni poco que no llegue, ni tanto que se pase.

—¿Quién es ése que te lo prepara? ¿Nos podremos fiar de él?

—A carta cabal. Del palacio sé lo que el Rey ignora. Este mancebo del que le hablo es un ayudante de Rivillo que se ablanda con dinero; bueno, como todos. Y tranquilo, don Cancio, que con su silencio se protege el caldo.

Tomás paga el triple de lo que hoy cuesta el narcótico del tal Rousseau, el abate que en su día lo prepara para Luis XIV, de quien obtiene tantas condecoraciones que jamás logra colgárselas juntas. Por ello deducen con base Rivillo y su ayudante que el monarca queda muy satisfecho de esta invención que se obtiene a base de opio de Esmirna.

—Sepa el barón lo mucho que el preparado se ajusta a sus propósitos, pues a la vista está que no lo despierta un trueno.

—Incorpóralo para que yo lo pueda... sajar.

El Negro Tomás carga al niño y se lo cuelga al cuello. Luego lo acerca a un pequeño escabel de madera que allí sirve de reposapiés. Le baja los pantalones, y tras liberarlo de toda ropa, lo sujeta con fuerza por las axilas.

—Sube, da un paso en alto —le susurra al oído.

Seminconsciente todavía por el narcótico, Dosindito avanza lo que se le ordena y

posa su pie derecho en el taburete. Luego el izquierdo. Tomás lo sujeta ahora por la cintura y sus partes quedan a beneficio de don Cancio, para que éste manipule a su antojo. Primero le cubre el escroto con la crema preparada; el propio láudano que ya ingiere el muchacho sin saberlo, los aceites y la casta casta.

El barón constata lo mucho que le agrada efectuar estos tocamientos que despiertan en él una atracción nunca experimentada, pero la presencia de Tomás le reprime a la hora de hacer lo que la tripa le llama. Cuando acaba el pringue, ata la bolsa con una brida, y comienza a retorcerla sobre sí misma, pues opinan los barberos de eunucos, cuyos relatos, turcos o chinos, ocupan sus últimas noches, que es el camino más rápido y el menos lacerante. Sin embargo, ni la anestesia aplicada, ni el narcótico son suficientes para sofocar el dolor y la manipulación espabila al chiquillo. Se asusta al verse en semejante tesitura, se revuelve, el escabel trastabilla, Tomás no está al quite y al caer, se golpea el colodrillo en el borde de la banquetta.

Su cuerpo semidesnudo yace inerte sobre la alfombra con un hilillo de sangre que se agranda a charco por debajo de la cabeza. Tomás se agacha para escucharle el corazón, pero ya no encuentra ningún latido.

—Está muerto —da por todo diagnóstico al barón, que lo observa en demanda de respuestas.

—¿Cómo le digo a su padre que ocurre la desgracia? Estamos perdidos —se desespera Tomás.

El cochero abre con desmesura los ojos, se muerde una mano y solo el miedo a ser oído evita que rompa en sollozos.

Por el contrario, Cancio mantiene la calma como si nada hubiese sucedido.

—Tranquilízate, Tomás. Es una desgracia, pero con ella el cielo nos rebaja el peligro. ¿Cómo habrías devuelto al niño castrado, siendo él testigo de los hechos? ¿Lo entiendes ahora? Un emisario del más allá vino a favorecernos la tarea. El niño quería estar cerca del cielo. Bueno, pues ya lo está.

—Pero Cayo... —insiste el hombre.

—Ese padre, tal como yo lo concibo, no constituye ninguna contrariedad. Es un tipejo que vende a su hijo para ser sodomizado, ¡para ser castrado contra su voluntad! Crápula, camorrista, delincuente en mil facetas... se las verá con gran engorro para exponer los hechos ante la autoridad si nos denuncia. ¿Y qué denuncia? ¡Dime, Tomás! ¿Que es él quien apalabra contigo la castración del muchacho? Recapacítalo, es muy difícil, muy difícil que a este hombre le interese irse de la húmeda.

—Pero ¿qué le digo? ¿Qué hacemos ahora? Alguien me pudo ver en la plaza del Alamillo. ¡Soy negro! ¡El único hombre que toda la ciudad está capacitada para identificar a simple vista! Otras tardes fui a buscarlo para el negocio. La gente sabe que lo recojo, que lo traigo, que lo llevo...

—Tranquilo, Tomás. Déjame pensar. Lo primero y principal es retardar al máximo la aparición del cuerpo. ¿Conoces alguna carbonería de acceso expedito? No sé, que esté en un patio, con la montonera de carbón sin candar, a las afueras... ¿o

algo así?

—Sí, conozco tres o cuatro, pero hay una en la calle Relatores, muy cerca de donde duermo, para la que hace portes el padre del niño.

—Repíte eso.

—El padre de este niño, de Dosindito; Cayo Martín, el hombre que nos preocupa, hace portes allí; sí, los hace para Gutierre... No todos los días, pero se saca unas blancas, cobres o realillos de vez en cuando.

—¡Es magnífico! Eso ayudará a despistar cualquier maniobra que se establezca y obligará a ese Cayo a andárselas con tiento porque las evidencias lo señalan a él primero. Es una suerte, no lo dudes, la mano divina sigue con nosotros.

—¿Y por qué una carbonería? —pregunta intrigado el Negro Tomás, pues la cabeza le lleva a pensar en el convento de las Carboneras, frente por frente con la casa de Sanchezcapitán, donde cabalga sin tasa sobre los muslos de la mujer de quien le habla.

—No es capricho frívolo, si bien tendría que explicarte qué es la piedra negra. Y aunque suene a chusco, piensa que las carbonerías son lugares muy apropiados para deshacerse de cadáveres porque suelen protegerse de puertas endebles y resulta sencillo entrar en ellas. ¿A que no yerro?

—Sí, ésta suele estar abierta al patio...

Por lo que sabe, o por lo que ha oído, el marqués supone que un cadáver enterrado en medio de una montonera de ese combustible, rodeado de carbono por los cuatro costados, ha de pudrirse sin levantar olores, pues deduce que si los galenos lo utilizan como remedio de la flatulencia, también ha de comportarse bien como anulador de la putrefacción, convirtiendo los restos en lo que el doctor Torbeo llama un cuerpo de pantano, inalterable durante siglos. Y por si fueran pocas sus ventajas criminales, las carbonerías no agotan el mineral que se amontona contra sus paredes, de modo que pueden pasar años hasta que den con los huesos. Entonces nadie sabrá quién los entierra, ni a quién pertenecen.

—... pero hemos de trasladar el cuerpo, descargarlo en el patio, subirlo, cavar... El carbonero, no; pero allí viven otros vecinos que pueden oír... es muy peligroso.

—Te voy a pagar muy bien por ese trabajo —endurece la voz don Cancio—. ¿O pretendes que sea yo quien lo haga?

—Me preocupa el viejo.

—¿Cayo? Olvídalo, Tomás. ¿Cuánta guita le prometes? ¡Porque algo de lo que te doy se lo habrás descontado a su cuenta...! ¡No me engañes!

—Cuatro mil.

—¡Ja! ¡Cuatro mil! ¡Qué generoso! De acuerdo. Ahora, si mantiene la boca cerrada, le hablarás de seis, mucho más de lo pactado.

—Redondeemos el trabajo. Seis para él y dos para mí.

—¡Es mucho dinero!

—No lo creo, don Cancio. Me cago en los satanases. ¿Es mucha plata su libertad

y su inocencia? Y además... ¿no repite desde hace días que en breve le lloverá una fortuna? Seguro que no desea disfrutar de ella en los calabozos del Santo Oficio.

El argumento vence la última resistencia.

—En eso confío. En la llegada de la cornucopia. No se hable más. Recibirás lo que me pides, pero tú te las entiendes con ese hombre y de mí te olvidas. ¿De acuerdo?

—¿Cuándo hará la entrega?

—Cuatro ahora y el resto, en cuanto escampe. No más de siete días.

—Sea.

Despojan al cadáver de sus últimos ropajes y lo instalan en el respaldo de un sillón que calculan en la vertical de una gran lámpara. Lo han colgado de los sobacos, de forma que el chaval les ofrece sus espaldas. Don Cancio ordena entonces al mandadero que se haga con el grueso cordón trenzado de seda que en el desfile sirve de remate para el suelo de la carroza. Al cabo de unos minutos, regresa con él y una vez pasado por el aro de la lámpara central, lo ata al cuello de Dosindito a manera de dogal. Lo iza y consigue que su cuerpo ocupe casi el mismo espacio que tendría de estar vivo y de pie. Luego colocan la jofaina bajo el chico y otra más cerca, que aún contiene sus orines, sosteniéndola a la altura del vientre. Don Cancio se hace de nuevo con el escroto del cadáver y ahora sin impedimento, lo retuerce con sus manos hasta tres veces. Así consigue que la carne que lo une al cuerpo sea apenas de un dedo de grosor. Toma la navaja Huntsman, la abre, y de un limpio corte desprende la bolsa con suma facilidad. La sangre brota abundante.

El negro blande la espada al rojo vivo, y sin miramientos, cauteriza la herida abierta hasta que se detiene la hemorragia con un chisporroteo de la carne que produce un olor infernal de fumaradas cabrunas.

—Lo habríamos matado, de hacerlo en vivo.

Tomás se asusta de lo que el director sugiere.

—¡Calle o no sigo!

Mas nada impide que el barón se entusiasme con el trofeo, que alza ante su víctima a la manera que supone lo haría un sacerdote.

—¡Un escroto de quince años!

Abre una caja de taraceas anacaradas que reposa en los plúteos de la librería y de ella extrae un basto bolsillo de lienzo de anejo con el que envuelve los sanguinolentos pingajos. Una vez que lo tiene allí, le añade una invocación latina a Cibebes, escrita en papel de culebrilla, donde se lee: *ex iussu Matris Deum*, guardándolo todo de nuevo en el mismo estuche damasquinado. Luego toma los dos gatos de seis colas y extiende uno hacia el mandadero.

—¡Azótale!

—¿Pero es necesario? —se resiste el hombre—. Ya tenemos lo que usted quería.

—Lo es. Sé bien por qué lo digo. Los latigazos nos servirán para crear sospechosos donde ni siquiera te imaginas. ¡Azótale y no se te ocurra discutir mis

órdenes si quieres conservar el pescuezo!

Dosindito se mantiene ante ellos desnudo y colgado por el cuello. Su cuerpo oscila en un leve balanceo, pues apenas roza el suelo con la punta de los dedos.

Tomás lo mira con lástima y desprecio antes de descargar sobre su espalda la furia de su fusta.

—¡Más, más! ¡Hasta que sangre! —grita el barón.

El verdugo acelera sus impactos y ya aparece la púrpura en las costillas. El barón también lo azota con la mano izquierda, apático, como si quisiera simular una cruel galbana. Así hasta que la piel del niño evoca la que pudo ser del Ecce Homo.

—Ayúdame a descolgarlo y tapémosle.

* * *

Madrid / Calle de Relatores

La noche ampara la calesa que el Negro Tomás conduce al paso. Cuando llega frente a la carbonería de Gutierre, en la calle Relatores, detiene la carrera y permanece en el pescante, sin moverse, a la espera de alguna señal de vida en el entorno. Pero ya no es hora de procesiones y aunque siempre quedan tugurios abiertos, incluso en Viernes Santo, los más de los más ya están bajo cubierto. Tomás conoce el local por haberlo visitado con el padre de Dosindito, antes o después de algún monipodio. Entonces asegura las ruedas con el freno y desciende de la parte trasera un fardo de considerable peso y dimensiones que oculta el cadáver del niño, doblado en lo posible sobre sí mismo. Lo introduce en el portalón sin prisa, como si dejase allí un talego de madera picada. Luego, cuando ya lo tiene lejos de miradas, lo apoya contra la puerta del patio y regresa al coche. Levanta el freno y ordena al caballo que baje la costana hasta la plaza de San Isidoro, donde de nuevo lo detiene. Lo frena con seguro y regresa bajo embozo a Relatores con el silencio que le proporciona su calzado.

Un borracho con el capirote en la mano se le cruza calle abajo:

—Hermano, ¡morir *habemus!*

Tomás no contesta a la chanza, pero escucha cómo es el propio beodo de la moña quien lo hace:

—Hermano, ¡ya lo *bebemus!*

Al llegar a la carbonería, mira hacia atrás y comprueba que el trasnochador se pierde San Isidoro adelante; una plaza a la que la gente del teatro, y él también porque lo es, comienza a llamar de Tirso, por haber vivido allí fray Gabriel Téllez, el dramaturgo.

Desde el patio de la casa se asegura, como sospecha, que la destartada puerta del almacén solo se cierra con un pestillo y así la abre, antes de regresar con el

cadáver. Escruta las ventanas del edificio y todo le devuelve calma.

En el portalón toma de nuevo el fardo y lo alza con cuidado. Si es descubierto dirá que se trata de madera, de un encargo de Gutierre, pero daría media vuelta y se lo volvería a llevar. Así lo repite una y otra vez en su cabeza para tranquilizarse hasta que se encuentra dentro del almacén.

Cierra la puerta y abre el petate. El rostro de Dosindito le mira inerte al rasgar la tela. En aquella estancia dominada por lo negro, la pálida cara del niño parece iluminada por el escaso fulgor de la luna y el hombre sufre un estremecimiento que le revuelve las tripas, si no las tuviese bastante turbias. Lo extrae del fardo y lo arrastra por las axilas, casi sin mirarle, hasta el fondo de la montonera. Lo sube con dificultad, porque los ciscos que pisa no aguantan y se caen. Decide entonces subir con una cuerda por donde la ladera que forman esas granzas es más suave. Así logra encaramarse a lo más alto y desde allí desciende hasta el cadáver. Lo ata bajo los brazos y lo iza donde Gutierre acumula los cestos inservibles. Nuevos cañachos se precipitan hasta el suelo, pero logra mantenerlo en la cima.

Se percata de que no sube la pala y opta por abrir una cárcava con las manos. Dosindito es ya tan negro como él y a poco mineral que le arroje por encima, todo se confunde en aquel festín de piconeros.

Tomás ansía salir de allí y da por bueno el escondrijo. Desciende con cuidado hasta la punta opuesta del depósito que se inicia en la pared de la puerta. La abre y sale al patio en un suspiro. Cuando atraviesa el portalón, camino de Relatores, no escucha el ruido que producen otros ciscos de mineral. Se han desprendido de la montonera y en su caída dejan al descubierto la mano izquierda de Dosindito, que aflora con la palma hacia el cielo, ennegrecida y clemente.

* * *

Madrid / Plaza del Alamillo

El cochero pasa por la casa de las Urosas para cambiarse la ropa tiznada de carbonilla y lavar, al menos, cara y manos. Fernanda la Rica se mueve en su lecho y sin despertar le pide jarana con voz sedosa y durmiente.

—Tomás, hace mucho tiempo que no me...

Él ni le contesta. La ropa se la lleva consigo. Ya la lavará en cualquier parte. Es mejor que ni Fernanda sepa de carbones.

Vuelve al coche y lo dirige al Alamillo, donde le espera la otra cara de la encomienda. A sus golpes quedos en la puerta responde Cayo, que ha bebido hasta abandonarse y así evitar las pesadillas.

—Soy yo —dice Tomás en un susurro.

—¿Qué te pasa?

—Sal, te traigo algo.

—¿El dinero?

—Sí.

Cayo se malviste a toda prisa y abre la puerta. Tomás lo aleja de su casa para chamullar sin que la Reme los oiga, pero ya en la plaza surge la pregunta:

—¿Y Dosindito? ¿Por qué no lo traes contigo?

—Se han complicado los planes.

—¡Me cago en los altares! ¿Qué ha pasado?

—Tropieza, cae... se desnucan. Fue una torpeza, un accidente. ¡Te lo juro!

—¡Pero...!, ¿qué dices? ¿Ha muerto?

—Sí.

—¡Por todos los demonios! ¡Mala centella te coma! ¿Me estás diciendo que murió el rapaz?

—Nadie quería lastimarlo.

—¡Hostia, hostia, hostia...! ¡Tomás, lo que hemos hecho! ¡Lo hemos matado! ¡Lo maté! ¡He matado a Dosindito y nos ahorcarán a todos! ¡Me cago en Satanás! ¡Me cago en los altares!

El tantas veces botafuego ahora llora y blasfema llevándose las manos a la cabellera.

—No tiene por qué ser así. Lo del niño, es cierto, no tiene compostura. Pero tú y yo podemos librar del finibusterre. ¡Atiende! ¡Deja de llorar y atiende!

El *Sombrita* logra dominar su llanto.

—Yo... yo no soy el padre de Dosindito. De Lolita, sí; pero del niño, no. Fue un cura, estoy seguro; un cura que estuvo con la Reme aquellos días...

—De eso nadie está seguro, menos yo, porque mi padre era el único negro en toda la comarca. Negro y arquitecto. Lo hizo y no pudo disimularlo. Y fíjate cómo andamos ahora, pero calla de gimoteos. Aquí tienes los dos mil quinientos reales prometidos y quinientos más.

—¿Por la muerte del niño quinientos putos reales más?

—De momento. Es probable que les pueda sacar otro pico.

—¡Tomás! ¡Me cago en los altares! ¡Me cago en Satanás! ¡Me estás diciendo que se murió Dosindito y que lo trague por unas perras!

—Sí, sí. Estoy seguro que sí, que se los saco; pero ellos quieren dar cercioro de que tú lo comprendes y aceptas la situación. Vamos, que estás tan pringado como ellos, y que si te vas de la mui, es cierto, nos cuelgan a todos. ¡A todos! —remarca contumaz las sílabas—. ¿Lo entiendes? ¡La salvación no está en el parné, sino en la bola! ¡En el pesquis! ¿Cómo coño vas a regatearles por Dosindito? Ya les pediré yo algo más cuando pasen los primeros días. Por eso, tranquilo. Hay bolsa con largueza.

Con el dinero entre las manos, Cayo acepta y comprende mucho mejor lo sucedido. Mira y soba las monedas. Hay reales, maravedíes, novenes, cornados,

escudos y pesetas, que con ese extraño nombre se conocen ya los dos reales de plata.

—Fíate. Hay lo que te dicho.

Luego guarda la bolsa dentro de la camisa, que ajusta como puede a los calzones.

—Algunas son de mucho valimiento. Será difícil que me las acepten en los quilombos del barrio —dice como queja entrecortada por los últimos lloros.

—En las pocilgas inmundas que tú frecuentas, claro. Pero descuida. Yo me encargo de que te valgan.

—¿Qué hiciste con el niño? —pregunta Cayo con miedo a la respuesta.

—Está... enterrado, bien encalomado...

—¿Dónde?

—Creo que no te interesa saberlo.

—¿Cómo que no me interesa? ¿Dónde hostias está el niño? ¡Me cago en los altares, Tomás!

—En la carbonería de Gutierre.

—¿Qué disparate es ése? ¿Cómo demonios pudiste dejarlo allí? ¿No ves que el cuchitril me compromete?

—Está enterrado. ¡Detrás de todo el montón! El carbón tamará el olor y cuando den con él será dentro de mucho tiempo. Entretanto dirás que desaparece, que quiere ser cura chupacirios y que tú no le dejas. Que lo busquen en Roma, con el Papa...

—Estás loco, Tomás; yo soy una sabandija y tú estás chiflado. ¡Ni enterrarlo en tierra cristiana podemos! ¡Entre carbones! ¿Y qué le digo yo a la Reme?

—Nada. Tú chitón, porque tú nada sabes. El niño sale de casa al colegio y se escapa. Que no te quiten de ésas. ¿Está enterada la Reme de que lo alquilas a julandrones?

—Sabe y no sabe. Sabe que algo hago con él y que a veces vuelve llorando, pero ni yo se lo digo, ni el niño lo canta jamás. Que hace de amanuense y que copia escrituras con su letra. Eso digo. Tampoco ella lo pregunta con exceso. Por miedo. ¿Para qué saberlo?

—Mucho mejor.

—¿Pero y la plata? ¿Qué le digo del dinero?

—¡La guita te la tragas, Cayo! ¡No seas mequetrefe! Escóndela y te la gastas en porciones. No seas botarate y a la Reme... ¡ni palabra, o soy yo el que te rajo! Túmbate de nuevo y duerme como si nada. Hablaremos en tres o cuatro días, a ver cómo va el maldito embrollo.

—Lo que tú digas, Tomás. Y atiende de lo nuestro.

—Ya atiende. Por los dos atiende.

Sobre el Alamillo comienza a extenderse el amanecer en pinceladas de luz añil. Cayo regresa al lado de la Reme, no sin antes esconder el parné bajo un tablón del piso que otras veces utiliza como cubil de botines. El Negro Tomás se retira camino de las Urosas.

Necesita dormir y para lograrlo, nada mejor que hacerle ese regalo a Fernanda la

Rica, que ahora estará a punto de desperezarse y lo recibirá caliente, de mil amores.

* * *

Madrid / Calle de Relatores

Gutierre desatranca el portalón del patio en la casa de Relatores y ancla sus hojas a izquierda y derecha. Así lo hace todos los días por ser el suyo negocio temprano. Llega a la carbonería antes de que baje el más madrugador de los vecinos, el frutero Pascual, y éste le agradece encontrarlo abierto cuando sale con su carro y su caballería.

Penetra ahora en el almacén, que ocupa el ala izquierda del edificio, entre Relatores y el patio. El tiempo mejora y comienza a bajar la demanda de carbón de encina para braseros, aunque por días aumenta su uso en hornillos y cocinas, lo que no le hace temer a Gutierre por su negocio. A mayores ahí están los plateros, herreros, latoneros, panaderos, herradores y cerrajeros que hacen gran consumo del combustible vegetal. Lo prefieren obtenido del brezo; ojo, sin desprecio de la encina. Según sea la época, todos los meses llegan a su despacho dos o tres carros desde las colinas de Retuerta, en Burgos. También se lo suministran otras familias que carbonean en los montes toledanos de Mazarambroz y de Navahermosa, donde se extraen cada año más de ochenta mil arrobas de carbón de encina, roble, madroño o quejigo, destinadas para ser quemadas en Madrid, cuyos habitantes demandan cada doce meses más de tres millones de arrobas, que se dice pronto.

—Buenos días, Pascual. No te vieron mis ojos ayer en la procesión.

—Ja, ja, ja. Bien sabes que los fruteros somos del Cristo de la Columna, nuestro bendito Ecce Homo, y que salimos los lunes.

—Tampoco el lunes estabas.

—¡A ver si ahora me entero de que perteneces tú a los cuervos! ¡Claro! ¡Como para no haberlo sospechado! ¡Tiznado, carbonero y cuervo!

—¡Frutero, frutero! ¡Que vas de cabeza a la Suprema!

—¡Gutierre! ¡Con los cuervos, ni bromas!

Pascual sale a Relatores y Gutierre prepara las primeras banastas que servirán los repartidores. Los hay que acuden todos los días y otros, como Cayo Martín, que solo aparecen por el portal cuando necesitan unas blancas para mojar el gznate.

Toma la pala y comienza a llenar de picón el primer cuévano. La vista se le va a un objeto extraño que emerge al fondo, en la parte superior. Parecen unas raíces o el nudo de unas ramas, pero no. Se acerca y comprueba que es...

—¡Una mano!

Aparta los trozos de carbón que le tapan el cuerpo hasta que surge su tétrico

rostro, para él reconocible pese a la carbonilla que lo cubre.

—¡Dosindito!

El hombre se estremece ante el cadáver del hijo de Cayo y de la Reme sin poder separar la vista de aquellos ojos que han quedado prendidos de un soplo para siempre, sin vida ni horizontes.

Por fin baja de la montonera y se encamina desmañado a la oficina del alcalde con mando en el cuartel de Palacio, Miguel Joaquín Lorieri, que todavía no ha pasado por allí, dado lo temprano de la hora. Al único guardia de puertas que allí se encuentra le informa sin más preámbulos.

—Atocinaron a un niño.

—¿Qué mascullas, carbonero?

—Que el hijo de Cayo la diña y no sé cómo. Lo tiran en mi portal como a un perro muerto.

La alarma comienza a extenderse y la noticia no siempre se transmite con arreglo a lo sucedido, tanto es así que al poco de ser retirado el cadáver, dos vecinos del Alamillo y otros dos de Puerta Cerrada que se dicen amigos de Cayo, se personan en la carbonería y la emprenden a palos con Gutierre, pues en los chismes que les llegan, el cuerpo del niño fue visto mutilado, mancillado y tizado de carbón por entero, prueba irrefutable para ellos de la culpabilidad del hombre que lo distribuye.

Algo más tarde, cuando Dámaso Mayorga ha sido comisionado para descubrir la bellaquería, Cayo Martín entra sigiloso en el negocio de Relatores y allí es localizado por éste.

* * *

Madrid / Recoletos

Don Cancio se dirige al edificio hace meses heredado de sus ancestros en la Carrera de San Jerónimo. Para ello marca al cochero un extraño recorrido, pues de Afligidos le ordena entrar en Sal Si Puedes y no acortar por San Bernardo, sino sobrepasar su destino por las calles de Desengaño e Infantas hasta Recoletos. Una vez allí, ordena a éste que se detenga poco antes del lugar donde comienzan las obras de la fuente y pone pie en tierra. Otea el terreno como lo haría un triangulador topógrafo. Quiere determinar la ubicación de un ángulo de 15 grados de acuerdo con la división del círculo de Eratóstenes, que corresponden a los 45 grados que hoy se aceptan como universales. Para ello imagina la dirección de la futura mirada de la diosa y allí marca un valor total de 60 grados, el mismo que permanece vigente en las esferas de los relojes, las únicas circunferencias que no se dividen en 360 grados. El suyo es un ejercicio de fe, más que geométrico.

Cibeles llega a Roma diez años antes de la muerte de Eratóstenes y piensa el barón que ése sería entonces el valor del círculo, pues Hiparco, a quien le corresponderá implantar los 360°, aún está a punto de nacer.

El cálculo es fácil de establecer en su mesa de Afligidos, y sin embargo, ahora, sobre el terreno, duda el sitio señalado. Extrae del bolsillo un rebujo de retales y lo deja caer cuando cree que nadie está pendiente de sus movimientos. Luego, empuja con los pies una piedra de las obras hacia el envoltorio y con ella lo cubre hasta ocultarlo. Permanece interesado en lo que allí se levanta varios segundos más y con las mismas regresa a su coche.

* * *

Madrid / Plaza del Alamillo

La Reme deja de llorar a media tarde, cuando la última vecina se va de su casa, pues aunque bruja, puta y mal hablada, allí todos se ayudan en casos como éste.

—Te voy a pasar una cazuela de garbanzos con panceta. Así no tienes que meterte en la cocina.

—Acuéstate.

—No puedes despertarte sin nada en el estómago, arrastrada por las cuestas y sin chicha para sostener las medias.

La mujer no puede rechazar tantos favores, los acepta y se queda a solas con Cayo.

—Hoy te pusiste en pie con la fresca. Vino alguien. ¿Crees que no despierto? ¿Con quién hablaste? Tú sabes más de la muerte del niño, tú sabes lo que no me quieres decir, cabrón. Tú no serás el padre, pero yo sí soy su madre ¿sabes? Y me lo habéis matado. Tú me lo mataste, asesino. Lo único que te debe Dosindito es morir. En vida te aprovechas de él cuanto quieres y ahora lo matas. Pero no tengas miedo. No voy a salir corriendo para gritar tu nombre, para gritar que fuiste tú. Hoy solo voy a llorar por él y cuando mañana nos lo devuelvan, lo enterraremos y seguiré llorando porque también me mataste a mí, ¿sabes, cabrón?

—Tengo dinero. Mucho.

* * *

San Fernando de Henares / Reales Hospicios

Cesa don Cancio su alejamiento de Henares y cuando regresa lo hace sonriente y compasivo. Don Espíritu de Osuna hace el trabajo, los finados se entierran y la Canalla retoma el control tras un mal sueño de carnestolendas a las puertas de la Semana de Pasión. Fue divertido en un lugar donde jamás hubo una fiesta. Sí, cinco muertos. ¿Y qué, si todos vamos directos al hoyo? Más mueren en los otros carnavales de señoritos y espadachines.

Pregunta por el Negro Tomás y ordena que se presente en su despacho, para lo cual se demora más allá de los límites de su paciencia.

Cuando el mandadero entra, el barón de Esteiro Labandal domina su enfado.

—¿Qué sucede? ¿Qué escondite eliges?

Tomás lleva preparada su defensa.

—¡La carbonería, como se dijo! Pero no se hace bien, lo reconozco.

—¡Lo reconoce! ¡El negro reconoce su error! ¿Y para eso necesitas la fortuna que me birlas? Estamos en peligro, Tomás, y el único consuelo que me queda es saber que el primero en caer serás tú.

—Ahora es usted el preocupado y yo el tranquilo. Es cierto. Encuentran el cuerpo antes de lo previsto, pero ¿y qué? ¿Acaso no me ordena torturarlo después de muerto? Habría sido para esto, para pintar a un muchacho víctima de viciosos y degenerados. ¿O no? ¿Acaso es porque lo disfruta?

—¡Calla, negro!

—Cayo colabora y nada me relaciona con los hechos. Ya lo ve, pasan tres días y los vecinos siguen señalando a Gutierre, que está preso.

—¡No nos basta con Gutierre, comecoños! Saben que una muerte así es algo más que un negocio del carbonero, o tuyo, o de un ratero asaltagabanes. Escucha, negro cabestro. Hay que poner algo de nuestra parte. Los dos estamos obligados a hacer de chafarderos. Comentaremos que en la corte se acusa del crimen a la princesa de Asturias, a María Luisa de Parma, a la de Italia.

—¡Es absurdo!

—Déjame decidir a mí los disparates y haz lo que te mando. Solo tienes que comentar, a quien creas y cuando lo estimes, que oyes rumores extraños y de gente importante sobre la pamesana. Por ejemplo, que a la futura reina la han visto temblar cuando en su presencia se habla de Dosindito, el niño asesinado... Tú lo escuchas. Sea o no un dicterio con posibles, tú lo escuchas. ¿Entendido? ¡Tú lo escuchas!

El golpeteo de los nudillos de Osuna sobre la puerta interrumpe la conversación.

—¡Adelante!

—Desearía despachar con el señor director un asunto de la máxima urgencia.

—Está bien, retírate, Tomás, y actúa de acuerdo con lo hablado.

El recadero abandona la habitación y don Espíritu se sienta frente al director.

—¿Cuál es la urgencia?

—Una muy satisfactoria, señor.

—Si es así, no te demores en compartirla.

—El Rey firma esta mañana la creación de un impuesto con destino a la Junta General de Caridad y a la Obra Pía, hospicios, inclusas, casas cuna, de misericordia y de corrección, que en el caso de Madrid ha de redundar en los dos sanfernandos, y de forma notabilísima, por el número de menesterosos acogidos, en el nuestro.

—¡Albricias! ¡Nuestras ofrendas son recibidas y los ruegos escuchados!

—El decreto incluye un preámbulo en el que Su Majestad hace referencia a los esfuerzos que la administración realiza en la atención a los pobres y lo mucho que mejora ésta.

—Influencias de la Visita Anual, por lo que veo. ¿Y cómo dispone el monarca esos impuestos?

—En lo que a Madrid se refiere, señala doce reales por caballería no dedicada a la agricultura que exista en cada casa. Un cálculo somero nos permite suponer que San Fernando de Henares perciba unos ocho mil reales.

—¿Anuales?

—¡Mensuales, señor director! ¡Mensuales!

—¡Dispón el carruaje! ¡He de regresar a Madrid de inmediato!

* * *

Madrid / Plaza de los Afligidos

Doña Pacita está enfrascada en una de sus obligaciones diarias, que es la de comprobar qué huevos de las tres docenas compradas en días alternos son los más frescos, según verifica siguiendo los pasos precisos que le enseña de niña el padre de don Cancio. Sentada en la mesa central de la cocina, los toma uno a uno y los observa al trasluz. Esta operación le permite seleccionar aquéllos que menos aire acumulan en su interior y por lo tanto, los que están más próximos a la puesta, o los que mejor mantienen su frescura. Pero este paso, aunque minucioso, no es suficiente en casa de los barones de Esteiro Labandal.

Una vez elegida la docena que mejor responde a esas exigencias, doña Pacita llena una vasija con agua y sal, donde los introduce a fin de probar su comportamiento. En esta ocasión, cuatro permanecen en el fondo del recipiente reservado para este fin. No hay error, son los más frescos, los que menos aire encierran. Los otros ocho cabecean hacia la superficie formando distintos ángulos respecto al ras. Doña Pacita toma los cuatro primeros y los guarda en una cestilla, los ocho restantes van a otra y las dos docenas descartadas en el examen visual, a una tercera. Las tres pasan a ocupar un lugar preferente en la espetera, al lado de matraces con arrope y sartenes colgando de cada gancho de abordaje. Aquellos cuatro serán para el exclusivo consumo del señor y una vez que los coma, bien pasados por agua

al desayuno, bien su yema en ayunas, con cebolla triturada, con mirra y canela, o en las distintas comidas de los próximos días, la cocinera podrá echar mano de los que ocupen la segunda cestilla, pero nunca de la tercera, pues en ese caso sería necesario volver al mercado y repetir la selección de frescura. Por supuesto, la señora baronesa y las demás personas que almuercen o cenén en Afligidos, tomarán los menos valorados.

El rito se consuma con la elección del príncipe de los huevos, aquél de los cuatro principales que merezca los mayores honores a juicio de la mujer, por color, tamaño, forma o señales pertinentes en su cáscara, como uno que trajo una R dibujada, y todos coincidieron en que era la del Rey sin duda alguna. El príncipe será llevado a presencia de don Cancio, quien defiende, como ya hacía el anterior barón, su señor padre, las virtudes del huevo recién puesto para mantener la agudeza de la vista, y puesto que hoy no viven en una alquería para disfrutar de ese enjuague, caliente la envoltura por el cuerpo de la gallina, al menos sí puede repetir la costumbre de pasar sobre los párpados el cascarón del que sea elegido, aunque doña Pacita sospecha que el barón no solo se lo pasa por ahí, sino que también, bajándose las cirolas, lo frota contra sus partes antes de devolverlo a la despensa. Lo sospecha, pero no puede atestiguar que lo haya visto. ¿Por qué tal conjetura? Por el tiempo que la cocinera lleva en la familia y por todo lo que sabe de su salud y sus enfermedades.

Al tiempo que la mujer clasifica la última compra, el Negro Tomás sale de la casona de don Goomer consumido por los amores que allí deja. Entrecruza tres calles, se para y mira hacia atrás en otras cincuenta, vuelve sobre sus pasos tras veinte esquinas y todo lo hace antes de aporrear la puerta trasera del palacete de Esteiro Labandal, en Afligidos.

La mujer guarda las últimas docenas, los de la tercera cesta, y le abre malhumorada, aunque en su caso nunca lo es en demasía.

—¿No sabes llamar como las personas decentes, morenito?

—¿Está en casa el barón?

—Sí, está. Lo que ignoro es si quiere recibirte. Pasa y siéntate mientras se lo preguntan, hombre de Dios.

La cocina ocupa la mitad de la planta baja. Son los dominios de doña Pacita, a los que hay que añadir una despensa subterránea, casi de su misma extensión, y la bodega aneja, con caldos recolectados en los grandes viñedos de Francia y el Mediterráneo. Siempre se dijo que en aquella despensa excavada en los cimientos se foguean las mozas que han de servir a los barones, pero la cocinera lleva con ellos desde que el padre de don Cancio la arranca del Alde Zaharra de Irún y jamás es testigo de nada que ponga en danza al barón con los traseros de las mozas; salvo una vez, eso sí, en que sorprende a doña Mariana abrazada a un lacayo, que por fuerza no dura ni dos horas en la quinta. De lo dicho, lo más probado por los que son y fueron servidumbre, es que don Cancio luzca una subida cornamenta desde que contrae matrimonio con aquella dama, que la pájara de doña Mariana Leonisa babea por un

igual ante almejas que ante nabos, y que a su buen paladar responde el barón careciendo de otro en recíproca correspondencia; o sea, un soso. ¿Qué podría pasar en esa despensa si de noche baja don Cancio con una doncella? Que suban con aceitunas y dos hojas de laurel, responde doña Pacita, que defiende a su señor, aunque sea con mentiras.

Este mediodía hay caza para el almuerzo y al fuego se hacen lentas cuatro codornices en cebolla y salsa cazadora. A doña Mariana le gustan deshechas, que no se distinga el pájaro y que vayan a la boca sin necesidad de cuchillo. Al señor, por el contrario, le gusta encontrarse en el plato el bicho entero, blando, pero entero. A ella, dos rebanadas de pan frito. A don Cancio, más vinagre. A ella, ni el plato debe recordarlas. Él pide con cada ave cinco cebollas y uno de sus huevos, siempre poco cocido y cortado en cinco rodajas transversales. Para la mujer nada de esto supone un incordio porque las hace por separado, como casi todo en la casa, menos recetas puntuales en cuyo gusto coinciden. Así, las sopas de pan que hoy abren mesa y que para ambos han de estar fuertes de ajo, con grandes trozos de miga y un huevo semicrudo flotando a la espera de ser pinchado. Si la clara no resiste y rompe antes de llegar a la mesa, la sopa baja de inmediato y se la come el lacayo, o ella misma, que solo se alimenta con lo que viene devuelto, no así el resto del servicio, que tienen su menú correspondiente.

—Que suba —anuncia el lacayo Perico.

—Ya oíste, chocolate; que subas —corroborra doña Pacita sin dejar de cortar el corrusco para las sopas.

Tomás sigue a Perico por estancias conocidas, aunque esta vez no lo lleva a la biblioteca, ni al mirador de la señora, sino a un pequeño camarote en una esquina de la casa, donde el barón lo recibe en batín y pantalón de faya en canutillo.

—¡Señor, el Negro Tomás! —el lacayo anuncia al recién llegado con la formalidad acostumbrada, aunque la visita, como en este caso, sea de pocos vuelos, y no de título, sino de apodo.

Éste da un paso al frente dentro de la estancia y la puerta se cierra tras él.

—Graves han de ser las noticias para que te presentes en mi casa sin ser llamado.

—Graves, don Cancio. ¡Me siguen y me detienen! Hay un delegado para el crimen que...

—Don Dámaso Mayorga, lo sé.

—Sí, ese Dámaso me detiene y me da un día para que le cuente. ¡Está al cabo de la calle! ¡Incluso se atreve a dejarme libre! ¡Como soy negro, dice, no teme perderme la pista!

—¡Eres un imbécil, Tomás! ¡Te deja libre para aluspiar tus movimientos! ¿Y qué se te ocurre? ¡Venir a mi casa!

—¡No me siguieron! Me aseguré a conciencia.

—Vamos a pensar que sí, que eres más listo que el tal Mayorga, pero me da igual. ¿Qué quieres que yo haga?

—Salvarme el pellejo.

—¿Quieres huir?

—Lo que sea, pero no voy a pringar por esta muerte.

—Vi en tu ficha de San Fernando que tienes veintinueve años. ¿Es exacto?

—No, son treinta.

—¡Treinta! Eso cambia tu suerte. Creo que hay una manera de conseguir que no te pase nada.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Por mi edad?

—En efecto. Están en Madrid unas amigas portuguesas, dos hermanas muy majas que nos pueden ayudar, pero debemos actuar rápido porque mañana regresan a Lisboa. Buscan a alguien de esa edad exacta para su servicio. No me preguntes la razón concreta, pero es una cuestión de impuestos con sus colonias en el Kongo Ndongo... leyes portuguesas... ya sabes. Si yo les hablo de tus méritos, tus orígenes africanos y tu buena planta, te podrían llevar consigo. Las dos son cariñosas y están muy solas, Tomás. Lo que a ti te conviene, pero ya digo, actuemos con toda prontitud.

—Prisa es lo que necesito. Si mañana no me presento ante Mayorga, el baranda dirá por Madrid que el negro es el asesino del muchacho y me colgarán en cualquier esquina.

—No temas. Has sido un gran colaborador de la causa; aunque tonto de la higa, fiel. Por eso quiero recompensarte.

—Haré lo que me diga, don Cancio.

—Recoge cuanto tengas de valor y preséntate al anochecer en esta dirección de la Carrera de San Jerónimo, junto a la iglesia de San Antonio del Prado. Es un edificio de mi propiedad. La puerta estará abierta y dentro tendrás preparada una cena que encargará a doña Pacita. Ahora que lo pienso, también hay camastros a medio hacer. Allí pasarás la noche hasta que te recojan. Todavía desconozco cuándo será, pues debo hablar con ellas para que te lleven a Lisboa. Allí abundan los individuos de tu raza, de modo que no llamarás la atención si te persiguen los españoles. Las hermanas te garantizan el sustento, si las contentas con tu trabajo.

—No tendrán ni una queja.

—Eso les prometeré. En esa ciudad permanecerás el tiempo que se estime necesario y yo me encargaré de que te busquen por otros lados. Tienes parné y no es menguado. No lo olvides en Madrid. Llévalo contigo. Lo importante es que ahora desaparezcas. Que ese Dámaso Mayorga no te eche el lazo, porque te haría cantar y sería la ruina de los dos. Marcha y hazlo con el mayor sigilo posible.

Don Cancio avisa a Perico y éste lo lleva de nuevo a la cocina, de donde sale después de comprobar durante minutos que nadie está apostado en la plaza.

—¡Qué misterioso está el negro! —comenta doña Pacita al verlo—. ¡A saber los gatuperios en los que se habrá metido!

Madrid / Carrera de San Jerónimo

El barón de Esteiro Labandal conduce su coche hasta la Carrera de San Jerónimo. Allí hereda un noble edificio de enorme portalón que apenas utiliza y que no desea alquilar de ningún modo desde que De las Casas le recomienda paciencia antes de deshacerse de propiedades por mucho que apriete el zapato. Él mismo lo habita de soltero mientras se realizan obras en Afligidos, así que lo conoce bien.

Tira del moco de pavo para extraer del bolsillo su reloj. Es más de medianoche. Baja del vehículo con un fardo en la mano y lo frena.

El portal está abierto, pero entornado, tal como espera. Entra en él y a su paso lo cierra con tranca, llave y pestillo. Enciende la vela y comienza un lento ascenso de las escaleras principales, que se sitúan a ambos lados del zaguán.

—¡Tomás! ¿Me escuchas, Tomás? No temas, soy el barón... don Cancio... tu director. ¡Tomás!

Las sucesivas llamadas reciben el silencio como respuesta. El barón ya está en el primer piso y revisa las habitaciones. En la que sirve de salón, donde se conservan varias sillas apolilladas y una mesa, encuentra los platos vacíos de una reciente cena. Deposita en el suelo su saco y los revisa. A su lado hay una botella de vino casi vacía. Era uno de sus mejores burdeos, nada menos que un Château Lafite de Sègur del año 1769. Lo elige para la ocasión por tener en la bodega veintidós botellas del 68 y una sola de ese año. Manías perfeccionistas y afán por agradar a Tomás, que si bien no es un gran bebedor como Cayo, cata, sabe apreciar un buen caldo y conoce el valor de ese burdeos.

Vaya si lo conoce. Apenas deja cortinas y dos dedos sin beber. El poso deteriora el sabor y desiste de agotarla, piensa Cancio. Acerca la vela a la copa y ve al trasluz que el paso del tiempo se deja notar en el vino, aunque hasta ese punto conserva todas sus maravillosas texturas, apenas deterioradas por la presencia de una fuerte dosis de láudano de Rousseau, casi el doble del utilizado en la comida de Dosindito e introducida con dificultad en la botella sin que se advierta que fue manipulada.

Camina ahora hacia las otras habitaciones y en la segunda de ellas, donde existen dos catres, distingue el bulto de un cuerpo adormilado. Es Tomás. Don Cancio regresa al improvisado comedor y traslada hasta allí el fardo que trae consigo. Lo abre y de él obtiene unos guantes de cuero de zalea y un hacha de medianas proporciones, un machete que él mismo sabe utilizar como deshuesador de jamones.

Se cubre las manos, se coloca en paralelo a la cabeza del negro y sobre su cuello descarga el filo con enorme fuerza. Sin embargo, falla en su puntería y el machete cae

como guillotina sobre el hombro izquierdo, a la altura de la unión con el antebrazo, destrozándose.

El impacto y el dolor ocasionado devuelven a Tomás la conciencia, haciendo que se gire hacia el barón.

—¿Qué es esto? —exclama todavía turbado por el vino, la cena y el narcótico.

Casi logra sentarse y en esa postura se lleva la mano derecha hacia la herida, que intenta ver incrédulo ante lo que le sucede, cuando otro hachazo, éste sí, descarga ahora sobre la parte posterior del cuello, produciéndole un degüello tan amplio que la cabeza se vuelve por completo hacia su espalda y sus ojos se clavan en los del barón, que lo observa asombrado por el efecto que acaba de producir en la vertical del hombre. Antes de caer al suelo, el corpachón de Tomás expulsa un chorro de sangre que salpica la pechera del personaje y asperge la pared que sirve de cabecera.

Tras el topetazo de la caída, apenas se producen dos, tres estertores y Tomás, el más bello cuerpo y el más admirado de las madrileñas, deviene cadáver para siempre. Su cabeza reposa sobre el propio corte, como se amoldan al suelo las de los osos, leones o tigres que sirven de alfombras allí donde llega la costumbre de hacer que las pieles de los animales muertos se parezcan a esos mismos animales cuando tenían vida.

El barón limpia con mimo el machete en su propia ropa y lo frota con la camisa hasta que cree haberlo liberado de toda sangre antes de guardarlo de nuevo en el fardo, donde también viaja ropa limpia, la navaja Huntsman, retales y un nuevo papel de culebrilla con la frase *ex iussu Matris Deum*. Extiende el rebujo en el suelo y con la inglesa le saja el pantalón al muchachote por donde sobresalen sus partes masculinas. Se revienta en efecto la pretina y allí se intuye un gran bulto. Corta ahora las nuevas telas y emerge inmenso un gran falo, como nunca antes ha visto, ni quizás imaginado. Lo toca en busca de su base y cuando la halla, agarra el miembro y lo jala hacia afuera, para que con él venga también una bolsa escrotal sobresaliente.

La visión de aquel balano provoca que aflore la reflexión y aunque nadie hay para escucharla, se descubre con ella algún secreto y resuena en la penumbra con gran espanto.

—Mariana se queda sin su sonajero.

El barón sabe de sus encuentros. Eso parece.

Cancio comprueba entonces lo mucho que le complacen aquellos manoseos, como ya intuye al tocar a Dosindito sus atributos. Es así, no hay que negarlo. Disfruta con el sexo del muchacho y lo lleva de una a otra parte, satisfecho de que no responda, extrañado de su agrado, de la tersura de su piel, de sus colosales proporciones, bordeando con la mente los placeres más nefandos, el embeleco al cadáver, la excitación del cuerpo, el calor que aún conservan aquellas carnes y que se escapa a cada paso en pos de la rigidez y la frialdad que pronto se harán eternas.

Se excita. Quisiera dejarse arrastrar por la tentación que lo perfora, pues no viene a eso. Pasa un instante y no decide. Lo toma de nuevo, lo estira, lo aprieta y lo

manosea. Le gustaría metérselo en la boca y comprobar allí sus dimensiones, la suavidad de su tacto y cómo aún siendo carne en reposo, le ocupará la lengua y el paladar. Lo sostiene un instante en el aire y lo hace. Se lo traga. Lo mete y lo aprieta con la lengua. Ahora le viene en ganas el morderlo. El Diablo se lo susurra, y ¡Dios!, ¡también lo hace! Acaba de bajar la dentadura y lo tarasca como lo haría un perro. Lo muerde en la caña, en el tronco, a buena distancia del glande, por donde fluye abundante el negrazo.

Lo retira de su boca y escupe la saliva, la sangre o lo que haya tragado, la mitad del tronco y el glande arrancado. ¡Qué monstruo! Se avergüenza. No del crimen, que en ello estamos de cabeza, sino de su necrofilia y de ese placer de hombre que lo lleva a ese extremo. Jamás se le cruza por las mientes caer en el nefando, y hoy... No, nunca lo tuvo en sus pensamientos. Ni en aquellos más perversos, cuando hace semanas decide asesinar para vencer. No, nunca fue un desviado, se cerciora ante sí mismo. Ha visto hombres con sus atributos al aire y otros que se tienen por manolas, pero nunca les presta atención, ni le excitan. Más al contrario, le asquea cualquier alusión a la sodomía. Si nefando es aquello que no debe ser dicho en público, él añade, ni dicho, ni pensado. Y sin embargo, con este muerto... ¿será timidez, perversión, monstruosidad? ¡Es Cibeles quien lo acoge entre su curia! La de aquellos sacerdotes ni machos, ni hembras que lo son todo. ¡Como él! ¡Él, uno de los grandes!

Se sacude y abandona esos pensamientos. Ahora vuelve a las partes. El pene, o lo que de él queda unido al cuerpo, muestra las marcas de sus dientes y la carne hecha jirones. Lo aparta para tomar la bolsa escrotal en toda su extensión. La voltea y la retuerce tres, cuatro, cinco veces, como le hubiese gustado hacer en vida con la de Dosindito, y al tenerla ya en un estrecho istmo, aplica la navaja barbera, y la cercena, no por donde menos carne hay, como en la primera de las muertes, sino por donde más tensa está la piel, por la base del colgajo y por todo su contorno, que aun siendo negro, casi transparenta el contenido. Al paso del filo, el pellejo se separa y los testículos quedan libres para ser recogidos.

Los arranca y los deposita entre pañales. Ahora permite al cadáver que mane por donde quiera, aunque una vez de pie, recapacita de sus pasos y regresa al escenario de sus placeres. Hay una nueva ocasión para tocarlo, una justificación ante sí mismo para tener el falo entre sus manos. Aquello no puede quedar así, ni puede entregar el cadáver a la tierra, o a donde vaya, con la marca de sus dientes sobre la verga, dejando que alguien se imagine lo que acaba de suceder por accidente, por un fatal resbalón de los deseos que jamás están en esa idea. Al contrario, si el placer le hubiese dominado, aún ahora estaría con él de besuqueos. ¿Y qué hay? Un hombre bien plantado. Un asesino que busca un escenario, una mente vil que planifica; no un julay que babea por un rabo, que ni contempla, ni saborea, ni mastica.

Desencaja la tabla que forma la parte superior de la mesilla, aunque para ello debe sobreponerse al dolor que avanza en la mano mordida por el perro. La coloca bajo los restos del miembro y vuelve a tomarlo entre sus dedos. Mas ahora es para estirarlo y

comprobar a dónde llega con sus dientes, salva la marca y aplica el tajamar dos dedos más arriba. Corta sin fuerza, sin sentido. Aquello es una carnicería. La abandona deshilachado. ¿Qué más podrán ver los que encuentren aquellas heridas? ¿Sería Tomás víctima de un lobo, de un lobisón, de un sacamantecas? ¿Lo sería de una bestia despiadada? Un hormigueo irrefrenable le rodea la herida de la mano y le obliga a frotársela sin que por ello consiga más que un cese momentáneo de la comezón.

En el talego viene también la crema de aceite obtenido de las bayas y la casta casta, que ahora aplica muy suave sobre la escabechina. Ni siquiera sabe por qué lo hace, ni en qué puede ayudarle el ungüento; ni a él, ni mucho menos a Tomás, pero lo hace. Quizá sea su firma. Quizá solo un motivo más para el tocamiento, aunque poca hombría queda en aquellos despojos y la carne del cochero comienza a enfriarse. Consume el bálsamo y con él deja pegadas trocitos de las hojas de *Agnus casta*. Ayudarán a que establezcan falsas conclusiones.

Cuando finaliza tiene tres cadáveres. El cuerpo castrado, el escroto y medio pene seccionado que a saber a qué dedica. Mira a Tomás y ve el escondite. Toma el machete, le obliga a que lo muerda y hace palanca entre las mandíbulas para que mantenga la boca bien abierta. Allí le mete los restos de la verga y los empuja cuanto puede hacia el fondo de la garganta. Ahí estará bien guardada.

Revisa ahora la ropa y encuentra los bolsillos repletos de monedas y billetes. Son los que acaba de entregarle como pago por la muerte del niño y que con buen criterio, no deben quedarse en Madrid mientras su dueño escapa hasta Lisboa, tal como él le aconseja. Este negro estaba tan tomado por el miedo que podría marcharse sin llevarlos.

En un hatillo que reposa a su lado, Tomás salva algo de ropa, más dinero y unas joyas de imponente oropel, que el barón supone fruto del hurto a un platero o a un diamantista. Se hace con ellas y con la mosca, antes de meter el cuerpo en dos costales de arpillera, por la cabeza y por los pies, que con uno no abarca.

Acaba el paquete, se desnuda y se dirige a la cocina donde aquella tarde tiene la precaución de preparar varios cangilones de agua y una esponja con la que se lava a conciencia. Le duele la mano. Se ha infectado el mordisco, no hay duda. Cambia el apósito y con cuidado se incorpora la muda. Llena el petate con sus prendas y con las de la piltra, que el capón deja chorreantes. Hoy no hará más recogidas. Al piso regresará mañana para limpiar lo más sobresaliente. Hace años que no se entra en el edificio y pueden pasar otros tantos sin que nadie vuelva a usarlo. Por eso calcula que el riesgo es nulo, siempre que se saque de allí el cadáver.

Toma una manta vieja, plagada de borujos, la extiende por el suelo y empuja sobre ella los dos costales que esconden a Tomás, atándola por los extremos para que forme saco. Lo agarra ahora a la inversa y lo arrastra hasta un hueco que practican en el anchurón para subir y bajar la roldana de cabria. Con ella jalan los suministros antes de ser jalados, como bromea con gracia el padre de don Cancio cada vez que ve

la operación. «Jalar es a subir, lo que jalar es a comer». Ahora sirve para otro fin. El barón asoma el cadáver por el vano y de dos empujones lanza el difunto al agujero, cayendo por él a plomo.

Desciende renco los peldaños del primer piso y se dispone a cargar el coche con el peligroso paquete. La misma operación que días atrás ejecuta el muchacho, sirve hoy para su enterramiento; otra vez entre carbones, pues don Cancio, sabedor de la facilidad con la que el cochero se deshace de Dosindito, repite sus movimientos sin cuidarse siquiera de tapar las mayores evidencias del crimen.

Conduce sus pasos a Recoletos y deja caer los dídimos de su víctima en el círculo imaginario de la diosa, quince grados de reloj más allá que los anteriores, tal como él lo concibe de la mano de Eratóstenes.

* * *

Madrid / Leganitos

—La ilustración es esto. Esto es el progreso. Atención a los pobres, cuidados médicos gratuitos, bolsas para quienes se encuentren sin trabajo. Yo soy un precursor de los tiempos. No llegaremos a verlo, pero le aseguro que en un futuro el Estado atenderá estas necesidades y será mejor administración aquélla que más dedique a mis pobres, a las arrecogidas y a los niños incluseros.

—Cancio, se te cae el juicio a los calcañares. No hay quien te reconozca. No te afeitas, no te lavas, no te curas esa herida que te reconcome y para colmo de incuria, buscas que entre todos sostengamos una fábrica de pobreza. ¡Si les proporcionas lo imprescindible, nada harán y al problema gitano uniremos el de media España, la indigencia!

—Daría mi vida por conseguirlo, y de hecho no sabéis bien los sacrificios que a todas horas llevo a cabo.

* * *

Madrid / Plaza de los Afligidos

Dos días después, Cancio se levanta y recompone su figura. Se mal afeita en seco con la barbera que convierte en su aliada, pero deja matas de pelos donde antes era exquisita perfección y tersura. Se frota las carnes con una esponja humedecida por donde él mismo percibe el avance del tufo y de la mugre sin apenas dedicarle más

que un lametón de gato viudo. También repone la venda de la herida, que ahora reduce con liquenina, según receta de don Rodrigo, el médico del Hospicio.

Mariana lo aborda durante el desayuno. Lo reconoce más atildado que en estos últimos días, pero no sabría decir si es debido a que su marido le dedica más tiempo al afeitado, o es que en su cabeza no hay cabida para otra preocupación que no sea la marquesa de Curazzo y la muerte que le acecha en cada esquina.

—Perico vuelve del mercado horrorizado y logra contagiarme.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Qué venden hoy tan caro?

—Le impresionan los comentarios que escucha.

—Pues dime. ¿De qué tratan?

—¡No seas cínico! ¡Han encontrado el cadáver del Negro Tomás en la misma carbonería donde arrojan el del niño hace unas semanas! Tienes que saberlo desde ayer. ¡Es el Negro Tomás! ¡Tu recadero del hospicio!

A Cancio no parece impresionarle la noticia del hallazgo.

—Sí, un gran chico, pero sin duda frecuentaba compañías peligrosas.

—¿Peligrosas? Perico recuerda haberlo visto en Afligidos varias veces durante los últimos días.

—Sí, es cierto; como tantas otras personas que vienen a nuestras cenas. Tú misma lo recibes aquí para preparar el desfile. No sé de qué debemos asombrarnos. Estas cosas pasan. Si alguien se arriesga a frecuentar ambientes donde la muerte es moneda de cambio, corre el riesgo de acabar quemándose. Y al negro le pasó algo de eso. Al menos espero que no haya sufrido a causa de la terrible herida que le infringieron.

—Pero Cancio, Tomás también aparece castrado, como el niño.

—Es un horror. Cunden los malos ejemplos, pues hasta la muerte de Dosindito, ésta es una ciudad en la que sus habitantes se miran a la cara sin sospechar que detrás de cada rostro puede haber un asesino.

El discurso de su marido no le abunda a Mariana para liberarlo de las acusaciones que tanto ella, como su libro mágico le dirigen. Acusaciones que arrastran hacerlo partícipe en las tres muertes que convierten Madrid en una cloaca de inmundicias.

—Anteayer pasas la noche fuera de casa, y cuando regresas, dejas los botines en la cuadra para subir descalzo hasta el dormitorio. Los busco y compruebo que están cubiertos de carbonilla. ¿Tienes una explicación a esa evidencia?

—Es cierto, ese día llega a San Fernando un cargamento y tuve que revisarlo. Por si tratan de colarnos ramas chamuscadas por mineral. No sería la primera vez en lo que llevo de director.

—¡No seas cínico! ¡Ante mí no disimules! Fuiste tú. Tú castras a los dos para ejecutar ese rito de la diosa que te obsesiona, como haces durante el desfile con aquel pobre desgraciado, o con todo lo que emprendes desde que te crees elegido por ella.

Cancio muda su voz, que se vuelve amarga, como la que reserva para sus momentos de máximo fastidio.

—¡Vaya! ¡Te suponía en el mismo barco que yo! El barco que la traslada para

ayudarle a abrazar la Tierra, ¡su Tierra!

Cancio ha llegado al convencimiento de la diosa está cumpliendo una nueva etapa en su rotación terrenal tras el Atis. Está seguro de que un lugar de América Central será el lugar de su próximo aterrizaje y que más tarde emprenderá un vuelo al Lejano Oriente, que rematará en su última etapa de nuevo en Pesinunte. Así terminará su recorrido en el lugar donde cae del cielo transformada en piedra negra, según la extraordinaria visión que al barón le llega como revelación soñada.

—Para disfrutar de sus ventajas, el viaje conlleva renunciaciones, ofrendas y sacrificios. Te lo advertí y estuviste de acuerdo en disfrutar de sus dones. ¿A qué vienen ahora estos remilgos?

—¡Nunca estuvo en el trato convertirnos en asesinos!

—¡Y por supuesto que no! Te lo aseguro. Eres tú, en tu trastorno, la que ve fantasmas. Procura mantener la calma y disfruta con la fortuna que ella nos ofrece. Nada malo te sucederá entonces. El cielo está con nosotros, Mariana; pero si te rebelas y te revuelves contra él, puede caer sobre ti la peor de sus maldiciones. ¡La de Satán y su corte de demonios!

—¡El cielo con nosotros! ¡Ja! ¡Esa es la prueba de tu desvarío!

—¡Al infierno!

—¡Y tú conmigo! La Justicia acabará con tu delirio.

—No sabes lo que dices. El Rey besa por donde yo piso y él es mi mayor valedor. Estás ciega, las ofrendas comienzan a dar sus frutos y esto solo es el principio. Por otra parte, los cadáveres que ahora tanto te duelen nada grave constituyen. ¿El niño? ¡Carne de bujarrones! ¿El Negro Tomás? ¡Un truhán! ¡El consuelo de señoras aburridas! Cualquiera marido burlado se lo habrá llevado por delante. ¡No sufras! Nadie en Madrid, salvo tú, lamenta sus muertes.

Mariana teme ser descubierta en su traición y recula con mentiras.

—Tienes razón. Estoy triste y sin fuerzas por la congoja.

—No sufras. Yo estoy a tu lado. Estos días debo acabar un trabajo para el Hospicio, pero después todo mi tiempo será tuyo. Solo tuyo. En cuanto a la marquesa de Curazzo... ¿qué os ha pasado? Parecíais tan felices... incluso se diría que entre vosotras había algo más profundo que una amistad. No sé, una unión espiritual.

—Está embarazada.

—¿De Curazzo? ¡Qué buena noticia! ¡Cibeles no para de hacer milagros!

—¿Te alegras?

—¡Claro! El cielo sigue marcando mis pasos. ¡La niña Violeta embarazada! ¡La bella marquesa de Curazzo que presta su rostro a la diosa espera una pequeña criatura! ¡Es más de lo que yo mismo podría pedir!

Mariana se sorprende de que su marido conozca el posado ante Córibas, una información que ella supone bien guardada.

—¿Qué sabes tú de Violeta? ¿Acaso te dije yo algo? ¿Leíste el libro?

—No, querida. Ni hablas en sueños, ni rebusco entre tus papeles inspirados, pero

eso no quiere decir que seas la única persona informada sobre lo que se cuece en el Salón del Prado.

¡Córibas!, piensa la mujer. Solo él, o la propia marquesa de Curazzo, podrían haber roto el secreto. Sin embargo, nada da por cierto y amaga un sollozo.

—No te apenes sin motivo. Yo te ayudaré para que recuperes a Violeta, si ése es tu deseo. Te lo juro. Ahora debo marchar a San Fernando. Esta mano no termina de curarse. ¡Hasta el sol me molesta en los ojos y no veo forma de calmarlo!

—Ni siquiera sabes ya afeitarte.

—Me desagrada el contacto con el agua. Sufro fiebre o desazón desconocida, pero en el Hospicio pediré consejo al médico si debo insistir con decocciones de liquenina.

—¿Y qué les digo a Perico y a doña Pacita?

—¿Sobre qué?

—Sobre el Negro Tomás.

—¡Pues diles que estamos consternados! ¡Por todos los santos! ¿Tú no estás acaso consternada? Diles eso y que pronto habrá funerales en Henares. ¿Qué otro responso se te ocurre?

* * *

San Fernando de Henares / Reales Hospicios de San Fernando

—¡No se lo va a creer! —saluda don Espíritu cuando entra en el despacho del director.

—¡Los modales, Osuna, los modales! Ande, vuelva a salir y entre como Dios manda.

El mayordomo tesorero obedece.

—¿Da su permiso, señor Director?

—Adelante.

—¡No se lo va a creer, señor Director!

—Pruebe.

—¡De nuevo el Rey!

—¿Viene?

—No.

—¿Entonces?

—El Rey acaba de firmar otro decreto para proveer fondos a los más necesitados.

—¿Ves? Me lo creo. Es más, lo estaba esperando.

—Pero, don Cancio...

—¿En qué quedamos? Diga, señor Director.

—Pero señor Director, es un hecho extraordinario. Durante años ni se acuerdan de nosotros y ahora, cada semana llueve el maná... Es un prodigio.

—Dejémoslo en justicia. ¿Y qué acuerda esta vez el viejo Borbón?

—El Rey aprueba un impuesto sobre sucesiones para toda España. Una luctuosa medieval, pero que estará vigente en el siglo XIX como símbolo de modernidad de un Estado que mira por sus pobres.

—¿Lo ves, Mariana?

—¿Decía...?

—Nada, nada. Pensamientos en alto. Pero concrete en qué consisten las novedades, que con los mimbres expuestos yo no hago un cesto.

—Su Majestad ordena que de cada herencia, el diez por ciento ha de ser para los nuestros, para los pobres.

—¿Cómo? El Rey chochea. ¿Es capaz de imponer un atraco así? ¡Y con destino a los pobres! ¿En qué fuente bebes para saber del decreto?

—En la mejor y única. Hoy es martes y sale la *Gazeta de Madrid*. Esta mañana envió un hombre a Carretas y pronto tendremos aquí un ejemplar.

Termina don Cancio su frase y en la puerta suena la llamada de Simón como si hubiese sido convocada por arte diabólica. Don Espíritu se levanta, abre la puerta y sin permitir que el recadero la traspase, le arranca el número de sus manos, dándole con ella en las narices.

—Aquí aparece, página tres.

El director toma la *Gazeta* y de un vistazo localiza al instante el decreto que aparece publicado entre la manda de un *Te Deum* por el nuevo hijo de la duquesa de Toscana y el ascenso de Francisco de Walaert como segundo Teniente de Fusileros de las Reales Guardias Walonas. Es una disposición más amplia y de mayor calado que la anterior, cuyas consecuencias económicas son ahora mismo incalculables, tantas como dificultades encontrarán los recaudadores para hacer efectiva la gabela.

—A pocas herencias que se consiga aplicar el impuesto, nos cubriremos de oro. Téngalo por seguro, Osuna.

Los dos hombres sonrían, convencido uno de haber establecido línea directa con la piedra negra de Pesinunte, admirado el otro de la suerte que acompaña a su singular director. Este tipo majista y puntilloso, cuyo aspecto demuda por momentos, pues de petronio impoluto a su llegada, pronto pasa por ser modelo inequívoco de gomosos filipichines.

Ahora, cuando la veleidosa fortuna le da la cara, su aspecto se derrumba en abandonos solo vistos entre los miembros más notables de la Corte de los Milagros, los parisinos *barbones* y *clochards*. Y es novedad en el barón que a todos deja desconcertados.

—¿Qué se comenta del Negro Tomás? ¿Qué oye usted entre la Canalla?

—¿De ése? ¡Pues lo que a buen seguro usted oye! Que frecuenta muy malas compañías, como la del padre del niño emasculado, que no es trigo limpio aunque lo

ciernen cien mil veces. Y que andan sueltos por Madrid bujarrones de cuchillos afilados que primero lo brincan en el camastro de cualquier tugurio, y luego le dan matarile para no abonarle el servicio. Y como al niño lo capan sus asesinos, a Tomás se lo hacen por broma.

—Eso mismo pienso yo. ¿Y el doctor? ¿Ha llegado? ¡El perro me ha embravecido la mano!

—Hoy no pasa revista. Ya sabe que los martes va a Madrid.

—¡Mierda!

* * *

Madrid / Plaza de los Salvajes

Don Cancio Sacido espera la llegada del 22 de junio como atún en almadraba. La tiene por fecha señalada y durante los últimos días dedica horas a preparar que todo salga a la perfección, pues es mucho lo que está en juego de acuerdo a sus cálculos. Para que así sea, anuncia en los Reales Hospicios que no se trasladará a San Fernando, pues asuntos oficiales lo retienen en Madrid.

Tras el desayuno se despide de su esposa, sumida en recuerdos de Violeta y añoranzas del negro mandadero. Cancio apenas le dirige la mirada, no quiere prender chácharas que le retrasen. Sube a la calesa y ordena al nuevo cochero que lo traslade de inmediato hasta la Plaza de Provincia, donde debe diligenciar asuntos de Repeso y de Alcaldía en el palacio de Santa Cruz. Una vez allí no necesitará el coche durante todo el día, por lo que debe regresar a Afligidos. El recorrido lo realiza protegido del sol abrasador que lo consume de luces y calores, a él en mayor medida que al resto de madrileños, pues advierte en las últimas jornadas el profundo desagrado que ambas circunstancias le causan.

Don Cancio camina bastón en ristre por delante del Orfeo que diseña Gacci y que esculpe Ludovico Turqui, el mismo artista que da formas a la Mariblanca tan sonada. Eso reprochan también al Rey los clérigos andaluces. Muchas plazas de Madrid dedicadas al gentilismo. Demasiadas. Orfeo en la de Provincia; Diana en la Cebada, Ceres en Libreros, Endimión en Puerta de Moros, otra Diana en Puerta Cerrada, y la de Sol, que antes llamaron Fe y ahora Mariblanca para el disimulo, ¡no es otra que una Venus descarada!

A continuación entra petulante en Santa Cruz, donde habla con unos y con otros. A todos llaman la atención sus bodoques en la hombrera, entre majo y torero, que contrastan con la casaca, sus caireles, la peluca y el aire postinero, inconfundible de quienes nacen y se crían con parné creyendo que a nadie se lo deben y que a todos se lo prestan con la mirada, eso sí, sin soltar un bronce. También reparan en las vendas

de la mano, en lo hundido de sus ojos y en ese caminar tan activo que no es del renco barón característico.

—¿Herida de caza, don Cancio?

—De perro, solo de perro sin escopeta, pero con ganas.

El hombre se hace ver en todos lados, sin dejar de preguntar sobre el impuesto de las caballerías, sobre la luctuosa y cómo, cuándo, cuánto o dónde podrá beneficiarse de sus implantaciones; bien entendido, no él, sino los pobres desgraciados que tiene a su cuidado en los Reales Hospicios de la vega del Henares.

Tras varios intentos fallidos, encuentra una respuesta.

—Usted no debe preocuparse por nada, don Cancio. Cuando todo esté dispuesto, pasaremos por San Fernando y formalizaremos la entrega de las cantidades que se le devenguen.

—De acuerdo. Soy un obseso del orden y detesto que la burocracia me pille por sorpresa, sin algún requisito en regla, o falta de pólizas. Esos papelorios que la administración siempre demanda cuando no hay. Ja, ja, ja.

—Lo comprendo, pero hoy todo está conforme y cumplimentado. Ya llegará el momento de firmar.

—Muchas gracias por su interés. Hablaría de buen grado con el juez, pero no quiero importunarle. Dígale que pregunta por él el barón de Esteiro Labandal, director de San Fernando de Henares y ya haremos por vernos.

—Descuide, don Cancio —contesta el oficial del negociado para probar que conoce al personaje.

—Muchas gracias.

—Con Dios, y cuídese, que le encuentro un tanto valetudinario.

—La edad, que no perdona.

Con todo y eso, brujulea por otros pasillos en busca de caras conocidas. Se cruza con Cándido de la Escosura, con el que apenas tiene trato, pero le dedica un gran saludo, como padrino en bautizo, para dejar constancia de su paso por Santa Cruz. Satisfecho por el encuentro, sale de nuevo a la plaza de Provincia y dando un rodeo por la Fresa, Zaragoza y Postas, atraviesa la Plaza Mayor. Cuando ya se encuentra en la Travesía de San Miguel, cuelga de su antebrazo el bastón y empuja las dos puertas del Portal de Paños, donde saluda a su joven propietario, Francisco Antonio de Bringas.

—Buenos días. Desearía una camisa de paño fino, pero ya confeccionada.

—Pocas tenemos. Por no decir ninguna. Ni nosotros mismos las hacemos. Debe ir a un sastre.

—Pero alguna habrá. ¿No es cierto?

—Sí, alguna. ¿Es para usted?

—No, es para un hombre de menor envergadura, sin embargo no necesito que le venga a la medida. Se lo diré con lisura. La quiero para vestir un San Julián cazador que preside la capilla y al que los ratones le han roído su preciosa camisa con

chorrera. Casamos a la niña el domingo y no es cosa de que esté San Julián con los agujeros al aire. ¿Comprende?

—A la perfección. Pero entonces le saldría mucho más a cuenta comprarle los ropajes en artículos religiosos. Hay varias tiendas aquí cerca.

—¿Pero qué ropajes, ni que centellas, si es un San Julián cazador, vestido a la moderna, con escopeta y todo?

—Aun así.

—Se ve que usted no quiere hacer negocio conmigo.

—En absoluto. Ahora mismo le muestro la que tengo.

Bringas toma una de las cajas a sus espaldas y abre su contenido. Es una camisa azafranada de seda, confeccionada con hilos de Vicálvaro y cercana a los Reales Hospicios.

—La encarga un noble de Ávila y jamás vuelve a recogerla.

—¿Muere?

—Se arruina.

—A San Julián no le importará. Me la llevo con la caja.

Mientras Bringas se la anuda con bramante, don Cancio observa tras los cristales el paso de la gente, que a esa hora son en su mayoría cocineras que transportan carnes y frutas, legumbres y verduras desde los puestos del mercado de San Miguel a sus fogones.

—Aquí tiene. Son 120 reales. Menos no le puedo cobrar.

—Ni yo se lo pido. Buenos días y sepa que San Julián Hospitalario velará por su negocio.

—Falta hace, aunque el buen paño...

—Ya ve que sí... en el arca se vende.

Con el paquete bajo el brazo y el bastón en su derecha encamina el paso hacia la plaza del Corpus Christi, la popular plaza de los Salvajes, que también llaman de las Carboneras por el milagroso hallazgo del cuadro que allí se venera. La cruza y se aproxima al domicilio de don Goomer Astudillo, conde de Sanchezcapitán. Llama y tras larga espera, el hombre le franquea el portalón, mediante una cuerda que acciona sin necesidad de bajar desde el descansillo del primer piso, a donde emerge envuelto en una bata roja y negra de muselina con motivos orientales y guarnecida de marta que deja intuir su completa desnudez bajo la misma.

—¡Cancio! ¡Qué sorpresa tan agradable! ¡Sube!

El barón salva las escaleras que le separan de su amigo y se planta frente a él.

—Pasa, pasa, que aún refresca.

—Pronto caerá la calorina.

—Sí, a estas horas dicen que en Madrid se puede vivir. Dicen, porque a mí nunca me han pillado despierto.

—¡Qué juerguista eres!

—¿Juerguista? Lo imprescindible para sobrevivir. Pero, vamos, pasa adentro que

preparo un chocolatito.

—Gracias. La verdad es que vengo paseando desde el palacio de Santa Cruz, a donde acudo por asuntos del internado, y cállame corriente, como soplado por un ángel de la amistad, recuerdo que hoy, 22 de junio, celebras tu cumpleaños, querido Goomer. Cuarenta y cinco, si mis informaciones son ciertas.

—¡Oh! ¡Qué amable! ¡Sí, claro, claro! ¡Cuarenta y cinco! ¿Y tú cómo lo sabes, golfante? ¡Yo que siempre me quito tres! ¡Ja, ja, ja! ¡Hala! Vamos a por ese chocolate.

—No vengo a molestar.

—¿Qué dices, tontín? ¡Cómo va a ser molestia con la de noches que voy yo a tu casa y tú ninguna a la mía! ¡Esta es la primera vez que estás aquí! Pero cuenta, picaruelo, ¿por qué sabes mi edad?

—Cuentas galanas. Este hombre, me dije, con lo presumido que es, que siempre cacarea y nunca pone huevo, seguro que se quita... tres años. En una de las últimas cenas comentas que tenías cuarenta y uno, que en realidad son cuarenta y cuatro; así que hoy tienen que ser... cuarenta y cinco. Recuerda que mi mujer celebra contigo muchas fiestas anteriores. O eso me dice. De modo que el 22 de junio no se me escapa.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué listo, Cancio, qué listo! Y este año no te acompaña ella y apareces tú solo. Muy temprano, por cierto. Fíjate, todavía estaba en la cama, desperezándome... así... como me gusta a mí... muy a poquitos.

Y Goomer se estira como una princesita caprichosa delante de un paje.

—¡Oh!

Pasan a una estancia que al conde le sirve de salón, cuarto de las visitas, comedor y biblioteca. El gato del noble, un angora turco de largo pelo blanco, ronronea mientras se desplaza por entre libros amontonados como lo haría un suave plumero de avestruz.

—Es Bizú, mi única compañía.

—Dicho así, me partes el alma.

—¡Zalamero!

Aunque existen allí mil objetos dispuestos en perfecto caos, todo está dominado por una enorme *chaise longue* en raso que en su día fue dorado y verde esmeraldino y que remata el juego con dos sillones auxiliares a los lados. Cancio imagina esos muebles ocupados cada tarde por jovencitos de la calle, contratados para brincar alrededor de Goomer, o por otras compañías más afines.

El conde deja allí al visitante y se dirige a la cocina en busca de dos jícaras para el chocolate.

Desde el fondo del pasillo continúa la conversación.

—Como solo vivimos aquí Bizú y yo, lo tengo todo manga por hombro. El buey solo bien se lame. ¿Verdad, Cancio?

—Por mí no te disculpes. Me gusta el orden, pero en los demás admito todos los

pandemónium.

—¡Pandemónium! ¡Qué bien suena en tus labios! A partir de ahora llamaré al salón, el Pandemónium. Y a quien pregunte, le diré que lo bautizas tú.

Goomer está de nuevo en el salón con una bandeja y el cacao. A su regreso no disimula las miradas de deseo hacia Cancio y al dar los últimos pasos procura que el vuelo de la muselina descubra al máximo sus piernas, por si en el gesto levanta en su amigo la acucia de la carne.

—De modo que cuarenta y cinco, querido Goomer.

—¡Ay, sí! ¡Déjalos en paz, que si los mueves mucho pueden crecer hasta los cuarenta y seis! ¡Qué tontunas digo! Pero es porque estoy feliz de que hayas venido. Te lo juro. Llevo unos días con el miedo en el cuerpo. Desde que me entero de lo que le hacen al Negro Tomás, cada vez que me acuerdo me sube un cosquilleo por la espalda, se me agarrota en la garganta y bueno... para qué te cuento. Ven, siéntate y pruébalo, que está calentito... Mira, así tenía la piel Tomás, como el cacao. Tú lo conocías.

—Claro. ¿Y tú?

—¡Mucho! ¡Lo mismo! Bueno, lo conocía... algo. Pero me gustaba más que el alajú de Cuenca. ¡Qué preciosidad! Ya sabes que a mí los hombres... bueno, y algunas damitas. ¿Qué te voy a contar? A mí, donde haya un agujero, allá voy, me tiro y ya está. Ja, ja, ja. ¡Hay que vivir! ¿No crees, Cancio?

—Vaya. ¿Y Tomás también tenía los mismos gustos?

—A Tomás le iban más las redondeces, pero... hasta donde yo sé, nunca puso remilgos para clavársela a un guardia de corps. ¡Ay, madre; que me pierdo solo de pensarlo!

—Yo creo que te acostabas con él y que le dejabas entrar. Reconócelo, Goomer. ¡Somos amigos!

El conde ve en aquella terca insistencia la confirmación de que Cancio, ¡quién lo diría!, no desprecia truchas ni sarasas. Se abre entonces a las confidencias, por si engarza al amigo y esta mañana de cumpleaños, amén de chocolate, se come por el rabo a un barón vestido de majó. A falta de morenitos reventones, un gallego tocinerero de la Ulloa también es *bocatto di cardinali* en este Madrid tan mesetario.

—¡Cómo eres, Cancio! ¡Has logrado que rompa mi secreto! Pues sí, con el Negro Tomás, todo, todito, todo. ¡Oh, qué tardes! ¡Qué corridas, qué puyazos y qué estocadas! ¡No creo que pueda conocer otro cuerpo como el suyo!

—¡Pérdida lamentable!

—¡Y tanto! Al que se lo lleva por delante solo le deseo que se lo coman las hormigas en un desierto, ¡o que le parta un rayo! ¡Vamos, que sea por siempre maldito y desgraciado!

—No hables tanto, ni tan alto, Goomer. Dice el refrán que si no consigues ser casto, cual es tu caso, sé al menos cauto.

—¡Mira por dónde sales ahora con el refranero!

—Ya ves, el refranero, buen consejero.

El conde se acerca a la visita y le acaricia de arriba abajo la pechera, un gesto que el barón rechaza con un brusco cambio de la conversa.

—¡Ah! Te traigo una expresión, un pequeño regalo.

El conde disimula el ataque que iniciaba.

—¡Pero Cancio...! ¡Eres una caja de sorpresas! ¡Y ésta que me traes... es otra caja! ¡Ja, ja, ja!

—Ábrela, es para ti.

—A ver, a ver... ¡Huy! ¡Qué bonita! ¡Qué camisa tan selecta! ¡Hoy mismo la luzco por donde vaya! ¡El día de mi cumpleaños!

Cancio se pone en pie, y tomando la prenda por la hombrera, invita al conde a que le ofrezca la espalda junto a él.

—Acércate, Goomer. Te la voy a probar.

—¡Ay, Cancio! ¡Que yo no sabía, que tú... que tú y yo...!

Cuando lo tiene delante, el barón deposita la camisa en el respaldo de un sillón y toma sin apenas rozar el cuerpo la bata de muselina que cubre a su amigo. La abre y la deja caer como un gurrño a sus pies. El conde, que está en pelota, simula un leve temblequeo de damita pudorosa.

—Me voy a desmayar.

—Calla —le ordena Cancio con voz aleonada que contrasta con el flautín que gasta Goomer.

Las manos del barón van a los pechos del amigo, atrayéndolo con ímpetu hacia él. La izquierda se entretiene manoseándolo mientras la derecha se desliza hasta sus partes que recorre y aprieta con delectación, haciendo que se enderece al comenzar una masturbación que de inmediato practica con fuerza, yendo de la caricia al bamboleo. Piensa entonces que nunca tuvo entre sus manos el pene de un hombre vivo y aunque recuerda la textura del miembro de Tomás, la reacción a los estímulos que le dedica Goomer provoca en él sensaciones desconocidas. Un hombre que trempa y que se la empina. Le gusta, lo rechaza, le intriga. Él no fue en los jamases de esta cuerda, pero Tomás... ¡y Dosindito! le abren puertas a un jardín nunca pisado. Qué duro se le pone el instrumento. Este imbécil está pensando que da con el bollo de su fiesta, la vela que le falta al cumpleaños.

Goomer quiere detenerlo y pasar él a trabajar las carnes de Cancio, pero al intentar volverse y que cese el barón con su zambomba, comprueba que éste, en su corpulencia, lo tiene apresado como el león a una gacela.

—¡Cancio!

El visitante no responde, pero ahora su interés ya no es seguir excitándolo, sino doblar sus piernas y tumbarlo sobre el suelo boca abajo. Goomer cree que su amigo se dispone a sodomizarlo y aunque contrariado por la rapidez de los acontecimientos, trata de acomodarse en la alfombra.

—¡Cancio, espera; por Dios, espera!

Pero el hombre ya lo ha tendido, con todo su peso sobre las ancas y sin intención alguna de proseguir los juegos. Le voltea los brazos y se los ata a la espalda utilizando para ello una manga de la bata de muselina que desgaja como zanca de pollo asado.

—¿Qué haces? ¡Me encanta esa bata! ¡Es mi prenda favorita! —pronuncia Goomer a duras penas, aplastado contra el suelo.

De nada le sirven las protestas. Ahora ya es un ser indefenso, encordado y aherrojado bajo la carga de aquella mole que parece no escucharle.

—¡No me gustan estos juegos, Cancio! Te dejaré que me tomes como quieras, pero levántame. ¡Me duele la cadera y no respiro... no respiro nada bien! ¡Por Dios, Cancio, que me haces daño!

El barón arranca ahora la otra manga, y dándose la vuelta sobre el cuerpo del conde, le ata con ella las piernas. En la maniobra, la pelvis de Goomer se roza con fuerza contra la alfombra y sangra. El conde rompe a llorar.

—No es divertido, Cancio; no es nada divertido. Yo te quiero. Te quise siempre y me gustó mucho verte aquí el día de mi cumpleaños. ¿Por qué me haces esto? ¿Por qué me haces daño...?

Goomer ve pasar frente a sus ojos los restos de su bata preferida que se ajusta a su boca y se ata a la nuca. Apenas logra respirar por la nariz porque la tela, tan sutil, tapa los orificios y al llevar el aire se va en vuelo hacia ellos convirtiéndose en una cortina casi impenetrable.

—¡Me ahogo! —grita el conde sin que el barón le oiga porque su voz apenas sale ya de su cuerpo.

Entonces es Cancio quien habla:

—¿Lo pasabas bien con Tomás? No, no te esfuerces. Ya sé que sí, que a Tomás lo tenías como tu dulce chocolatito. Tu capricho de los jueves... y de algún día más si era posible. Y todo por veinte míseros reales al mes. Menos de lo que San Fernando le da por dos noches de trabajo. ¿Y con Mariana, mi mujer? ¿También te lo pasas bien?

Goomer se revuelve en el suelo tratando de negarlo. Por si le quedaban dudas, ahora ya sabe lo que Cancio viene buscando. Sabe de sus orgías con Tomás y Mariana y no parece dispuesto a perdonarlas, ciego de celos y de venganza.

Bizú, el gato, se sube por entre los floreros de porcelana que ornan un chinero y atiende a la escena asustado, sabiendo que su dueño, aunque está carente de toda prenda como a él le gusta, no disfruta; al menos no tanto como cuando viene el negro y aquella señora del velo de misa y el antifaz de puntilla acanalada.

—¿Se mueve bien mi mujer en tu cama? Sí, sí, sí... no te esfuerces en contestarme. Conozco lo que quieres contarme. Que te gustan los hombres y que era Tomás el que os jodía a los dos. ¡A las dos putas blancas del garañón negro! ¡Excusas! Pero tú lo pregonas antes, ¿cómo fue? ¡Ah, sí! ¡A mí, donde haya un agujero...! ¿Y qué, Goomer? Primero te la metía el negro y luego tú a ella, ¿o es al

revés? ¿A quién se la chupas primero? ¿Lo haces con el dedo? ¿Con cuál? ¿Con éste?

Cancio saca su navaja y mantiene el meñique izquierdo de Goomer agarrado.

—¿Era éste?

Y de varios tajos lo rebana y se lo corta contra la alfombra.

—¡Oh, no! Este no podía ser, éste es muy pequeñito.

Le toma ahora el índice de la misma forma.

—¡Quizá fue este otro!

Y ya no hay índice pegado a su cuerpo.

—¿Sabes que los inventores de las navajas somos nosotros, los españoles? Pues sí. Las hicimos para burlar unas leyes de Carlos V. ¡Lástima que los ingleses se nos adelanten en las barberas! ¿No te parece preciosa esta inglesita? Mira qué bien corta.

Cancio se la planta delante de los ojos para pasarla siguiendo la línea de las cejas. Así consigue que varios regueros corran hacia ellos y el hombre encharque su mirada en su propia sangre.

—Me das asco, Goomer. ¿Sabes lo que vamos a hacer? ¿No? Sí, eso. Te voy a matar, pero antes debo cobrarme otra pieza a la que tienes mucho aprecio. ¡Tus huevos! No te aflijas. Dentro de un rato ya no los necesitarás para nada porque estarás muerto y sin embargo a mí me harán un gran servicio. ¿Sabes cuántos años tenía Dosindito, el niño del Alamillo que encuentran castrado? Sí lo sabes. Quince. ¿Y Tomás, tu amante y querido negro? Treinta. ¿Y tú? ¿Cuántos tienes tú desde hace unas horas? Cuarenta y cinco. ¿No te sugiere nada? ¿No ves el círculo? ¿No ves vuestra guarra huevada colgando alrededor de la diosa como campanillas en un altar? ¡Cómo las horas en un reloj! Ding, dong. Ding, dong.

Cancio voltea a Goomer y examina sus ojos desmesurados, su respiración continua y la sangre que ya mancha su cintura.

—No te inquietes. Apenas falta nada para que todo termine. Esperas visitas en tu cumpleaños y no deben verme aquí. ¿Verdad, estúpido? ¿Ves la navaja? Es inglesa. ¿La ves? —pregunta mientras se la enseña—. Fíjate bien en ella porque será la que te deje sin bolitas.

Cancio hinca la rodilla sobre el pecho y por el chasquido deduce que le rompe varias costillas. El conde explota de dolor, aunque apenas produce más que un ruido sordo y apagado. Cancio ya tiene el escroto entre sus manos y lo retuerce hasta que la carne no da más de sí. Entonces aplica el filo de la Huntsman, alerta a Goomer para que no pierda detalle y de su cuerpo efluye un gran chorro de sangre. El trozo de carne arrancado pasa de manos del barón al plato de chocolate que todavía está sobre la mesa.

—¿Qué alivio, verdad? Una preocupación menos en tu vida. Ni hombres, ni señoritas. Ni gatos, ni perros. ¿Nunca lo hiciste con un perro? ¿No me digas? No te creo. Bueno, si me mientes te vas a ir con la mentira al otro mundo. ¡Mira qué fácil es, Goomer!

Cancio pisa con su bota el cuello del conde, le sujeta el cráneo por detrás y le

pinza aquella nariz aquilina con todas sus fuerzas. El hombre patalea unos instantes, boquea por dos veces a través de la urdimbre del batín y luego permite que en la estancia se escuche el silencio absoluto.

En la plaza de los Salvajes, un carro pasa cantándole las ruedas, cuando la fresca desaparece para que se enseñoree el día más caluroso e inmisericorde del año.

* * *

Madrid / Plaza de los Afligidos

Por dos días mantiene oculto el cadáver del conde en la cochera, pero cuando al anochecer de la segunda tarde regresa al lugar, el calor le devuelve una intensa tufarada que le hace retroceder. Le hubiese gustado dejarlo de nuevo en la carbonería por mantener un ritual que a nada responde, salvo a sus manías, pero es demasiado peligroso. Conoce los terrenos de Hortaleza que se abren cerca del palacete de los Curazzo y sabe que los caleseros los atraviesan para atajar a Recoletos, de modo que si lo carga hasta allí y una vez oscurecido lo arroja sin detener la marcha es imposible que alguien lo vea.

—Don Cancio —le llama al salir doña Pacita—, desde esta mañana huele que tira para atrás. Se ha tenido que morir un gato en la cochera. Pediré a Perico que retire los trastos y cachivaches, para dejarlo todo como una patena.

—¡No! No hace falta. Es un animal que entra en San Fernando y los internos lo matan a palos y pedradas.

—¿Y cómo es que trae hasta aquí la peste?

—Me parece raro el bicho. Ahora mismo se lo llevo a don Pedro Franco Dávila. Él sabrá si interesa al Real Gabinete de Historia Natural, o si lo tira a la marea. Podría tratarse de una jineta.

—Usted verá, pero ya huele en la cocina.

El barón se hace con perfumes de su esposa, introduce como puede el petate en el mismo faetón que lo trae desde Salvajes y rocía el húngaro, el cadáver, el garaje y a sí mismo, antes de emprender el traslado. Al pasar frente a la ventana de la cocina, alerta a doña Pacita.

—Ya puede ordenar la limpieza.

—¡Jesús! ¡Qué gusto! —le responde la mujer tras los cristales, que cierra para mitigar el tufo.

—Dígale a la baronesa mi encomienda, y que no me espere a cenar, pues lo haré con Dávila.

Comienza entonces la peregrinación del barón hacia los andurriales menos transitados de Madrid a la espera la noche. Anda de bardanza, se detiene donde no

hay nadie, desciende y pasea inquieto cerca del coche con la mano herida atrapada por la otra. Olisquea el aire y se asusta. Aquello es peor que la marea. Es el propio infierno desatado. Pero está de suerte, la noche cae con la lentitud del verano, sin que nadie le afee la mercancía, de modo que se encamina ya a Hortaleza. Aquello apesta. Deja las riendas amarradas, pasa al coche desde el pescante, empuja el fardo, la arpillera se engancha en el ballestón y serpentea por la tierra varios metros. Luego se rompe, se desata y aparece el conde. Otros metros más allá y cae semidesnudo, con el rostro hacia arriba y media bata tapándole la entrepierna. Cancio corta el saco con la navaja y regresa desgachado y sudoroso al mando de las riendas. No hay nadie, o eso parece, pero el hedor sigue con él tan presente o más que al principio. Está pegado, impregna sus narices y su ropa.

Decide entonces no regresar. Se lavaría, mas le repugna. Está roto, sucio, impresentable de echar los bofes. Tras la lucha, se rinde y duerme los calores del estío, no lejos de su casa, en los altos de Amaniel, donde pasa como afectado de gran turca a los ojos de una gavilla que lo cruza a través de la calima que allí queda atrapada.

—¡Corramos! ¡Es un regüeldo de Satanás!

Por fin, con la luz del día, don Cancio regresa y se encuentra a su mujer en el jardín, debajo de una pequeña pérgola que cubre una glicinia donde se mantiene la mejor temperatura de la casa. Él llega sudoroso, con manchas de cieno y sangre en los calzaczones.

Mariana está abatida por sus penas y por la canícula que preside desde hace días la estrella de ese nombre. Su marido le observa los ojos rojos de llorar cuando se acerca para besarla en la frente. Ella ni lo mira. Ni fuerzas tiene para interesarse por su ausencia. Le importa poco donde estuvo, ni el origen de aquella peste que le acompaña.

Tampoco él le ofrece explicaciones.

—No me hiciste caso. Sigues hundida. Ya no eres la mujer alegre y cantarina que acostumbrabas. Si no recuerdo mal, estos días cumple años Goomer Astudillo...

La baronesa apenas reacciona al ser citado el conde.

—... y otras veces, en estas fechas había merienda y gran jolgorio en su casa. ¡Es un hombre tan divertido! ¡Lástima que no le gusten las señoras! Por eso jamás tuve celos de su compañía. ¿Cómo podría tenerlos? Tú ibas muy ilusionada a esa velada y regresabas más contenta todavía. ¿Hoy no te convoca?

—Nada me dice el conde que la celebre. Tampoco van otros amigos...

—¿Ah, no? ¿Qué les pasa? ¿Se han muerto?

—Sí, algunos.

—Pobrecillos. Está muriendo mucha gente en Madrid. Este calor es dañino. No obstante, algo me indica que tu tristeza está acrecentada por esa amistad interrumpida con la marquesa de Curazzo. ¿Me equivoco?

—Sí. Es cierto. Me duele su despedida.

—¿Y por qué lo haría? ¿Cómo puede influir tanto en ella el embarazo para que ya no quiera verte... como si de una pareja de amantes se tratase?

Mariana está a punto de delatarse al oír la suposición de su marido, pero se contiene y responde.

—No lo sé. El hecho de esperar un niño la ha trastornado.

—Mira, Marianita; aunque te extrañe, debes saber que te quiero ayudar. Ahora mismo, en cuanto me acicale, he de ver a Curazzo en Infantas, y de paso le hablo a Violeta. Le diré que quieres verla, que tienes un regalo, o algo que debes entregarle...

—¡El libro! Dile que deseo regalarle el libro del que tanto hablamos. Aunque solo sea como un recuerdo de nuestra amistad. ¿Lo harás por mí?

—¡Claro que sí, mujer! Eso le diré y yo mismo me encargo de que os veáis. Precisamente hoy me cito con el profesor Ximénez Coronado en el Observatorio Astronómico del Retiro para aceptarle la amable invitación que nos realiza hace días. Ya sabes, para conocer el edificio que están terminando en el Cerrillo de San Blas. Me parece una magnífica disculpa para celebrar el reencuentro. Espéranos tú allí. Por las tardes creo que no hay nadie y podréis hablar a vuestro antojo.

La mujer se alegra ante esa perspectiva.

—Así lo haré.

El barón ordena que le preparen una jofaina con agua tibia y una esponja. Es su máxima concesión a rebajar la pestilencia que le impregna. Ésa y cambiarse la ropa con mudas limpias que arrastren el hedor de Goomer hasta el pilón. Doña Pacita, que se cruza con él en el vestíbulo, evoca de inmediato la tarde de ayer y reflexiona: «¿Qué interés habrá encontrado el señor a la jineta?».

Cancio sube paticojo a la alcoba. Abre el *bureau cylinder* existente frente a su cama y de una gaveta interior extrae un pliego donde reproduce, mal que bien, el dibujo cenital de la fuente que realiza Ventura Rodríguez, basado en la tan recurrida *Iconología*, de Cesare Ripa. Alrededor del mismo está escrito en su flanco derecho, 15° El muchacho. Al sur, coincidiendo con la parte posterior del carro, 30° El negro, y en el siguiente cuarto, 45° Sanchezcapitán. Toma una pluma, la moja en tinta y añade en la parte superior, frente al morro de los leones, Curazzo.

* * *

Madrid / Plaza de los Salvajes

El comisionado del Intendente Armona y Murga para el esclarecimiento de las muertes, Dámaso Jesús de Mayorga, se dispone a inspeccionar el domicilio de don Goomer Astudillo, conde de Sanchezcapitán. Llega a la plaza de los Salvajes tras el funeral de Hermosilla. A su lado va en una desvencijada tartana de Intendencia el

joven centinela de puertas Tello Soria, reclutado como actuario. En esta ocasión ha de acudir acompañado para dar así cumplimiento a la orden que impide acceder a una vivienda por la fuerza, si al menos no son dos los agentes que intervienen. De la tartana tira un jamelgo que a gritos pide el pase a la reserva, pero que allí presta servicios hasta que reviente, pues intuye que si se para, lo mandan para carne. Mayorga cree que sería inútil tratar de sumergir a Soria en las razones de los crímenes durante el tiempo que estarán juntos, de modo que no comparte sus reflexiones.

Al llegar frente a la casa recuerda el día en que Tomás le da el esquinazo en Carboneras y lo cerca que tenía su destino. El portalón no ofrece ninguna dificultad para ser abierto, pues tal como sospecha, si ése es el lugar del crimen, a su autor no le conviene cerrarlo con una llave de la que deberá deshacerse, sino le basta con deslizar la falleba. Lo comprueba introduciendo el filo de su cuchillo. Y en efecto, la operación le sirve para levantar el pasador y acceder al patio. La puerta de la vivienda, también cerrada, no permite repetir la misma maniobra con la hoja del arma, de modo que Dámaso se lanza de costado contra ella, y aunque retumba por completo, tampoco logra franquearla hasta que los dos hombres actúan de arietes y la manija salta por los aires cediendo en sus goznes.

Con la hoja de la puerta desvencijada, Bizú, el minino de Goomer, salta maullando sobre ellos y escapa hambriento escaleras abajo en busca de alguna raspa.

—¡Demonio de animal! —exclama el agente Soria para quitarse de encima el susto que el gato le provoca.

—Lleva varios días sin agua ni sardinas. A la vista está —le tranquiliza Mayorga.

Dos jaqueles con otros tantos escudos nobiliarios ocupan la primera visión de la vivienda. Están colgados en la pared del pasillo que se abre a ambos lados. Corresponden a los apellidos Astudillo y Sánchez que Gumersindo hace bordar de realce al morir sus padres y obtener de ellos el título y la casona de Madrid. El edificio es el último recuerdo de la gloria pasada que se obtuvo de gestas militares en no se sabe bien qué batallas, aunque en Cuenca escribe un cronista que da fe de ellas. A la izquierda, el pasillo termina en una galería por la que entra el sol en torrentera. Caminan hacia la derecha, en busca del dormitorio que se abre al fondo, después de pasar la cocina y otras dos habitaciones que permanecen cerradas.

El lecho sin hacer, vestidos muy floridos, zapatos abotinados de lazo y de hebilla, tules revueltos en uno solo, varias casacas sobre un galán de noche, unas sobre las otras, calzones que se adivinan muy gastados y sombreros de majos o de paseo, pero ninguna señal de violencia. Solo desorden.

—Miremos en el salón.

Vuelven sobre sus pasos y dan con la pieza, donde les espera un olor amargo que ambos identifican sin esfuerzo, por haberlo vivido en los patios de caballos las tardes de corrida, allí donde los monosabios o los picadores acaban con la vida de los animales que son abiertos en canal por los morlacos y a los que no les aguarda más

que una lenta agonía. A otros pocos, con menor herida que los sacrificados, les introducen de nuevo intestinos y asaduras en las panzas. Los cosen con premura y los devuelven a la plaza para que pueda picarse el último de la tarde, por falta de monturas más lucidas.

Todo ello sobreviene en un instante, pues la semejanza entre ambos husmos lo provoca una gran mancha de sangre que tiñe la alfombra en negro y que atrae con el calor a un batallón de moscas. El hedor se confunde y suma al de un enorme ramo de gardenias que comienzan a marchitarse, pero que persisten en su intenso aroma teatral de una noche de estreno.

—Aquí termina sus días el conde Sanchezcapitán y aquí se desangra.

Tello Soria observa y especula.

—Con este revoltijo de cachivaches será difícil determinar si están cambiados, si hubo una pelea, o si es el gato quien los descoloca.

—Creo que no hubo tal. Existe gran babel, pero no hay desorden, ni destrucción. Fíjese. ¿Qué le llama la atención? ¿Qué objeto diría que es el último en formar parte de la barahúnda?

El joven actuario echa un vistazo a su alrededor y no tarda en responder.

—Quizás esta camisa de seda.

—Exacto, ¿y qué hay sobre la mesa?

—Una caja abierta que bien pudo contenerla.

En una bandeja de plata reposan dos sobres con sendos besalmanos. El agente toma uno de ellos, lo abre y lo lee:

—«Queridísimo Goomer: No podré verte mañana en tu aniversario. Lo siento. Deseo que estas flores te ayuden a pasar mejor el día, pues te imagino, como yo, entristecido por la desgracia de Tomás. Muchos besos».

—¿No tiene firma? —inquire Dámaso.

—«Mariana. 21 de junio de 1780».

De nuevo la misteriosa amante de don Lorenzo, piensa Mayorga. Y para que no se vaya todo en silencios, comenta en alto.

—La dama no pierde ocasión de pasárselo a lo grande.

—¿Cómo dice?

—Elucubraciones mías. Lea el otro sobre, por favor.

El actuario obedece.

—«Querido hermano: Que pases un día muy feliz en tu 45 aniversario. Besos. Clotilde».

—¡Cuarenta y cinco! ¡Corta edad para marcharse! Quizás es su hermana quien le

envía de regalo esta camisa. ¡O se la trae su asesino! Veamos si la caja nos descubre algo.

Nada delata en ella la procedencia de la prenda, pero al examinarla contra el sol, Dámaso comprueba que algo escrito con fuerza sobre la tapadera deja allí las huellas de su caligrafía.

—Busquemos si el conde tiene algún lápiz de grafito.

Abren varios cajones y en el segundo de ellos hay varias plumas y barritas de carboncillo.

—Esto valdrá.

La pasa a gran velocidad sobre la tapa de cartón y poco a poco se hacen legibles las letras. Son dos direcciones de Madrid, o eso parece, porque las dos, superpuesta la una a la otra, tienen el mismo remitente, *El Portal de Paños*.

—Conozco la tienda —afirma el centinela de puertas—. Está en el callejón de San Miguel y su dueño se llama Bringas.

—¡Pues allá vamos! ¿Cuál es su nombre?

—Tello Soria, señor.

—Agente Soria, hablaré muy bien de usted al intendente Armona.

—Muchas gracias, pero no creo que haya hecho nada extraordinario.

—¡Ja! A veces lo ordinario resulta ser lo más extraordinario.

* * *

Madrid / Calle de las Infantas

Los dos aristócratas se saludan sin reparos a la entrada de la biblioteca, aunque Curazzo advierte en el barón sus evidentes señales de descuido. Los motivos romanos que existen desde el recibidor se prolongan por el pasillo y se desbordan en este salón. Cancio habría entrado aquí hace años sin apenas distinguir la *Verdad Desnuda de la Concordia*, ni *Hércules con su tranca de la Virtud con su ramita*. Hoy sus conocimientos son otros, como demuestra nada más pisar la estancia:

—¡Qué preciosa *Machina del Mondo*! Conozco otras representaciones, pero la de Ripa Perugino es insuperable.

—Eso mismo pienso yo —coincide Saturno, que todavía ignora el motivo de esta inesperada e inusual visita de su amigo.

—¡Y este Apolo! ¡Qué magnífico!

—Sí, es extraordinario. Pero imagino que no habrás venido a alabar mi colección romana. Cuéntame. ¿Cuáles son tus cuitas, o tus dichas?

—En un periquete. ¿Está la marquesa en casa? Mi mujer quiere hacerle entrega de un libro muy particular. Doña Violeta sabe.

* * *

Madrid / Pasadizo de San Miguel

Mayorga y el actuario dejan la tartana a la puerta y penetran en la tienda de Bringas. Tello Soria lleva consigo la caja y la camisa. En el cartón queda escrito por dos veces el nombre del comercio y en ese detalle se fija el camisero cuando los ve acercarse al mostrador.

—¿El señor Bringas?

—Sí. ¿En qué puedo servirles?

—En mucho, espero. Indagamos un homicidio y su autor puede estar relacionado con esta caja. ¿Es de su tienda, verdad?

—La vendí hace unos días.

—Con esta camisa, supongo.

—Recuerdo que resulta una venta muy extraña. Quien la compra dice que será para vestir un santo. Para un enorme San Julián cazador, que preside su capilla y que...

—¿Podría describirme a su cliente?

—Sí, claro. Un noble. Aunque de aspecto descuidado, noble se ve y eso no se disimula. Mediana edad. Rondando los cincuenta. Culto, distinguido. Gasta buenas telas. Con gustos cercanos al majismo, nada afrancesado. ¡Ah! Con una mano herida y apoyado en un bastón con cabeza de pato. ¿Les dice algo?

—Todo. Muchas gracias. Si no le supone una gaita, guárdenos en cualquier lugar la caja. Volveremos a recogerla más tarde.

—Así lo haré.

Salen corriendo de *El Portal de Paños*. El agente Soria se contagia de entusiasmo y pregunta:

—¿Lo sabemos?

—Lo sabemos. No hay tiempo que perder.

* * *

Madrid / Real Observatorio Astronómico de Madrid / Cerrillo de San Blas

Las obras que dirige Juan de Villanueva como arquitecto del edificio y Salvador Ximénez Coronado, como astrónomo, dejan entrever lo que pronto será una de las esquinas del Eje de las Ciencias de Madrid, junto al Jardín Botánico y el Museo de

Ciencias Naturales, así llamado antes de albergar las colecciones de pintura y trocar su nombre por el del Prado en honor al paseo donde se alza.

Aunque su valía como astrónomo es discutida, Ximénez Coronado logra imponerse en la carrera por dotar a Madrid de un mirador del cielo simbolizado en ese templete circular jónico que preside el edificio. En esta tarde de bochornosa canícula el edificio es símbolo astronómico del sol y un horno para cualquier visitante no avisado, cuanto más para los escayolistas que colocan el estuco veneciano, por lo que mientras dure la ardentía vendrán con la fresca y marcharán antes del almuerzo.

También debe irse Ximénez Coronado, aunque Mariana le anuncie la inmediata llegada de su marido.

—Imposible esperarle, señora mía —le informa el astrónomo protegido del sol por un sombrero palmito—. Villanueva me aguarda para examinar ciertas modificaciones imprescindibles y con la que está cayendo, aquí no lo van a soportar ni los lagartos. ¿Cómo se les ocurre venir con éstas al Cerro?

—Ventoleras de Cancio, que primero las suelta y después las piensa.

—¡Hombre, hombre, hombre! ¡Siendo como es él para el orden!

—Padre, usted lo conoce tan bien como yo.

—Allí donde estuvo siempre fue el más meticuloso y más atolondrado. Dos características que rara vez se dan a un tiempo.

—Vendrán también unos conocidos. Usted coincide con ellos en alguna de nuestras cenas. Son los marqueses de Curazzo.

—¡Ah! Sí, por supuesto que los recuerdo. Por mí no hay inconveniente, salvo el de no poder atenderles como merecen. Abajo en la caseta queda un vigilante, de modo que basta avisarlo si necesitan algo. Esto es lo poco que puede mostrar a sus amigos mientras no se finalizan las obras. Y advierta a los Curazzo de que son los primeros visitantes del observatorio. ¡Antes que el propio Rey!

Ximénez Coronado y Mariana entran en la sala que se denominará del Círculo Meridiano, donde reposan sobre cinco peanas otras tantas rocas de tonos negruzcos y de tamaños muy dispares. La mayor es una piedra anicónica de unos dieciséis pies de altura, las otras cuatro descienden en tamaño hasta la más pequeña que tiene color y forma de naranja.

—Ésta es nuestra colección de bólidos caídos en Madrid. Impresiona saber que vienen volando desde el espacio y que impactan contra nosotros. Sobre todo ésta, ¿verdad?

Por un momento, Mariana logra quitarse a Violeta del pensamiento.

—¿Por qué son negras?

—Caen incandescentes, con una temperatura muy superior a la de la tarde de hoy. En realidad son brasas, de ahí su tono chamuscado. Su interior está bajo cero, con temperaturas que son propias de las regiones siderales de donde procede esta materia.

—¿Y han causado daños?

—Éstos no, pero otros bólidos los causaron de todo tipo. Depende del lugar

donde les dé por caer. Son tantos los que van al mar y no nos enteramos... Y otros, la mayoría, lo hacen en zonas deshabitadas. Tenga en cuenta la señora baronesa que a la Tierra llegan cada día más de cincuenta.

—¡Qué peligro para el hombre!

—No lo crea. Sería de muy mala suerte que uno nos alcance. El hombre apenas ocupa un cuatro por ciento de la superficie terrestre, una bagatela. Eso no impide que en Madrid se haya registrado el célebre caso de un vecino que leyendo la *Gazeta* por la calle observa cómo un pequeño bólido le perfora las páginas. Un segundo después y habría muerto como alcanzado por una bala. Cuénteselo a sus invitados, pero no exagere el peligro, pues ya no volverían a mirar el cielo con la tranquilidad que se supone.

—Despreocúpese, don Salvador; algunos de ellos dirigen su mirada al firmamento con tanto fervor que sería imposible rebajar su admiración.

—¡Vaya! Me alegra saber que vivimos una explosión de fe. De cualquier forma, recuérdelos que ningún español fue chafado por un bólido. En fin, eso se cree.

Giran en redondo y el astrónomo recalca su oferta de hospitalidad.

—Lo dicho. Vean lo que les plazca, por ejemplo la cúpula, que tiene unas vistas estupendas de la ciudad. Y luego se marchan cuando lo deseen. Yo lo hago ahora mismo, pues Villanueva creerá que me olvidé de nuestra cita. Señora baronesa.

—Adiós, padre.

Mariana se queda sola en aquellas estancias vacías, blancas y sugerentes que refuerzan la acción del sol por la luz que se acrecienta contra sus paredes. Entre sus manos lleva el libro de verde terciopelo que promete regalar a Violeta. Lo agarra con fuerza y sobre las tapas se marcan sus dedos con la mancha de los calores. Busca un rincón de sombra y descubre varios cubos con agua que utilizan los escayolistas. Abre el escote y empapa en uno de ellos el trapo que cuelga de su asa, seco desde que allí lo dejan los operarios. Aquel agua muestra en suspensión el aljez del que se obtiene la pasta para trabajar las paredes. Se lo lleva al cuello y el líquido discurre entre sus pechos, llevando alivio al sofoco.

La soledad, el resol, la inquietud por verse con Violeta la dejan agobiada y sin aliento. Camina todavía con el vestido abierto y así penetra de nuevo en la futura Sala del Círculo Meridiano, cuya cúpula de media naranja se abre a esa hora a un cielo incandescente. Lleva el trapo húmedo a la nuca y sobre su piel se pegan puntos blancos del aljez, como si fuese víctima de una repentina enfermedad, de un sarpullido blanquecino.

* * *

Madrid / Plaza de los Afligidos

En el palacete de Esteiro Labandal, doña Pacita franquea el paso a los agentes Mayorga y Soria, que llegan renqueantes de la carrera iniciada en San Miguel, nada más oír que Bringas describe al barón como el comprador de la inculpatoria camisa. El rocín no ha sabido responder a sus prisas, ni a su impaciencia, pero puestos los pies en tierra de Afligidos, todo parece llegar en tiempo y hora.

La cocinera se encarga de chafarles la premura.

—Don Cancio y doña Mariana han salido.

—¿Juntos?

La mujer se resiste a ser más exacta.

—Señor, no debo...

—Me presentaré. Mi nombre es Dámaso de Mayorga. Estoy comisionado por el Intendente y el Gobernador para investigar unos hechos de índole criminal. Las dos autoridades, en nombre del Rey, le reclaman su colaboración.

—Me parece bien, pero yo me debo a mis señores.

—De su actitud depende que no haya en Madrid nuevos crímenes de lesa majestad, o que se logre salvar la vida de más personas. Piense que incluso las víctimas podrían ser los propios barones.

—¡Jesús!

—Obedezca o aténgase a una responsabilidad de conciencia que le acompañará para siempre.

La contundencia de la amenaza causa el efecto deseado en la mujer.

—Bueno, bueno. ¿Y qué desean?

—Saber los destinos de los marqueses y examinar las habitaciones del señor. El dormitorio, el despacho... en su presencia, desde luego.

—Marchan juntos con el cochero, sí; pero creo que se dirigen a lugares distintos. Ninguno de los tres regresa. Eso es todo.

—¿A dónde los conduce?

—A la señora, no sé. Nada comenta. Al señor barón, creo haberle oído que piensa visitar a unos amigos, pero vaya usted a sabes cuáles.

—¿Podemos ver la biblioteca y la alcoba?

—Sígueme. Tienen suerte de que no esté Perico, el mayordomo. Él sí que no les dejaría entrar.

—No tendría otro remedio. No se trata de ningún juego, ni de un capricho.

—Bien. Este es el dormitorio de los señores.

Nada más entrar, la mirada de Mayorga se va hacia al dibujo de Ventura que reposa en el *bureau* todavía abierto. Es la pieza que viene buscando y lo único de toda la casa que le interesa. De modo que ha tenido suerte. Si está allí, sin proteger de la vista, quiere decir que acaba de ser consultado. Se acerca y lee las anotaciones realizadas sobre él, con los cuatro nombres de las víctimas colocados en torno a la fuente, el muchacho, el negro, Sanchezcapitán... ¡y Curazzo!

—¡Qué estúpido he sido todo este tiempo! Lo que este loco busca de cada víctima

son grados con los que construir un cenotafio simbólico. Grados de un círculo que complace a la diosa porque señala su vuelta al mundo como en *La Quadrata Roma...*, Desde que lo inicia en Pesinunte, pasando por Roma, y ahora Madrid...

Ni el agente Soria, ni doña Pacita sonsacan de aquel soliloquio más allá de una gravedad que se intuye.

—Curazzo ronda los sesenta años. Estoy seguro.

—¿A Saturno Ornano, el marqués de Curazzo se refiere? —se cerciora la cocinera.

—A él mismo.

—Sesenta años cumplidos hace tres meses. Recuerdo que los señores fueron invitados a celebrarlo.

—No había otra posibilidad. Su vida corre peligro. ¡Agente Soria, debemos acudir cuanto antes al domicilio de los Curazzo! Gracias por todo, señora. Ha sido usted de mucha utilidad.

—¡Cuando el señor se entere, me mata!

—Confiemos que no.

* * *

Madrid / Real Observatorio Astronómico / Cerrillo de San Blas

Violeta accede a verse de nuevo con Mariana y recibir por fin el libro con el que la intriga desde que se conocen. Será una magnífica lectura para sobrellevar las semanas de reposo que le aconsejan a fin de que nada altere la buena marcha del embarazo. Aunque ella es joven y sana, los médicos ven en don Saturno un progenitor tardío y concluyen, por caminos de extraña ciencia, que siendo el hombre enclenque, hay mayor riesgo para la criatura. Tamaña deducción no entra en los pensamientos de Violeta, ni por el propio peso de la máxima, ni porque éstos sean los cálculos; pues bien sabe ella que el padre del niño que lleva en sus entrañas es alto, fuerte y de edad muy conveniente para la reproducción, aunque no son datos que esté dispuesta a revelar a los representantes de la Medicina para que acomoden mejor sus diagnósticos.

Baja del coche con el barón de Esteiro Labandal y juntos hacen a pie el escabroso terreno en cuesta que separa el paso de los vehículos hasta la puerta de entrada. El sol azota con la fuerza de un desierto y aunque Villanueva prevé dotarlo de árboles y jardines, no existe todavía ni una mala sombra para el refugio.

La mujer lamenta ahora haber venido.

—Ha sido una temeridad. Con este calor y en mi estado... No debí aceptar. ¿Cómo se le ocurre a Mariana citarme aquí?

—Es el lugar más adecuado para el regalo que quiere hacerle. Eso me dice. El libro, la diosa y el firmamento. ¡A Mariana le hace tanta ilusión! El edificio merece la pena ser conocido. ¡Ya lo verá! —argumenta el barón, temeroso de que Violeta rehúse subir en el último momento.

—¡Un camino de cabras!

—¿Puedo ayudarle?

—¡Aparte sus manos! ¡O puedo yo, o no puedo!

* * *

Madrid / Calle de las Infantas

En el palacete de los Curazzo, el marqués recibe a los investigadores en la semipenumbra de su biblioteca sin salir de su asombro ante la sucesión de visitas que hoy recibe. Ellos también se sorprenden de encontrarlo leyendo en soledad.

—Sabrán disculparme. Desde que cae esta temprana calorina de junio, bajamos las persianas, instalamos el abano y dejamos que el sol se quede fuera. Y eso que yo soy de los que siguen el viejo adagio italiano: Donde no entra el sol, entra la medicina. Bueno, no debemos quejarnos de lo que es inevitable. Primero porque es una ofensa a Dios, y segundo, porque de nada vale. Además, solo ocurre a estas horas, entre la canóniga y la modorra. Vienen ustedes muy demacrados. ¿Le puedo ofrecer agua de litines? ¿Una limonada? ¿O agua de Recoletos, que también hay en casa?

—No, gracias, don Saturno. Nos urgen las prisas.

—Cuenten entonces, ¿qué ocurre?

—Vamos tras los pasos del barón don Cancio Sacido.

—¡Acaba de estar aquí!

—Sí, pensábamos que estarían juntos.

—Y lo estuvimos. Hablamos y finalmente él se marcha con mi esposa en busca de la suya. ¿Debo temer algo?

—A su lado nada bueno se espera.

—¡Qué barbaridad! ¿De don Cancio Sacido, el director del Real Hospicio? ¡El hombre más ponderado hoy por toda la corte!

—El mismo. ¡Él es el asesino que estos días atemoriza Madrid!

—No lo puedo creer. ¡Nos codeamos con una alimaña sin saberlo! ¡Y mi esposa está con él!

—Tranquilícese. Por lo que conocemos de su vileza, las mujeres no figuran entre sus víctimas. Hasta ahora solo ataca a varones, a los que castra, antes o después de darles muerte...

—¡Dios mío! ¡Ahora comprendo su interés por la diosa! ¡Yo mismo me encargo de instruirlo, de recomendarle y prestarle libros...!

—Si es así, no se mortifique. No es usted quien lo convierte en criminal.

—Espero que no se me culpe por ello.

—Puede estar seguro. De cualquier forma no hay tiempo que perder. Algo trama, porque sus acciones son ahora más continuas y enloquecidas, como si fuesen debidas a un proceso infeccioso que domina su voluntad. ¿Sabe a dónde se dirigen?

—A las obras del Real Observatorio. Allí se citan con la baronesa y con nuestro común amigo Ximénez Coronado, su director. Con el calor de esta tarde y en su estado, Violeta se resiste a ir, pero Cancio insiste tanto...

Dámaso recibe aquella información como un aldabonazo en el cerebro.

—¿La señora marquesa espera un hijo?

—Sí, hace unas semanas me da esa inesperada alegría.

—¿Tiene una caballería en casa? No podría montar al jamelgo que traemos.

—Sí, dispongo de un caballo. ¿Tan urgente lo considera?

—¡Y tanto! ¡Rápido! ¡Indíqueme el camino! Ahora sé con certeza que su mujer corre un gravísimo peligro.

—¿Por qué? ¡Por Dios! ¿Qué intuye?

—¡Lo peor!

Los tres hombres descienden hacia la parte trasera del caserón donde se encuentra la cuadra.

—¡Su amigo dibuja y ofrece a la diosa un círculo de escrotos! Por lo que acabo de ver en su domicilio, se trata de una representación de la vuelta al mundo que él supone como el plan divino de la diosa en su carro. Seguir a Atis y derramar sus favores donde se le reclama. Usted sabe bien de lo que hablo. El barón ocupa los tres primeros cuartos del círculo con los escrotos de sus víctimas de edades correlativas, 15, 30 y 45 años... Por eso yo estaba convencido de que el último sería un hombre de sesenta...

—Yo, o uno como yo.

—Eso es. Incluso en el dibujo que utiliza como su guía y fetiche escribe el nombre de Curazzo en ese cuarto lugar...

Llegan a la cuadra, ven todo tipo de atalajes, colleras y cabezadas, pero ¿y la silla? No aparece a primera vista.

—Cabalaré sin ella.

—No, espere; tiene que estar por algún lado —le detiene don Saturno—, pero continúe su razonamiento, ¡por Dios...! ¡Mire, aquí está la albarda! ¿Cuál es por tanto la cuenta que establece?

—Ése es nuestro error garrafal —prosigue Mayorga mientras ensilla—. No contempla cerrar el círculo con un valor de 60, ¡sino de cero! Cero es el último minuto de cada hora, o la última hora de cada veinticuatro. ¡Su cuenta es de 59, porque se inicia en el cero! Principio y fin al mismo tiempo.

—Comprendo.

—Es un hombre minucioso y aunque viva ahora un gran disloque, se obliga a que todo encaje con precisión.

—Desde hace tiempo conozco las manías de Cancio. ¡Ése es el terrible significado que da al cero! ¡Persigue al hijo que Violeta lleva dentro!

—Eso temo, y poco le importa su sexo.

Terminan de ceñir la cincha para que Dámaso suba al caballo morcillo que sirve de tiro a los Curazzo. Soria y don Saturno lo sujetan por el arzón y las riendas hasta que se calma y el comisionado lo atonda.

—Lleva tiempo sin ser montado, pero es un palafrén muy manso. ¡Vuele, por Dios, vuele! —le anima Curazzo.

* * *

Madrid / Real Observatorio Astronómico / Cerrillo de San Blas

—Aquí me tienes —se ofrece Violeta a Mariana al reencontrarse en el salón del Círculo Meridiano—. Cancio me anuncia que deseas entregarme el libro.

—Sí, quiero que tú lo tengas. Está terminado y te sorprenderá cuando lo leas. Desde que te pierdo comprendo que eras su única destinataria. Así estaremos unidas para siempre.

—No hables así. Me asustas. No habría hecho falta, Mariana. Eres una mujer inteligente y muy atractiva. Gracias a ti seré eterna en la diosa de Madrid. ¿Cómo olvidarte?

—Perdóname si te hice sufrir. Quiero sincerarme contigo y no me importa que Cancio nos oiga. Es más, debe saberlo. ¡Te amo y sería imposible soportar tu ausencia! Tómallo, el libro es tuyo. Él te ayudará a comprender.

—Mariana, por favor, no te atormentes. No fue mi intención hacerte daño.

Mariana se acerca temblorosa a su amiga, mientras don Cancio espía el reencuentro a un lado de la sala, febril de cuerpo e incendiado de mente.

—Me acerco a ti con el ímpetu que guía a dos imanes, sin amor, sin compromiso. Se atraen, se pegan, se abrazan, y solo cuando una fuerza superior los separa, dejan de buscarse. Así funciona. Como un principio astronómico. Pero he de reconocer que yo no lo soy. Soy más débil de lo que creía, porque cuando llega la separación comprendo cuan dolorosa resulta. Te alejas de mi cuerpo, pero yo sigo tras el tuyo con la determinación de un bólido que busca la Tierra para fundirse con ella. Es cierto que fue un juego y como tal lo tomo al intercambiarnos amantes. También aparento no sufrir, pero piensa que si te ofrezco a Córivas y acudo a la cita con Lorenzo, es porque deseo que lo odies, que lo veas como un traidor, capaz de amar a cualquier

mujer que tenga delante.

—Lo sé y no me importa, Mariana. Sé que en *El Verde Ojal* nunca hubo amor entre nosotros. Por eso no me importa que os veáis, si ése es vuestro deseo.

—No, jamás volveremos a estar juntos. Será imposible. En Recoletos me preguntas si he pactado con el Diablo. No sé lo que entonces te contesté. En el libro encontrarás la respuesta.

Mariana se abraza a Violeta y rompe a llorar desconsolada.

Detrás de ambas, el barón llega al límite de su enfurecimiento con lo que escucha. ¿Intercambiar los hombres? ¿Córibas? ¿Lorenzo? Él, que se creía conocedor de todas las andanzas de su esposa, ignora nuevas infidelidades. ¿Y pactar con el Diablo? ¿En qué caos está sumido? No basta con los crímenes cometidos para borrar del mapa la huella de la traición. Mariana descubre nuevos amantes y aquello acaba por rebosar la locura que le invade y la rabia que el mastín cimarrón inculca en su cuerpo.

—¡Basta de lloriqueos! —Cancio se lanza babeante hacia Mariana, la separa de Violeta y la toma del cuello sobre el que aplica la navaja inglesa—. Yo maté al Negro Tomás y al conde sodomita. Los maté como voy a hacer con vosotras para que no os burléis de más hombres con vuestros encantos.

Ahora llora Violeta y se desespera. Teme por el niño que lleva dentro y protege su vientre con los brazos. Mariana se zafa del barón, que suda y espumajea como una bestia sin control. Volviéndose hacia él, la mujer le agarra de las calzas, bajándoselas de un fuerte impulso.

—¡No le tengas miedo! Mira lo que es en realidad la baronesita. ¡Un pobre enfermo a medio camino, un proyecto inacabado! ¡Un castrado que no se admite y que trata de cortárselos a todos, creyendo que Cibeles se lo agradece!

—¡Maldita pécora!

Sin calzones Cancio muestra lo que la naturaleza obra en su sexo. Entre las piernas se advierte una marcada hipospadias, con la bolsa escrotal vuelta hacia el vientre, que oculta el pene casi por completo y hace de sus testículos un remedo de labios feminoideos. Y en donde debería crecer el glande, se abre un agujero gurrumino para el vaciado de los líquidos.

—¡Ahí le aplico la casta casta! ¡Si le vienen las ganas, el hombre revienta de dolor y nada más! ¡Dolor y nada más! ¡Este es el asesino!

—¡Mujer bacante! ¡Pájara de la noche! ¡Bien sabías tú mis defectos antes de aceptarme para presumir de título y de dinero! ¿Qué te importaba que no te la metiera, si tú saltarías de cama en cama? ¿Quién es el rufián de esta historia? ¿Yo, porque te pido que me quieras? ¿O tú porque me mientes? ¡Circe de burdel! Soy un asesino, es cierto. Pero piensa, ¡tú me matas antes!

Cancio descubre entonces que sus víctimas no solo son ofrendas a la diosa en busca de favores...

—¡Son tus amantes, uno por uno. Tomás... Goomer... ahora lo será Violeta! ¿No los reconoces? ¿O son tantos que pierdes la cuenta? ¡Córibas... Lorenzo...!

El barón ni siquiera hace por tapar las tullidas vergüenzas de su anomalía antes de hundir la acerada navaja en el costado de Mariana y sabiéndola dentro de su carne, la lleva arriba y abajo para que cause el mayor destrozo posible. La mujer se siente triturada, se arquea y expulsa por la boca una espadañada de sangre. Su mano se tiñe de escarlata y aquella estancia, hasta entonces de blanco immaculado, acoge ya la mancha de la muerte.

Violeta la abraza en el suelo, cuando Mayorga se presenta en el umbral de la sala del Círculo Meridiano.

—¡Mariana! ¡Mírame, Mariana!

Es inútil. El barón la saja en todas direcciones y su mirada se desvanece incapaz de obedecer.

Pero aquel espantajo que blande la hoja mientras airea su defecto, amenaza ahora a Violeta y apartándola del cadáver de su esposa, busca verle la barriga para clavar en ella su arma y arrebatarle la criatura que lleva dentro. Las separa de un zarandeo y Violeta cae sobre el costado, agarrada como puede al vientre que descubre la redondez de sus formas. Cancio la tiene ahora a su antojo y cuando baja el filo hacia ella, sus ojos coinciden con los rayos de sol que entran fuertes por el *óculo*. Trastabilla por las molestias que el resplandor le ocasiona al encuentro con su rabia y los protege bajo las manos. Mayorga llega a tiempo de empujarlo contra la peana del mayor de los betilos. Suelta la navaja y se agarra para evitar el golpe, pero el meteoro reposa allí sin ganchos ni abrazaderas, de modo que piedra y hombre vuelan hasta el suelo. Cancio cae primero, pero al instante aquella mole de toneladas que llega del Extramundi cual castigo de los dioses lo aplasta en amasijo, desnudo, sin calzones, con la tara que le obsesiona en evidencia. Se escucha un gran estruendo que se extiende por la cúpula y se escapa fuera de la estancia como el trueno final de una tormenta que el calor hubiese provocado, llevándose consigo la vida del barón de Esteiro Labandal.

Dámaso abraza a Violeta, que no cesa de hipar aterrorizada, con la vista perdida en la blancura y sus brazos en aspas sobre el seno.

—Creo que el niño... que mi niño no se ha despertado —acierta a decir con gran contento, llevándose hacia ella el libro de Mariana.

La ofrenda del barón queda inconclusa.

* * *

Sitio Real de Aranjuez / Palacio Real

—¿Qué hago con tu hombre, Cenarrusa?

—¿Con Mayorga? ¿Qué piensa para él, Majestad?

—No lo sé. Por eso te lo pregunto, exsecretario. Tú que aciertas en su elección, acierta también en su premio.

—No fui yo, fue Armona.

—¡Armona, Armona! ¡Fuiste tú, o los dos! ¡Qué más da! La sustancia es que lleva el caso con muy buen tino, ¡y eso que durante semanas creí que no avanzaba!

—La real impaciencia de Su Majestad.

—Han sido muchas muertes. La ciudad estuvo en vilo, pero al final las aguas vuelven a su cauce. Y bien, repito, ¿qué hago con Mayorga?

—Concédale una bolsa para Nápoles. Me comenta que desea conocerla. Ahora que domina las deidades, suspira por visitar Pompeya y Herculano, como media Europa. ¡Ah, y pide trabajar con Tello Soria!

—¡Hecho! Y a ti te voy a dar un título. Un ducado. Te lo mereces que ya va siendo hora. Hoy estoy contento.

—Muchas gracias, Majestad. Pero no lo quiero.

—¡Cómo que no! ¡No se rechaza un título al Rey!

—Muchos madrileños tienen uno y ya ve, no evita que entre ellos haya grandes asesinos.

—Tengo que darte algo antes de irme.

—No se vaya.

—Lo presiento. Me falta el aire, aunque el peor de mis síntomas es que comienza a aburrirme la caza. Así que pide. No me contraríes, Cenarrusa.

—Hable con los agustinos, y si se va antes que yo, logre que me hagan un huequito en el monasterio, una celda al Poniente para que me dé calor a la caída de la tarde. En El Escorial se respira muy bien, no recogen la marea y muchos de sus libros se han salvado del incendio.

—Lo de la marea se va a acabar, Cenarrusa. Se va a acabar.

—Bueno, aunque se acabe. Si me quiere favorecer, interceda por mí ante los agustinos.

* * *

Madrid / Carta de Isabella

Querido Pippo:

Madrid estalla en fiestas y kermeses. No hace falta acudir a los lugares de verbena, pues basta que se junten dos parejas y una guitarra para que al tiempo arranque un baile de cascabel gordo. Como te anuncio en anterior carta, hace días se abre lo que aquí llaman el Salón del Prado, el paseo con fuentes de Cibeles, Neptuno y Apolo, o de las Cuatro Estaciones, que Lorenzo viene a levantar con Hermosilla y

en las que yo colaboro hasta hoy.

El Salón reúne a mucha gente; aguadores, mocitas y conmlitones; niñeras, barquilleros, horneros, señoras de copete y jaques atildados que encuentran su lugar en la ciudad, pues hasta ahora parecían vivir ocultos a los ojos, unos vecinos de los otros. Los colores de sus trajes son más vivos y hay majos con redecillas y caireles que si no son toreros, son manolas o bailarines.

Todos están contentos pues desde hace meses viven angustiados, acusándose entre ellos de ser bárbaros sacamantecas, porque en ese mismo lugar que ahora se inaugura, ya te dije, aparecen cadáveres mutilados o los trozos que se cortan, de forma que la sospecha envenena los aires y la ciudad se encamina a un infierno.

El culpable viene a ser un barón rijoso y sin colgajos que por ello se prenda de la diosa y que muere aplastado por una piedra, un meteoro casualmente. Qué curioso. No me pidas que te lo cuente, porque lo vivo tan de cerca, que solo se me ocurre olvidarlo cuanto antes.

Sí te digo para cerrar el folletín, que entra en calabozos el padraastro del niño hace meses masacrado, un tal Cayo. No se habla estos días de otra cosa, hasta que abren el salón y las tres pilas para dar salida por igual al agua y a las charangas.

Y ahora viene lo importante, porque ese mismo día, cuando vemos a la diosa con su carro y sus leones, tan guapa como una manola, Lorenzo me lleva a casa muy cariñoso y me dice entre lágrimas y sollozos que a partir de entonces no volveré a ser Tulio, sino Isabella. Que soy desde siempre su diosa más famosa, yo, la Isis Bella, me llama, la Isis Bella ocultada. Y que queme mis ropas de muchacho, que él me da para trajes, corpiños y abalorios, que voy a ser tan guapa como rica, y que le perdone, le perdone, le perdone.

A mí me hace mucha gracia verlo tan sumiso. Ignora lo mucho que me divierto bajo trajes masculinos, y sí, es cierto, cuando vuelvo a vestirme entre encajes, me siento guapa y con salero, que aquí lo dicen en vez de gracia. No es menudo el cambio, hermanito, pues salgo el primer día de paseo y ya tengo en la oreja a un chico que me adula y que me quiere. ¿Un chico digo? ¡Un hombre entero! Fernando se llama el pollo. ¿Te gusta? Lo comento con Lorenzo y lo comprende. Hoy lo dejo para siempre. Él quería a Tulio, a su ayudante, no a la mujer que había dentro. Es posible que regrese a Roma. Le proponen varios trabajos y no les hace ascos. «Para un arquitecto contemporáneo, Roma es una ciudad tan monstruosa que conviene hacerle algo». ¿Recuerdas que lo decía?

Mi chico, el de verdad, Fernando, es un hombre negociante. Hace días conoce a la mejor cocinera de Madrid y juntos montaremos un bonito comedor, barato y postinero. La mujer se llama doña Pacita y los grandes comilones la ponderan excelente. *La Romana* llamaremos al mesón. ¡Adivina por quién! Al corriente te tendré de novedades, si antes no te pido los poderes, pues en breve me desposa el negociante. ¿Te imaginas? ¡Yo casada!

Besos cariñosos de tu hermana

Isabella
Isis Bella
Tulio
Tricolore
La Romana

* * *

Madrid / Infantas

Han pasado treinta horas y Violeta guarda cama desde los sucesos del Cerrillo de San Blas. Los médicos temen por el niño y le administran narcotina para que duerma y descanse sin zozobras.

De repente, la mujer vuelve a la consciencia y viéndose sola en la habitación, salta del lecho hacia el libro de Mariana. Se hace con él en su secreter y allí mismo, descalza y adormilada, busca la última hoja escrita, que es también la del volumen. Su mente corre más aprisa que sus ojos cuando en silencio la lee:

«Cancio me descubre entonces que sus víctimas no solo son ofrendas a la diosa en busca de favores.

—¡Son tus amantes, uno por uno —me dice—. Tomás... Goomer... ahora lo será Violeta! ¿No los reconoces? ¿O son tantos que pierdes la cuenta? ¡Córibas... Lorenzo...! ¿Quién más me falta?

Cancio ni siquiera hace por tapar las tullidas vergüenzas de su anomalía antes de hundir la acerada navaja en mi costado y sabiéndola dentro de mi carne, la lleva arriba y abajo para que cause el mayor destrozo posible. Me siento triturada, me arqueo y expulso por la boca una espadañada de sangre. Mi mano se tiñe de escarlata y aquella estancia, hasta entonces de blanco inmaculado, acoge ya la mancha de mi muerte».

Violeta cae de rodillas y el libro se desliza de sus manos. Luego decide abrirlo por la primera página y observa que con la misma tinta verde, pero en grandes caracteres, Mariana ha escrito a manera de título: *Madrid, Cibeles y una navaja inglesa. Memorias desde el mirador.*

* * *

Dicen en Madrid las lenguas viperinas, que si el barón quiso con un cero dar remate a su homenaje, no encontró en todo el foro uno más orondo que el propio de sus partes.

Y así es cómo a don Cancio ya le cantan en *Las Cibeles aparentes*, una nueva

comedia mágica del Teatro del Príncipe, que se estrena con gran éxito a ritmo de *schottis*:

*Siendo como era hombre sabiondo,
cruzó Madrid desde el Alamillo,
y fue a ponerlo sobre el Cerrillo
el de san Blas, punto redondo.*

ADDENDA DE CIBELES

Finalmente, Mayorga acompañará como escudero a la cuadrilla que se organiza para repetir el estudio del *Viage de España*, pero ahora a lo largo de la península italiana. No es malo el ramillete que forman los elegidos. Además de él y del joven Tello Soria, que llevarán el peso de la expedición, viajan dos expertos, el erudito Antonio Ponz, que la diseña, y el arquitecto Lorenzo Chacón, señor de Puebla. Por distintas razones, para los cuatro es un premio merecido y apreciado.

Y aunque los episodios de Cibeles ya quedan atrás, Dámaso atiende el consejo de Castro y acomete la lectura de las últimas páginas del memorando sobre la diosa. Tiempo tendrá de comentarlas en su larga travesía con Ponz, Lorenzo y Tello, que ya está ganado para la causa. Así comprobará que nadie podría añadirse a la gavilla tan versado como el autor del *Viage de España, o Cartas en que se da noticia de las cosas más apreciables y dignas de saberse que hay en ella*, para compartirlas.

Las hojas de Castro, las que agotan el índice del memorando, son las que siguen:

La fiesta principal de la diosa se celebra en los meses de marzo y abril. Son las Attideia, Megalesia y demás zarabandas de la divina pareja que se mantendrán en vigencia hasta que en el siglo IV, los reformadores Constantino y Teodosio se enfunden en los edictos de Milán y Tesalónica para borrarlas del calendario con inusitada fuerza, pobrecitos ellos, en la creencia de que está en su mano conseguirlo.

Antes de que tal ocurra, la Gran Madre escuchará una y otra vez los cánticos y alabanzas que le dirigen y cuyo sonido llega hasta nosotros gracias al bueno de Virgilio, pues en su *Eneida* recupera esta Salve que en parte reproduzco *ipso facto*:

Oh Altísima! Deleitándose con tamborileros, Tamer de todos, Savia de los frigios, Compañía de Kronos, Hija de Urano, la Antigua Generadora de la Vida, Amante Incansable, Gioconda, gratificada con los actos de la piedad! Diosa generosa del Ida, Tú, Madre de los Dioses, que llevas la felicidad a Dindyma (...) patatín, patatán.

Reina gran algarabía, chillona y estridente. El *archigallus* y sus acólitos portan la imagen de Cibeles con pompa y procesión, bien en carro tirado por leones, bien a la grupa de una de las fieras. Con esta facha preside la espina del circo romano, liberada de cofradías minoritarias y de sectas de bárbaras costumbres, debido al poderío que su protección alcanza allá donde va, tal como ocurre de manera tímida pero contundente, en este Madrid de nuestros pecados; aunque para ser exacto debería decir, de los suyos, porque yo pecho en tierras gallegas. Fíjense en ella y comprueben durante los años venideros que su peregrinaje alrededor del mundo, antes de retornar a Penisunte, pasará por un punto del centro de América primero y por las islas japonesas de Nippon después. No es más que el cumplimiento de la profecía contenida en *Quadrata Roma a Romulo condita*. Agudicen los oídos, porque si estamos en lo cierto, el traslado traerá muertes, como siempre que muda de ciudad. Su imagen procesional, la que hoy conocemos con detalle gracias al abate

benedictino Bernard de Montfaucon, desfila acompañada de músicos y devotos que prorrumpen en alaridos como demostración de su dolor. Hacen sonar flautas, címbalos y sus característicos tambores timpanón, uno de los cuales porta ella entre sus manos.

El desfile de Cibeles del año 178 en la ciudad francesa de Autum provoca la burla de Sinforiano, un joven seguidor de Cristo. La diosa se indigna e instiga para que el cristiano sea detenido y decapitado, de modo que San Sinforiano de Autum alcanza al tiempo la palma del martirio y la santidad. Con este episodio de transición, sobrepasada la mitad del siglo II, explica la Iglesia la frontera entre las caducas procesiones de los *galli* y las que van a venir de cirio y caperuza.

Y aquí comienza el indeseable capítulo procesional donde hubiese preferido no entrar, pero en fin.

Sus cultos se desarrollan del 15 al 28 de marzo. Los *dendrofori* trasladan un pino al templo del Palatino, y no por la rima. Atis se castra al lado de uno de ellos, por lo que ese árbol pasa a simbolizar al propio dios, transformado en planta. Un follón de identidades humanas y vegetales como ven. En la sevillana Carmona, señores, se descubre una estatua de Atis, y así llaman a una de sus calles.

El 15 de marzo los canóforos portan cañas y palmas cortadas a orillas del río Alma. Es allí donde el *archigallus* sacrifica un toro de seis años en busca de la fertilidad de los campos, a partir de lo cual sus devotos realizan una cuaresma durante la que solo beben leche y se proscriben la carne de cerdo, el pan y las granadas. De esta fruta son las doce semillas que Hades ofrece a Perséfone para que permanezca con él todo el año en los infiernos. Pero como la mujer solo come seis de ellas, se insta a que domine el frío la mitad del año y la otra mitad, el calor.

La ceremonia toma el nombre del *Canna Intrat*, o del *Albero Intrat* —sepan, *Entra el árbol*—, y si a alguien escuchan que les trae al recuerdo lo que acontece el Domingo de Ramos cristiano, pues también se trata de entrar en las ciudades con palmas e hierbajos; o en las fiestas del Pi, donde lo cuelgan; o en otras manifestaciones de la fe actual, yo me veré obligado a negar que jamás lo haya sugerido, ni mucho menos escrito, y a todos gritaré que mi letra fue falsificada o superpuesta. Sí digo que hubo un rito agrario prehistórico de similares gestos que sirve como invocación a la lluvia y a la fertilidad, y de ahí no me apeo. A propósito, también acontece en un Domingo de estos Ramos lo que aquí se conoce como Motín de Esquilache, y de la misma forma, aunque me lo ordene el sursuncorda, negaré haber defendido relación alguna entre las fechas, entre Esquilache y los hierbajos. Espero que esto sea del gusto y agrado del Rey, Nuestro Señor don Carlos.

Avancemos, damas y caballeros. El día 22, durante el *Castus Matris* o *Ayuno de la Madre*, van a cortar el pino y a sacrificar un carnero. Ya sabemos algo de esto. El cortejo fúnebre, formado por la muy curiosa y ya conocida congregación de los portadores de árboles, o *dendrofori*, atraviesa Roma entre cánticos, aullidos, golpes en el pecho y flagelaciones. ¡Qué tropa! Después adoran el pino emperifollado con

guirnaldas de violetas y se realizan duelos en torno a un joven atado al tronco, que simboliza al propio Atis cual moderno san Sebastián, y que será enterrado bajo un manto de flores, a imitación de lo que Cibele hace con el cadáver del traidor amante y querido hijo. Es la fecha de la Violaria, dedicada a llevar violetas a los difuntos.

El día 23 la cofradía de los doce salios bailarines de Marte desfila alrededor del templo y extrae de sus trompetas prolongados lamentos por la muerte de Atis. Es el día de la pena interior en unos ritos por otra parte, sumamente exteriores. Tanto esa jornada como la que va a venir, hombres y mujeres, eunucos y hermafroditas, ululan como todavía acostumbran a hacer las mujeres bereberes y otras del norte africano, con un compunge que evoca los ayes de los cantantes del sur español, llamados flamencos, no por venir de Flandes, ni de pájaros rosáceos, sino del árabe *falagmengu*, que define a alguien que anda los caminos.

¡Y vuelta a la vereda, Castro, que nos desviamos!

Ya el 24 llegamos al *Dies Sanguinis*, Día de la Sangre, o *Sanguem* a secas, ¡ja! ¡A secas la sangre! ¡Qué cosas me salen! A la jornada la titulan así por ser cuando los sacerdotes danzan con arrebatos y se producen mutilaciones, cortes y heridas que provocan en sus cuerpos abundante efusión. Para ello usan disciplinas o gatos, recubiertos de huesecillos afilados, que tienen ese fin tan impresionante para el espectador como es verlos clavados en la piel de los danzantes. ¡Qué barbaridad! Miedo me da pensar que podría ser yo uno de ellos. Unos cuantos siglos antes y ¡zas! ¡Te pillan con la tontería!

Sí, señores; se cortan el pecho, la espalda y los brazos. Se untan de sangre y se tatúan la parte inferior del vientre. Baten los panderos con frenesí y aquéllos que todavía conservan los atributos de masculinidad en su cuerpo, ¡cataplún! se castran a sí mismos, o gracias a amables compañeros que les echan un capote y les dan el tajo definitivo. La imagen, por lo que queda a la imaginación, es digna de figurar entre las catarsis más sobrecogedoras de la historia del hombre. Dicho sea con todas las prevenciones ante la posibilidad de otras mayores, que con esta raza que nos gastamos nunca se sabe.

En su paroxismo, estos *archigallus* tan desprendidos reciben como compensación los favores de la diosa, de tal forma que en las cabriolas y piruetas, o sea, en las *cibeles*, que viene a ser un sinónimo; en la sangre y en la castración, alcanzan poderes propios de los inmortales, tales como el don del vaticinio, que se emparenta con el Vaticano, la capacidad de expulsar demonios, la interpretación de los sueños y los arcanos para leer los astros, el canto de los pájaros, las vísceras de los animales o el vuelo de las aves, entre otras de parecido signo, como es la acuidad para descubrir los secretos de cada persona con solo mirarla. ¿Envidiable, no?

A un día de intenso arrebato repleto de emociones sigue una noche de inquieta y sosegada vigilia a la vez. Inquieta, porque la excitación vivida no favorece el descanso, y sosegada, porque nadie tiene el cuerpo para moverse demasiado tras el ajetreo.

Así llegamos al 25, el día de la Fiesta Hilaria, de la Gioia o Alegría; cuando festejan la divina resurrección de Atis, que como buen dios que se presume, no se va a quedar pajarito para el resto de los tiempos, y que renace en primavera, como repite el mito de Perséfone, simbolizado por la entrada de la luz en el templo. Y en este punto les recomiendo, señores cortesanos, que se den un garbeo por el templo de San Juan de Ortega, en tierras de Burgos, donde por estas fechas, del 16 al 25 de marzo, entra la luz del sol por una ventana de manera muy particular, como allí podrán comprobar.

Y aprovechando que el Tíber pasa por Roma, Commodo transforma las Hilarias en el carnaval que conserva gran parte de sus características primigenias hasta nuestros días. Nada nuevo bajo el sol. Al dios se le grita: ¡*Hyes Atis Hyes Atis!* Y aunque no falte quien lo toma como una blasfemia, pues lo traducen como ¡*Cerdo Atis!* lo correcto es ver en él un grito de rendida admiración, salvo que los más ortodoxos no le perdonen al muchacho su frustrado matrimonio con la bella Ia, lo que desencadena la tragedia y la pérdida del escroto.

¡Uff! ¡El 26! ¡La *Requetio!* ¡Menos mal! La *Requetio* es el día de descanso. Se vigila la evolución de las heridas, se procuran desinfecciones y se constata cuántos padecen altas fiebres por no haber actuado con la pulcritud requerida. ¡Requerida de *Requetio!* No, no; no van los tiros por ahí. De tales fiebres se derivan no pocos fallecimientos, por lo que la cofradía de *archigallus* crece, pero de forma moderada.

Ya estamos en el 27, cuando una procesión lleva a Cibeles cubierta de flores hasta la ribera del río Alma, que ellos llaman Almone. El sumo sacerdote baña los utensilios sagrados y lo más importante, la piedra que acompaña a la diosa el 4 de abril del año 204 a. C. cuando llega a Ostia. Nuevas danzas preludian la mayor solemnidad, la iniciación. Sitúense en la Colina Vaticana. Sobre el antiguo circo de Caio Caligula, en las inmediaciones de la actual Plaza de San Pedro. Dios se apiade de mi alma por así señalarlo, pero allí se encuentra el santuario frigio donde se va a celebrar la *Initium Caiani*. Como la ceremonia es misteriosa y secreta, no he podido despejar las dudas que desde años me reconcomen sobre la redacción exacta de su fórmula. Cuento con las descripciones de Clemente Alessandrino y de Firmino Materno. Fundidas ambas en el italiano en el que las recibo de mi amigo Pietro Napoli Signorelli, vienen a decir: *Ho mangiato dal timpano, ho bevuto dal cembalo, ho portato il kernos, ho giaciuto nel pastòs e ho conosciuto los segreti della religione*, y una coda: *...sono divenuto mista di Atis*.

En la ceremonia vemos la importancia de los instrumentos musicales, de la luz, de drogas visionarias y de la hierogamia, o sea, la unión sexual de Atis y Cibeles. Un repertorio que encontramos al este, calcado en los misterios de Eleusis, y al oeste, en los viajes de ayahuasca. Nosotros no lo trataremos, pues sería como chapotear en lodazales a los que no somos convocados, carape. Con el tiempo, que todo lo cura o mata, la eviración de los iniciados da paso a la castración de un toro, que se lleva la peor parte de la historia, pues Tauro está a punto de perder su fuerza para ceder

terreno ante Piscis. ¿Se acuerdan de Ictis? ¡Pues ése!

El sacrificio absoluto llegará a ser el taurobolio, que incluye la muerte y el desangrado del cornúpeta sobre el iniciado, para que su líquido carmesí caiga sobre él, lo sane, lo limpie y le augure un futuro venturoso. ¡Qué no sabremos los españoles de desangrar toros! De Cibeles y de *El Costillares*.

Otro salto en el calendario nos sitúa entre los días 4 y 10 de abril, fechas reservadas para los *Ludi Megalenses*, o juegos teatrales, con nuevos bailes e impúdicas exhibiciones de los *galli*, que se levantan las faldas y hacen pública ostentación de que nada les cuelga entre las piernas, o como por aquí decimos, que orinan en cuclillas como las señoras, para no salpicarse. A medida que avanzan los años, ni la Roma pagana, ni mucho menos el catolicismo emergente, ven con buenos ojos a estos andróginos provocadores. ¡Ah! Un apunte para los cocinillas. En los juegos comen *moretum*, que es una pasta conseguida por el aplastamiento de hierbas aromáticas, ajo, queso y vino.

Repetiremos ahora la llegada de la estatua anicónica Megalesia a Roma, la Cibeles sin Cibeles que arriba al puerto de Ostia el 4 de abril del año 204 anterior a Jesucristo. La fiesta a la que nos referimos conmemora ese ataque, pues Roma es de una forma antes de Cibeles, y de otra muy distinta, después. Los romanos ya la hacían suya, de forma lateral, pues la emparentan con Eneas, y antes del siglo I ya han leído a Virgilio.

Viene de Pérgamo, a donde arriba trasladada desde sus raíces en Pesinunte. Mantiene, y yo no soy quien para desmentirlo pues apenas salgo de Galicia, que su llegada se produce para dar cumplimiento a una recomendación extraída de los *Libros Sibílicos*, en cuyas páginas está escrito que Cibeles se daría muy buena mano en Roma para espantar el peligro de las tropas de Aníbal, por un lado, y de la hambruna por el otro, que las desgracias nunca vienen solas. Les anuncio que jamás posé mis cansados ojos sobre esos *Libros* para corroborarlo o refutarlo, de modo que permanezca así el contencioso.

Con Cibeles llega la misteriosa piedra negra meteorítica, el bólido o betilo que bautizan como Shub-Niggurath. Y con ella sus eunucos, los ritos místéricos y cuanto hasta este punto relatamos. Bétilo, como saben, es palabra que deriva del hebreo *Beth-El*, y significa morada de los dioses. Siendo meteorito y viniendo del cielo, evidente es deducir que porta una porción de la divinidad. La piedra, pronostica el oráculo, obrará el milagro. Como el de Betel y la escalera al cielo de Jacob sobre la roca, como el de Belén, con el Niño-Dios bajado en línea recta desde las alturas.

¡Señor, Señor! ¡Qué vueltas nos haces dar para no dar ninguna!

Y hasta aquí llegan los ritos de Cibeles, *stricto sensu*.

Index Librorum Admittorum Dei

* * *



JOSÉ DE CORA, escritor y periodista; Lugo, 1951. Ha desarrollado su trabajo en todos los medios: agencias de noticias, periódicos, revistas, radio, cine y televisión, principalmente en *El Progreso de Lugo*. Su actividad como humorista en prensa mereció La Codorniz de Plata en el año 2000. Desde 1976 ha escrito multitud de ensayos, tanto en castellano como en gallego, principalmente históricos, como *Ideologías para un rey* (Aguaribay), *Manual del Perfecto Político* (Espasa Calpe) o *Barreiro contra Barreiro* (Xerais). Como cineasta, guioniza, dirige y produce multitud de series y documentales. También cultiva la narrativa, con *Secuestro y fonda de Cela en Contamina* (Tris-Tram), *La verdadera historia del último inquisidor y el maravilloso Oráculo de la Vida* (Edaf) o *Pecados Manuais* (Xerais). *La Navaja Inglesa* es su última y esperada novela en castellano.